VAMPIROS

Edición y prólogos de Jacobo Siruela

J. L. TIECK, J. W. POLIDORI, E. T. A. HOFFMANN, E. A. POE, T. GAUTIER, A. TOLSTÓI, J. M. RYMER, C. BAUDELAIRE, J. S. LE FANU, B. STOKER, X. L., M. R. JAMES, H. QUIROGA, F. M. CRAWFORD, E. F. BENSON, A. DERLETH, R. MATHESON, R. AICKMAN



AA. VV.

Vampiros (2010)

Título original: *Vampiros*
AA. VV., 2010
Contiene relatos de: Johann Ludwig Tieck; John William Polidori; Robert Aickman; Charles Baudelaire; E. F. Benson; Francis Marion Crawford; August Derleth; Théophile Gautier; E. T. A. Hoffmann; M. R. James; Joseph Sheridan Le Fanu; Richard Matheson; Julian Osgood Field; Edgar Allan Poe; Horacio Quiroga; James Malcolm Rymer; Bram Stoker; Alekseï Konstantinovich Tolstoï
Traducción: Francisco Torres Oliver & Juan Antonio Molina Foix & Violeta Pérez Gil & Luis Alberto de Cuenca & Marta Alcaraz & Jordi Fibla & Carmen Francí & Celia Lupiani & Rafael Lupiani
Edición y prólogo: Jacobo Siruela

Índice de contenido

Notas





Bela Lugosi y Helen Chandler en *Drácula*,
de Tod Browning (1931)

PRÓLOGO

I

The tempestuous loveliness of terror.

PERCY BYSSHE SHELLEY

La palabra *vampir* aparece en letra impresa en Alemania a principios del siglo XVIII, para designar algo tan dudoso y repugnante como un cadáver que abandona su tumba por las noches para succionar la sangre de los vivos y prolongar así su incierta existencia. Aunque conocemos el nacimiento de esta palabra, no podemos, sin embargo, precisar su origen como figura del imaginario, pues su rastro se va ramificando y perdiéndose en diferentes culturas de la antigüedad.

En efecto, la vaga genealogía del vampiro se pierde en lo más remoto e inmemorial del tiempo. Hacia el 600 a. C., el sabio chino Tszé Chan refiere que un hombre muerto puede convertirse en un demonio temible si su alma rehúsa salir del cuerpo. Algo muy similar ocurre en la extensa y laboriosa demonología mesopotámica, donde abundan los testimonios de encantamientos protectores y de talismanes contra la influencia demoníaca. R. Campbell Thomson recoge ciertas imprecaciones sobre siete «fantasmas que atacan los hogares (…) y se ensañan con los hombres, y derraman su sangre, como la lluvia, y devoran su carne, y chupan de sus venas (…)».

En otra tablilla, conservada en el Museo Británico, aparece un fragmento de una epopeya mitológica que describe el descenso de la diosa Ishtar al *país inmutable de la muerte*. Cuando llega a las puertas de la morada infernal, la diosa llama al vigilante y lo amenaza con estas palabras: «¡Abre la puerta, guardián, (…) o haré saltar la cerradura y entraré a la fuerza! Haré alzarse a los muertos, para que devoren a los vivos, y les daré poder sobre todos los vivientes».

Los sumerios distinguían tres clases de demonios: los seres medio humanos medio demonios; los demonios propiamente dichos o espíritus puros como los dioses, capaces de propagar epidemias; y los muertos, que no descansan en sus tumbas y se mueven por el aire, sobre el suelo o bajo la tierra. Las características del vampiro comienzan a tomar forma. El elemento erótico surge también muy temprano. En una vasija prehistórica ya encontramos la representación esquemática de un hombre copulando con un vampiro femenino, cuya cabeza ha sido seccionada del cuerpo. Según Montague Summers, la imagen de la cabeza cortada indica una clara intención mágica de conjuro para ahuyentar su presencia. El miedo al vampiro ha dado

comienzo. La sangre, el erotismo y la muerte conforman ya los elementos arquetípicos del mito vampírico, y se esparcirán por todo el planeta.

En la tradición hebrea volvemos a encontrar estas mismas características en Lilith y sus hermanas. Esta figura merece un especial interés por ser el nexo de unión entre la demonología babilónica y la hebrea, y más tarde, entre la judía y la cristiana. Lilith es un poderoso demonio alado, de cabellos largos y serpentinos, cuyo cuerpo desnudo y sensual acaba a veces en forma de serpiente, como la Melusina medieval. Según la tradición rabínica, Lilith fue la primera mujer de Adán. Tras una violenta disputa con él, lo abandona en un ataque de ira. Yahvé envía entonces a tres ángeles para hacerla volver al redil, pero ella se niega a obedecer y se rebela contra el mandato divino. Y Yahvé la condena y la convierte en un demonio nocturno volador, que ha de alimentarse con sangre. Según algunas etimologías su nombre en hebreo procede de la palabra babilónica *Lilîtu*, que, a su vez, puede deber su procedencia a raíces sumerias aún más antiguas, como *lalu*, que significa «lujuria», o *lulû*, «desenfreno». De ahí su lascivia con los hombres. Además Lilith es peligrosa y despiadada, pues tiene por costumbre robar los recién nacidos a sus madres, para alimentarse con su carne y chupar su jugo vital.



Lilith, Augsburgo, 1470

Con rasgos muy parejos encontramos en el mundo islámico una clase de genio *jinn*, llamado *gul*, o *algola*, como tradujo Rafael Cansinos Assens; es decir, procedente de la estrella Algol, conocida como la «estrella del Diablo». Este demonio necrófago frecuenta de noche los cementerios en busca de su frío y apestoso alimento; pero los cadáveres no constituyen su única forma de nutrirse. Como Lilith, su afición a los niños es bien conocida: corre tras ellos con avidez, los desvía astutamente de su camino, y se los lleva a un lugar apartado y solitario para succionar toda su sangre. Cuentan que su apariencia humana es tan verosímil para los sentidos que, a veces, llegan a casarse con incautos y candorosos maridos que un buen día las repudian al descubrir horrorizados sus inmundas costumbres asesinas. En Occidente, el *gul* nos es familiar por la historia que relata Sherezade la quinta noche de su cautiverio.

Igualmente repulsivos son los espíritus malignos de China que producen la locura o la muerte. Los peores son los vampiros *ch'iang shih*: animan cadáveres, evitando su descomposición, pues poseen el poder de formar un ente completo y de reavivarlo a partir de una calavera o de unos cuantos huesos. Tienen ojos enrojecidos y llameantes, garras afiladas y el cuerpo cubierto de un pelo pálido ligeramente

verdoso. El melancólico Pu Songling nos dejó en su obra *Liao Chai* (1679) un memorable cuento sobre esta clase de vampiro.

En la India antigua no es tan frecuente encontrar vampiros con rasgos similares a los occidentales, pero existen los *vetalas* y los *rakshasas*, con las mismas características ya mencionadas, aunque los ojos de estos últimos son dos inquietantes ranuras en el rostro.

Entre las innumerables fórmulas que utilizaban los antiguos egipcios en sus largos y elaborados rituales funerarios, existía una que servía para impedir que los cuerpos, mientras el alma se separaba de ellos, no cayeran presas de cualquier espíritu maléfico que pudiera reanimarlos y hacerles salir de la tumba.



Joven atacado por dos lamias y una harpía, *Imagini delli dei de gl'antichi*, de Vincenzo Cartari, Venecia, 1556

II

En la antigua Grecia encontramos las primeras analogías con el vampirismo en el séquito de Hécate, cuya figura más destacada es la *empusa*, demonio femenino capaz de adoptar tanto la forma de un animal como la apariencia de una hermosa doncella. Bajo este último aspecto, solía visitar a los hombres dormidos y acostarse junto a ellos para morderlos y chupar su sangre hasta provocarles la muerte.

La versión latina de la empusa la tenemos en la *lamia*, cuya leyenda nació en la Libia romana. Hija de la reina Belo, quien sedujo a Zeus y acabó teniendo varios hijos suyos. De todos ellos sólo sobrevivió Escila, pues Hera, poseída por los celos, los mató a todos. Esto determinó el destino de las lamias hacia el lado oscuro; pero si bien los dioses pueden pasar de una forma a otra con total autonomía, sin variar en nada su esencia, los seres como la lamia son prisioneros de una única forma y patrón de comportamiento: la del monstruo.

Cuenta también la leyenda que Zeus concedió a la lamia el don de poderse sacar los ojos de sus cuencas para seguir viendo mientras dormía. Lo malo era cuando no dormía, porque entonces solía vagar de noche, sedienta de sangre, en busca de algún niño para desangrar. Más tarde, como explica el licantropólogo Erberto Petoia, «cuando se añadió al mito de la sangre el elemento erótico, la lamia se unió a las empusas, adquiriendo las mismas características del súcubo».

En la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato (*ca.* 160 - *ca.* 249) encontramos el primer esbozo de un cuento de vampiros. Según refiere Filóstrato, en aquella época se practicaba en Corinto la filosofía de Demetrio, acorde con la doctrina cínica. Uno de sus discípulos era Menipo de Licia. Tenía veinticinco años y era bastante inteligente y bien proporcionado, como un atleta de noble porte. La gente en Corinto pensaba que a Menipo le amaba una mujer extranjera. La mujer parecía hermosa y bastante elegante. Afirmaba ser muy rica, pero en realidad no era nada de eso. Una vez, cuando Menipo caminaba solo por los arrabales de la ciudad, esta mujer se cruzó en su camino y empezó a hablar con él; le dijo que lo amaba desde hacía tiempo y lo invitó a pasar la tarde con ella, prometiéndole vino, canciones y todo tipo de placeres. Seducido, el joven fue a visitarla esa tarde, y desde entonces comenzó a frecuentar su casa. Un día, el filósofo pitagórico Apolonio de Tiana, al que se le atribuían poderes mágicos, coincidió con Menipo y le dijo:

—Tú, que eres hermoso y sin duda objeto de mujeres hermosas, ahora acaricias a una serpiente, y una serpiente a ti, porque tu mujer no es una esposa.

Y ante la sorpresa de Menipo, añadió:

—¿Qué pasa? ¿Acaso piensas que eres amado por ella?

—Sí, puesto que se comporta como quien ama.

Apolonio siguió interrogándole y se enteró de que se iba a casar con ella. Al día siguiente, se presentó en la boda, y preguntó a los comensales recién llegados:

—¿Dónde está esa elegante dama por la que habéis venido?

—Allí —contestó Menipo, que se levantó ruborizado.

—¿Y la plata, el oro y lo demás con lo que está adornada la sala de banquetes, de quién de vosotros es?

—De mi mujer, pues esto es todo lo mío — contestó, señalando su manto de filósofo.

—¿Conocéis —dijo Apolonio— los jardines de Tántalo, que son pero no son?

—Sólo por Homero —contestaron—, ya que nunca hemos bajado al Hades.

—Pues pensad que esta ornamentación es lo mismo, pues no es materia sino apariencia de ella. Y para que veáis lo que quiero decir, la novia es una empusa, o lo que la gente considera una lamia o mormolicia. Ellas pueden amar, y aman los placeres sexuales, y sobre todo la carne humana, pues seducen con placeres sexuales a quienes desean devorar.

—¡Deja de decir cosas de mal agüero y márchate de aquí! — dijo ella, que daba la impresión de estar muy irritada por lo que oía.

Pero cuando de pronto las copas de oro y todo lo que parecía de plata se desvaneció ante los ojos de los atónitos invitados, y los escanciadores, cocineros y toda la servidumbre desaparecieron por efecto de Apolonio, la aparición se echó a llorar, rogándoles que no la torturasen ni la forzaran a reconocer lo que era. Pero Apolonio insistió y no la dejó escapar. Entonces confesó que era una empusa que colmaba de placeres a Menipo para acabar devorando su cuerpo, como tenía por costumbre, porque la sangre de los cuerpos jóvenes y hermosos era pura.

III

¿Cuál es la morfología del vampiro?

En la antigüedad, aparece confundido entre una vasta legión de demonios. Sus atributos son humanos y animales. Es capaz de transformarse en otros seres aparentes, siempre combinando la cualidad del aire (alas y garras), de la tierra (cola de serpiente y ardor sexual), del fuego (ojos llameantes), del agua (cola de pez), y de la noche (existencia fantasmal y similitud con los murciélagos). El vampiro siempre será fiel a esta anatomía simbólica que define su esencia.

Con el paso del tiempo, el vampiro irá perdiendo las cualidades animales que poseía en el mundo clásico, judío y mesopotámico, y desprendiéndose, poco a poco, del sentido puramente mágico que tenía en los conjuros babilónicos y de los rasgos zoológicos que guarda en el mundo mitológico grecolatino. Con el advenimiento de la Iglesia, los antiguos demonios se cristianizan, se ocultan y se olvidan; su rastro, entonces, se refugiará en la superstición popular, y a través de las historias orales, que están documentadas, iremos sabiendo de sus «apariciones» en pueblos más o menos remotos de Europa.

Sin duda, los rasgos morfológicos del vampiro literario comienzan a dibujarse en su imagen pre-literaria; aquella que emerge directamente de las supersticiones populares, principalmente eslavas. El vampirólogo Montague Summers describe al vampiro como «extremadamente flaco y encorvado, de rostro horrible y ojos en los que relucen el rojo fuego de la perdición. Cuando ha saciado su apetito de cálida sangre humana, su cuerpo parece tremendamente hinchado y saciado, como si fuera una gorda y enorme sanguijuela a punto de reventar. Frío como el hielo, pero febril y ardiente como una brasa encendida, su piel guarda la palidez de la muerte y tiene los labios rojos, gruesos e inflamados; los dientes, blancos y brillantes; y los colmillos (…) aparecen sensiblemente afilados y puntiagudos».

No es frecuente toparnos con una imagen tan cruda y repugnante. Olvidamos con facilidad que la genealogía del vampiro está en las antípodas de la imagen literaria de la estirpe de *Drácula*; su verdadero origen no proviene de ningún linaje noble y maldito, sino de las descarnadas tradiciones rurales del pueblo. Según Ornella Volta, los vampiros difieren según las regiones, aunque todos ellos tienen ciertas características siempre comunes:

- Rostro delgado, de una palidez fosforescente.
- Espeso y abundante pelo en el cuerpo, cuyo color suele ser rojizo, como el vello en la palma de sus manos.

- Labios gruesos y sensuales que encubren sus agudos colmillos, cuya mordedura tiene poderes anestésicos.
- Uñas extremadamente largas.
- Orejas puntiagudas semejantes a los murciélagos.
- Olor nauseabundo.

¿Son éstos los abuelos de Drácula? No hay duda. Bram Stoker se basó para la creación de su personaje en las dos grandes tradiciones: la literaria y la del folclore. Por un lado, atribuye a su vampiro todos los rasgos aristocráticos provenientes del modelo byroniano de John William Polidori y James Malcolm Rymer, pero, por otro, había estudiado a fondo las tradiciones rumano-húngaras; de ahí que, bajo el aura gotizante de castillos decrépitos y estirpes malditas, se insinúen ciertos rasgos y características de sus ancestros. Así el rostro de Drácula es «aguileño (…) la frente alta y abombada, y el cabello escaso en las sienes, aunque abundante en el resto de la cabeza. Las cejas, muy pobladas, casi se le juntaban en el ceño y tenían el pelo tupido que parecía curvarse por su misma profusión. La boca (…) era firme y algo cruel, con unos dientes singularmente afilados y blancos; le salían por encima del labio, cuyo notable color rojo denotaba una vitalidad asombrosa para un hombre de su edad». Por lo demás, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en la parte superior.



Klaus Kinski e Isabelle Adjani en *Nosferatu*, 1979, de Werner Herzog

A pesar de su porte solemne, el aspecto de Drácula no es precisamente atractivo. Según Stoker, el roce de sus manos, anchas, ordinarias y de largas uñas, produce estremecimiento, su aliento es fétido, por lo que puede invadirnos «una espantosa sensación de náusea», que nos recuerda claramente la imagen primigenia del folclore.

Fiel al modelo clásico, aunque sin ninguno de sus atributos zoomórficos, la vampiresa conserva, en cambio, todos sus atractivos humanos, sin perder ninguno de sus encantos. Es delgada y de formas armoniosas, pálida, melancólica, inquietante y sutilmente voluptuosa. Sus ojos suelen ser de un negro profundo, con una extraña intensidad, que realza su larga y oscura cabellera suelta sobre los hombros. Su boca es «fina y fría como la muerte», y sus blancos dientes son largos y afilados «como dos lanzas» o «dos alfileres».

Uno de sus retratos más frescos y delirantes nos lo proporciona Gautier con Clarimonda, una vampiresa que revive de la muerte gracias al cándido beso de un jovencito sacerdote recién ordenado. Desde el primer momento, las fantasías se desatan: «la cortesana Clarimonda ha muerto recientemente tras una orgía que duró ocho días y ocho noches». Pálida, semidesnuda, con el pelo desordenado, conserva potenciado todo el salvaje encanto de la seducción. Otra cosa es ante el hallazgo de cualquier herida, pues mientras su amante finge estar durmiendo en su regazo, ella se abalanza ansiosa sobre ésta y empieza «a chupar con una voluptuosidad indescriptible… a pequeños sorbitos, lentamente», mientras entorna los ojos, y proclama en un arrebato de cursilería la meta de su deseo: «Una gota roja, un rubí en la punta de mi aguja».

A pesar de su indudable poder de seducción, las vampiresas representan la fatalidad más tenebrosa, al encarnar la amenaza inminente de una muerte violenta; pero aun así todas las víctimas parecen caer rendidas ante el irresistible magnetismo de su hechizo sexual, haciéndonos olvidar por momentos que son muertos vivientes.



Bela Lugosi y Carol Borland en *La marca del vampiro*, 1935

IV

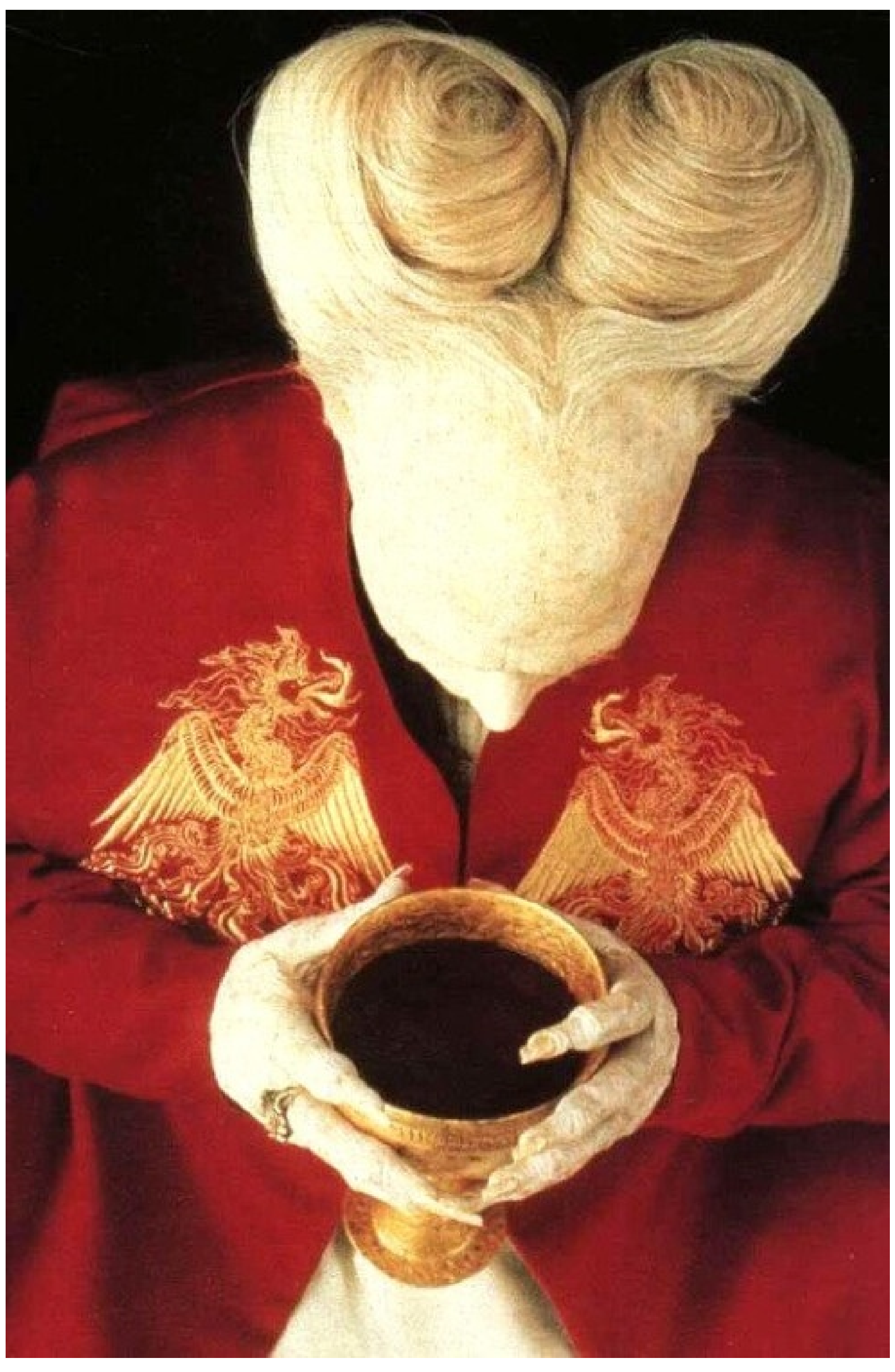
A diferencia del fantasma, el vampiro tiene cuerpo; y lo más importante es que *es* su propio cuerpo. No es un muerto, ni un vivo, sino, como dice Summers, «un andrógino del mundo espectral». Pertenece, pues, a un estado intermedio entre la vida y la muerte: está muerto, pero todavía conserva su vitalidad gracias a la energía que le proporciona la sangre de los vivos. Para él la terrible ruptura factual entre la vida y la muerte no existe como tal: la ambigua simbiosis entre sangre y pasión, víctima y verdugo, unen la vida a la muerte en una continuidad que sólo la imaginación puede concebir.

Únicamente el vampiro, como hijo directo de la imaginación, no del raciocinio, puede confrontarnos con la paradoja de una vida en la muerte, en la cual la muerte penetra en la vida o la vida en la muerte como una irresistible fuerza activa, pues la sangre, nutriente de los vivos, pasa a ser el elixir y el alimento de los muertos. Esta idea literaria tiene raíces muy antiguas.

En *Hécuba*, Eurípides muestra una escena espeluznante en la que el espectro de Aquiles se aparece en plena noche para exigir que sacrifiquen en su honor a una de las hijas de Príamo. Los griegos, para tratar de honrar al héroe, deciden sacrificar a Políxena, hija de Hécuba. Y cuando Taltibio, el enviado de Agamenón, se dirige a Aquiles con la espada desenvainada antes de sacrificar a la joven doncella, le dice estas palabras: «Acéptame estas libaciones propiciatorias que atraen a los muertos, y ven a beber la negra y pura sangre de la muchacha, sangre que te regalamos el ejército y yo».

Toda esta turbia concepción escatológica, lógicamente, está ligada a las más antiguas creencias religiosas. Sólo que en el caso del vampiro no se trata de la consabida fe en la inmortalidad del alma, sino en la inmortalidad del cuerpo. El origen de este credo ancestral proviene de la herencia de los sacrificios humanos, aunque no se transmite a la figura del vampiro moderno por esta vía, sino a través del trasfondo cristiano que da una nueva forma y significado a esta creencia. Recordemos las palabras de Cristo: «Aquel que coma mi carne y beba mi sangre tendrá la vida eterna». El vampiro hace la misma promesa, sólo que dice un rotundo NO a Dios. Y en su rebelión extrema, invierte el mundo de los vivos y de los muertos, pervirtiendo toda esperanza de alcanzar la salvación prometida por el cristianismo de una vida eterna espiritual. En lugar de ello, el vampiro promete — aunque en condiciones sumamente lúgubres — lo que parece ser una continuidad de la vida, conservando incorruptible la cualidad vital y sensual de la carne.

La rebelión del vampiro es la rebelión de Lucifer, con toda su carga de pecado y energía desbordante. Desde luego, esta figura no habría calado tan naturalmente a lo largo de los siglos si no respondiera a un arquetipo antropológico de las estructuras originales del pensamiento y las creencias humanas. De ahí que prendiera con tanta facilidad tanto en la imaginación supersticiosa popular, que la contempló horrorizada, como en la nueva estética satánica de los poetas románticos, que la acogieron con exquisito furor.



Drácula, 1992, Francis Ford Coppola

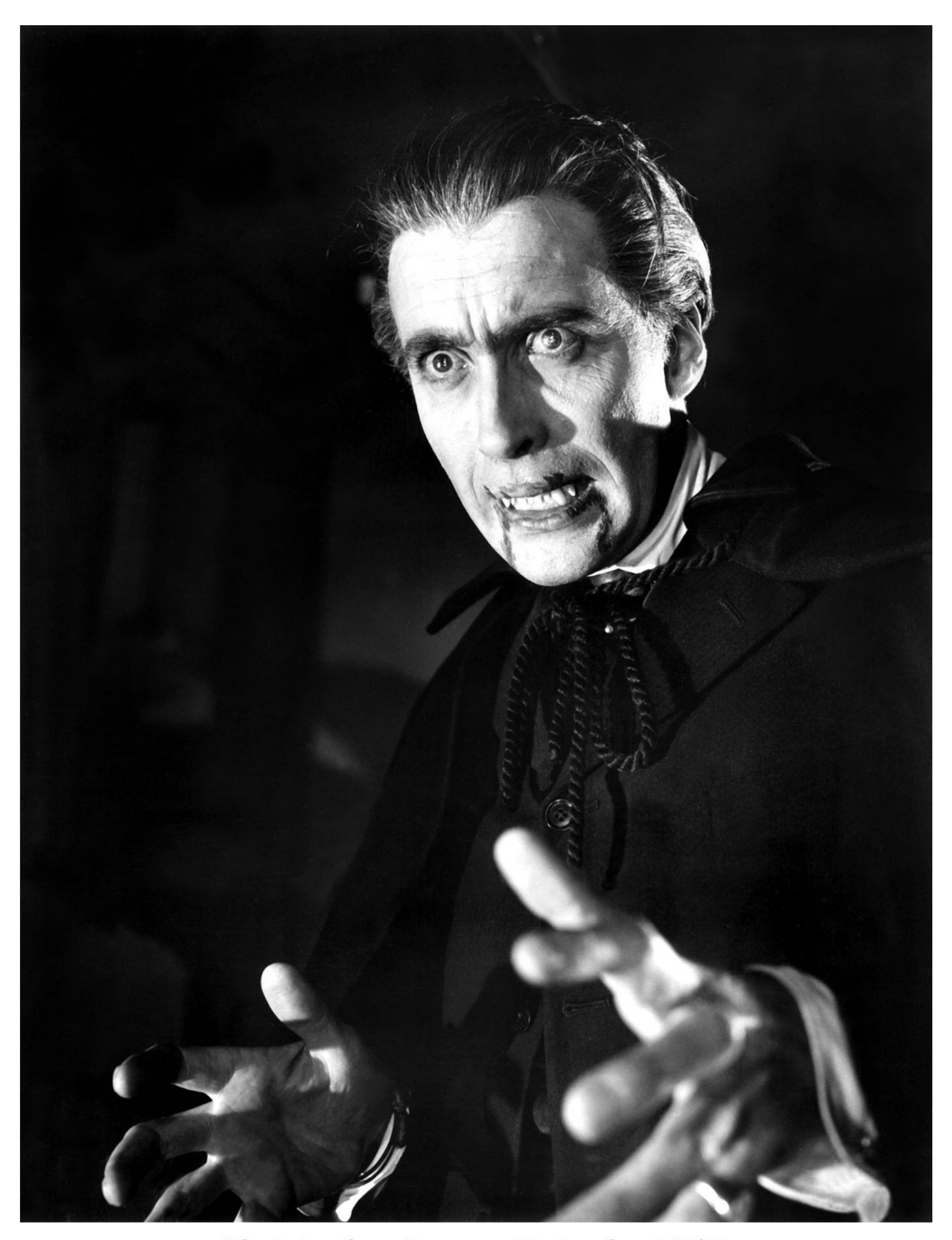
V

Para el hombre arcaico la sangre y el aliento son las fuerzas dinámicas que hacen posible la vida. Estas dos fuerzas confluyen de tal manera que llegan a confundirse y a significar casi lo mismo. Pero, ¿qué es esta fuerza? Aquello que bulle en el alma; o al menos en una de las manifestaciones del alma, pues la unidad primigenia de ésta se resuelve a menudo simbólicamente en la dualidad entre la sangre y el aliento. Esta idea, como señala Jean-Paul Roux, muy probablemente se remonte al Neolítico o, tal vez, aún más lejos. Si bien, aparece ya plenamente formada en Babilonia, donde el hombre ya es representado por un cuerpo y un espíritu creados a partir de una arcilla mezclada con la *sangre* de un dios. Siglos más tarde, la Iglesia de Roma se pronunciará en términos semejantes: la sangre es el asiento del alma, y por eso hay que protegerse de sus malos influjos. De ahí que la Biblia repita muchas veces la prohibición de alimentarse de sangre. En el Levítico se advierte que «la vida de la carne está en la sangre», (XVII, 11 y 14). En el Génesis de la Biblia de Ferrara 1553, dice Yahvé: «De cierto, carne con su alma, su sangre, no comeréis», (IX, 3-4). Ésta es la versión más extendida, pero Casiodoro de Reina, introduce una variante sugestiva en su traducción de la Biblia del Oso (1569) al decir Yahvé: «Todo lo que se mueve, que es vivo, tendréis por mantenimiento; como verdura de yerba os lo he dado todo; empero la carne con su ánima, que es su sangre, no comeréis; porque ciertamente vuestra sangre, que es vuestras almas, yo la demandaré». En la tradición hebraica, de donde procede esta idea, la sangre está en el alma (o las almas) de la carne, porque en ella reside el ánima o las energías vitales. Por eso es tabú y Yahvé prohíbe tomarla a los hombres, pues, según dice, le pertenece. Y en este sentido interpretaron los teósofos y espiritistas del siglo XIX al vampiro. Según ellos, lo que chupa realmente el vampiro no es la sangre física sino la energía vital del cuerpo etérico. La sangre, considerada el receptáculo donde reside la vida, asume el poder sagrado de prolongarla. Y aquí hemos llegado al núcleo de esta creencia. La razón por la cual los muertos se afanan en buscarla. Así puede entenderse el significado religioso que tenía para los griegos aquel conocido y espeluznante pasaje de la Odisea, al comienzo del canto XI, en donde Ulises, conducido por Circe, llega con su nave a las oscuras regiones del Hades para pedir su oráculo al alma del difunto Tiresias, y tiene que sacrificar algunas reses como ofrenda a los muertos. Según cuenta Homero, mientras «corría la negra sangre del Érebo», se reunieron en torno suyo las almas de desposadas, mancebos, ancianos apesadumbrados, tiernas jóvenes, las de muchos hombres heridos y de guerreros que dejaron su vida en el campo de batalla, y se

acercaron a ellos con un clamor horroroso. Presa del miedo, Ulises ordena a sus amigos que recojan rápido las reses degolladas del suelo y las quemen, e invoquen a los dioses, en especial a Hades y Perséfone. Y saca su cuchillo para no dejar que los muertos lleguen a la sangre antes de haber hablado con Tiresias. Sólo deja beber la sangre vertida a su madre, que también había acudido, antes de que el ciego adivino le hable del porvenir.

«La sangre», dice Mefistófeles en *Fausto*, «es un fluido muy especial». Siempre lo ha sido para la imaginación en todas sus modalidades; incluso para la imaginación científica. Según cuenta Ornella Volta, el 7 de septiembre de 1880, el estrambótico doctor Dassy de Lignières trató de demostrar su descabellada teoría sobre el poder de resurrección de la sangre, y tres horas después de ser ejecutado el asesino Menelescou, extrajo sangre de un perro vivo, bombeándola en su cabeza. El perro permaneció impasible, sin sufrir ningún cambio, mientras que la cabeza del asesino comenzó a retomar su color vital. Sus rasgos faciales se relajaron, sus labios se hincharon, poniéndose más rojos, y temblaron sutilmente; parecía que su cabeza estaba a punto de hablar. Entonces, sus párpados se contrajeron y todo su rostro tomó una expresión dolorosa. «Estoy seguro», proclamó más tarde el doctor Lignières, «de que por dos segundos ese cerebro estaba pensando».

Fascinada por todas las promesas de «inmortalidad» que invoca la biogenética y la biotecnología, nuestra época continúa la senda del doctor. Lignières, fiel a la misma angustia y deseo que corroen al vampiro. En el fondo, el hombre moderno desea inconscientemente ser como un vampiro: su nihilismo y su sed desesperada de perpetuar la vida son semejantes. De ahí que el vampiro sea el mito moderno por excelencia y su éxito no se extinga. Como dice Claude Kappler, «si el vampirismo fascina, es porque representa, con inmensa fuerza, una imagen del hombre contemporáneo»; la imagen de un *muerto en vida* que proyecta hacia delante su tortuosa angustia a la muerte, una muerte cada vez más negada y ocultada socialmente que la hace cada vez más temible e inquietante.



Christopher Lee en *Drácula*, 1958,
de Terence Fisher

VI

Hasta ahora hemos hablado de los orígenes y elementos simbólicos del vampiro como figura de la imaginación. Ahora hablaremos de algo más inconcebible: su paso por la historia. En el siglo XVIII el vampiro aún no es una figura literaria que produce un placentero escalofrío a la luz de la lumbre, es algo que produce una mayor inquietud. Las circunstancias que motivan su «renacimiento» en la escena europea vienen marcadas por una razón mucho más irónica y desconcertante: la superstición. Precisamente en la era del risueño escepticismo del hombre ilustrado, el vampiro se vincula con algo tan asombroso como las *epidemias*, recuerdo atávico de las pestes medievales. Voltaire, que siempre había denunciado la superstición como uno de los peores azotes que había sufrido la humanidad, no podía soportar que el temor histérico que despertaban estos casos de vampirismo en los países de la Europa oriental pudiera también contaminar las tertulias de París. Se hablaba de una nueva peste desconocida hasta entonces que desconcierta tanto al juicio de la sociedad europea como cautiva a su imaginación.

El hecho no era nuevo; solamente se había olvidado. Eso sí, resultaba extraño en el siglo de las luces, pero ya en la Edad Media las infestaciones de «revinientes» habían alcanzado su punto álgido durante el siglo XII. Los casos registrados en Inglaterra, los países nórdicos y sobre todo en Rumanía, sirvieron a los teólogos medievales para teorizar sobre sus causas — siempre derivadas, según ellos, del Diablo — y sobre los signos concretos que permitían distinguirlos. Algunos eruditos de épocas posteriores continuaron escribiendo tratados, que aludían a este tema, como el célebre *Dissertatio Historico-Philosophica de Masticatione Mortuorum* (1679), de Philip Rohr. Pero entre todos estos pintorescos escritos destaca una curiosa rareza literaria que llegaría a tener una gran influencia en su tiempo; nos referimos al *Tratado de las apariciones de los espíritus y de los vampiros o «revinientes» de Hungría* (1748) del abad *Dom* Agustín Calmet.

«En este siglo», escribe Calmet, «desde hace alrededor de sesenta años, una nueva escena se ofrece a nuestra vida en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia: se ven, dicen, a hombres muertos desde hace varios meses, que vuelven, hablan, marchan, infestan los pueblos, maltratan a los hombres y los animales, chupan la sangre de sus prójimos, los enferman, y, en fin, les causan la muerte; de tal suerte que no se pueden librar de sus peligrosas visitas y de sus infestaciones, más que exhumándolos, empalándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Se da a estos "revinientes" (*revenants*) el nombre de *upiros* o vampiros, es decir,

sanguijuelas, y se cuentan de ellos particularidades tan singulares, tan detalladas y revestidas de circunstancias tan probables y de informaciones tan jurídicas, que no puede casi rehusarse a la creencia que tienen en esos países, de que los revinientes parecen realmente salir de sus tumbas y producir los efectos que se les atribuyen».

Las «epidemias» de vampiros coinciden a menudo con épocas de plagas, durante las cuales hombres, mujeres y niños morían pudriéndose en los campos como los corderos de un rebaño, dejando un hedor insoportable. En medio de este dantesco panorama se propagan las habladurías sobre vampiros, se comentan casos, se recomienda emplear ajo como protección y desenterrar a los muertos sospechosos para clavarles estacas o quemarlos… El vampiro simboliza la llegada de la peste y se le atribuye toda la causa de su origen.

Por espacio de cien años, estas «epidemias» tuvieron lugar en Istria (1672), en el este de Prusia (1710 y 1721), Hungría (de 1725 a 1730), en la Serbia austríaca (de 1725 a 1732), de nuevo entre los prusianos (1750), en Silesia (1755), Valaquia (1756) y en Rusia (1772). Según se desprende de estos informes, todos los casos tienen nombres propios y su investigación ha sido encargada por distintos países a hombres de confianza. El suceso que llegó a ser más conocido sucedió, según se testifica, cerca de Belgrado. La histeria colectiva se apoderó de todo el pueblo y alcanzó tal magnitud que el gobierno austríaco, cuyo ejército tenía ocupada la mayor parte de Serbia, se vio obligado a intervenir. En diciembre de 1731, una orden firmada por el emperador abre una investigación sobre los casos de vampirismo. El oficial encargado de llevarla a cabo es médico, se llama Johannes Fluckinger, e interroga con escrúpulo a los vecinos de la localidad y en particular a una compañía de bandidos serbios mercenarios, llamados *belduques*. Su declaración es unánime. Calmet también registra la historia: «Hace alrededor de cinco años que un cierto *belduque* habitante de Médreïga, llamado Arnold Paul, fue aplastado por la caída de un carro de heno. Treinta días después de su muerte, cuatro personas murieron súbitamente de la manera que mueren, según la tradición del país, los que son perturbados por los vampiros. Se acordaron entonces de que Arnold Paul había contado a menudo que, en los alrededores de Cassova y en las lindes de la Serbia turca, había sido atormentado por un vampiro…, pero que había encontrado el medio de curarse comiendo tierra del sepulcro del vampiro y frotándose con su sangre; precaución que no le impidió, sin embargo, llegar a serlo después de su muerte, porque fue exhumado cuarenta días después del entierro y encontraron en su cadáver todas las marcas de un vampiro. El cuerpo estaba bermejo; los cabellos, las uñas y la barba se habían renovado; y las venas estaban todas llenas de sangre fluida, que rezumaba por todas las partes del cuerpo debajo del sudario en el que había sido envuelto. El *hadnagui*, en presencia del cual se hizo la exhumación y que era un hombre experto en vampirismo, hizo clavar, según la costumbre, una estaca muy aguda en el corazón del difunto, atravesándole el cuerpo de parte a parte, lo que le hizo dar, según dicen, un espantoso grito, como si estuviese aún con vida. Hecho lo cual, le cortaron la cabeza y lo

quemaron. Después se usó el mismo procedimiento con las otras cuatro personas muertas de vampirismo, por miedo a que fuesen a matar a otros a su vez. Todas estas diligencias no han podido, sin embargo, impedir que, al cabo de cinco años, esos funestos prodigios empezaran de nuevo, y que varios habitantes del mismo lugar hayan desgraciadamente perecido. En el espacio de tres meses, diecisiete personas de diferente edad y sexo han muerto de vampirismo, algunas sin estar enfermas y otras después de languidecer durante dos o tres días».

Por increíble que parezca, este informe causó sensación en su época, y el mismo año de su publicación apareció en Leipzig una versión barata de esta historia que llegaría a difundirse por toda Europa. Varios periódicos ingleses publicaron diferentes traducciones, adaptaciones y artículos, y comentaron la noticia. Según Horace Walpole, el rey Jorge II de Inglaterra no ponía en duda la existencia de los vampiros, y hasta Luis XV de Francia se tomó el interés personal de ser informado al respecto.

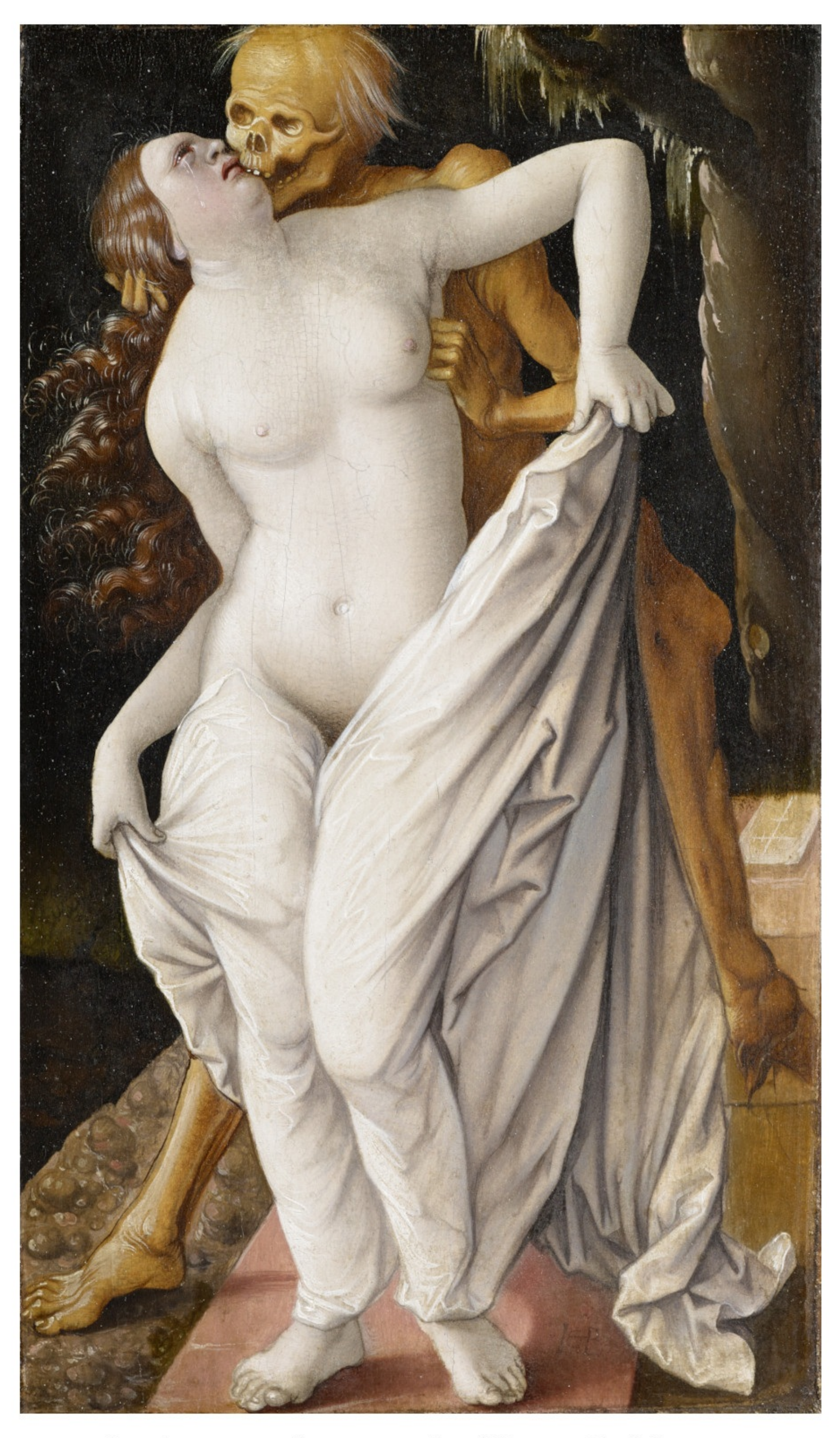
Otra cosa muy distinta es el ambiente que se respira en la república de las letras. Voltaire exclama en su *Diccionario filosófico*: «¿Es posible que haya vampiros en nuestro siglo XVIII, después del reinado de Locke, de Shaftesbury, de Trenchard y de Collins? ¡Así que en el reinado de Alembert, de Diderot, de Saint-Lambert y de Duclós se cree en la existencia de vampiros, y el reverendo benedictino *Dom* Agustín Calmet ha impreso y reimpreso la historia de vampiros con la aprobación de la Sorbona…! Polonia, Hungría, Silesia, Moravia, Austria o Lorena, eran los países donde los muertos practicaban esta operación. Pero en Londres y en París nadie ha hablado de vampiros. Admito que en estas dos ciudades han existido agiotistas, recaudadores de impuestos y hombres de negocios que chupan la sangre del pueblo a plena luz del día, pero no estaban muertos, aunque sí lo suficientemente corruptos. Estos auténticos chupones no vivían en cementerios sino en palacios hermosos». Y concluye: «La consecuencia de todo esto es que una gran parte de Europa estuvo infestada de vampiros durante cinco o seis años, y que hoy ya no existen… que resucitaron muertos durante varios siglos, y que hoy ya no los resucitan; que tuvimos jesuitas en España, en Portugal, en Francia y en las dos Sicilias, y que hoy ya no los tenemos».

Desde 1732, en Francia, se publican al menos doce tratados y cuatro disertaciones sobre vampiros, el mayor de los cuales es el de Calmet, a quien el padre Feijoo dedica una de sus *Cartas eruditas*. Las razones que se dan para dilucidar el fenómeno son de la índole más variada: argumentos teológicos que atribuyen el prodigio a la obra de Satán; explicaciones «científicas» que aclaran el enigma de la incorruptibilidad de los cuerpos relacionándolo, en unos casos, con ciertas condiciones del suelo que retardarían la corrupción, y en otros, con la catalepsia y las plagas de gérmenes desconocidos; o sencillamente como simples efectos de la superstición popular. En el debate se implican las figuras más preclaras de la Ilustración como Voltaire, Diderot, el marqués de Argens y Rousseau.

Rousseau no pensaba de forma diferente que Voltaire, pero no estaba tan interesado como éste en zanjar rápidamente el asunto denunciándolo como superstición; le importaba más desentrañar la razón por la cual el vampiro producía en el pueblo un miedo tan arraigado. Desde su punto de vista, concernía a los filósofos «buscar las causas que pueden producir hechos tan poco acordes con la naturaleza». Mantenía una opinión distante frente a los testimonios de las epidemias, sin entrar a emitir juicios demasiado categóricos sobre ellos; y en su carta al arzobispo de París, Christophe de Beaumont, escribe ponderadamente: «Si alguna vez en el mundo ha existido una historia garantizada y demostrada, es la de los vampiros. No falta nada: informes oficiales, testimonios de personas dignas de crédito, médicos, sacerdotes, jueces; existen toda clase de pruebas… Pero ¿quién puede aventurarse a decirme exactamente cuántos testigos son necesarios para hacer creíble un fenómeno semejante?».

A Rousseau le parecía baladí entrar a discutir sobre las pruebas y refutaciones de la existencia de los vampiros. El centro de la cuestión descansaba en defender la posición de la razón frente a las sutilezas eruditas de las que se servían los funcionarios eclesiásticos, como Calmet, para ayudar a mantener la sumisión del pueblo y la gente crédula a los agentes del Dios Omnipresente y mostrar así el verdadero nudo del problema, que no es otro que «el sentido mismo de la superstición».

Finalmente, Calmet tenía razón (aunque de forma involuntaria) cuando afirmaba en su prefacio que «cada siglo, cada país, tiene sus prevenciones, sus enfermedades, sus modas, sus inclinaciones que los caracterizan, y que pasan y se suceden las unas a las otras», así pues, «lo que ha parecido admirable en un tiempo, se convierte en lamentable y ridículo en otro». Como sucede a los ojos de hoy con todos estos testimonios y controversias que no nos parecen más que pintorescas curiosidades del pasado. Todas estas cosas tienen la rara virtud de afinar nuestra mirada retrospectiva; la saludable consecuencia de romper los tópicos unívocos que atesoramos sobre esta época, para abrirnos los ojos a los claroscuros del siglo de las luces; pues esa centuria tan joven y fresca en muchos aspectos, esa época inolvidable que hospeda en estado puro todas las ideas seminales de la modernidad, no fue sólo la época de Kant, de Newton y de Hume, fue también el siglo de Mesmer y de Swedenborg, del frenesí gótico, de Fuseli y de los proverbios infernales de Blake; y, he aquí nuestra sorpresa, también «la edad de oro del vampiro», tal como demuestra en su libro Tony Faivre.



La joven y la muerte, Hans Baldung,
ca. 1517



La pesadilla, 1781, de J. H. Fuseli

VII

¿Qué sucedió en el siglo siguiente? La superstición vampírica quedó definitivamente relegada a los confines más rurales de la Europa del este. En las grandes urbes del siglo XIX el vampiro sólo visita a los artistas y escritores románticos, que asocian la vieja superstición a un nuevo concepto de poesía o fórmula literaria. Para muchos escritores románticos, el vampiro es una fuente de inspiración ideal para desarrollar su nueva estética. En sus *Mélanges de littérature et de critique* (1820), Charles Nodier escribe:

> «En política sabemos dónde estamos; en poesía nos encontramos en un período de *pesadilla* y de *vampiros*. En general las supersticiones favorecen a la poesía. Y, según esta hipótesis, constituyen toda la poesía, pues no hay poesía sin religión». De este modo, los románticos emprenderán una búsqueda exacerbada de lo *extraño*, empujados por el acuciante deseo de escribir sobre todos aquellos misterios que la razón ilustrada les ha robado.
>
> «Soy una parte de la parte que al principio era todo; una parte de esa oscuridad que dio nacimiento a la luz, la luz orgullosa que ahora disputa a su madre, la Noche, su antiguo rango y el espacio que ella ocupaba», escribe Nerval. La poderosa energía numinosa que irradia la *noche* cautiva el alma romántica, cuya sensibilidad desea con ardor no ignorar nada de las oscuras regiones del psiquismo. Tanto la aventura metafísica de los románticos alemanes e ingleses como el descubrimiento por parte de la novela gótica del *honor como fuente de deleite*, abrieron el telón a un nuevo escenario estético de «belleza turbia», en donde lo horrendo se convierte en una categoría estética. A la claridad discursiva de la razón ilustrada, le sucede la vivencia inefable del *sentimiento* y la *sensación*. La nueva poesía debe extraerse de todo lo que anteriormente había sido considerado reprobable. Y así, la apolínea belleza racional del neoclasicismo deja paso a una nueva condición del gusto, gobernada por lo horripilante, que se convertirá en una nueva fuente de placer estético, que Shelley definió como «la tempestuosa belleza del terror».

En su espléndido libro sobre el romanticismo negro, Mario Praz establece las líneas anatómicas de esta belleza maldita. Después de Milton, el ángel caído adquiere un nuevo esplendor poético; su indomable rebeldía investida de cualidades heroicas se erige en un objeto de culto. Baudelaire define la belleza del siglo como algo ardiente y triste, que si se aprecia en la cara de una mujer bella y seductora puede hacernos soñar vagamente con la voluptuosidad y la tristeza, pero si se trata del rostro de un hombre, «el más perfecto ejemplo de belleza viril es *Satán* — a la manera de Milton».

El paraíso perdido sugiere el arquetipo de esta nueva belleza, y será lord Byron quien encarne vitalmente este modelo al convertirse su vida en leyenda. El pulso de su existencia siempre se vio acelerado por la rebeldía, llevada a veces al paroxismo. Para él una vida sin las emociones tumultuosas de la pasión era una vida muerta: «sin ella vegetamos». Se cuenta que, cuando le practicaron la autopsia, su corazón y su

cerebro presentaban síntomas de edad muy avanzada, a pesar de haber muerto a los treinta y seis años. «El gran objetivo de la vida es la sensación», decía, «sentir que existimos, incluso a través del dolor». Así, siempre hubo en su vida algo de tortura moral, de sabor a fatalidad, y en sus relaciones amorosas no cesó de buscar una perversa voluptuosidad en destruir y autodestruirse. Como un actor, representando la angustia de ese período, Byron asume ante el inmenso auditorio de su época el papel del amante fatal para consumar el amor maldito, encarnando en su vida lo que Blake entendió como los dos estados contrarios del alma, es decir, el cielo o el infierno. Byron escogió ponerse a merced del segundo.

La crueldad del lord con sus amantes se haría famosa en toda Europa, gracias a la venganza que perpetró lady Caroline Lamb en su novela gótica *Glenarvon*, publicada anónimamente, en donde retrataba a su antiguo amante cargando las tintas. La novela alcanzó el éxito esperado, y, por supuesto, todo el mundo supo quién había sido la fuente de inspiración de su malvado personaje central. Esta obra ayudó a extender la moda del vampirismo por Europa, al identificar el papel satánico que le gustaba representar al lord con los elementos comunes del cliché literario del vampirismo. Incluso Goethe llegó a decir que Byron estaba poseído por una «atracción demoníaca» irracional que ejercía gran influencia sobre los demás. Flaubert retrata al lord como alguien que «no creía en nada sino en todos los vicios, y en un Dios vivo que solamente existe para hacer posible el placer del mal». Bajo estos rasgos subidos de tono de malditismo, no resulta nada extraño que Byron fuera el inspirador del primer modelo de vampiro, y el aura desafiante de su vida lo que infundiera vigor a este nuevo modelo literario.



Gustave Doré, *La divina comedia*, 1887

VIII

El primer cuento de vampiros europeo comenzó a incubarse en villa Diodati, una mansión al borde del lago Lemán, curiosamente, visitada antes por Milton. Allí se reunieron, como es célebre, lord Byron, como anfitrión, su secretario el doctor Polidori, Percy y Mary Shelley y M. G. Lewis, como sus invitados, y la hermanastra de Mary, Claire, en calidad de amante y mártir. Aquel mes de junio de 1816 fue húmedo y lluvioso y solía tenerlos confinados durante días en el interior de la casa. Por azar, disponían de un grueso volumen de cuentos de fantasmas (según un especialista, *Fantasmagoriana*) y, para distraer la lentitud de aquellos días, bañados en láudano, leían en voz alta aquellas historias macabras que luego se alargaban en interminables disquisiciones.

«Muchas y largas fueron las conversaciones entre lord Byron y Shelley, — escribe Mary Shelley en su prefacio a *Frankenstein* — de las que fui oyente fervorosa aunque casi muda. En el curso de una de ellas discutieron sobre diversas doctrinas filosóficas, entre otras la naturaleza del principio vital y la posibilidad de que se llegase a descubrir tal principio y conferirlo a la materia inerte». Se habló de los experimentos del doctor Darwin, padre de Charles, y fantasearon con la posibilidad de poder infundir vida o reanimar un cadáver, o fabricar las partes de una criatura, ensamblarlas y dotarlas de calor vital. La noche pasó rápidamente con esta charla y cuando se retiraron a descansar, Mary no podía dormir: «Mi imaginación, espontáneamente, me poseía y me guiaba, dotando a las sucesivas imágenes que surgían en mi mente de una viveza muy superior a los habituales límites de la ensoñación. Vi — con los ojos cerrados, pero con la aguda visión mental — al pálido estudiante de artes impías de rodillas junto al ser que había ensamblado. Vi el horrendo fantasma de un hombre tendido; y luego, por obra de algún ingenio poderoso, lo vi manifestar signos de vida y agitarse con movimiento torpe y medio en vida». Cuando despertó, invadida por el terror, le fue imposible librarse de esa espantosa imagen fantasmal: «seguía presente en mi imaginación»; lo cual es de agradecer, pues gracias a ello escribiría años después su inolvidable *Frankenstein,* cuyo «Prometeo moderno» ha terminado siendo profético.

Según Mary Shelley, fue Byron quien propuso que cada uno escribiera un cuento de fantasmas. Aunque no debemos prestar demasiada credibilidad a su relato, escrito más de quince años después, porque al tratarse de un prefacio a su obra, lógicamente omite algunos recuerdos desagradables o impropios para la época, como por ejemplo la presencia de Claire, hermanastra de Mary y amante de Byron, entre otras cosas. El

diario de Polidori refleja mejor el clima mental de Diodati durante esas veladas góticas. El 18 de junio — cuando las sesiones de cuentos macabros estaban en su punto álgido — anota: «Comencé a contar mi historia de fantasmas después del té. A las doce, empezamos a hablar realmente de lo espectral. L. B. repitió algunos versos del *Christabel* de Coleridge sobre el pecho de la bruja; luego se hizo el silencio. Shelley, de repente, llevándose las manos a la cabeza, salió del cuarto corriendo y chillando con una vela en la mano. Se echó agua en la cara y luego le dimos éter. Mientras estaba mirando a la Sra. S., pensó de pronto en la historia de una mujer que le habían contado que tenía ojos en lugar de pezones, y esto se apoderó de su mente y le sumió en el horror».

A pesar de todos estos desórdenes y paranoias, quizá debidas al láudano, lo cierto es que este singularísimo grupo de personajes cumplió bastante bien con lo establecido; al menos, dos de ellos finalizaron por completo su historia. Según su esposa, Shelley empezó un relato inconcluso basado en las experiencias de la primera etapa de su vida; Byron, que por entonces estaba enfrascado con el canto tercero de *Childe Harold*, pronto se aburriría del relato que había iniciado sin llegar a terminarlo. Mary, por entonces una jovencita de diecisiete años, guardó en la mente su memorable pesadilla, que más tarde se convertiría en *Frankenstein*. Y Polidori, después de escuchar la narración de Byron, comenzó a bosquejar su versión.

Cuatro años después, se publicaría *The Vampire. A Tale*, cuando Polidori casi había olvidado el tema. El cuento apareció falsamente atribuido a Byron por una astuta argucia de su editor, circunstancia que favoreció notablemente el éxito de la obra. Y así, sin proponérselo, Polidori — un pobre diablo de veinticuatro años, que moriría dos años después de sobredosis de drogas — puso en movimiento, con su perverso lord Ruthven, el prototipo del vampiro de la literatura inglesa: el del aristócrata enigmático y distinguido, aparentemente frío, perverso y terriblemente fascinador para las mujeres. Desde Varney a Drácula o a cualquier vampiro clásico del cine, este modelo (mejor o peor concebido) siempre pertenecerá a este linaje literario.

IX

Sin embargo, a pesar del sentido fundacional que tiene este prototipo en la literatura anglosajona, el personaje de Polidori no es la primera aparición del vampiro en la literatura europea. Un esbozo inicial apareció en 1797, al cumplir Goethe cuarenta y siete años. En ese año, además de retomar la idea de *Fausto,* treinta y tres años abandonada, este genio alemán concebirá, a través de sus cartas con Schiller, todo el argumento de su obra maestra. Pero 1797 no es sólo el año germinal de *Fausto*, es también para él «el año de las baladas», por la cantidad de ellas que compone durante ese breve período. La balada (*Heder*) tuvo siempre para Goethe un encanto especial, pues veía en ella, muy acorde con sus teorías morfológicas naturales, la planta primigenia del jardín poético: aquella que permitía descubrir el trasfondo ancestral de un mundo lleno de tesoros simbólicos; una especie de archivo del inconsciente humano que, proveniente de canciones populares, de narraciones mitológicas griegas y orientales, servía para explicar muchos misterios del alma humana.

Una de sus baladas más conocidas es *La novia de Corinto,* escrita entre el 4 y el 5 de junio de ese año. Era «una idea que llevaba tiempo acariciando»; su tema, quizá suscitado por las habladurías sobre vampiros que llegaban desde Prusia y los países eslavos, en realidad está inspirado en fuentes clásicas; concretamente en *De Rebus Mirabilis* de Flegon de Tralles, obra que tenía un relato muy semejante al argumento de Filóstrato.

Es la historia de un joven ateniense que llega a Corinto a ver a un amigo de su padre para casarse con su hija, a quien estaba prometido desde hacía tiempo por un acuerdo familiar. Pero entre tanto, mientras que él y todos los suyos seguían siendo paganos, la otra familia se había bautizado, convirtiéndose a la nueva fe. Cuando llega el joven a la casa de su prometida, ésta estaba en silencio. Sólo le recibe la madre, con grandes muestras de cariño, y le sirve la cena. Pero el joven está rendido por el viaje y pronto se retira a dormir. Sin embargo, se despierta a altas horas de la noche. Alguien ha entrado en su habitación. Es una hermosa doncella, muy pálida, con una cinta negra y dorada en la frente; al verse sorprendida, se detiene atónita por encontrar un huésped en su casa, y se disculpa por su intromisión. El joven se alza del lecho y la invita a quedarse con dulces palabras. La muchacha le confiesa apenada que los dioses han abandonado su casa y que en su lugar han dejado a un dios a una cruz clavado. También dice que nunca podrán disfrutar del amor porque su segunda

hermana es la destinada a casarse con él. Pero él insiste en que se quede con él y celebren juntos un banquete; y ella acepta, pues Amor le ha visitado.

Beben vino y ella parece reanimarse, aunque rechaza sus acercamientos, diciéndole que no toque su carne fría porque es como la nieve, sin emoción. Pero él la toma en sus brazos, lleno de pasión. El ardor y el dolor parecen encender sus mejillas, sin llegar a estremecer su alma. Entre tanto, las voces despiertan a la madre, quien se acerca a la puerta y entra. Al ver que era su hija, indignada, la expulsa a gritos del cuarto. Pero ésta, de pronto, se eleva por el aire, como movida por una fuerza sobrenatural, y exclama: «¡Madre, no merezco esto! ¿Qué hice yo para que me arrebates esta hermosa noche en que empiezo a sentirme otra vez mujer?». Y cuenta que cuando ella murió y enterraron su cuerpo en una tumba mal cerrada, logró liberarse de ella gracias a las preces mortuorias de un prelado pagano. Pero ese impulso es el amor, pues antes de morir, cuando Venus tenía su altar en su casa, este joven le fue prometido. Luego, la promesa cayó en el olvido, pero nunca un dios, aunque una madre llore, separa a dos seres unidos por el amor: «de la tumba me he levantado, a buscar a mi prometido, para hallar al hombre que amo y beber la sangre de su sien. Luego, me iré a buscar a otros hombres». Y mirando al joven le dice: «Hermoso, no vivirás mucho, pues hoy mismo morirás».

Después, pide a su madre un último deseo: que abran su mausoleo y enciendan una gran hoguera y dejen que ardan juntos los que se aman, pues cuando el fuego los haya consumido en esta tierra, su ser volará a los dioses.

X

Sin saberlo, Goethe ya insinuaba en su poema todos los motivos sobre un tema que obsesionará a muchos escritores del siguiente siglo, pues el mal vinculado al erotismo y la muerte ocuparán el centro de las obras de imaginación. Pero si en la primera parte del siglo XIX el amante fatal de las novelas góticas es normalmente un hombre inspirado en el aura byroniana, en la segunda mitad del siglo, la mujer irá cada vez cobrando mayor presencia y fuerza simbólica en la imaginación masculina de la época; como dijo una vez mademoiselle de Lespinasse, «acaso el hombre no sea otra cosa que el monstruo de la mujer, y la mujer, el monstruo del hombre».

Aunque en la primera etapa del romanticismo ya hay bastantes mujeres fatales — Matilde, Salambó, Carmen, etc. —, todavía no se ha creado del todo la figura de la *femme fatale*, como existe el prototipo del héroe byroniano. Es cierto que ya han aparecido en escena la lamia de Keats, y las vampiresas de Goethe, Tieck y E. T. A. Hoffmann, pero el arquetipo aún no se ha terminado de perfilar. Habrá que esperar a que aparezca consumado ese extraño frenesí por la *bella difunta* con las alucinadas descripciones de Poe — sobre todo *Ligeia* y *Berenice* — o la obscena y deliciosa cortesana Clarimonda. Habrá que aguardar a los sombríos y melancólicos poemas de Baudelaire o a las lésbicas pasiones de Carmilla para que se vayan perfilando las características definitivas de *la belle dame sans merci*. Un arquetipo turbio y tenebroso, que reúne en sí mismo todo el poder de seducción, vicio y voluptuosidad que desprende la fantasía masculina sobre la mujer, estrechamente unida a la inequívoca presencia de la muerte que es, al fin y al cabo, en donde desembocan todas las turbulentas pasiones despertadas por las vampiresas. «Vivo en tu cálida vida», dice la cruel Carmilla a su joven víctima, «y tú morirás… morirás, dulcemente morirás… en la mía. No puedo evitarlo. Así como yo me acerco a ti, a su vez, tú te acercarás a otros, y conocerás el éxtasis de esa crueldad, que, sin embargo, es una forma de amor». Así es el amor de los muertos: cruel y egoísta. O como dice Carmilla: «el amor es siempre egoísta, cuanto más apasionado, más egoísta».

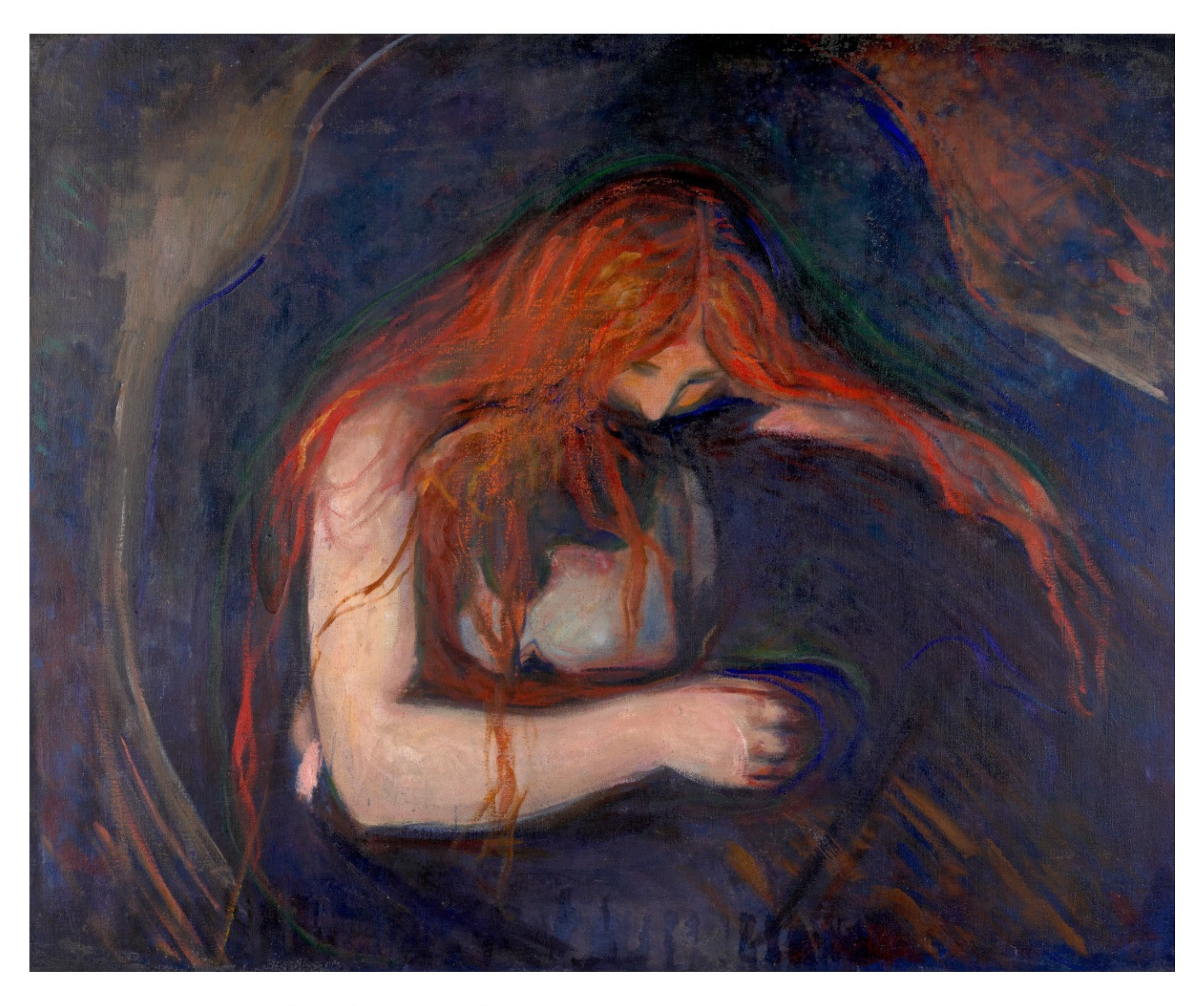
Todos los aspectos negativos del amor — los celos, el odio y la pasión devoradora — se escenifican en esta tragedia amorosa, donde la indiferencia es lo único que no tiene cabida: «era como el ardor de un enamorado, me turbaba; era algo odioso y, no obstante, irresistible».

El círculo del amor maldito juega aquí con todos las ambigüedades entre el placer y el dolor, el amor y la crueldad: juego fatal entre la víctima y su verdugo. Algo que ya había pronosticado Novalis en sus *Fragmentos de psicología* cuando escribe: «Es

extraño que no se haya despertado la atención de los hombres hacia el estrecho parentesco y tendencia común que existe entre voluptuosidad, religión y crueldad». Esta reflexión no es nueva. Ya el Marqués de Sade había dejado suficientes pruebas en sus novelas de cómo la pasión llevada hasta sus últimas consecuencias se vuelve asesina. Desde su oscura y húmeda celda en la Bastilla, Sade imaginó las mil maneras posibles de consumar un erotismo cuya esencia fuera la crueldad, donde el dolor fuera la fuente del placer. Toda su obra desprende una profunda atracción hacia el mal y una obsesión atosigante por hacerlo deseable. De este modo, elaboró un sistema filosófico contrario a la religión, con el fin de desafiar el orden natural y poder así convertir la sexualidad en atracción a la muerte, una muerte que tiene al dolor por aliado.

En la repetitiva y tediosa sucesión de escenas eróticas que pueblan todos sus libros, Sade quiere transmitirnos su idea obsesiva de cómo el dolor de la víctima va creciendo en igual proporción al placer de su verdugo. De esta forma, une la trasgresión del erotismo frenético, opuesto a todo freno moral, con la vivencia sagrada de la muerte como sacrificio. Y aquí tocamos puntos comunes al vampirismo, aunque la intensidad del erotismo tenebroso del vampiro no radica en el dolor físico. Su mordisco no sólo es anestesiante, sino que provoca un delirio erótico en su víctima que roza todas las ensoñaciones y sensaciones de lo prohibido. Aquello que ya había experimentado Sade en sus orgías con prostitutas, se cumplirá más tarde en Baudelaire cuando dice: «La voluptuosidad única y suprema del amor es la certeza de hacer el Mal».

De este modo, a lo largo de todo el siglo, esta doble figura de atracción y repulsión se convirtió en una obsesiva fantasía masculina, que proyectaba lo diabólico sobre la mujer. Esta fantasía sirvió a estos escritores para dar rienda suelta a su imaginación literaria, siendo el vampiro el perfecto catalizador de todas las sombras reprimidas de la sociedad burguesa; aquellas ardientes imágenes de la tiniebla que las formas biempensantes de la burguesía no dejaban escapar a la luz del mundo; pues el artificio de las costumbres sociales no sólo ocultaba el miedo latente que sentían hacia la mujer libre, sino, sobre todo, el íntimo terror que les producía la perversa unión simbólica que se teje entre el ardor del deseo y el frío temblor que produce la muerte.



Evdard Munch, *Vampiresa*, (1893-1894)

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Esta nueva antología de vampiros constituye la tercera variante en sus dieciocho años de vida. Su primera versión, que apareció en Siruela con el título *Vampiros*, data de 1992. Entonces, como ahora, no pretendí ser demasiado rígido en cuanto a géneros o extensión de los textos. Junto a cuentos de distinta longitud, el lector se encontraba con una novela corta (*Carmilla*), un fragmento de un novelón por entregas (*Varney*) e incluso, con un poema de veintiocho versos. Pero bajo esta diversidad formal, siempre permanecieron dos intenciones precisas. Por un lado, el propósito de fijar con claridad el perfil cambiante de los diferentes modelos existentes de vampiro — el noble maligno, de exorbitante magnetismo sexual (lord Ruthven, Varney o Drácula); la hermosa y cruel vampiresa (Clarimonda, Carmilla o la madona del cuento de X. L.); y la figura inspirada en el folclore, como el *vurdalak*, o el feroz animal del cuento de Quiroga —, y por otro lado, la decisión de mostrar la evolución del cuento de vampiros, desde sus albores románticos hasta los primeros años del siglo veinte. La antología estaba dedicada a un ilustre cultivador del género fantástico en España; decía: *A Juan Perucho, él sabe por qué*. Aunque la dedicatoria dejaba flotar en el aire una cierta complicidad secreta en el asunto y levantó algún que otro comentario en la prensa, en realidad, no comportaba mayores misterios. Había pedido a Perucho que prologara el libro y, por alguna razón que no recuerdo, el plazo no se adecuaba a sus compromisos y, debido a su falta de tiempo, se vio obligado a declinar la invitación. Como para preparar la nómina de la antología tuve que acudir a varias fuentes y leer bastante al respecto, el tema me fue atrapando, así que decidí ocuparme personalmente de escribir los prólogos del volumen, y dediqué el libro a Perucho, con un inequívoco y amistoso tono de *vendetta* por no haber prologado el libro.

La segunda antología, titulada esta vez *El vampiro*, (de la cual se haría más tarde una versión en bolsillo en 2006 y otra en Círculo de Lectores un año antes) fue publicada también en Siruela en 2001. En esta ocasión no fue dedicada a nadie, pero el antólogo se transmutó en conde — pues nada más apropiado para un estudioso de vampirismo que ostentar el mismo título nobiliario que Drácula y en la contraportada se aludía en broma a cierto «reputado vampirólogo C. de S.». También firmé con el título — que dicho sea de paso, casi nunca utilizo — un artículo sobre vampiros que me pidieron para *La Vanguardia*. A la mañana siguiente mi distribuidor en Madrid, Miguel García, me llamó para decirme en su característico tono jocoso si había decidido convertirme en un provocador. De lo cual deduzco que también debió de levantar algunas murmuraciones.

En esta segunda versión excluí, por diversas razones, algunas piezas de la edición anterior: *La novia de Corinto*, de Goethe; *El misterio de Ken*, de Julian Hawthorne; *El invitado de Drácula*, de Bram Stoker; *El beso de Judas*, de X. L.; y *La tumba de Sarah*, de L. G. Loring. Y en su lugar, añadí: *La muerta enamorada*, de Théophile Gautier; los tres primeros capítulos de *Drácula*, de Bram Stoker, y *El conde Magnus*, de M. R. James. La razón de estos cambios se debía, principalmente, a la pretensión (siempre vana y cuestionable) de lograr una antología con los «mejores» textos de vampiros, excluyendo las rarezas, con el objetivo de establecer los ejemplos literarios más clásicos y característicos del vampirismo. También el prólogo se enriqueció con un mayor desarrollo del tema y de la documentación, y se añadieron nuevas imágenes.

¿Qué cambios establece esta tercera entrega? Además de corregir y aportar nuevos datos en la introducción, y de ampliar la bibliografía, hay novedades. Si en la anterior edición se incluyeron los tres primeros capítulos de *Drácula* (que me parecen la mejor parte de la novela), pasados unos años, he llegado a la conclusión de que es más apropiado volver a insertar *El invitado de Drácula* en lugar del fragmento — por espléndido que sea —, de una novela demasiado conocida. También he creído oportuno rescatar el cuento de X. L., una de las mayores rarezas de la primera versión de este libro. Pero esta vez, parecía inevitable añadir a la antología nuevos cuentos. El mito del vampiro continuó su curso en el siglo XX, y sigue palpitando con fuerza a principios del siglo XXI.

Tres son los relatos escogidos para esta ocasión. El primero es un cuento de August Derleth que introduce una interesante variante de vampiro llena de sugerencias poéticas. El relato de Richard Matheson, escrito en los años cincuenta, muestra perfectamente la evolución del género, y cómo el vampirismo continúa adaptándose a la cotidianeidad contemporánea sin perder por ello nada de su antigua aureola mítica. Por último, la *nouvelle* de Robert Aickman, nos cuenta con gran sutileza psicológica las secuencias fragmentarias de una joven cuyas vivencias y fantasías vampíricas son el perfecto colofón para cualquier antología en torno a este tema.

Jacobo Siruela

Vampiros



Edvard Munch, ***La joven y la muerte***

Johann Ludwig Tieck

No despertéis a los muertos

(*ca.* 1800)

Sensualidad y nada más es la rueda móvil de nuestra máquina.

J. L. T.

Se dice que Johann Ludwig Tieck (1773-1853) poseía una de las mejores bibliotecas de los estados alemanes. Enfermo crónico desde casi los treinta años, su enfermedad le condenó a un encierro tenaz, cuya única distracción fue la lectura de los cientos de volúmenes que poseía sobre los más diversos temas. Sólo un obsesivo lector como él, consagrado por entero a los estudios teológicos, literarios, históricos y lingüísticos, podía poseer tal variedad estilística y temática en su obra. Como los Grimm, Tieck estudió a fondo las baladas y leyendas alemanas, y recopiló una vasta colección de cuentos orales y escritos que luego formarían parte de uno de sus libros más famosos: *Phantasus*. Situó sus obras en la misma atmósfera irreal y evanescente del cuento de hadas, pero con una particularidad: supo combinar el mundo maravilloso y simbólico de la infancia con el lado oscuro y nocturno del universo. Una extraña y original mezcla que introdujo en Alemania el gusto romántico y gótico por lo tenebroso y fantasmagórico. Casi todos sus cuentos expresan, mediante esa extraña mezcla entre lo ingenuo y lo macabro, una intuición trágica sobre la vida humana, siempre movida por oscuros lazos misteriosos.

Escrito en Alemania a principios del siglo XIX, *No despertéis a los muertos* es un cuento atribuido a Ludwig Tieck, cuyo argumento desarrolla el tema ya esbozado por Goethe en *La novia de Corinto*. El insólito frenesí de Walter, su protagonista, primero consumido por la pasión, luego por el dolor y más tarde por la culpa cuando logra resucitar a su amada de la muerte para seguir gozando ciegamente de ella, no debió de dejar indiferentes a sus primeros lectores. En su argumento encontraban descrita por primera vez la fascinación más extrema por el lado más tenebroso del erotismo, cuyo último paso se consuma a través de la muerte.

Olvidado en su lengua original, la versión que presentamos pertenece a una edición inglesa de 1823 titulada *Popular Tales and Romances of the Northern Nations*.

No despertéis a los muertos

Traducción de Francisco Torres Oliver

—¿Acaso quieres dormir para siempre? ¿No vas a despertar más, amada mía, sino a descansar eternamente de tu breve peregrinación por la tierra? ¿O volverás otra vez, y traerás contigo el alba vivificadora de la esperanza a este desventurado cuya existencia, desde que te fuiste, lo han oscurecido las sombras más tenebrosas? ¡Cómo! ¿Sigues callada? ¿Callada para siempre? ¿Llora tu amigo y no le escuchas? ¿Derrama amargas, abrasadoras lágrimas, y no haces caso de su aflicción? ¿Está desesperado, y no abres los brazos y das refugio a su dolor? Entonces di, ¿prefieres el pálido sudario al velo de novia? ¿Es la sepultura un lecho más cálido que el tálamo del amor? ¿Acogen tus brazos mejor al espectro de la muerte que a tu esposo enamorado? ¡Ah!, vuelve, amada; vuelve otra vez a este pecho ansioso y desconsolado.

Tales eran los lamentos que Walter exhalaba por Brunhilda, compañera de su amor apasionado y juvenil; así lloraba sobre su tumba en la hora de la medianoche, cuando el espíritu que preside la atmósfera turbulenta envía sus legiones de monstruos a los aires para que sus sombras, al fluctuar con la luna sobre la tierra, envíen locos, agitados pensamientos a desfilar frenéticos en el pecho del pecador: así se lamentaba bajo los altos tilos, junto a la sepultura de ella, con la cabeza apoyada en la fría lápida. Era Walter un señor poderoso de Borgoña que en su temprana juventud se había prendado de la belleza de Brunhilda; belleza que sobrepasaba en encantos a la de todas sus rivales: porque su cabellera oscura como el rostro negro de la noche, derramada sobre sus hombros, realzaba sobremanera el esplendor de su esbelta figura y el rico color de sus mejillas, cuyos matices eran como el cielo encendido y brillante de poniente. No semejaban sus ojos a esos orbes cuyo pálido brillo adorna la bóveda de la noche y cuya distancia inmensurable nos llena el alma de profundos pensamientos de eternidad, sino más bien a los sobrios rayos que alegran este mundo sublunar y que, a la vez que iluminan, inflaman de alegría y de amor a los hijos de la tierra. Brunhilda se convirtió en la esposa de Walter; y estando ambos igual de enamorados y prendados, se entregaron al goce de una pasión que les volvió indiferentes a cuanto los rodeaba, al tiempo que los sumía en un sueño fascinante. Su único temor era que algo los despertase de un delirio que rezaban por que durase eternamente. Pero ¡qué vano es el deseo de detener los decretos del destino! Igual podríamos pretender desviar de su órbita los planetas circundantes. Poco duró esta pasión frenética; no porque se fuera apagando poco a poco hasta sumirse en la apatía,

sino porque la muerte arrebató a su lozana víctima, dejando viudo el lecho de Walter. Sin embargo, aunque tuvo al principio una impetuosa explosión de dolor, no se reveló inconsolable; y antes de que pasara mucho tiempo, otra esposa se convirtió en compañera del joven noble.

Swanhilda era hermosa también, si bien la naturaleza había formado sus encantos con un molde muy distinto al de Brunhilda. Sus dorados rizos centelleaban como la luz de la mañana; sólo cuando la excitaba alguna emoción de su alma, un matiz sonrosado encendía la palidez de sus mejillas; sus miembros eran proporcionados y de la más exquisita simetría, aunque no poseían esa plenitud exuberante de la vida animal. Sus ojos brillaban elocuentes, aunque era con la luz suave de la estrella; y, más que despertar ardor, transmitían una dulzura sosegada. Así constituida, no podía devolver a Walter su antiguo delirio, aunque hacía felices sus horas vigiles; tranquila y seria, aunque alegre, procurando en todas las cosas el placer de su marido, restableció el orden y el bienestar en su casa, donde su presencia irradiaba una influencia general. Su dulce benevolencia tendía a moderar la disposición impetuosa y ardiente de Walter, mientras que, a la vez, su discreción le arrancaba en cierto modo de sus vanos y turbulentos deseos, de su ansia de goces inalcanzables, reconduciéndolo a los deberes y placeres de la vida cotidiana. Swanhilda dio a su marido dos hijos, un niño y una niña; ésta dulce y paciente como su madre, y contenta con sus juegos solitarios; incluso en estas distracciones mostraba la propensión seria de su carácter. El chico poseía el natural inquieto y apasionado de su padre, aunque atemperado por la firmeza de su madre. Y ligado más tiernamente a su esposa a causa de los hijos, Walter vivió ahora varios años muy dichoso. Es verdad que sus pensamientos volvían con frecuencia a Brunhilda, pero sin la antigua violencia, y sólo como cuando nos demoramos en el recuerdo de un amigo de la infancia que la rápida corriente del tiempo se ha llevado a una región donde sabemos que es feliz.

Pero las nubes se disuelven en el aire, las flores se marchitan, la arena de nuestros relojes se escurre de manera imperceptible… y así mismo se disuelven, se marchitan y se desvanecen los humanos sentimientos; y con ellos, también la felicidad. El pecho inconstante de Walter suspiró otra vez por los sueños extáticos de aquellos días pasados con su romántica, enamorada Brunhilda; otra vez ella volvió a presentarse en su ardiente imaginación con todo el esplendor de sus encantos de desposada, y Walter empezó a trazar un paralelo entre el pasado y el presente. Y como suele suceder, su imaginación no dejó de adornar a la primera con los colores más brillantes, al tiempo que oscurecía los de la segunda, de manera que se representaba a la una mucho más rica en placeres, y a la otra mucho menos de lo que se ajustaba a la realidad. No le pasó por alto a Swanhilda este cambio de su marido; así que, doblando sus atenciones a él y los cuidados a sus hijos, esperó por este medio volver a asegurar el nudo que se había aflojado; sin embargo, cuanto más se esforzaba en recuperar sus afectos, más frío se volvía él… y más insoportables le parecían a éste sus caricias, y con más

insistencia le venía Brunhilda al pensamiento. Sólo los niños, cuyas expresiones de afecto se le hacían ahora indispensables, se encontraban entre uno y otra como genios preocupados por hacer posible la conciliación; y, amados por ambos, constituían el nexo entre sus padres. Pero del mismo modo en que el mal no puede ser arrancado del corazón humano si no es antes de que eche demasiada raíz, ya que después tiene sus uñas demasiado firmemente afianzadas, la imaginación de Walter estaba demasiado enferma como para poder echar fuera su enfermedad. Y en breve tiempo alcanzó una tiránica influencia sobre él. A menudo, por las noches, en vez de retirarse a la cámara de su esposa, visitaba la tumba de Brunhilda, donde murmuraba su descontento, diciendo: «¿Es que quieres dormir para siempre?».

Una noche, estando tendido en la hierba, entregado a su habitual tristeza, entró en este campo de la muerte un brujo de las montañas vecinas a recoger, para sus hechizos misteriosos, ciertas hierbas que sólo se crían en la tierra donde descansan los muertos, y que, como último producto de la mortalidad, están dotadas de poderoso y sobrenatural influjo. Vio el brujo al doliente y se acercó a donde yacía.

—¿Por qué lloras así, infeliz devoto, lo que ya no es sino horrendo despojo de mortalidad: meros huesos, nervios y venas? Naciones enteras han caído sin que se alzara un lamento por ellas; incluso mundos enteros, mucho antes de ser creado este globo nuestro, se han desmoronado sin que nadie los llorase. ¿Por qué abandonarte, entonces, a esa vana aflicción por una criatura nacida del polvo, por un ser tan frágil como tú mismo e, igual que tú, criatura de un momento?

Walter se incorporó:

—Que se lloren los unos a los otros a medida que perecen esos mundos que brillan en el firmamento — replicó —. Es cierto que, siendo de barro, lloro a mi compañera de barro; sin embargo, éste es un barro impregnado de un fuego, de una esencia que ninguno de los elementos de la creación posee: el amor. Y esa pasión divina es la que sentía yo por la que ahora duerme bajo esta hierba.

—¿La van a despertar tus lamentos? Y si pudieran despertarla, ¿no te reprocharía ella el haber turbado ese reposo en el que ahora duerme serena?

—¡Atrás, ser insensible y frío; tú no sabes lo que es el amor! ¡Ah! ¡Ojalá mis lágrimas pudieran barrer la colcha de tierra que la oculta de estos ojos, ojalá mi gemido de aflicción pudiera despertarla de su sueño mortal! No, no volvería ella a buscar su lecho de tierra.

—Insensato, ¿acaso crees que podrías mirar sin estremecerte a un ser vomitado por las fauces de la tumba? ¿Y acaso eres tú, también, el mismo que ella dejó, y que ha pasado el tiempo sobre tu frente sin dejar huella ninguna? ¿No se convertiría tu amor en odio y repugnancia?

—Di que antes dejarían las estrellas este firmamento o se negaría el sol a derramar sus rayos desde el cielo. ¡Ah, ojalá estuviese ella otra vez junto a mí! ¡Ojalá volviera a descansar sobre este pecho! ¡Qué pronto olvidaríamos entonces que la muerte o el tiempo se interpusieron una vez entre nosotros!

—¡Delirios! ¡Meros delirios del cerebro, de la sangre fogosa, como los que emanan de los vapores del vino! No es mi deseo tentarte, devolverte a tu muerta; de lo contrario, no tardarías en comprobar la verdad de lo que te digo.

—¡Cómo! ¿Has dicho devolvérmela? — exclamó Walter, arrojándose a los pies del brujo —. ¡Ah! Si verdaderamente eres capaz de hacer eso, sé sensible a mi más ferviente súplica; si vibra en tu pecho un solo latido de humano sentimiento, deja que mis lágrimas te ablanden: devuélveme a mi amada. Más tarde bendecirás esa acción y comprobarás que fue una buena obra.

—¡Una buena obra! ¡Bendecir esa acción! — replicó el brujo con una sonrisa de desprecio —; para mí no existen ni el bien ni el mal, puesto que siempre quiero lo mismo. Sólo tú conoces el mal, pues quieres lo que no querrías. En mi poder está efectivamente devolvértela: pero piensa bien si te conviene. Considera, además, qué profundo abismo se abre entre la vida y la muerte; mi poder puede tender un puente entre la una y la otra, pero no cegar ese vacío espantoso.

Walter quiso hablar, tratar de convencer a este ser poderoso con nuevas súplicas, pero el brujo se lo impidió, diciendo:

—¡Calla! Piénsalo bien y ven aquí mañana a medianoche. Aunque te repito la advertencia: «No despiertes a los muertos».

Tras estas palabras, el misterioso ser desapareció. Embriagado con esa reciente esperanza, Walter no logró conciliar el sueño en la cama; porque la imaginación, con todas sus más ricas reservas, desplegó ante él una centelleante telaraña de posibilidades futuras; y sus ojos, húmedos con el rocío del arrobamiento, revolotearon de una visión de felicidad a otra. Durante el día siguiente vagó por el bosque, para que los objetos cotidianos no turbasen, trayéndole a la memoria tiempos más recientes y menos dichosos, la idea feliz de que podía verla otra vez, estrecharla de nuevo entre sus brazos, contemplar de día su frente radiante y descansar de noche sobre su pecho. Y, puesto que esta sola idea ocupaba su imaginación, ¿cómo iba a inquietarle ninguna duda o a pensar en la advertencia del hombre misterioso?

En cuanto vio que se acercaba la hora, se apresuró a acudir al cementerio, donde el brujo se hallaba ya de pie junto a la sepultura de Brunhilda.

—¿Lo has meditado bien? —preguntó.

—¡Ah! Devuélveme el objeto de mi pasión — exclamó Walter con impetuosa impaciencia —. ¡No demores tu acción generosa, no vaya a ser que muera yo esta misma noche consumido por el frustrado deseo y no vea más su rostro!

—Bien; entonces —contestó el anciano — vuelve aquí mañana a la misma hora. Pero una vez más te doy este consejo de amigo: «No despiertes a los muertos».

Movido por la desesperación de la impaciencia, Walter se habría postrado a sus pies y le habría suplicado que colmase al punto sus deseos, que ahora habían aumentado hasta la agonía; pero el brujo ya había desaparecido. Deshaciéndose en lamentaciones con más desconsuelo que nunca, se echó sobre la sepultura de su adorada y así permaneció hasta que el alba trazo una raya gris en el oriente. Durante

ese día — que le pareció el más largo de cuantos había pasado —, deambuló de un lado para otro, impaciente, sin objetivo al parecer, profundamente abismado en sus reflexiones e inquieto como el asesino que maquina su primera acción sangrienta; y las estrellas vespertinas volvieron a sorprenderle en el sitio concertado. A medianoche, el brujo se presentó allí también.

—¿Lo has meditado bien? —preguntó, como la noche anterior.

—¡Bah!, ¿para qué meditar? — replicó Walter con impaciencia —. Yo no necesito meditar; lo único que te pido es lo que me has prometido… que será mi felicidad. ¿O acaso te estás burlando de mí? Si es así, vete de mi vista, no me vaya a venir la tentación de ponerte la mano encima.

—Una vez más te prevengo —contestó el anciano con imperturbable serenidad —. «No despiertes a los muertos»…, déjala descansar.

—Descansará, pero no en la tumba fría; lo hará sobre mi pecho, que arde en deseos de estrecharla.

—Reflexiona, no podrás dejarla hasta la muerte, aun cuando la aversión y el horror aneguen tu alma. Entonces, sólo te quedará un remedio espantoso.

—¡Viejo chocho! —exclamó Walter interrumpiéndole —, ¿cómo voy a odiar a la que amo con tan intensa pasión? ¿Cómo voy a aborrecer a aquélla por la que arde cada gota de mi sangre?

—Entonces, sea como quieres — contestó el brujo —; hazte atrás.

El anciano trazó un círculo alrededor de la sepultura, a la vez que murmuraba palabras de encantamiento. Acto seguido, una tormenta comenzó a sacudir las copas de los árboles; los búhos agitaron las alas y emitieron su canto bajo y ominoso; las estrellas ocultaron su aspecto dulce y rutilante para no presenciar espectáculo tan impío y sacrílego; rodó entonces la lápida con cavernoso ruido, y dejó libre acceso a la habitante de esta espantosa morada. El brujo esparció en las fauces de la tierra raíces y hierbas de mágico poder y muy penetrante olor, de manera que los gusanos salieron reptando de la tierra, se agruparon y se alzaron en forma de llameante columna sobre la sepultura; entretanto, brotó de dentro un viento violento que fue apartando la tierra, hasta que finalmente quedó al descubierto el ataúd. Cayó la luz de la luna sobre él y la tapa saltó con tremendo ruido. Después de aquello, el brujo vertió sangre de un cráneo humano en su interior, exclamando al mismo tiempo:

—Bebe, durmiente, de este cálido licor, para que tu corazón pueda latir de nuevo en tu pecho — y tras una breve pausa, derramando sobre ella otro líquido misterioso, gritó con la voz de un inspirado —: Sí, otra vez late tu corazón con el fluido de la vida; tus ojos se han abierto nuevamente a la visión. Así pues, levanta y sal de la tumba.

Igual que la isla emerge súbitamente de entre las olas oscuras del océano, levantada del abismo por la fuerza de los fuegos subterráneos, así se levantó Brunhilda de su lecho terrenal, impulsada por un poder invisible. Y cogiéndola de la

mano, el brujo la llevó a Walter, que permanecía a cierta distancia, estupefacto, como si hubiese echado raíces en el suelo.

—Recibe otra vez —dijo— a la que es objeto de tus apasionados suspiros, ojalá no vuelvas a necesitar mi ayuda; pero si así fuese, me encontrarás en las montañas, en el período de la luna llena, en ese lugar donde se juntan los tres caminos.

Al punto reconoció Walter en la figura que tenía ante sí a la que tan ardientemente había amado y un súbito calor inundó su cuerpo al verla restituida; pero sentía frío en los miembros, a causa de la noche, y tenía paralizada la lengua. La estuvo contemplando un rato sin moverse y sin decir una palabra; y durante ese tiempo, volvieron a callar y a serenarse los ruidos, y a centellar esplendorosas las estrellas en el cielo.

—¡Walter! —exclamó la figura; y esta voz familiar, estremeciéndole el corazón, rompió el sortilegio que lo tenía inmovilizado.

—¿Es realidad? ¿Es verdad esto — exclamó él — o se trata de una mera ilusión?

—No; no es impostura, estoy verdaderamente viva. Llévame en seguida a tu castillo de las montañas.

Walter miró a su alrededor. Había desaparecido el anciano, pero descubrió a su lado un corcel negro de ojos llameantes, aparejado para transportarlos; y sobre su lomo Brunhilda encontró lo necesario para vestirse, quien no perdió tiempo en hacerlo. Hecho esto, exclamó:

—Deprisa, vayámonos antes de que amanezca, ya que mis ojos están demasiado débiles para soportar la luz del día.

Recobrado de su estupor, Walter saltó sobre su silla; y cogiendo con una mezcla de placer y temor a su amada, tan misteriosamente rescatada del poder de la tumba, emprendió el galope por la desierta región hacia las montañas, con tanta furia como si le persiguieran las sombras de los muertos ansiosas por arrebatarle a su hermana.

El castillo al que Walter llevaba a su Brunhilda se hallaba en lo alto de una roca, entre otros picos que se alzaban por encima de él. Allí llegaron sin que nadie los viese, salvo un viejo criado, al que Walter ordenó que guardase secreto bajo las más severas amenazas.

—Aquí nos quedaremos —dijo Brunhilda —, hasta que yo pueda soportar la luz, y tú puedas mirarme sin temblar como si tuvieses frío.

Así que procedieron a hacer de ese lugar su residencia; nadie sabía que Brunhilda vivía, salvo el viejo criado que les traía la comida. Durante siete días enteros, no tuvieron otra luz que la de las velas. En los siete días siguientes, dejaron entrar la luz a través de las altas ventanas, sólo cuando el amanecer o el crepúsculo bañaba las cimas de los montes y el valle aún permanecía envuelto en sombras.

Rara vez se apartaba Walter de Brunhilda: un hechizo desconocido parecía retenerle junto a ella; incluso el temor que sentía en su presencia y que le impedía tocarla se mezclaba con el placer; era como la emoción estremecida que experimentaba cuando le envolvían los acordes de una música sacra bajo la bóveda

de algún templo. Así pues, más que tratar de evitar esa sensación, la buscaba. A menudo, al intentar evocar los encantos de Brunhilda, le parecía que su imaginación jamás se la había presentado tan hermosa, tan fascinadora, tan admirable como la veía ahora realmente. Jamás hasta ahora había sonado su voz con un acento tan dulce, jamás había poseído su discurso tanta elocuencia como ahora, cuando conversaba con él sobre el pasado; y ésa era la mágica región a la que sus palabras le conducían de continuo. Hablaba sin parar de los días de su primer amor, de aquellas horas de deleite que habían compartido, en las que el uno sacaba todo su goce del otro; y tan gozoso, tan encantador, tan lleno de vida evocaba Brunhilda ese período en la imaginación de Walter, que éste dudaba haber experimentado nunca con ella tanta felicidad, o haber sido tan absolutamente dichoso. Y a la vez que le pintaba aquellas horas de delicias pasadas, describía con colores aún más vivos y encantadores los momentos de inminente dicha que ahora les esperaban, más ricos en placer que ninguno de los anteriores. De este modo cautivaba a su rendido oyente con arrobadoras esperanzas futuras, y lo sumía en sueños de éxtasis por encima de lo mortal, de manera que, mientras escuchaba este canto de sirena, olvidaba por completo lo poco feliz que fue en el último período de su unión, en que a menudo le hicieron suspirar los modales autoritarios de ella y su aspereza con él y con toda la servidumbre. Pero, de haber recordado todo esto, ¿se habría inquietado en su actual estado de arrobamiento? ¿Acaso no había dejado en la tumba todas las fragilidades de la condición mortal? ¿No se había refinado y purificado su ser con este largo sueño en el que ni la pasión ni el pecado la asaltaron siquiera en sueños? ¡Qué diferente era ahora el tema de su discurso! Sólo cuando hablaba de su afecto hacia él delataba algo de los sentimientos terrenos; otras veces, se extendía de manera monocorde en cuestiones sobre el mundo invisible y futuro; cuando peroraba describiendo los misterios de la eternidad, un torrente de profética elocuencia brotaba de sus labios.

De este modo transcurrieron dos veces siete días, y ahora vio Walter por primera vez al ser más caro para él a plena luz del día. Había desaparecido de su rostro toda huella de la tumba; un matiz sonrosado como los rubores del alba encendía ahora sus pálidas mejillas; el débil husmo de la corrupción se había convenido en deliciosa fragancia de violetas, único signo terreno que no le desapareció nunca. Ya no sentía Walter recelo ni temor: la contemplaba a plena luz del día. Hasta ahora, no le pareció haberla recuperado del todo, e inflamado de su antigua pasión por ella, quiso estrecharla contra su pecho. Pero Brunhilda lo rechazó suavemente, diciendo:

—Aún no; guarda tus caricias hasta que la luna vuelva a llenar el espacio entre sus cuernos.

A pesar de su impaciencia, Walter se vio obligado a esperar otros siete días. Pero la noche en que la luna alcanzó su plenitud, fue a Brunhilda y la encontró más adorable que nunca. No temiendo topar ahora con impedimento alguno a sus transportes, la abrazó con el fervor de un rendido y venturoso enamorado. Brunhilda, no obstante, se negó otra vez a rendirse a su pasión.

—¡Cómo! —exclamó—, ¿es justo que yo, que he sido purificada por la muerte de toda fragilidad mortal, me convierta en tu concubina, mientras una hija de la tierra ostenta el título de esposa tuya? No, no lo consentiré; ha de ser entre los muros de tu palacio, en la cámara donde en otro tiempo goberné como reina, donde obtendrás el último de tus deseos y el mío también — añadió, posando un beso encendido en sus labios y a continuación desapareció.

Ardiendo de pasión y dispuesto a sacrificarlo todo para satisfacer su deseo, Walter abandonó inmediatamente el aposento, y el castillo unos momentos después. Cruzó montañas y páramos con la rapidez de una tormenta, de manera que las pezuñas de su caballo hacían saltar la hierba. Ni una vez se detuvo hasta que llegó a casa.

Aquí, no obstante, ni las caricias afectuosas de Swanhilda ni las de sus hijos consiguieron ablandar su corazón o inducirle a reprimir sus ansias furiosas. ¡Ay! ¿Pueden detener el curso impetuoso del torrente las flores hermosas sobre las que éste se precipita, cuando exclaman: «Destructor, ten piedad de nuestra desvalida inocencia y belleza, y no nos aniquiles»? El agua las barre sin miramiento y en sólo un instante arrasa el orgullo de todo un verano.

Poco después, empezó Walter a insinuarle a Swanhilda que no congeniaban; que él ansiaba probar esa vida frenética y tumultuosa que tan acorde estaba con el espíritu de su sexo, mientras que ella se sentía satisfecha con la esfera reducida de los placeres domésticos; que él miraba con avidez cualquier novedad prometedora, mientras que ella se mostraba apegada a lo que el hábito le había hecho familiar; y por último, que la fría disposición de ella, rayana en la indiferencia, conjugaba mal con el ardiente temperamento de él. Por todo lo cual, lo más prudente era que viviesen separados, dado que juntos no podían encontrar la felicidad. Un suspiro y una breve aquiescencia a los deseos de él fue toda la respuesta de Swanhilda. Y a la mañana siguiente, al presentarle Walter el documento de la separación, informándole que era libre de regresar a la casa de su padre, lo cogió con toda sumisión. No obstante, antes de partir, le hizo la siguiente advertencia:

—Adivino demasiado bien a quién debo nuestra separación. Muchas veces te he visto en la tumba de Brunhilda y allí te descubrí la noche en que el cielo ocultó de pronto su rostro con un manto de nubes. ¿Acaso has osado rasgar temerariamente el velo espantoso que separa a la mortalidad que sueña de la que no puede soñar? Porque entonces, hombre desdichado, habrás ligado a tu persona lo que puede traerte destrucción.

Calló y Walter no hizo intento alguno de replicar, porque le vino a la memoria la advertencia similar del brujo — hasta ahora oscurecida por su pasión — como un relámpago fugaz en la negrura de la noche que no logra disipar su oscuridad.

Así pues, salió Swanhilda a despedirse de sus hijos, dado que, según la costumbre nacional, éstos pertenecían al padre. Y tras bañarlos con sus lágrimas y consagrarlos con el agua bendita del amor maternal, abandonó la residencia de su marido y emprendió el regreso a casa de su padre.

De este modo fue obligada la dulce y bondadosa Swanhilda a exiliarse de las salas donde había gobernado con gran tacto…, salas que ahora fueron nuevamente decoradas para acoger a otra señora. Por fin llegó el día en que Walter condujo a Brunhilda por segunda vez a casa como nueva esposa; e hizo saber a la servidumbre que su nueva consorte se había ganado su afecto por el extraordinario parecido con Brunhilda, su primera ama. ¡Cuán indeciblemente feliz se consideró, al llevar una vez más a su amada a la cámara que tantas veces había sido testigo de sus antiguos goces, dorada y adornada ahora en el más costoso estilo! Y entre otros ornamentos había figuras de ángeles esparciendo rosas, los cuales sostenían las colgaduras púrpura cuyos amplios pliegues ocultaban el lecho nupcial. ¡Con qué impaciencia esperó Walter la hora en que debía tomar posesión de aquellos encantos por los que había pagado ya tan alto precio y cuyo goce iba a costarle más aún! ¡Pobre Walter! Inmerso en el placer, no ves el abismo que se abre a tus pies; embriagado con el perfume voluptuoso de la flor que has arrancado, no imaginas cuán mortal es el veneno del que está llena, pues en breve, su poderosa fragancia conferirá nueva energía a todos tus sentimientos.

Sin embargo, aunque ahora Walter era dichoso, sus criados estaban muy lejos de serlo igualmente. El singular parecido entre la nueva señora y la difunta Brunhilda los llenaba de secreto recelo e indefinible horror; porque no apreciaban ni una sola diferencia en sus facciones, ni en su gesto, ni en el tono de la voz. Además de estas misteriosas circunstancias, sus doncellas descubrieron una marca peculiar en su espalda, exactamente igual a la que había tenido Brunhilda. No tardó en circular el rumor de que su ama no era otra que la propia Brunhilda, devuelta a la vida por medio de poderes nigrománticos. ¡Qué horrible se les hacía la idea de vivir bajo el mismo techo que la que había sido moradora de la tumba, y verse obligadas a asistirla y reconocerla como su señora! Notaron asimismo en Brunhilda — cosa que aumentó la aversión de todas y favoreció su superstición — que no usaba adornos de oro, como antes engalanaron siempre su persona. Todo lo que antes solía llevar de este metal lo mandó hacer ahora de plata; ninguna joya de ricos y centelleantes colores brillaba sobre ella; sólo las perlas prestaban su pálido brillo al adorno de su pecho. También evitaba siempre con gran cuidado la luz radiante del sol y acostumbraba a pasar los días más luminosos en los aposentos más retirados y oscuros. Sólo salía a pasear en el crepúsculo del comienzo y el final del día, aunque su hora preferida era cuando la luz fantasmal de la luna daba a todos los objetos una apariencia vaga y un color sombrío. Además, se observaba siempre que con el canto del gallo sus miembros sufrían un estremecimiento involuntario. Autoritaria como antes de su muerte, no tardó en imponer su yugo de hierro a cuantos la rodeaban, si bien parecía más terrible que nunca, dado que la acompañaba el temor de algún poder sobrenatural, y aterraba a cuantos se acercaban a ella. Sus ojos parecían dirigir una mirada maligna y feroz al objeto de su ira, como si quisiera fulminar a su víctima. En suma, aquellas salas que en tiempos de Swanhilda fueron morada de risas y alegría

parecían ahora la prolongación de una tumba desierta. Los criados se deslizaban sigilosos por las salas del castillo con el temor impreso en sus pálidos semblantes. Y en esta mansión de terror, el canto del gallo hacía temblar a los vivos como si fuesen espíritus de fallecidos, porque ese canto les recordaba siempre a su misteriosa ama. No había nadie que no se estremeciera al cruzarse con ella en algún lugar solitario, en la penumbra del atardecer o a la luz de la luna, circunstancia que consideraban presagiosa de algún mal; y tan grande era la aprensión de sus doncellas, que empezaron a languidecer a causa del continuo desasosiego; de manera que todas, poco a poco, la fueron abandonando. En el transcurso del tiempo, se marcharon otros criados también, dominados por un horror insoportable.

Las artes del brujo habían concedido a Brunhilda, efectivamente, una vida artificial y el alimento que tomaba mantenía su cuerpo restituido. Sin embargo, este cuerpo no era capaz de conservar el calor vivificante de la vitalidad y la llama de la que emanan los afectos y las pasiones, sean de amor o de odio, porque la muerte los había apagado y extinguido para siempre. Todo lo que Brunhilda poseía ahora era una existencia insensible, más fría que la de una serpiente. No obstante, se veía obligada a amar y a devolver con igual ardor las caricias encendidas de su cautivado esposo, a cuya pasión debía únicamente su existencia renovada. Necesitaba un licor mágico que animase el apagado caudal de sus venas y la despertase al calor de la vida y a la llama del amor, una poción abominable que no puede nombrarse sin una maldición: sangre humana, que bebía mientras aún estaba caliente de unas venas jóvenes. Éste era el líquido infernal del que Brunhilda tenía sed; pues, al no participar de los sentimientos más puros de la humanidad, ni hallar gozo alguno en nada de cuanto interesa a la vida y ocupa sus diversas horas, su existencia era un mero vacío, salvo cuando estaba en brazos de su esposo y amante; y ésa era la razón por la que ansiaba sin cesar la horrible bebida. Con supremo esfuerzo, lograba reprimirse de chuparle la sangre al propio Walter cuando descansaba junto a ella. Pero cada vez que veía a un niño inocente, cuya preciosa carita denotaba la exuberancia infantil de su salud y su vigor, lo atraía a su aposento más secreto con palabras dulces y caricias afectuosas; allí lo dormía en sus brazos y chupaba de su pecho el flujo cálido y púrpura de la vida. Tampoco los jóvenes de ambos sexos se veían libres de sus horribles ataques; tras exhalar su aliento sobre la desventurada víctima, que inevitablemente se sumía en un profundo letargo, extraía de sus venas, de manera parecida, el jugo vital. Así, los niños, los jóvenes y las doncellas se consumían rápidamente como flores roídas por el gusano: la plenitud desaparecía de sus miembros, un tinte cetrino sucedía a la sonrosada frescura de sus mejillas, se les empañaba el brillo líquido de los ojos igual que el río centelleante bajo el roce de la helada y sus rizos se volvían lacios y grises, como azotados por la tormenta de la vida. Los padres observaban con horror esta epidemia desoladora que devoraba a su progenie, contra la cual nada podía un simple hechizo, poción o amuleto. La tumba se iba tragando a uno tras otro; y si la desventurada víctima lograba sobrevivir, se volvía cadavérica y arrugada en los

mismos albores de la vida. Los padres presenciaban horrorizados cómo esta devastadora pestilencia se llevaba a sus hijos… y no había hierba por poderosa que fuera, ni hechizo, ni vela sagrada, ni exorcismo, capaces de conjurarla. Veían cómo se les iban a la tumba un hijo tras otro o cómo sus cuerpos jóvenes, consumidos por el infernal y vampiresco abrazo de Brunhilda, adquirían la decrepitud de una súbita vejez.

Finalmente, empezaron a circular extraños rumores y noticias; se decía que la causa de todos estos horrores era la propia Brunhilda, aunque nadie sabía de qué manera destruía a sus víctimas, dado que no encontraban en ellas señales de violencia. No obstante, cuando los niños confesaron que los acunaba y los dormía en sus brazos, y los más mayores contaron que les vencía un sueño súbito cada vez que se ponían a hablar con ella, la sospecha se convirtió en certidumbre. Y aquéllos, cuyos hijos habían escapado hasta ahora a ese daño, abandonaron sus hogares y sus casas — morada de sus padres y herencia de sus hijos — con unos pocos enseres, a fin de salvar de tan horrible destino a lo más querido de cuanto el mundo les podía dar.

Y así, día tras día, el castillo fue adquiriendo un aspecto más desolado y sus alrededores se fueron quedando desiertos: sólo permanecieron unas cuantas viejas decrépitas y algún criado de cabello gris, de la que en otro tiempo fue numerosa servidumbre. Igual que le ocurrirá, en los últimos días de la tierra, a la última generación de mortales cuando dejen de procrear, cuando no se vean ya más jóvenes, ni venga nadie a reemplazar a los que esperan en silencio su última hora.

Walter era el único que no se daba cuenta — o no hacía caso de la desolación que le rodeaba; no percibía la muerte, sumergido como estaba en un encendido elíseo de amor. Con la posesión de Brunhilda parecía ahora mucho más feliz que antes. Todos los caprichos y contrariedades que a menudo ensombrecieron sus antiguas relaciones habían desaparecido ahora por completo. Incluso parecía que Brunhilda sentía por él una pasión como jamás llegó a mostrar en la feliz época de recién casada; porque en sus venas ardía esa llama de sangre joven que extraía de las venas de otros. Por la noche, en cuanto Walter cerraba los ojos, exhalaba su aliento sobre él, infundiéndole un sueño delicioso del que despertaba sólo para experimentar goces más embriagadores. Durante el día, le hablaba continuamente de la dicha que los felices espíritus experimentaban al otro lado de la sepultura, asegurándole que, como su afecto la había sacado de la tumba, ahora estaban irrevocablemente unidos. Así, fascinado por este perpetuo hechizo, le era imposible notar lo que ocurría a su alrededor. Brunhilda, no obstante, veía con rabioso pesar cómo la fuente de su ardor juvenil disminuía día a día, ya que en poco tiempo no quedó nadie dotado de juventud, excepto Walter y sus hijos. Y decidió que serían éstos sus siguientes víctimas.

Al principio, al regresar al castillo, había sentido aversión hacia los hijos de la otra; así que los dejó enteramente en manos de las criadas designadas por Swanhilda.

Pero ahora empezó a fijarse en ellos, haciendo que los llevasen a menudo a su presencia. Las cuidadoras, mujeres de edad, se asustaron al notar estas muestras de interés por los niños a su cargo, aunque no se atrevieron a oponerse a la voluntad de su terrible y autoritaria ama. No tardó Brunhilda en ganarse el afecto de los niños, demasiado ignorantes de lo que era la astucia para percibir peligro alguno en ella; al contrario, sus caricias los ganaron por completo. En vez de reprimir constantemente sus alegres retozos, Brunhilda les enseñaba ahora nuevos juegos y a menudo les recitaba historias tan extrañas e insensatas que excedían en todo a los cuentos de sus niñeras. Cuando se cansaban de jugar o de escuchar sus narraciones, los sentaba sobre sus rodillas y los arrullaba hasta que se dormían. Entonces, los sueños de los niños se poblaban de visiones de la más espléndida magnificencia: imaginaban estar en un jardín donde había flores de todos los colores, en hileras, unas sobre otras, desde las humildes violetas a los altos girasoles, trazando un bordado multicolor que ascendía hacia las nubes doradas, de las que bajaban unos angelitos con alas de reflejos azul y oro, que traían alimentos deliciosos o joyas espléndidas, o les cantaban canciones melodiosas. Tan paradisíacos se hicieron estos sueños para los niños en poco tiempo, que no anhelaban otra cosa que dormir en el regazo de Brunhilda, ya que de otro modo no tenían visiones de seres celestiales. Y así, no hacían sino ansiar lo que iba a ser su destrucción. Pero ¿no suspiramos todos por lo que nos conduce a la tumba: el goce de la vida? Los inocentes tendían sus brazos a la muerte que les iba al encuentro, la cual había adoptado la máscara del placer. Porque, mientras ellos se sumían en esos sueños extáticos, Brunhilda chupaba de sus pechos el fluido vital. Es verdad que al despertar se sentían débiles y agotados; sin embargo, ningún dolor, ninguna señal delataba la causa. Al poco tiempo, empero, las fuerzas les abandonaron por completo, lo mismo que el arroyo se seca poco a poco en verano; sus juegos se fueron volviendo menos bulliciosos, sus risas ruidosas y alegres se convirtieron en sonrisas, el acento vigoroso de sus voces se apagó hasta volverse mero susurro. Sus cuidadoras estaban aterradas y llenas de desesperación; demasiado bien sabían la espantosa verdad, aunque no se atrevían a denunciar sus sospechas a Walter, tan devotamente unido a su horrible compañera. La muerte había herido ya a su presa: los niños no eran sino meras sombras de sí mismos. Y en poco tiempo, incluso esta sombra desapareció.

El acongojado padre lloró amargamente su pérdida. Porque, a pesar de su evidente abandono, estaba muy unido a ellos; y, hasta que no los perdió, no se dio cuenta de lo mucho que los quería. Su aflicción no pudo por menos que causar disgusto a Brunhilda:

—¿Por qué esas tiernas lamentaciones — dijo — por dos pequeños? ¿Qué satisfacción podían darte esos seres sin formar? ¿Acaso guardas aún algún afecto por su madre y es todavía dueña de tu corazón? ¿O es que echas de menos a los tres porque estás hastiado de mi amor y cansado de mis caricias? De haber crecido esos niños, ¿no habrían atado más estrechamente tu espíritu y tus afectos a este mundo de

barro, a este polvo, y te habrían apartado de la esfera a la que yo, que he cruzado la sepultura, me estoy esforzando en elevarte? Di, ¿es tu espíritu tan pesado, o tu amor tan flojo, o tu fe tan tibia que no consigue conmoverte la esperanza de ser mío para siempre?

Así expresó Brunhilda su indignación ante el dolor de su consorte y le privó de su presencia. El miedo a ofenderla de manera irreparable y su deseo de aplacarla secaron muy pronto sus lágrimas. Y otra vez se abandonó a su pasión fatal, hasta que, finalmente, la inminencia de su propia destrucción le despertó de la quimera en que vivía.

No volvieron a verse doncellas ni niños dentro de los lúgubres muros del castillo ni en las tierras contiguas: todos habían desaparecido; porque aquéllos a los que la sepultura no se había tragado habían huido de esta región de muerte. Así que, ¿quién quedaba ahora para apagar la sed espantosa de la mujer vampiro, sino el propio Walter? Ella, impasible, se atrevió a pensar en su muerte, porque su pecho desconocía ese divino sentimiento que une a dos seres en un único gozo y un único dolor. Cuando Walter estuviera en la tumba, ella sería libre de buscar otras víctimas y saciarse interminablemente con la destrucción, hasta que, el último día, se consumiera con la misma tierra, como dicta la ley fatal a la que están sujetos los muertos a los que las artes de la necromancia han despertado del sueño de la sepultura.

Ahora empezó a posar sus labios sedientos en el pecho de Walter cuando, sumido en profundo sueño por el olor a violetas de su aliento, descansaba junto a ella ajeno a la inminencia de su muerte. Y así, no tardaron sus fuerzas vitales en empezar a languidecer y en asomar numerosas canas entre sus negros cabellos. Y con sus fuerzas, languideció también su pasión. Ahora Walter dejaba a menudo a su compañera para pasar el día entregado al deporte de la caza, esperando recuperar de este modo su acostumbrado vigor. Y estaba un día descansando en el bosque, a la sombra de un roble, cuando vio en la copa de un árbol un pájaro extraño, totalmente desconocido para él; pero antes de que pudiese apuntarle con su arco, echó a volar y se perdió en las nubes, al tiempo que dejaba caer una raíz rosácea, la cual fue a parar a sus pies. La recogió inmediatamente. Y aunque conocía las plantas bastante bien, no recordaba haber visto nunca una como ésta. Su deliciosa fragancia le indujo a probar su sabor, pero era diez veces más amargo que el ajenjo: parecía como si se hubiese llevado hiel a la boca; así que, disgustado con el experimento, la arrojó con impaciencia. Sin embargo, de haber conocido su milagrosa cualidad, pues actuaba como antídoto contra el hipnótico perfume de Brunhilda, la habría bendecido pese a su sabor tan amargo. Así arrojan a menudo los mortales con impaciencia el remedio desagradable que podría devolverles el bienestar.

Cuando Walter regresó por la noche y se acostó como siempre junto a Brunhilda, el poder mágico del pecho de ésta no hizo efecto en él; y por primera vez en muchos meses, Walter cerró los ojos vencido por un sueño natural. Sin embargo, apenas se

durmió, un dolor agudo, punzante, le sacó de su descanso; y al abrir los ojos, descubrió, a la luz melancólica de una lámpara que brillaba en el aposento, algo que por unos instantes le dejó petrificado. Vio a Brunhilda que le estaba extrayendo sangre del pecho con sus labios. El grito de horror que finalmente se le escapó aterró a Brunhilda, que tenía la boca manchada de sangre caliente.

—¡Monstruo! —exclamó Walter, saltando de su lecho —. ¿Es así como me amas?

—Sí; así es el amor de los muertos — replicó ella con malvada frialdad.

—¡Criatura bebedora de sangre! — prosiguió Walter —. Ha terminado el delirio que hasta aquí me ha tenido ciego. Tú eres el demonio que ha destruido a mis hijos… que ha dado muerte a los hijos de mis vasallos.

Se levantó Brunhilda y, lanzándole una mirada que le dejó paralizado, contestó:

—No soy yo quien los ha matado; yo me veo obligada a saciarme con sangre caliente de jóvenes para poder satisfacer tu deseo frenético; ¡eres tú el asesino!

Estas terribles palabras evocaron en la aterrada conciencia de Walter las sombras amenazadoras de todos los que habían perecido de ese modo, mientras la desesperación le ahogaba la voz.

—¿Por qué —prosiguió ella en un tono que aumentaba el horror de él —, por qué me atribuyes palabras como si fuese yo un títere? Tú, que tienes el valor de amar a los muertos, de llevar a tu lecho a la que dormía en la sepultura, a la que fue compañera de cama de los gusanos, tú, que has estrechado en tus brazos la corrupción de la tumba, tú, profanador, ¿te atreves a elevar ese llanto espantoso por el sacrificio de unas pocas vidas? Esas vidas no son más que hojas arrancadas por la tormenta. Vamos, desecha esas figuraciones idiotas y saborea la dicha que tan cara te ha costado.

Y diciendo esto, tendió los brazos hacia él. Pero este gesto sólo hizo que aumentase el terror de Walter, el cual, exclamando «¡Criatura maldita!», salió precipitadamente del aposento.

Ahora que había despertado del delirio de sus placeres impíos, todos los horrores de una conciencia culpable y recriminadora se volvieron sus compañeros. A menudo maldecía su ceguera obstinada, por no haber hecho caso de las advertencias y amonestaciones de las mujeres que habían estado a cargo de sus hijos, y haber tomado sus palabras por viles calumnias. Pero su pesar llegaba demasiado tarde; porque, si bien el arrepentimiento puede conseguir el perdón del pecador, sin embargo, no puede alterar las sentencias inmutables del destino: no puede hacer volver de la tumba a los asesinados. Tan pronto como apuntó la primera claridad del alba, salió hacia su castillo solitario de las montañas, decidido a no permanecer más tiempo bajo el mismo techo de tan terrible ser. Pero fue inútil esta huida; porque, al despertar a la mañana siguiente, descubrió que se hallaba en brazos de Brunhilda y enredado en sus largos cabellos, que parecían envolverle y aprisionarle con los hierros de su destino; la poderosa fascinación de su aliento le había cautivado una vez

más, de manera que, olvidando cuanto había sucedido, volvió a sus caricias; hasta que, despertando como de un sueño, huyó horrorizado de su abrazo. Durante el día vagó por las soledades de las montañas como el criminal que trata de ocultarse de sus perseguidores y por la noche buscó refugio en una cueva, ya que temía menos acostarse en tan sombrío lugar que exponerse al horror de un nuevo encuentro con Brunhilda. Pero, ¡ay!, en vano se esforzaba por huir de ella. Al despertar, la descubrió otra vez compartiendo su mísera yacija. Pero, de haberse ocultado en el mismo centro de la tierra, de haberse empotrado bajo una roca, de haber hecho su alcoba en lo más profundo del océano, la habría encontrado puntualmente junto a él. Porque al llamarla de nuevo a la existencia, la había convertido en su compañera inseparable; tan inexorable era el vínculo que ahora los unía.

Luchando con la locura que empezaba a dominarle y dándole vueltas sin cesar a las espantosas visiones que se presentaban en su mente horrorizada, permanecía inmóvil, tumbado en los rincones más oscuros del bosque, desde que salía el sol hasta que llegaban las sombras del crepúsculo. Pero, tan pronto como la luz del día se apagaba a poniente y el bosque se inundaba de negrura impenetrable, el temor a que el sueño le venciera le empujaba a vagar por las montañas. La tormenta jugaba furiosa con las nubes fantásticas y con las hojas de los árboles que el viento hacía golpetear, como si algún espíritu del terror se divirtiese con estas imágenes de la transitoriedad y la desintegración; rugía entre las copas de los robles como profiriendo gritos de furia, mientras su eco cavernoso, rebotando en las laderas distantes, parecía el gemido de un pecador en la agonía o el alarido débil de algún desdichado al caer bajo la mano de su asesino. El búho, también, profería gritos guturales como augurando la devastación de la naturaleza. El viento sacudía los cabellos de Walter, cuyos mechones se agitaban en sus sienes y sus hombros como negras serpientes, mientras cada uno de sus sentidos estaba atento a captar un nuevo horror. En las nubes creía ver las figuras de los asesinados; en el ulular del viento oía sus lamentos y gemidos; en las frías ráfagas sentía el beso de Brunhilda; en el grito de las aves escuchaba la voz de ella; en las hojas descompuestas olía el lecho sepulcral del que la había despertado. «¡Asesino de tu propia descendencia — se recriminaba Walter a sí mismo con una voz que hacía aún más espantosa la noche y el fragor de los elementos —, amante de un vampiro sediento de sangre, libertino que se refocila con la corrupción de la tumba!», mientras, desesperado, se mesaba los cabellos. Justo en ese momento surgió la luna de detrás de las nubes tempestuosas y esta visión trajo a su memoria el consejo del brujo, cuando lo vio estremecerse ante la primera aparición de Brunhilda tras despertar de su sueño mortal: que le buscase cuando fuese la luna llena, en las montañas, en el punto donde se encontraban los tres caminos. No bien irrumpió este destello de esperanza en su mente aturdida, echó a correr hacia el lugar designado.

Al llegar, encontró al anciano sentado sobre una piedra, con la placidez del que disfruta de un día soleado, indiferente a los truenos que rugían a su alrededor.

—Así que has venido —exclamó al ver al jadeante desdichado que, arrojándose a sus pies, gritó en tono angustiado:

—¡Ah, sálvame… socórreme… rescátame del monstruo que siembra la muerte y la desolación a mi alrededor!

—¡Cómo!, ¿no te diste cuenta de cuán saludable era el consejo: «No despiertes a los muertos»?

—¿Por qué hiciste tu advertencia tan misteriosa? ¿Por qué, en vez de eso, no me revelaste al punto todo el horror que aguardaba a mi sacrílega profanación de la sepultura?

—¿Acaso podías tú escuchar otra voz que no fuera la de tu pasión desenfrenada? ¿No me tapaba la boca tu ansiosa impaciencia cada vez que quería advertirte?

—Sí, es verdad: tu reproche es justo. Pero de nada sirve ahora. Lo que yo necesito es ayuda inmediata.

—Bien —replicó el anciano—; aún hay un medio de salvarte. Pero está lleno de horror y requiere toda tu resolución.

—Entonces explica cuál es — dijo —. Porque ¿qué puede haber más espantoso, más horrible, que la desdicha que ahora soporto?

—Sabe pues —prosiguió el brujo—, que sólo en la noche de luna nueva duerme ella el sueño de los mortales. Entonces la abandona del todo el poder sobrenatural que recibe de la tumba. En ese momento es cuando deberás matarla.

—¡Cómo! ¿Matarla? —repitió Walter.

—Sí —replicó el anciano con serenidad —; le atravesarás el pecho con una daga afilada que yo te daré. Al mismo tiempo, habrás de renunciar a su memoria para siempre, jurando no volver a pensar en ella de manera intencionada. Y si lo hicieras involuntariamente, deberás repetir la maldición.

—¡Eso es horrible! Sin embargo, ¿qué puede haber más horrible que ella misma?

—Entonces, conserva esa resolución hasta el próximo novilunio.

—¡Cómo!, ¿tengo que esperar tanto? — exclamó Walter —. ¡Ah, antes de ese plazo, su rabiosa sed de sangre me habrá conducido a la noche de la tumba o el horror a la noche de la locura!

—No —replicó el brujo—, eso lo puedo evitar — y a continuación le llevó a una caverna de la montaña —. Permanece aquí dos veces siete días — dijo —. Durante ese tiempo, podré protegerte de sus caricias mortales. Aquí encontrarás las provisiones que vas a necesitar; pero cuida que nada te tiente a abandonar este lugar. Adiós, cuando la luna se renueve, entonces volveré — dicho esto, el brujo trazó un círculo mágico alrededor de la cueva e inmediatamente desapareció.

Dos veces siete días permaneció Walter en esa soledad, sin otra compañía que su amargo arrepentimiento y sus aterradas obsesiones. El presente era todo miedo y desolación; el futuro mostraba la imagen de una acción horrible que debía llevar a cabo sin remedio, mientras que el pasado se envenenaba por el recuerdo de su culpa. Si pensaba en su antigua y feliz unión con Brunhilda, surgía en su imaginación la

figura horrenda de ella con los labios goteantes de sangre; si evocaba los días apacibles pasados con Swanhilda, veía su espíritu afligido con las sombras de sus hijos asesinados. Tales eran los horrores que le acompañaban de día. En cuanto a los de la noche, eran aún más espantosos; porque entonces veía a la propia Brunhilda que, vagando alrededor del círculo mágico que no podía traspasar, le llamaba por su nombre hasta que la caverna resonaba entera con el eco de sus voces estremecedoras. «Walter, amado mío — gritaba —, ¿por qué me huyes? ¿Acaso no eres mío? ¿Mío para siempre… aquí y en el más allá? ¿Acaso estás pensando en matarme? ¡Ah, no cometas ese acto que nos arrojaría a la perdición… a ti lo mismo que a mí!». De este modo su horrible visitante le atormentaba cada noche; y cuando se iba, aún le arrebataba todo descanso.

Al fin llegó la luna nueva, negra como la acción que estaba condenado a cometer. El brujo entró en la caverna.

—Venga —dijo a Walter—, vámonos de aquí; ha llegado la hora.

Y se lo llevó de la cueva a lomos de un corcel negro, cuya visión trajo a Walter el recuerdo de la noche fatal. Entonces refirió al anciano las visitas nocturnas de Brunhilda y le preguntó ansioso si se cumplirían los temores de perdición eterna que ella le había augurado.

—No pueden los ojos mortales — exclamó el brujo — penetrar los secretos oscuros de otro mundo, ni en el abismo profundo que separa la tierra del cielo.

Walter vaciló en montar sobre el corcel.

—Sé decidido —exclamó su compañero —; por esta vez se te concede afrontar la prueba. Si ahora fallas, nada podrá rescatarte de su poder.

—¿Qué puede haber más horrible que ella misma? Estoy decidido — saltó sobre el caballo y el brujo montó detrás.

Transportados con la rapidez de la tormenta que barre la llanura, llegaron en poco tiempo al castillo de Walter. Todas las puertas se abrieron de golpe a la voz de su compañero; un instante después estaban en la cámara de Brunhilda. Se detuvieron junto a su lecho. Sumida en un sueño sosegado, descansaba con toda la belleza que le era innata y con su semblante limpio de toda huella de horror. Parecía tan pura, tan dócil e inocente que en la memoria de Walter se agolparon las dulces horas de sus caricias como ángeles intercesores suplicando clemencia para ella. La turbada mano de Walter era incapaz de coger la daga que el brujo le presentaba.

—Has de dar el golpe ahora mismo — dijo éste —; si te retrasas una hora tan sólo, al amanecer la tendrás sobre tu pecho, sorbiéndote las gotas vitales del corazón.

—¡Horrible! ¡Horrible! —balbuceó Walter temblando; y apartando la cara, hundió la daga en el pecho de ella a la vez que exclamaba —: ¡Yo te maldigo para siempre! — y brotó fría la sangre, manchándole la mano. Brunhilda abrió los ojos una vez más; lanzó una mirada de indecible horror a su esposo y, con voz cavernosa y agónica, dijo:

—Tú también estás condenado a la perdición.

—Pon ahora la mano sobre su cadáver — dijo el brujo —, y pronuncia el juramento.

Walter hizo lo que se le ordenaba, diciendo:

—Jamás pensaré en ella con amor, jamás la evocaré deliberadamente; y si su imagen acude a mi cerebro, la expulsaré gritándole: ¡maldita seas!

—Ya has cumplido todos los requisitos — declaró el brujo —. Ahora devuélvela a la tierra, de la que no debiste llamarla insensatamente. Y procura recordar tu juramento; porque si lo olvidas una sola vez, regresará y estarás perdido sin remedio. Adiós… no nos volveremos a ver nunca más — y dichas estas palabras, abandonó el aposento; Walter huyó también de esta morada de horror, tras dar primero instrucciones para que el cadáver fuese enterrado sin tardanza.

De nuevo descansó la terrible Brunhilda en su sepultura. Pero su imagen acosaba sin tregua el cerebro de Walter, de manera que su existencia era un continuo suplicio, en el que luchaba por expulsar de su memoria los fantasmas horrendos del pasado. Sin embargo, cuanto más grandes eran sus esfuerzos por desterrarlos, más intensos y vividos se volvían; como el noctámbulo que, atraído por un fuego fatuo a una ciénaga o a un pantano, se hunde cada vez más en su húmeda sepultura cuanto más se esfuerza en escapar. Su imaginación parecía incapaz de admitir otra imagen que la de Brunhilda; una vez imaginaba que la veía expirar, con la sangre manándole de su hermoso pecho; otra, la hermosa desposada de su juventud le reprochaba haber turbado el sueño de la tumba; y en ambas se veía obligado a proferir las espantosas palabras: «Yo te maldigo para siempre». Continuamente brotaba de sus labios la terrible imprecación; sin embargo, vivía en el terror incesante de que se le olvidara o de pensar en ella y no ser capaz de repetirla, y luego, al despertar, de descubrir que estaba en sus brazos. O bien recordaba las palabras de ella al expirar y, espantado ante su terrible significado, imaginaba que se había pronunciado irrevocablemente la sentencia de su perdición. ¿Adónde huir de sí mismo? O ¿cómo borrar de su cerebro estas imágenes y formas espantosas? En el clamor del combate, en el tumulto de la guerra, en su incesante oscilar de la victoria al desastre y del grito de angustia al júbilo de la victoria…, en todas estas cosas esperó hallar al menos el alivio del aturdimiento. Pero también aquí vio frustrada su esperanza. Los dientes gigantescos del recelo atenazaban ahora al que nunca había conocido el miedo. Cada gota de sangre que le salpicaba parecía ser de la fría sangre que brotó de la herida de Brunhilda; cada desdichado moribundo que caía junto a él le parecía que era ella, cuando exclamó en la agonía: «¡Tú también estás condenado a la perdición!»; de manera que el aspecto de la muerte le parecía más aterrador que nada de cuanto le rodeaba y este terror insuperable le empujaba a abandonar el campo de batalla. Por último, tras vagar sin rumbo durante mucho tiempo, regresó a su castillo. Allí, todo estaba desierto y silencioso, como si la espada o una pestilencia aún más mortal, hubiera arrasado la región. Porque los pocos habitantes que aún quedaban, y hasta los criados que en otro tiempo se mostraron más fieles, habían huido de él, como si

llevase en la frente el estigma de Caín. Se daba cuenta con horror de que, al haberse unido a los muertos, se había separado de los vivos, quienes no querían tener relación alguna con él. A menudo, cuando se detenía junto a las almenas de su castillo y miraba los campos desiertos, comparaba su actual desolación con el animado movimiento que solían mostrar bajo la estricta pero benévola disciplina de Swanhilda. Ahora se daba cuenta de que sólo ella podía reconciliarle con la vida. Pero ¿podía esperar que le perdonase y volviese a recibirle aquélla a la que tan profundamente había agraviado? Finalmente, su impaciencia se impuso a su temor: fue en busca de Swanhilda y, con la más intensa contrición, reconoció su complicada culpa. Y abrazado a sus rodillas, le imploró perdón, suplicándole que regresase a su castillo desolado a fin de hacerlo otra vez morada de la alegría y de la paz. Swanhilda se conmovió al ver a sus pies la pálida figura, apenas una sombra del otrora gallardo esposo.

—La locura —dijo con mansedumbre —, aunque me ha causado mucho dolor, jamás ha hecho nacer en mí el resentimiento ni la cólera. Pero dime, ¿dónde están mis hijos? — durante un rato el desesperado padre no tuvo fuerzas para contestar a esta pregunta espantosa; por último, tuvo que confesar la horrible verdad —. Entonces nos hemos dividido para siempre — replicó Swanhilda; y ni todas las lágrimas ni las súplicas de Walter le hicieron revocar su sentencia.

Despojado de su última esperanza terrena, privado de su último consuelo, hundido en la más grande desgracia en que un mortal puede caer a este lado de la tumba, Walter emprendió el regreso. Cabalgaba absorto en lúgubres meditaciones por el bosque vecino a su castillo, cuando el súbito sonido de un cuerno le sacó de su ensimismamiento. Poco después vio aparecer a una dama vestida de negro montada sobre un corcel del mismo color; su traje era como el de una cazadora, pero en vez de halcón, llevaba en la mano un cuervo e iba asistida por un alegre tropel de caballeros y damas. Cumplidos los primeros saludos, Walter averiguó que llevaban el mismo camino que él; cuando ella supo que el castillo de Walter estaba cerca, solicitó alojamiento por una noche, dado que la tarde estaba muy avanzada. De muy buen grado accedió Walter a esta petición, ya que la aparición de la hermosa desconocida le había sorprendido gratamente; tenía un parecido prodigioso con Swanhilda, salvo que su cabello era castaño y sus ojos oscuros y centelleantes. Agasajó con un suntuoso banquete a sus invitados, cuyas risas y canciones llenaron de animación las salas hasta ahora silenciosas. El banquete se prolongó tres días, y tan estimulante resultó para Walter que parecía haber olvidado todos sus miedos y tristezas. No se decidía a despedir a sus visitantes por temor a que, al irse, el castillo pareciera cien veces más desolado que antes, aumentando su pesar en la misma proporción. Gracias a los ruegos fervientes de él, la desconocida accedió a alargar su estancia siete días, que luego prolongó con otros siete. Sin que se le solicitara, asumió la dirección de la casa y empezó a gobernarla con tanta discreción y alegría como había hecho Swanhilda, de manera que el castillo, que hasta ahora había sido morada de la

melancolía y el horror, se convirtió en residencia de la fiesta y el placer; la aflicción de Walter se disipó por completo en medio de tanto alborozo. Su afecto hacia la hermosa desconocida aumentaba día a día; incluso la hizo su confidente; y una noche en que paseaban juntos lejos del séquito de ella, le contó su espantosa historia.

—Mi querido amigo —replicó la desconocida cuando él acabó de hablar —, mal le sienta a un hombre de tu discreción afligirse por todo eso. Has despertado a un cadáver del sueño de la sepultura y has descubierto… lo que era de prever: que los muertos no simpatizan con la vida. Y ahora ¿qué? No quieres cometer ese error por segunda vez. Sin embargo, has matado al ser al que habías llamado de nuevo a la vida; aunque lo has hecho sólo en apariencia: no podías quitarle la vida propiamente, puesto que ninguna tenía. Además, has perdido una esposa y dos hijos; aunque, a tus años, tal pérdida puede repararse fácilmente. Hay bellezas que de buen grado compartirían tu lecho y te harían padre otra vez. Pero temes lo que pasaría después: ir, abrir las sepulturas y preguntar a los durmientes si eso los turbará.

Y así, la desconocida lo exhortaba a menudo a que se alegrase, de manera que, en breve tiempo, su tristeza había desaparecido por completo. Entonces se arriesgó Walter a declararle la pasión que le había inspirado y ella no le negó su mano. Siete días más tarde se celebraron las nupcias y los mismos cimientos del castillo parecieron estremecerse con el tumulto del festín. El vino corría en abundancia; las copas circulaban sin cesar; el desenfreno alcanzaba los últimos extremos, en tanto estallaban sonoras risotadas, rayanas en la locura, entre el séquito numeroso de la desconocida. Por último Walter, enardecido por el vino y el amor, llevó a su desposada a la cámara nupcial. Pero, ¡horror!, apenas la tuvo en sus brazos, la vio transformarse en una serpiente monstruosa que le abrazó con sus anillos horribles y le estrujó hasta hacerle morir. El fuego comenzó a crepitar en todos los rincones de la alcoba. Pocos minutos después, las llamas envolvieron el castillo y lo consumieron enteramente. Y mientras los muros se derrumbaban con tremendo estrépito, una voz exclamó muy alto: «¡No despertéis a los muertos!».

John William Polidori

El vampiro

(*ca.* 1819)

Debemos al doctor John William Polidori (1796-1821) el primer esbozo de lo que será la imagen clásica del vampiro literario: la del aristócrata elegante, frío, perverso y enigmático, pero, sobre todo, fascinante para las mujeres; en suma, todo lo contrario de lo que en realidad era el pobre «Polly-Dolly», como solía llamarle malévolamente lord Byron, el auténtico inspirador de su lord Ruthven.

Polidori procedía de una familia de origen italiano con aficiones literarias; su padre, Gaetano, traductor de Milton y de Horace Walpole, era poeta y, como su hijo, secretario de otra celebridad de la poesía de su tiempo, Vittorio Alfieri. John creció en la colonia italiana del Soho; estudió medicina en la universidad de Edimburgo y se graduó precozmente a los diecinueve años, eligiendo como tema para su disertación de fin de carrera el sonambulismo y el descubrimiento de Mesmer, claro indicio de su temprana curiosidad por lo extraño.

En 1816 sucede algo decisivo y dramático en su vida, cuando conoce a lord Byron y le acompaña como secretario y médico personal en su viaje al lago Lemán. La relación entre ellos no puede ser más penosa. «Poor Polly» ataca los nervios de Byron y lo convierte en el centro de sus sarcasmos: «Era exactamente — escribe en su diario — la clase de persona que, si se cayera por la borda, uno arrojaría una paja al agua para saber si es verdad ese dicho que dice que los ahogados se agarran a cualquier cosa».

A pesar de lo incómoda que resulta su situación, Polidori tendrá el privilegio de asistir a la famosa velada del 18 de junio en villa Diodati; gracias a ella, escribirá, según él «en dos o tres noches ociosas», la historia del vampiro lord Ruthven. Sin duda, serían los días culminantes de su vida, pues poco después volverá a Inglaterra para intentar establecerse precariamente como médico en Norwich. En 1819 publica casi al mismo tiempo que *The vampire*, su ya olvidada novela *Ernestus Berchtold*, basada en la historia que había narrado originalmente la noche de Diodati. Murió en agosto de 1821, medio loco, tras envenenarse a los veinticinco años de edad.

Dos años antes se publicaba en la revista *New Monthly Magazine* su famoso cuento de vampiros firmado, por un más que sospechoso malentendido del editor, con el nombre de Byron. El aura satánica que gozaba el lord inglés en toda Europa sirvió para asegurar el éxito de su historia. Goethe fue uno de los primeros en leerla y declaró que le parecía lo mejor que había escrito el poeta. Byron arde de ira en

Venecia y escribe al editor Murray y a su agente literario para negar taxativamente su autoría, tildando la operación de «vulgar impostura comercial». Polidori no sólo había desarrollado el tema del *Fragmento*, que Byron había escrito y comentado en Diodati, lo peor de todo era que había añadido elementos de la novela autobiográfica (*Glenarvon*) de su ex amante lady Caroline Lamb, en donde ésta retrataba vengativamente a Byron como el diabólico Ruthven Glenarvon, un hombre intenso, de inaudita crueldad con sus amantes, que ayudaba a fomentar su turbulenta leyenda mucho más allá de lo que en realidad era.

El recuerdo de Polidori no deja de ser irónico. Su cuento, denostado por no pocos escritores y críticos, sigue siendo, a pesar de todo, la historia de terror que más influencia ha ejercido sobre las letras inglesas.

El vampiro

Traducción de Francisco Torres Oliver

Sucedió que, en el curso de las diversiones que tuvieron lugar un invierno en Londres, apareció en varias fiestas de la sociedad que marcaba el tono un noble que destacaba más por sus peculiaridades que por su rango. Observaba la alegría a su alrededor como si no pudiese participar en ella. Al parecer, sólo atraía su interés la risa ligera de las bellas, que él podía sofocar con una mirada e infundir el temor en los pechos donde reinaba el aturdimiento. Las que experimentaban esta sensación de pavor no se explicaban de dónde procedía: algunos la atribuían a su mirada apagada y gris que, al clavarse en el rostro de las personas, no parecía traspasarlo y penetrar hasta los íntimos movimientos del corazón, sino posarse en las mejillas como un rayo plomizo y oprimir la piel sin poder atravesarla. Sus peculiaridades eran la razón de que todas las casas le invitasen: todo el mundo quería verle y los habituados a emociones intensas, que ahora sentían el peso del *ennui*, estaban encantados de tener con su presencia algo que les despertaba la atención. A pesar de la mortal palidez de su rostro, que jamás llegaban a encenderlo ni el rubor de la modestia ni la pasión de las emociones fuertes, era gallardo de figura y silueta, y muchas cazadoras de notoriedad trataban de conquistar sus atenciones y obtener alguna prueba, al menos, de lo que ellas llamaban afecto; lady Mercer, que desde su matrimonio había sido juguete de todo monstruo que se había exhibido en los salones, le salió al paso y sólo le faltó vestirse de saltimbanqui para atraer su atención… aunque en vano; cuando estuvo delante de él, aunque sus ojos se clavaron en los de ella, dio la impresión de que no los veía; y el descarado descoco de lady Mercer se vio chasqueado y tuvo que abandonar el campo. Pero, si bien la vulgar adúltera no conseguía atraer su mirada siquiera, no le era indiferente el bello sexo; aunque era tal la discreción con que hablaba a la casada virtuosa y a la hija inocente, que muy pocos le habían visto dirigir nunca la palabra a una mujer. Con todo, tenía fama de poseer una conversación cautivadora; y fuese porque ésta disipaba el temor que su singular persona inspiraba en las mujeres, o porque las conmovía su aparente odio al vicio, el caso era que tan a menudo estaba entre aquéllas cuyas virtudes domésticas constituyen el orgullo de su sexo, como entre las que lo manchaban con sus vicios.

En esos mismos días llegó a Londres un joven caballero de apellido Aubrey, huérfano al que, como a su única hermana, sus padres habían dejado una gran fortuna cuando aún era un niño. Abandonado a su suerte también por sus tutores, quienes consideraron que su deber estaba en cuidar de su dinero, delegando la tarea más

importante de velar por su espíritu en manos de subalternos mercenarios, cultivó más su imaginación que su juicio. De ahí que tuviera ese acusado sentido romántico del honor y la sinceridad que a diario arruina a tantos aprendices de sombrerero. Estaba convencido de que todos compartían la virtud, y creía que el vicio lo había arrojado la Providencia sólo a modo de pintoresco efecto escénico, como vemos en las novelas. Creía que la miseria de una cabaña consistía tan sólo en la ropa de vestir, la cual era abrigada, pero más apta para el ojo del pintor por sus pliegues irregulares y la diversidad de colores de sus remiendos. Creía, en fin, que los sueños de los poetas eran la realidad de la vida. Era guapo, abierto y rico; y por todas estas razones, cuando entró en los círculos brillantes de la sociedad, le rodearon las madres y rivalizaron en describirle con escasa sinceridad a sus lánguidas o vivarachas favoritas; las hijas, a su vez, animando el semblante cuando él se acercaba y mirándole con ojos chispeantes cuando abría los labios, no tardaron en hacerle concebir una falsa idea de sus propios méritos y talento. Y ligado como estaba a la novela de sus horas solitarias, le asombró descubrir que, salvo en las velas de sebo o de cera que parpadeaban, no por la presencia de un espectro sino por falta de pabilo, no guardaba parecido alguno con la vida real el montón de deleitosas pinturas y descripciones que contenían aquellos volúmenes en los que se había formado. Hallando, no obstante, cierta compensación en su vanidad gratificada, estaba a punto de renunciar a sus sueños, cuando el extraordinario ser que hemos presentado al principio fue a cruzarse en su camino.

Se dedicó a observarlo; y su misma imposibilidad de formarse una idea del carácter de un hombre totalmente encerrado en sí mismo, que daba pocas muestras de reparar en objetos exteriores salvo el tácito reconocimiento de su existencia que suponía el hecho de evitar su contacto, permitiendo que su propia imaginación representase cuanto halagaba su tendencia a forjarse ideas extravagantes, no tardó en convertir al individuo en un héroe de novela y decidió estudiar el producto de su fantasía, más que el personaje que tenía delante. Trabó amistad con él, le brindó atenciones y llegó a intimar a tal extremo que su presencia era admitida en todo momento. Se fue enterando gradualmente de que los intereses de lord Ruthven atravesaban momentos delicados y no tardó en averiguar, por los preparativos que se estaban efectuando en la calle ***, que iba a emprender un viaje. Deseoso de obtener alguna información sobre este singular personaje, que hasta ahora sólo había despertado su curiosidad, comunicó a sus tutores que había llegado la hora de hacer el viaje que desde generaciones se considera imprescindible para que los jóvenes progresen en la carrera del vicio lo bastante como para igualarse a los hombres maduros, y dejen de parecer caídos de una nube allí donde una intriga escandalosa se escarnece o se alaba, según el grado de habilidad en llevarla a término. Dieron su consentimiento los tutores y cuando Aubrey habló de su intención a lord Ruthven, le sorprendió recibir de éste el ofrecimiento de ir juntos. Halagado por esta muestra de estima en un ser que aparentemente no tenía nada en común con el resto de los

hombres, aceptó encantado; y pocos días más tarde habían cruzado las aguas circundantes.

Hasta aquí, Aubrey no había tenido ocasión de estudiar el carácter de lord Ruthven. Y ahora veía que, si bien eran muchas más las acciones suyas que presenciaba, las consecuencias parecían no tener relación con los motivos de su conducta. Su compañero era de una liberalidad rayana en el despilfarro: el haragán, el vagabundo y el pordiosero obtenían de su mano más que suficiente para mitigar sus necesidades inmediatas. Pero Aubrey no podía por menos de advertir que no era al virtuoso, reducido a la indigencia por ese infortunio que suele acompañar a la virtud, al que concedía sus dádivas: éste era expulsado de su puerta con mal reprimido desprecio. En cambio, cuando el libertino se acercaba a pedirle algo, no para aliviar su necesidad sino para refocilarse en los placeres o hundirse aún más en su iniquidad, era despedido con generosa largueza. Esto, sin embargo, lo atribuía Aubrey a la mayor impertinencia del vicioso, que por lo general triunfa sobre la cohibida timidez del virtuoso indigente. Una circunstancia había en la caridad de su señoría que impresionaba aún más a Aubrey: veía que todo aquél al que otorgaba su favor se llevaba consigo, inevitablemente, una maldición; porque acababa en el patíbulo o hundido en la más baja y abyecta degradación. En Bruselas y otras ciudades por donde pasaron, Aubrey se sorprendió ante la manifiesta celeridad con que su compañero buscaba los centros de vicio de la elegancia; participaba del espíritu de la mesa de faraón, jugaba y apostaba siempre con éxito, salvo cuando su adversario era un conocido estafador; entonces perdía más de lo que había ganado, aunque siempre con el mismo semblante impasible con que generalmente observaba a la sociedad que le rodeaba. No ocurría lo mismo, en cambio, cuando se topaba con el joven novato e irreflexivo, o con el desafortunado padre de numerosa familia; entonces su mismo deseo parecía ser la ley de la fortuna. Salía de su aparente ensimismamiento y sus ojos centelleaban con más fuego que los del gato cuando juega con un ratón moribundo. En cada ciudad, dejaba al joven antes opulento expulsado del círculo social del que había sido adorno, o maldiciendo en la soledad de un calabozo el destino que le había puesto al alcance de este demonio, mientras muchos padres se sentaban desesperados ante las elocuentes miradas de sus hijos, sin un céntimo de su anterior fortuna con que comprar siquiera lo imprescindible para mitigar su hambre actual. Pero jamás tocaba el dinero de la mesa, sino que perdía seguidamente, para perdición de muchos, hasta el último florín que acababa de arrancar a la mano convulsa del inocente. Quizá esto se debía a cierto grado de experiencia que, sin embargo, no era capaz de vencer la astucia de los más experimentados. Aubrey deseaba a menudo hacérselo ver a su amigo y rogarle que renunciase a esa caridad y placer que acababa con todos en la ruina y que a él no le reportaba beneficio ninguno; pero lo iba aplazando… porque cada día esperaba que su amigo le diera ocasión de hablar abiertamente y con franqueza. Sin embargo, esto no sucedía nunca. Lord Ruthven, en su carruaje y en medio de los diversos escenarios agrestes y ricos de la

naturaleza que atravesaban, se mostraba siempre el mismo. Sus ojos hablaban menos que sus labios; y aunque Aubrey viajaba junto al que era objeto de su curiosidad, no obtenía de él más satisfacción que el constante y vano anhelo de penetrar ese misterio, que ante su exaltada imaginación empezaba a adquirir el aspecto de algo sobrenatural.

No tardaron en llegar a Roma, donde Aubrey perdió de vista durante un tiempo a su compañero, que le dejaba para asistir a las tertulias matinales de una condesa italiana, mientras él salía en busca de monumentos de otra ciudad casi desierta. Y hallándose así ocupado, le llegaron cartas de Inglaterra, que abrió con ansiosa impaciencia; la primera era de su hermana y sólo contenía manifestaciones de afecto; las otras eran de sus tutores y le causaron asombro; si antes se le pasó por la imaginación que había en su compañero un poder maligno, estas cartas casi le proporcionaban fundamento suficiente para tal creencia. Sus tutores insistían en que dejase inmediatamente a su amigo, alegando que se trataba de un personaje depravado y que poseía un irresistible poder de seducción que hacía de su licenciosa conducta un peligro para la sociedad. Se había descubierto que su desprecio por la adúltera no se debía a que odiase su veleidad, sino que, para acrecentar su propia satisfacción, había hecho que su víctima, su compañera de culpa, cayera del pináculo de la virtud inmaculada al más bajo abismo de la infamia y la degradación; en fin, que las mujeres tras las cuales había ido él, aparentemente por su virtud, habían arrojado su máscara tras su partida, y no habían tenido rebozo en exponer toda la deformidad de sus vicios a la mirada pública.

Aubrey decidió dejar a su compañero, cuyo carácter aún no había revelado una sola luz donde él pudiera posar la mirada. Decidió inventar algún pretexto plausible para separarse; entretanto, se dispuso a vigilar con más atención y no dejar que le pasara inadvertido el más ligero detalle. Se introdujo en el mismo círculo y no tardó en comprobar que su señoría maquinaba sorprender la inexperiencia de la hija de la dama cuya casa frecuentaba. En Italia es raro que una joven soltera asista a reuniones de sociedad; así que su señoría se veía obligado a llevar a cabo sus planes en secreto; pero la mirada de Aubrey le seguía en todos sus manejos y no tardó en descubrir que había concertado una cita, la cual acabaría muy probablemente arruinando a una inocente aunque irreflexiva muchacha. Sin perder tiempo, entró en el aposento de lord Ruthven y le preguntó abiertamente cuáles eran sus intenciones respecto a la joven, informándole al mismo tiempo que estaba enterado de que iba a verse con ella esa misma noche. Lord Ruthven contestó que sus intenciones eran las que se suponía que abrigaría cualquiera en una ocasión así; y cuando Aubrey le preguntó si pensaba casarse con ella, se echó a reír. Aubrey se retiró. Escribió una nota comunicándole que desde ese momento se negaba a seguir con él el resto del proyectado viaje, después ordenó a sus criados que buscasen otra casa, fue a ver a la madre de la dama y la informó de cuanto sabía, no sólo en lo referente a su hija, sino también sobre la reputación de su señoría. Se impidió la cita. Al día siguiente, lord Ruthven se limitó a

enviar a sus criados para comunicarle su entera conformidad en separarse, pero no reveló su sospecha de que el fracaso de sus planes se debía a la intervención de Aubrey.

Después de abandonar Roma, Aubrey dirigió sus pasos hacia Grecia; y cruzando la península, no tardó en llegar a Atenas. Allí fijó su residencia en casa de un griego; poco después se dedicó a seguir los borrosos vestigios del antiguo esplendor de monumentos que, avergonzados, al parecer, de consignar proezas de hombres libres ante hombres que eran esclavos, se habían ocultado bajo el suelo protector o tras los líquenes multicolores. Bajo el mismo techo que él, vivía una criatura tan bella y delicada que podía haber servido de modelo al pintor que quisiera plasmar en el lienzo la esperanza prometida a los creyentes en el paraíso de Mahoma; aunque sus ojos revelaban demasiado el espíritu para poderla tomar por una de aquellas que carecían de alma. Cuando bailaba en la llanura, o subía por una pendiente, ni una gacela habría podido comparar su gracia y su belleza con la de ella. Porque ¿quién habría cambiado sus ojos, que parecían los de la naturaleza animada, por esa mirada soñolienta y lujuriante del animal apto tan sólo para el paladar de un epicúreo? A menudo los pies ligeros de Ianthe acompañaban a Aubrey en su búsqueda de antigüedades y a menudo la muchacha, inconscientemente, persiguiendo una mariposa de Cachemira, revelaba toda la belleza de su cuerpo, flotando al viento por así decir, ante la mirada ansiosa de Aubrey que, absorto en la contemplación de su figura de sílfide, se olvidaba de las letras que acababa de descifrar en una tableta borrosa. Cuando sus mechones de pelo se agitaban en sus revoloteos, revelaban, al darles el sol, unos tonos tan delicadamente brillantes e irisados que bien podían justificar el olvido del aficionado a las antigüedades, el cual dejaba escapar de su pensamiento el mismo objeto que un momento antes había considerado de importancia esencial para la justa interpretación de un pasaje de Pausanias. Pero para qué intentar describir los encantos que todos conocen pero que nadie puede sentir. Era la inocencia, la juventud, la belleza no contaminada por los salones concurridos y los bailes asfixiantes. Mientras él dibujaba los restos de aquello que quería conservar recuerdo para futuras horas, ella permanecía sentada a su lado y observaba la magia de su lápiz trazando paisajes de su ciudad natal. Ianthe le describía los bailes en círculo, en la llanura, le pintaba los colores encendidos de gozosa memoria, la pompa de las bodas que recordaba haber visto de niña; luego, volviendo a cosas que evidentemente habían dejado más honda impresión en su mente, le refería todas las historias preternaturales que le había contado su niñera. Su seriedad y aparente creencia en lo que decía acrecentaba aún más el interés de Aubrey; y a menudo, mientras le hablaba de que hubo un vampiro que había pasado años entre sus amigos y parientes más queridos, el cual consumía anualmente la vida de una hermosa joven, prolongando de este modo su existencia durante los meses siguientes, se le helaba la sangre, si bien trataba de reírse de tan horribles fantasías. Pero Ianthe le citaba los nombres de ancianos que al fin habían logrado descubrir vivo a uno de ellos, tras

encontrar a varios de sus parientes e hijos marcados con el sello del apetito de ese demonio. Y al ver Ianthe que Aubrey seguía tan incrédulo, le suplicó que la creyese, porque se había observado que los que osaban dudar de su existencia acababan recibiendo invariablemente alguna prueba que los obligaba a reconocer, con gran dolor, que era verdad. Le detalló la tradicional aparición de estos monstruos y el horror de Aubrey aumentó al oír una descripción puntual de lord Ruthven. Aubrey, sin embargo, persistió en convencerla de que no podía tener razón en sus temores, aunque al mismo tiempo le sorprendían las numerosas coincidencias y le inclinaban a concebir cierta creencia en los poderes sobrenaturales de lord Ruthven.

Aubrey empezaba a sentir, cada vez un mayor afecto por Ianthe; su inocencia, tan lejana de las fingidas virtudes de las mujeres entre las que él había buscado su ideal novelesco, había conquistado su corazón; y aunque le parecía ridícula la idea de que un joven de hábitos ingleses llegara a casarse con una muchacha griega sin cultura, se encontraba cada vez más encariñado con la casi etérea figura que tenía delante. A veces, se apartaba de ella con pesar y, tras proyectar algún plan de investigación arqueológica, partía dispuesto a no volver hasta lograr su objetivo; pero siempre encontraba imposible fijar la atención en las ruinas de su alrededor, cuando su cerebro conservaba una imagen que parecía ser dueña legítima de sus pensamientos. Ianthe ignoraba su amor y se mostraba como la misma criatura infantil y sincera que él había conocido al principio. Siempre parecía separarse de él con renuencia; pero era porque no tenía a nadie con quien poder visitar sus rincones predilectos, mientras su protector andaba ocupado en dibujar o descubrir algún fragmento que había escapado a la mano destructora del tiempo, Ianthe apelaba a sus padres cuando hablaba de vampiros, y los dos y todos los que estaban presentes, confirmaban su existencia, palideciendo de horror sólo de oírlos nombrar. Poco más tarde, Aubrey decidió hacer una de sus excursiones, en principio de sólo unas horas; al oír el nombre del sitio que quería visitar, inmediatamente le suplicaron que no fuese allí de noche, ya que tendría que atravesar un bosque que ningún griego se atrevería a pisar, bajo ningún concepto, después que se hubiese ido el día. Lo describieron como el lugar de reunión de los vampiros durante sus orgías nocturnas y auguraron las más horribles desgracias a quien se atreviera a recorrer ese sendero. Aubrey no tomó en serio estos consejos y trató de reírse de tal idea; pero cuando los vio estremecerse ante la osadía de burlarse de un poder infernal y superior, cuyo mero nombre parecía helarles la sangre, se calló.

A la mañana siguiente, Aubrey se dispuso a emprender la excursión solo; le sorprendió observar el semblante melancólico de sus anfitriones y le preocupó descubrir que sus palabras de burla acerca de la creencia en esos demonios les hubieran inspirado tal terror. En el momento de salir, Ianthe se acercó a su caballo y le rogó muy seria que volviese antes de que la noche permitiese a esos seres reanudar sus actividades; se lo prometió. No obstante, anduvo tan ocupado en sus exploraciones que no se dio cuenta de que se estaba yendo la luz del día y de que en

el horizonte había una o dos manchas que, en climas más cálidos, solían juntarse en una masa tremenda y descargar su furia sobre el desventurado campo. Finalmente, no obstante, montó en su caballo, decidido a regresar deprisa, debido a su retraso. Pero era demasiado tarde. El crepúsculo, en estos climas meridionales, es algo casi desconocido; el sol se pone rápidamente y cae la noche. Así que antes de haber recorrido mucho trecho tuvo la tormenta encima; apenas dejaban los truenos intervalo alguno. La espesa lluvia se abría paso por entre el dosel del follaje, mientras los azules y sesgados rayos parecían caer y fulgurar a sus pies. De repente, el caballo se asustó y emprendió una terrible carrera a través del bosque enmarañado. Al final, el animal se detuvo exhausto y entonces Aubrey descubrió, al resplandor de los relámpagos, que se hallaba en la proximidad de una casucha que apenas destacaba de los montones de hojas secas y arbustos que la rodeaban. Descabalgó y se acercó, esperando encontrar a alguien que le guiase hasta la ciudad o confiando al menos en protegerse del chaparrón. Mientras se acercaba, los truenos, momentáneamente aplacados, le dejaron oír unos espantosos alaridos de mujer mezclados con exultantes carcajadas de burla que se continuaban de manera casi ininterrumpida. Pero, acuciado por los truenos que de nuevo retumbaban sobre su cabeza, Aubrey abrió la puerta de un empujón. Se encontró en absoluta oscuridad; le guiaron las voces, sin embargo. Por lo visto, no había sido advertida su presencia, porque aunque pidió permiso, los gritos prosiguieron sin que nadie reparase en él. Tropezó con alguien que inmediatamente le agarró; entonces una voz gritó: «¡Otra vez te entrometes!», a lo que sucedió una sonora risotada; y Aubrey se sintió atrapado por alguien cuya fuerza parecía sobrehumana. Decidido a vender su vida lo más cara posible, intentó forcejear; pero resultó inútil, fue levantado en vilo y arrojado con una fuerza tremenda contra el suelo. Su enemigo se echó sobre él y poniéndole la rodilla en el pecho le rodeó el cuello con las manos… cuando el resplandor de numerosas antorchas, entrando por el vano que daba luz cuando era de día, le deslumbró. Se levantó, dejó su presa, se precipitó por la puerta, y un instante después se perdía a lo lejos el crujir de ramas. La tormenta se había calmado. Aubrey, incapaz de levantarse, fue oído por los de fuera. Entraron; la luz de sus antorchas iluminó las paredes de adobe y el techo de paja, cubierto de espesos grumos de hollín. A indicación de Aubrey, buscaron a la dama que le había atraído con sus gritos; volvió a quedarse a oscuras; pero cuál no fue su horror cuando, al irrumpir de nuevo, la luz de las antorchas reveló la figura etérea de su bella guía, traída en forma de exánime cadáver. Cerró los ojos, esperando que no fuera sino una visión surgida de su cerebro enfebrecido; pero al abrirlos de nuevo vio la misma figura tendida a su lado. No había color en sus mejillas, ni siquiera en sus labios; sin embargo, su rostro reflejaba una serenidad que parecía casi tan atrayente como la vida que había habitado en él; tenía el cuello y el pecho manchados de sangre, y su garganta mostraba la huella de los dientes que habían abierto la vena. Los hombres la señalaron gritando, al tiempo que se estremecían de horror: «¡Un vampiro! ¡Un vampiro!». Hicieron rápidamente una

litera, y tendieron a Aubrey junto a la que poco antes había sido objeto de tantas visiones radiantes y hermosas, ahora deshojadas con la flor de la vida que había muerto en ella. No sabía cuáles eran sus propios pensamientos: tenía la mente nublada; parecía evitar toda reflexión y refugiarse en el vacío. Su mano semiinconsciente empuñaba una peculiar daga que había encontrado en la cabaña. No tardaron en encontrarse con los distintos grupos que habían salido en busca de aquélla a quien había echado de menos su madre. Los lamentos de todos, mientras se acercaban a la ciudad, advirtieron con antelación a los padres de la espantosa catástrofe. Sería imposible describir su dolor. Pero cuando supieron qué había matado a la muchacha, miraron a Aubrey y le señalaron el cadáver. No lo pudieron soportar: los dos murieron de dolor.

Una vez en la cama, Aubrey sufrió una altísima fiebre, con frecuentes delirios; en esos momentos llamaba a lord Ruthven y a Ianthe; por alguna inexplicable asociación, parecía suplicar a su antiguo compañero que tuviese compasión de la persona que él amaba. Otras veces profería maldiciones sobre su cabeza y le imprecaba como su destructor. Casualmente, llegó por entonces lord Ruthven a Atenas y, al enterarse, por algún intermedio del estado de Aubrey, decidió alojarse en la misma casa, convirtiéndose en su asiduo acompañante. Cuando éste se recobró de su delirio, se horrorizó al ver la figura que ahora identificaba con la de un vampiro. Pero lord Ruthven, con palabras amables que casi denotaban pesar por el daño ocasionado con su separación y, más aún, con las atenciones y cuidados que tenía con él, logró que aceptase su presencia. Su señoría parecía totalmente cambiado, ya no parecía aquel personaje apático que tanto había asombrado a Aubrey. Pero tan pronto como su convalecencia empezó a progresar, fue volviendo gradualmente a su primitivo ser, y Aubrey no notó diferencia alguna respecto del primer hombre, salvo que a veces le sorprendía mirándole fijamente, con una sonrisa de malévola exultación en los labios; no sabía por qué, pero le atormentaba esa sonrisa. Durante la última parte de su recuperación, lord Ruthven se dedicó aparentemente a contemplar las quietas ondulaciones del agua que la brisa fresca producía, o a seguir el curso de los orbes, girando como nuestro mundo en torno al sol inmóvil. A decir verdad, parecía querer evitar la mirada de todos.

La mente de Aubrey había quedado muy debilitada a causa de dicha conmoción, y parecía haberle abandonado para siempre la flexibilidad de espíritu que en otro tiempo le había distinguido. Ahora amaba tanto la soledad y el silencio como lord Ruthven; pero por mucho que deseara esa soledad, su espíritu no la encontraba en los alrededores de Atenas; si la buscaba entre las ruinas que antes tanto frecuentó, la figura de Ianthe caminaba a su lado; si la buscaba en el bosque, sus pies ligeros parecían vagar por la maleza en busca de la modesta violeta; entonces se volvía súbitamente, revelando a la trastornada imaginación de Aubrey su pálido rostro y su cuello herido, con una sonrisa mansa en los labios. Aubrey decidió huir de estos escenarios en los que cada detalle engendraba en su mente amargas asociaciones.

Propuso a lord Ruthven — con quien se sentía obligado por los solícitos cuidados que le había dedicado durante su enfermedad — visitar juntos aquellas partes de Grecia que no habían visto ninguno de los dos. Viajaron en todas direcciones, y buscaron todos los lugares dignos de recordar. Pero, aunque viajaban presurosos de lugar en lugar, no prestaban atención a lo que contemplaban. Oían hablar mucho de salteadores; aunque, poco a poco, fueron haciendo cada vez menos caso de estas informaciones, que ellos imaginaban invención de individuos cuyo solo interés era mover la generosidad de aquéllos a quienes defendían de los fingidos peligros. De modo que, desoyendo las advertencias de los habitantes, emprendieron un viaje con una escolta reducida que les servía más de guía que de defensa. Y al entrar en un estrecho desfiladero, en cuyo fondo corría un torrente y en el que había enormes rocas desprendidas de los precipicios que lo flanqueaban, tuvieron motivo para arrepentirse de su despreocupación; porque no bien hubo entrado el grupo en el desfiladero, les sobresaltó el silbido de las balas por encima de sus cabezas y el estampido de varias armas. Un instante después, los componentes de la escolta les habían abandonado, los cuales, protegiéndose detrás de las rocas, habían empezado a disparar en la dirección de donde provenían las balas. Lord Ruthven y Aubrey, siguiendo su ejemplo, se retiraron de momento tras la curva protectora del desfiladero; pero avergonzados de encontrarse así detenidos por un enemigo que con voces insultantes les mandaba salir, y al ver que estaban expuestos a una muerte segura si alguno de los salteadores subía por el monte y los sorprendía por detrás, decidieron al punto avanzar en busca del enemigo. Apenas habían dejado la protección de la roca, cuando lord Ruthven recibió un disparo en el hombro que lo derribó al suelo. Aubrey corrió en su ayuda sin hacer caso de la contienda ni de su propio peligro, cuando se vio, para su sorpresa, rodeado por las caras de los ladrones… dado que los de la escolta, al ver cómo caía herido lord Ruthven, habían levantado los brazos y se habían rendido.

Prometiéndoles una gran recompensa, Aubrey los persuadió para que transportaran a su amigo herido a una cabaña vecina; tras llegar a un acuerdo sobre el rescate, dejó de ser importunado por los ladrones, que se limitaron a guardar la entrada hasta que su camarada volviese con el dinero prometido, cuya orden de entrega había dado Aubrey. Lord Ruthven iba perdiendo fuerzas rápidamente; a los dos días le sobrevino la gangrena y la muerte parecía avanzar a pasos agigantados. Su actitud y aspecto no habían cambiado; parecía no tener conciencia del dolor, como les habría ocurrido a cuantos tenía a su lado; pero hacia el amanecer de la última noche, su mente empezó a mostrarse desasosegada y sus ojos se quedaban fijos en Aubrey, que se sintió impulsado a ofrecerle ayuda con más solicitud de lo habitual:

—¿Ayudarme? Podéis salvarme. Podéis hacer más que eso… No me refiero a mi vida; me preocupa tan poco la muerte de mi existencia como la del día efímero. Pero podéis salvar mi honor, el honor de vuestro amigo.

—¡Cómo! ¡Decidme cómo! Haré lo que sea necesario — replicó Aubrey.

—Es poco lo que necesito… Mi vida mengua deprisa; no os lo puedo explicar todo; pero si guardáis silencio de cuanto sabéis de mí, mi honor se verá libre de mancha en boca del mundo. Y si no se sabe de mi muerte durante un tiempo en Inglaterra, yo… yo… pero mi vida… que no se sepa… ¡Jurádmelo! — exclamó el moribundo, incorporándose con exultante violencia —. Jurádmelo por lo que vuestra alma venera, por todo lo que teméis en la naturaleza: juradme que durante un año y un día no daréis a conocer mis crímenes ni mi muerte a ningún ser vivo, suceda lo que suceda y veáis lo que veáis.

Parecía que iban a salírsele los ojos de las órbitas:

—¡Lo juro! —dijo Aubrey.

Y lord Ruthven riendo se dejó caer en la almohada y expiró.

Aubrey se echó a descansar, pero no durmió; por su mente desfilaron los numerosos detalles que habían rodeado su relación con este hombre, aunque no sabía por qué; le sacudió un escalofrío al acordarse de su juramento, como si presintiese que algo horrible le aguardaba. Se levantó de madrugada; iba a entrar en un pequeño cobertizo donde había dejado el cadáver, cuando le salió al encuentro uno de los ladrones y le informó que ya no estaba allí porque, mientras Aubrey dormía, él y sus camaradas lo habían transportado a lo alto de un monte vecino, conforme a una promesa que le habían hecho a su señoría, para que recibiese el primer rayo frío de la luna, después de su muerte. Aubrey se quedó sorprendido; y llevándose a varios de los hombres, decidió subir a enterrarlo en el lugar donde yacía. Pero cuando llegó a la cima, no encontró rastro alguno ni del cuerpo ni de las ropas, aunque los ladrones juraron que aquella que tenían delante era la misma roca en la que habían depositado el cuerpo. Durante un rato, la mente perpleja de Aubrey se sumió en conjeturas; finalmente regresó, convencido de que los ladrones habían enterrado el cadáver para quedarse con las ropas.

Cansado de un país en el que había sufrido tan terribles desdichas y en el que todo conspiraba contra él, al parecer, para aumentar esa supersticiosa melancolía que se había apoderado de su espíritu, decidió abandonarlo; y poco después llegaba a Esmirna. Mientras esperaba el barco que le llevaría a Otranto o a Nápoles, se dedicó a ordenar los efectos que habían pertenecido a lord Ruthven y que llevaba consigo. Entre otras cosas, había un estuche que contenía diversas armas ofensivas, más o menos aptas para infligir la muerte a la víctima. Entre ellas, vio varias dagas y yataganes. Les estaba dando vueltas y examinando sus formas curiosas cuando, cuál no sería su sorpresa al descubrir una vaina con los mismos adornos que la daga descubierta en la cabaña fatídica. Se estremeció; y tras buscar afanosamente nuevas pruebas, encontró el arma. Y no es difícil imaginar su horror cuando descubrió que, aunque tenía una forma rara, encajaba perfectamente en la vaina que tenía en la mano. No necesitaron sus ojos de otra confirmación: parecían hipnotizados por la daga; sin embargo, deseaba no creerlo; pero la forma peculiar, incluso los tonos

irisados del puño y la funda eran idénticos en esplendor, y no dejaban lugar a dudas; había, también, gotas de sangre en ambos objetos.

Dejó Esmirna; y en Roma, camino de casa, sus primeras averiguaciones fueron sobre la dama que él había intentado arrancar de las artes seductoras de lord Ruthven. Sus padres se hallaban hundidos en la desolación: habían perdido su fortuna, y no habían sabido de ella desde la marcha de su señoría. Aubrey casi perdió el juicio ante tan repetidos horrores; temía que esta dama hubiese sido víctima del destructor de Ianthe. Se volvió callado y taciturno; y su única ocupación consistió en acuciar a los postillones, como si fuese a salvar la vida de algún ser querido. Llegó a Calais; una brisa que parecía obedecer a su voluntad le llevó con presteza a las costas de Inglaterra, desde donde se apresuró a volver a la mansión paterna. Y una vez allí, durante un momento, pareció perder, con los abrazos y caricias de su hermana, todo recuerdo de los días pasados. Si con sus caricias infantiles ella se había ganado antes su afecto, ahora que empezaba a aflorar la mujer fue la más entrañable de las compañeras.

No poseía la señorita Aubrey esa gracia cautivadora que atrae las miradas y el aplauso en las reuniones sociales. No tenía esa superficial brillantez que sólo se da en el aire caldeado de los salones atestados. Jamás se encendían sus ojos azules porque hubiera detrás un espíritu casquivano. La envolvía un encanto melancólico que no parecía provenir del infortunio, sino de algún profundo sentimiento que parecía revelar un alma conocedora de un reino más radiante. Su paso no era ese revoloteo inconstante que va errático a donde puede atraerlo una mariposa o un color, sino sosegado y pensativo. Cuando estaba sola, jamás se iluminaba su rostro por la sonrisa o la alegría; pero cuando su hermano le manifestaba su afecto, y olvidaba en su presencia las penas que destruían su sosiego, ¿quién habría cambiado su sonrisa por la de la voluptuosidad? Parecía como si esos ojos, ese rostro, jugasen a la luz de su propia esfera natal. Sólo tenía dieciocho años y aún no había sido presentada en sociedad: sus tutores habían creído oportuno aplazar esta ceremonia hasta el regreso del hermano, cuando él pudiera ser su protector. Así que ahora se decidió que la siguiente recepción, que estaba muy próxima, sería el momento de su entrada en el «bullicioso escenario». Aubrey habría preferido quedarse en la mansión de sus padres y abandonarse allí a la melancolía que le agobiaba. No sentía interés por las frivolidades de petimetres desconocidos, cuando tenía el espíritu tan quebrantado por los sucesos de que había sido testigo; pero decidió sacrificar su propia comodidad a fin de proteger a su hermana. Poco después llegaron a la ciudad y se prepararon para el día siguiente, que era la fecha designada para la recepción.

La muchedumbre era excesiva; hacía tiempo que no se celebraba una fiesta así, y todos los deseosos de disfrutar de la sonrisa de la realeza se apresuraron a acudir. Allí estaba Aubrey, con su hermana. De pie, en un rincón a solas, indiferente a cuanto le rodeaba, se estaba acordando de que la primera vez que vio a lord Ruthven fue en este mismo lugar… cuando sintió que le agarraban súbitamente del brazo. Y junto a

su oído sonó una voz que reconoció demasiado bien: «Recordad vuestro juramento». Casi no tuvo valor para volverse, temiendo ver un espectro que podía fulminarle, cuando descubrió junto a sí al mismo personaje que le había llamado la atención la primera vez que entró en sociedad. Se quedó mirándolo, hasta que sus piernas casi se negaron a sostenerle y tuvo que cogerse al brazo de un amigo. Y abriéndose paso entre la multitud, se arrojó al interior de su carruaje y ordenó que le llevaran a casa. Una vez allí, se puso a dar vueltas arriba y abajo con paso apresurado, agarrándose la cabeza con las manos como si temiese que sus pensamientos fueran a hacerle estallar el cerebro. Otra vez lord Ruthven ante él. En su mente desfilaron los detalles en espantosa sucesión: la daga, su juramento… Reaccionó: no creía posible… ¡que los muertos resucitaran! Concluyó que su imaginación había hecho surgir la imagen en la que tenía concentrado el pensamiento. Era imposible que fuera real; así que decidió volver al mundo. Y aunque quiso preguntar acerca de lord Ruthven, se le quedó el nombre a flor de labios y no consiguió obtener información. Unas noches más tarde, acudió con su hermana a la fiesta que daba un pariente cercano; dejó a su hermana bajo el cuidado de una matrona, se encerró en un aposento retirado y allí se abandonó a los pensamientos que le devoraban. Oyendo, por fin, que muchos se estaban marchando, se levantó; y al entrar en otra estancia, halló a su hermana rodeada de varias personas, al parecer en animada conversación. Fue a acercarse a ella, rogó a uno que le dejase paso y, al darse éste la vuelta, reveló el rostro que más odiaba. Aubrey saltó adelante, agarró del brazo a su hermana y, con paso apresurado, la arrastró en dirección a la calle. Encontró la puerta obstruida por una multitud de criados que aguardaban a sus señores, y mientras pugnaba por abrirse paso entre ellos, volvió a oír aquella voz, que susurró junto a él: «¡Recordad vuestro juramento!». No se atrevió a volverse, sino que, dando prisa a su hermana, llegaron en seguida a casa.

Aubrey casi perdió el juicio. Si antes su cerebro estaba obsesionado con una única idea, cuánto más se atormentaría ahora, que la certeza de que el monstruo vivía otra vez sofocaba sus pensamientos. Se volvió indiferente a las atenciones de su hermana, y en vano le insistía ella que le explicase la causa del súbito cambio en su conducta. Aubrey le respondía con palabras sueltas que sólo servían para aterrarla. Y cuanto más pensaba, más perplejo se sentía. Le asustaba su juramento. ¿Iba a permitir que este monstruo anduviera por ahí sembrando la ruina entre seres a los que quería sin impedir su propagación? Su propia hermana podía caer. Pero, aunque rompiese el juramento y revelase sus sospechas, ¿quién iba a creerle? Pensó en utilizar su propia mano para librar al mundo de semejante miserable; pero recordó que ya había burlado una vez a la muerte. En este estado permaneció varios días. Encerrado en su habitación no veía a nadie, y sólo comía cuando entraba su hermana, la cual, con los ojos arrasados en lágrimas, le suplicaba que repusiese fuerzas aunque sólo fuese por ella. Por último, no pudo resistir por más tiempo la inacción y la soledad y abandonó la casa y se dedicó a vagar por las calles, deseando huir de la imagen que le

atormentaba. Se volvió desaliñado y se exponía tanto al sol del mediodía como a la humedad de la noche. No se le reconocía; al principio solía regresar a casa al atardecer, pero finalmente se tumbaba a dormir donde le vencía el agotamiento. Su hermana, inquieta por su seguridad, mandó a varias personas que le siguiesen; pero no tardó en dejarlas atrás el que huía del más veloz de los perseguidores: el pensamiento. Su conducta, sin embargo, cambió de repente. Asaltado por la idea de que con su ausencia había dejado a todos sus amigos con un demonio entre ellos, de cuya presencia no tenían conciencia, decidió integrarse de nuevo en la sociedad y vigilar estrechamente, dispuesto a prevenir, a pesar de su juramento, a todo aquél a quien se acercara lord Ruthven con intención de intimar. Pero un día, al entrar en un salón, sus estremecimientos internos eran tan visibles y sus ojos recelosos y desencajados llamaban tanto la atención, que su hermana se vio obligada a rogarle que dejase de buscar, por ella, una sociedad que tan seriamente le afectaba. Cuando, no obstante, se vio que eran inútiles estas reconvenciones, sus tutores consideraron conveniente intervenir; y temiendo que se estuviera volviendo loco, juzgaron llegado el momento de reasumir aquel deber que en otra época les habían impuesto los padres de Aubrey.

Deseosos de ahorrarle los daños y sufrimientos que soportaba a diario en sus vagabundeos, y de evitar que expusiera a los ojos del mundo las huellas de lo que ellos consideraban locura, contrataron a un médico para que residiese en la casa y lo tuviese bajo sus constantes cuidados. Aubrey apenas parecía darse cuenta de esto, tan puesta tenía la mente en la idea terrible que le obsesionaba. Su incoherencia se volvió finalmente tan grande que tuvo que ser encerrado en su cámara. Allí permanecía días enteros, incapaz de salir de su postración. Estaba demacrado, sus ojos habían adquirido un brillo vidrioso; el único signo de afecto y vestigio de reconocimiento afloraba en él cuando entraba su hermana; entonces se sobresaltaba a veces y, cogiéndole las manos con una expresión que la afligía enormemente, le pedía que no lo tocase. «¡Ah, no lo toques! ¡Si tu amor por mí representa algo, no te acerques a él!». Cuando, sin embargo, ella le preguntaba a quién se refería, su única respuesta era: «¡Es verdad! ¡Es verdad!», y volvía a caer en un estado del que ni ella lo podía sacar. Esto duró muchos meses. Poco a poco, sin embargo, a medida que transcurría el año, sus incoherencias se fueron haciendo menos frecuentes y su mente se libró parcialmente de su melancolía, en tanto sus tutores observaban que varias veces al día contaba con los dedos determinado número y después sonreía.

Casi había transcurrido el plazo cuando, el último día del año, entró uno de sus tutores en su habitación y se puso a comentar con el médico la triste circunstancia de que Aubrey se hallase en tan terrible estado la víspera de la boda de su hermana. Estas palabras atrajeron al punto la atención de Aubrey; preguntó ansioso con quién se iba a casar. Animados ante este síntoma de que le estaba volviendo el juicio, que ellos temían que hubiera perdido, mencionaron el nombre del conde de Marsden. Creyendo que se trataba de un joven conde al que había conocido en sociedad,

Aubrey pareció alegrarse. Más asombro aún les causó cuando manifestó su intención de estar presente en la boda, y su deseo de ver a su hermana. No le contestaron; pero unos minutos después entró ella a verle. Aubrey parecía otra vez capaz de recibir el influjo de la encantadora sonrisa de ella, porque la estrechó contra su pecho y le besó la mejilla bañada en las lágrimas, que le brotaron al ver que su hermano era sensible a sus muestras de afecto. Éste empezó a hablar con su acostumbrado calor, y a congratularse de su matrimonio con una persona tan distinguida por su linaje y sus cualidades, cuando de repente se dio cuenta del medallón que ella llevaba en el pecho. Lo abrió y cuál no sería su estupor al descubrir el rostro del monstruo que tanto había gravitado en su vida. Le arrancó el retrato en un acceso de rabia y lo pisoteó. Al preguntarle ella por qué había destruido la imagen de su futuro esposo, pareció como si no la comprendiera. Seguidamente, cogiéndole las manos, y mirándola con una expresión frenética en el semblante, le pidió que jurase que jamás se casaría con ese monstruo, porque él… Pero no pudo seguir; pareció como si aquella voz le recordase otra vez su juramento; se volvió de repente, pensando que lord Ruthven estaba cerca, pero no había nadie. Entretanto, entraron los tutores y el médico, que lo habían oído todo y pensaban que esto no era sino una recaída de su estado anterior y, apartándolo a la fuerza de la señorita Aubrey, pidieron a ésta que abandonase el aposento. Aubrey cayó de rodillas ante ellos, les imploró, les suplicó que aplazasen la boda un día tan sólo. Ellos atribuyeron sus palabras a la locura que, según imaginaban, dominaba su cerebro; trataron de apaciguarlo y se retiraron.

Lord Ruthven había ido a visitarle la mañana siguiente a la recepción, y se le había denegado su petición como a todos los demás. Cuando se enteró de la mala salud de Aubrey, en seguida comprendió que era él la causa; pero cuando le dijeron que le habían declarado loco, no pudo ocultar su júbilo y placer a los que le daban tal información. Corrió a casa de su antiguo compañero y, con constante asiduidad, simulando gran afecto por el hermano e interés por su destino, fue ganando poco a poco los oídos de la señorita Aubrey. ¿Quién era capaz de resistir su poder? Su lengua estaba llena de peligros y artificios: hablaba de sí mismo como de una persona que no encontraba la comprensión en ningún ser de este poblado mundo, salvo en aquélla a la que hablaba; podía decir cómo, desde que la conocía, su existencia comenzaba a parecer digna de ser conservada, aunque sólo fuese para escuchar sus dulces acentos; en fin, tan bien supo utilizar sus artes de reptil o fue tal la voluntad del destino, que se ganó su afecto. Al recaer en él el título de su rama más vieja, obtuvo una importante embajada que le sirvió de excusa para precipitar la boda (a pesar del estado de perturbación del hermano de ella), la cual debía tener lugar el mismo día de su marcha al continente.

Aubrey, cuando el médico y los tutores se hubieron marchado, intentó sobornar a los criados, aunque fue en vano. Pidió pluma y papel; se los dieron; escribió a su hermana conjurándola, si en algo tenía su propia felicidad y su honor, y el de los que ahora descansaban en la tumba y en otro tiempo la tuvieron en brazos como su

esperanza y la de la casa, a que aplazase aunque fuese unas horas ese matrimonio, sobre el cual auguraba las más tremendas maldiciones. Los criados prometieron entregárselo; pero lo cogió el médico y pensó que era mejor no atormentar más el espíritu de la señorita Aubrey con lo que juzgó que eran desvaríos de un maníaco. Transcurrió la noche sin descanso para los atareados moradores de la casa; y Aubrey oyó, con un horror más fácil de imaginar que de describir, el ajetreo de los afanosos preparativos. Ya por la mañana, llegó hasta él el ruido de carruajes. Aubrey estaba casi frenético. La curiosidad hizo que los criados descuidaran su vigilancia y se fueron yendo sigilosamente, dejándolo bajo la custodia de una anciana. Aubrey aprovechó el momento: saltó de la habitación y en un instante se encontró en la sala donde se hallaban reunidos casi todos. Lord Ruthven fue el primero en descubrirle, se acercó inmediatamente y, cogiéndolo del brazo con fuerza, lo sacó a toda prisa de la estancia, mudo de rabia. Cuando estuvieron en la escalera, lord Ruthven le susurró al oído: «Recordad vuestro juramento y sabed, por si no es mi esposa hoy, que vuestra hermana está deshonrada. ¡Las mujeres son frágiles!». Dicho esto, lo empujó hacia los sirvientes que, alertados por la vieja criada, habían acudido en su busca. Aubrey no pudo resistir más; no encontrando desahogo su furia, se le reventó una vena, y fue trasladado a la cama. No se mencionó esto a su hermana — que no estaba presente cuando él había entrado —, ya que el médico temía que esto la alterase. Se celebró la boda y los recién casados abandonaron Londres.

La debilidad de Aubrey fue en aumento; la efusión de sangre anunció la proximidad de su muerte. Pidió ver a los tutores de su hermana y, cuando sonaron las doce de la noche, relató con serenidad lo que el lector acaba de leer; inmediatamente después expiró.

Los tutores corrieron a proteger a la señorita Aubrey, pero cuando llegaron, era demasiado tarde. Lord Ruthven había desaparecido, ¡y la hermana de Aubrey había saciado la sed de UN VAMPIRO!



Ilustración de una edición de *El vampiro* de Polidori (*ca.* 1850)

E. T. A. Hoffmann

Vampirismo

(1821)

En 1816, en una taberna berlinesa, suele reunirse casi todas las noches una tertulia de lo más estrafalaria; hablan de temas literarios y filosóficos, se cuentan experiencias oníricas y comentan sus no menos estrambóticas creaciones artísticas, que dan lugar a largas y acaloradas discusiones. A estas veladas acuden E. T. A. Hoffmann — por entonces consejero de la Cámara Judicial de Berlín — y una buena parte de los mejores escritores románticos alemanes de su época: Tieck, Von Arnim, Brentano, Chamisso, Contessa y La Motte-Fouqué. El interés común por los temas psiquiátricos y paranormales atrae también a algunos médicos muy poco ortodoxos como el doctor Koreff, magnetizador y ocultista, o Schulze, gran especialista en temas de aparecidos. Según Hidzig, amigo y biógrafo de Hoffmann, los que llevaban la voz cantante en estas veladas (y los más alcohólicos) eran el doctor Koreff y el propio Hoffmann; este último gracias a su rica imaginación y a una elocuencia chispeante que solía adornar con una mímica, por lo visto, inimitable.

Aquellas reuniones que, en principio, bautizaron como *veladas serafinas*, quedaron recreadas literariamente en uno de los libros más raros del autor: *Los hermanos de san Serapión*. Los veintinueve cuentos, de muy variada índole, que componen esta obra van surgiendo a lo largo del libro a través del vivaz diálogo de varios extravagantes personajes que, a medida que conversan y narra cada uno su historia, van estableciendo las reglas del *principio serafino*, cuya primera premisa es que «toda narración debe ser fantástica»; es decir, debe saber despertar en el lector el sensual escalofrío que produce lo desconocido e inesperado.

Vampirismus, la única incursión de E. T. A. Hoffmann en el tema vampírico, apareció por primera vez en el cuarto volumen de *Die Erzählungen der Serapionsbrüder* (1821). Hoffmann lo escribió durante uno de sus períodos más creativos, dos años antes de su muerte, cuando su obsesión por retratar las zonas sombrías de la psique humana era mayor que nunca. En su diario se refleja su estado melancólico; sufre frecuentes accesos de fiebre nerviosa y el abuso de bebidas alcohólicas va minando, poco a poco, su salud. En 1818 la cofradía se disuelve, después de haber inspirado algunos de sus mejores cuentos. Pero ciertas conversaciones que mantuvieron quedaron registradas en esta obra, pues los contertulios no son personajes inventados sino los amigos del autor camuflados con nombres ficticios: Contessa se oculta bajo el seudónimo de Sylvester; Fouqué en el

de Lothar; Ottmar es en realidad Hidzig. Hoffmann, que se encubre bajo el nombre de Theodor, permanece invisible hasta el final. Quien narra la historia no es otro que el autor del inolvidable *Peter Schlemihl*.

Vampirismo
Traducción de Celia y Rafael Lupiani

—Es muy notable —dijo Sylvester, tomando la palabra — que por la misma época de Walter Scott, si no me equivoco, apareciera un poeta inglés que, siguiendo una tendencia bien distinta, produjo algo grande, sublime. Me refiero a lord Byron, quien me parece más poderoso y genuino que Thomas Moore. Su *Sitio de Corinto* es una obra maestra llena de las más vivas imágenes, de los pensamientos más geniales. Predomina su inclinación a lo sombrío, sí, incluso al horror, a lo espantoso; no he podido leer su *Vampiro*, ya que la mera idea de un vampiro, si es que la entiendo bien, me produce un inmenso escalofrío. Por lo que sé, un vampiro no es sino un muerto viviente que bebe la sangre de los vivos.

—Ja, ja —exclamó riendo Lothar—, un poeta como tú, mi querido amigo Sylvester, ha de estar versado en toda suerte de historias de magos, brujas y otros diablillos, incluso conocer por sí mismo algo de magia y hechicería, necesario para ciertos poemas y tramas. Pero por lo que al vampirismo respecta, y para que compruebes mi extraordinaria erudición en tales asuntos, te citaré una amena obrita en la que podrás instruirte acerca de esta oscura materia. El título completo de esta obra reza: *M. Michael Diaconi de Nebra. Tratado de la masticación y trituración de muertos en tumbas, en el que se muestra la verdadera condición de los vampiros y succionadores de sangre húngaros, y en el que se recensionan también todos los escritos publicados sobre tal materia*. El mismo título te convencerá de la minuciosidad de la obra citada, y de ella deducirás que un vampiro no es sino un sujeto maldito que se hace enterrar, como si hubiera muerto, y a poco se levanta de la tumba y succiona la sangre de los durmientes, quienes se transforman así también en vampiros. Por las noticias que el autor proporciona, en Hungría hay aldeas enteras cuyos habitantes se han convertido en vampiros. Para volver inofensivo uno de estos seres hay que desenterrarlo, atravesarle el corazón con una estaca y convertir su cuerpo en cenizas. Estas espantosas criaturas no siempre aparecen con su propia figura, sino *en masque*. Así reza, aproximadamente, como recuerdo con gran viveza, una carta que un oficial de Belgrado escribió a un doctor en Leipzig para informarse sobre la propia naturaleza del vampirismo: «En la aldea llamada Kinklina se dio el caso de que dos hermanos fueron atormentados por un vampiro. Por eso, uno velaba el sueño del otro. Cierta vez un perro abrió las puertas, aunque, ante los gritos, salió corriendo. Finalmente, los dos quedaron dormidos, tras lo cual uno de los dos hermanos, en sólo un momento, mostraba una pequeña mancha roja bajo la oreja

derecha, de lo cual murió a los tres días». Para finalizar decía el oficial: «Como de este caso se hace un misterio nada común, me permito insistirle muy obedientemente en la cuestión de si tales espíritus son simpatéticos, diabólicos o astrales, en lo que con toda consideración persevero, etc.». Toma ejemplo de este oficial con afán de aprender. Acabo de recordar su nombre. Era el portaestandarte del Regimiento del príncipe Alejandro, Sigismund Alexander Friedrich von Kottwitz. Por entonces, la milicia sólo raramente se ocupaba del vampirismo. Precisamente en la obra del maestro Ranft se halla un protocolo, redactado en términos forenses por dos médicos en presencia de dos oficiales de ese mismo Regimiento del príncipe Alejandro, sobre el hallazgo y aniquilamiento de un vampiro. Entre otras cosas, en ese protocolo se dice: «Como se demostró que era un verdadero vampiro, ellos mismos le atravesaron con una estaca el corazón, momento en el que soltó un alarido y la sangre fluyó de su cuerpo». ¿No es muy notable, además de instructivo?

—Es posible —respondió Sylvester— considerar todo lo del maestro Ranft como novelesco, o más bien extravagante, ya que, en cuanto al asunto en sí, y sin atender al informe, el vampirismo parece una de las ideas más espantosamente atroces. Sí, el espanto de tal idea degenera en horror, en lo atrozmente abominable.

—Y sin tener eso en cuenta — interrumpió Cyprian a su amigo —, de esa idea surge un material que, tratado por un autor de rica fantasía al que no falte pulso poético, despertará ese profundo horror lleno de misterio que habita en nuestro pecho y que, tocado por las descargas eléctricas de un oscuro mundo espiritual, estremece el ánimo sin perturbarlo. Precisamente el correcto pulso poético del escritor evitará que lo que produce espanto degenere en lo adverso, lo aborrecible. Pero el que con frecuencia todo ello sea suficientemente extravagante llega a malograr cualquier efecto sobre nuestro ánimo. ¿Por qué no será posible que el poeta mueva la palanca del temor, del espanto, del horror? ¿Quizá porque, aquí o allá, un ánimo débil no puede soportarlo? No hay que servir alimentos especiados, ya que a la mesa se sientan naturalezas débiles o que poseen un estómago estragado.

—No es necesaria tu apología del horror — dijo Theodor, tomando la palabra —, mi querido y fantástico Cyprianus. Todos conocemos de qué maravilloso modo los más grandes poetas han sabido mover con esa palanca el interior más profundo del alma humana. ¡Sólo hay que pensar en Shakespeare! ¡Y quién ha logrado hacerlo mejor que nuestro magnífico Tieck en algunos de sus relatos! Quiero mencionar tan sólo *El hechizo de amor*. La idea de este cuento ha de despertar en todos los corazones una gélida angustia mortal, y su final el más profundo horror. Y, sin embargo, los colores están mezclados con tanta fortuna que, a pesar del espanto, nos sobrecoge el misterioso embrujo de lo trágico, al que nos entregamos de buena gana. Qué cierto es lo que Tieck pone en boca de su Manfred para rebatir lo que las mujeres dicen del terror en la poesía. Es justo el horror del mundo cotidiano lo que atormenta y desgarra el corazón con suplicios incurables. Es justo la crueldad de los hombres lo que genera la miseria que los grandes y pequeños tiranos, despiadadamente, crean

con la más diabólica mofa del averno, y lo que genera las verdaderas historias de fantasmas. Y qué bien lo dice el poeta: «Pero en tales ficciones fabulosas esa miseria del mundo sólo puede representarse graduada por alegres colores. En tal caso, diría que incluso una mirada débil podría soportarlo».

—Con frecuencia —dijo Lothar— rememoramos al genial y profundo poeta al que la posteridad reconoce en toda su excelencia, mientras que otros, que arden prestamente en fuegos fatuos y, por un momento, pueden cegar la visión con falsos brillos, se extinguen con la misma rapidez. Por lo demás, considero que la fantasía puede despertarse con medios muy simples, y que el espanto nace más en el pensamiento que en la propia aparición. Para mí, la *Mendiga de Locarno*, de Kleist, contiene en sí todo el horror que se pueda dar y, sin embargo, ¡qué simple es la idea! Una pordiosera a la que se le manda tras la estufa con rudeza, como a un perro, y que, tras haber fallecido, se arrastra a tientas tras la estufa y se tiende en la paja, sin que nadie vea nada. Y, sin embargo, es el fantástico tono general lo que produce ese efecto tan intenso. Kleist no sólo supo mojar su pincel en cada uno de los tarros de pigmentos, sino también crear, como ninguno, un cuadro vivo, aplicando los colores con la fuerza y genialidad del maestro más perfecto. No necesitaba hacer surgir de la tumba a un vampiro, le bastaba con una pordiosera.

—Hablando de vampirismo —dijo Cyprian, tomando la palabra — me viene a la mente una historia terrible que hace tiempo escuché, o quizá leí. Probablemente fue lo primero, ya que, según recuerdo, el narrador añadió que la historia era verdadera y citó el nombre de la familia condal y la casa solariega en la que había ocurrido. Si la historia ya ha sido publicada y os es conocida interrumpidme, ya que no hay nada más tedioso que oír contar algo sobradamente conocido.

—Creo notar —dijo Ottmar— que tienes de nuevo la intención de ofrecer en este nuestro mercado algo increíble y terrorífico. Piensa al menos en san Serapión y sé tan breve como puedas, para dejar que nuestro Vinzenz tome la palabra, ya que, por lo que puedo observar, espera con impaciencia para relatarnos ese cuento hace tiempo prometido.

—¡Calma, calma! —exclamó Vinzenz —. Nada mejor puedo desear que el que Cyprian extienda un negro telón de fondo contra el que se recorte la representación de mis abigarradas y, según creo, suficientemente saltarinas figuras, que tendrá así un aspecto magnífico. Por tanto, comienza, mi querido Cyprianus, y sé sombrío, horripilante, incluso aterrador, a pesar del vampírico lord Byron, al que no he leído.

—El conde Hyppolit —comenzó Cyprian — había regresado de sus largos viajes para tomar posesión de la rica herencia de su padre, muerto no hacía mucho. El palacio solariego se hallaba en una amena y hermosa comarca y con las rentas de la propiedad se podían costear las obras para su embellecimiento. Todo lo que, a lo largo de sus viajes, y en especial en Inglaterra, le había parecido al conde más

atractivo, elegante y suntuoso había de levantarse de nuevo ante sus ojos. A su llamada se reunieron tantos artesanos y artistas como necesitaba, y de inmediato comenzó la rehabilitación del palacio y el trazado de unos amplios jardines del más elegante estilo, que incluían, como parte de un bosquete, tanto la iglesia como el cementerio y la casa del párroco. El conde dirigía todos los trabajos, ya que poseía los conocimientos necesarios; durante un año se dedicó a ello en cuerpo y alma, sin que se le ocurriera siquiera, como le había aconsejado su anciano tío, presentarse en la corte y conocer allí a las jóvenes doncellas, para poder así elegir a la más bella, la mejor, la más noble.

»Cierta mañana en que se hallaba sentado ante su mesa de dibujo para realizar la traza de un nuevo edificio, una anciana baronesa, lejana pariente de su padre, se hizo anunciar. Hyppolit, al oír el nombre de la baronesa, recordó inmediatamente que su padre hablaba de ella con la más profunda indignación, con aversión incluso, y que en ocasiones advertía a quienes pretendían acercarse a ella de la necesidad de mantenerse alejados, sin explicar nunca en dónde radicaba el peligro. Si se le preguntaba al conde por algún detalle, acostumbraba a responder que había ciertas cosas de las que era mejor callar que hablar. Todo lo que se sabía era que en la corte corrían turbios rumores sobre un singular e insólito proceso criminal en el que la baronesa se había encontrado implicada y que la había obligado a separarse de su esposo y a abandonar su lejano lugar de residencia y cuyo sobreseimiento debía sólo al favor del conde. Hyppolit sintió cierta desazón al acercarse una persona que su padre repudiaba, aunque las razones de tal aversión fueran desconocidas. Las leyes de la hospitalidad, que eran primordiales en el campo, le exigían, sin embargo, admitir la desagradable visita. Nunca persona alguna, sin ser odiosa en lo más mínimo, le había producido al conde una impresión tan adversa, en lo que a su aspecto exterior se refería, como la baronesa. Al entrar atravesó al conde con una mirada ardiente, luego bajó los ojos y se disculpó por la visita con actitud casi sumisa. Se lamentó de que el padre del conde, dominado por los prejuicios más extraños, a los que algunos malintencionados le habían inducido, la odiara hasta la muerte, y de que ella, aunque casi se hallara en la más profunda indigencia y hubiera de avergonzarse de su estado, nunca disfrutara de ayuda alguna. Finalmente, al tomar posesión, inopinadamente, de una pequeña suma de dinero pudo abandonar la corte y trasladarse a una lejana ciudad de provincias. Durante ese viaje no había podido resistir el impulso de ver al hijo de un hombre al que respetaba en alto grado, a pesar de su odio injusto e implacable.

»La baronesa se expresaba con el conmovedor tono de la verdad, y el conde se sintió emocionado, tanto más cuanto, apartando la mirada del semblante hostil de la anciana, tuvo ante sí la visión de la agradable, amable y encantadora criatura que la acompañaba. La baronesa calló; el conde pareció no darse cuenta y permaneció en silencio. Entonces la baronesa, achacándolo a la turbación que le producía encontrarse en ese lugar, pidió disculpas por no haber presentado a su hija Aurelia.

Sólo entonces pudo el conde articular palabra, solicitando, cubierto de rubor ante la turbación de la encantadora joven, que le hiciera el favor de concederle el poder reparar en algo aquello de lo que a su padre sólo por un malentendido podía culparse admitiéndolas, por de pronto, en palacio. Expresando sus mejores deseos tomó la mano de la baronesa, pero perdió el habla, el aliento; un frío horror le estremeció en lo más hondo. Sintió su mano aferrada por dedos rígidos como la muerte, y la descarnada figura de la baronesa, que le miraba con ojos sin fuerza, le pareció, en sus odiosamente abigarrados ropajes, un acicalado cadáver.

»—¡Oh, Dios mío, qué infortunio en estos momentos! — gritó Aurelia, quejándose con voz conmovedora de que su madre se viera dominada de pronto por un ataque de crispación, aunque tal situación solía remitir en poco tiempo sin necesidad de utilizar remedio alguno. El conde se separó con esfuerzo de la baronesa y, al tomar la mano de Aurelia, que besó con ardor, volvieron a él las dulces delicias del amor y el ardiente fuego de la vida. Cerca ya de su madurez como hombre, el conde experimentó por primera vez todo el poder de la pasión y no pudo ocultar sus sentimientos; el modo en que Aurelia lo aceptó, con tan infantil gentileza, encendió en él las más bellas esperanzas. Pocos minutos después la baronesa salió de su desmayo e, ignorante de lo que había sucedido, aseguró al conde cuánto le honraba el ofrecimiento de permanecer un tiempo en el palacio y hasta qué punto olvidaba cualquier injusticia que su padre hubiera cometido con ella. Así, repentinamente, la situación en casa del conde se modificó por completo, lo que le hizo pensar que un especial favor del destino le había enviado a la única persona en el mundo entero que podía concederle, como esposa venerada e idolatrada, toda la ventura de la existencia en esta tierra. El comportamiento de la baronesa seguía siendo el mismo; permanecía callada, seria, ensimismada, y mostraba, cuando la ocasión lo requería, un ánimo sosegado y un corazón abierto a cualquier alegría inocente. El conde se habituó a aquel rostro pálido y espantable, a la figura espectral de la anciana, atribuyendo todo ello a su salud enfermiza, así como a su tendencia a una exaltación sombría, ya que, como le dijeron sus criados, con frecuencia paseaba de noche por el parque hasta el cementerio. Se avergonzaba de que los prejuicios de su padre pudieran haberla afectado tanto, y las insistentes advertencias de su viejo tío para que venciera el sentimiento que le había arrebatado y abandonara un comportamiento que, pronto o tarde, había de abocarle inevitablemente a la perdición perdieron su influencia. Convencido hasta lo más hondo del amor de Aurelia, pidió su mano, y puede imaginarse con qué regocijo recibió este deseo la baronesa, quien se veía así arrebatada de la más absoluta indigencia e instalada en el regazo de la fortuna. Aquella palidez y aquellos rasgos singulares que denotaban la más honda aflicción habían desaparecido del rostro de Aurelia, y la felicidad del amor brillaba en sus ojos y coloreaba sus mejillas. La mañana del día de la boda un acontecimiento estremecedor frustró los deseos del conde. Hallaron a la baronesa inerte en el parque, no lejos del cementerio, tendida boca abajo en la tierra; la transportaron al palacio

justo cuando el conde acababa de levantarse y salía a la ventana gozando su inminente felicidad. Pensó que la baronesa había sufrido uno de sus habituales achaques, pero todos los intentos por devolverla a la vida fueron vanos; estaba muerta. Aurelia no se dejó arrastrar en demasía por tan inmenso dolor, sino que más bien parecía herida en lo más íntimo de su ser, permaneciendo en silencio y sin derramar lágrimas. El conde temía por su amada, y sólo con sumo cuidado y calma se atrevió a recordarle su conducta de niña desamparada, lo cual exigía que abandonara lo correcto para hacer lo más conveniente, es decir, adelantar en lo posible el día de la boda, diferido por la muerte de su madre. Entonces Aurelia cayó en brazos del conde y exclamó, mientras un río de lágrimas caía de sus ojos, con una voz penetrante y que desgarraba el corazón:

»—¡Sí, sí, por todos los santos, por mi salvación, sí!

»El conde atribuyó este arrebato al amargo pensamiento de que se encontraba perdida, sin hogar y sin saber adónde ir, y el decoro prohibía su permanencia en el palacio. El conde se ocupó de que una anciana y honorable matrona fuera su dama de compañía hasta que, pocas semanas después, llegó de nuevo el día de la boda, que esta vez no trajo consigo suceso desgraciado alguno, sino que coronó la felicidad de Hyppolit y Aurelia. Ésta, hasta entonces, se había hallado permanentemente en un estado de tensión. No era el dolor por la pérdida de su madre, no; parecía perseguirla un dolor interior, inefable, letal. En medio de las más dulces conversaciones amorosas empalidecía mortalmente, como sobrecogida por un repentino terror y caía en brazos del conde mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas, como si quisiera encontrar algo a lo que sujetarse para que un invisible y adverso poder no la arrastrara a la perdición, y exclamaba:

»—¡No, nunca, nunca!

»Sólo ahora, casada ya con el conde, parecían haber desaparecido esa tensión y esa terrible angustia interior. Como era de esperar, el conde suponía la existencia de algún penoso secreto que perturbaba a Aurelia en lo más íntimo, pero, con razón, consideraba descortés indagar en él mientras esa tensión siguiera presente y Aurelia callara al respecto. Sólo ahora se atrevió a preguntar con gran cautela cuál podría ser la causa de su singular estado de ánimo. Aurelia afirmó entonces que sería para ella un alivio abrir por completo su corazón a su amado esposo. El conde se sorprendió no poco al saber que sólo la impía conducta de su madre había traído ese perturbador pesar a Aurelia.

»—¿Hay algo más espantoso — exclamó Aurelia — que tener que odiar, que aborrecer a la propia madre?

»Por consiguiente, ni su padre ni su tío se habían visto dominados por falsos prejuicios, y la baronesa había engañado al conde con premeditada hipocresía. El conde consideraba un golpe de fortuna el que la baronesa falleciera el día de su boda, y no lo ocultaba. Pero Aurelia explicó que, justo al morir su madre, se vio dominada por sombrías, por horribles premoniciones, sin poder evitar la terrible angustia de

pensar que la fallecida se levantaría de la tumba y la apartaría de los brazos del amado para arrojarla al abismo. Según contó, Aurelia recordaba muy vagamente una mañana, en su más tierna infancia, en que nada más despertar se produjo un terrible tumulto en la casa. Las puertas se abrían y cerraban con violencia y voces extrañas gritaban entremezcladas. Finalmente, cuando se hizo un poco la calma, la niñera de Aurelia la tomó del brazo y la condujo a una amplia estancia en la que se hallaban reunidas muchas personas. A lo largo de una mesa, en el centro, yacía el hombre que con frecuencia jugaba con Aurelia, que le daba dulces y golosinas y al que llamaba papá. Tendió las manos hacia él y quiso besarlo. Los labios, antes tibios, estaban fríos como el hielo y Aurelia, sin saber ella misma por qué, rompió a llorar. La niñera la llevó a una casa desconocida donde estuvo largo rato, hasta que apareció una mujer y se la llevó en un carruaje. Se trataba de su madre, que poco después se trasladó con Aurelia a la corte.

»Aurelia tendría unos dieciséis años cuando un hombre se presentó ante la baronesa, quien lo recibió con alegría y familiaridad, como a un viejo y querido amigo. Comenzó a acudir cada vez con mayor frecuencia y, muy pronto, la situación de la baronesa cambió de un modo notable. En vez de vivir en una pequeña buhardilla, como hasta entonces, y vestirse con pobres ropas y alimentarse malamente, se trasladó a un bello barrio en la más hermosa zona de la ciudad; usaba costosos trajes, comía y bebía magníficamente con su amigo, de quien era huésped diariamente, y participaba en todas las fiestas que se ofrecían en la corte. Pero esta mejora de la situación de su madre, evidentemente debida a aquel extraño, no tuvo efecto alguno en Aurelia. Permanecía encerrada en su habitación cuando la baronesa corría a disfrutar de todos los placeres junto con el extraño, y vivía tan pobremente como antes. El extraño, a pesar de que estaba cerca de cumplir los cuarenta años, tenía un aspecto fresco y juvenil, era de alta estatura y su rostro, por así decir, tenía una belleza varonil. Sin embargo, a Aurelia le resultaba desagradable porque su conducta, aunque hacía esfuerzos por mantener una actitud elegante, era retorcida, vulgar, grosera. La mirada con que observaba a Aurelia la llenaba de un inquietante horror, de un espanto cuya causa no sabía explicar. Hasta entonces, la baronesa no se había molestado en hablar a Aurelia de aquel extraño. Ahora mencionó su nombre, añadiendo que el barón era inmensamente rico, además de un pariente lejano. Alabó su figura, sus rasgos y terminó preguntando a Aurelia si a ella le agradaba. Aurelia no ocultó el horror que el extraño le producía. La baronesa, entonces, le dirigió una mirada que le produjo un profundo espanto y la reprendió por actuar como una tonta y una ingenua. Poco después la baronesa comenzó a tratar a Aurelia más amablemente que nunca. Tuvo hermosos vestidos y ricos adornos a la moda, y la dejaron participar en las fiestas. Aunque quería agradar a Aurelia, el extraño se comportaba de un modo que le hacía aparecer ante ella cada vez más antipático. Y su joven delicadeza se vio afectada cuando, por un malhadado azar, fue testigo secreto de una indignante atrocidad por parte del extraño y de la corrompida baronesa. Unos

días después, el extraño, medio beodo, la rodeó con los brazos de una manera que no dejaba duda sobre sus infames intenciones; su desesperación le dio las fuerzas de un hombre y consiguió apartarlo, tirándolo de espaldas al suelo. Salió huyendo y se encerró en su habitación. La baronesa aclaró a Aurelia, con absoluta frialdad y determinación, que, como el extraño mantenía la casa y no quería volver a sus antiguas penurias, no había lugar para esos necios remilgos. Aurelia debía plegarse a los deseos del extraño, ya que amenazaba, en caso contrario, con abandonarla. En lugar de atender las tristes súplicas de Aurelia, sus amargas lágrimas, la anciana comenzó a burlarse con desvergüenza de unas relaciones que le abrirían las puertas de los placeres de la vida, hablando de un modo cuya lujuria se mofaba de cualquier sentimiento decente, hasta el punto de espantar a Aurelia. Se sintió perdida y el único remedio parecía ser el emprender una huida sigilosa. Aurelia pudo hacerse con la llave de la casa, empaquetó unas pocas pertenencias para cubrir las necesidades más perentorias y se deslizó, pasada la medianoche, cuando suponía que su madre ya dormía, por el pobremente iluminado vestíbulo. Iba ya a salir en silencio, en completo silencio, cuando rechinó la puerta de la casa al abrirse y se oyeron unos pasos que subían los escalones. La baronesa apareció en el vestíbulo, dirigiéndose hacia Aurelia, vestida con una sucia blusa, el pecho y los brazos desnudos, la encanecida melena suelta y salvajemente agitada. La seguía muy de cerca el extraño, quien, mientras gritaba “espera, maldito diablo, bruja del infierno, te haré tragar tu banquete de bodas”, la arrastró de los pelos hasta el centro de la estancia y comenzó a golpearla del modo más espantoso con el grueso bastón que llevaba consigo. La baronesa soltó un horrible grito de angustia; Aurelia, al borde del desmayo, llamó por la abierta ventana pidiendo ayuda. Dio la casualidad de que pasaba por allí una patrulla armada de la policía, que entró inmediatamente en la casa.

»—¡Deténganle! —exclamó la baronesa, retorciéndose de dolor y dirigiéndose a los soldados —, ¡deténganle, aprésenlo! Miren simplemente sus espaldas… es…

»En cuanto la baronesa pronunció el nombre, el sargento que dirigía la patrulla gritó con júbilo:

»—¡Ja, ja! ¡Por fin te tenemos, Urian!

»De inmediato detuvieron al extraño y lo arrastraron fuera, aunque se resistía. A pesar de todo lo que había sucedido, la baronesa no dejó de percatarse de las intenciones de Aurelia. Por lo pronto, se contentó con tomar a Aurelia del brazo, llevarla a su habitación y luego cerrar ésta con llave sin decir una sola palabra. A la mañana siguiente la baronesa había salido y no volvió hasta muy tarde, mientras Aurelia, encerrada en su habitación como en una celda, no vio ni habló con nadie, de forma que tuvo que pasar el día sin comer ni beber. Así transcurrieron varios días. Con frecuencia la baronesa la miraba con ojos encendidos de ira, y parecía no saber si tomar alguna determinación, hasta que cierta noche recibió una carta cuyo contenido le causó una gran alegría.

»—Extravagante criatura, eres la culpable de todo, pero está bien, incluso yo misma deseo que no te alcance la terrible maldición que el malvado espíritu te ha echado — dijo la baronesa a Aurelia.

»De nuevo fue amable con ella, y Aurelia, que no pensaba más en la huida, ya que aquel hombre repugnante se había apartado de ella, tuvo algo más de libertad.

»Pasado algún tiempo, una mañana en que Aurelia se encontraba sola en su cuarto, se oyó un gran estruendo en la calle. La camarera entró de un brinco y le comunicó que trasladaban al hijo del verdugo, que había sido marcado a hierro por robo con homicidio y llevado al presidio, aunque durante el transporte había escapado de sus guardianes. Aurelia, casi sin fuerzas y sobrecogida por un aprensivo presentimiento, se dirigió hasta la ventana. No se había confundido. El extraño, rodeado por gran cantidad de guardias y fuertemente aherrojado, era conducido en una carreta. Le llevaban de nuevo preso para que expiara su pena. Cuando, casi sin sentido, Aurelia se dejaba caer en el sillón, la terrible y salvaje mirada de aquel tipo se cruzó con la suya, al tiempo que alzaba amenazante el puño cerrado hacia la ventana.

»De nuevo la baronesa salía con frecuencia de casa, aunque dejaba a Aurelia en ella; ésta, pensando en su destino, en aquello que, inopinadamente, podría amenazarla, llevaba una vida triste y apagada. Por la camarera, que entró en la casa después de aquel suceso nocturno y a quien habían revelado la íntima relación que ese canalla había mantenido con la baronesa, supo que en la corte se lamentaba mucho que hubiera sido engañada hasta ese punto por aquel infame criminal. Bien conocía Aurelia que el asunto había sido muy distinto, y parecía imposible que al menos los agentes de policía que detuvieron entonces a ese sujeto en casa de la baronesa no se convencieran de la íntima relación entre ésta y el hijo del verdugo al dar ella su nombre y mostrar la marca al hierro en la espalda, signo cierto del criminal. Por eso la camarera, de vez en cuando, se manifestaba de un modo ambiguo sobre lo que se decía aquí o allá, sobre lo que el tribunal había investigado y por qué había amenazado a la estimada señora baronesa con arrestarla, ya que el maldito hijo del verdugo había confesado hechos muy singulares.

»De nuevo, al permanecer un tiempo en la corte tras ese terrible suceso, la pobre Aurelia tuvo que reconocer el depravado carácter de su madre. Finalmente, ésta se vio obligada a abandonar el lugar en que se veía perseguida por una sospecha ignominiosa, aunque bien fundada, y huir a una región apartada. Durante ese viaje llegó al palacio del conde y ocurrió lo que ya se ha relatado. Aurelia, libre de toda amarga preocupación, se sintió muy feliz. Pero ¡qué espanto cuando, al hablarle a su madre del feliz augurio del cielo, ésta, llameando la mirada, chilló!:

»—¡Tú eres mi desgracia, funesta criatura! Pero cuando estés en esa plena felicidad con la que sueñas te alcanzará mi venganza si muero repentinamente. En el crispamiento que me costó tu parto, la astucia de Satán… — Aurelia no pudo seguir, se echó en brazos del conde y le rogó que no le hiciera repetir todo lo que la

baronesa, llevada por la locura, había dicho. Se sentía destrozada interiormente al pensar en la terrible amenaza de su madre, poseída por malvados poderes. El conde hizo lo posible por consolar a su esposa, a pesar de que él mismo se sentía invadido por un escalofrío mortal. Tuvo que reconocer, ya más calmado, que la inmensa atrocidad de la baronesa, aunque hubiera ya fallecido, proyectaba una negra sombra sobre su vida, que había imaginado soleada y brillante.

»Poco tiempo después Aurelia comenzó a cambiar a ojos vistas. Mientras que la palidez del rostro y el brillo apagado de sus ojos parecían indicar alguna enfermedad, el humor inconstante, confuso, incluso esquivo de Aurelia hacía pensar que algún nuevo secreto la perturbaba. Huía incluso de su esposo, se encerraba en su alcoba, buscaba inmediatamente el lugar más apartado del parque y, cuando se dejaba ver, los ojos llorosos, los desfigurados rasgos de su rostro mostraban que sufría algún terrible tormento. El conde intentó en vano averiguar la causa del estado de su esposa y sólo pudo salvarle del completo desconsuelo en que había caído la conjetura de un afamado médico, según la cual en la gran excitabilidad de la condesa, en los amenazadores aspectos de aquella nueva situación sólo podía haber una alegre esperanza para la feliz pareja. El mismo médico, en una ocasión en que se encontraba a la mesa con el conde y su esposa, se permitió todo tipo de alusiones a ese supuesto estado de buena esperanza. La condesa, indiferente, parecía no escuchar, pero, de pronto, cuando el médico comenzó a hablar de los extraños antojos que sentían las mujeres en tal estado, y a decir que no debían además resistirse a ellos sin quebranto de su salud, incluso sin provocar graves daños al niño, prestó toda su atención. La condesa abrumó al médico con preguntas, y éste no tuvo reparo alguno en relatar los casos más cómicos y jocosos que había conocido:

»—Naturalmente —dijo—, existen también casos de antojos del todo anormales, por los que algunas mujeres llegaron a cometer el acto más horrible. Así, la mujer de un herrero tenía un tan irresistible antojo por la carne de su marido que no descanso hasta que, cierta vez en que llegó bebido a casa, le atacó inesperadamente con un gran cuchillo y se lo clavó con tanta saña que a las pocas horas entregaba su alma.

»Apenas acabó de decir el médico estas palabras la condesa cayó desmayada en el sofá. Sólo con dificultad pudo ser rescatada de los sucesivos ataques nerviosos que sufrió. El médico pudo ver que había sido muy imprudente mencionar aquel terrible suceso en presencia de la condesa, mujer con gran debilidad nerviosa.

»La crisis pareció ejercer un efecto bienhechor en el estado de la condesa, que pareció tranquilizarse, aunque muy pronto una actitud singularmente rígida, un melancólico fuego en los ojos y un color cada vez más pálido empujó al conde a una nueva y atormentadora duda sobre la situación de su esposa. Lo más inexplicable del estado de la condesa radicaba, sin embargo, en que no tomaba alimento alguno, sino que sufría la más insuperable aversión a todo, en especial a la carne, hasta el punto de que, mostrando toda su repugnancia, tenía que levantarse de la mesa. Los consejos del médico fracasaron; ni siquiera los ruegos más encarecidos, más cariñosos del

conde; nada en el mundo podía conseguir que la condesa tomara alguna medicina. Como pasaban semanas y meses sin que la condesa tomara el más mínimo bocado, como había un insondable misterio en cómo era capaz de sustentarse, el médico consideraba que había algo que escapaba al campo de la ciencia humana. Abandonó el palacio aduciendo algún pretexto, pero el conde pudo notar que el médico vislumbraba algo demasiado enigmático, demasiado inquietante incluso, en el estado de la condesa como para aguardar más tiempo y ser testigo de una inescrutable enfermedad sin poder ofrecer su ayuda. Puede imaginarse en qué disposición de ánimo dejó aquello al conde; pero no acabó todo aquí.

»Por esa misma época, un fiel sirviente aprovechó una ocasión en que encontró al conde a solas para descubrirle que la condesa abandonaba todas las noches el palacio y no regresaba hasta el alba. El conde se quedó helado. Sólo entonces pensó que, desde hacía un tiempo, a medianoche le vencía siempre un sueño en absoluto natural, que ahora atribuía a algún narcótico que la condesa le proporcionaba. Así podía abandonar sin ser notada el dormitorio que, contra las conveniencias, compartía con su esposo. Los más negros presentimientos acudieron a su mente. Pensó en la diabólica madre, cuyo espíritu renacía quizá en la hija, en alguna relación adúltera y abominable, incluso en el perverso hijo del verdugo.

»La noche siguiente iba a aclarar el misterio del motivo del inexplicable estado de su esposa. La condesa solía, cada tarde, preparar ella misma el té que tomaba su esposo y luego se retiraba. Ese día el conde no bebió una sola gota y cuando, como tenía por costumbre, leía ya en la cama, no sintió en modo alguno, hacia medianoche, el sueño que otras veces le dominaba. No obstante, se dejó caer en los almohadones, aparentando dormir profundamente. Con gran cautela, la condesa abandonó su lecho, se acercó a la cama del conde, le iluminó el rostro y se deslizó fuera de la alcoba. Con el corazón tembloroso, el conde se levantó, se echó un manto sobre los hombros y la siguió. Era una noche de luna clara, de forma que, aunque le llevaba una considerable ventaja, el conde podía percibir con claridad a Aurelia, cuya figura estaba vestida además con un camisón blanco. La condesa tomó el camino que, atravesando el parque, llevaba al cementerio, pero desapareció a través del muro. El conde corrió tras ella, cruzando el portón del muro de la iglesia, que encontró abierto. Al claro de luna pudo observar entonces un círculo de espantosas figuras fantasmales. Viejas mujeres semidesnudas y con los cabellos al viento se acuclillaban en el suelo, y en el centro del círculo yacía el cadáver de una persona, del que se alimentaban con voracidad de lobas. ¡Aurelia estaba entre ellas!

»El conde huyó de allí lleno de horror, con el sentido perdido, acosado por un terror mortal y por todos los espantos del infierno; corrió a través de los senderos del parque hasta que, bañado en sudor, se encontró de nuevo, ya de día, ante las puertas del palacio. Instintivamente, sin una idea precisa, saltó escaleras arriba, atravesando las habitaciones hasta alcanzar el dormitorio. Allí estaba la condesa, entregada a un dulce y suave sueño. El conde, consciente de su paseo nocturno, del que era prueba el

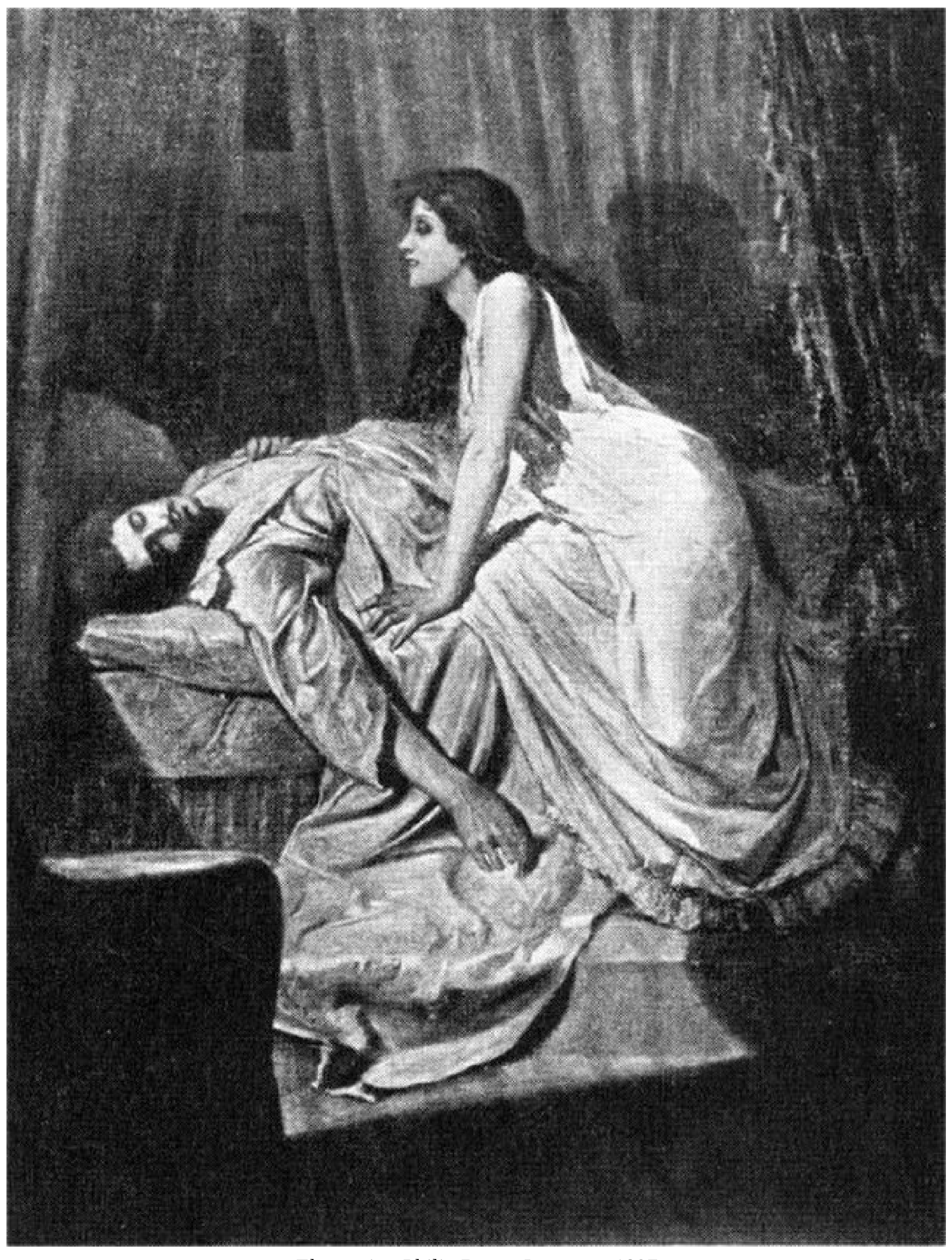
manto, húmedo por el rocío, trató de convencerse de que sólo una horrible pesadilla, o quizá más bien una perturbadora ilusión de los sentidos le había producido aquella mortal angustia. Sin esperar a que la condesa despertara abandonó la alcoba, se vistió y montó a caballo. El paseo en la hermosa mañana a través de los fragantes arbustos, desde los que le saludaba el canto de los pájaros recién despertados, apartó las terribles imágenes de aquella noche. Consolado y animado, volvió a palacio. Pero cuando el conde y la condesa se sentaron solos a la mesa, y ésta, al traer la carne recién cocinada, quiso abandonar la estancia dando muestras de la más profunda aversión, se presentó de nuevo ante el conde, en toda su crudeza, la verdad sobre aquello que había ocurrido durante la noche. Lleno de ira se levantó de un salto y gritó con voz terrible:

»—¡Maldito engendro del infierno, ya sé por qué aborreces el alimento de los hombres, te cebas arrancando tu comida de las tumbas, mujer diabólica!

»Pero en cuanto el conde soltó estas palabras, la condesa se lanzó, gimiendo con fuerza, contra él, mordiéndole con la furia de la hidra en el pecho. El conde arrojó al suelo a la furiosa mujer, quien entregó su espíritu entre horribles convulsiones. El conde perdió la razón.

—¡Ay! —dijo Lothar, tras unos momentos de silencio de los amigos —, ¡ay!, mi excelente Cyprianus, has dicho palabras magníficas. Frente a tu historia, el vampirismo es un juego de niños, una hilarante broma de carnaval. No, todo es tan terriblemente interesante y condimentado con tanta *asafétida*, que un paladar sobreexcitado que ya no aprecie un alimento natural disfrutará muy mucho con ello.

—Y sin embargo —dijo Theodor, tomando la palabra —, nuestro amigo ha velado ciertas cosas y ha pasado a hurtadillas por encima de otras, despertando un fugaz, temeroso y sombrío anhelo que debemos agradecer. Recuerdo ciertamente haber leído la terrible y fantasmal historia en un viejo libro. Pero todos los detalles estaban narrados con cierta prolijidad y los horrores de los antiguos eran discutidos *con amore*, de forma que el conjunto dejaba una impresión muy desagradable que no pude olvidar durante mucho tiempo. Me alegraba haberlo olvidado todo y Cyprian no debería habérmelo recordado, aunque he de reconocer que ha pensado en nuestro patrón, san Serapión, y ha despertado en nosotros un intenso horror, al menos en el final. Todos hemos palidecido un poco, en especial el propio narrador.



El vampiro, Philip Burne-Jones, *ca.* 1897

Edgar Allan Poe
Berenice
(1833)

En la historia de la literatura abundan las vidas desdichadas, pero ninguna tan marcada por una maldición tan terca y tenebrosa como la de Edgar Allan Poe. Su biografía (1809-1849) es muy conocida por los tristes tópicos de la miseria, la soledad, el alcoholismo y la locura. Sin embargo, fue la muerte el elemento más implacable de su existencia, y el que más profundamente moldeó su compleja personalidad.

Hijo de actores de ascendencia inglesa y norteamericana, su padre desapareció al poco de nacer; antes de cumplir tres años, muere su madre en una precaria habitación de Richmond. Este hecho dejará una huella indeleble en su carácter. En un extenso y clásico estudio sobre el escritor, Marie Bonaparte ha querido demostrar que la imagen dominante en la poética de Poe es la de la madre agonizante, pues todas las mujeres que ama le son arrebatadas de un zarpazo por la muerte, lo que fue acrecentando ese primer dolor hasta hacerlo incurable. Así, su segunda figura materna, Frances, la mujer que lo había adoptado y educado con cariño, también morirá sin poder despedirse de su «hijo», pues entonces soportaba en West Point el tedio militar. Y lo mismo sucederá con el primero de sus amores imposibles, la hermosa y delicada Helen, su primera musa, catorce años mayor que él, que también fallecerá al cabo de unos meses de conocerla. Pero este destino llega a su consumación años más tarde, cuando Poe se casa, casi secretamente, con su prima Virginia Clemm, una niña de trece años, con quien se supone que mantuvo un matrimonio blanco. Tras siete años de grata convivencia, una tarde, mientras toman alegremente el té y Virginia canta acompañada del arpa, su voz se corta repentinamente y su boca se llena de sangre. En poco tiempo la tuberculosis siega su vida. Poe la ve morir, y después se siente perdido.

Su madre, Frances, Helen, Virginia, todas las mujeres que simbolizan para él lo humano, pertenecen en su imaginación al reino de la muerte, como Ligeia, Eleonora, Morella o Berenice… Así, la irradiante figura de la muerte siempre se encuentra en el centro de todas sus fantasías poéticas, a la vez que va dejando en su alma un poso oscuro de melancolía.

Charles Baudelaire escribió que nunca hay amor en los relatos de Poe: «no hay en toda su obra un pasaje referido a la lubricidad o tan sólo a los goces sensuales. Sus retratos femeninos están, por así decirlo, aureolados; brillan dentro de un vapor

sobrenatural y están pintados a la manera enfática de un adorador». Poe sublima el amor carnal. D. H. Lawrence va aún más lejos al afirmar que el amor en él es una fuerza destructiva, una «eléctrica atracción más que una comunión», una fuerza anímica que puede llegar a ser «devoradora y sutilmente asesina», como la lascivia vampírica de Ligeia.

Poe escribió *Berenice* durante una época en que consumía habitualmente láudano. Aunque su argumento no alude directamente al tema del vampirismo, lo sugiere; muchos de los temas macabros que flotan en el cuento — el enterramiento prematuro o la vaga sospecha de incesto y necrofilia — son cercanos al tema que nos ocupa, pero la enfermiza obsesión del protagonista con el «espectro blanco y horrible de los dientes» de su amada muerta enlaza claramente con la posesión vampírica; una posesión que Egæus cree haber conjurado en el último momento.

Edgar Poe aborda el tema de la atracción fatal en *Ligeia*, su relato preferido. El cuento de Tieck publicado en esta antología parece haber inspirado el argumento de *Ligeia*, y no es ninguna suposición proponer que lo conociese. También podemos encontrar ecos de Hoffmann en su obra, al que sí sabemos que había leído; aunque todo esto, realmente, no quiera decir nada. Cuando algunos de sus contemporáneos lo encasillaron como adepto de los románticos alemanes, Poe contestó sin vacilar: «El horror no viene de Alemania, proviene del alma».

Berenice
Traducción de Francisco Torres Oliver

Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicæ visitarem, curas meas aliquantulum fore levaras.

EBN ZAIAT

La desgracia es plural. La desventura en este mundo es multiforme. Abarcando el ancho horizonte como el arco iris, sus matices son tan variados como los matices de ese arco… e igual de distintos, aunque se hallan íntimamente combinados. ¡Abarcando el ancho horizonte como el arco iris! ¿Cómo es que saco de la belleza una suerte de fealdad?, ¿del símbolo de la paz un símil del dolor? Pero así como en la ética el mal es consecuencia del bien, del mismo modo en la realidad el sufrimiento nace del gozo. Y, o bien el recuerdo de la dicha pasada es hoy dolor, o bien las angustias que son tienen su origen en los éxtasis que podían haber sido.

Mi nombre de pila es Egæus, mi apellido no lo mencionaré. Sin embargo, no hay en el país torres más venerables que las de mi lúgubre y gris morada solariega. Nuestra familia ha sido considerada una raza de visionarios; y en muchos detalles notables — en el carácter de la mansión familiar, en los frescos de la gran sala, en los tapices de los dormitorios, en las tallas de los contrafuertes de la armería y más especialmente en la galería de retratos antiguos, en el estilo de la biblioteca y, por último, en la singularísima naturaleza del contenido de la biblioteca —, hay más que suficiente para justificar tal creencia.

Los recuerdos de mis primeros años están asociados a esa cámara y a sus volúmenes, de los que no voy a decir más. Aquí murió mi madre. En ella nací yo… y sería ocioso decir que no viví antes porque el alma carece de existencia anterior. ¿No estáis de acuerdo? Pues no discutamos la cuestión. Yo tengo mi propio convencimiento y no pretendo convencer. Hay, sin embargo, un recuerdo de formas etéreas, de ojos espirituales y expresivos, de sonidos musicales aunque tristes… un recuerdo que no quiere ser expulsado; un recuerdo que es como una sombra vaga, variable, imprecisa, inestable; y como de una sombra, me es imposible librarme también de él mientras el sol de mi razón exista.

En esa cámara nací, despertando a un tiempo de la larga noche de lo que parecía ser — pero no era — la inexistencia, al país de las hadas, al palacio de la imaginación, a los dominios insensatos del saber y el pensamiento monásticos. No es extraño que mirase a mi alrededor con ojos sobresaltados y febriles, que malgastase

mi adolescencia en los libros y desperdiciase en sueños mi juventud; sí es extraño que, al pasar los años, el mediodía de la madurez me sorprendiera aún en la mansión de mis padres; asombroso, el estancamiento que se apoderó de las fuentes de mi vida; y asombrosa, la total inversión que se operó en la naturaleza de mis pensamientos más corrientes. Las realidades del mundo se me antojaron visiones y nada más que visiones, en tanto que las ideas descabelladas de la región de los sueños se me convirtieron, a su vez, no ya en la sustancia de mi vida diaria, sino en mi única y total existencia efectiva.

Éramos primos Berenice y yo, y nos criamos juntos en la casa de mis mayores. Sin embargo, crecimos de manera muy diferente: yo, enfermizo y hundido en la melancolía; ella, ágil, graciosa y rebosante de vigor; lo suyo era recorrer la falda del monte; lo mío, los estudios del claustro… Yo, viviendo encerrado en mi propio corazón y dedicado en cuerpo y alma a la más intensa y dolorosa meditación; ella, vagando despreocupada de la vida, sin dedicar un solo pensamiento a las sombras de su sendero o al vuelo silencioso de las horas. ¡Berenice! — la invoco — ¡Berenice! … ¡Y al sonido de su nombre se alzan de las grises ruinas de la memoria, sobresaltados, mil recuerdos tumultuosos! ¡Ah! ¡Vivida está ahora ante mí su imagen como en los días primeros de su alegría y abandono! ¡Ah, belleza espléndida y fantástica! ¡Oh, sílfide entre los matorrales de Arnheim! ¡Oh, náyade entre sus fuentes! Después… después todo es misterio y terror, y una historia que no es para contar. La enfermedad — una enfermedad funesta — se abatió sobre su cuerpo como el simún; y, aun mientras yo la miraba, se fue apoderando de ella el espíritu del cambio, penetrando su mente, sus hábitos, su carácter, alterando de manera terrible y sutil hasta la misma identidad de su persona. ¡Ay! Él llegó destructor y se fue. ¿Y la víctima? ¿Qué había sido de ella? Yo ya no la conocía… o no la reconocía como Berenice.

Entre el numeroso cortejo de enfermedades derivadas de ésa funesta y primera, que había ocasionado tan espantosa revolución en el ser moral y físico de mi prima, puedo citar como la más penosa y rebelde una especie de epilepsia que no pocas veces acababa en trance…, trance muy semejante a la verdadera disolución y del que se recobraba casi siempre de manera sorprendentemente repentina. Entretanto, mi propia dolencia — porque me han dicho que no debo llamarla de otro modo —, mi propia dolencia, digo, fue arraigando rápidamente en mí, hasta que adquirió el aspecto de una nueva y extraordinaria monomanía, ganando vigor a cada hora, a cada instante, y alcanzando sobre mí el más incomprensible control. Esta monomanía, si puedo llamarla así, consistía en una morbosa irritabilidad de las facultades mentales que en la ciencia metafísica se denomina *atentas*. Es más que probable que no se me comprenda; pero, en verdad, me temo que no hay modo de transmitir al lector corriente una idea adecuada de esa nerviosa intensidad del interés con que, en mi caso, la facultad de la meditación (para no emplear tecnicismos) se ocupaba de los objetos más ordinarios del universo, e incluso se abismaba en su contemplación.

Quedarme absorto durante horas con la atención puesta en la tipografía de un libro o en algún frívolo garabato de su margen; abismarme la mayor parte de un día estival en una curiosa sombra proyectada oblicuamente sobre el tapiz o sobre la puerta; sumirme una noche entera en la contemplación de la llama inmóvil de una lámpara o de las ascuas de la chimenea; pensar días enteros en el perfume de una flor; repetir monótonamente una vulgar palabra hasta que, a fuerza de pronunciarla, dejaba de transmitir idea alguna a la mente; perder toda sensación de movimiento y de existencia física a base de mantener larga y obstinadamente, una absoluta inmovilidad corporal…, tales eran algunas de las extravagancias más corrientes e inocuas ocasionadas por un estado de las facultades mentales no enteramente excepcional, es cierto, aunque desafiaba cualquier análisis o explicación.

Pero que no se me malinterprete, no hay que confundir esta desmedida, perpetua y morbosa atención despertada por objetos en sí mismos intrascendentes con la común inclinación a meditar de la humanidad entera, y en especial de las personas de imaginación ardiente. No era ni siquiera, como en principio podría suponerse, un estado extremo o una exageración de tal propensión, sino algo radical y esencialmente diferente. En el primer caso, el soñador o entusiasta interesado en un objeto por lo general no frívolo, pierde imperceptiblemente la visión de dicho objeto en una infinidad de deducciones y sugerencias que emanan de él, hasta que, al término de una ensoñación, a menudo espléndidamente rica, descubre que se le ha desvanecido y olvidado por completo el *incitamentum* o causa primera de sus meditaciones. En mi caso, el objeto primario era invariablemente frívolo, si bien adoptaba, merced a mi visión alterada, una importancia refractada e irreal. Pocas eran las deducciones que hacía, si es que hacía alguna; y aun esas pocas retornaban de manera pertinaz al objeto original como a su centro. Nunca eran placenteras mis meditaciones; y al término de una ensoñación, la causa primera, lejos de haberla perdido de vista, había alcanzado para mí ese interés preternaturalmente exagerado que constituía el rasgo predominante de la enfermedad. En una palabra, en mi caso, las facultades mentales más especialmente ejercidas eran, como he dicho ya, las *atentas*, que en el soñador son las especulativas.

Mis libros, en esa época, si no irritaban realmente el trastorno, participaban ampliamente — como se comprenderá por su naturaleza imaginativa e inconexa — de los caracteres del trastorno mismo. Recuerdo muy bien, entre otros, el tratado del noble italiano Coelius Secundus Curio, *De amplitudine Beati Regni Dei*; la gran obra de san Agustín, *La Ciudad de Dios*; y el *De Carne Christi* de Tertuliano, cuya paradójica frase: «*Mortuus est Dei filius; credibile est quia ineptum est: et sepultas resurrexit; certum est quia impossibile est*», me ocupó muchas semanas seguidas de laborioso y estéril estudio.

Parecerá, pues, que alterado su equilibrio sólo por cosas triviales, mi razón se asemejaba mucho a esa roca oceánica de la que habla Ptolomeo Hefestion, la cual, resistiendo firmemente los ataques de la violencia humana y la furia más feroz de las

aguas y los vientos, temblaba sólo al roce de la flor llamada asfódelo. Y aunque a un pensador poco advertido le puede parecer fuera de duda que la alteración producida en la condición moral de Berenice por su desdichada enfermedad me proporcionaría muchas ocasiones de ejercer esa intensa y anormal meditación cuya naturaleza me ha costado un poco explicar, no fue así en absoluto. En los momentos lúcidos de mi dolencia me afligía su desgracia; y me afectaba tan hondamente esa total ruina de su vida hermosa y amable, que no paraba de preguntarme amargamente por qué medio prodigioso se había operado tan extraña y repentina revolución. Estas meditaciones, sin embargo, no participaban de la idiosincrasia de mi mal, sino que eran las que se le habrían ocurrido, en situación parecida, a la humanidad en general. Fiel a su propio carácter, mi trastorno se complacía en los cambios menos importantes y más sorprendentes que se manifestaban en el ser físico de Berenice…, en la singular y espantosa deformación de su identidad personal.

Durante los días más radiantes de su belleza sin igual, jamás llegué a enamorarme de ella. En la extraña anomalía de mi existencia, los sentimientos jamás me han brotado del corazón y mis pasiones han sido siempre mentales. A través del gris de la madrugada, entre las sombras enmarañadas del bosque a mediodía, o en el silencio de mi biblioteca por la noche, la había visto revolotear ante mis ojos; y la había visto, no como la Berenice viva y palpitante, sino como la Berenice de un sueño; no como un ser terrenal, de este mundo, sino como una abstracción de ese mismo ser; no como algo digno de admirar, sino como algo que analizar; no como un objeto que amar, sino como un tema de la más abstrusa aunque inconexa especulación. Y ahora… ahora me estremecía ante su presencia y palidecía cada vez que se me acercaba; sin embargo, lamentando amargamente su estado de desmoronamiento y aflicción, recordaba que me amaba hacía tiempo… y en un momento importuno le hablé de matrimonio.

Y por fin se iba acercando la fecha de nuestras nupcias cuando, una tarde de invierno — uno de esos días extemporáneamente cálidos, calmos y brumosos que nutren a la bella Alcíone[1] — estaba yo sentado (y a solas, creía) en el aposento interior de la biblioteca. Pero al levantar la vista vi a Berenice de pie delante de mí.

¿Fue mi imaginación excitada, la brumosa influencia del ambiente, o el crepúsculo dudoso de la cámara…, el ropaje gris que caía alrededor de su figura, lo que hacía tan vacilante y borrosa su silueta? No sé. No dijo una palabra; en cuanto a mí, nada en el mundo me habría hecho pronunciar una sílaba. Un frío intenso me recorrió el cuerpo; una sensación de insoportable ansiedad se apoderó de mí; una curiosidad devoradora inundó mi alma. Y recostándome en la silla, me quedé un momento inmóvil, sin respirar, con los ojos fijos en su persona. ¡Ay!, estaba excesivamente demacrada y ni un solo vestigio de su antiguo ser asomaba en línea alguna de su contorno. Mi mirada febril se posó finalmente en su rostro.

Tenía una frente alta y muy pálida, y singularmente serena; y su cabello en otro tiempo de azabache se la cubría parcialmente, el cual le ocultaba las sienes, hundidas

con innumerables rizos ahora intensamente amarillos, desentonando de forma discordante — por su aspecto grotesco — con la melancolía que reinaba en su semblante. Los ojos no tenían vida ni brillo, y parecía que ni pupilas; aparté instintivamente mi atención de su mirada vidriosa y la fijé en sus labios delgados y encogidos. Se abrieron; y en una sonrisa de extraño significado asomaron lentamente *los dientes* de la cambiada Berenice. ¡Pluguiera a Dios que no los hubiera visto o que hubiera muerto al verlos!

Me sobresaltó el golpe de la puerta al cerrarse y cuando alcé la vista, descubrí que mi prima se había ido del aposento. Pero no, ¡ay!, de la cámara trastornada de mi cerebro. Tampoco se iría el espectro blanco y horrible de sus dientes. Ni una mancha había en la superficie de todos ellos; ni una sombra en su esmalte, ni una mella en sus bordes… Pero aquel momento de su sonrisa había bastado para grabarlos en mi memoria. Ahora los veía con más nitidez que entonces, cuando los había tenido delante. ¡Los dientes! ¡Los dientes!… Estaban aquí, allí, en todas partes, claros y visibles ante mí: largos, estrechos y exageradamente blancos; con los pálidos labios retraídos alrededor como en el mismo momento de su primera y terrible transformación. Después, vino toda la furia de mi monomanía y luché en vano contra su influjo irresistible y singular. Frente a los múltiples objetos del mundo exterior, no tuve ya otro pensamiento que el de sus dientes. Se me despertó por ellos un deseo frenético. Todos los demás asuntos e intereses quedaron subsumidos en esta única contemplación. Ellos, sólo ellos, estaban presentes a los ojos de mi mente; y en su singular individualidad, se convirtieron en la esencia de mi vida racional. Los veía bajo todas las luces. Les daba vueltas en todas las posiciones. Examinaba sus características. Me fijaba en sus particularidades. Estudiaba su conformación. Meditaba sobre la alteración de su naturaleza. Me estremecía al atribuirles, en mi imaginación, la facultad de sentir y percibir y, aunque les faltara la ayuda de los labios, una capacidad de expresión moral. Se ha dicho con justicia de mad'selle Sallé que «*tous ses pas étaient des sentiments*»; pues bien, de Berenice creía yo más seriamente que *tous ses dents étaient des idées. Des idées!* Ah, he aquí el pensamiento idiota que me destruía: *Des idées!* ¡Por eso los codiciaba yo tan desesperadamente! Sentía que sólo su posesión podía restituirme la paz, devolviéndome a la razón.

Y se cerró la noche sobre mí, y luego llegó la oscuridad, se demoró y se fue, y volvió a clarear el día; y las brumas de una segunda noche se fueron agrupando alrededor…, mientras yo seguía sentado, inmóvil, en ese cuarto solitario, absorto en mi meditación. Y el fantasma de los dientes aún conservaba su terrible dominio, cuando los vi flotar con vívida y espantosa claridad en medio de las cambiantes luces y sombras de la cámara. Por último, irrumpió en mis sueños un grito como de horror y consternación; seguidamente, tras un silencio, se produjo un tumulto de voces alteradas, mezcladas con multitud de gemidos de congoja, o de dolor. Me levanté de mi asiento y, abriendo de golpe una de las puertas de la biblioteca, descubrí en la

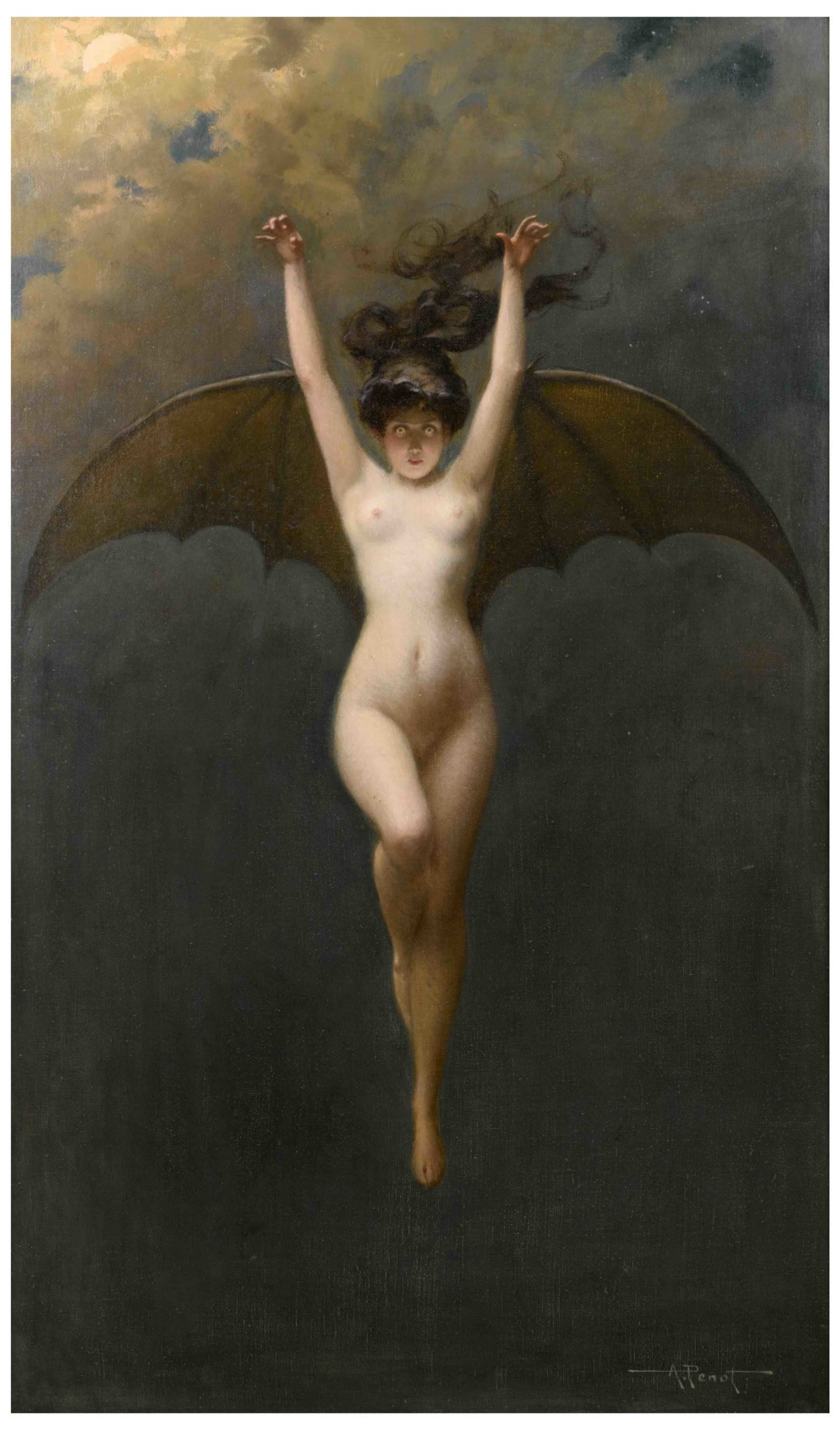
antecámara a una de las criadas deshecha en lágrimas, que venía a decirme que Berenice se nos había… ido. Por la mañana había sufrido un ataque de epilepsia, y ahora, al caer la noche, la sepultura estaba dispuesta para su ocupante, y se habían hecho todos los preparativos para el entierro.

Me encontraba sentado en la biblioteca; otra vez allí, solo. Me parecía que acababa de despertar de un sueño confuso y agitado. Descubrí que era medianoche y sabía que Berenice llevaba enterrada desde la puesta del sol. Pero de ese oscuro intermedio no tenía conciencia… al menos, no una conciencia clara. Aunque su recuerdo estaba lleno de horror… de un horror tanto más horrible por su vaguedad, y de un terror tanto más terrible por su ambigüedad. Era una página espantosa del libro de mi vida, repleta de pasajes oscuros, espantosos, ininteligibles. Me esforcé en descifrarlos, pero en vano; sin embargo, de vez en cuando, como el espíritu de un sonido ya extinguido, parecía resonar en mi oído el chillido agudo y penetrante de una voz femenina. Yo había hecho algo. «¿El qué?», me pregunté en voz alta. Y el eco susurrante de la cámara me respondió: «¿El qué?».

En la mesa, a mi lado, ardía una lámpara; junto a ella había un estuche. No tenía nada de especial; yo lo había visto a menudo porque era del médico de la familia. Pero ¿cómo había llegado a parar allí, sobre mi mesa, y por qué me estremecí al descubrirlo? Todo esto no tenía en absoluto explicación; mi mirada cayó finalmente sobre la página abierta de un libro y se detuvo en una frase subrayada. Eran unas palabras singulares, pero sencillas, del poeta Ebn Zaiat: «*Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicæ visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas*». ¿Por qué, al leerlas, se me pusieron los pelos de punta, y se me heló la sangre en las venas?

Sonó una leve llamada a la puerta de la biblioteca y, pálido como el morador de una tumba, entró con sigilo un criado. Su expresión estaba contraída de terror y me habló con voz temblorosa, ronca, bajísima. ¿Qué dijo? Oí frases entrecortadas. Explicó que un grito frenético había turbado el silencio de la noche; que se había reunido la servidumbre de la casa, que habían registrado la parte donde había sonado el grito… Luego, su voz se volvió espeluznantemente clara al susurrarme que había sido profanada una sepultura, que un cuerpo desfigurado, amortajado, seguía respirando, palpitando todavía, *¡todavía vivo!*

Señaló mi ropa: la tenía manchada de barro y de grumos de sangre. Yo no dije nada y me cogió la mano con suavidad: la tenía marcada con huellas de uñas humanas. Dirigió mi atención hacia un objeto que había apoyado contra la pared; me quedé mirándolo unos minutos; era una pala. Con un grito, me precipité hacia la mesa y agarré el estuche que había encima. No conseguía abrirlo. Y a causa de mi temblor, se me escurrió de las manos, cayó pesadamente y se hizo trizas; y, con un repiqueteo, salieron rodando de él algunos instrumentos de odontólogo, junto con treinta y dos cositas minúsculas, blancas, de aspecto marfileño, que se esparcieron por el suelo.



La Chauve-souris, Albert-Joseph Penot, óleo, s.f.

Théophile Gautier
La muerta enamorada
(1836)

En 1820, la influencia de la novela gótica inglesa pone de moda en París el *romanticismo frenético*. En ese mismo año se publica la primera novela francesa de vampiros: *Lord Ruthven ou les vampires*. Su autor, Cyprien Bérard, aprovechando el frenesí que despierta en los ambientes burgueses la historia de Polidori, dedica astutamente su obra a Byron, cuyo argumento estira todo lo humanamente posible. El éxito no se hace esperar; cuatro meses después se llegan a representar tres versiones diferentes en distintos teatros parisinos. Al cabo de dos años, Charles Nodier estrenará su propia adaptación teatral, siguiendo la exitosa fórmula de lord Ruthven. Al estreno acude Alejandro Dumas hijo, quien, fascinado con la obra, hará un extenso comentario en sus memorias de un entusiasmo incorruptible al paso del tiempo; porque veintiocho años después escribirá su propia versión escénica. La fiebre vampírica también contagió a Merimée; en 1827 hará su propia aportación original al escribir su cuento *La Guzla*. Pero Francia no imprimirá una huella literaria memorable en este terreno hasta que el vampiro no cambie de sexo y aparezca, en 1836, *La Morte Amoureuse* de Gautier, una de las obras preferidas por Baudelaire.

Théophile Gautier (1811-1872) es junto a Gérard de Nerval y Baudelaire el representante con más relieve de la nueva estética que inspiraría a los parnasianos. Novelista, crítico artístico y literario, autor dramático, libretista y director de revistas, tuvo que subsistir, obligado a disipar sus talentos, entregándose a una continua actividad periodística. Su desafiante dandismo, *pour épater les bourgeois*, y su devota entrega al *arte por el arte* llegaron a hacerse célebres. No menos sonada fue su enérgica defensa a favor de Victor Hugo en la famosa batalla de *Hernani*, en donde tanto sus apasionados gritos como su rabioso chaleco rojo llenaron de estupor a los burgueses que asistieron al estreno en 1830.

A finales del siglo pasado, Italo Calvino, escribe en el prólogo de su antología de cuentos fantásticos del XIX, que *La muerta enamorada* es el cuento más perfecto de Gautier: «una obra concebida y acabada siguiendo todas las reglas».

La muerta enamorada

Traducción de Violeta Pérez Gil

Me preguntáis hermano si he amado; sí. Es una historia singular y terrible y, a pesar de mis sesenta y seis años, apenas me atrevo a remover las cenizas de este recuerdo. No quiero negaros nada, pero no referiría a otra persona menos experimentada que vos una historia semejante. Se trata de acontecimientos tan extraordinarios que apenas puedo creer que hayan sucedido. Fui, durante más de tres años, el juguete de una ilusión singular y diabólica. Yo, un pobre cura rural, he llevado todas las noches en sueños (quiera Dios que fuera un sueño) una vida de condenado, una vida mundana y de Sardanápalo. Una sola mirada demasiado complaciente a una mujer pudo causar la perdición de mi alma, pero, con la ayuda de Dios y de mi santo patrón, pude desterrar al malvado espíritu que se había apoderado de mí. Mi vida se había complicado con una vida nocturna completamente diferente. Durante el día, yo era un sacerdote del Señor, casto, ocupado en la oración y en las cosas santas. Durante la noche, en el momento en que cerraba los ojos, me convertía en un joven caballero, experto en mujeres, perros y caballos, jugador de dados, bebedor y blasfemo. Y cuando al llegar el alba me despertaba, me parecía lo contrario, que me dormía y soñaba que era sacerdote. Me han quedado recuerdos de objetos y palabras de esta vida sonámbula de los que no puedo defenderme y, a pesar de no haber salido nunca de mi parroquia, se diría al oírme que soy más bien un hombre que lo ha probado todo, y que, desengañado del mundo, ha entrado en la religión, queriendo terminar en el seno de Dios sus tan agitados días, como un humilde seminarista que ha envejecido en una ignorada casa de cura, en medio del bosque y sin ninguna relación con las cosas del siglo.

Sí, he amado como no ha amado nadie en el mundo, con un amor insensato y violento, tan violento que me asombra que no haya hecho estallar mi corazón. ¡Oh, qué noches! ¡Qué noches!

Desde mi más tierna infancia, había sentido la vocación del sacerdocio; también fueron dirigidos en este sentido todos mis estudios, y mi vida, hasta los veinticuatro años, no fue otra cosa que un largo noviciado. Con los estudios de teología terminados, pasé sucesivamente por todas las órdenes menores, y mis superiores me juzgaron digno, a pesar de mi juventud, de alcanzar el último y terrible grado. El día de mi ordenación fue fijado para la semana de Pascua.

Jamás había andado por el mundo. El mundo era para mí el recinto del colegio y del seminario. Sabía vagamente que existía algo que se llamaba mujer, pero no me

paraba a pensarlo: mi inocencia era perfecta. Sólo veía a mi madre, anciana y enferma, dos veces al año y ésta era toda mi relación con el exterior.

No lamentaba nada, no sentía la más mínima duda ante este compromiso irrevocable; estaba lleno de alegría y de impaciencia. Jamás novia alguna contó las horas con tan febril ardor; no dormía, soñaba que cantaba misa. ¡Ser sacerdote! No había en el mundo nada más hermoso: hubiera rechazado ser rey o poeta. Mi ambición no iba más allá.

Os digo esto para mostraros cómo lo que me sucedió no debió sucederme y cómo fui víctima de tan inexplicable fascinación.

Llegado el gran día caminaba hacia la iglesia tan ligero que me parecía estar sostenido en el aire o tener alas en los hombros. Me creía un ángel y me extrañaba la fisonomía sombría y preocupada de mis compañeros, pues éramos varios. Había pasado la noche en oración y mi estado casi rozaba el éxtasis. El obispo, un anciano venerable, me parecía Dios Padre inclinado en su eternidad, y podía ver el cielo a través de las bóvedas del templo.

Vos sabéis los detalles de esta ceremonia: la bendición, la comunión bajo las dos especies, la unción de las palmas de las manos con el aceite de los catecúmenos y, finalmente, el santo sacrificio ofrecido al unísono con el obispo. No me detendré en esto. ¡Oh, qué razón tiene Job[1], y cuán imprudente es aquel que no llega a un pacto con sus ojos! Levanté casualmente mi cabeza, que hasta entonces había tenido inclinada, y vi ante mí, tan cerca que habría podido tocarla — aunque en realidad estuviera a bastante distancia y al otro lado de la balaustrada —, a una mujer joven de una extraordinaria belleza y vestida con un esplendor real. Fue como si se me cayeran las escamas de las pupilas. Experimenté la sensación de un ciego que recupera súbitamente la vista. El obispo, radiante, se apagó de repente, los cirios palidecieron en sus candelabros de oro como las estrellas al amanecer, y en toda la iglesia se hizo una completa oscuridad. La encantadora criatura destacaba en ese sombrío fondo como una presencia angelical; parecía estar llena de luz, luz que no recibía, sino que derramaba a su alrededor.

Bajé los párpados, decidido a no levantarlos de nuevo, para apartarme de la influencia de los objetos, pues me distraía cada vez más y apenas sabía lo que hacía.

Un minuto después volví a abrir los ojos, pues a través de mis párpados la veía relucir con los colores del prisma en una penumbra púrpura, como cuando se ha mirado al sol.

¡Ah, qué hermosa era! Cuando los más grandes pintores, persiguiendo en el cielo la belleza ideal, trajeron a la tierra el divino retrato de la Madonna, ni siquiera vislumbraron esta fabulosa realidad. Ni los versos del poeta ni la paleta del pintor pueden dar idea. Era bastante alta, con un talle y un porte de diosa; sus cabellos, de un rubio claro, se separaban en la frente, y caían sobre sus sienes como dos ríos de oro; parecía una reina con su diadema; su frente, de una blancura azulada y transparente, se abría amplia y serena sobre los arcos de las pestañas negras,

singularidad que contrastaba con las pupilas verde mar de una vivacidad y un brillo insostenibles. ¡Qué ojos! Con un destello decidían el destino de un hombre; tenían una vida, una transparencia, un ardor, una humedad brillante que jamás había visto en ojos humanos; lanzaban rayos como flechas dirigidas a mi corazón. No sé si la llama que los iluminaba venía del cielo o del infierno, pero ciertamente venía de uno o de otro. Esta mujer era un ángel o un demonio, quizá las dos cosas, no había nacido del costado de Eva, la madre común. Sus dientes eran perlas de Oriente que brillaban en su roja sonrisa, y a cada gesto de su boca se formaban pequeños hoyuelos en el satén rosa de sus adorables mejillas. Su nariz era de una finura y de un orgullo regios, y revelaba su origen noble. En la piel brillante de sus hombros semidesnudos jugaban piedras de ágata y unas rubias perlas, de color semejante al de su cuello, que caían sobre su pecho. De vez en cuando levantaba la cabeza con un movimiento ondulante de culebra o de pavo real que hacía estremecer el cuello de encaje bordado que la envolvía como una red de plata.

Llevaba un traje de terciopelo nacarado de cuyas amplias mangas de armiño salían unas manos patricias, infinitamente delicadas. Sus dedos, largos y torneados eran de una transparencia tan ideal que dejaban pasar la luz como los de la aurora.

Tengo estos detalles tan presentes como si fueran de ayer y, aunque estaba profundamente turbado, nada escapó a mis ojos; ni siquiera el más pequeño detalle: el lunar en la barbilla, el imperceptible vello en las comisuras de los labios, el terciopelo de su frente, la sombra temblorosa de las pestañas sobre las mejillas, captaba el más ligero matiz con una sorprendente nitidez.

Mientras la miraba sentía abrirse en mí puertas hasta ahora cerradas; tragaluces antes obstruidos dejaban entrever perspectivas desconocidas; la vida me parecía diferente, acababa de nacer a un nuevo orden de ideas. Una escalofriante angustia me atenazaba el corazón; cada minuto transcurrido me parecía un segundo y un siglo. Sin embargo, la ceremonia avanzaba y yo me encontraba lejos del mundo, cuya entrada cerraban con furia mis nuevos deseos. Dije sí, cuando quería decir no, cuando todo mi ser se revolvía y protestaba contra la violencia que mi lengua hacía a mi alma: a mi pesar, una fuerza oculta me arrancaba las palabras de la garganta. Quizá por este motivo tantas jóvenes llegan al altar con el firme propósito de rechazar clamorosamente al esposo que les imponen y ninguna lleva a cabo su plan. Por esta razón, sin duda, tantas novicias toman el velo aunque están decididas a destrozarlo en el momento de pronunciar sus votos. Uno no se atreve a provocar tal escándalo ni a decepcionar a tantas personas; todas las voluntades, todas las miradas pesan sobre uno como una losa de plomo; además, todo está tan cuidadosamente preparado, las medidas tomadas con antelación de una forma tan visiblemente irrevocable, que el pensamiento cede ante el peso de los hechos y sucumbe por completo.

La mirada de la hermosa desconocida cambiaba de expresión según transcurría la ceremonia. Tierna y acariciadora al principio, adoptó un aire desdeñoso y disgustado, como de no haber sido comprendida.

Hice un esfuerzo capaz de arrancar montañas para gritar que yo no quería ser sacerdote, sin conseguir nada; mi lengua estaba pegada al paladar y me fue imposible traducir mi voluntad en el más mínimo gesto negativo. Aunque despierto, mi estado era semejante al de una pesadilla, donde se quiere gritar una palabra de la que nuestra vida depende sin obtener resultado alguno.

Ella pareció darse cuenta de mi martirio y, como para animarme, me lanzó una mirada llena de divinas promesas. Sus ojos eran un poema en el que cada mirada era un canto.

Me decía:

«Si quieres ser mío te haré más dichoso que el mismo Dios en su paraíso; los ángeles te envidiarán. Rompe ese fúnebre sudario con que vas a cubrirte, yo soy la belleza, la juventud, la vida; ven a mí, seremos el amor. ¿Qué podría ofrecerte Yahvé como compensación? Nuestra vida discurrirá como un sueño y será un beso eterno. Derrama el vino de ese cáliz y serás libre, te llevaré a islas desconocidas, dormirás apoyado en mi seno en un lecho de oro macizo bajo un dosel de plata. Te amo y quiero arrebatarte a tu Dios, ante quien tantos corazones nobles derraman un amor que nunca llega hasta él».

Me parecía oír estas palabras con un ritmo y una dulzura infinita, su mirada tenía música, y las frases que me enviaban sus ojos resonaban en el fondo de mi corazón como si una boca invisible las hubiera susurrado en mi alma. Me encontraba dispuesto a renunciar a Dios y, sin embargo, mi corazón realizaba maquinalmente las formalidades de la ceremonia. La hermosa mujer me lanzó una segunda mirada suplicante, tan desesperada, que me atravesaron el corazón cuchillas afiladas, y sentí en el pecho más puñales que la Dolorosa.

Todo terminó. Ya era sacerdote.

Jamás fisonomía humana manifestó una angustia tan desgarradora; la joven que ve morir a su novio súbitamente junto a ella, la madre junto a la cuna vacía de su hijo, Eva sentada en el umbral del paraíso, el avaro que encuentra una piedra en el lugar de su tesoro y el poeta que deja caer al fuego el único manuscrito de su más bella obra, no muestran un aire tan aterrado e inconsolable. La sangre abandonó su rostro encantador, que se volvió blanco como el mármol; sus hermosos brazos cayeron a lo largo de su cuerpo como si sus músculos se hubieran relajado y se apoyó en una columna, pues desfallecían sus piernas. Yo me dirigí vacilante hacia la puerta de la iglesia, lívido, con la frente inundada de sudor más sangrante que el del Calvario. Me ahogaba. Las bóvedas caían sobre mis hombros y me parecía como si sostuviera sólo yo con mi cabeza todo el peso de la cúpula.

Al franquear el umbral una mano se apoderó bruscamente de la mía, ¡una mano de mujer! Jamás había tocado otra. Era fría como la piel de una serpiente y me dejó una huella ardiente como la marca de un hierro al rojo vivo. Era ella.

—¡Infeliz, infeliz! ¿Qué has hecho? — me susurró.

Luego desapareció entre la multitud.

El anciano obispo pasó a mi lado; me miró severamente. Mi comportamiento era de lo más extraño, palidecía, enrojecía, me encontraba turbado. Uno de mis compañeros se apiadó de mí y me llevó con él; hubiera sido incapaz de encontrar solo el camino del seminario. A la vuelta de una esquina, mientras el joven sacerdote miraba hacia otro lado, un paje vestido de manera extraña se me acercó y, sin detenerse, me entregó un portafolios rematado en oro, indicándome que lo ocultara; lo deslicé en mi manga y lo tuve guardado hasta que me quedé solo en mi celda. Hice saltar el broche; sólo había dos hojas con estas palabras: «Clarimonda, en el palacio Concini». Como yo no estaba entonces al corriente de las cosas de la vida, no conocía a Clarimonda, a pesar de su celebridad, e ignoraba por completo dónde se encontraba el palacio Concini. Hice mil conjeturas tan extravagantes unas como otras, pero con tal de volver a verla, me importaba bastante poco que pudiera ser gran dama o cortesana.

Este amor, nacido hacía bien poco, se había enraizado de forma indestructible. De tan imposible como me parecía, ni siquiera pensaba en intentar arrancarlo. Esta mujer se había apoderado de mí por completo, tan sólo una mirada suya había bastado para transformarme; me había insinuado su voluntad; y ya no vivía en mí, sino en ella y para ella. Hacía mil extravagancias, besaba mi mano donde ella me había cogido y repetía su nombre durante horas. Sólo con cerrar los ojos la veía con la misma claridad que si estuviera ante mí y me repetía las mismas palabras que ella me dijo en el pórtico de la iglesia: «Infeliz, infeliz, ¿qué has hecho?». Comprendía todo el horror de mi situación y el carácter fúnebre y terrible del estado que acababa de profesar se revelaba ante mí. ¡Ser sacerdote!, es decir, castidad, no amar, no distinguir ni edad ni sexo, apartarse de la belleza, arrancarse los ojos, arrastrarse en la sombra helada de un claustro o de una iglesia, ver sólo moribundos, velar cadáveres desconocidos y llevar sobre sí el duelo de la negra sotana con el fin de convertir la túnica en un manto para el propio féretro.

Y sentía mi vida como un lago interior que crece y se desborda; la sangre me latía con fuerza en las arterias; mi juventud, tanto tiempo reprimida, estallaba de golpe, como el áloe que tarda cien años en florecer y se abre con la fuerza de un trueno.

¿Cómo hacer para ver de nuevo a Clarimonda? No tenía pretextos para salir del seminario, no conocía a nadie en la ciudad; ni siquiera permanecería allí por más tiempo, pues sólo esperaba a que me designasen la parroquia que debía ocupar. Intenté arrancar los barrotes de la ventana, pero la altura era horrible, y sin escalera era impensable. Además, sólo podría bajar de noche y ¿cómo conducirme en el inextricable laberinto de calles? Estas dificultades — que no serían nada para otros — eran inmensas para mí, pobre seminarista recién enamorado, sin experiencia, sin dinero y sin ropa.

«¡Ah!», me decía a mí mismo en mi ceguera, «si no hubiera sido sacerdote habría podido verla todos los días, habría sido su amante, su esposo; en vez de estar cubierto con mi triste sudario, tendría ropas de seda y terciopelo, cadenas de oro, una espada y

plumas como los jóvenes y hermosos caballeros. Mis cabellos, deshonrados por la tonsura, jugarían alrededor de mi cuello, formando ondeantes rizos. Tendría un lustroso bigote y sería un valiente. Pero una hora ante el altar, unas pocas palabras apenas articuladas me separaban para siempre de entre los vivos, ¡y yo mismo había sellado la losa de mi tumba, había corrido el cerrojo de mi prisión!».

Me asomé a la ventana. El cielo estaba maravillosamente azul, los árboles se habían vestido de primavera; la naturaleza hacía gala de una irónica alegría. La plaza estaba llena de gente; unos iban, otros venían. Galanes y hermosas jovencitas iban en parejas hacia el jardín y los cenadores. Grupos de amigos pasaban cantando canciones de borrachos. Había un movimiento, una vida, una animación que aumentaba penosamente mi duelo y mi soledad. Una madre joven jugaba con su hijo en el umbral de la casa. Le besaba su boquita rosa perlada de gotas de leche, y le hacía arrumacos con mil divinas puerilidades que sólo las madres saben hacer. El padre, de pie, a una cierta distancia, sonreía dulcemente ante esta encantadora escena, y sus brazos cruzados estrechaban su alegría contra el corazón. No pude soportar este espectáculo; cerré la ventana y me eché en la cama con un odio y una envidia espantosa en el corazón, mordiendo mis dedos y la manta como un tigre con hambre de tres días.

No sé cuántos días permanecí de este modo; pero al volverme en un furioso espasmo vi al padre Serapión, de pie en la habitación, observándome atentamente. Me avergoncé de mí mismo y, hundiendo la cabeza en mi pecho, me cubrí el rostro con las manos.

—Romualdo, amigo mío —me dijo Serapión después de algunos minutos de silencio —, os sucede algo extraño; ¡vuestra conducta es verdaderamente inexplicable! Vos, tan sosegado y tan dulce os revolvéis ahora como un animal furioso. Tened cuidado hermano, y no escuchéis las sugerencias del diablo; el espíritu maligno, irritado por vuestra eterna consagración al Señor, os acecha como un lobo rapaz, e intenta un último esfuerzo para atraeros a él. En vez de dejaros abatir, mi querido Romualdo, haceos una coraza de oración, un escudo de mortificación y combatid valientemente al enemigo: le venceréis. La virtud necesita de la tentación y el oro sale más fino del crisol. No os asustéis ni os desaniméis. Las almas mejor guardadas y las más firmes han tenido estos momentos. Orad, ayunad, meditad y se alejará el malvado espíritu.

El discurso del padre Serapión me hizo volver en mí y me tranquilicé.

—Venía a anunciaros que os ha sido asignada la parroquia de C***: el sacerdote que la ocupaba acaba de morir y el obispo me ha encargado que os instale allí. Estad preparado para mañana.

Respondí afirmativamente con la cabeza y el padre se retiró. Abrí el misal y comencé a leer oraciones; pero pronto las líneas se tornaron confusas bajo mis ojos. Las ideas se enmarañaron en mi cerebro, y el libro se deslizó de entre mis manos sin darme cuenta.

¡Partir mañana sin haberla visto!, ¡añadir otro imposible más a todos los que ya había entre nosotros!, ¡perder para siempre la esperanza de encontrarla a menos que sucediera un milagro!, ¿escribirle?, ¿y a través de quién haría llegar mi carta? Con el carácter sagrado de mi estado, ¿a quién podría abrir mi corazón?, ¿en quién confiar? Fui presa de una terrible ansiedad. Además, me venía a la memoria lo que el padre Serapión me acababa de decir de los artificios del diablo: lo extraño de la aventura, la belleza sobrenatural de Clarimonda, el destello fosforescente de sus ojos, la ardiente huella de su mano, la turbación en que me había hundido, el cambio repentino que se había operado en mí, mi piedad desvanecida en un instante; todo ello demostraba claramente la presencia del diablo, y la mano satinada no era sino el guante con que cubría sus garras. Estos pensamientos me sumieron en un gran temor, recogí el misal que había caído de mis rodillas al suelo y volví a mis oraciones.

A la mañana siguiente, Serapión vino a recogerme. Dos mulas cargadas con nuestro equipaje esperaban a la puerta. Él montó en una y yo, mejor o peor, en la otra. Mientras recorríamos las calles de la ciudad miraba todas las ventanas y balcones por si veía a Clarimonda, pero era demasiado temprano, y la ciudad aún no había abierto los ojos. Mi mirada intentaba atravesar los estores y cortinas de los palacios ante los que pasábamos. Serapión, sin duda, atribuía esta curiosidad a la admiración que me causaba la belleza de la arquitectura, pues aminoraba el paso de su montura para darme tiempo de ver. Por fin llegamos a la puerta de la ciudad y empezamos a subir la colina. Cuando llegué a la cima me volví para mirar una vez más el lugar donde vivía Clarimonda. La sombra de una nube cubría por completo la ciudad; los tejados azules y rojos se confundían en un semitono general donde flotaban, aquí y allá, los humos de la mañana, como blancos copos de espuma. Gracias a un singular efecto óptico se dibujaba, rubio y dorado, bajo un rayo único de luz, un edificio que sobrepasaba en altura a las construcciones vecinas, hundidas por completo en el vaho; aunque estaba a más de una legua, parecía muy cercano. Podían distinguirse los más mínimos detalles, las torres, las azoteas, las ventanas e incluso las veletas con cola de milano.

—¿Qué palacio es ese que veo allá a lo lejos iluminado por un rayo de sol? — le pregunté a Serapión.

Puso la mano por encima de sus ojos y cuando lo vio me contestó:

—Es el antiguo palacio que el príncipe Concini regaló a la cortesana Clarimonda; allí suceden cosas horribles.

En ese instante —aún no sé si fue realidad o ilusión —, creí ver cómo en la terraza se deslizaba una silueta blanca y esbelta que brilló un segundo y se apagó. ¡Era Clarimonda!

¡Oh! ¿Sabía ella entonces que en ese momento desde lo alto de este amargo camino que me separaba de ella y que no descendería nunca más, ardiente e inquieto, no apartaba mis ojos del palacio que habitaba y al que un insignificante juego de luz parecía acercarme como para invitarme a entrar y ser su dueño? Sin duda lo sabía,

pues su alma estaba tan ligada a la mía que podía sentir el menor estremecimiento, y esta sensación la había impulsado a subir a la terraza, envuelta en sus velos, en el helado rocío de la mañana.

La sombra se apoderó del palacio y todo fue un océano inmóvil de tejados y cumbres donde sólo se distinguía una ondulación montuosa. Serapión arreó a su mula, cuyo paso siguió la mía enseguida, y un recodo del camino me arrebató para siempre la ciudad de S***, pues no volvería nunca.

Al cabo de tres días de camino a través de campos tristes, vislumbramos a través de los árboles el gallo del campanario de la iglesia donde debía servir. Después de recorrer calles tortuosas flanqueadas por chozas y cercados llegamos ante la fachada, que no se caracterizaba por su grandeza. Un porche adornado con algunas nervaduras y dos o tres pilares del mismo gres toscamente tallados, tejas y contrafuertes del mismo gres que los pilares, eso era todo. A la izquierda, el cementerio con la hierba crecida y una gran cruz de hierro en medio; a la derecha y a la sombra de la iglesia, la casa parroquial. Era una casa de una sencillez extrema y de una desolada pulcritud. Entramos. Algunas gallinas picoteaban unos pocos granos de avena; acostumbradas como estaban a la negra sotana de los curas, no se espantaron con nuestra presencia y apenas se apartaron para dejarnos pasar. Se oyó un ladrido ronco y áspero, y vimos aparecer un perro viejo. Era el perro de mi antecesor. Tenía los ojos apagados, el pelo gris y todos los síntomas de la mayor vejez que un perro puede alcanzar. Lo acaricié suavemente y se puso a caminar junto a mí lleno de una indecible satisfacción. Vino también a nuestro encuentro una mujer muy vieja que había sido el ama de llaves del anciano cura, quien después de conducirme a una habitación de la planta baja me preguntó si había pensado despedirla. Le respondí que me quedaría con ella, con ella y con el perro, asimismo con las gallinas y con todos los muebles que su amo le había dejado al morir, cosa que la llenó de alegría, una vez que el padre Serapión le pagó en el momento el dinero que quería a cambio.

Cuando estuve instalado, el padre Serapión volvió al seminario. De forma que me quedé solo y sin otro apoyo que yo mismo. La idea de Clarimonda comenzó de nuevo a obsesionarme y aunque me esforzaba en apartarla de mí, no siempre lo conseguía. Una tarde, paseando por el jardín entre los caminos bordeados de boj, me pareció ver a través de los arbustos una silueta de mujer que seguía todos mis movimientos, y vi brillar entre las hojas dos pupilas verde mar; pero era sólo una ilusión, pues al pasar al otro lado encontré la huella de un pie tan pequeño que parecía de un niño. El jardín estaba rodeado por murallas muy altas, inspeccioné todos los recodos y rincones y no había nadie. Jamás pude explicarme este hecho, que no fue nada comparado con las cosas extrañas que me habían de suceder. Durante un año viví cumpliendo con exactitud todos los deberes correspondientes a mi estado, orando, ayunando y socorriendo enfermos, dando limosnas hasta privarme de lo indispensable. Pero sentía en mi interior una profunda aridez y la fuente de la gracia estaba seca para mí. No podía gozar de la felicidad que da el cumplimiento de una misión santa. Mi

pensamiento estaba en otra parte, y las palabras de Clarimonda me volvían a los labios como un estribillo que se repite involuntariamente. ¡Oh hermano, meditad bien esto! Por haber mirado solamente una vez a una mujer, por una falta aparentemente tan leve, he sufrido durante años las más miserables turbaciones. Mi vida está trastornada para siempre jamás.

No voy a entreteneros más tiempo con derrotas y victorias seguidas siempre de las más profundas caídas y pasaré a relatar enseguida un hecho decisivo. Una noche llamaron violentamente a la puerta. La anciana ama de llaves fue a abrir, y un hombre de rostro cobrizo y ricamente vestido, aunque a la moda extranjera y con un gran puñal, apareció en el umbral a la luz del farol de Bárbara. La primera impresión de ésta fue de miedo, pero el hombre la tranquilizó diciéndole que necesitaba verme en seguida para algo relacionado con mi ministerio. Bárbara le hizo subir. Yo ya iba a acostarme. El hombre me dijo que su señora, una gran dama, estaba a punto de morir y deseaba un sacerdote. Le respondí que estaba dispuesto a acompañarle; cogí lo necesario para la extremaunción y bajé a toda prisa. En la puerta resoplaban de impaciencia dos caballos negros como la noche y de su pecho emanaban oleadas de humo. Me sujetó el estribo y me ayudó a montar en uno de ellos, después montó él en el otro, apoyando solamente una mano en la silla. Apretó las rodillas y soltó las riendas de su caballo, que salió como una flecha. El mío, cuya brida también sujetaba él, se puso al galope y se mantuvo a la par que el suyo. Bajo nuestro insaciable galope, la tierra desaparecía gris y rayada, y las negras siluetas de los árboles huían como un ejército derrotado. Atravesamos un sombrío bosque tan oscuro y glacial que un escalofrío de supersticioso terror me recorrió el cuerpo. La estela de chispas que las herraduras de nuestros caballos producían en las piedras dejaba a nuestro paso un reguero de fuego, y si alguien nos hubiera visto a esa hora de la noche, nos habría tomado a mi guía y a mí por dos espectros cabalgando en una pesadilla. De cuando en cuando fuegos fatuos se cruzaban en el camino, y las cornejas piaban lastimeras en la espesura del bosque, donde a lo lejos brillaban los ojos fosforescentes de algún gato salvaje. La crin de los caballos se enmarañaba cada vez más, el sudor corría por sus flancos y resoplaban jadeantes. Cuando el escudero les veía desfallecer emitía un grito gutural sobrehumano, y la carrera se reanudaba con furia. Finalmente se detuvo el torbellino. Una sombra negra salpicada de luces se alzó súbitamente ante nosotros; las pisadas de nuestras cabalgaduras se hicieron más ruidosas en el suelo de hierro, y entramos bajo una bóveda que abría sus fauces entre dos torres enormes. En el castillo reinaba una gran agitación; los criados, provistos de antorchas, atravesaban los patios, y las luces subían y bajaban de un piso a otro. Pude ver confusamente formas arquitectónicas inmensas, columnas, arcos, escalinatas y balaustradas, todo un lujo de construcción regia y fantástica. Un paje negro en quien reconocí en seguida al que me había dado el mensaje de Clarimonda, vino a ayudarme a bajar del caballo, y un mayordomo vestido de terciopelo negro con una cadena de oro en el cuello y un

bastón de marfil avanzó hacia mí. Dos lágrimas cayeron de sus ojos y rodaron por sus mejillas hasta su barba blanca.

—¡Demasiado tarde, padre! — dijo bajando la cabeza —, ¡demasiado tarde!, pero ya que no pudisteis salvar su alma, venid a velar su pobre cuerpo.

Me tomó del brazo y me condujo a la sala fúnebre; mi llanto era tan copioso como el suyo, pues acababa de comprender que la muerta no era otra sino Clarimonda, tanto y tan locamente amada. Había un reclinatorio junto al lecho; una llama azul, que revoloteaba en una pátera de bronce, iluminaba toda la habitación con una luz débil e incierta, y hacía pestañear en la sombra la arista de algún mueble o de una cornisa. Sobre la mesa, en una urna labrada, yacía una rosa blanca marchita, cuyos pétalos, salvo uno que se mantenía aún, habían caído junto al vaso, como lágrimas perfumadas; un roto antifaz negro, un abanico, disfraces de todo tipo se encontraban esparcidos por los sillones, y hacían pensar que la muerte se había presentado de improviso y sin anunciarse en esta suntuosa mansión. Me arrodillé sin atreverme a dirigir la mirada al lecho, y empecé a recitar salmos con gran fervor, dando gracias a Dios por haber interpuesto la tumba entre el pensamiento de esa mujer y yo, para así poder incluir en mis oraciones su nombre santificado desde ahora. Pero, poco a poco, se fue debilitando este impulso y caí en un estado de ensoñación. Esta estancia no tenía el aspecto de una cámara mortuoria. Contrariamente al aire fétido y cadavérico que estaba acostumbrado a respirar en los velatorios, un vaho lánguido de esencias orientales, no sé qué aroma de mujer, flotaba suavemente en la tibia atmósfera. Aquel pálido resplandor se asemejaba más a una media luz buscada para la voluptuosidad que al reflejo amarillo de la llama que tiembla junto a los cadáveres. Recordaba el extraño azar que me había devuelto a Clarimonda en el instante en que la perdía para siempre y un suspiro nostálgico escapó de mi pecho. Me pareció oír suspirar a mi espalda y me volví sin querer. Era el eco. Gracias a este movimiento mis ojos cayeron sobre el lecho de muerte que hasta entonces habían evitado. Las cortinas de damasco rojo estampadas, recogidas con entorchados de oro, dejaban ver a la muerta acostada con las manos juntas sobre el pecho. Estaba cubierta por un velo de lino de un blanco resplandeciente que resaltaba aún más gracias al púrpura del cortinaje, de una finura tal que no ocultaba lo más mínimo la encantadora forma de su cuerpo y dejaba ver sus bellas líneas ondulantes como el cuello de un cisne que ni siquiera la muerte había podido entumecer. Se hubiera creído una estatua de alabastro realizada por un hábil escultor para la tumba de una reina o una doncella dormida sobre la que hubiera nevado.

No podía contenerme; el aire de esta alcoba me embriagaba, el olor febril de rosa medio marchita me subía al cerebro, me puse a recorrer la habitación deteniéndome ante cada columna del lecho para observar el grácil cuerpo difunto bajo la transparencia del sudario. Extraños pensamientos me atravesaban el alma. Me imaginaba que no estaba realmente muerta y que no era más que una ficción ideada para atraerme a su castillo y así confesarme su amor. Por un momento creí ver que

movía su pie en la blancura de los velos y se alteraban los pliegues de su sudario. Luego me decía a mí mismo: «¿Acaso es Clarimonda? ¿Qué pruebas tengo? El paje negro puede haber pasado al servicio de otra mujer. Debo de estar loco para desconsolarme y turbarme de este modo». Pero mi corazón contestaba: «Es ella, claro que es ella». Me acerqué al lecho y miré aún más atentamente al objeto de mi incertidumbre. Debo confesaros que tal perfección de formas, aunque purificadas y santificadas por la sombra de la muerte, me turbaban voluptuosamente, y su reposado aspecto se parecía tanto a un sueño que uno podría haberse engañado. Olvidé que había venido para realizar un oficio fúnebre y me imaginaba entrando como un joven esposo en la alcoba de la novia que oculta su rostro por pudor y no quiere dejarse ver. Afligido de dolor, loco de alegría, estremecido de temor y placer me incliné sobre ella y cogí el borde del velo; lo levanté lentamente, conteniendo la respiración para no despertarla. Mis venas palpitaban con tal fuerza que las sentía silbar en mis sienes, y mi frente estaba sudorosa como si hubiese levantado una lápida de mármol. Era en efecto la misma Clarimonda que había visto en la iglesia el día de mi ordenación; tenía el mismo encanto y la muerte parecía en ella una coquetería más. La palidez de sus mejillas, el rosa tenue de sus labios, sus largas pestañas dibujando una sombra en esta blancura le otorgaban una expresión de castidad melancólica y de sufrimiento pensativo de una inefable seducción. Sus largos cabellos sueltos, entre los que aún había enredadas florecillas azules, almohadillaban su cabeza y ocultaban con sus bucles la desnudez de sus hombros; sus bellas manos, más puras y diáfanas que las hostias, estaban cruzadas en actitud de piadoso reposo y de tácita oración, y esto compensaba la seducción que hubiera podido provocar, incluso en la muerte, la exquisita redondez y el suave marfil de sus brazos desnudos que aún conservaban los brazaletes de perlas. Permanecí largo tiempo absorto en una muda contemplación, y cuanto más la miraba menos podía creer que la vida hubiera abandonado para siempre aquel hermoso cuerpo. No sé si fue una ilusión o el reflejo de la lámpara, pero hubiera creído que la sangre corría de nuevo bajo esta palidez mate; sin embargo, ella permanecía inmóvil. Toqué ligeramente su brazo; estaba frío, pero no más frío que su mano el día en que rozó la mía en el pórtico de la iglesia. Incliné de nuevo mi rostro sobre el suyo derramando en sus mejillas el tibio rocío de mis lágrimas. ¡Oh, qué amargo sentimiento de desesperación y de impotencia! ¡Qué agonía de vigilia! Hubiera querido poder juntar mi vida para dársela y soplar sobre su helado despojo la llama que me devoraba. La noche avanzaba, y al sentir acercarse el momento de la separación eterna no pude negarme la triste y sublime dulzura de besar los labios muertos de quien había sido dueña de todo mi amor. ¡Oh, prodigio!, una suave respiración se unió a la mía, y la boca de Clarimonda respondió a la presión de mi boca: sus ojos se abrieron y recuperaron un poco de brillo, suspiró y, descruzando los brazos, rodeó mi cuello en un arrebato indescriptible.

—¡Ah, eres tú Romualdo! —dijo con una voz lánguida y suave como las últimas vibraciones de un arpa —; ¿qué haces? Te esperé tanto tiempo que he muerto; pero

ahora estamos prometidos, podré verte e ir a tu casa. ¡Adiós Romualdo, adiós! Te amo, es todo cuanto quería decirte, te debo la vida que me has devuelto en un minuto con tu beso. Hasta pronto.

Su cabeza cayó hacia atrás, pero sus brazos aún me rodeaban, como reteniéndome. Un golpe furioso de viento derribó la ventana y entró en la habitación; el último pétalo de la rosa blanca palpitó como un ala durante unos instantes en el extremo del tallo para arrancarse luego y volar a través de la ventana abierta, llevándose el alma de Clarimonda. La lámpara se apagó y caí desvanecido en el seno de la hermosa muerta.

Cuando desperté estaba acostado en mi cama, en la habitación de mi casa parroquial, y el viejo perro del anciano cura lamía mi mano, que colgaba fuera de la manta. Bárbara se movía por la habitación con un temblor senil, abriendo y cerrando cajones, removiendo los brebajes de los vasos. Al verme abrir los ojos, la anciana gritó de alegría, el perro ladró y movió el rabo, pero me encontraba tan débil que no pude articular palabra ni hacer el más mínimo movimiento. Supe después que estuve así tres días, sin dar otro signo de vida que una respiración casi imperceptible. Estos días no cuentan en mi vida, no sé dónde estuvo mi espíritu durante este tiempo, no guardé recuerdo alguno. Bárbara me contó que el mismo hombre de rostro cobrizo que había venido a buscarme por la noche, me había traído a la mañana siguiente en una litera cerrada, y se había vuelto a marchar inmediatamente. En cuanto recuperé la memoria examiné todos los detalles de aquella noche fatídica. Pensé que había sido el juego de una mágica ilusión; pero hechos reales y palpables tiraban por tierra esta suposición. No podía pensar que era un sueño, pues Bárbara había visto como yo al hombre de los caballos negros y describía con exactitud su vestimenta y compostura. Sin embargo, nadie conocía en los alrededores un castillo que se ajustara a la descripción de aquél en donde había encontrado a Clarimonda.

Una mañana apareció el padre Serapión. Bárbara le había hecho saber que estaba enfermo y acudió rápidamente. Si bien tanta diligencia demostraba afecto e interés por mi persona, no me complació como debía. El padre Serapión tenía en la mirada un aire penetrante e inquisidor que me incomodaba. Me sentía confuso y culpable ante él, pues había descubierto mi profunda turbación, y temía su clarividencia.

Mientras me preguntaba por mi salud con un tono melosamente hipócrita, clavaba en mí sus pupilas amarillas de león y hundía su mirada como una sonda en mi alma. Después se interesó por la forma en que llevaba la parroquia, si estaba a gusto, a qué dedicaba el tiempo que el ministerio me dejaba libre, si había trabado amistad con las gentes del lugar, cuáles eran mis lecturas favoritas y mil detalles parecidos. Yo le contestaba con la mayor brevedad, e incluso él mismo pasaba a otro tema sin esperar a que hubiera terminado. Esta charla no tenía, por supuesto, nada que ver con lo que él quería decirme. Así que, sin ningún preámbulo y como si se tratara de una noticia recordada de pronto y que temiera olvidar, me dijo con voz clara y vibrante que sonó en mi oído como las trompetas del Juicio Final:

—La cortesana Clarimonda ha muerto recientemente tras una orgía que duró ocho días y ocho noches. Fue algo infernalmente espléndido. Se repitió la abominación de los banquetes de Baltasar y Cleopatra. ¡En qué siglo vivimos, Dios mío! Los convidados fueron servidos por esclavos de piel oscura que hablaban una lengua desconocida; en mi opinión, auténticos demonios; la librea del de menor rango hubiera vestido de gala a un emperador. Sobre Clarimonda me han contado muchas historias extraordinarias en estos tiempos, y todos sus amantes tuvieron un final miserable o violento. Se ha dicho que era una mujer vampiro, pero yo creo que se trata del mismísimo Belcebú.

Calló y me miró más fijamente aún para observar el efecto que me causaban sus palabras. No pude evitar estremecerme al oír nombrar a Clarimonda y la noticia de su muerte, además del dolor que me causaba por su extraña coincidencia con la escena nocturna de que fui testigo, me produjo una turbación y un escalofrío que se manifestó en mi rostro a pesar de que hice lo posible por contenerme. Serapión me lanzó una mirada inquieta y severa, luego añadió:

—Hijo mío, debo advertiros, habéis dado un paso hacia el abismo, cuidaos de no caer en él. Satanás tiene las garras largas, y las tumbas no siempre son de fiar. La losa de Clarimonda debió ser sellada tres veces, pues, por lo que se dice, no es la primera vez que ha muerto. Que Dios os guarde, Romualdo.

Serapión dijo estas palabras y se dirigió lentamente hacia la puerta. No volví a verle, pues partió para S*** inmediatamente después.

Me había recuperado por completo y volví a mis tareas cotidianas. El recuerdo de Clarimonda y las palabras del anciano padre estaban presentes en mi memoria; sin embargo, ningún extraño suceso había ratificado hasta ahora las fúnebres predicciones de Serapión, y empecé a creer que mis temores y mi terror eran exagerados. Pero una noche tuve un sueño. Apenas me había quedado dormido cuando oí descorrer las cortinas de mi lecho y el ruido de las anillas en la barra sonó estrepitosamente; me incorporé de golpe sobre los codos y vi ante mí una sombra de mujer. En seguida reconocí a Clarimonda. Sostenía una lamparita como las que se depositan en las tumbas, cuyo resplandor daba a sus dedos afilados una transparencia rosa que se difuminaba insensiblemente hasta la blancura opaca y rosa de su brazo desnudo. Su única ropa era el sudario de lino que la cubría en su lecho de muerte y sujetaba sus pliegues en el pecho, como avergonzándose de estar casi desnuda, pero su manita no bastaba, y como era tan blanca, el color del tejido se confundía con el de su carne a la pálida luz de la lámpara. Envuelta en una tela tan fina que traicionaba todas sus formas, parecía una estatua de mármol de una bañista antigua y no una mujer viva. Muerta o viva, estatua o mujer, sombra o cuerpo, su belleza siempre era la misma; tan sólo el verde brillo de sus pupilas estaba un poco apagado, y su boca, antes bermeja, sólo era de un rosa pálido y tierno semejante al de sus mejillas. Las florecillas azules que vi en sus cabellos se habían secado por completo y habían perdido todos sus pétalos; pero estaba encantadora, tanto que, a pesar de lo extraño de

la aventura y del modo inexplicable en que había entrado en mi habitación, no sentí temor ni por un instante.

Dejó la lámpara sobre la mesilla y se sentó a los pies de mi cama; después, inclinándose sobre mí, me dijo con esa voz argentina y aterciopelada, que sólo le he oído a ella:

—Me he hecho esperar, querido Romualdo, y sin duda habrás pensado que te había olvidado. Pero vengo de muy lejos, de un lugar del que nadie ha vuelto aún: no hay ni luna ni sol en el país de donde procedo; sólo hay espacio y sombra, no hay camino, ni senderos; no hay tierra para caminar, ni aire para volar y, sin embargo, heme aquí, pues el amor es más fuerte que la muerte y acabará por vencerla. ¡Ay!, he visto en mi viaje rostros lúgubres y cosas terribles. Mi alma ha tenido que luchar tanto para, una vez vuelta a este mundo, encontrar su cuerpo y poseerlo de nuevo… ¡Cuánta fuerza necesité para levantar la lápida que me cubría! Mira las palmas de mis manos lastimadas. ¡Bésalas para curarlas, amor mío!

Me acercó a la boca sus manos, las besé mil veces, y ella me miraba hacer con una sonrisa de inefable placer.

Confieso para mi vergüenza que había olvidado por completo las advertencias del padre Serapión y el carácter sagrado que me revestía. Había sucumbido sin oponer resistencia, y al primer asalto. Ni siquiera intenté alejar de mí la tentación; la frescura de la piel de Clarimonda penetraba en la mía y sentía estremecerse mi cuerpo de manera voluptuosa. ¡Mi pobre niña! A pesar de todo lo que vi, aún me cuesta creer que fuera un demonio: no lo parecía desde luego, y jamás Satanás ocultó mejor sus garras y sus cuernos. Había recogido sus piernas sobre los talones y, acurrucada en la cama, adoptó un aire de coquetería indolente. Cada cierto tiempo acariciaba mis cabellos y con sus manos formaba rizos como ensayando nuevos peinados. Yo me dejaba hacer con la más culpable complacencia y ella añadía a la escena un adorable parloteo. Es curioso el hecho de que yo no me sorprendiera ante tal aventura y, dada la facilidad que tienen nuestros ojos para considerar con normalidad los más extraños acontecimientos, la situación me pareció de lo más natural.

—Te amaba mucho antes de haberte visto, querido Romualdo, te buscaba por todas partes. Tú eras mi sueño y me fijé en ti en la iglesia, en el fatal momento; me dije: ¡es él!, y te lancé una mirada con todo el amor que había tenido, tenía y tendría por ti. Fue una mirada capaz de condenar a un cardenal, de poner de rodillas a mis pies a un rey ante su corte. Tú permaneciste impasible y preferiste a tu Dios. ¡Ah, cuán celosa estoy de tu Dios al que has amado y amas aún más que a mí!

»¡Desdichada, desdichada de mí!, jamás tu corazón será para mí sola, para mí, a quien resucitaste con tu beso, para mí, Clarimonda la muerta, que forzó por tu causa las puertas de la tumba y viene a consagrarte su vida, recobrada para hacerte feliz.

Estas palabras iban acompañadas de caricias delirantes que aturdieron mis sentidos y mi razón hasta el punto de no temer proferir para contentarla una espantosa blasfemia y decirle que la amaba tanto como a Dios.

Sus pupilas se reavivaron y brillaron como crisopacios:

—¡Es cierto, es cierto!, ¡tanto como a Dios! — dijo rodeándome con sus brazos —. Si es así, vendrás conmigo, me seguirás donde yo quiera. Te quitarás ese horrible traje negro. Serás el más orgulloso y envidiable de los caballeros, serás mi amante. Ser el amante confeso de Clarimonda, que llegó a rechazar a un papa, es algo hermoso. ¡Ah, llevaremos una vida feliz, una dorada existencia! ¿Cuándo partimos, caballero?

—¡Mañana!, ¡mañana! —gritaba en mi delirio.

—Mañana, sea —contestó—. Tendré tiempo de cambiar de ropa, porque ésta es demasiado ligera y no sirve para ir de viaje. Además tengo que avisar a la gente que me cree realmente muerta y me llora. Dinero, trajes, coches, todo estará dispuesto, vendré a buscarte a esta misma hora. Adiós, corazón.

Rozó mi frente con sus labios. La lámpara se apagó, se corrieron las cortinas y no vi nada más; un sueño de plomo se apoderó de mí hasta la mañana siguiente. Desperté más tarde que de costumbre, y el recuerdo de tan extraña visión me tuvo todo el día en un estado de agitación; terminé por convencerme de que había sido fruto de mi acalorada imaginación. Pero, sin embargo, las sensaciones fueron tan vivas que costaba creer que no hubieran sido reales, y me fui a dormir no sin cierto temor por lo que iba a suceder, después de pedir a Dios que alejara de mí los malos pensamientos y protegiera la castidad de mi sueño.

En seguida me dormí profundamente, y mi sueño continuó. Las cortinas se corrieron y vi a Clarimonda, no como la primera vez, pálida en su pálido sudario y con las violetas de la muerte en las mejillas, sino alegre, decidida y dispuesta, con un magnífico traje de terciopelo verde adornado con cordones de oro y recogido a un lado para dejar ver una falda de satén. Sus rubios cabellos caían en tirabuzones de un amplio sombrero de fieltro negro cargado de plumas blancas colocadas caprichosamente, y llevaba en la mano una fusta rematada en oro. Me dio un toque suavemente diciendo:

—Y bien, dormilón, ¿así es como haces tus preparativos? Pensaba encontrarte de pie. Levántate, que no tenemos tiempo que perder — salté de la cama —. Anda, vístete y vámonos — me dijo señalándome un paquete que había traído —; los caballos se aburren y roen su freno en la puerta. Deberíamos estar ya a diez leguas de aquí.

Me vestí en seguida, ella me tendía la ropa riéndose a carcajadas con mi torpeza y explicándome su uso cuando me equivocaba. Me arregló los cabellos y cuando estaba listo me ofreció un espejo de bolsillo de cristal de Venecia con filigranas de plata diciendo:

—¿Cómo te ves?, ¿me tomarás a tu servicio como mayordomo?

Yo no era el mismo y no me reconocí. Mi imagen era tan distinta como lo son un bloque de piedra y una escultura terminada. Mi antigua figura no parecía ser sino el torpe esbozo de lo que el espejo reflejaba. Era hermoso y me estremecí de vanidad

por esta metamorfosis. Las elegantes ropas y el traje bordado me convertían en otra persona y me asombraba el poder de unas varas de tela cortadas con buen gusto. El porte del traje penetraba mi piel, y al cabo de diez minutos había adquirido ya un cierto aire de vanidad.

Di unas cuantas vueltas por la habitación para manejarme con soltura. Clarimonda me miraba con maternal complacencia y parecía contenta con su obra.

—Ya está bien de chiquilladas, en marcha, querido Romualdo. Vamos lejos y así no llegaremos nunca.

Me tomó de la mano y salimos. Las puertas se abrían a su paso apenas las tocaba, y pasamos junto al perro sin despertarlo.

En la puerta estaba Margheritone, el escudero que ya conocía; sujetaba la brida de tres caballos negros como los anteriores, uno para mí, otro para él y otro para Clarimonda. Debían de ser caballos bereberes de España, nacidos de yeguas fecundadas por Céfiro[2], pues corrían tanto como el viento, y la luna, que había salido con nosotros para iluminarnos, rodaba por el cielo como una rueda soltada de su carro; la veíamos a nuestra derecha, saltando de árbol en árbol y perdiendo el aliento por correr tras nosotros. Pronto aparecimos en una llanura donde, junto a un bosquecillo, nos esperaba un coche con cuatro vigorosos caballos; subimos y el cochero les hizo galopar de una forma insensata. Mi brazo rodeaba el talle de Clarimonda y estrechaba una de sus manos; ella apoyaba su cabeza en mi hombro y podía sentir el roce de su cuello semidesnudo en mi brazo. Jamás había sido tan feliz. Me había olvidado de todo y no recordaba mejor el hecho de haber sido cura que lo que sentí en el vientre de mi madre, tal era la fascinación que el espíritu maligno ejercía en mí. A partir de esa noche, mi naturaleza se desdobló y hubo en mí dos hombres que no se conocían uno a otro. Tan pronto me creía un sacerdote que cada noche soñaba que era caballero, como un caballero que soñaba ser sacerdote. No podía distinguir el sueño de la vigilia y no sabía dónde empezaba la realidad ni dónde terminaba la ilusión. El joven vanidoso y libertino se burlaba del sacerdote, y el sacerdote detestaba la vida disoluta del joven noble. La vida bicéfala que llevaba podría describirse como dos espirales enmarañadas que no llegan a tocarse nunca. A pesar de lo extraño que parezca no creo haber rozado en momento alguno la locura. Tuve siempre muy clara la percepción de mis dos existencias. Sólo había un hecho absurdo que no me podía explicar: era que el sentimiento de la misma identidad perteneciera a dos hombres tan diferentes. Era una anomalía que ignoraba, ya fuera mientras me creía cura del pueblo C***, ya como *il signor* Romualdo, amante titular de Clarimonda.

El caso es que me encontraba — o creía encontrarme — en Venecia; aún no he podido aclarar lo que había de ilusión y de real en tan extraña aventura. Vivíamos en un gran palacio de mármol en el Canaleio, con frescos y estatuas, y dos Ticianos de la mejor época en el dormitorio de Clarimonda: era un palacio digno de un rey. Cada uno de nosotros tenía su góndola y su barcarola con nuestro escudo, sala de música y

nuestro poeta. Clarimonda entendía la vida a lo grande y había algo de Cleopatra en su forma de ser. Por mi parte, llevaba un tren de vida digno del hijo de un príncipe, y era tan conocido como si perteneciera a la familia de uno de los doce apóstoles o de los cuatro evangelistas de la serenísima república. No hubiera cedido el paso ni al mismo dux, y creo que desde Satán, caído del cielo, nadie fue más insolente y orgulloso que yo. Iba al Ridotto[3] y jugaba de manera infernal. Me mezclaba con la más alta sociedad del mundo, con hijos de familias arruinadas, con mujeres de teatro, con estafadores, parásitos y espadachines. A pesar de mi vida disipada, permanecía fiel a Clarimonda. La amaba locamente. Ella habría estimulado a la misma saciedad y habría hecho estable la inconstancia. Tener a Clarimonda era tener cien amantes, era poseer a todas las mujeres por ser tan mudable, cambiante y diferente de ella misma: un verdadero camaleón. Me hacía cometer con ella la infidelidad que hubiera cometido con otras, adoptando el carácter, el porte y la belleza de la mujer que parecía gustarme. Me devolvía mi amor centuplicado, y en vano jóvenes patricios e incluso miembros del Consejo de los Diez le hicieron las mejores proposiciones. Un Foscari llegó a proponerle matrimonio; rechazó a todos. Tenía oro suficiente; sólo quería amor, un amor joven, puro, despertado por ella y que sería el primero y el último. Hubiera sido completamente feliz de no ser por la pesadilla que volvía cada noche y en la que me creía cura de pueblo mortificándome y haciendo penitencia por los excesos cometidos durante el día. La seguridad que me daba la costumbre de estar a su lado apenas me hacía pensar en la extraña manera en que conocí a Clarimonda. Sin embargo, las palabras del padre Serapión me venían alguna vez a la memoria y no dejaban de inquietarme.

La salud de Clarimonda no era tan buena desde hacía algún tiempo. Su tez se iba apagando día a día. Los médicos que mandaron llamar no entendieron nada y no supieron qué hacer. Prescribieron algún medicamento sin importancia y no volvieron. Pero ella palidecía visiblemente y cada vez estaba más fría. Parecía tan blanca y muerta como aquella noche en el castillo desconocido. Me desesperaba ver cómo se marchitaba lentamente. Ella, conmovida por mi dolor, me sonreía dulcemente con la fatal sonrisa de los que saben que van a morir.

Una mañana, me encontraba desayunando en una mesita junto a su lecho, para no separarme de ella ni un minuto, y partiendo una fruta me hice casualmente un corte bastante profundo en un dedo. La sangre, color púrpura, corrió en seguida, y unas gotas salpicaron a Clarimonda. Sus ojos se iluminaron, su rostro adquirió una expresión de alegría feroz y salvaje que no le conocía. Saltó de la cama con una agilidad animal de mono o de gato y se abalanzó sobre mi herida que empezó a chupar con una voluptuosidad indescriptible. Tragaba la sangre a pequeños sorbitos, lentamente, con afectación, como un *gourmet* que saborea un vino de Jerez o de Siracusa. Entornaba los ojos, y sus verdes pupilas no eran redondas, sino que se habían alargado. Por momentos se detenía para besar mi mano y luego volvía a apretar sus labios contra los labios de la herida para sacar todavía más gotas rojas.

Cuando vio que no salía más sangre, se incorporó con los ojos húmedos y brillantes, rosa como una aurora de mayo, satisfecha, su mano estaba tibia y húmeda, estaba más hermosa que nunca y completamente restablecida.

—¡No moriré! ¡No moriré! —decía loca de alegría colgándose de mi cuello —; podré amarte aún más tiempo. Mi vida está en la tuya y todo mi ser proviene de ti. Sólo unas gotas de tu rica y noble sangre, más preciada y eficaz que todos los elixires del mundo, me han devuelto a la vida.

Este hecho me preocupó durante algún tiempo, haciéndome dudar acerca de Clarimonda, y esa misma noche, cuando el sueño me transportó a mi parroquia vi al padre Serapión más taciturno y preocupado que nunca:

—No contento con perder vuestra alma queréis perder también vuestro cuerpo. ¡Infeliz, en qué trampa habéis caído!

El tono de sus palabras me afectó profundamente, pero esta impresión se disipó bien pronto, y otros cuidados acabaron por borrarlo de mi memoria. Una noche vi en mi espejo, en cuya posición ella no había reparado, cómo Clarimonda derramaba unos polvos en una copa de vino sazonado que acostumbraba a preparar después de la cena. Tomé la copa y fingí llevármela a los labios dejándola luego sobre un mueble como para apurarla más tarde a placer y, aprovechando un instante en que estaba vuelta de espaldas, vacié su contenido bajo la mesa, luego me retiré a mi habitación y me acosté decidido a no dormirme y ver en qué acababa todo esto. No esperé mucho tiempo, Clarimonda entró en camisón y una vez que se hubo despojado de sus velos se recostó junto a mí. Cuando estuvo segura de que dormía, tomó mi brazo desnudo y sacó de entre su pelo un alfiler de oro, murmurando:

—Una gota, sólo una gotita roja, un rubí en la punta de mi aguja… Puesto que aún me amas no moriré… ¡Oh, pobre amor!, beberé tu hermosa sangre de un púrpura brillante. Duerme mi bien, mi dios, mi niño, no te haré ningún daño, sólo tomaré de tu vida lo necesario para que no se apague la mía. Si no te amara tanto me decidiría a buscar otros amantes cuyas venas agotaría, pero desde que te conozco todo el mundo me produce horror. ¡Ah, qué brazo tan hermoso, tan perfecto, tan blanco! Jamás podré pinchar esta venita azul.

Lloraba mientras decía esto y sentía llover sus lágrimas en mi brazo, que tenía entre sus manos. Finalmente se decidió, me dio un pinchacito y empezó a chupar la sangre que salía. Apenas hubo recibido unas gotas tuvo miedo de debilitarme y aplicó una cinta alrededor de mi brazo después de frotar la herida con un ungüento que la cicatrizó al instante.

Ya no cabía duda. El padre Serapión tenía razón. Pero, a pesar de esta certeza, no podía dejar de amar a Clarimonda y le hubiera dado toda la sangre necesaria para mantener su existencia ficticia. Por otra parte, no tenía qué temer, la mujer respondía del vampiro, y lo que había visto y oído me tranquilizaba. Mis venas estaban colmadas, de forma que tardarían en agotarse y no iba a ser egoísta con mi vida. Me habría abierto el brazo yo mismo diciéndole:

—Bebe, y que mi amor se filtre en tu cuerpo con mi sangre.

Evitaba hacer la más mínima alusión al narcótico y a la escena de la aguja, y vivíamos en una armonía perfecta. Pero mis escrúpulos de sacerdote me atormentaban más que nunca y ya no sabía qué penitencia podía inventar para someter y mortificar mi carne. Aunque todas mis visiones fueran involuntarias y sin mi participación, no me atrevía a tocar a Cristo con unas manos tan impuras y un espíritu mancillado por semejantes excesos reales o soñados. Para evitar caer en semejantes alucinaciones, intentaba no dormir, manteniendo abiertos mis párpados con los dedos, y permanecía de pie apoyado en los muros luchando con todas mis fuerzas contra el sueño. Pero la arena del adormecimiento pesaba en mis ojos y, al ver que mi lucha era inútil, dejaba caer mis brazos y, exhausto y sin aliento, dejaba que la corriente me arrastrase hacia la pérfida orilla. Serapión me exhortaba de forma vehemente y me reprochaba con dureza mi debilidad y mi falta de fervor. Un día en que mi agitación era mayor que de ordinario me dijo:

—Sólo hay un remedio para que os desembaracéis de esta obsesión y aunque es una medida extrema la llevaremos a cabo: a grandes males, grandes remedios. Conozco el lugar donde fue enterrada Clarimonda; vamos a desenterrarla para que veáis en qué lamentable estado se encuentra el objeto de vuestro amor. No permitiréis que vuestra alma se pierda por un cadáver inmundo devorado por gusanos y a punto de convertirse en polvo; esto os hará entrar en razón.

Estaba tan cansado de llevar esta doble vida que acepté, deseaba saber de una vez por todas quién era víctima de una ilusión, si el cura o el gentilhombre, y quería acabar con uno, con otro o con los dos, pues mi vida no podía continuar así. El padre Serapión se armó de un pico, una palanca y una linterna y a medianoche nos fuimos al cementerio de *** que él conocía perfectamente. Tras acercar la luz a las inscripciones de algunas tumbas, llegamos por fin ante una piedra medio escondida entre grandes hierbas y devorada por musgos y plantas parásitas, donde desciframos el principio de la siguiente inscripción:

Aquí yace Clarimonda,
que fue mientras vivió
la más bella del mundo.

—Aquí es —dijo Serapión y, dejando en el suelo su linterna, colocó la palanca en el intersticio de la piedra y comenzó a levantarla. La piedra cedió y se puso a trabajar con el pico. Yo le veía hacer más oscuro y silencioso que la noche misma; él, ocupado en tan fúnebre tarea, sudaba copiosamente, jadeaba y su respiración entrecortada parecía el estertor de un agonizante. Era un espectáculo extraño y cualquiera que nos hubiera visto desde fuera nos habría tomado por profanadores y ladrones de sudarios antes que por sacerdotes de Dios. El celo de Serapión tenía algo de duro y salvaje que le asemejaba más a un demonio que a un apóstol o a un ángel, y sus rasgos austeros recortados por el reflejo de la linterna nada tenían de tranquilizador.

Sentía en mis miembros un sudor glacial y mis cabellos se erizaban dolorosamente en mi cabeza; en el fondo de mí mismo veía el acto de Serapión como un abominable sacrilegio, y hubiera deseado que del flanco de las sombrías nubes que transcurrían pesadamente sobre nosotros hubiera salido un triángulo de fuego que le redujera a polvo. Los búhos posados en los cipreses, inquietos por el reflejo de la linterna, venían a golpear sus cristales con sus alas polvorientas, gimiendo lastimosamente; los zorros chillaban a lo lejos y mil ruidos siniestros brotaban del silencio. Finalmente, el pico de Serapión chocó con el ataúd, y los tablones retumbaron con un ruido sordo y sonoro, con ese terrible ruido que produce la nada cuando se la toca; derribó la tapa y vi a Clarimonda, pálida como el mármol, con las manos juntas; su blanco sudario formaba un solo pliegue de la cabeza a los pies. Una gotita roja brillaba como una rosa en la comisura de su boca descolorida. Al verla, Serapión se enfureció:

—¡Ah! ¡Estás aquí, demonio, cortesana impúdica, bebedora de sangre y de oro! — y roció de agua bendita el cuerpo y el ataúd sobre el que dibujó una cruz con su hisopo. Tan pronto como el santo rocío tocó a la pobre Clarimonda, su hermoso cuerpo se convirtió en polvo y no fue más que una espantosa mezcla deforme de ceniza y de huesos medio calcinados —. He aquí a vuestra amante, señor Romualdo — dijo el despiadado sacerdote mostrándome los tristes despojos —, ¿iréis a paseaos al Lido y a Fusine con esta belleza?

Bajé la cabeza, sólo había ruinas en mi interior. Volví a mi parroquia, y el señor Romualdo, amante de Clarimonda, se separó del pobre cura a quien durante tanto tiempo había hecho tan extraña compañía. Sólo que la noche siguiente volví a ver a Clarimonda, quien me dijo, como la primera vez en el pórtico de la iglesia:

—¡Infeliz!, ¡infeliz!, ¿qué has hecho?, ¿por qué has escuchado a ese cura imbécil?, ¿acaso no eras feliz?, ¿y qué te había hecho yo para que violaras mi tumba y pusieras al descubierto las miserias de mi nada? Se ha roto para siempre toda posible comunicación entre nuestras almas y nuestros cuerpos. Adiós, me recordarás — se disipó en el aire como el humo y nunca más volví a verla.

¡Ay de mí! Tenía razón; la he recordado más de una vez y aún la recuerdo. La paz de mi alma fue pagada a buen precio; el amor de Dios no era suficiente para reemplazar el suyo. Y he aquí, hermano, la historia de mi juventud. No miréis jamás a una mujer y caminad siempre con los ojos fijos en tierra, pues, aunque seáis casto y sosegado, un solo minuto basta para haceros perder la eternidad.

Alexéi Tolstói
La familia del vurdalak
(*ca.* 1840)

La obra del conde Alexéi Konstantinovich Tolstói, primo del autor de *Ana Karenina*, duerme, como tantas cosas, en la ingrata penumbra del olvido, de cuya gigantesca sombra puede decirse que sólo ha logrado escurrirse este sobrio relato onírico, descubierto por la crítica francesa en 1950.

Perteneciente a una antigua familia de la nobleza ucraniana, Alexéi Tolstói nació en San Petersburgo en 1817 y murió casi arruinado, a los cincuenta y ocho años, después de haberse excedido en su dosis habitual de morfina. Al parecer fue un hombre cultivado y cosmopolita, que viajó por Europa desde niño y se educó en Alemania, en donde trató amistosamente a Goethe. Terminados sus estudios en la universidad de Moscú, Alexéi aceptará un modesto cargo en la embajada rusa de Frankfurt que pronto abandona para tomar parte activa en la guerra de Crimea (1853-1856).

Como escritor adoptó la doctrina estética de *l'art pour l'art*, pero lejos de inclinarse por las modas parisinas, siempre se mostró eslavófilo en sus gustos literarios, gran admirador de Turguéniev y de la poesía épica rusa. Cultivó la novela histórica y la poesía. Bajo un seudónimo inventado junto a sus primos, apareció en los periódicos de San Petersburgo una serie de poemas satíricos en los que hacía grotescas caricaturas de la vida literaría y de las más altas dignidades de la historia rusa; como era de esperar, provocaron el disgusto del zar Alejandro II. Al enterarse de ello Alexéi, contestó sin vacilación: «No he nacido para servir sino para cantar». Y hastiado, se alejó de la corte, retirándose a sus tierras, cerca de San Petersburgo, en donde pasaría casi toda su vida dedicado a la literatura.

La familia del vurdalak se escribió en francés alrededor de 1840, cuando Alexéi leía con deleite las novelas góticas inglesas. Sin embargo, no fue publicado en Rusia hasta 1883, debido al recelo que causaba en los periódicos rusos un tema tan ajeno y sospechoso para el mundo literario oficial. Inspirado en el tratado de Calmet y en las supersticiones populares de su país, su cuento es la variante más lejana y primitiva del vampiro literario del siglo XIX. Nada más lejos de la estilización romántica europea de la época que este enorme y bestial *vurdalak*, surgido de las supersticiones ancestrales. Por eso mismo, es una de las historias más impresionantes de esta antología: el terror primitivo que emana toda su atmósfera devuelve al lector al pánico supersticioso de nuestros antepasados.

La familia del vurdalak
Fragmento inédito
de «Memorias de un desconocido»

Traducción de Francisco Torres Oliver

El año 1815 había reunido en Viena a lo más distinguido de la erudición europea, los espíritus más brillantes de la sociedad y las grandes eminencias de la diplomacia. Pero el congreso había terminado.

Los emigrados realistas se disponían a regresar definitivamente a sus palacios, los guerreros rusos a reintegrarse a sus hogares abandonados y algunos polacos descontentos a llevar a Cracovia su amor a la libertad, para protegerla allí bajo la triple y dudosa independencia que les había procurado el príncipe de Metternich, el príncipe de Hardenberg y el conde de Nesselrode.

Como al final de un baile animado, la reunión, poco antes tan bulliciosa, se había reducido a un pequeño número de personas inclinadas al placer que, fascinadas por los encantos de las damas austríacas, tardaban en levantar el vuelo y retrasaban su partida.

Esta alegre sociedad, de la que yo formaba parte, se reunía dos veces por semana en el palacio de la viuda princesa de Schwarzenberg, a unas millas de la ciudad, más allá de un pequeño burgo llamado Hitzing. Los modos refinados de la señora del lugar, realzados por su graciosa amabilidad y la delicadeza de su espíritu, hacían sumamente grata la estancia en su residencia.

Las mañanas las dedicábamos a pasear; comíamos todos juntos, bien en el palacio, bien en los alrededores, y por la noche, sentados ante un buen fuego de chimenea, nos distraíamos hablando y contando historias. Estaba terminantemente prohibido hablar de política. Todo el mundo había acabado harto de ella, y nuestros relatos versaban sobre leyendas de nuestros países respectivos, o sobre nuestros propios recuerdos.

Una noche en que cada cual había contado ya algo y nuestro espíritu se hallaba en ese estado de tensión que la oscuridad y la quietud hacen más intenso por lo general, el marqués de Urfé, anciano emigrado al que todos queríamos por su jovialidad totalmente juvenil, y por la manera chispeante que tenía de referir sus viejas aventuras, aprovechó un momento de silencio para tomar la palabra:

—Sus historias, señores —nos dijo —, son sin duda de lo más asombroso; pero en mi opinión les falta un detalle esencial; me refiero a la autenticidad. Porque no sé

de ninguno de ustedes que haya visto con sus propios ojos las cosas maravillosas que acaba de relatar, o cuya veracidad pueda avalar con su palabra de caballero.

Nos vimos obligados a reconocerlo, y el anciano prosiguió, acariciándose la chorrera:

—En cuanto a mí, señores, no sé más que una aventura de ese género; pero es a la vez tan extraña, tan horrible y tan verídica, que ella sola bastaría para sobrecoger la imaginación del más incrédulo. Tuve la desgracia de ser a la vez testigo y actor al mismo tiempo, y aunque normalmente prefiero no acordarme de ella, la relataré por una vez, si estas damas tienen a bien permitírmelo.

El asentimiento fue unánime. A decir verdad, algunos dirigieron sus miradas temerosas hacia los rectángulos luminosos que la luna comenzaba a proyectar en el entarimado; pero en seguida el pequeño círculo se apiñó y todos callaron para escuchar la historia del marqués. Monsieur d'Urfé tomó un pellizco de rapé, lo aspiró lentamente, y comenzó en estos términos:

—Antes que nada, pido perdón a las damas si, en el curso de mi relato, tengo que aludir a mis aventuras sentimentales más de lo que conviene a un hombre de mi edad. Pero debo referirme a ellas para que se comprenda mi relato. Por otra parte, es perdonable que la vejez tenga sus momentos de olvido, y será culpa de ustedes, mis queridas señoras, si, viéndolas tan hermosas, caigo en la tentación de creerme joven todavía. Diré, pues, sin más preámbulos, que en el año 1756 andaba perdidamente enamorado de la hermosa duquesa de Gramont. Esta pasión, que por entonces consideraba yo profunda y duradera, no me daba tregua ni de día ni de noche; y la duquesa, como hacen a menudo las mujeres bonitas, se complacía por coquetería en aumentar mis tormentos. Tanto que, en un momento de despecho, solicité, y obtuve, una misión diplomática junto al hospodar de Moldavia, entonces en negociaciones con el gabinete de Versalles sobre asuntos que sería tan enojoso como inútil exponer aquí. La víspera de mi partida, me presenté en casa de la duquesa. Me recibió con un talante menos burlón de lo habitual, y me dijo en un tono que denotaba cierta emoción:

»—D'Urfé, comete usted un gran disparate. Pero le conozco, y sé que no reconsiderará la decisión que ha tomado. Así que sólo le pido una cosa: acepte este pequeño crucifijo en prenda de mi amistad y llévelo encima hasta su regreso. Es una reliquia de familia a la que damos gran valor.

»Con una galantería quizá fuera de lugar en aquel momento, besé, no la reliquia, sino la mano encantadora que me la ofrecía; me colgué del cuello este crucifijo, que no me he quitado desde entonces.

»No las cansaré, mis queridas señoras, con los detalles de mi viaje, o con las observaciones que hice de los húngaros y los serbios, ese pueblo pobre e ignorante pero valiente y honrado que, aunque sojuzgado por los turcos, no ha olvidado su dignidad, ni su antigua independencia. Baste decirles que, como había aprendido algo de polaco durante una estancia en Varsovia, no tardé en familiarizarme con el serbio,

puesto que las dos lenguas, al igual que el ruso y el bohemio, no son, como evidentemente saben, sino ramas de una única lengua llamada eslavo.

»Sabía, pues, lo bastante de esa lengua para hacerme entender cuando llegué un día a un pueblo cuyo nombre no viene al caso. Encontré a los habitantes de la casa donde descabalgué sumidos en una consternación que me pareció tanto más extraña cuanto que era domingo, día en que los serbios suelen entregarse a diversos placeres, como el baile, el tiro con arcabuz, la lucha, etc. Atribuí esta actitud de mis anfitriones a alguna desgracia recién acaecida; e iba a marcharme, cuando un hombre de unos treinta años, alto y de figura imponente, se me acercó y me cogió de la mano.

»—Entre, entre, extranjero — me dijo —; no se deje disuadir por nuestra tristeza; en cuanto sepa la causa la comprenderá.

»Me contó entonces que su anciano padre, que se llamaba Gorcha, hombre de carácter inquieto e intratable, se había levantado un día de la cama, y había descolgado de la pared su largo arcabuz turco.

»—Hijos —había dicho a sus dos hijos, uno llamado Jorge y el otro Pedro —, me voy a las montañas a unirme a los valientes que están dando caza a ese perro de Alibek (era el nombre de un salteador turco que, desde hacía algún tiempo, asolaba el país). Esperadme diez días; y si al décimo día no he regresado, mandad decir una misa por mí, porque habré muerto. Pero — había añadido el viejo Gorcha, adoptando un tono más serio — si volviese después de cumplidos los diez días, Dios os libre de ello, por vuestra salvación, no me dejéis entrar. Os ordeno que, en ese caso, olvidéis que fui vuestro padre y, diga lo que diga y haga lo que haga, me clavéis una estaca de álamo; porque entonces seré un maldito *vurdalak* que vuelve para chuparos la sangre.

»Debo decirles, mis queridas señoras, que los *vurdalaks*, o vampiros de los pueblos eslavos, no son otra cosa, en opinión de ese país, que cadáveres que salen de la tumba para chupar la sangre de los vivos. Hasta ahí, sus hábitos son idénticos a los de todos los vampiros; pero tienen otro que los hace más temibles. Los *vurdalaks* chupan la sangre preferentemente a sus familiares más allegados y a sus amigos más íntimos, los cuales, al morir, se convierten en vampiros a su vez; de manera que se dice que en Bosnia y en Hungría hay pueblos enteros convertidos en *vurdalaks*. El abad Agustín Calmet, en su curiosa obra sobre apariciones, cita ejemplos sobrecogedores. Los emperadores alemanes nombraron varias veces comisiones para aclarar casos de vampirismo. Se levantaron actas y se exhumaron cadáveres atiborrados de sangre que fueron quemados en las plazas públicas tras haberles atravesado el corazón. Los magistrados que presenciaron estas ejecuciones afirman haber oído a los cadáveres proferir aullidos en el momento en que el verdugo les hundía la estaca en el pecho. Hicieron deposición formal de tales hechos, corroborándolos con su juramento y su firma.

»Con esta información, señoras, les será fácil comprender el efecto que las palabras del viejo Gorcha habían producido en sus hijos. Los dos se arrojaron a sus pies y le suplicaron que les dejase ir en su lugar; pero por toda respuesta, les había

vuelto la espalda y se había ido canturreando el estribillo de una antigua balada. El día de mi llegada al pueblo era precisamente aquél en que expiraba el plazo fijado por Gorcha, así que no me fue difícil comprender la inquietud de sus hijos.

»Era una familia buena y honrada. Jorge, el mayor de los dos hijos, de facciones varoniles muy marcadas, parecía hombre serio y decidido. Estaba casado y era padre de dos niños. Su hermano, Pedro, un guapo muchacho de dieciocho años, delataba en su fisionomía más dulzura que osadía, y parecía el favorito de una hermana menor llamada Sdenka, que podía pasar muy bien por el canon de belleza eslava. Además de su beldad, indiscutible en todos sus aspectos, me sorprendió encontrar en ella, al pronto, un vago parecido con la duquesa de Gramont. Sobre todo, tenía un rasgo característico en la frente que no he encontrado en mi vida más que en estas dos personas. Quizá era un rasgo que no resultaba bonito al principio; pero a la larga acababa cautivando.

»Fuese que yo era muy joven entonces, fuese que este parecido, unido a un espíritu original e ingenuo, resultaba de un efecto verdaderamente irresistible, el caso es que no llevaba dos minutos hablando con Sdenka, cuando ya sentía por ella una viva simpatía que amenazaba convertirse en un sentimiento más tierno si prolongaba mi estancia en el pueblo.

»Estábamos todos reunidos delante de la casa, en torno a una mesa provista de queso y cuencos de leche. Sdenka hilaba; su cuñada preparaba la cena de los niños, que jugaban en la arena; Pedro, con fingida despreocupación, silbaba mientras limpiaba un yatagán o largo cuchillo turco. Jorge, acodado en la mesa, con la cabeza entre las manos y la frente fruncida, devoraba el camino con los ojos sin decir palabra.

»En cuanto a mí, vencido por la tristeza general, miraba melancólicamente las nubes del atardecer que enmarcaban el fondo dorado del cielo y la silueta de un convento que un oscuro pinar ocultaba a medias.

»Según supe más tarde, este convento había gozado en otro tiempo de gran celebridad debido a una imagen milagrosa de la Virgen que, de acuerdo con la leyenda, había sido traída por los ángeles y depositada sobre un roble. Pero a principios del siglo pasado, los turcos invadieron el país, degollaron a los monjes y saquearon el convento. No quedaban más que los muros y una capilla atendida por un ermitaño. Éste mostraba las ruinas a los curiosos y daba hospitalidad a los peregrinos que, yendo a pie de un lugar devoto a otro, decidían detenerse en el convento de la Virgen del Roble. Como he dicho, de todo esto no me enteré hasta más tarde; porque esa noche tenía yo en la cabeza algo muy diferente de la arqueología de Serbia. Como sucede a menudo cuando dejamos volar libremente la imaginación, pensaba en tiempos pasados, en los días de mi niñez, en la hermosa Francia, que había abandonado por un país remoto y salvaje.

»Pensaba en la duquesa de Gramont y, por qué no decirlo, en alguna otra contemporánea de sus abuelas, cuya imagen, sin yo saberlo, se había introducido en

mi corazón tras la de la encantadora duquesa.

»Al cabo de un momento, había olvidado a mis anfitriones y su inquietud.

»De repente, Jorge rompió el silencio.

»—Mujer —dijo—, ¿a qué hora se fue el viejo?

»—A las ocho —contestó la mujer —; oí la campana del convento.

»—Entonces bien —prosiguió Jorge —; no pueden ser más de las siete y media — y calló, fijando nuevamente los ojos en el camino que se perdía en el bosque.

»He olvidado decirles, señoras, que cuando los serbios sospechan que alguien es vampiro evitan pronunciar su nombre o designarlo de manera directa, porque creen que es llamarlo de la tumba. Y que desde hacía algún tiempo, Jorge, al hablar de su padre, sólo le llamaba *el viejo*.

»Transcurrieron unos instantes en silencio. De repente, uno de los niños dijo a Sdenka, tirándole del delantal:

»—Tía, ¿cuándo volverá el abuelo a casa?

»Jorge le respondió a esta pregunta inoportuna con una bofetada.

»El niño se echó a llorar; y su hermano pequeño dijo en un tono a la vez asombrado y temeroso:

»—Padre, ¿por qué no quiere que hablemos del abuelo?

»Otra bofetada le cerró la boca. Los dos niños se pusieron a berrear y toda la familia se santiguó.

»En ésas estábamos, cuando oí el reloj del convento que daba lentamente las ocho. Apenas resonó la primera campanada en nuestros oídos, cuando vimos surgir del bosque una figura humana y venir hacia nosotros.

»—¡Es él! ¡Alabado sea Dios! — exclamaron a la vez Sdenka, Pedro y la cuñada.

»—¡Dios nos tenga en su santa guarda! — dijo solemnemente Jorge —; ¿cómo saber si se han cumplido los diez días o no?

»Todo el mundo le miró con un estremecimiento. Sin embargo, la figura humana seguía avanzando. Era un viejo alto, con bigote plateado, cara pálida y adusta, que caminaba ayudándose con un bastón. A medida que se acercaba, Jorge se volvía más sombrío. Cuando el recién llegado estuvo cerca, se detuvo y paseó la mirada por su familia con ojos que parecían no ver, tan apagados los tenía, y hundidos en sus órbitas.

»—Bueno —dijo con voz cavernosa —, ¿nadie se levanta a recibirme? ¿Qué significa ese silencio? ¿No veis que estoy herido?

»Entonces me di cuenta de que el viejo tenía el costado izquierdo manchado de sangre.

»—Sostenga a su padre —dije a Jorge —; y usted, Sdenka, debería darle algún cordial; ¡está a punto de desmayarse!

»—Padre —dijo Jorge acercándose a Gorcha —, enséñeme esa herida; yo entiendo de heridas, y se la voy a curar.

»Hizo ademán de abrirle la ropa, pero el anciano lo rechazó bruscamente y se cubrió el costado con las dos manos.

»—¡Quieto, torpe! —dijo—; ¡me has hecho daño!

»—¡Pero esa herida la tiene en el corazón! — exclamó Jorge, pálido —. Vamos, vamos; quítese la ropa. ¡Es preciso, es preciso, se lo aseguro!

»El viejo se enderezó, tieso como un huso.

»—Ojo, muchacho —dijo con voz sorda —, ¡como me toques, te maldigo!

»Pedro se interpuso entre Jorge y su padre.

»—Déjalo —dijo—; ¿no ves que le duele?

»—No lo contraríes —añadió su mujer —; ¡sabes que no lo ha consentido jamás!

»En ese momento, vimos un rebaño que volvía de pastar y se dirigía a la casa en medio de una nube de polvo. El perro que lo acompañaba, fuera que no reconoció al viejo amo, fuera por alguna otra razón, se detuvo con el pelo erizado en cuanto vio de lejos a Gorcha, y se puso a aullar como si viese algún ser sobrenatural.

»—¿Qué le pasa a ese perro? — dijo el viejo, cada vez de más malhumor —. ¿Qué significa todo esto? ¿Acaso me he vuelto un extraño en mi propia casa? ¿Es que diez días pasados en las montañas me han cambiado hasta el punto de que ni mis perros me reconocen?

»—¿Le oyes? —dijo Jorge a su mujer.

»—¿Qué?

»—¡Reconoce que han pasado los diez días!

»—No, puesto que ha vuelto en el plazo fijado.

»—Está bien, está bien; yo sé lo que hay que hacer.

»Y como el perro seguía aullando:

»—¡Quiero que lo matéis! —exclamó Gorcha —. ¡Bueno!, ¿me habéis oído?

»Jorge no se movió; pero Pedro se levantó, con lágrimas en los ojos, y cogiendo el arcabuz de su padre, disparó sobre el perro, que cayó rodando en el polvo.

»—Pero era mi perro favorito — dijo muy bajo —. ¡No sé por qué ha querido padre que lo matáramos!

»—Porque se lo merecía —dijo Gorcha —. Vamos, hace frío; ¡quiero entrar!

»Mientras ocurría esto fuera, Sdenka había preparado para el viejo una tisana compuesta de aguardiente cocido con peras, miel y pasas. Pero su padre la rechazó con repugnancia. La misma aversión mostró por el plato de cordero con arroz que le puso Jorge delante, y fue a sentarse en un rincón junto a la chimenea, murmurando entre dientes palabras ininteligibles.

»Un fuego de leña de pino chisporroteaba en el hogar y animaba con su resplandor tembloroso el rostro del viejo, tan pálido y desencajado que, sin esa iluminación, habría podido tomársele por el de un muerto. Sdenka fue a sentarse junto a él.

»—Padre —dijo—, no quiere tomar nada ni descansar, ¿por qué no nos cuenta su aventura en las montañas?

»Al decir esto, la muchacha sabía que tocaba una fibra sensible porque el viejo se animaba hablando de guerras y batallas. Así que afloró una especie de sonrisa a sus labios descoloridos, sin que sus ojos participasen de ella, y contestó pasándole la mano por sus hermosos cabellos dorados:

»—Sí, hija mía; sí, Sdenka. Te contaré lo que me ha ocurrido en las montañas; pero será en otro momento, porque hoy estoy cansado. Sin embargo, te diré que Alibek ya no existe, y que es mi mano la que le ha dado muerte. Y por si alguien lo duda — prosiguió el viejo paseando la mirada por toda su familia —, ¡aquí está la prueba!

»Deshizo una especie de bulto que llevaba a la espalda y sacó de él una cabeza lívida y ensangrentada… ¡a la que, tocante a palidez, no le iba en zaga la suya! Apartamos la mirada con horror. Pero Gorcha, dándosela a Pedro, le dijo:

»—Ten; cuelga eso encima de la puerta, para que todos los que pasen se enteren de que Alibek ha muerto, y de que los caminos están limpios de salteadores… ¡quitando a los jenízaros del sultán!

»Pedro obedeció con repugnancia.

»—Ahora lo comprendo todo — dijo —; ¡ese pobre perro que acabo de matar aullaba porque olfateaba carne muerta!

»—Sí, olfateaba carne muerta — replicó en tono lúgubre Jorge, que había salido sin que nadie se diese cuenta, y entraba en este momento trayendo en la mano una cosa que dejó en un rincón, y que me pareció una estaca.

»—Jorge —dijo su mujer a media voz —, supongo que no irás a…

»—Hermano —añadió su hermana—, ¿qué vas a hacer? Pero no; no harás nada, ¿verdad?

»—Dejadme —contestó Jorge—; yo sé lo que tengo que hacer, y no haré sino lo que sea necesario.

»A todo esto había caído la noche, y la familia fue a acostarse a una parte de la casa que estaba separada de mi habitación por un tabique bastante delgado. Confieso que lo que había visto durante la tarde había impresionado mi imaginación. Yo tenía la luz apagada y la luna entraba de lleno por un ventanuco bajo, muy cerca de mi cama, proyectando en el suelo y las paredes una claridad macilenta, más o menos como entra aquí, señoras, en este salón donde estamos. Quería dormir pero no podía. Atribuyendo mi insomnio a la claridad de la luna, busqué algo que me sirviera de cortina, pero no encontré nada. Entonces, oí voces confusas al otro lado del tabique, y me puse a escuchar.

»—Acuéstate, mujer —decía Jorge —; y tú, Pedro; y tú, Sdenka. No os preocupéis por nada; yo velaré por vosotros.

»—Pero, Jorge —contestó su mujer —; me corresponde a mí velar; tú estuviste trabajando toda la noche anterior; debes de estar reventado. Además, tengo que mantenerme despierta por nuestro hijo mayor. ¡Sabes que no se encuentra bien desde ayer!

»—Estáte tranquila y acuéstate — dijo Jorge —; ¡yo velaré por los dos!

»—Pero, hermano —dijo entonces Sdenka con su voz más dulce —, me parece inútil velar. Nuestro padre se ha dormido ya; y su expresión parece serena y apacible.

»—No entendéis nada ni la una ni la otra — dijo Jorge en un tono que no admitía réplica —. Os digo que os acostéis y me dejéis velar.

»A continuación se hizo un profundo silencio. Poco después noté que me pesaban los párpados y que el sueño se apoderaba de mis sentidos.

»Me dio la impresión de que se abría lentamente mi puerta y aparecía el viejo Gorcha en el umbral. Pero más que ver su figura, la adivinaba; porque estaba muy oscuro en la habitación de donde venía. Me pareció que sus ojos apagados intentaban leerme el pensamiento y seguir el movimiento de mi respiración. Después avanzó un pie, y luego el otro. Seguidamente, con precaución extrema, echó a andar hacia mí con paso de lobo. Luego dio un salto y se situó junto a mi lecho. Yo sentía una angustia indecible; pero una fuerza invisible me tenía inmovilizado. El viejo se inclinó sobre mí y me acercó su rostro lívido hasta el punto de que me pareció oler su aliento cadavérico. Entonces hice un esfuerzo sobrenatural y me desperté, bañado en sudor. No había nadie en mi cuarto; pero, al echar una mirada hacia la ventana, vi claramente al viejo Gorcha, fuera, con la cara pegada al cristal, y sus ojos espantosos clavados en mí. Tuve fuerzas para no gritar y la suficiente presencia de ánimo para permanecer acostado como si no hubiese visto nada. Sin embargo, el viejo parecía que había venido sólo a asegurarse de que dormía, porque no hizo intento alguno de entrar, sino que, tras mirarme bien, se fue de la ventana, y le oí andar en la habitación contigua. Jorge se había dormido, y roncaba de tal modo que hacía temblar los tabiques. El niño tosió en ese momento, y distinguí la voz de Gorcha.

»—¿No duermes, pequeño? —dijo.

»—No, abuelo —contestó el niño—; ¡me gustaría charlar contigo!

»—Ah, ¿te gustaría charlar conmigo? ¿Y de qué charlaremos?

»—Quiero que me cuentes cómo combatiste a los turcos, ¡porque a mí también me gustaría combatir a los turcos!

»—Ya había pensado en eso, hijito; y te he traído un pequeño yatagán, que te daré mañana.

»—Ah, abuelo, dámelo ahora, ya que no duermes.

»—Pero ¿por qué no me has dicho nada cuando era de día?

»—¡Porque papá me lo había prohibido!

»—Es prudente, tu papá. Así que ¿te gustaría tener tu pequeño yatagán?

»—Ya lo creo; pero aquí no, ¡porque papá podría despertarse!

»—Pues ¿dónde, entonces?

»—Si salimos, te prometo portarme bien y no hacer ningún ruido.

»Me pareció distinguir una risita de Gorcha, y oí que el niño se levantaba. Yo no creía en los vampiros, pero la pesadilla que acababa de tener había influido en mis nervios; y, como no quería tener nada que reprocharme después, me levanté y di un

golpe en el tabique con el puño. Habría bastado para despertar a todos los durmientes, pero nada me indicó que la familia me había oído. Corrí a la puerta decidido a salvar al niño; pero la encontré cerrada por fuera, y el cerrojo no cedía a mis esfuerzos. Mientras intentaba derribarla, vi pasar por delante de mi ventana al viejo con el niño en brazos.

»—¡Despierten, despierten! — grité con todas mis fuerzas, y sacudí el tabique con mis golpes. Sólo entonces despertó Jorge.

»—¿Dónde está el viejo? —dijo.

»—Deprisa, corra —le grité—; ¡el viejo se ha llevado a su hijo!

»De una patada Jorge hizo saltar la puerta, que había sido cerrada por fuera como la mía, y echó a correr en dirección al bosque. Por fin conseguí despertar a Pedro, a su cuñada y a Sdenka. Nos reunimos delante de la casa; y tras unos minutos de espera, vimos regresar a Jorge con su hijo. Lo había encontrado desvanecido en el camino; pero no tardó en volver en sí, y no parecía más enfermo que antes. Acuciado a preguntas, contestó que su abuelo no le había hecho ningún daño, que habían salido juntos para charlar más a gusto, pero que una vez fuera había perdido el conocimiento, no recordaba cómo. En cuanto a Gorcha, había desaparecido.

»El resto de la noche, como cabe imaginar, transcurrió sin que nadie pegara ojo.

»A la mañana siguiente me enteré de que el Danubio, que cortaba el camino real a un cuarto de legua del pueblo, había empezado a arrastrar témpanos, cosa que ocurre siempre en esas regiones a finales del otoño y comienzos de la primavera. El paso quedó cortado durante unos días, y no podía pensar siquiera en marcharme. De todos modos, aunque hubiese podido irme, la curiosidad, unida a cierta atracción más fuerte, me habría retenido. Cuanto más veía a Sdenka, más inclinado me sentía a amarla. No soy de los que creen en las pasiones repentinas e irresistibles cuyos ejemplos nos ofrecen las novelas; pero pienso que hay ocasiones en que el amor se desarrolla más deprisa que de costumbre. La belleza original de Sdenka, aquel singular parecido con la duquesa de Gramont, por la que había huido de París para encontrarla aquí, vestida con traje pintoresco, hablando una lengua extraña y armoniosa; aquel rasgo característico de la cara por el que, en Francia, había querido hacerme matar veinte veces, todo esto, unido a la singularidad de mi situación y a los misterios que me rodeaban, debió de contribuir a que madurase en mí un sentimiento que, en otras circunstancias, no se habría manifestado quizá sino de una forma vaga y pasajera.

»A lo largo del día oí a Sdenka conversar con su hermano menor.

»—¿Qué piensas tú de todo esto? — decía ella —. ¿También sospechas de nuestro padre?

»—Yo no me atrevo a sospechar — contestó Pedro —, y menos habiendo dicho el niño que no le ha hecho ningún daño. En cuanto a su desaparición, sabes que nunca ha dado explicaciones de sus ausencias.

»—Lo sé —dijo Sdenka—; pero entonces hay que salvarlo; porque ya conoces a Jorge…

»—Sí, sí, lo conozco. Hablarle sería inútil. Le esconderemos la estaca y no irá a buscar otra, porque a este lado de las montañas no hay un solo álamo.

»—Sí, escondámosle la estaca; pero no hay que decir nada a los niños; ¡podría escapárseles delante de Jorge!

»—Tendremos mucho cuidado — dijo Pedro; y se separaron.

»Llegó la noche sin que se supiera nada del viejo Gorcha. Yo estaba tendido en la cama, como la noche anterior, y la luna entraba de lleno en mi habitación. Cuando el sueño comenzaba a nublarme las ideas, sentí, como por instinto, la proximidad del viejo. Abrí los ojos y vi su cara pegada a mi ventana.

»Esta vez quise levantarme, pero me fue imposible. Me parecía que tenía los miembros paralizados. Después de mirarme largamente, el viejo se alejó. Le oí dar la vuelta a la casa y llamar suavemente a la ventana de la habitación donde dormían Jorge y su mujer. El niño se revolvió en su cama y gimió en sueños. Transcurrieron unos minutos en silencio; luego oí llamar otra vez a la ventana. Entonces el niño volvió a gemir y se despertó…

»—¿Eres tú, abuelo? —dijo.

»—Soy yo —contestó una voz sorda —; te traigo tu pequeño yatagán.

»—Pero no me atrevo a salir; ¡papá me lo ha prohibido!

»—No tienes por qué salir; ¡abre la ventana y ven a darme un beso!

»El niño se levantó y le oí abrir la ventana. Entonces, apelando a todas mis energías, salté de la cama y corrí a golpear el tabique. Un minuto después se había levantado Jorge. Le oí soltar un juramento, su mujer profirió un grito, y poco después nos habíamos reunido todos alrededor del niño inanimado. Gorcha había desaparecido como el día anterior. A fuerza de cuidados, logramos que el niño volviera en sí; pero estaba muy débil y respiraba con dificultad. El pobrecillo ignoraba la causa de su desvanecimiento. Su madre y Sdenka lo achacaron al susto que se había llevado al ser sorprendido hablando con su abuelo. Yo no dije nada. Sin embargo, una vez que el niño se hubo calmado, se volvieron a acostar todos salvo Jorge.

»Hacia el alba, oí que se despertaba su mujer y que hablaban en voz baja. Sdenka se reunió con ellos y la oí sollozar, así como a la cuñada.

»El niño había muerto.

»Paso por alto la desesperación de la familia. Nadie, sin embargo, atribuyó su causa al viejo Gorcha. Al menos, no lo dijeron abiertamente.

»Jorge no hablaba, pero su expresión siempre sombría tenía ahora algo de terrible. El viejo estuvo dos días sin aparecer. La noche del tercero (en que había tenido lugar el entierro del niño), me pareció oír pasos alrededor de la casa, y una voz de viejo que llamaba al hermanito del difunto. Me pareció también, por un momento, ver la cara de Gorcha pegada a mi ventana; pero no pude comprobar si era real o se

trataba de un producto de mi imaginación, porque esa noche la luna estaba oculta. Sin embargo, consideré mi deber informar a Jorge. Jorge interrogó al pequeño, y éste contestó que, efectivamente, había oído que le llamaba su abuelo, y que le había visto mirar por la ventana. Jorge ordenó severamente a su hijo que le despertase si volvía a ocurrir.

»Todas estas circunstancias no eran obstáculo para que mi afecto por Sdenka fuera en aumento.

»No había podido hablar con ella sin testigos durante el día. Cuando llegó la noche, la idea de mi marcha inminente me oprimía el corazón. La habitación de Sdenka estaba separada de la mía por un pasillo que daba por un lado a la calle y por el otro al patio.

»Se había acostado ya la familia que me hospedaba, cuando se me ocurrió dar una vuelta por el campo para distraerme. Salí al pasillo, y vi que la puerta de Sdenka estaba entornada.

»Me detuve involuntariamente. Un susurro de vestidos muy conocido hizo que el corazón me latiera con violencia. Luego oí la letra de una canción a media voz. Era el adiós que un rey serbio dirigía a su amada al partir para la guerra:

> *«¡Oh, mi joven junco», decía el viejo rey, «yo parto para la guerra, y tú me olvidarás!*
> *Los árboles que crecen al pie de la montaña son esbeltos y flexibles, ¡pero tu talle lo es más!*
> *Los frutos del serbal que el viento mece son rojos, ¡pero tus labios son más rojos que los frutos del serbal!*
> *Pero yo soy como un viejo roble deshojado, ¡y mi barba es más blanca que la espuma del Danubio!*
> *Tú me olvidarás, amada mía, y yo moriré de tristeza; ¡pues el enemigo no osará matar a un viejo rey!».*
> *Y la hermosa contestó: «Juro serte fiel y no olvidarte. ¡Y si falto a este juramento, pido que puedas tú, después de muerto, chuparme la sangre del corazón!».*
> *Y dijo el viejo rey: «¡Así sea!».*
> *Y partió para la guerra. Y muy pronto la hermosa le olvidó…*

»Aquí calló Sdenka como si temiese acabar la balada. Yo no pude contenerme más. Esa voz tan dulce, tan expresiva, era la voz de la duquesa de Gramont… Sin pararme a pensar, empujé la puerta y entré. Sdenka acababa de quitarse una especie de casaquilla que visten las mujeres de su país. Todo lo que llevaba era su camisa bordada en oro y seda roja, ajustada a su talle por una sencilla falda a cuadros. Sus hermosas trenzas rubias deshechas y su abandono realzaban sus atractivos. Sin enfadarse por mi brusca irrupción, pareció confusa y se ruborizó ligeramente.

»—¡Oh! —me dijo—, ¿por qué ha entrado? ¿Qué pensarán de mí si nos sorprenden?

»—Sdenka, vida mía —le dije—, tranquilícese; todos duermen a nuestro alrededor, sólo el grillo en la hierba y el abejorro en el aire pueden oír lo que tengo que decirle.

»—¡Oh, amigo mío, salga, salga! ¡Si le sorprende mi hermano, estoy perdida!

»—Sdenka, no me iré hasta que me haya prometido amarme siempre, como prometió la hermosa al rey de la balada. Me marcho pronto, Sdenka, ¡quién sabe cuándo volveremos a vernos! Sdenka, la amo más que a mi propia alma, más que a mi propia salvación… Suya es mi vida y mi sangre… ¿no me va a conceder una hora, a cambio?

»—Muchas son las cosas que pueden suceder en una hora — dijo Sdenka en tono pensativo; pero dejó su mano en la mía —. No conoce a mi hermano — prosiguió, estremeciéndose —. Tengo el presentimiento de que vendrá.

»—Tranquilícese, Sdenka mía — le dije —, su hermano está cansado por sus continuas vigilias: lo arrulla el viento que juega en los árboles; muy pesado es su sueño y muy larga la noche, ¡y yo sólo le pido una hora! Después, adiós… ¡quizá para siempre!

»—¡Oh, no, para siempre no! — dijo vivamente Sdenka; luego retrocedió, como asustada de su propia voz.

»—¡Ah, Sdenka! —exclamé—, no veo nada sino a usted, no oigo nada sino a usted; no soy dueño de mí. Obedezco a una fuerza superior, ¡Sdenka, perdóneme! — y como un loco, la estreché contra mi corazón.

»—¡Oh, no es usted amigo mío! — dijo ella; y desasiéndose de mis brazos, fue a refugiarse en el fondo de su habitación. No sé qué le contesté; estaba confuso por mi audacia, no porque no me hubiera dejado llevar por ella en ocasiones parecidas, sino porque, a pesar de mi pasión, no podía por menos de sentir un sincero respeto por la inocencia de Sdenka.

»Es cierto que, al principio, había aventurado algunas de esas frases galantes que no desagradan a las mujeres hermosas de nuestro tiempo; pero en seguida sentí vergüenza, y renuncié, viendo que la sencillez de la joven le impedía comprender lo que ustedes, señoras (porque veo que sonríen), han adivinado con sólo haberlo insinuado.

»Y estaba allí, delante de ella, sin saber qué decir, cuando de repente la vi estremecerse y clavar en la ventana una mirada de terror. Seguí la dirección de sus ojos, y vi claramente el rostro inmóvil de Gorcha, que nos observaba desde fuera.

»En ese instante, sentí una mano pesada sobre mi hombro. Me volví. Era Jorge.

»—¿Qué hace aquí? —me preguntó.

»Desconcertado ante esta brusca interpelación, le mostré a su padre que nos miraba por la ventana, y que desapareció en cuanto se vio descubierto por Jorge.

»—He oído al viejo y he entrado a prevenir a su hermana — le dije.

»Jorge me miró como si quisiera leer el fondo de mi alma. Luego me cogió por el brazo, me condujo a mi habitación y se fue sin decir palabra.

»A la mañana siguiente, la familia se había reunido ante la puerta de la casa, en torno a una mesa repleta de productos de la leche.

»—¿Dónde está el niño? —dijo Jorge.

»—En el patio —contestó su madre —; jugando solo a su juego favorito, imaginar que combate a los turcos.

»Apenas había dicho esto cuando, para nuestro completo asombro, vimos venir del fondo del bosque la alta figura de Gorcha; se acercó despacio a nuestro grupo, y se sentó a la mesa como hizo el día de mi llegada.

»—Sea bienvenido, padre —murmuró la nuera con voz apenas audible.

»—Bienvenido sea, padre —repitieron Sdenka y Pedro en voz baja.

»—Padre —dijo Jorge con voz firme, pero cambiando de color —; ¡le esperábamos para que bendijera la mesa!

»El viejo se volvió, arrugando el ceño.

»—¡Bendígala ya! —repitió Jorge —; y haga la señal de la cruz, o por san Jorge…

»Sdenka y su cuñada se inclinaron hacia el viejo y le suplicaron que dijera la oración.

»—No, no, no —dijo el viejo—. No tiene derecho a mandarme; y como insista, ¡le maldigo!

»Jorge se levantó y corrió a la casa. Poco después regresó con ojos furibundos.

»—¿Dónde está la estaca? —exclamó —. ¿Dónde habéis escondido la estaca?

»Sdenka y Pedro intercambiaron una mirada.

»—¡Cadáver! —dijo entonces Jorge, dirigiéndose al viejo —, ¿qué has hecho con mi hijo mayor? ¿Por qué has matado a mi hijo? ¡Devuélvemelo, cadáver!

»Y mientras decía todo esto, se iba poniendo cada vez más pálido, y sus ojos se animaban aún más.

»El viejo le miraba con ojos malévolos, pero no decía nada.

»—¡Ah! ¡La estaca, la estaca! — exclamó Jorge —. ¡El que la haya escondido que responda de las desgracias que nos aguardan!

»En ese momento oímos la risa alegre del más pequeño, y le vimos llegar a caballo sobre una gran estaca que arrastraba caracoleando y profiriendo con su vocecita el grito de guerra de los serbios cuando se lanzan sobre el enemigo.

»Al verlo, los ojos de Jorge centellearon. Arrebató la estaca al niño y se abalanzó sobre su padre. Éste profirió un aullido, y echó a correr en dirección al bosque a una velocidad tan poco acorde con su edad que parecía sobrenatural.

»Jorge lo persiguió por los campos, y poco después los perdimos de vista.

»El sol se había puesto ya cuando Jorge regresó a casa, pálido como la muerte y con los cabellos erizados. Se sentó cerca del fuego, y me pareció oír que le castañeteaban los dientes. Nadie se atrevió a preguntarle. Hacia la hora en que la familia tenía costumbre de retirarse, pareció recobrar toda su energía. Y llevándome aparte, me dijo de la manera más natural:

»—Mi querido huésped; acabo de ver el río. No hay témpanos y el camino está despejado; nada impide ya su marcha. No hace falta — añadió, dirigiendo una mirada a Sdenka — que se despida de mi familia. Ella le desea por mediación mía toda la

felicidad que se pueda alcanzar aquí abajo, y espero que guarde de nosotros un buen recuerdo. Mañana, al amanecer, encontrará ensillado el caballo y a su guía dispuesto a acompañarle. Adiós; acuérdese alguna vez de su anfitrión, y perdónele si su estancia aquí no ha estado todo lo exenta de tribulaciones que él hubiera deseado.

»Las duras facciones de Jorge tenían en ese momento una expresión casi cordial. Me acompañó a mi habitación y me estrechó la mano por última vez. Luego se estremeció, y sus dientes castañetearon como si temblara de frío.

»Una vez solo, no pensé en acostarme, como habrán imaginado. Me preocupaban otras cosas. Yo había amado varias veces en mi vida. Había tenido accesos de ternura, de despecho y de celos; pero nunca, ni aun al separarme de la duquesa de Gramont, había experimentado una tristeza como la que me desgarraba el corazón en ese momento. Antes de que saliese el sol, me puse la ropa de viaje e intenté obtener una última entrevista con Sdenka. Pero Jorge me esperaba en el recibimiento. Se me esfumó toda posibilidad de volverla a ver.

»Salté sobre mi caballo y piqué espuelas. Me prometí volver a pasar por este pueblo a mi regreso de Jassy; y esta esperanza, por lejana que fuera, disipó poco a poco mis preocupaciones. Pensaba ya con complacencia en el momento del regreso, y mi imaginación me representaba de antemano todos los detalles, cuando un brusco movimiento del caballo estuvo a punto de hacerme perder el arzón. El animal se paró en seco, envaró las patas delanteras, y sus ollares emitieron ese ruido de alarma que la proximidad de un peligro arranca a los de su especie. Miré con atención, y vi delante de mí, a un centenar de pasos, un lobo que excavaba la tierra. Al oírme, emprendió la huida; hundí las espuelas en los ijares de mi montura y conseguí hacerla andar. Entonces descubrí, en el sitio que había abandonado el lobo, una fosa reciente. Me pareció distinguir además el extremo de una estaca que sobresalía unas pulgadas de la tierra que el lobo acababa de remover. Aunque no estoy seguro del todo porque pasé muy deprisa junto a ese lugar.

Aquí el marqués calló, y aspiró un pellizco de rapé.

—¿Es todo? —preguntaron las damas.

—¡Ah, no! —contestó el señor D’Urfé —. Lo que voy a contarles ahora representa para mí un recuerdo mucho más doloroso; y daría lo que fuera por librarme de él.

»Los asuntos que me llevaron a Jassy me retuvieron más tiempo de lo que yo había previsto. No quedaron concluidos hasta seis meses más tarde. ¿Qué puedo decirles? Es triste admitirlo, pero no deja de ser verdad que hay pocos sentimientos duraderos en este mundo. El éxito de mis negociaciones, los alientos que recibía del gabinete de Versalles, la política en una palabra, esa antipática política que tanto nos ha fastidiado últimamente, no tardó en debilitar en mi espíritu el recuerdo de Sdenka. Después, la mujer del hospodar, persona muy hermosa, y que dominaba perfectamente nuestra lengua, me había hecho el honor, desde mi llegada, de distinguirme entre los demás jóvenes extranjeros que residían en Jassy. Educado,

como he sido, en los principios de la galantería francesa, mi sangre gala se habría rebelado ante la idea de pagar con la ingratitud la benevolencia que me demostraba la belleza. Así que respondí cortésmente a las insinuaciones que se me hicieron; incluso, para hacer valer los intereses y derechos de Francia, comencé a identificarme con los del hospodar.

»Llamado por mi país, emprendí de vuelta el camino que me había llevado a Jassy.

»No pensaba ya en Sdenka, ni en su familia, cuando una tarde, cabalgando por el campo, oí una campana que daba las ocho. No me resultó desconocido su tañido, y mi guía me dijo que provenía de un convento que había a cierta distancia. Le pregunté qué convento era aquél, y me dijo que el de la Virgen del Roble. Acucié a mi caballo, y poco después llamábamos a su puerta. Acudió a abrirnos el ermitaño y nos condujo a la dependencia de los forasteros. La encontré tan llena de peregrinos que se me fueron las ganas de pasar la noche allí; así que le pregunté si podría encontrar alojamiento en el pueblo.

»—Encontrará de sobra —me contestó el ermitaño, exhalando un profundo suspiro —. Gracias a ese impío de Gorcha, ¡no faltan casas vacías allí!

»—¿Qué me dice? —pregunté—, ¿aún vive el viejo Gorcha?

»—¡Ah, no! ¡Bien muerto está, y enterrado, con una estaca en el corazón! Pero le chupó la sangre al hijo de Jorge. Y el niño regresó una noche llorando a la puerta, diciendo que tenía frío y que quería entrar. La tonta de su madre, a pesar de que lo había enterrado ella misma, no tuvo valor para enviarlo otra vez al cementerio y le abrió. Entonces se arrojó sobre ella y la chupó hasta matarla. Después de enterrada, volvió ella, también, a chuparle la sangre a su segundo hijo, luego a su marido, y después a su cuñado. Todos han muerto.

»—¿Y Sdenka? —dije yo.

»—¡Ah, se volvió loca de dolor! ¡Pobre criatura! No me hable de ella.

»La respuesta del ermitaño no era clara, y yo no me atreví a repetir la pregunta.

»—El vampirismo es contagioso — prosiguió el ermitaño, santiguándose —; son muchas las familias del pueblo que se han contaminado; algunas han perdido hasta a su último miembro. Y créame: debería pasar la noche en el convento; porque en el pueblo, si no acaba devorado por los *vurdalaks*, el terror que le harán pasar bastará para encanecerle antes de que toque yo a maitines. No soy más que un pobre religioso — prosiguió —, pero la generosidad de los viajeros me permite proveer a sus necesidades. Tengo quesos exquisitos, pasas que sólo con verlas se le hará la boca agua, ¡y algunos frascos de vino de Tokay que no desmerece en nada al que sirven a su santidad el Patriarca!

»En ese momento me pareció que el ermitaño cedía paso al posadero. Me dio la impresión de que me había contado un cuento para darme ocasión de congraciarme con el cielo imitando la generosidad de los viajeros que permitía al hombre santo proveer a sus necesidades.

»Además, la palabra miedo me ha hecho siempre el mismo efecto que el clarín a un caballo de guerra. Habría sentido vergüenza de mí mismo si no hubiera partido en seguida. Mi guía, temblando, me pidió permiso para quedarse; se lo concedí de buen grado.

»Tardé una media hora en llegar al pueblo. Lo encontré desierto. Ni una luz brillaba en las ventanas, ni una canción se dejaba oír. Pasé en silencio por delante de todas las casas, la mayoría de las cuales me resultaban conocidas, y llegué finalmente a la de Jorge. Ya fuera movido por un recuerdo sentimental o por mi temeridad de joven, el caso es que decidí pasar allí la noche.

»Bajé del caballo y llamé a la puerta cochera, se abrió, con un chirrido de goznes, y entré en el patio.

»Até el caballo ensillado bajo un cobertizo, donde encontré provisión de avena para una noche, y me dirigí con resolución a la casa.

»No había ninguna puerta cerrada, aunque todas las habitaciones parecían deshabitadas. La de Sdenka daba la impresión de haber sido abandonada el día antes. Aún había algunos vestidos sobre la cama. Unas joyas que ella recibió de mí, entre las que reconocí un crucifijo de esmalte que yo había comprado al pasar por Pest, brillaban sobre una mesa al resplandor de la luna. No pude por menos de sentir un encogimiento de corazón, a pesar de que mi amor era ya cosa pasada. De todos modos, me envolví en mi abrigo y me eché en la cama. Poco después me dormí. No me acuerdo con detalle de mi sueño, pero sé que vi a Sdenka, bella, ingenua y cariñosa como en otra ocasión. Me reproché, al verla, mi egoísmo y mi veleidad. ¿Cómo, me preguntaba, había podido abandonar a esta pobre criatura que me amaba, cómo había podido olvidarla? Luego, su imagen se confundió con la de la duquesa de Gramont, y no vi en las dos figuras sino a una misma y única persona. Me arrojé a los pies de Sdenka e imploré su perdón. Todo mi ser, toda mi alma se fundieron en un sentimiento inefable de melancolía y felicidad.

»En ese momento de mi sueño estaba, cuando me despertó a medias un susurro armonioso, semejante al del trigo agitado por una brisa ligera. Me pareció oír las espigas al rozarse melodiosamente, y el canto de los pájaros mezclándose con el rumor de una cascada y el cuchicheo de los árboles. Después, me dio la impresión de que todos estos ruidos confusos no eran sino el roce de un vestido de mujer, y me detuve ante esta idea. Abrí los ojos y vi a Sdenka junto a mi cama. La luna brillaba con un resplandor tan intenso que podía distinguir hasta el más pequeño detalle de los rasgos adorables, en otro tiempo tan queridos por mí. Pero mi sueño sólo acababa de hacerme ver el precio. Encontré a Sdenka más hermosa y más desarrollada. Iba vestida igual que la última vez, cuando la había visto a solas: con una camisa sencilla bordada en oro y seda, y una falda muy ceñida por encima de las caderas.

»—¡Sdenka! —dije, incorporándome —, ¿eres tú, Sdenka?

»—Sí, soy yo —me contestó con voz suave y triste —; tu Sdenka, a la que habías olvidado. ¡Ah, por qué no volviste antes! Ahora, todo ha terminado, es preciso que te

vayas; ¡un instante más y estarás perdido! ¡Adiós, amigo mío, adiós para siempre!

»—¡Sdenka —dije yo—, has sufrido muchas desgracias, me lo han contado! ¡Ven, hablaremos un poco y eso te aliviará!

»—¡Oh, amigo mío! —dijo ella—, no debes creer todo lo que se dice de nosotros. Pero vete, vete lo más deprisa que puedas; porque si te quedas aquí, es segura tu perdición.

»—Pero, Sdenka, ¿cuál es el peligro que me amenaza? ¿No puedes concederme una hora, una hora tan sólo, para hablar contigo?

»Sdenka se estremeció, y una extraña revolución se apoderó de su persona.

»—Sí, una hora; una hora, ¿verdad? Como cuando yo cantaba la balada del viejo rey y entraste en esta habitación. ¿Es eso lo que quieres decir? Bien, de acuerdo: te concedo una hora. Pero no — dijo, rectificando —. Márchate, ¡vete! Vete cuanto antes; te lo suplico, ¡huye!… ¡Huye, ahora que aún tienes tiempo!

»Una energía salvaje animaba su semblante.

»No me explicaba las razones que la hacían hablar así, pero estaba tan hermosa que decidí quedarme, a pesar de sus ruegos. Cediendo finalmente a mi insistencia, se sentó junto a mí, me habló de tiempos pasados y me confesó ruborizándose que se había enamorado de mí desde el momento de mi llegada. Sin embargo, poco a poco, observé que se operaba un gran cambio en ella. Su antigua reserva dejó paso a un extraño abandono. Su mirada, hasta hacía poco tan tímida, tenía algo de atrevimiento. Finalmente, vi con sorpresa que su actitud hacia mí estaba muy lejos de la modestia que antes la había caracterizado.

»¿Es posible, me dije, que Sdenka ya no sea la joven pura e inocente que me pareció hace dos años? ¿Adoptaría entonces aquella apariencia por temor a su hermano? ¿Tan burdamente me dejé engañar por su fingida virtud? ¿Es, quizá, un refinamiento de su coquetería? ¡Y yo que creía conocerla! ¡Pero no importa! Si Sdenka no es una Diana como yo había pensado, muy bien, puedo compararla con otra divinidad no menos amable; ¡y por Dios que prefiero el papel de Adonis al de Acteón!

»Si esta frase clásica que me dirigí a mí mismo les parece pasada de moda, señoras, les ruego recuerden que lo que tengo el honor de contarles ocurría en el año de gracia de 1758. La mitología estaba entonces a la orden del día, y yo no tenía ningún interés en ir por delante de mi siglo. Mucho han cambiado las cosas desde entonces, y no hace tanto que la revolución, al derribar los vestigios del paganismo a la vez que los de la religión cristiana, ha puesto a la diosa Razón en su lugar. Esta diosa, mis queridas señoras, no ha sido jamás mi patrona cuando me he encontrado en presencia de ustedes las damas; y, en la época de la que hablo, me sentía menos inclinado aún a ofrecerle sacrificios. Me abandoné sin reserva a la inclinación que me empujaba hacia Sdenka, y corrí gozosamente al encuentro de sus caricias. Llevábamos ya un rato entregados a una dulce intimidad cuando, entreteniéndome en adornarla con todas sus joyas, quise ponerle en el cuello el crucifijo de esmalte que

había encontrado sobre la mesa. Al hacer yo el ademán, Sdenka retrocedió con un estremecimiento.

»—Basta de niñerías, amigo mío — me dijo —; ¡aparta esas fruslerías y hablemos de ti y de tus proyectos!

»La turbación de Sdenka me dio que pensar. Al mirarla con atención, observé que no tenía ya en el cuello, como antes, el montón de medallas, relicarios y bolsitas de incienso que las mujeres serbias suelen llevar desde niñas, y no se quitan hasta la muerte.

»—Sdenka —le dije—, ¿dónde están las medallas que llevabas en el cuello?

»—Las he perdido —contestó en un tono de impaciencia; y cambió en seguida de conversación.

»No sé qué presentimiento vago, del que no me di cuenta, se apoderó de mí. Quise marcharme, pero Sdenka me retuvo.

»—¡Cómo! —dijo—, ¿me has pedido una hora y quieres irte ya a los pocos minutos?

»—Sdenka —dije—, tenías razón al insistirme en que me fuera; me parece que oigo ruido ¡y temo que nos sorprendan!

»—Tranquilízate, amigo mío, todos duermen a nuestro alrededor, ¡y sólo el grillo en la hierba y el abejorro en el aire pueden oír lo que tengo que decirte!

»—No, no, Sdenka; ¡es preciso que me vaya!…

»—Espera, espera —dijo Sdenka—; ¡te amo más que a mi alma, más que a mi salvación; me dijiste que tu vida y tu sangre eran mías!…

»—Pero tu hermano, tu hermano, Sdenka; ¡tengo el presentimiento de que vendrá!

»—Tranquilízate, vida mía; mi hermano es arrullado por el viento que juega en los árboles; muy pesado es su sueño y muy larga la noche, ¡y yo sólo te pido una hora!

»Diciendo esto, Sdenka estaba tan hermosa que el deseo de seguir junto a ella comenzaba a imponerse al vago terror que me turbaba. Una mezcla de recelo y voluptuosidad imposible de describir inundaba todo mi ser. A medida que me debilitaba, Sdenka se mostraba más tierna; tanto que decidí ceder, prometiéndome permanecer alerta. Sin embargo, como he dicho antes, nunca he sido sensato sino a medias; y cuando Sdenka, al notar mi reserva, me propuso combatir el frío de la noche con unas copas del generoso vino que dijo haber conseguido del buen ermitaño, acepté la sugerencia con un entusiasmo que le hizo sonreír. El vino hizo su efecto. A la segunda copa, se me borró por completo la mala impresión que me había causado el detalle del crucifijo y las medallas; Sdenka, con la ropa desordenada, sus hermosos cabellos medio destrenzados, sus joyas centelleando con la luz de la luna, me pareció irresistible. No me contuve ya y la estreché entre mis brazos.

»Entonces, señoras, tuvo lugar una de esas misteriosas revelaciones que no sabría explicar, pero que la experiencia me ha obligado a creer, aunque hasta entonces me

había sentido poco inclinado a admitirlas.

»La fuerza con que enlacé los brazos alrededor de Sdenka hizo que se me clavase en el pecho una de las puntas del crucifijo que les acabo de enseñar, y que la duquesa de Gramont me había regalado al separarnos. El agudo dolor que sentí fue para mí como un rayo de luz que me traspasó de parte a parte. Miré a Sdenka y vi que su rostro, aunque siempre hermoso, estaba contraído por la muerte, que sus ojos no veían y que su sonrisa era el rictus que deja la agonía en el rostro de un cadáver. Al mismo tiempo, percibí en el aposento ese olor nauseabundo que emana normalmente de las criptas mal cerradas. Ante mí se alzó la espantosa verdad con todo su horror, y recordé, demasiado tarde, la advertencia del ermitaño. Comprendí cuán comprometida era mi situación, y me di cuenta de que todo dependía de mi valor y mi sangre fría. Me aparté de Sdenka para ocultarle el terror que mi rostro debía de reflejar. Mis ojos se desviaron a continuación hacia la ventana, y vi al infame Gorcha apoyado en una estaca ensangrentada, con sus ojos de hiena clavados en mí. La otra ventana estaba ocupada por el pálido rostro de Jorge, que en ese momento tenía, como su padre, un aspecto espantoso. Los dos parecían espiar mis movimientos, y no dudé que se abalanzarían sobre mí en cuanto hiciera yo el menor intento de huir. Fingí, pues, no haberlos visto, y con inmenso esfuerzo, sí, mis queridas señoras, seguí prodigando a Sdenka las mismas caricias que me gustaba hacerle antes del terrible descubrimiento. Entre tanto, pensaba angustiado en la forma de escapar. Observé que Gorcha y Jorge intercambiaban con Sdenka miradas de entendimiento, y que empezaban a impacientarse. Oí fuera, también, una voz de mujer y gritos de niños; aunque tan espantosos que habrían podido tomarse por maullidos de gatos salvajes.

»Ha llegado el momento de largarme — me dije —; ¡y cuanto antes mejor!

»Dirigiéndome luego a Sdenka, le dije en voz alta, de manera que me oyesen sus horribles parientes:

»—Estoy muy cansado, amor mío; quisiera acostarme y dormir unas horas; pero antes debo ir a ver si ha comido el caballo. Por favor, no te vayas, espérame a que vuelva.

»Posé entonces mis labios sobre sus labios fríos y descoloridos, y salí. Encontré el caballo cubierto de espuma y forcejeando en el cobertizo. No había tocado la avena; pero el relincho que profirió al verme llegar me puso la carne de gallina, porque temí que delatara mis intenciones. Sin embargo, los vampiros, que probablemente habían oído mi conversación con Sdenka, habían pensado en tomar medidas. Comprobé luego que la puerta de la cochera estaba abierta y, saltando sobre la silla, hinqué las espuelas en los ijares del caballo.

»Al trasponer la puerta, tuve tiempo de ver que los congregados alrededor de la casa, la mayoría de los cuales estaba con la cara pegada a los cristales, eran numerosos. Creo que mi brusca salida les impidió reaccionar al principio; porque durante unos momentos no discerní, en el silencio de la noche, otro ruido que el galope uniforme de mi caballo. Creía ya poder felicitarme de mi astucia, cuando de

repente oí detrás un rumor semejante a un huracán irrumpiendo en las montañas. Mil voces confusas gritaban, bramaban y parecían reñir entre sí. Luego callaron todas, como de común acuerdo, y oí un patear precipitado como si se acercase a la carrera un tropel de infantería.

»Acucié a mi montura hasta desgarrarle los ijares. Una ardiente fiebre hacía que me latiesen con violencia las arterias; y mientras me agotaba en esfuerzos inauditos por conservar mi presencia de ánimo, oí tras de mí una voz que me gritaba:

»—¡Detente, detente, amigo mío! ¡Te amo más que a mi alma, te amo más que a mi salvación! ¡Detente, detente! ¡Tu sangre es mía!

»A la vez, un aliento frío me rozó la oreja, y sentí que Sdenka saltaba a la grupa de mi caballo.

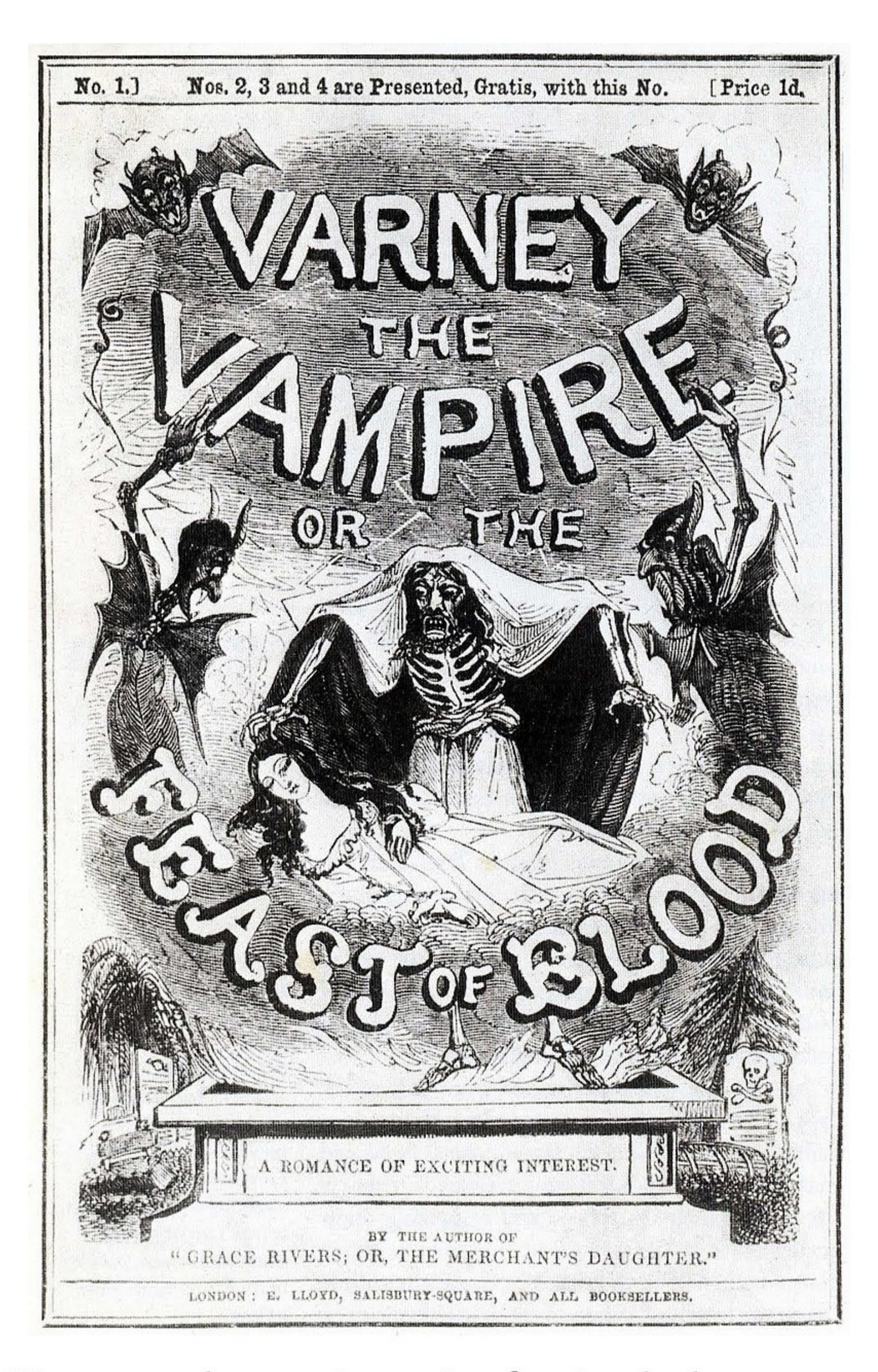
»—¡Corazón, vida mía! —me dijo—. No veo otra cosa que a ti, ni siento otra cosa que a ti. No soy dueña de mí; obedezco tan sólo a una fuerza superior. ¡Perdóname, amigo mío, perdóname!

»Y, estrechándome con sus brazos, trató de inclinarme hacia atrás y morderme en el cuello. Entablamos una lucha terrible. Durante largo rato, me defendí con gran esfuerzo; pero finalmente logré coger a Sdenka por la cintura con una mano y por las trenzas con la otra; y enderezándome sobre los estribos, ¡la arrojé a tierra!

»A continuación me abandonaron las fuerzas y el delirio se apoderó de mí. Mil imágenes frenéticas y terribles me perseguían gesticulando. Primero salieron Jorge y su hermano Pedro al borde del camino e intentaron cortarme el paso. No lo consiguieron; e iba yo a alegrarme cuando, al volverme, descubrí al viejo Gorcha que, valiéndose de su estaca, venía saltando como hacen los tiroleses para salvar precipicios. Gorcha quedó atrás también. Entonces su nuera, que tiraba de sus hijos, le arrojó uno; y Gorcha lo recibió con la punta de la estaca. Y sirviéndose de ella a modo de balista, lanzó al niño con todas sus fuerzas sobre mí. Esquivé el golpe. Pero con un instinto de verdadero *bulldog*, el pequeño tunante se agarró al cuello de mi caballo, y me costó un esfuerzo tremendo arrancarlo. Del mismo modo me fue enviado el otro niño; pero cayó más allá del caballo y se despachurró. No sé qué más vi; pero cuando recobré la conciencia era de día y me encontraba tendido en el camino, junto a mi caballo agonizante.

»Así acabó, señoras, un episodio amoroso que debería haberme quitado para siempre las ganas de más. Algunas contemporáneas de sus abuelas podrían decirles si fui a partir de entonces más precavido.

»Sea como fuere, todavía tiemblo al pensar que, de haber sucumbido a mis enemigos, me habría convertido yo también en vampiro. Pero el cielo no permitió que las cosas llegaran a ese punto; y lejos de estar sediento de su sangre, señoras, no pido otra cosa, con lo viejo que soy, que verter la mía al servicio de todas ustedes.



Varney, el vampiro o La fiesta de la sangre
Thomas Peckett Priest, (1847)

James Malcolm Rymer

Varney, el vampiro

(1847)

Hacia 1846 el aura byroniana, distinguida y canallesca, de lord Ruthven deslumbra en Londres y en París; proliferan toda clase de poemas, historias y obras de teatro que tienen como protagonista a un vampiro. La moda se extiende incluso hasta la ópera y, como suele suceder en estos casos, se está convirtiendo en una nueva y excitante fórmula comercial. Algunos moralistas ingleses comienzan a inquietarse ante semejante delirio que se extiende sobre todo entre la juventud y las clases populares.

Todos estos signos van preparando el terreno para el advenimiento de un nuevo libro catalizador de este onirismo reinante; este libro será *Varney, el vampiro o la fiesta de la sangre*, la voluminosa novela del escritor e ingeniero escocés James Malcolm Rymer. Nada menos que 868 páginas a doble columna, divididas en 220 capítulos. Una incansable repetición de historias húmedas y sangrientas con todos los excesos más *kitsch* de la novela gótica: noches frías y oscuras, viento ululante, gritos exasperados, puñaladas, disparos, histéricos designios y un sinfín de exclamaciones en escenas llenas de sangre y muerte, moduladas de vez en cuando por una extensa gama de fantasías eróticas. Sir Francis Varney es matado a lo largo de la novela de todas las maneras imaginables, incluida la estaca, pero todo es en vano: siempre resucita a la luz de la luna, ávido de morder el cuello y sorber más sangre de alguna nueva víctima de cabellos revueltos.

Sólo los interminables sueños de un cínico y reprimido victoriano pudieron alcanzar los efectos deseados en el inconsciente de una sociedad acostumbrada a ocultarse en la más severa hipocresía. La mezcla explosiva entre el misterioso magnetismo sexual que irradia Varney junto al atractivo de su distinción villana se apoderó de los lectores de su tiempo, y desde su publicación en 1847, fue durante quince años un sólido *best-seller* de la editorial Lloyd. Hoy es un libro que ya no existe en las librerías inglesas. Pero, al margen de sus escasas virtudes literarias, *Varney the Vampire or the Feast of Blood* es una pieza fundamental en el desarrollo del cuento de vampiros. Rymer enriquece el argumento de Polidori al incluir en la escena muchos nuevos motivos que con el tiempo se harán clásicos y dejarán una honda huella en *Drácula*. Aunque breve, el extracto seleccionado es un buen ejemplo del clima morboso que consigue a veces reflejar esta disparatada novela, llena de

hallazgos, y que más tarde constituirán el cliché que repetirán la mayoría de películas de vampiros.

Los tañidos solemnes del reloj de la antigua catedral han anunciado la medianoche; el aire es denso y pesado; una quietud extraña, como de muerte, se extiende por toda la naturaleza. Como en la calma ominosa que precede a algo más que al desencadenamiento tremendo y normal de los elementos, éstos parecen haber contenido incluso sus habituales fluctuaciones, a fin de acumular su fuerza terrible para ese gran momento. Suena a lo lejos, débil, el estampido de un trueno. Como el cañonazo que da la señal a los vientos para que comiencen la batalla, pareció despertarlos de su letargo; y un huracán espantoso y horrísono barrió la ciudad entera, causando más estragos en los cuatro o cinco minutos que duró, que medio siglo de meteoros ordinarios.

Fue como si un gigante hubiera soplado sobre una ciudad de juguete, esparciendo multitud de edificios con la ráfaga caliente de su soplo terrible; luego, del mismo modo súbito en que había llegado, cesó, y todo volvió a quedar tan inmóvil y callado como antes.

Se despertaron los durmientes y pensaron que lo que habían oído era la quimera confusa de un sueño. Se estremecieron y volvieron a dormirse.

Todo está callado… callado como una tumba. Ni un rumor quiebra la magia del silencio. ¿Qué es eso… ese ruido extraño, repiqueteante, como de un millón de pisadas de duendecillos? Es granizo… Sí, una tormenta de granizo ha reventado sobre la ciudad. Arranca las hojas de los árboles, junto con pequeñas ramitas; saltan en añicos las ventanas más expuestas a la furia directa del hielo graneado, y el descanso antes tan notable por su profundidad se torna un estrépito que, acumulándose, ahoga todo grito de sorpresa o de consternación que aquí y allá profieren los habitantes al ver sus hogares invadidos por la tormenta.

De cuando en cuando, también, irrumpe una ráfaga súbita que, soplando de través, retiene en suspenso millones de piedras de hielo, sólo para arrojarlas con fuerza doblada en otra dirección, donde causan más estragos.

¡Ah, cómo devastaba la furiosa tempestad! Granizo… lluvia… viento. Era, en verdad, una noche espantosa.

Hay una antigua cámara en una casa inmemorial. Extrañas y singulares tallas adornan sus paredes y su amplia chimenea es por sí sola una curiosidad. El techo es

bajo; una gran ventana salediza, hasta el suelo, mira a poniente. Esta ventana tiene celosía, y la cierran multitud de cristales de rica policromía que arrojan una extraña y hermosa luz cuando el sol o la luna entran en el aposento. Sólo hay un retrato en la estancia, aunque las paredes parecen enmaderadas como para contener una serie de cuadros. Es el retrato de un joven de rostro pálido, frente majestuosa y una extraña expresión en los ojos que nadie osa mirar dos veces.

Hay una cama soberbia en esa cámara, tallada en madera de nogal; es de rico diseño y trabajada ejecución: una de esas obras de arte que deben su existencia a la era isabelina. La cubren pesadas cortinas de seda y damasco; en los ángulos hay adornos de cimbreantes plumas… Están cubiertos de polvo y dan un aire fúnebre al aposento. El piso es de roble pulido.

¡Dios, cómo golpea el granizo en el viejo ventanal! Como un simulacro de descarga de mosquetería, golpea, redobla, repiquetea sobre los pequeños cristales. Pero éstos resisten: los salva su tamaño. El viento, el granizo y la lluvia agotan su furia en vano.

La cama de esa antigua cámara se halla ocupada. En ella yace semidormida una criatura dotada con todos los encantos de la belleza. Es una joven, hermosa como la primavera. Su larga cabellera ha escapado de su confinamiento y se desparrama sobre la colcha, ennegreciéndola; ha tenido un sueño inquieto, a juzgar por lo revueltas que están las ropas de la cama. Tiene un brazo sobre la cabeza; el otro cuelga casi fuera de la cama, por el lado en que duerme. Su cuello y su pecho, que habrían podido servir de estudio al escultor más exquisito que la Providencia hubiera dotado de genio, están al aire. La joven gimió con desmayo en su sueño, y una o dos veces movió los labios como en una oración… Al menos, así nos lo había parecido, porque de ellos brotó débilmente, una vez, el nombre del que padeció por todos nosotros.

Ha soportado muchas fatigas, y la tormenta no la desvela; aunque es capaz de turbar el sueño, no tiene poder para suprimirlo enteramente, el fragor de los elementos desasosiega los sentidos, pero no logra interrumpir por completo el descanso de los durmientes.

Ah, qué embrujo había en esa boca apenas entreabierta, revelando en su interior los perlados dientes que centelleaban incluso a la débil luz que entraba por la ventana. Cuán dulcemente se posaban las pestañas sobre las mejillas. Ahora se mueve y un hombro se hace visible del todo… Más blanca, más bella que la inmaculada ropa de cama sobre la que duerme, es la piel suave de la hermosa criatura, recién llegada a mujer, y en ese momento de transición en que une los encantos de la adolescencia, casi de la niñez, con una belleza más madura y la dulzura de los años.

¿Ha sido un relámpago? Sí… un relámpago intenso, terrible, cegador; luego, el estampido tremendo del trueno, ¡como si se derrumbasen mil montañas, una sobre otra, en la bóveda del cielo! ¿Quién duerme ahora en esa ciudad antigua? Ni un alma. La trompeta aterradora de la eternidad no habría despertado a nadie de forma más efectiva.

El granizo continúa. Y el viento. La furia de los elementos parece en su apogeo. Ahora despierta la hermosa joven de la cama antigua; abre sus ojos azul celeste y un débil grito de alarma brota de sus labios. Es un grito que, en medio del fragor y el estruendo de fuera, suena débil y apagado. Se incorpora; se frota los ojos con las manos. ¡Dios mío, qué viento impetuoso y torrencial, qué lluvia y qué granizo! Y el trueno parece empeñado en despertar bastantes ecos como para durar hasta que el quebrado resplandor del siguiente rayo provoque otra conmoción en el aire. La joven murmura una plegaria… una plegaria por todos los que ama; de sus labios brotan los nombres de esos seres, tan caros a su corazón, y llora y reza. Y piensa luego en los estragos que la tormenta está causando sin duda, y ruega al Dios de los cielos por todos los seres vivientes. Otro fucilazo: un relámpago azul penetra cegador por la ventana, revelando un instante los colores con terrible claridad. Un grito escapa de los labios de la joven; luego, con los ojos clavados en esa ventana que un instante después es toda oscuridad y con una expresión sobrecogida en su rostro como no había conocido jamás, se estremece, y un sudor de intenso miedo le baña la frente.

—¿Qué… qué era eso? —jadeó—. ¿Ha sido real o acaso un delirio? ¡Oh, Dios mío!, ¿qué era? Una figura alta y flaca intentando abrir la ventana desde fuera. La he visto. El relámpago me la ha revelado. Ocupaba la altura entera de la ventana.

El viento amainó un instante. El granizo no caía ya con la misma furia… Además, ahora descargaba en menor cantidad, vertical. Sin embargo, le llegaba un extraño tamborileo en los cristales de este ventanal. No puede ser una ilusión: está despierta y lo oye. ¿Qué lo produce? Otro relámpago… otro chillido; ahora no puede ser ninguna ilusión.

Hay una figura alta, de pie en el saliente de la ventana. Son sus uñas las que producen ese ruido como de granizo en los vidrios, ahora que el granizo ha dejado de caer. Un terror intenso paraliza los miembros de la hermosa joven. Ese único chillido es cuanto puede proferir. Con las manos juntas, el rostro blanco como el mármol, el corazón latiéndole con tal violencia en el pecho que a cada instante parece que va a romper sus confines, los ojos dilatados y fijos en la ventana, espera paralizada de horror. Continúa el arañar y golpear de las uñas. No suena una sola palabra. Y ahora le parece a ella distinguir, más oscura, la silueta de esa figura recortada en la ventana, y ver sus largos brazos moviéndose de un lado a otro, buscando el modo de penetrar. ¿Qué extraña claridad es la que ahora se difunde poco a poco en el aire? Roja y terrible… se vuelve más brillante cada vez. El rayo ha incendiado un molino, y el reflejo de las llamas llega hasta esa alta ventana. No hay error posible. La silueta está ahí, palpando todavía en busca de un acceso y arañando los cristales con sus largas uñas que dan el aspecto de una vegetación asilvestrada y secular. La joven trata de nuevo de gritar; pero una sensación de asfixia se apodera de ella, y se lo impide. Es demasiado espantoso; intenta moverse, cada uno de sus miembros parece contener toneladas de plomo; sólo logra susurrar con voz ronca y desmayada: «¡Socorro… socorro… socorro… socorro!».

Y repite esa única palabra como alguien en un sueño. Continúa el rojo resplandor de las llamas que da a la figura alta y flaca un horrible relieve contra la ventana. Revela, también, el único retrato que hay en el aposento, y el retrato parece clavar los ojos en el que está tratando de entrar, en tanto la fluctuante claridad de las llamas le confiere una espantosa apariencia de vida. Salta roto un pequeño rombo de vidrio, y la figura de fuera introduce una mano larga y flaca que parece totalmente descarnada. Levanta la falleba y una de las hojas, que se abre como una puerta plegable, gira por completo sobre sus charnelas.

Sin embargo, la joven no encontraba ahora fuerzas para gritar… ni para moverse. «¡Socorro… socorro… socorro!», fue cuanto pudo susurrar. Pero la expresión de terror que reflejaba su rostro era espantosa: una expresión capaz de obsesionar la memoria de por vida… de anular los momentos más felices y convertirlos en amargura.

La figura se vuelve a medias y la luz cae de lleno sobre su rostro. Es un rostro blanco, totalmente exangüe. Sus ojos parecen de estaño bruñido; sus labios están contraídos y el rasgo principal, aparte de sus ojos espantosos, son los dientes: unos dientes de aspecto terrible, que sobresalen espantosamente como los de una fiera salvaje, de un blanco deslumbrante y con aspecto de colmillos. Se acerca a la cama con paso extraño, silencioso. Entrechoca sus largas uñas, que parecen colgarle literalmente de las puntas de los dedos. ¿Está a punto de enloquecer esta hermosa muchacha, sometida a tanto terror? Apela a todos sus miembros, pero no puede siquiera pedir auxilio. Ha perdido el habla, pero recobra la facultad de moverse: al fin consigue desplazarse, despacio, al lado opuesto de la cama al que se acerca la horrenda aparición.

Pero sus ojos están fascinados. La mirada de una serpiente no habría podido producir en ella un efecto más intenso que esos ojos fijos, de calidad metálica, concentrados en su rostro. Se inclinó la figura, perdiendo su altura gigantesca, y acercó su rostro horrible, blanco, hocicudo. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué lo hace tan horrendo, tan diferente de cualquier habitante del mundo, a pesar de hallarse en él?

Ahora la joven ha llegado al borde mismo de la cama. La figura se detiene, y al detenerse, pareció como si la joven fuese incapaz de seguir; ahora se agarra con fuerza inconsciente a las sábanas. Alentaba con inspiraciones breves y entrecortadas. Su pecho se agita, sus miembros tiemblan; sin embargo, no puede apartar los ojos de ese rostro de aspecto marmóreo. Esos ojos encendidos la tienen sujeta.

La tormenta ha cesado, todo está inmóvil. Los vientos se han calmado; el reloj de la iglesia pregona la una; de la garganta del ser espantoso brota un sonido siseante; levanta sus largos, flacos brazos. Sus labios se mueven. Avanza. La joven saca un pie pequeño de la cama y lo posa en el suelo. Inconscientemente, arrastra consigo las sábanas. La puerta del aposento está en esa dirección… ¿Logrará llegar a ella? ¿Tendrá fuerzas para andar? ¿Conseguirá apartar los ojos del rostro del intruso y

romper de ese modo el sortilegio? ¡Dios del cielo! ¿Es real o se trata de un sueño tan vívido que casi podría trastornar la razón para siempre?

La figura ha vuelto a detenerse, y la joven se inmoviliza — mitad en el lecho, mitad fuera de él — temblando. Su larga cabellera se extiende por todo lo ancho de la cama. Al desplazarse lentamente, se le ha ido desparramando sobre las almohadas. La pausa dura un minuto; ¡oh, qué ángel de la agonía! Y ese minuto bastó, verdaderamente, para que la locura rematara su obra.

Con un ademán repentino que nadie habría podido prever, emitiendo un rugido extraño capaz de infundir terror en el pecho de cualquiera, la figura le agarró sus largas crenchas y, enroscándoselas en sus manos huesudas, la retuvo en la cama. Entonces ella consiguió gritar. El cielo le había devuelto la fuerza de la voz. Y continuó profiriendo chillidos, uno tras otro, en rápida sucesión. Cayeron las ropas a un lado de la cama; y tirada de sus cabellos sedosos, fue devuelta otra vez al centro del lecho. Sus bellamente torneados miembros temblaban con la angustia de su alma. Los ojos vidriosos y horribles de la figura recorrieron su forma angelical con espantosa codicia y profanación. Le arrastra la cabeza hasta el borde. Se la tuerce hacia atrás tirándole del cabello arrollado en su garra. E inclinándose veloz, le clava en el cuello sus dientes afilados… Surge un borbotón de sangre, y se oye seguidamente un horrendo ruido de succión. ¡*La joven se ha desmayado y el vampiro se entrega a su espantoso banquete*!



Harpia, **Edvard Munch, finales del siglo XIX**

Charles Baudelaire

Las metamorfosis del vampiro

(1857)

Charles Baudelaire, el más refinado de los poetas malditos, no podía ser ajeno a un motivo literario tan en boga en su época y que tan bien se ajustaba a su mundo estético. Así, dos de sus célebres flores del mal — *Le vampire* y *Les métamorphoses du vampire* — aluden directamente a un tema que representaba a la perfección el erotismo desbordante y funesto de la *femme fatale*. Ambos poemas aparecen en 1857, fecha crucial en la vida del poeta. Tiene treinta y seis años, y el 25 de julio publica por fin *Les Fleurs du Mal* en una edición de mil trescientos ejemplares.

Un mes más tarde estalla el escándalo. Un airado artículo que aparece en *Le Figaro* pide a la policía que retire la edición. Afortunadamente la justicia sólo encuentra doscientos setenta volúmenes; el resto ya se ha vendido al triple de su precio inicial. El juicio más famoso de la literatura se celebró el 20 de agosto, al mes de la aparición del libro. La sentencia impone al autor y a su editor una multa desproporcionada por el delito de «ofensa a la moral y a las buenas costumbres». Poco más tarde, Baudelaire recibe una carta de Victor Hugo con estas palabras de consuelo: «acaba usted de recibir una de las pocas condecoraciones que pueda otorgar el régimen actual».

Los guardianes del orden del tribunal de París habían condenado y prohibido seis poemas hoy famosos. Uno de ellos era *Las metamorfosis del vampiro*.

Les métamorphoses du vampir

La femme cependant, de sa bouche de fraise,
En se tordant ainsi qu'un serpent sur la braise,
Et pétrissant ses seins sur le fer de son busc,
Laissait couler ces mots tout imprégnés de musc:
—«Moi, j'ai la lèvre humide, et je sais la science
De perdre au fond d'un lit l'antique conscience.
Je sèche tous les pleurs sur mes seins triomphants,
Et fais rire les vieux du rire des enfants.
Je remplace, pour qui me voit nue et sans voiles,
La lune, le soleil, le ciel et les étoiles!
Je suis, mon cher savant, si docte aux voluptés,
Lorsque j'étouffe un homme en mes bras redoutés,
Ou lorsque j'abandonne aux morsures mon buste,
Timide et libertine, et fragile et robuste,
Que sur ces matelas qui se pâment d'émoi,
Les anges impuissants se damneraient pour moi!»
Quand elle eut de mes os sucé toute la moelle,
Et que languissamment je me tournai vers elle
Pour lui rendre un baiser d'amour, je ne vis plus
Qu'une outre aux flancs gluants, toute pleine de pus
Je fermai les deux yeux, dans ma froide épouvante,Et quand je les rouvris à la clarté vivante,
À mes côtés, au lieu du mannequin puissant
Qui semblait avoir fait provision de sang,
Tremblaient confusément des débris de squelette,
Qui d'eux-mêmes rendaient le cri d'une girouette
Ou d'une enseigne, au bout d'une tringle de fer,
Que balance le vent pendant les nuits d'hiver.

Las metamorfosis del vampiro
Traducción de Luis Alberto de Cuenca

La mujer, entretanto, con su boca de fresa,
retorciéndose como serpiente entre las brasas,
colmando con sus senos los hierros del corsé,
recita estas palabras impregnadas de almizcle:
«Yo tengo el labio húmedo y conozco la ciencia
de olvidar en el fondo de un lecho la conciencia.
Seco todos los llantos con mis senos triunfantes,
reír hago a los viejos con risas infantiles.
¡Y para quien me vea desnuda y sin mis velos
soy la luna y el sol, las estrellas y el cielo!
Soy, mi querido sabio, tan erudita en goces,
cuando sofoco a un hombre en mis temibles brazos,
o cuando ofrezco el pecho a crueles mordiscos,
tímida y libertina, y frágil y robusta,
que sobre esos colchones que de emoción se pasman
los impotentes ángeles por mí se perderían!».
Cuando ella hubo chupado de mis huesos la médula
y yo, lánguidamente, me hube vuelto hacia ella
a besarle los labios con amor, hallé sólo
¡un pringoso pellejo, chorreante de pus!
Cerré al punto los ojos, en mi gélido espanto,
y cuando volví a abrirlos a la claridad viva,
a mi lado, en lugar del maniquí potente
que al parecer tenía gran provisión de sangre,
restos de un esqueleto se agitaban confusos;
de ellos brotaba el grito que lanza una veleta
o un rótulo que pende de una barra de hierro
y hace girar el viento en las noches de invierno.



Litografía de *Carmilla*.
Archivos de Jean Marigny

Joseph Sheridan Le Fanu

Carmilla

(1872)

«El príncipe invisible», como llamaban sus amigos a Joseph Sheridan Le Fanu, nació en Dublín en 1814. Hijo de un reverendo protestante de familia hugonote era, por parte de su madre, sobrino nieto del dramaturgo R. B. Sheridan. Educado en el Trinity College de Dublín, inició más tarde la carrera de Derecho, que pronto podría abandonar gracias a su prestigio literario y a su fortuna como editor del *Dublin University Magazine* que, bajo su dirección, lograría una reputación internacional.

Su vida exterior discurrió aparentemente apacible y rutinaria, aunque Le Fanu siempre fue un tímido enfermizo que acabaría enfermando de verdad. Cuando enviudó a los cuarenta y cuatro años se volvió tan solitario y huidizo que se negaba a recibir a sus amigos. La lectura y la escritura ocupaban la mayor parte de su tiempo de reclusión voluntaria. Su primer interés fue la novela histórica de Walter Scott; más tarde, la obra del místico sueco Swedenborg y las teorías psicológicas (o prepsicoanalíticas) del doctor Carl Gustav Carus ejercieron gran influencia en su alma romántica. Le Fanu murió repentinamente en 1873, a los cincuenta y nueve años. En sus últimos días soñaba a menudo con una pesadilla en la que su casa de Dublín se derrumbaba sobre él. Su última novela se llamaba premonitoriamente *Willing to Die* (*Dispuesto a morir*).

La obra de Le Fanu es extensa y ha ejercido una enorme influencia en las letras anglosajonas. Sus novelas más conocidas son *The Home by the Churchland* (1861-1862), *El tío Silas* (1864), considerada por Benson «una obra maestra de la inquietud», *Wylder's Hand* (1864) y *Guy Deverell* (1865), pero lo mejor de su producción se encuentra en su obra breve. No en vano es considerado el verdadero creador de la *ghost story* contemporánea, el primer escritor que desnudó el cuento de las exageraciones románticas para delimitar sus contornos en una realidad descrita con precisión y verosimilitud.

Carmilla apareció por primera vez en la revista inglesa *The Dark Blue*, en 1871, y reaparecerá un año después en un volumen titulado *A Glass Darkly*. Se ha dicho más de una vez que es el mejor relato de vampiros; en cualquier caso es uno de los más elaborados. Le Fanu, que conocía a fondo el tema, centró su argumento en una mórbida pasión lésbica que insinúa mucho más de lo expresado, describiendo con hondura lo venenosas que pueden resultar ciertas relaciones.

Carmilla

Traducción de Juan Alberto Molina Foix

Prólogo

En un documento adjunto al relato que sigue, el doctor Hesselius ha escrito una nota bastante elaborada, en la que hace referencia a su ensayo acerca del extraño asunto que este manuscrito aclara.

En dicho ensayo trata este asunto tan misterioso con su habitual erudición y perspicacia, así como con notable franqueza y condensación. Ocupará todo un volumen de los escritos completos de este hombre tan extraordinario.

Como yo publico el caso, en este volumen, solamente para interesar a los «profanos», no voy a anticiparme en nada a la inteligente dama que lo relata. Y, después de un detenido examen de la cuestión, he decidido, por tanto, abstenerme de presentar cualquier *précis* del razonamiento del sabio doctor, o extracto alguno de su exposición sobre un tema que, según él describe, «es probable que tenga que ver con algunos de los más profundos arcanos de nuestra existencia dual, o de sus intermediarios».

Al descubrir este documento, me sentí ansioso por volver a abrir la correspondencia iniciada por el doctor Hesselius, hace ya tantos años, con una persona tan inteligente y cautelosa como parece haber sido su informante. Con gran pesar, sin embargo, descubrí que entre tanto la dama había muerto.

Probablemente poco hubiera podido ella añadir al relato que expone en las páginas siguientes con, hasta donde yo puedo juzgar, tan concienzuda minuciosidad.

Capítulo I

Un primer susto

Aunque de ninguna manera somos nobles, vivimos en un castillo, o *schloss*, en Estiria. En esta parte del mundo una pequeña renta da para mucho. Ochocientas o novecientas libras al año hacen maravillas. En nuestro país escasamente nos habrían permitido contarnos entre los ricos. Mi padre es inglés y yo llevo un apellido inglés,

aunque no he visitado nunca Inglaterra. Mas aquí, en este lugar solitario y primitivo, donde todo es tan asombrosamente barato, no veo en qué modo una suma de dinero mucho mayor podría aumentar nuestras comodidades, o incluso nuestros lujos.

Mi padre sirvió en el ejército austríaco y, cuando se retiró, con la pensión y su patrimonio adquirió esta residencia feudal y la pequeña propiedad en donde se alza: una ganga.

No creo que exista nada más pintoresco y solitario. Está situada sobre una pequeña colina, dominando un bosque. El camino, muy antiguo y angosto, pasa por delante de un puente levadizo, que jamás he visto alzar, en cuyo foso, provisto de percas, nadan los cisnes y flotan blancas escuadras de nenúfares.

Dominando todo aquel panorama, se alza el *schloss*, con su fachada provista de numerosas ventanas, sus torres y su capilla gótica.

Frente a su puerta, el bosque se abre en un claro irregular y muy pintoresco, y a la derecha un empinado puente gótico permite que el camino cruce un riachuelo que serpentea, entre la espesa sombra, a través de la floresta.

He dicho que es un lugar muy solitario. Juzgue usted misma si no es cierto. Mirando desde la puerta de entrada hacia el camino, el bosque en el que se yergue el castillo se extiende quince millas a la derecha y doce hacia la izquierda. El pueblo habitado más próximo se encuentra a unas siete de sus millas inglesas hacia la izquierda. El *schloss* habitado más próximo, de cierta relevancia histórica, es el del viejo general Spielsdorf, a unas veinte millas a la derecha.

He dicho «el pueblo *habitado* más próximo», porque, a tan sólo tres millas al oeste, es decir, en dirección al *schloss* del general Spielsdorf, existe un pueblo en ruinas, con su original iglesia, ahora sin techo, en cuya nave lateral yacen las tumbas desmoronadas de la orgullosa familia de los Karnstein, ahora extinguida, que en otros tiempos poseyó el igualmente desolado castillo que, en pleno bosque, domina las silenciosas ruinas de la población.

Respecto a la causa que motivó el abandono de este sorprendente y melancólico lugar, existe una leyenda que le referiré en otra ocasión.

Ahora debo decirle cuán exiguo es el número de habitantes de nuestro castillo. Sin incluir a la servidumbre ni a los subalternos que ocupan habitaciones en los edificios anexos al *schloss*, sólo quedamos, ¡preste atención y asómbrese!, mi padre, que es el hombre más bondadoso del mundo, pero que está envejeciendo, y yo, que en la época de mi relato tenía sólo diecinueve años. Ocho años han pasado desde entonces. Mi padre y yo constituíamos toda la familia del *schloss*. Mi madre, una dama estiria, falleció siendo yo niña. Mas tuve una bondadosa aya, que había estado junto a mí, diría que casi desde mi primera infancia. No puedo recordar ninguna época en que su rostro grueso y benigno no constituyera una imagen familiar en mi memoria. Era madame Perrodon, natural de Berna, cuyos cuidados y buen carácter suplieron en parte la pérdida de mi madre, a la que ni siquiera recuerdo. En nuestras modestas cenas, ella era el tercer comensal. Había un cuarto, mademoiselle

De Lafontaine, una de esas damas a las que usted llama, según creo, «institutrices de segunda enseñanza». Hablaba francés y alemán. Madame Perrodon, por su parte, hablaba francés y chapurreaba el inglés. Mi padre y yo añadíamos el inglés que, en parte para impedir que se convirtiera en una lengua perdida para nosotros, y en parte por motivos patrióticos, hablábamos a diario. El resultado era una babel, que solía causar risa a los forasteros, y que no intentaré reproducir en esta narración. Había además dos o tres damas amigas, más o menos de mi misma edad, que ocasionalmente nos visitaban, durante períodos más o menos largos, visitas que yo a veces devolvía.

Ésas eran nuestras habituales relaciones sociales. Aunque, por supuesto, recibíamos visitas fortuitas de «vecinos», es decir, gente que vivía a sólo cinco o seis leguas de distancia. Mi vida era, a pesar de todo, más bien solitaria, se lo aseguro.

Mis *gouvernantes*, que eran personas sensatas, ejercían sobre mí tanto control como es posible imaginar se puede ejercer sobre una muchacha más bien consentida, a la que su único progenitor permitía actuar a su entera voluntad prácticamente en todo.

El primer acontecimiento de mi existencia que produjo en mi mente una impresión atroz, que de hecho jamás se ha borrado, fue uno de los primeros incidentes de mi vida que consigo recordar. Algunos lo considerarán tan trivial, que no debería ser consignado aquí. Pronto verá, sin embargo, por qué lo menciono. La habitación de los niños, así la llamaban, si bien yo disponía de toda ella para mí sola, era un vasto aposento en el último piso del castillo, con el techo de roble abuhardillado.

No debía de tener yo más de seis años cuando, cierta noche, me desperté y, mirando en torno a la habitación desde mi lecho, no vi a la doncella encargada del cuarto. Tampoco estaba mi aya. Creí encontrarme sola. No me asusté, porque era una de esas niñas afortunadas a las que deliberadamente se había mantenido en la ignorancia con respecto a los cuentos de fantasmas y de hadas, y todas esas consejas que nos hacen esconder la cabeza cuando la puerta cruje súbitamente, o el parpadeo de una vela a punto de extinguirse hace bailar sobre la pared, cerca de nuestros rostros, la sombra de uno de los pilares de la cama. Me sentía molesta y ofendida al imaginarme abandonada y empecé a gimotear, antes de que me asaltara un enérgico estallido de bramidos. Entonces, con gran sorpresa por mi parte, vi un rostro serio, pero muy hermoso, que me miraba desde uno de los costados de la cama. Era el rostro de una joven dama que estaba de rodillas, con las manos bajo mi colcha. La miré con una especie de asombro complacido, y dejé de gimotear. Ella me acarició con sus manos, se tendió a mi lado en la cama y me atrajo hacia sí, sonriendo. De inmediato me sentí deliciosamente apaciguada y me quedé dormida otra vez. Me desperté con una sensación como si me clavaran profundamente en el pecho dos alfileres al mismo tiempo, y lancé un grito. La dama retrocedió, sin dejar de mirarme, luego se dejó caer al suelo y me pareció que se escondía debajo de la cama.

En aquel momento me asusté por vez primera, y grité con todas mis fuerzas. El aya, la doncella, el ama de llaves, todas acudieron corriendo y, al oír mi historia, hicieron poco caso de ella, tranquilizándome tanto como les fue posible. Mas, aun siendo yo sólo una niña, pude advertir que sus rostros habían palidecido y mostraban una insólita expresión de inquietud. Las vi mirar debajo de la cama y por toda la habitación, y buscar debajo de las mesillas y abrir de golpe los armarios. Y el ama de llaves susurró a la niñera:

—Ponga la mano en este hueco de la cama; alguien ha estado acostado aquí, tan cierto es como que usted no ha sido; el sitio está todavía caliente.

Recuerdo que la doncella me acarició, y que las tres me examinaron el pecho, en donde les dije que había sentido el pinchazo, y manifestaron que no había ninguna señal visible de que tal cosa me hubiera sucedido.

El ama de llaves y las otras dos sirvientas que tenían a su cargo la habitación de los niños no se acostaron en toda la noche. Y desde entonces hasta que tuve unos catorce años siempre se quedó levantada alguna criada en la habitación de los niños.

Después de aquello estuve muy nerviosa durante mucho tiempo. Llamaron a un médico, pálido y de avanzada edad. ¡Qué bien me acuerdo de su saturnal rostro alargado, ligeramente picado de viruelas, y de su peluca marrón! Durante bastante tiempo, cada dos días, venía a administrarme una medicina que, por supuesto, yo odiaba.

La mañana siguiente a haber visto aquella aparición, estaba aterrorizada y no podía soportar que me dejaran sola, ni siquiera un momento, aunque fuera a plena luz.

Recuerdo a mi padre, de pie junto a mi cama, hablando animadamente, haciendo preguntas al aya y riéndose de buena gana de cada una de sus respuestas. Y también dándome palmaditas en la espalda, y besándome, y diciéndome que no me asustara, que no era más que un sueño, totalmente inofensivo.

Mas no me tranquilicé, pues sabía que la visita de aquella extraña mujer no había sido un sueño, y estaba terriblemente asustada.

Me consoló un poco la doncella encargada del cuarto de los niños, asegurándome que había sido ella la que había venido junto a mí, me había mirado, y se había tendido en la cama a mi lado. Y que yo debía estar medio soñando para no haber reconocido su rostro. Mas eso, aunque lo confirmara el aya, no me satisfizo plenamente.

Durante el transcurso de aquel día, recuerdo que un venerable anciano, con sotana negra, entró en mi habitación con el aya y el ama de llaves, charló un poco con ellas, y luego se dirigió a mí afectuosamente. Su expresión era dulce y afable, y me dijo que iban a rezar. Y juntándome las manos, me pidió que repitiera en voz baja, mientras ellos rezaban: «Señor, escuchad estas plegarias en nuestro nombre, por el amor de Cristo». Creo que ésas fueron las palabras exactas, pues a menudo las repetí para mí, y mi niñera durante años me las hizo decir en mis rezos.

Recuerdo perfectamente el rostro dulce y pensativo de aquel anciano de cabellos blancos, sotana negra, de pie en aquella tosca habitación marrón, en el piso alto, rodeado de pesados muebles de más de tres siglos de antigüedad. Y la escasa luz que se filtraba en aquel ambiente sombrío a través de la pequeña celosía. Puesto de rodillas, y con él las tres mujeres, rezó en alto, con voz sincera y temblorosa, durante lo que me pareció un buen rato. He olvidado toda mi vida anterior a aquel suceso, y alguna etapa posterior también me resulta oscura. Mas las escenas que acabo de describir permanecen vivas como las imágenes aisladas de una fantasmagoría surgida de la oscuridad.

Capítulo II

Una huésped

Voy a contarle ahora algo tan extraño que será precisa toda su fe en mi veracidad para que pueda creer mi historia. Sin embargo, no solamente es cierta, sino que se trata de una verdad de la que yo misma he sido testigo.

Un fresco atardecer veraniego, mi padre me pidió, como a veces solía hacer, que diésemos un corto paseo por aquel hermoso bosque que, como ya he mencionado, se extendía frente al *schloss*.

—El general Spielsdorf no podrá venir a visitarnos tan pronto como yo esperaba — dijo mi padre, mientras proseguíamos nuestro paseo.

Iba a hacernos una visita de algunas semanas de duración, y esperábamos que llegara al día siguiente. Iba a traer consigo a su joven sobrina y pupila, mademoiselle Rheinfeldt, a la cual yo no había visto nunca, pero de la que había oído decir que se trataba de una muchacha realmente encantadora, en cuya compañía me prometía yo muchos días felices. Me sentí mucho más decepcionada de lo que pueda imaginarse cualquier joven dama que viva en la ciudad, o en un vecindario animado. Aquella visita, y la nueva amistad que prometía, había alimentado mis sueños durante muchas semanas.

—¿Y cuándo vendrá? —pregunté.

—No será antes del otoño. Ni antes de dos meses, diría yo — respondió él —. Y ahora me alegra, querida mía, que no hayas conocido a mademoiselle Rheinfeldt.

—¿Por qué? —pregunté, mortificada y curiosa al mismo tiempo.

—Porque la infeliz damita ha muerto — replicó él —. Me había olvidado por completo de que no te lo había contado, pues no estabas en la habitación esta tarde cuando recibí la carta del general.

Aquello me impresionó mucho. El general Spielsdorf había mencionado en su primera carta, seis o siete semanas antes, que su sobrina no estaba tan bien como él hubiera deseado. Mas nada hacía suponer ni la más remota sospecha de peligro serio.

—Aquí está la carta del general — dijo, alargándomela —. Me temo que estará muy apenado. Esta carta ha sido escrita en un estado muy próximo al desvarío.

Nos sentamos en un tosco banco, a la sombra de unos magníficos tilos. El sol se estaba poniendo con todo su melancólico esplendor detrás del horizonte boscoso, y el torrente que discurre junto a nuestra casa y pasa bajo el viejo puente empinado que ya he mencionado, serpenteaba entre un grupo de árboles grandiosos, casi a nuestros pies, reflejando en su corriente el escarlata descolorido del cielo. La carta del general Spielsdorf era tan extraordinaria, tan vehemente, y en algunos aspectos tan contradictoria, que la leí dos veces, la segunda de ellas en voz alta a mi padre. Y con todo, era incapaz de comprenderla, como no fuera suponiendo que el dolor le había trastornado la mente.

Decía así:

> He perdido a mi querida hija, porque como tal la quería. Durante los últimos días de la enfermedad de mi querida Bertha no pude escribirle. Hasta entonces no tenía idea del peligro que corría. La he perdido y sólo ahora lo comprendo todo, demasiado tarde. Murió en la paz de la inocencia y con la radiante esperanza de una bendita vida futura. El demonio que traicionó nuestra insensata hospitalidad ha sido la causa de todo. Creí que acogía en mi casa a la inocencia, a la alegría, a una encantadora compañera para mi perdida Bertha. ¡Cielo santo! ¡Qué estúpido he sido! Doy gracias a Dios de que mi niña muriera sin la menor sospecha de la causa de sus sufrimientos. Se ha ido sin conjeturar siquiera la naturaleza de su mal, ni la maldita cólera del agente de toda esta desgracia. Dedicaré los días que me restan de vida a perseguir y destruir a ese monstruo. Me dicen que puedo llevar a cabo mi legítimo y piadoso propósito. Por ahora, apenas dispongo de un resquicio de luz que me sirva de guía. Maldigo mi vanidosa incredulidad, mi despreciable pretensión de superioridad, mi ceguera, mi obstinación… todo. Demasiado tarde. Ahora no puedo hablar ni escribir con calma. Estoy confundido. En cuanto me recupere un poco, pienso dedicarme durante algún tiempo a realizar unas pesquisas, que posiblemente me conducirán hasta Viena. En el próximo otoño, de aquí a dos meses o antes, si todavía continúo con vida, iré a verle… Es decir, si usted me lo permite. Entonces le contaré lo que ahora no tengo el valor de ponerle por escrito. Adiós. Rece por mí, querido amigo.

En esos términos finalizaba la enigmática carta. Aun cuando yo jamás había visto a Bertha Rheinfeldt, los ojos se me llenaron de lágrimas ante aquella repentina noticia. Me sentía asustada y también profundamente decepcionada.

El sol se había puesto ya y estábamos en pleno ocaso cuando le devolví a mi padre la carta del general.

La noche era templada y clara, y nos entretuvimos especulando sobre los posibles significados de las afirmaciones apasionadas e incoherentes que acababa yo de leer. Tuvimos que caminar todavía cerca de una milla hasta alcanzar el camino que pasa frente al *schloss*, y para entonces lucía una espléndida luna. En el puente levadizo nos encontramos con madame Perrodon y mademoiselle De Lafontaine que habían salido sin sus tocas a disfrutar del exquisito claro de luna.

Al acercarnos, escuchamos sus voces parloteando en animado diálogo. Las alcanzamos en el puente levadizo, y nos volvimos para admirar con ellas la hermosa vista.

El claro por el que acabábamos de pasear se extendía ante nosotros. A nuestra izquierda, el angosto camino serpenteaba bajo los señoriales árboles y se perdía de vista en la espesura del bosque. A la derecha, el mismo camino cruza el empinado y pintoresco puente, cerca del cual se levanta una torre en ruinas que en otro tiempo guardaba el paso. Al otro lado del puente, se alza una escarpada cima cubierta de árboles, entre cuyas sombras pueden verse algunas rocas tapizadas con matas de hiedra gris.

Sobre los prados y las tierras bajas, una fina traza de niebla se escabullía como humo, marcando las distancias con un velo transparente. Y aquí y allá podíamos ver el río, brillando débilmente a la luz de la luna.

No es posible imaginar una escena más dulce ni más delicada. Las noticias que acababa de recibir la hacían más melancólica. Mas nada podía turbar su profunda serenidad ni la encantadora belleza e imprecisión del panorama.

Mi padre, que apreciaba lo pintoresco, se detuvo conmigo a contemplar en silencio la llanura que se extendía ante nosotros. Las dos buenas institutrices, un poco detrás de nosotros, conversaban acerca del paisaje y eran elocuentes con respecto a la luna.

Madame Perrodon era gruesa, de mediana edad y romántica, y hablaba y suspiraba poéticamente. Mademoiselle De Lafontaine — como digna hija de su padre, que era alemán y, como tal, supuestamente psicólogo, metafísico y un poco místico — afirmó entonces que cuando la luna brillaba con una luz tan intensa era bien sabido que ello indicaba una especial actividad espiritual. Los efectos de una luna llena tan brillante eran múltiples. Actuaba sobre los sueños, sobre la locura, sobre la gente nerviosa. Ejercía maravillosas influencias físicas relacionadas con la vida. Mademoiselle contó que su primo, que era piloto de un buque mercante, tras salir de un sueño en cubierta, tendido boca arriba, dándole de lleno en la cara la luz de la luna, había despertado con las facciones horriblemente estiradas hacia un lado, después de soñar con una anciana que le arañaba la mejilla. Y su semblante jamás recobró del todo el equilibrio.

—Esta noche —dijo ella—, la luna está cargada de influjos ódicos[1] y magnéticos. Observen, si se vuelven a mirar la fachada del *schloss*, cómo brillan y centellean todas sus ventanas con ese resplandor plateado, como si unas manos invisibles hubiesen iluminado las habitaciones para recibir a unos huéspedes espectrales.

Existen estados de ánimo indolentes en los que, estando nosotros mismos poco dispuestos a hablar, la conversación de otros resulta sumamente agradable a nuestros apáticos oídos. Yo seguía mirando, complacida por el tintineo de la conversación de aquellas damas.

—Esta noche he entrado en uno de esos estados míos de malhumor y abatimiento — dijo mi padre, tras un silencio. Y, citando a Shakespeare, a quien, a fin de conservar nuestro inglés, solía leer en voz alta, dijo:

—No sé, en verdad, por qué estoy tan triste:
Es algo que me enoja, y también a vos, según decís;
Mas cómo me vino esta tristeza, […], cómo la obtuve…[2]

»Olvidé el resto. Mas presiento que pende sobre nosotros alguna grave desgracia. Supongo que la afligida carta del general tiene algo que ver con esto.

En aquel momento atrajo nuestra atención el insólito ruido de ruedas de un carruaje y de muchos cascos de caballo por el camino.

Parecía aproximarse a nosotros por la elevación de terreno que domina el puente y muy pronto, en efecto, surgió un tropel en aquel mismo lugar. Primero cruzaron el puente dos jinetes, luego vino un carruaje tirado por cuatro caballos, detrás del cual cabalgaban dos hombres.

Parecía tratarse de un carruaje en el que viajaba una persona de rango. E inmediatamente quedamos todos absortos en la contemplación de aquel espectáculo tan poco frecuente. Poco después cobró mayor interés todavía, ya que, cuando el carruaje llegó al punto más elevado del empinado puente, uno de los caballos delanteros se desbocó, contagió su pánico a los restantes, y después de una o dos embestidas, todo el tiro se lanzó a un galope desenfrenado; e irrumpiendo entre los dos jinetes que cabalgaban al frente, se precipitó con gran estruendo por el camino hacia nosotros a la velocidad del huracán.

Los gritos nítidos y prolongados de una voz femenina a través de la ventanilla del carruaje hacían todavía más penosa la emoción de la escena.

Todos nosotros nos adelantamos, curiosos y horrorizados; mi padre en silencio, nosotras profiriendo exclamaciones de terror.

Nuestra ansiedad no duró mucho. Justo antes de alcanzar el puente levadizo del castillo, se alza un magnífico tilo al borde del camino. Y al lado opuesto una vieja cruz de piedra, a cuya vista los caballos que ahora iban a un paso realmente aterrador, se desviaron, arrastrando las ruedas hacia las raíces salientes del árbol.

Imaginaba lo que iba a ocurrir. Incapaz de seguir mirando, me tapé los ojos y volví la cabeza. En ese mismo momento oí gritar a mis acompañantes, que habían avanzado un poco más que yo.

La curiosidad me hizo reabrir los ojos, y así pude contemplar una escena sumamente confusa. Dos de los caballos habían caído al suelo y el carruaje estaba volcado sobre uno de sus costados con dos ruedas al aire. Los hombres se ocupaban de quitar los arreos, y una dama de expresión y aspecto dominante había salido del coche y permanecía inmóvil, con las manos enclavijadas, llevándose de vez en cuando a los ojos el pañuelo que en ellas sostenía. Por la puerta del carruaje izaban en aquel momento a una joven que parecía exánime. Mi querido y anciano padre se encontraba ya junto a la dama de más edad, sombrero en mano, y manifiestamente le

ofrecía su ayuda y los recursos de su *schloss*. La dama parecía no oírle, no tenía ojos más que para la esbelta muchacha que los hombres estaban recostando sobre el talud del terraplén.

Me aproximé. La joven estaba aparentemente aturdida, pero desde luego todavía viva. Mi padre, que se preciaba de entender algo de medicina, le había tomado la muñeca y aseguró a la dama que declaraba ser su madre que su pulso, aunque débil e irregular, sin duda todavía podía percibirse. La dama juntó las manos y miró hacia arriba, como transportada por un momentáneo sentimiento de gratitud. Mas en seguida recayó de nuevo en esa actitud teatral que, según creo, es innata en algunas personas.

Era lo que se dice una mujer de muy buen aspecto para su edad, y debía de haber sido bella. Esbelta mas no delgada, iba vestida de terciopelo negro y parecía un poco pálida, aunque de semblante orgulloso y autoritario, no obstante la agitación del momento.

—¿Existió alguna vez un ser nacido de este modo para la desgracia? — le oí decir, con las manos enclavijadas, mientras me acercaba a ella —. Estoy realizando un viaje que es cuestión de vida o muerte, en el que una hora de demora puede echarlo todo a perder. Mi niña no se habrá recuperado lo suficiente para reemprender la marcha en quién sabe cuánto tiempo. Debo dejarla. No puedo entretenerme, no me atrevo. ¿Puede decirme, señor, a qué distancia se encuentra el pueblo más próximo? Tengo que dejarla allí. Y no podré verla, ni siquiera tener noticias suyas, hasta mi regreso dentro de tres meses.

Tiré del abrigo a mi padre y le susurré al oído con vehemencia:

—¡Oh, papá!, te lo ruego, pídele que la deje con nosotros… Sería tan agradable. Por favor, hazlo.

—Si madame confía su niña al cuidado de mi hija y de su buena *gouvernante*, madame Perrodon, y le permite quedarse como huésped nuestra bajo mi responsabilidad hasta su vuelta, nos estaría otorgando con ello una distinción y una obligación, y la trataríamos con toda la atención y la devoción que merece tan sagrada confianza.

—No puedo hacer eso, señor. Sería abusar demasiado cruelmente de su gentileza e hidalguía — dijo la dama, un poco confusa.

—Al contrario, sería concedernos un gran favor, justamente en el momento en que más lo necesitamos. Mi hija acaba de sentirse contrariada al enterarse del cruel infortunio padecido por una persona, de cuya visita esperaba, desde hacía mucho tiempo, obtener una gran felicidad. Si confía esta joven a nuestro cuidado, será éste su mejor consuelo. El pueblo más cercano en su ruta queda lejos, y no posee la clase de posada en la que se le ocurriría dejar a su hija. No puede permitir que continúe su viaje durante un trayecto considerable sin ponerla en peligro. Si como dice le es imposible suspender su viaje, debería separarse de ella esta noche, y en ninguna parte podrá hacerlo con mayores y más razonables garantías de cuidados y cariño que aquí.

Dejando de lado la magnificencia de su séquito, había algo tan distinguido e incluso tan imponente en el semblante y en el porte de aquella dama, y algo tan llamativo en sus modales, como para convencer a cualquiera de que se trataba de una persona de alto rango.

Mientras tanto, el coche había sido devuelto a su posición vertical y los caballos, completamente dóciles, estaban enganchados de nuevo.

La dama lanzó una mirada a su hija que no me pareció tan afectuosa como cabía esperarse dado el comienzo de la escena. Luego hizo señas a mi padre y se apartó con él dos o tres pasos, donde no pudieran ser oídos, hablándole con expresión rígida y severa, completamente distinta a aquélla con la que hasta ahora se había manifestado.

Me maravillaba que mi padre no pareciera percibir el cambio, y sentía también una curiosidad indecible por averiguar qué podía estar diciéndole, casi al oído, con tanta vehemencia y precipitación.

Permaneció en aquella ocupación unos dos o tres minutos a lo sumo, creo. Luego se volvió y en unos cuantos pasos llegó hasta donde yacía su hija en brazos de madame Perrodon. Se arrodilló a su lado un instante y le susurró al oído, según supuso madame, una breve bendición. Después, tras besarla apresuradamente, subió al carruaje; la puerta se cerró; los lacayos, con impresionantes libreas, saltaron al pescante; los escoltas picaron espuelas; los postillones chasquearon sus látigos; los caballos corcovearon y súbitamente iniciaron un frenético trote que amenazaba con no tardar en convertirse de nuevo en un galope; y finalmente el carruaje desapareció como un torbellino, seguido al mismo ritmo rápido por los dos jinetes de retaguardia.

Capítulo III
Cambio de impresiones

Seguimos el *cortège* con la mirada hasta que se perdió rápidamente de vista en la bruma del bosque. Y hasta el mismo ruido de los cascos y las ruedas se desvaneció en el silencio de la noche.

Nada quedaba que nos garantizara que la aventura no había sido una ilusión momentánea, salvo la joven dama, que precisamente en aquel mismo instante abría los ojos. Yo no podía verla, porque su rostro estaba de espaldas a mí, mas levantó la cabeza, mirando evidentemente a su alrededor, y oí una voz muy dulce que preguntaba en tono quejumbroso:

—¿Dónde está mamá?

Nuestra buena madame Perrodon le respondió cariñosamente, consolándola con algunas garantías pertinentes.

Luego le oí preguntar:

—¿En dónde estoy? ¿Qué lugar es éste? — y añadió a continuación —: No veo el carruaje. Y Matska, ¿dónde está?

Madame contestó a todas sus preguntas en la medida en que las comprendía. Y poco a poco la joven recordó cómo ocurrió el accidente, y le agradó saber que nadie, ni dentro del coche ni entre el servicio, estaba herido. Mas al enterarse de que su madre la había dejado con nosotros hasta su regreso, al cabo de unos tres meses, rompió a llorar.

Iba yo a añadir mis consuelos a los de madame Perrodon cuando mademoiselle De Lafontaine puso su mano sobre mi brazo, diciendo:

—No se acerque a ella. En el estado en que se encuentra, no podría conversar con más de una persona a la vez. La más mínima excitación podría ahora abrumarla.

«En cuanto esté cómodamente instalada en la cama — pensé yo — correré a su habitación a verla».

Mi padre, entre tanto, había enviado a un criado a caballo a buscar al médico, que vivía a unas dos leguas. Y había ordenado que prepararan una alcoba para acoger a la joven.

La forastera se levantó y, apoyándose en el brazo de madame, atravesó lentamente el puente levadizo y entró en el castillo.

En la sala la esperaba la servidumbre, que en seguida la condujo a su habitación.

El aposento que solemos utilizar como salón es largo y tiene cuatro ventanas, las cuales miran, por encima del foso y el puente levadizo, hacia el paisaje forestal que ya he descrito.

Posee un viejo mobiliario de roble con enormes bargueños tallados y sillas tapizadas con terciopelo de Utrecht de color carmesí. Las paredes están cubiertas de tapices y rodeadas de grandes cuadros de marcos dorados con figuras de tamaño natural, que llevan atuendos antiguos y muy curiosos, y representan escenas de caza, cetrería y por lo general festivas. Para ser un aposento tan sumamente cómodo no es demasiado majestuoso. Allí tomábamos el té, pues, con su habitual inclinación patriótica, mi padre insistía en que la bebida nacional apareciera con regularidad junto al café y al chocolate.

Aquella noche nos sentamos allí, y a la luz de las velas hablamos de la aventura vespertina.

Madame Perrodon y mademoiselle De Lafontaine participaban en nuestra reunión. Nada más acostarse, la joven forastera se sumió en un sueño profundo, y aquellas damas la dejaron al cuidado de una sirvienta.

—¿Qué le parece nuestra huésped? — pregunté, en cuanto entró madame Perrodon —. Cuéntemelo todo acerca de ella.

—Me agrada sumamente —contestó madame —. Pienso que tal vez es la criatura más bonita que jamás haya visto. Tiene aproximadamente su misma edad, y es muy amable y simpática.

—Es verdaderamente hermosa — intervino mademoiselle De Lafontaine, que había atisbado un momento en la habitación de la forastera.

—¡Y qué voz tan dulce tiene! — añadió madame Perrodon.

—¿No observaron que cuando volvieron a enderezar el carruaje había otra mujer — preguntó mademoiselle De Lafontaine —, que no salió y únicamente miró por la ventana?

No, no la habíamos visto.

Entonces nos describió a una espantosa mujer vestida de negro, con una especie de turbante de color en la cabeza, que estuvo todo el tiempo mirando por la ventanilla del coche, haciendo muecas y riéndose burlonamente de las damas. Sus ojos, muy brillantes, parecían salírsele de las órbitas, y enseñaba los dientes como si estuviera hecha una furia.

—¿No advirtieron el desagradable aspecto de los criados? — preguntó madame Perrodon.

—Sí —afirmó mi padre, que acababa de entrar —. Unos tipos malcarados y con aspecto de pícaros despreciables, como jamás había visto en mi vida. Espero que no acaben robando a la pobre dama en el bosque. Desde luego, esos granujas deben de ser astutos; en un momento lo pusieron todo en orden.

—Tal vez estuvieran agotados por el largo viaje — replicó madame Perrodon —, pues además de aquel infame aspecto, sus rostros parecían extrañamente enjutos, sombríos y hoscos. Soy muy curiosa, lo confieso. Mas pienso que la joven nos lo contará todo mañana, si se ha recobrado lo suficiente.

—No creo que lo haga —dijo mi padre sonriendo misteriosamente y asintiendo con la cabeza, como si supiese más de lo que quería decirnos.

Eso me hizo sentir todavía más curiosidad por enterarme de lo que había ocurrido entre él y la dama vestida de terciopelo negro, en la breve pero intensa conversación que había precedido inmediatamente a la marcha de esta última.

Apenas nos quedamos solos, le supliqué que me contara todo. No se hizo de rogar demasiado.

—No existe ninguna razón especial para que te lo oculte. Me expresó su vacilación ante las posibles molestias que nos acarrearía el cuidado de su hija, alegando que estaba delicada de salud y nerviosa, aunque no sujeta a ningún tipo de achaque (dijo esto espontáneamente) ni alucinación, ya que, de hecho, está perfectamente cuerda.

—¡Qué extraño que dijera todo eso! — le interrumpí yo —. No veo la necesidad.

—En todo caso, lo *dijo* — contestó él riendo —, y ya que deseas saber todo lo que pasó, que realmente fue muy poco, te lo contaré. Me dijo exactamente: «Estoy efectuando un largo viaje de importancia vital (recalcó la palabra), rápido y secreto. Volveré a recoger a mi hija dentro de tres meses. Mientras tanto, ella deberá guardar silencio acerca de quiénes somos, de dónde venimos y adónde nos dirigimos». Eso fue todo cuanto dijo. Hablaba un francés muy puro. Cuando mencionó la palabra

«secreto», vaciló unos segundos y me miró con severidad, clavando sus ojos en los míos. Supongo que le da mucha importancia a eso. Ya viste lo aprisa que se fue. Espero no haber cometido una tontería haciéndome cargo de la joven.

En cuanto a mí, estaba encantada. Tenía muchas ganas de verla y de hablar con ella. Tan sólo esperaba que el médico me lo permitiera. Los que viven en las ciudades no pueden hacerse una idea del gran acontecimiento que supone, en una soledad como la que nos rodeaba, el comienzo de una nueva amistad.

El médico no llegó hasta cerca de la una. Pero me habría sido tan imposible irme a la cama y dormir como alcanzar a pie el carruaje en el que se había marchado la princesa vestida de terciopelo negro.

Cuando el físico bajó al salón, fue para dar un dictamen muy favorable de su paciente. La joven se había incorporado, su pulso era completamente normal y parecía encontrarse perfectamente. No había sufrido ningún daño y el leve trastorno nervioso había desaparecido casi sin dejar huella. Desde luego, no podía haber ningún mal en que yo la viera, si ambas lo deseábamos. Con esta autorización, le mandé de inmediato un recado para averiguar si me permitiría visitarla en su aposento durante unos pocos minutos.

La criada regresó en seguida para comunicarme que la joven no deseaba otra cosa.

Puede estar seguro de que no tardé mucho en valerme de este permiso.

Nuestra visitante había sido instalada en una de las habitaciones más grandes del *schloss*. Tal vez demasiado impresionante. Frente al pie de la cama había un tapiz sombrío que representaba a Cleopatra con el áspid en el pecho. Y en las restantes paredes se exhibían otras escenas clásicas de gran solemnidad, algo descoloridas. Pero en el resto de la decoración de la sala había varias tallas doradas, y una variedad y riqueza de colorido más que suficientes para compensar la lobreguez del viejo tapiz.

Junto a la cama había algunas velas. La joven estaba incorporada. Su figura esbelta y bonita estaba envuelta en una suave bata de seda con bordados de flores, y forrada con un grueso acolchado de seda, que su madre había arrojado a sus pies mientras yacía en el suelo.

Mas apenas llegué junto a su lecho e inicié los cumplidos de rigor, ¿qué creería que fue lo que me enmudeció de repente, haciéndome retroceder uno o dos pasos? Se lo contaré.

Vi el mismo rostro que se me había aparecido en mi infancia aquella noche, que tan grabado permanecía en mi memoria, y sobre el cual durante tantos años había cavilado tan a menudo con horror, cuando nadie sospechaba en qué estaba pensando.

Era un rostro agraciado, incluso hermoso, y con la misma expresión melancólica que tenía la primera vez que lo vi.

Mas en aquel momento esa expresión se iluminó de pronto con una extraña sonrisa, como si ella también me reconociera.

Hubo un minuto de silencio por lo menos y finalmente habló *ella*; yo no podía.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Hace doce años vi tu rostro en sueños y desde entonces su recuerdo me ha perseguido.

—¡Realmente maravilloso! —repetí yo, esforzándome en superar el horror que por un momento me había cortado el habla —. Por supuesto yo también te vi, en realidad o como visión, hace doce años. No puedo olvidar tu rostro. No se ha borrado de mi imaginación desde entonces.

Su sonrisa se había dulcificado. Fuera lo que fuese lo que yo había visto de extraño en ella, había desaparecido, y sus mejillas con hoyuelos eran ahora deliciosamente lindas e inteligentes.

Me sentí tranquilizada y proseguí en el tono que la hospitalidad exigía, dándole la bienvenida y diciéndole cuánto placer nos había proporcionado a todos, y en particular a mí, su inesperada llegada.

Mientras hablaba le cogí la mano. Yo era algo tímida, como suelen serlo las personas que viven aisladas, mas la situación me volvió elocuente e incluso audaz. Ella me apretó la mano, la retuvo entre las suyas y, mientras sus ojos brillantes se clavaban apresuradamente en los míos, sonrió de nuevo y se ruborizó.

Respondió muy gentilmente a mi bienvenida. Me senté a su lado, todavía asombrada, y ella habló así:

—Debo contarte la visión que tuve de ti. Es muy extraño que hayamos soñado tan intensamente la una con la otra, que ambas nos hayamos visto, tú a mí y yo a ti, con el aspecto que ahora tenemos, cuando, por supuesto, éramos sólo unas niñas. Yo tenía unos seis años y al despertarme de un sueño confuso y agitado me pareció encontrarme en una habitación distinta al cuarto de los niños, con las paredes toscamente revestidas de cierta madera oscura y llena de alacenas, cujas, sillas y bancos. Los lechos, creo recordar, estaban vacíos y en toda la habitación no había nadie más que yo. De tal suerte que, tras haber mirado a mi alrededor durante un buen rato, y haber admirado especialmente un candelabro de hierro de dos brazos, que indudablemente reconocería si lo volviera a ver, me deslicé por debajo de una de las camas con intención de llegar hasta la ventana. Mas cuando salí de debajo de la cama, oí gritar a alguien. Y al mirar hacia arriba, cuando todavía estaba de rodillas, te vi… sin duda eras tú… tal como te veo ahora: una joven muy bonita, con los cabellos dorados y grandes ojos azules, y labios… tus labios… eras tú, tal como eres ahora. Tu belleza me conquistó. Me encaramé a la cama y te abracé, y creo que ambas nos quedamos dormidas. Me despertó un grito. Te habías incorporado y gritabas. Me asusté y me deslicé al suelo. Creo que perdí el conocimiento durante un rato. Cuando me recobré, estaba de nuevo en casa, en el cuarto de los niños. Desde entonces no he podido olvidar tu rostro. Un simple parecido no podría haberme engañado. Tú eres la joven que yo vi.

Ahora me tocaba a mí contar mi visión correspondiente, cosa que hice, ante la sorpresa no simulada de mi nueva amiga.

—No sé cuál de las dos debería asustarse — dijo, sonriendo de nuevo —. Si no fueras tan bonita, pienso que me habrías asustado mucho. Mas, siendo como eres tan hermosa y ambas tan jóvenes, únicamente tengo la impresión de que te he conocido hace doce años y que ya tengo derecho a tu intimidad. En todo caso, parece como si, desde nuestra más tierna infancia, estuviéramos destinadas a ser amigas. Me pregunto si te sientes tan extrañamente atraída hacia mí como yo hacia ti. Nunca tuve una amiga. ¿Encontraré una ahora?

Suspiró y sus hermosos ojos negros me miraron apasionadamente.

Lo cierto es que yo sentía algo inexplicable por aquella hermosa forastera. Me sentía, como ella decía, «atraída hacia ella», pero experimentaba también algo de repulsión. No obstante, en este sentimiento ambiguo prevalecía enormemente la atracción. Era tan hermosa y tan indescriptiblemente atractiva que me intrigaba y me subyugaba.

Entonces noté que se apoderaba de ella una especie de languidez y agotamiento, y me apresuré a darle las buenas noches.

—El doctor cree —añadí— que sería mejor que una doncella te hiciera compañía esta noche. Afuera espera una de las nuestras, ya verás que es una criatura muy servicial y discreta.

—Muy amable por tu parte, pero no podría dormir. Nunca puedo si hay alguien en la habitación. No necesitaré ninguna ayuda… Aunque debo confesarte una debilidad mía: me obsesiona el pavor a los ladrones. Una vez robaron en mi casa y dos sirvientes murieron. Desde entonces siempre cierro con llave la puerta de mi habitación. Se ha convertido en un hábito… y tú pareces tan comprensiva que estoy segura de que me disculparás. Veo que hay una llave en la cerradura.

Me estrechó entre sus lindos brazos durante un rato y me susurró al oído:

—Buenas noches, querida, me cuesta mucho separarme de ti, pero tenemos que despedirnos. Mañana volveré a verte, aunque no muy temprano.

Se dejó caer de nuevo en la almohada dando un suspiro, y sus hermosos ojos me siguieron con una mirada cariñosa y melancólica, mientras murmuraba de nuevo:

—Buenas noches, querida amiga.

Los jóvenes se encariñan, e incluso aman, impulsivamente. Yo me sentía halagada por el afecto evidente, aunque todavía inmerecido, que ella me demostraba. Me complacía la confianza con que de inmediato me había acogido. Había decidido que nos convirtiéramos en buenas amigas.

Llegó el día siguiente y nos volvimos a ver. Sentíame feliz en su compañía. Es decir, en muchos aspectos.

Su belleza no desmerecía nada a la luz del día. Desde luego, era la criatura más bella que yo había visto, y el desagradable recuerdo del rostro que se me apareció en mi sueño infantil había perdido el efecto de mi primer e inesperado reconocimiento.

Me confesó que también ella había experimentado una impresión similar al verme, y exactamente la misma ligera antipatía que en mí se había mezclado con mi

admiración por ella. Nos reímos juntas de nuestros momentáneos sustos.

Capítulo IV

Sus costumbres. Un paseo

Ya he dicho que estaba encantada con ella en la mayoría de detalles.

Había algunos otros que no me gustaban tanto.

Era de estatura algo superior a la media de mujeres. Empezaré por describirla. Era esbelta y asombrosamente elegante. Salvo que sus movimientos eran lánguidos… muy lánguidos, en verdad… nada había en su aspecto que delatara su enfermedad. Su tez era brillante y oscura; sus facciones, pequeñas y muy bien formadas; sus ojos, grandes, negros y brillantes. Su cabello era absolutamente maravilloso: jamás he visto otro tan espeso y tan largo como el suyo cuando lo dejaba suelto sobre los hombros. A menudo hundía en él mis manos y su sorprendente peso me hacía reír. Era exquisitamente fino y suave, de color castaño muy oscuro, con algún reflejo dorado. Me gustaba soltárselo, que cayera por su propio peso. Cuando estaba en su habitación recostada en su silla hablándome en voz baja con dulzura, yo solía recogérselo y trenzárselo, y extenderlo y jugar con él. ¡Dios mío! ¡Ojalá lo hubiera sabido todo!

He dicho que había detalles que no me gustaban. Ya he contado que sus confidencias me conquistaron la primera noche que la vi. Mas descubrí que mantenía una reserva siempre alerta con respecto a sí misma, a su madre, a su historia, en realidad a todo lo relacionado con su vida, sus proyectos y su familia. Acaso fuera yo poco razonable, tal vez estuviera equivocada. Acaso debería haber respetado el solemne requerimiento hecho a mi padre por la majestuosa dama vestida de terciopelo negro. Mas la curiosidad es un sentimiento sin escrúpulos ni sosiego, y no hay muchacha capaz de soportar pacientemente que otra persona frustre la suya. ¿Qué daño podía hacerle a nadie que ella me contara lo que yo tan ardientemente deseaba saber? ¿Es que no tenía confianza en mi sensatez o en mi honor? ¿Por qué no habría de creerme cuando yo le aseguraba solemnemente que no divulgaría ante ningún mortal ni una sola palabra de todo lo que me contara?

Me parecía que existía una frialdad impropia de su edad en aquella forma risueña y melancólica de persistir en su negativa a proporcionarme el más mínimo rayo de luz.

No puedo decir que discutiéramos por ese motivo, pues ella no discutía por nada. Desde luego, resultaba muy poco digno por mi parte e incluso de mala educación, el apremiarla. Mas lo cierto es que no pude evitarlo; y más me habría valido dejar el asunto en paz.

Lo que me contó no tenía, según mi poco escrupulosa estimación, ningún valor.

Todo se resumía en tres revelaciones muy vagas.

La primera: se llamaba Carmilla.

La segunda: su familia era muy antigua y noble.

La tercera: su casa estaba situada al oeste de la nuestra.

No quiso decirme ni el apellido de su familia, ni sus blasones, ni el nombre de su propiedad, ni siquiera el del país en que vivían.

No vaya a pensar que yo la molestaba constantemente con esos asuntos. Esperaba una oportunidad, y más bien procuraba insinuar mis preguntas en lugar de insistir en ellas. Una o dos veces, sin embargo, la ataqué más directamente. Mas fuera cual fuese mi táctica, el resultado era siempre un completo fracaso.

Reproches o caricias, de nada servían con ella. Mas debo añadir que sus evasivas iban acompañadas de una melancolía y una desaprobación tan considerables; de tantas, e incluso tan apasionadas, declaraciones de afecto hacia mí, de plena confianza en mi honor, y de tantas promesas de que yo acabaría por saberlo todo, que no podía continuar enfadada con ella por más tiempo.

Solía rodearme el cuello con sus hermosos brazos, atraerme hacia ella y, apoyando su mejilla en la mía, susurrarme al oído:

—Querida mía, tu corazoncito está herido. No me juzgues cruel por acatar la ley irresistible de mi fuerza y mi debilidad. Si tu corazón está sinceramente herido, el mío sufre espantosamente con el tuyo. En el éxtasis de mi enorme humillación, vivo en tu cálida vida, y tú morirás… morirás, dulcemente morirás… en la mía. No puedo evitarlo. Así como yo me acerco a ti, a su vez, tú te acercarás a otros y conocerás el éxtasis de esa crueldad que, sin embargo, es una forma de amor. De modo que, por ahora, no trates de saber nada más de mí y de lo mío, sino que tienes que confiar fielmente en mí con toda tu alma.

Y después de haber hablado con tanto entusiasmo, me apretó más estrechamente en un abrazo tembloroso, y sus labios inflamaron poco a poco mis mejillas con dulces besos.

Su nerviosismo y su lenguaje me resultaban incomprensibles. Debo admitir que solía desear liberarme de aquellos insensatos abrazos, los cuales no se producían con demasiada frecuencia. Mas parecían faltarme energías para ello. Sus palabras susurrantes sonaban en mis oídos como una canción de cuna, y apaciguaban mi resistencia en una especie de trance, del cual parecía recobrarme solamente cuando ella retiraba sus brazos.

No me gustaba cuando estaba presa de esos misteriosos estados de mal humor. Experimentaba una excitación extraña y tumultuosa, que de vez en cuando era placentera, mezclada con una vaga sensación de miedo y asco. Mientras duraban aquellas escenas no tenía las ideas claras sobre ella, pero tenía conciencia de un amor que se convertía en adoración y también en aborrecimiento. Ya sé que parece una paradoja, pero no sabría explicar de otro modo aquella sensación.

Escribo ahora, tras un intervalo de más de diez años, con un recuerdo confuso y terrible de ciertos sucesos y situaciones, a través de cuya prueba estaba yo pasando inconscientemente, aunque rememorase viva e intensamente el curso general de mi historia. Mas sospecho que en las vidas de todas las personas se dan ciertas situaciones emotivas, en las que nuestras pasiones se despiertan más frenética y atrozmente, las cuales son, entre todas las demás, las que luego recordamos más vaga y difusamente.

A veces, tras un período de indiferencia, mi extraña y bella compañera me cogía la mano y la retenía apretándomela cariñosamente una y otra vez, y finalmente se ruborizaba levemente, mirándome al rostro con ojos lánguidos y ardientes, y tan jadeante que su vestido subía y bajaba a causa de la tumultuosa respiración. Era como el ardor de un enamorado; me turbaba; era algo odioso y, no obstante, irresistible. Luego me atraía hacia ella, recreándose en la mirada, y sus cálidos labios me recorrían las mejillas a besos, mientras me susurraba, casi sollozando:

—Eres mía, *serás* mía; tú y yo tenemos que ser una sola persona, y para siempre.

Después se echaba hacia atrás en la silla, cubriéndose los ojos con sus manecitas, y me dejaba temblando.

—¿Estamos emparentadas? —solía preguntarle —. ¿Qué quieres decir con todo eso? Tal vez te recuerde a alguien a quien amas. Mas no debes comportarte así, lo detesto. No te conozco… ni me conozco a mí misma cuando me miras y me hablas de ese modo.

Ante mi vehemencia ella solía suspirar, volvía el rostro y me soltaba la mano.

En vano me esforzaba por elaborar alguna teoría satisfactoria que explicase aquellas manifestaciones tan extraordinarias. No podía achacarlas a simulación o burla. Sin lugar a dudas se trataba del estallido momentáneo del instinto y la emoción contenidos. ¿No estaría ella sujeta, pese a la espontánea negativa de su madre, a breves accesos de demencia? ¿No se trataría acaso de un novelesco disfraz? En antiguos libros de fábulas había leído episodios de tal género. ¿Y si un joven enamorado hubiera logrado introducirse en la casa y tratara de proseguir con su mascarada, con la ayuda de una hábil intrigante? Pero había demasiadas cosas en contra de semejante hipótesis, aun cuando halagase sumamente mi vanidad.

Yo podía vanagloriarme de no pocas de las atenciones que la galantería masculina se complace en ofrecer. Entre aquellos momentáneos arrebatos de pasión había largos intervalos de normalidad, de alegría, de cavilosa melancolía, durante los cuales quizás yo no representara nada para ella, aunque notase sus ardientes ojos clavados en mí. Salvo en aquellos breves períodos de misteriosa exaltación, sus modales eran infantiles. Y siempre había en ella una languidez totalmente incompatible con una constitución masculina dotada de buena salud.

En ciertos aspectos, tenía extrañas costumbres. Tal vez no tan singulares en opinión de una dama de ciudad como usted, pero sí para nosotros que somos gente rústica. Solía bajar muy tarde, por lo general poco antes de la una. A esa hora se

tomaba una taza de chocolate, pero no comía nada. Después íbamos juntas a dar un paseo, aunque durante poco tiempo, ya que casi inmediatamente se sentía agotada y, o bien regresaba al *schloss*, o se sentaba en alguno de los bancos repartidos estratégicamente entre la arboleda. Era la suya una languidez corporal que no afectaba a su mente. Su conversación era siempre muy lúcida y animada.

De vez en cuando aludía brevemente a su casa, o mencionaba algún incidente o situación, o algún recuerdo infantil, que indicaban un extraño comportamiento; y describía costumbres que nosotros ignorábamos por completo. De aquellas alusiones fortuitas, deduje que su país debía de estar mucho más lejos de lo que en un principio me había imaginado.

Una tarde, mientras estábamos sentadas bajo los árboles, pasó un entierro por delante de nosotras. Correspondía a una linda muchachita a la que había tenido ocasión de ver muy a menudo, pues era hija de uno de los guardas forestales. El infeliz caminaba detrás del féretro de su niña. Parecía tener el corazón destrozado, ya que era su única hija. Le seguían algunas parejas de campesinos entonando un himno fúnebre.

A su paso me levanté respetuosamente y me uní a ellos en su dulce cántico.

Mi acompañante me zarandeó con cierta rudeza y yo me volví sorprendida.

Me dijo bruscamente:

—¿No te das cuenta de cómo desafinan?

—Al contrario, me parece un canto muy melodioso — contesté molesta por la interrupción y muy incómoda, por miedo a que la gente que formaba la comitiva nos estuviera observando y se ofendiera al oírnos.

Por consiguiente, reanudé inmediatamente el cántico y de nuevo fui interrumpida.

—Me destrozas los tímpanos — dijo Carmilla, enfadada, mientras se tapaba los oídos con sus minúsculos dedos —. Además, ¿cómo sabes que tu religión y la mía son la misma? Tus manifestaciones me hieren y detesto los funerales. ¡Menudo alboroto! ¡Vaya!, tú tienes que morir como todo el mundo. Y todos son más felices cuando se mueren. Regresemos a casa.

—Mi padre se ha ido al cementerio con el sacerdote. Yo creí que sabías que hoy iban a enterrarla.

—¿A *ella*? Los campesinos no me preocupan. Ni siquiera la conozco — replicó, mientras sus hermosos ojos relampaguearon fugazmente.

—Es la infeliz muchacha que imaginó ver un fantasma hace quince días y que ha estado agonizando desde entonces, hasta que expiró ayer.

—No me hables de fantasmas. No dormiré esta noche si lo haces.

—Espero que no se trate de ninguna plaga o enfermedad. Aunque presenta todos los síntomas — proseguí —. La joven esposa del porquerizo murió hace apenas una semana, y también imaginó que algo la agarraba por el cuello mientras yacía en la cama, y casi la estrangula. Papá dice que tales fantasías tan espantosas suelen

acompañar a cierto tipo de fiebres. Se encontraba perfectamente bien el día anterior. Luego se vino abajo, y murió en menos de una semana.

—Bueno, espero que su funeral haya terminado, y que se haya cantado ya su oficio fúnebre. Y que nuestros oídos ya no serán torturados con esa disonancia y esa jerigonza. Me han puesto nerviosa. Siéntate aquí, a mi lado, más cerca. Cógeme la mano. Apriétala fuerte… fuerte… más fuerte.

Habíamos retrocedido unos pasos, hasta llegar a otro banco.

Carmilla se sentó. Su rostro había experimentado tal cambio que me alarmé, e incluso por unos momentos quedé aterrorizada. Su expresión se ensombreció y se puso terriblemente lívida. Sus manos y sus dientes estaban apretados, tenía el ceño y los labios fruncidos, mientras miraba fijamente al suelo y temblaba de pies a cabeza con un incesante estremecimiento tan incontenible como el producido por la malaria. Todas sus fuerzas parecieron tensarse para reprimir un ataque, contra el que libraba una lucha sin descanso. Por fin, brotó de su boca un grito de dolor, débil y convulso, y poco a poco su histeria fue apaciguándose.

—He aquí lo que ocurre cuando se acalla a la gente con himnos — dijo, finalmente —. Sujétame, tenme todavía sujeta. Ya se me pasa.

Eso fue lo que, poco a poco, ocurrió. Y tal vez para disipar la siniestra impresión que aquel espectáculo me había producido, se puso inusualmente animada y parlanchina, regresando así a casa.

Era la primera vez que yo la veía mostrar síntomas precisos de esa fragilidad de salud de la que había hablado su madre. Era también la primera vez que la veía dar muestras de algo parecido a la ira.

Ambas cosas se desvanecieron cual nube de verano. Y excepto una vez, después ya no tuve ocasión de presenciar ninguna otra de sus pasajeras explosiones de cólera. Le contaré cómo sucedió.

Carmilla y yo estábamos contemplando el paisaje desde uno de los grandes ventanales del salón, cuando cruzó el puente levadizo y penetró en el patio la figura de un vagabundo, al que yo conocía bastante bien. Solía visitar el *schloss* unas dos veces por año.

Se trataba de un jorobado, con esos rasgos angulosos y enjutos que suelen acompañar a las deformidades. Llevaba una puntiaguda barba negra y sonreía de oreja a oreja, mostrando sus blancos colmillos. Iba vestido de amarillo, negro y escarlata, y provisto de más correas y cintos de los que yo podía contar, de los cuales colgaban toda clase de objetos. Detrás llevaba una linterna mágica y dos cajas cuyo contenido conocía yo muy bien: en una había una salamandra y en la otra una mandrágora. Dichos monstruos solían hacer reír a mi padre. Estaban formados por miembros de monos, loros, ardillas, peces y erizos, puestos a secar y suturados con gran habilidad y efectos sorprendentes. Llevaba también un violín, una caja con instrumentos mágicos para conjurar los malos espíritus, un par de floretes y caretas que pendían de uno de los cintos, y varios estuches misteriosos que se balanceaban a

su alrededor. En la mano sostenía un bastón negro con conteras de cobre. Le acompañaba un perro flaco y peludo, que le seguía muy de cerca, el cual se detuvo en seco, receloso, ante el puente levadizo, y al poco rato comenzó a aullar lúgubremente.

Mientras tanto, el charlatán, deteniéndose en medio del patio, se quitó su grotesco sombrero, y nos hizo una reverencia muy ceremoniosa, saludándonos con mucha soltura en un francés execrable y un alemán no mucho mejor. Después, alzando su violín, empezó a rasgar una alegre tonada, que cantó con divertida disonancia, mientras bailaba con gestos grotescos y vivaces, que me hicieron reír a pesar de los aullidos del perro.

Luego avanzó en dirección a la ventana, sonriendo y saludando ostensiblemente, y, con el sombrero en la mano izquierda, el violín debajo del brazo, y una fluidez no interrumpida ni siquiera para tomar aire, farfulló una interminable proclama de todos sus talentos, así como de los recursos de las distintas artes que ponía a nuestro servicio, y de las curiosidades y diversiones de que disponía, hasta que le permitiéramos mostrárnoslos.

—¿No querrían sus señorías comprarme un amuleto contra el *upiro*[3], que, según he oído, vaga por estos bosques como un lobo? — dijo, dejando caer su sombrero al suelo —. Mucha gente está muriendo por su causa a diestro y siniestro, mas aquí tengo un amuleto que nunca falla. Basta con prenderlo de la almohada mediante alfileres, y podrán reírse de él en sus propias barbas.

Tales amuletos consistían en tiras oblongas de vitela, cubiertas de signos cabalísticos y diagramas.

Carmilla compró uno inmediatamente, y lo mismo hice yo.

El hombre levantó los ojos y nosotras le sonreímos divertidas; al menos, puedo responder de mí misma. Mientras observaba nuestros rostros, sus penetrantes ojos negros parecieron descubrir algo que momentáneamente atraía su atención.

Inmediatamente abrió un estuche de cuero, lleno de toda clase de extraños instrumentos de acero.

—Mire esto, mi señora —dijo, mostrándomelos y dirigiéndose a mí —. Aparte de otras profesiones menos útiles, ejerzo el arte de la odontología. ¡Maldito sea este condenado perro! — intercaló —. ¿Quieres callarte, bestia inmunda? Aúlla tanto que sus señorías no deben de oír ni una sola palabra de lo que digo. Su noble amiga, la joven dama que tiene a su derecha, tiene dientes muy afilados… largos, finos y puntiagudos, como una lezna, como una aguja. ¡Ja, ja! Cuando he alzado la mirada, los he visto claramente con mi vista aguda y de largo alcance. Si por casualidad le molestan, como creo, aquí estoy yo con mi lima, mi punzón, y mis pinzas. Se los dejaré redondeados y romos, si su señoría lo desea. En vez de dientes de pez, tendrá los que corresponden a la hermosa joven que realmente es. ¿No le parece? ¿Se ha molestado la joven dama por lo que he dicho? ¿Acaso he sido demasiado atrevido? ¿La he ofendido?

La joven, en efecto, parecía muy irritada cuando se apartó de la ventana.

—¿Cómo se atreve a insultarnos este charlatán? ¿Dónde está tu padre? Le exigiré una reparación. ¡Mi padre le habría atado a la bomba de agua, le habría azotado con un látigo y sin vacilar le habría marcado a fuego con el hierro del castillo!

Carmilla se alejó de la ventana uno o dos pasos, y se sentó. Pero apenas hubo perdido de vista al ofensor, su ira desapareció tan repentinamente como había surgido, y poco a poco recobró su tono habitual, pareciendo olvidarse del jorobadito y de sus desatinos.

Mi padre estaba muy abatido aquella noche. Al llegar nos contó que se había producido otro caso muy similar a los dos fatales que habían ocurrido recientemente. La hermana de un joven campesino a sus órdenes, que vivía a sólo una milla del castillo, estaba muy enferma. Según su propia descripción, había sido atacada poco más o menos del mismo modo que las otras, y ahora se estaba consumiendo lenta pero inflexiblemente.

—Todo esto —dijo mi padre— hay que atribuirlo estrictamente a causas naturales. Esos infelices se contagian unos a otros sus supersticiones, y de ese modo refunden en su imaginación las terroríficas imágenes de que han sido víctimas sus vecinos.

—Mas aunque así fuese, resulta espantoso — dijo Carmilla.

—¿Qué quieres decir? —inquirió mi padre.

—Tengo mucho miedo de imaginar siquiera la posibilidad de tener semejantes visiones. Creo que sería tan horrible imaginarlas como que fueran ciertas.

—Estamos en manos del Señor. Nada puede ocurrir sin su consentimiento, y todo acabará felizmente para los que le aman. Es nuestro fiel creador. Él nos ha hecho a todos y cuidará de nosotros.

—¿Creador? ¡*Naturaleza*! — dijo la joven dama en respuesta a mi padre —. Esa enfermedad que invade la comarca es un fenómeno natural. Propio de la naturaleza. Todas las cosas proceden de la naturaleza… ¿no es cierto? Todo, en el cielo y en la tierra, y bajo tierra, vive y actúa según el imperativo de la naturaleza. Por lo menos, eso es lo que yo creo.

—El doctor dijo que vendría hoy — anunció mi padre, después de un silencio —. Quiero saber qué piensa de todo esto y qué cree que es mejor que hagamos.

—Los médicos nunca me han hecho ningún bien — dijo Carmilla.

—¿Has estado enferma alguna vez? — pregunté.

—Más enferma de lo que tú hayas podido estarlo nunca — contestó ella.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, mucho. Padecí esta misma enfermedad. Mas lo he olvidado todo, excepto la debilidad y el sufrimiento. Y no eran tan malos como los que se padecen con otras enfermedades.

—¿Eras muy joven entonces?

—Supongo. Pero no hablemos más de eso. No querrás herir a una amiga, ¿verdad?

Me miró lánguidamente a los ojos y me rodeó cariñosamente la cintura con su brazo, llevándome fuera de la habitación. Mi padre estaba ocupado consultando unos documentos cerca de la ventana.

—¿Por qué a tu padre le gusta asustarnos? — dijo la joven, suspirando y estremeciéndose un poco.

—No le gusta, querida Carmilla. Nada más lejos de su intención.

—Querida, no estarás asustada, ¿verdad?

—Lo estaría, y mucho, si creyera que existe algún peligro real de ser atacada como esas infelices.

—¿Te asusta morir?

—Sí, como a todo el mundo.

—Pero morir como mueren los amantes… Morir juntos para luego poder vivir en compañía. Las muchachas son como orugas mientras viven en este mundo y finalmente se convierten en mariposas cuando llega el verano. Pero mientras tanto son gusanos y larvas, ¿no crees?, cada cual con sus peculiares inclinaciones, necesidades y constitución. Eso dice monsieur Buffon en su voluminoso libro[4] que está en la habitación contigua.

Aquel mismo día, un poco después, vino el doctor y se encerró con papá durante un buen rato. Era un hombre hábil, de poco más de sesenta años. Llevaba el cabello empolvado, y su pálido rostro estaba tan afeitado que parecía tan terso como una calabaza. Papá y él salieron juntos de la habitación y oí decir a mi padre, riendo:

—Bueno, me asombra en un hombre tan sensato como usted. ¿Me está hablando de hipogrifos y dragones?

El médico sonrió y respondió, meneando la cabeza.

—En cualquier caso, la vida y la muerte siempre han sido un misterio, y poco sabemos de los recursos de una y otra.

Y prosiguieron su camino y no oí nada más. En aquel momento no supe lo que había estado exponiendo el doctor, mas ahora creo poder adivinarlo.

Capítulo V
Un parecido asombroso

Aquella noche llegó, procedente de Graz, el hijo del restaurador de cuadros, un joven serio y de rostro sombrío, que conducía una carreta arrastrada por un caballo y cargada con dos grandes cajones, cada uno de los cuales contenía varias pinturas. Cada vez que llegaba al *schloss* un mensajero de nuestra pequeña capital de Graz, que

quedaba a unas diez leguas, solíamos reunirnos a su alrededor en la sala para escuchar las noticias.

Su llegada causó auténtica sensación en nuestra aislada residencia. Los cajones permanecieron en la sala, y la servidumbre se ocupó del mensajero hasta que hubo terminado de cenar. Después, seguido de algunos ayudantes y armado con un martillo, un escoplo y un destornillador, se unió a nosotros en la sala, donde nos habíamos congregado para presenciar el desembalaje de los cajones.

Carmilla se sentó, contemplando con indiferencia cómo sacaban una tras otra las viejas pinturas, casi todas ellas retratos, que habían sido objeto de una restauración. Mi madre perteneció a una antigua familia húngara, y casi todas aquellas pinturas, que ahora iban a retornar a sus respectivos lugares, nos habían llegado a través de ella.

Mi padre tenía una lista en la mano y leía los títulos de los cuadros, a medida que el artista sacaba los números correspondientes. Ignoro si los cuadros tenían mucho valor, pero indudablemente eran muy antiguos y algunos de ellos muy curiosos. Debo decir que, en su mayor parte, tenían para mí el mérito de ser la primera vez que los veía, ya que con el paso de los años el humo y el polvo los habían ocultado casi por completo.

—Hay un cuadro que todavía no he visto — dijo mi padre —. En una esquina, en la parte superior, me parece leer el nombre de «Marcia Karnstein» y la fecha de «1698». Tengo curiosidad por ver cómo ha quedado.

Yo lo recordaba. Se trataba de una pequeña tela sin marco, como de pie y medio de altura y casi cuadrada. Mas estaba tan ennegrecida por el paso del tiempo que nunca había podido vislumbrar nada en ella.

El artista mostró la pintura con evidente orgullo. Era realmente hermosa y sorprendente. Parecía tener vida. ¡Era la efigie de Carmilla!

—Querida Carmilla, esto es un milagro. Eres tú, en verdad, viva y sonriente. A esa pintura sólo le falta hablar. ¿No es extraordinario, papá? Mira, ¡incluso tiene el pequeño lunar en el cuello!

Mi padre sonrió y dijo:

—Realmente el parecido es asombroso.

Pero apartó la mirada y, ante mi extrañeza, no pareció sorprenderse demasiado, y siguió hablando con el restaurador, que tenía también algo de artista y disertaba inteligentemente acerca de los retratos, u otras obras, a los que su arte acababa de devolver la luz y el color. Mientras, mi asombro iba en aumento cuanto más miraba el cuadro.

—Papá, ¿me permites colgar este cuadro en mi habitación? — pregunté.

—Por supuesto, querida —dijo él, sonriendo —. Me complace que lo encuentres tan parecido. Siendo así, debe de ser más bonito incluso de lo que yo pensaba.

La joven dama no agradeció el cumplido, ni tan siquiera pareció oírlo. Estaba reclinada en su asiento, observándome fijamente con sus hermosos ojos de largas

pestañas, mientras sonreía en una especie de éxtasis.

—Ahora se puede leer con claridad — dije — el nombre que está escrito en la esquina. No es Marcia. Parece escrito con letras doradas. El nombre es Mircalla, condesa Karnstein. Encima de él puede verse una pequeña corona heráldica y debajo la fecha *anno domini* 1698. Yo desciendo de los Karnstein. Es decir, mamá descendía de ellos.

—¡Ah! —exclamó Carmilla, lánguidamente —. Yo también creo ser una lejana descendiente suya, muy antigua. ¿Vive ahora algún Karnstein?

—Ninguno que lleve el apellido, según creo — añadí yo —. La familia fue destruida, me parece, en ciertas guerras civiles hace mucho tiempo. Pero las ruinas del castillo se encuentran a tan sólo unas tres millas de aquí.

—¡Qué interesante! —dijo ella, lánguidamente —. Pero ¡fíjate qué hermoso claro de luna!

La joven miró en dirección a la puerta de la sala, que permanecía entreabierta.

—¿Damos una vuelta por el patio y echamos una ojeada al camino y al río?

—Se parece tanto a la noche en que llegaste — dije yo.

Carmilla suspiró, sonriente.

Luego se levantó y, rodeándonos recíprocamente los talles con nuestros brazos, salimos al patio.

Caminamos lentamente y en silencio hasta llegar al puente levadizo. Ante nosotras se extendía el espléndido paisaje.

—Así que te acordabas de la noche en que llegué — me susurró —. ¿Te alegra que viniera?

—Estoy encantada, querida Carmilla — respondí.

—Y has pedido el cuadro en el que ves un parecido conmigo para colgarlo en tu habitación — susurró, con un suspiro, ciñendo con más fuerza mi cintura con su brazo y apoyando su linda cabeza sobre mi hombro.

—¡Qué romántica eres, Carmilla! — exclamé —. Cuando me cuentes la historia de tu vida, estoy convencida de que será como escuchar una novela.

Me besó en silencio.

—Estoy segura, Carmilla, de que has estado enamorada. Que en este mismo momento debes de estar enredada en algún asunto del corazón.

—Jamás he estado enamorada de nadie y nunca lo estaré — susurró —. Salvo que lo esté de ti.

¡Qué hermosa estaba Carmilla aquella noche a la luz de la luna!

Con un extraño arrebato de timidez, ocultó apresuradamente su rostro en mi cuello, entre mis cabellos, suspirando tan agitadamente que parecía a punto de sollozar. Y temblando, apretó con fuerza mi mano.

Su suave mejilla ardía contra la mía.

—Querida, querida mía —murmuró—. Yo vivo en ti y tú morirás por mí. Te amo tanto…

Me separé de ella.

Ahora me miraba con unos ojos de los que había desaparecido cualquier vestigio de pasión o de intencionalidad, y su inexpresivo rostro había perdido el color.

—¿No está demasiado frío el ambiente, querida? — dijo, con apatía —. Casi estoy temblando. ¿He estado soñando? Regresemos. Vamos, vamos, entremos en casa.

—Pareces enferma, Carmilla. Estás algo pálida. Deberías tomar un poco de vino — le dije.

—Sí, lo haré. Ahora me encuentro mejor. Dentro de algunos minutos estaré completamente bien. Sí, dame un poco de vino — contestó Carmilla, mientras nos acercábamos a la puerta —. Quedémonos todavía a mirar un rato. Tal vez sea ésta la última vez que contemplemos juntas el claro de luna.

—¿Cómo te encuentras ahora, querida Carmilla? ¿De veras estás mejor? — pregunté.

Estaba empezando a alarmarme, temiendo que también ella hubiese sido atacada por la misteriosa epidemia que, según se decía, había invadido la región.

—Papá lo lamentaría terriblemente — añadí —, si supiese que has estado enferma, aunque fuera mínimamente, sin que se lo hubiéramos dicho. Aquí cerca tenemos un médico muy competente: el físico que estaba hoy con papá.

—Estoy segura de su competencia. Y sé lo bondadosos que sois todos. Pero, mi querida niña, ahora vuelvo a encontrarme perfectamente bien. No me pasa nada; únicamente me siento un poco débil. La gente dice que soy lánguida. Estoy incapacitada para hacer cualquier tipo de ejercicio; apenas puedo caminar más que un niño de tres años. Y, de vez en cuando, las escasas energías que tengo me abandonan, y me pongo como me acabas de ver. Mas, a fin de cuentas, me recupero con mucha facilidad, en seguida me pongo bien. Mira cómo me he recobrado.

Así era, en verdad. Continuamos conversando todavía durante bastante tiempo, y ella estuvo muy animada. El resto de aquella velada transcurrió sin ninguna otra recaída en lo que yo llamaba sus «apasionamientos». Me refiero a su vesánica forma de hablarme y de mirarme, que me desconcertaba e incluso me asustaba.

Mas aquella noche sucedió algo que produjo un vuelco completo en mi forma de pensar, y que incluso pareció sorprender a la lánguida naturaleza de Carmilla en un estado momentáneo de gran vigor.

Capítulo VI

Una congoja inesperada

Entramos en el salón y nos sentamos a tomar café y chocolate. Y aunque Carmilla no probó nada, parecía estar totalmente repuesta. Madame Perrodon y mademoiselle De Lafontaine se reunieron con nosotras y jugamos una partidita de cartas, en el transcurso de la cual vino papá a por lo que él llamaba su «tacita de té».

Cuando acabó la partida, se sentó en el sofá al lado de Carmilla y le preguntó, algo inquieto, si desde su llegada había tenido noticias de su madre.

—No —respondió ella.

A continuación le preguntó si sabía adónde podría enviarle él una carta en aquel momento.

—No sabría decírselo —respondió ella ambiguamente —. Mas he estado pensando en dejarles; ya han sido demasiado hospitalarios y amables conmigo. Les he causado innumerables molestias. Me gustaría coger mañana su carruaje y correr la posta en su búsqueda. Realmente sé dónde encontrarla, aunque no me atrevo a decírselo.

—Ni se le ocurra hacer semejante cosa — exclamó mi padre, con gran alivio por mi parte —. No podemos permitirnos perderla de ese modo. No consentiré que nos abandone, como no sea por iniciativa de su madre, que tuvo la bondad de consentir que se quedara con nosotros hasta que ella regresara. Me alegraría mucho enterarme de que ha tenido noticias suyas. Mas esta noche los informes acerca de los progresos de la misteriosa enfermedad que ha invadido nuestro vecindario son todavía más alarmantes. Y, a falta de noticias de su madre, me siento responsable, mi linda huésped. Haré todo lo posible. Y una cosa es segura: no debe pensar en dejarnos sin una clara indicación de su madre en ese sentido. Sufriríamos demasiado separándonos de usted como para que lo consintamos tan fácilmente.

—Mil gracias, señor, por su hospitalidad — contestó ella, sonriendo tímidamente —. Han sido todos demasiado amables conmigo. Pocas veces en mi vida he sido tan feliz como en su hermoso castillo, bajo sus cuidados y en compañía de su hija.

De modo que mi padre le besó la mano a Carmilla, galantemente, a su viejo estilo, sonriendo complacido por el breve discurso de la joven.

Como de costumbre, acompañé a Carmilla a su habitación, y me senté a charlar con ella mientras se preparaba para acostarse.

—¿Crees —le dije, finalmente— que llegará el día en que confiarás plenamente en mí?

Ella se volvió, sonriente, pero no respondió. Tan sólo siguió sonriéndome.

—¿No vas a contestarme? —dije—. Seguramente no puedes darme una respuesta satisfactoria. No debiera habértelo preguntado.

—Haces bien en preguntarme esto o cualquier otra cosa. No sabes lo mucho que te quiero ni puedes imaginar una confianza mayor que la que yo te profeso. Mas estoy atada por unos votos. Ni siquiera una monja los ha hecho la mitad de terribles. Y todavía no me atrevo a contar mi historia, ni siquiera a ti. Está ya cercano el día en

que lo sabrás todo. Me juzgarás cruel y muy egoísta, mas el amor es siempre egoísta; cuanto más apasionado, más egoísta. No puedes imaginar lo celosa que estoy. Tienes que venir conmigo y amarme hasta la muerte. O bien ódiame, pero ven conmigo, *odiándome* hasta la muerte y aun después. No existe la palabra indiferencia en mi naturaleza apática.

—Ahora, Carmilla, de nuevo vuelves a hablar sin sentido — dije, apresuradamente.

—No lo haré más, aun siendo tan tonta como soy y tan llena de caprichos y fantasías. Por amor a ti, hablaré con más sensatez. ¿Has estado alguna vez en un baile?

—No. Continúa. ¿Cómo es? Deben de ser muy agradables.

—Casi lo he olvidado. ¡Hace tantos años!

Me reí.

—No eres tan vieja. No es posible que hayas olvidado tu primer baile.

—Sólo haciendo un gran esfuerzo puedo recordarlo. Lo veo todo, como los buzos ven lo que pasa encima de ellos, a través de un medio denso y ondulante, pero transparente. Algo ocurrió aquella noche que oscurece la imagen, y difumina los detalles. Casi me asesinaron estando yo en cama, me hirieron aquí — se tocó el pecho —. Desde entonces nunca he vuelto a ser la misma.

—¿Estuviste a punto de morir?

—Sí. Me invadió un amor cruel, extraño, capaz de arrebatarme la vida. El amor exige sacrificios. Y no hay sacrificios sin sangre. Ahora debemos irnos a dormir. Me siento tan indolente. ¿Cómo conseguiré ahora levantarme para cerrar la puerta con llave?

Estaba acostada con sus minúsculas manos ocultas bajo su espléndida cabellera ondulada, y su cabecita reposando sobre la almohada. Y sus ojos brillantes me seguían allá donde yo fuera, con una especie de sonrisa tímida que no podía descifrar.

Le di las buenas noches y salí sigilosamente de la habitación con una sensación incómoda.

A menudo me preguntaba si nuestra linda huésped rezaría sus oraciones alguna vez. Desde luego, yo no la había visto nunca de rodillas. Por la mañana, nunca bajaba hasta mucho después de que hubieran terminado nuestros rezos en familia. Y por la noche, jamás abandonaba el salón para asistir a nuestras breves plegarias vespertinas en la sala.

De no haber salido casualmente en una de nuestras despreocupadas conversaciones que había sido bautizada, habría dudado de que fuera cristiana. La religión era un tema sobre el cual jamás le había oído decir una sola palabra. Si hubiera conocido mejor el mundo, esa particular negligencia u hostilidad no me habría sorprendido tanto.

Las precauciones de la gente nerviosa son contagiosas, y las personas de temperamento parecido, al cabo de cierto tiempo, indudablemente acaban por

imitarlas. Yo había adoptado la costumbre de Carmilla de cerrar con llave la puerta de la alcoba, sugestionada por sus caprichosos temores a los intrusos nocturnos y a los merodeadores asesinos. Así mismo había adoptado su precaución de llevar a cabo un breve registro por todos los rincones de la habitación, para convencerme de que ningún asesino al acecho se hallaba «escondido».

Una vez tomadas tan prudentes medidas, me metí en la cama y en seguida me dormí. Una luz había quedado encendida en mi habitación. Era ésta una vieja costumbre, de fecha muy remota, y de la que nada podría haberme inducido a prescindir.

Así protegida, podía descansar tranquila. Mas los sueños atraviesan muros de piedra, iluminan habitaciones oscuras u oscurecen las luminosas. Y los personajes que en ellos toman parte entran y salen a placer, riéndose de los cerrojos.

Aquella noche tuve un sueño que fue el comienzo de una congoja inesperada.

No puedo llamarlo pesadilla, porque tenía plena conciencia de estar dormida. Mas igualmente tenía conciencia de encontrarme en mi habitación, acostada en mi cama, exactamente como en realidad estaba. Vi, o me pareció ver, la habitación y los muebles tal y como los había visto por última vez, sólo que había mucha más oscuridad. Y vi algo moverse a los pies de la cama, que al principio no pude distinguir claramente. Pero pronto descubrí que se trataba de un animal negro como el hollín, parecido a un gato monstruoso. Me pareció que tendría alrededor de cuatro o cinco pies de largo, ya que cuando cruzó la alfombrilla del hogar vi que medía por lo menos tanto como ella. Iba y venía con la impaciencia ágil y siniestra de una bestia enjaulada. No pude gritar, aunque, como puede suponer, estaba aterrada. Su paso era cada vez más rápido y la habitación cada vez más oscura, hasta que, finalmente, ya no pude distinguir más que sus ojos. Advertí que saltaba suavemente sobre mi cama. Sus grandes ojos se aproximaron a mi rostro, y de repente sentí un dolor punzante, como si me clavaran profundamente en el pecho dos largas agujas, con una separación entre ellas de una o dos pulgadas.

Me desperté dando un grito. La habitación estaba iluminada por la vela que dejaba permanentemente encendida durante toda la noche, y vi una figura femenina a los pies de mi cama, un poco hacia la derecha. Llevaba un holgado vestido negro, y su cabello suelto caía sobre sus hombros, cubriéndolos. Un bloque de piedra no hubiera podido estar más inmóvil. No se advertía en ella el más leve indicio de respiración. Mientras yo la miraba fijamente, la figura parecía haberse movido, y estaba ahora más cerca de la puerta. Luego llegó junto a ella, la puerta se abrió y aquélla salió.

Me sentí entonces aliviada, y capaz de respirar y de moverme. Lo primero que pensé fue que Carmilla me había gastado una broma, y yo me había olvidado de cerrar la puerta. Me precipité hacia ella y la encontré, como de costumbre, cerrada por dentro. Me asustaba abrirla… estaba aterrorizada. Me metí en la cama de un

salto, me tapé la cabeza con las sábanas, y así permanecí, más muerta que viva, hasta que amaneció.

Capítulo VII
Empeoramiento

Sería inútil que tratara de contarle el horror con que, incluso ahora, recuerdo lo sucedido aquella noche. No fue como el pánico transitorio que deja tras de sí un sueño. Parecía intensificarse con el paso del tiempo, y contagiar a la habitación y a los mismos muebles que habían estado en contacto con la aparición.

Durante todo el día siguiente no pude soportar que me dejaran sola ni por un momento. Se lo habría contado a mi padre, a no ser por dos motivos opuestos. Pensé, por una parte, que se reiría de mi historia, y que yo no podría soportar que aquello fuera tomado a broma. Y por otra parte, me pareció que tal vez creyese que me había atacado la misteriosa enfermedad que asolaba nuestra vecindad. Yo no abrigaba recelo alguno en ese sentido. Mas mi padre estaba enfermo del corazón desde hacía tiempo, y tenía miedo de sobresaltarle.

Me tranquilizaba bastante la bondadosa compañía de madame Perrodon y de la vivaracha mademoiselle De Lafontaine. Ambas advirtieron que yo estaba desanimada y nerviosa, y finalmente les conté lo que tanto me pesaba en el corazón.

Mademoiselle se rió, mas tuve la impresión de que madame Perrodon pareció inquietarse.

—A propósito —dijo mademoiselle, riendo —, en el viejo paseo de los tilos ¡hay fantasmas!

—¡Tonterías! —exclamó madame, que probablemente consideró el asunto bastante inoportuno —. ¿Quién te ha contado esa historia, querida?

—Martin dice que fue allí un par de veces antes del alba, para reparar la vieja puerta del patio, y que en ambas ocasiones vio a la misma figura femenina paseándose por la avenida de los tilos.

—Y con razón, en tanto haya vacas que ordeñar en los prados del río — dijo madame.

—Quizás. Pero Martin prefiere asustarse, y jamás vi a un tonto más asustado.

—No debéis contarle a Carmilla ni una palabra de esto, porque desde su ventana puede ver aquel paseo — intervine yo —, y ella es, si cabe, todavía más impresionable que yo.

Aquel día Carmilla bajó todavía más tarde que de costumbre.

—¡Qué miedo he pasado esta noche! — dijo, en cuanto estuvimos juntas —. Estoy segura de haber visto algo espantoso. Menos mal que le compré aquel amuleto al pobre jorobadito al que tanto insulté. Soñé que una forma negra rondaba mi cama, y me desperté completamente aterrorizada. Y durante unos instantes, realmente creí ver una figura oscura junto a la chimenea. Mas palpé debajo de la almohada en busca del amuleto y en cuanto mis dedos lo tocaron, la figura desapareció. Estoy convencida de que de no haberlo llevado conmigo algo horrendo se me habría aparecido, y tal vez, me hubiese estrangulado, como hizo con esos infelices de los que hemos tenido noticias.

—Bien. Ahora escúchame —empecé yo. Y le volví a contar mi aventura, ante cuya relación pareció horrorizarse.

—¿Tenías el amuleto cerca? — me preguntó, anhelante.

—No, lo había metido en un jarrón de porcelana del salón. Mas si tienes tanta fe en él, esta noche lo llevaré conmigo.

Después de tanto tiempo, no sabría decirle ni hacerle comprender cómo logré vencer mi pavor aquella noche y me quedé sola en la habitación. Recuerdo claramente que prendí el amuleto en la almohada con un alfiler, y que me quedé dormida casi inmediatamente, durmiendo todavía más profundamente que las otras noches.

La noche siguiente también la pasé bien. Dormí profundamente y no tuve pesadillas. Pero me desperté con una sensación de lasitud y de melancolía que, sin embargo, no rebasaba el nivel en que casi resultaba voluptuosa.

—Bien, ya te lo dije —replicó Carmilla, cuando le describí mi tranquilo sueño —. Yo también tuve un sueño muy agradable la noche pasada. Prendí el amuleto en la pechera del camisón. La noche anterior lo tenía demasiado lejos. Estoy convencida de que todo fue pura imaginación, a excepción de los sueños. Yo creía que eran los espíritus del mal los que originaban los sueños, mas nuestro médico afirma que eso no es cierto. Dice que es sólo un ataque pasajero de fiebre o de alguna otra enfermedad que, como sucede a menudo, llama a nuestra puerta y al no poder entrar sigue su camino, dejando a su paso esa señal de alarma.

—¿Por qué piensas que es útil el amuleto?

—Porque ha sido fumigado con alguna droga o sumergido en ella, de suerte que actúa de antídoto contra la malaria — respondió Carmilla.

—Entonces, ¿actúa únicamente sobre el cuerpo?

—Por supuesto. ¿Crees acaso que los espíritus maléficos se asustan de unos pedacitos de cinta o de los perfumes de una botica? No. Esos males que vagan por el aire comienzan por poner a prueba los nervios, y de ese modo infectan el cerebro. Mas antes de que se apoderen de una, el antídoto los rechaza. Estoy segura de que ése es el efecto que tuvo sobre nosotras el amuleto. No hay en él magia alguna. Simplemente es un remedio natural.

Me habría sentido más feliz si hubiera podido estar completamente de acuerdo con Carmilla. Mas hice cuanto pude, y la impresión inicial estaba perdiendo parte de su fuerza.

Durante algunas noches dormí profundamente. Mas por la mañana sentía la misma lasitud, y durante todo el día ese estado de languidez me consumía. Tenía la impresión de ser otra persona. Una misteriosa melancolía se apoderaba de mí. Una melancolía que no hubiera querido interrumpir. Sombríos pensamientos de muerte comenzaron a abrirse camino en mi mente. Y la idea de que me estaba debilitando lentamente tomó posesión de mí de un modo suave y, por alguna razón, no desagradable. Aunque estuviera triste, el estado de ánimo que provocaba tal sensación era también agradable. Fuera lo que fuese, mi alma lo aceptaba resignadamente.

No quería admitir que me encontraba enferma. Y no consentí en hablar de ello con papá ni en llamar al médico.

Carmilla me quería más que nunca, y sus extraños paroxismos de lánguida adoración eran cada vez más frecuentes. Se regodeaba conmigo con creciente ardor cuanto más decaían mis ánimos y mi fortaleza. Eso me producía siempre una especie de sobresalto, como un destello momentáneo de locura.

Sin advertirlo apenas, me encontraba ya en un estado bastante avanzado de aquella enfermedad, la más extraña que jamás haya sufrido mortal alguno. Había en sus primeros síntomas una inexplicable fascinación que me reconciliaba todavía más con la incapacitación producida por esa fase de la enfermedad. Aquella fascinación aumentó durante un tiempo, hasta alcanzar cierto punto a partir del cual se mezcló poco a poco con una sensación de horror, que fue intensificándose, como ya le contaré, hasta echar a perder y desvirtuar toda mi vida.

El primer cambio que experimenté fue más bien agradable. Se produjo muy cerca del punto de inflexión a partir del cual comenzó el descenso al averno.

Ciertas sensaciones difusas y extrañas me visitaban durante el sueño. La más frecuente era ese peculiar y súbito estremecimiento de placer que sentimos cuando nos bañamos en un río contra corriente. Ese escalofrío pronto venía acompañado de una sucesión de sueños que parecían interminables, mas tan confusos que nunca pude recordar sus paisajes ni sus personajes, ni ninguna porción coherente de su intriga. Sin embargo, me causaban una impresión tremenda, dejándome con una sensación de agotamiento, como si hubiese estado expuesta a grandes esfuerzos mentales y peligros durante un largo período de tiempo.

De todos aquellos sueños me quedaba, al despertar, el recuerdo de haber estado en un lugar muy oscuro, de haber hablado con gente a la que no podía ver, y, sobre todo, de una voz femenina, clara, grave, que parecía hablarme desde muy lejos, despacio, produciéndome siempre la misma sensación de solemnidad y miedo indescriptibles. A veces tenía la sensación de que una mano se deslizaba delicadamente por mis mejillas y mi cuello. Otras veces, era como si me besaran unos

labios apasionados, cada vez con mayor insistencia y más cariñosos a medida que iban descendiendo hasta mi garganta, en donde la caricia se detenía. El corazón me latía con más fuerza, mi respiración subía y bajaba rápidamente hasta el jadeo. Después seguía un sollozo, que crecía hasta provocarme una sensación de ahogo, y se transformaba finalmente en una convulsión terrible, que me hacía perder los sentidos y la conciencia.

Habían pasado tres semanas desde que comenzara aquella inexplicable situación. Durante la última semana, mis sufrimientos se habían reflejado en mi aspecto. Estaba más pálida, tenía las pupilas dilatadas y lucía grandes ojeras. Y la languidez que había experimentado durante todo aquel tiempo empezaba a evidenciarse en mi semblante.

Mi padre solía preguntarme a menudo si estaba enferma. Mas yo, con una obstinación que ahora me parece inexplicable, me empeñaba en asegurarle que me encontraba perfectamente bien.

En cierto sentido, eso era cierto. No sentía ningún dolor, no podía quejarme de ningún malestar físico. Las molestias parecían fantasías mías o producto de los nervios. Y, por horribles que fuesen mis sufrimientos, los guardaba en secreto para mí, con una reserva malsana.

No podía tratarse de aquel terrible mal que los campesinos llamaban *upiro*, pues hacía ya tres semanas que lo padecía, y ellos raramente estuvieron enfermos más de tres días, hasta que la muerte puso fin a sus desgracias.

Carmilla se quejaba de padecer pesadillas y sensaciones febriles, aunque de ningún modo tan alarmantes como las mías. Digo que las mías eran extremadamente alarmantes. Si hubiera sido capaz de comprender mi situación, habría suplicado de rodillas ayuda y consejo. Mas aquella influencia tan insospechada actuaba sobre mí como un narcótico, ofuscando mis sentidos.

Voy a contarle ahora un sueño que me llevó en seguida a un extraño descubrimiento.

Una noche, en lugar de la voz que acostumbraba a oír a oscuras, escuché otra, dulce y delicada, y al mismo tiempo terrible, que me dijo:

—Tu madre te aconseja que tengas cuidado con la asesina.

Al mismo tiempo brotó inesperadamente una luz, y vi a Carmilla de pie junto a mi cama, con su camisón blanco, y bañada en sangre de la cabeza a los pies.

Me desperté dando un alarido, obsesionada con la idea de que Carmilla hubiese sido asesinada. Me acuerdo que salté de la cama, y mi siguiente recuerdo es que me encontraba en la antecámara, pidiendo auxilio a gritos.

Madame Perrodon y mademoiselle De Lafontaine salieron corriendo de sus habitaciones, alarmadas. Siempre había una luz encendida en la antecámara, y al verme, no tardaron en conocer la causa de mi terror.

Insistí en que llamáramos a la puerta de la habitación de Carmilla. No obtuvimos respuesta alguna. Aquello pronto se convirtió en un aporreo y un tumulto. Gritamos su nombre, pero fue en vano.

Nos asustamos, ya que la puerta estaba cerrada con llave. Regresamos a mi habitación presas del pánico. Allí hicimos sonar la campana prolongada y frenéticamente. Si la habitación de mi padre hubiese estado en aquella misma ala del castillo, le habríamos llamado de inmediato en nuestra ayuda. Mas, por desgracia, se encontraba fuera del alcance de nuestras voces, y llegar hasta él suponía una excursión que ninguna de nosotras se veía con ánimos de llevar a cabo.

Sin embargo, los criados no tardaron en subir corriendo las escaleras. Mientras tanto, yo me había puesto la bata y las zapatillas, y mis compañeras se habían equipado ya del mismo modo. Al reconocer las voces de los criados en la antecámara, salimos juntas. Y, tras renovar infructuosamente nuestras llamadas a la puerta de Carmilla, ordené a los hombres que forzaran la cerradura. Así hicieron, mientras nosotras quedamos esperando en el umbral, sosteniendo en alto las velas. Y de ese modo, escudriñamos la habitación.

La llamamos por su nombre. Mas seguimos sin obtener respuesta. Registramos la habitación. Todo estaba en orden. Exactamente en el mismo estado en que yo lo había dejado al darle las buenas noches. Mas Carmilla había desaparecido.

Capítulo VIII
Registro

Al comprobar que la única señal de desorden en la habitación la habíamos producido nosotras con nuestra violenta entrada, empezamos a calmarnos un poco, y pronto recobramos el sentido lo suficiente para despedir a los hombres. A mademoiselle De Lafontaine se le ocurrió que posiblemente Carmilla se habría despertado a causa del tumulto en su puerta, y en un primer momento de pánico había saltado de la cama y se había escondido en un ropero o detrás de una cortina, de donde, por supuesto, no podía salir hasta que el mayordomo y sus secuaces se hubieran retirado. Recomenzamos de nuevo nuestro registro, y empezamos otra vez a llamarla por su nombre.

Todo fue en vano. Nuestro desconcierto y nuestra inquietud fueron en aumento. Examinamos las ventanas, mas estaban todas cerradas. Imploré a Carmilla que, si se había ocultado, no prolongara más aquella broma cruel, que pusiera fin a nuestras preocupaciones, saliendo de su escondite. Todo fue inútil. Para entonces yo ya estaba convencida de que no se encontraba en la habitación, ni en la recámara, cuya puerta estaba también cerrada con llave por nuestro lado. Por allí no podía haber pasado. Mi desconcierto era total. Tal vez Carmilla había descubierto uno de esos pasadizos secretos que, según la anciana ama de llaves, se sabía que existían en el *schloss*,

aunque nadie recordara ya su situación exacta. Sin duda alguna todo se aclararía dentro de poco, por muy desconcertados que estuviésemos de momento.

Como eran ya más de las cuatro, preferí pasar las restantes horas de oscuridad en la habitación de madame Perrodon. La luz del día, sin embargo, tampoco aportó solución alguna al problema.

A la mañana siguiente toda la casa, con mi padre a la cabeza, se encontraba presa del nerviosismo. Se registraron todos los rincones del castillo. Se exploró el terreno palmo a palmo. Mas no pudo descubrirse ni el menor rastro de la desaparecida dama. Se pensaba ya en dragar el riachuelo. Mi padre estaba fuera de sí: ¿qué historia le contaría a la madre de la infeliz muchacha cuando regresase a recogerla? También yo había perdido la cabeza, aunque mi congoja era de una especie totalmente diferente.

La mañana transcurrió entre la alarma y la agitación. Era ya la una, y todavía no había noticias de Carmilla. Subí corriendo a su habitación, y la encontré de pie frente a su tocador. Me quedé perpleja. No podía dar crédito a mis ojos. Me hizo señas en silencio con sus lindos dedos. En su rostro se leía el miedo en grado sumo.

Corrí hacia ella en un arrebato de júbilo. La besé y abracé una y otra vez. Me abalancé sobre la campanilla y la hice sonar con vehemencia, para que vinieran los demás, aliviando así de inmediato la preocupación de mi padre.

—Querida Carmilla, ¿qué ha sido de ti todo este tiempo? Estábamos angustiados y preocupados por ti — exclamé —. ¿Dónde has estado? ¿Cómo has vuelto?

—La pasada noche ha sido una noche de prodigios — dijo.

—¡Por el amor de Dios!, explícate todo lo que puedas.

—Eran más de las dos de la madrugada — dijo — cuando, como de costumbre me fui a la cama, después de haber cerrado las puertas con llave, tanto la del vestidor como la que da al corredor. Dormí sin interrupción y, que yo sepa, sin pesadillas. Mas acabo de despertarme aquí en la recámara, echada en el sofá, y he encontrado abierta la puerta que comunica ambos aposentos, y la otra forzada. ¿Cómo ha podido ocurrir todo eso sin que me haya despertado? Deben de haber hecho mucho ruido, y yo me despierto muy fácilmente. ¿Cómo es posible que me hayan sacado de la cama sin que mi sueño se haya visto interrumpido, si me despierto sobresaltada al menor murmullo?

Para entonces estaban ya en la habitación madame Perrodon, mademoiselle De Lafontaine, mi padre y numerosos criados. Desde luego, abrumaron a Carmilla a preguntas, felicitaciones y bienvenidas. No tenía ninguna otra historia que contar, y parecía la menos capacitada de todo el grupo para proponer alguna explicación lógica a lo ocurrido.

Mi padre daba vueltas por la habitación, reflexionando. Vi cómo Carmilla le observaba con una mirada sigilosa y enigmática.

Una vez que mi padre hubo despedido a los criados, y cuando mademoiselle De Lafontaine se fue a buscar un frasquito de valeriana y sal volátil, no quedaba nadie en la habitación salvo mi padre, madame Perrodon y yo misma. Entonces, mi

padre se acercó a Carmilla, pensativo, y tomándole la mano con delicadeza, la condujo hasta el sofá y se sentó a su lado.

—¿Me perdonarás, querida niña, si aventuro una hipótesis y te formulo una pregunta?

—¿Quién podría tener más derecho que usted? — dijo ella —. Pregunte lo que guste y se lo contaré todo. Aunque mi historia no contiene más que perplejidades y misterio. No sé absolutamente nada. Hágame la pregunta que quiera. Mas no se olvide, por supuesto, de las limitaciones que mi madre me impuso.

—Desde luego, mi querida niña. No debo abordar los asuntos que ella desea silenciar. Veamos: el maravilloso suceso ocurrido la pasada noche consiste en que has sido desplazada de tu cama y de tu habitación sin despertarte, y ese traslado aparentemente ha tenido lugar con las ventanas y las dos puertas cerradas desde el interior. Voy a exponerte mi teoría, mas antes te haré una pregunta.

Carmilla se apoyaba en su mano, abatida. Madame Perrodon y yo escuchábamos conteniendo la respiración.

—Bien, mi pregunta es la siguiente: ¿nunca has tenido la sospecha de que pudieras caminar en sueños?

—Jamás, desde que era niña.

—¿Lo hacías, entonces, cuando eras muy pequeña?

—Sí, sé que lo hacía. Mi vieja aya me lo ha contado a menudo.

Mi padre sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Bueno, eso explica lo ocurrido, que fue lo siguiente: te levantaste dormida y abriste la puerta, sin dejar la llave en la cerradura, como de costumbre, sino extrayéndola y cerrando aquélla por fuera. Luego volviste a extraer la llave y te la llevaste a cualquiera de los veinticinco aposentos de esta planta, o tal vez escaleras arriba o abajo. Hay tantos aposentos y gabinetes, tal profusión de muebles pesados, y tanta acumulación de trastos viejos, que se necesitaría una semana para registrar a fondo esta vieja mansión. ¿Comprendes ahora lo que quiero decir?

—Claro que sí. Mas no del todo — respondió ella.

—¿Y cómo te explicas, papá, que la hayamos encontrado después en el sofá de la recámara, que con tanto cuidado habíamos registrado?

—Regresaría allí, todavía en sueños, cuando ya os habíais marchado. Y por último se despertaría espontáneamente, sintiéndose tan sorprendida de encontrarse donde estaba como cualquiera de nosotros. Ya me gustaría a mí que todos los misterios se pudieran explicar tan fácil e inocentemente como los tuyos, Carmilla — añadió mi padre, sonriendo —. De modo que debemos felicitarnos por tener la certeza de que la explicación más sencilla del suceso no implica drogas, ni cerraduras forzadas, ni ladrones, ni envenenadores, ni brujas… Nada que deba alarmar a Carmilla, ni a cualquier otra persona, respecto a nuestra propia seguridad.

Carmilla ofrecía ahora un aspecto encantador. Tenía un tono de color más hermoso que nunca. Su belleza, pienso, se veía realzada por la elegante languidez que

le era tan peculiar. Sospecho que mi padre debió de comparar su aspecto con el mío, para sus adentros, porque observó:

—Desearía que mi pobre Laura tuviera mejor semblante.

Y suspiró.

De esta manera, se acabaron felizmente nuestras alarmas y Carmilla fue restituida a sus amigos.

Capítulo IX
El doctor

Como quiera que Carmilla no estaba dispuesta a que ninguna sirvienta pasara la noche en su habitación, mi padre dispuso que un criado durmiera delante de su puerta, de manera que no pudiera realizar otra salida nocturna sin ser detenida en su mismo umbral.

Aquella noche transcurrió en calma. A primeras horas de la mañana siguiente, vino a verme el doctor, al que mi padre había hecho llamar sin decirme una palabra.

Madame Perrodon me acompañó a la biblioteca, en donde me estaba esperando el severo y diminuto médico, de cabello blanco y con gafas, que antes he mencionado.

Le conté mi historia y a medida que lo hacía él iba poniéndose cada vez más serio.

Estábamos él y yo en el hueco de una de las ventanas, el uno frente al otro. Cuando terminé mi exposición, se apoyó en la pared, y me miró fijamente con un interés en el que se transparentaba un cierto horror.

Tras un minuto de reflexión, preguntó a madame Perrodon si podía ver a mi padre.

Por consiguiente se le mandó buscar, y cuando entró, sonriente, dijo:

—Estoy por pensar, doctor, que va a decirme que soy un viejo estúpido por haberle hecho venir hasta aquí. Espero que así sea.

Pero su sonrisa se ensombreció cuando el doctor le llamó aparte, con el rostro muy preocupado.

Mi padre y el médico hablaron un rato en el mismo hueco donde yo acababa de conferenciar con este último. Parecía una conversación sincera y argumentativa. La habitación es muy grande, y madame Perrodon y yo permanecimos juntas al otro extremo, ardiendo de curiosidad. Sin embargo, no pudimos oír ni una sola palabra, ya que hablaban en voz baja y el profundo hueco de la ventana ocultaba por completo al doctor de nuestra vista, y casi enteramente a mi padre, del que tan sólo podíamos ver

un pie, un brazo y un hombro. Supongo que las voces eran todavía menos audibles a causa de la especie de reservado que formaban el grueso muro y la ventana.

Al cabo de un rato, asomó en la habitación el rostro de mi padre. Estaba pálido, pensativo y, me pareció, nervioso.

—Laura, querida, ven aquí un momento. Madame, de momento no la molestaremos más, dice el doctor.

En consecuencia, me acerqué por primera vez un poco asustada. Pues, a pesar de sentirme débil, no creía estar enferma, y la fortaleza, se imagina una siempre, es algo que podemos recobrar cuando nos plazca.

Según me acercaba, mi padre me tendió la mano, aunque seguía mirando al médico. Luego me dijo:

—Desde luego es muy curioso; no acabo de entenderlo. Laura, querida, acércate. Presta atención al doctor Spielsberg, y serénate.

—La noche en la que experimentaste por vez primera tu horrible sueño, mencionaste haber sentido como si dos agujas te hubieran perforado la piel en alguna parte del cuello. ¿Te sigue doliendo todavía?

—No, en absoluto —contesté.

—¿Puedes señalarme con el dedo el lugar aproximado en el que te imaginas que te ocurrió eso?

—Más o menos debajo de la garganta… aquí — contesté.

Llevaba yo puesta una bata que ocultaba el lugar que estaba señalando con el dedo.

—Ahora se convencerá usted misma — dijo el doctor —. No le importará que su papá le abra un poco el escote, ¿verdad? Es necesario para descubrir algún síntoma de la enfermedad que padece.

Asentí. El lugar indicado estaba tan sólo a una o dos pulgadas por debajo del escote.

—¡Dios mío!… Ahí está —exclamó mi padre, poniéndose pálido.

—Ahora puede verlo con sus propios ojos — dijo el doctor, con aire triunfal aunque pesimista.

—¿Qué es eso? —exclamé yo, empezando a asustarme.

—Nada, mi querida damita, sólo una diminuta marca azulada, aproximadamente del tamaño de la yema de su dedo meñique. Ahora bien — prosiguió, volviéndose hacia papá —, la cuestión es: ¿qué es lo mejor que puede hacerse?

—¿Existe algún peligro? —insistí, sumamente turbada.

—Espero que no, querida —contestó el doctor —. No veo por qué no habría de reponerse. No veo por qué no habría de comenzar a mejorar *inmediatamente*. ¿Es ahí donde empieza la sensación de estrangulamiento?

—Sí —contesté yo.

—Acuérdese lo mejor que pueda: ¿actuaba como una especie de centro, alrededor del cual se producía la irradiación de ese estremecimiento que acaba de describir,

como la corriente de un río helado chocando contra usted?

—Es posible; creo que sí.

—¡Ah! ¿Lo ve? —añadió, volviéndose hacia mi padre —. ¿Puedo decirle unas palabras a madame Perrodon?

—Desde luego —dijo mi padre.

El doctor Spielsberg llamó a madame Perrodon y le dijo:

—He encontrado a mi joven amiga bastante desmejorada. Espero que no sea nada de importancia. Mas será preciso tomar algunas medidas, que ya tendré ocasión de explicarle. Mientras tanto, madame, tendrá la amabilidad de no dejar sola a la señorita Laura ni un solo momento. Ésa es, por el momento, la única instrucción que puedo darle. Es indispensable.

—Ya sé, madame, que podemos contar con su amabilidad — añadió mi padre.

Madame Perrodon se lo aseguró vehementemente.

—Y tú, mi querida Laura, sé que cumplirás las instrucciones del doctor.

—Debo pedirle su opinión —prosiguió mi padre, dirigiéndose otra vez al médico — sobre otra paciente, cuyos síntomas se parecen un poco a los de mi hija y que ella misma acaba de detallarle… Mucho más benignos en cuanto a intensidad, mas pienso que prácticamente de la misma especie. Se trata de una joven dama… y huésped nuestra. Mas ya que dice usted que volverá a visitarnos al anochecer, lo mejor será que cene aquí con nosotros, y entonces podrá verla. Ella no baja nunca antes del atardecer.

—Se lo agradezco —dijo el doctor —. Estaré con ustedes, pues, esta tarde, hacia las siete.

Y a continuación nos repitieron sus instrucciones a madame Perrodon y a mí. Y con este último encargo mi padre nos dejó, y salió con el doctor. Les vi ir y venir del camino al foso y viceversa, por el prado que está enfrente del castillo, manifiestamente ensimismados en una animada conversación.

El doctor no regresó. Le vi montar a caballo, despedirse y cabalgar hacia el este atravesando el bosque. Casi al mismo tiempo vi llegar de Dranfeld al correo, el cual, tras desmontar, le entregó a mi padre la saca de la correspondencia.

Mientras tanto, madame Perrodon y yo estuvimos muy ocupadas, perdiéndonos en conjeturas acerca de los motivos de la singular y severa orden que el doctor y mi padre habían convenido en imponernos, madame Perrodon, según me contó más tarde, tenía miedo de que el doctor recelara un ataque repentino, y que como consecuencia de no contar con ayuda inmediata, pudiera yo perder la vida en un acceso o al menos quedar seriamente dañada.

Esta interpretación no me sorprendió. Me imaginé, quizás por suerte para mis nervios, que aquella orden me había sido impuesta solamente para garantizarme una compañera, la cual me impidiera hacer demasiado ejercicio, o comer fruta sin madurar, o cometer cualquiera de las mil insensateces a las que los jóvenes supuestamente son tan propensos.

Media hora más tarde entró mi padre con una carta en la mano, y dijo:

—Esta carta ha llegado con retraso. Es del general Spielsdorf. Podía haber estado aquí ayer, puede que no venga hasta mañana, o tal vez llegue hoy.

Me entregó la carta abierta. Mas no parecía complacido, como tenía por costumbre cada vez que llegaba un huésped, en especial alguien tan apreciado como el general. Por el contrario, daba la impresión de que desearía más bien que aquél se encontrara en el fondo del mar Rojo. Evidentemente había algo en su mente que prefería no divulgar.

—Querido papá, ¿quieres contarme qué pasa? — dije yo, cogiéndole de repente por el brazo y, por supuesto, mirándole a los ojos en actitud suplicante.

—Tal vez —respondió, alisándome el cabello acariciadoramente por encima de la frente.

—¿Piensa el doctor que estoy muy enferma?

—No, querida. Cree que si se toman las medidas oportunas, volverás a ponerte bien, o al menos en uno o dos días estarás en perfecta disposición para recuperarte por completo — contestó, un poco secamente —. Habría sido preferible que nuestro buen amigo el general hubiese elegido otro momento cualquiera; es decir, me habría gustado que estuvieras perfectamente bien para recibirle.

—Mas dime, papá —insistí—, *¿qué* piensa el doctor que me pasa?

—Nada. No debes atormentarme con preguntas — respondió, más irritado de lo que recuerdo haberle visto nunca. Y viendo, me imagino, que yo parecía dolida, me besó y agregó —: Lo sabrás todo dentro de uno o dos días; es decir, todo lo que yo sé. Entre tanto, no lo pienses más.

Dio media vuelta y abandonó la habitación, mas regresó antes de que yo pudiera sentirme asombrada y perpleja por la singularidad de todo aquello. Volvió sólo para decirme que se iba a Karnstein y que había ordenado que dispusieran el carruaje para las doce. Y que teníamos que acompañarle madame Perrodon y yo. Iba a ver al sacerdote que vivía próximo a aquellos lugares pintorescos, por una cuestión de negocios. Y como Carmilla jamás los había visto, podría seguirnos, cuando bajara de sus habitaciones, acompañada por mademoiselle De Lafontaine, que llevaría lo necesario para lo que ustedes llaman un *picnic*, que podríamos organizar en las ruinas del castillo.

En consecuencia, a las doce en punto estaba ya preparada, y poco después mi padre, madame Perrodon y yo nos pusimos en camino para nuestra proyectada excursión. Una vez cruzado el puente levadizo torcimos a la derecha, y seguimos el camino que atravesaba el empinado puente gótico en dirección oeste, hasta llegar al pueblo desierto y el castillo en ruinas de los Karnstein.

No es posible imaginar una excursión campestre más agradable. El terreno se quiebra en suaves colinas y hondonadas, cubiertas todas ellas de hermoso bosque, totalmente desprovisto de la relativa formalidad que le confieren las plantaciones artificiales, el cultivo tempranero y la poda.

Las irregularidades del terreno desvían a menudo el camino de su curso y le hacen serpentear, bordeando las quebradas y las laderas más abruptas de las colinas, en medio de una diversidad casi inagotable de suelos.

Al torcer uno de esos recodos, súbitamente nos topamos con nuestro viejo amigo el general, que cabalgaba hacia nosotros, acompañado por un criado también a caballo. Su equipaje le seguía en un carromato de alquiler, que es como llamamos nosotros a los carros.

Al acercarnos el general desmontó y, tras los saludos de rigor, le convencimos fácilmente para que aceptara un asiento libre en nuestro carruaje, y enviamos su caballo al *schloss* con su criado.

Capítulo X
Desconsolado

Habían transcurrido alrededor de diez meses desde que le habíamos visto por última vez. Mas ese corto espacio de tiempo había bastado para que su aspecto hubiera experimentado una transformación propia del paso de los años. Había adelgazado. Un no sé qué de melancolía e inquietud en sus rasgos había reemplazado a aquella serenidad cordial que solía caracterizarle. Sus ojos azul oscuro, siempre penetrantes, brillaban ahora con mayor severidad bajo sus enmarañadas cejas grises. No se trataba de una de esas transformaciones que normalmente provoca una gran congoja, sino que una especie de apasionado furor parecía haberle conducido a aquel estado.

Apenas reanudamos la marcha, el general empezó a hablar, con su habitual franqueza de militar, de la pérdida, así la llamó, que había sufrido por la muerte de su querida sobrina y pupila. Y luego estalló en un tono de intensa amargura y furor, lanzando invectivas contra las «artes diabólicas» de las que había sido víctima la infeliz muchacha, y expresando, con más exasperación que piedad, su asombro ante el hecho de que el cielo permitiera con tan monstruosa indulgencia la lascivia y maldad del infierno.

Mi padre, que inmediatamente se dio cuenta de que le había acontecido algo realmente extraordinario, le pidió que detallara, si no le resultaba demasiado penoso, las circunstancias que en su opinión justificaban los duros términos en que se expresaba.

—Se lo contaría todo con sumo placer — dijo el general —, mas no me creería.

—¿Por qué no? —preguntó mi padre.

—Porque, querido amigo —contestó él, con malhumor —, usted no cree en nada que no esté de acuerdo con sus prejuicios y sus gustos. Recuerdo que yo era como usted, mas ahora me he aprendido la lección.

—Póngame a prueba —dijo mi padre —; no soy tan dogmático como usted supone. Además, me consta que, en general, usted exige pruebas para creerse algo, y, por consiguiente, estoy firmemente predispuesto a respetar sus conclusiones.

—Tiene razón al suponer que no he sido inducido a la ligera a creer en la existencia de prodigios (pues lo que experimenté *fueron* prodigios). Me he visto obligado, ante una evidencia extraordinaria, a dar crédito a algo que va diametralmente en contra de todas mis teorías. He sido víctima inocente de una conspiración preternatural.

A pesar de sus manifestaciones de confianza en la perspicacia del general, vi que, al llegar a ese punto, mi padre le miró con lo que me pareció una acusada expresión de duda acerca de su cordura.

El general, afortunadamente, no lo advirtió. Miraba con melancolía y curiosidad los claros y perspectivas de los bosques que se extendían ante nosotros.

—¿Se dirige a las ruinas de los Karnstein? — dijo —. Sí, es una feliz coincidencia. Precisamente iba a pedirle que me llevara allí para inspeccionarlas. Hay algo en especial que me gustaría explorar. ¿No existe allí una capilla en ruinas con numerosas tumbas de esa familia extinta?

—Así es… y por añadidura muy interesante — dijo mi padre —. ¿Acaso pretende reclamar el título nobiliario o las propiedades?

Mi padre dijo esto alegremente, mas el general no respondió con la obligada risa, ni siquiera la sonrisa, que la cortesía exige a las bromas de un amigo. Al contrario, parecía serio e incluso furioso, como si estuviera cavilando sobre algo que provocara su ira y su horror.

—Se trata de algo bien distinto — dijo, bruscamente —. Tengo la intención de desenterrar a algún miembro de esa familia tan admirable. Espero, ¡voto a Dios!, llevar a cabo un piadoso sacrilegio, que liberará a nuestra tierra de ciertos monstruos, y permitirá que la gente honrada duerma en sus camas sin verse atacada por asesinos. Tengo extrañas cosas que contarle, mi querido amigo; cosas que hace unos pocos meses yo mismo hubiera rechazado como increíbles.

Mi padre volvió a mirarle, mas en esta ocasión no había desconfianza en su mirada, sino más bien una especie de comprensión profunda y una cierta alarma.

—La familia de los Karnstein — dijo — se extinguió hace ya mucho tiempo; cien años por lo menos. Mi querida esposa descendía por línea materna de los Karnstein. Mas el apellido y el título han dejado de existir hace mucho. El castillo está en ruinas; el mismo pueblo está abandonado; han pasado más de cincuenta años desde la última vez que se vio salir humo por alguna de sus chimeneas; no queda ni un techo intacto.

—Totalmente cierto. He oído muchos comentarios sobre eso desde que le vi por última vez; tantos que se asombraría. Mas es mejor que se lo cuente todo en el orden en que sucedió — dijo el general —. Usted conoció a mi querida pupila… mi hija, podría llamarla. No había nadie tan hermosa como ella, y hace tan sólo tres meses ninguna otra de salud tan radiante.

—En efecto, ¡pobrecita! Cuando la vi por última vez estaba realmente preciosa — dijo mi padre —. Le aseguro que me apenó y conmocionó más de lo que podría contarle, mi querido amigo; sabía cuán duro golpe fue para usted.

Mi padre tomó la mano del general, y se la estrechó con afecto. Los ojos del viejo soldado se llenaron de lágrimas, que no trató de ocultar. Luego dijo:

—Somos amigos desde hace mucho tiempo. Sabía que me compadecería, ya que no tengo hijos. Ella se había convertido para mí en objeto del más caro interés, y correspondía a mis atenciones con un afecto que alegraba mi hogar y aportaba felicidad a mi vida. Ahora todo ha terminado. No pueden ser muchos los años que me quedan de vida. Mas, con la ayuda de Dios, antes de morir espero poder prestar un servicio a la humanidad, y contribuir a la venganza del Cielo contra los desalmados que han asesinado a mi pobre niña en la primavera de sus esperanzas y su belleza.

—Decía, hace un momento, que pretendía relatar todo lo ocurrido — dijo mi padre —. Hágalo, se lo ruego; le aseguro que no es sólo curiosidad lo que me incita.

Para entonces habíamos llegado al lugar en que el camino de Drunstall, por el que había venido el general, se bifurca del otro camino por el que nos dirigíamos a Karnstein.

—¿A qué distancia quedan las ruinas? — preguntó el general, mirando al frente con inquietud.

—Alrededor de media legua — contestó mi padre —. Por favor, cuéntenos la historia que ha tenido la amabilidad de prometernos.

Capítulo XI
La historia

—De todo corazón —dijo el general, haciendo un esfuerzo. Y tras una breve pausa para poner en orden sus ideas, comenzó uno de los relatos más extraños que jamás haya oído —: Mi querida niña estaba esperando con gran placer e ilusión la visita que usted mismo tuvo la bondad de disponer que hiciera a su encantadora hija — en ese momento me hizo una reverencia galante, aunque melancólica —. Entre tanto recibimos una invitación de mi viejo amigo el conde Carlsfeld, cuyo schloss se encuentra a unas seis leguas al otro lado del de los Karnstein. Era para asistir a una

serie de *fêtes* que, como recordará, el conde ofrecía en honor de su ilustre visitante, el Gran Duque Charles.

—Sí, lo recuerdo. Y bien espléndidas que fueron, ya lo creo — dijo mi padre.

—¡Principescas! Por aquel entonces su hospitalidad era totalmente regia. En verdad estaba en posesión de la lámpara de Aladino. La noche en que comenzó mi pesar estuvo dedicada a un fastuoso baile de máscaras. Se abrieron al público los jardines, y de los árboles pendían lámparas de colores. Hubo tal despliegue de fuegos artificiales como ni siquiera París ha presenciado jamás. ¡Y qué música!… La música, usted lo sabe, es mi debilidad… ¡Qué música más arrebatadora! La mejor orquesta del mundo, tal vez; y los mejores cantantes que pudieron reunirse, procedentes de los más célebres teatros europeos de ópera. Mientras se paseaba uno por aquellos jardines tan fantásticamente iluminados, con el castillo bajo el claro de luna proyectando a través de sus largas hileras de ventanas una luz rosada, podía escuchar de repente esas voces arrebatadoras saliendo furtivamente del silencio de alguna arboleda, o elevándose desde las barcas que surcaban el lago. Mientras contemplaba y escuchaba todo aquello, yo mismo me sentía devuelto a los amoríos y la poesía de mi primera juventud.

»Cuando se acabaron los fuegos artificiales, y comenzó el baile, regresamos al grandioso conjunto de salas que se habían abierto para los bailarines. Un baile de máscaras, ya lo sabe usted, es algo digno de ver; mas un espectáculo tan brillante como aquél yo no lo había visto antes.

»Era una reunión muy aristocrática. Yo era prácticamente el único “don nadie” que había presente.

»Mi querida niña estaba radiante de hermosura. No llevaba máscara. Su excitación y su deleite añadían un encanto indecible a sus facciones, siempre hermosas. Me fijé en una dama joven, espléndidamente vestida, pero enmascarada, que parecía observar a mi pupila con extraordinario interés. La había visto antes, por la tarde, en la gran sala, y de nuevo, durante unos pocos minutos, paseando cerca de nosotros, en actitud similar, por la terraza que había bajo los ventanales del castillo. Otra dama, igualmente enmascarada, vestida con gran riqueza y solemnidad, y con el aire majestuoso de una persona de rango, la acompañaba como dueña. Si la dama joven no hubiera llevado máscara, yo podría haber tenido, por supuesto, una mayor certidumbre acerca de si realmente estaba vigilando a mi infeliz y querida sobrina. Ahora estoy completamente seguro de que lo hacía.

»Poco después nos encontrábamos en uno de los *salones*. Mi pobre y querida niña había estado bailando, y descansaba un rato sentada en una de las sillas cerca de la puerta. Yo estaba a su lado. Las dos damas que he mencionado se aproximaron, y la más joven tomó asiento junto a mi pupila, mientras su acompañante permaneció a mi lado y durante un rato estuvo hablando en voz baja con la joven que tenía bajo su tutela.

»Valiéndose del privilegio de su máscara se volvió hacia mí, y empleando un tono amistoso y llamándome por mi nombre, inició conmigo una conversación, que despertó bastante mi curiosidad. Mencionó las diversas ocasiones en que se había topado conmigo… en la Corte y en ciertas mansiones distinguidas. Y aludió a pequeños incidentes que yo había olvidado hacía tiempo, pero que, según comprobé, permanecían latentes en mi memoria, ya que inmediatamente cobraron vida nada más abordarlos ella.

»A cada momento aumentaba mi curiosidad por averiguar quién era. Ella eludía mis intentos de descubrir su identidad de una manera muy hábil y simpática. El conocimiento que mostraba de diversos episodios de mi vida me parecía más bien inexplicable. Mas ella parecía obtener un placer nada anormal frustrando mi curiosidad y viéndome forcejear, en mi vehemente perplejidad, con unas y otras conjeturas.

»Entre tanto, la dama joven, a quien su madre llamó con el extraño nombre de Millarca, cuando se dirigió a ella en un par de ocasiones, inició una conversación con mi pupila, con idéntica facilidad y gracia.

»Se presentó ella misma afirmando que su madre era una vieja amiga de la mía. Hablaba con la fácil audacia que proporciona el hecho de llevar puesta una máscara. Conversó con ella como si fuera amiga suya. Alabó su vestido, y le insinuó muy lindamente su admiración por la belleza de su rostro. La divirtió con sus críticas risueñas de la gente que atestaba la sala de baile, y se rió con las bromas de mi pobre niña. Podía ser muy ingeniosa y aguda, cuando quería, y al cabo de un rato ambas se habían hecho muy buenas amigas. Entonces la joven forastera se quitó la máscara, mostrando un rostro extraordinariamente hermoso, que yo jamás había visto antes, ni tampoco mi querida niña. Mas, aun siendo desconocidas para nosotros, sus facciones nos parecieron tan agraciadas, y tan encantadoras, que era del todo imposible no sentirse poderosamente atraído por ellas. Eso le ocurrió a mi pobre chica. Nunca he visto a nadie encapricharse tanto de otra persona a primera vista, como, a decir verdad, lo hizo aquella forastera, que parecía haber perdido completamente la cabeza por mi sobrina.

»Aprovechando, mientras tanto, la familiaridad a que se presta un baile de máscaras, le hice no pocas preguntas a la dama de más edad.

»—Ha conseguido desconcertarme por completo — le dije, riendo —. ¿No le basta? ¿No consentirá, ahora, en ponerse en igualdad de términos conmigo, y tendrá la amabilidad de quitarse la máscara?

»—¡Qué pretensión más desmedida! — replicó ella —. ¡Pedirle a una dama que renuncie a un privilegio! Además, ¿cómo sabe que me reconocería? Los años cambian a las personas.

»—Como usted misma podrá comprobar — dije yo, haciéndole una reverencia, con una risita, supongo, más bien melancólica.

»—Tal como nos dicen los filósofos — dijo ella —. ¿Cómo sabe que el ver mi rostro le ayudaría a reconocerme?

»—Me arriesgaré —respondí yo—. Es inútil que trate de hacerse pasar por una mujer vieja; su figura la traiciona.

»—Han pasado varios años, sin embargo, desde la última vez que le vi, o más bien desde que usted me vio a mí, pensándolo bien. Millarca, que está aquí, es mi hija; por tanto yo no puedo ser joven, ni siquiera a juicio de aquellas personas a las que el tiempo ha enseñado a ser indulgentes. Y no me gustaría verme comparada con el recuerdo que usted conserve de mí. Usted no tiene máscara que quitarse. No puede ofrecerme nada a cambio.

»—Apelo a su compasión para que se la quite.

»—Y yo a la suya, para que la permitáis quedarse en donde está — replicó ella.

»—Bien, entonces, al menos me dirá si es usted francesa o alemana; habla ambas lenguas perfectamente.

»—No creo que vaya a decirle eso, general. Usted intenta sorprenderme, y está planeando por dónde iniciar el ataque.

»—En todo caso, no me negará — dije — que, puesto que me ha honrado autorizándome a conversar con usted, debería al menos saber qué tratamiento tengo que darle. ¿Debo llamarla Madame la Comtesse?

»Ella sonrió y, sin duda, me habría replicado con otra evasiva… si, realmente, puedo considerar que cualquier ocurrencia de una conversación, cada una de cuyas circunstancias estaba preparada de antemano, como ahora creo, con la astucia más profunda, es susceptible de verse modificada accidentalmente.

»—En cuanto a eso… —comenzó ella. Mas fue interrumpida, casi al despegar los labios, por un caballero, vestido de negro, y de aspecto particularmente elegante y distinguido, aunque con un inconveniente: su rostro presentaba una palidez cadavérica como yo jamás había visto, salvo en los muertos. No iba disfrazado… llevaba una sencilla vestimenta de caballero. Y, sin apenas sonreír, pero con una reverencia cortés e inusualmente profunda, dijo:

»—¿Me permitirá Madame la Comtesse decirle unas cuantas palabras que tal vez le interesen?

»La dama se volvió en seguida hacia él, llevándose un dedo a los labios como solicitando su silencio. Luego me dijo:

»—Guárdeme el sitio, general; volveré tan pronto como hayamos intercambiado unas cuantas palabras.

»Y tras dar esa orden medio en broma, se fue andando con el caballero enlutado, y durante algunos minutos hablaron ambos, aparentemente con mucha vehemencia. Luego se alejaron lentamente entre la multitud, y los perdí de vista durante algunos minutos.

»Aproveché la pausa para devanarme los sesos, haciendo conjeturas acerca de la identidad de la dama, que tan amablemente parecía acordarse de mí. Y pensé en dar

media vuelta y unirme a la conversación entre mi bella pupila y la hija de la condesa, procurando que, cuando ésta última regresara, pudiera tenerle preparada la sorpresa de saberme al dedillo su nombre, su título, su castillo, y sus posesiones. Mas en aquel momento regresó, acompañada por el hombre pálido vestido de negro, el cual dijo:

»—Volveré a avisarla, Madame la Comtesse, cuando su carruaje esté en la puerta.

»Y se retiró con una reverencia.

Capítulo XII
Una petición

»—De modo que vamos a vernos privados de la presencia de Madame la Comtesse. Espero que solamente por unas horas — dije yo, haciendo una profunda reverencia.

»—Tal vez sea así. O puede que sea por algunas semanas. Ha sido una lástima que ese hombre me haya hablado en este momento, tal como lo ha hecho. ¿Me reconoce ahora?

»Le aseguré que no.

»—Ya me reconocerá —dijo ella—, aunque no por ahora. Somos más antiguos y más íntimos amigos de lo que, tal vez, usted mismo sospeche. Por desgracia, todavía no puedo pronunciarme. Dentro de unas tres semanas volveré a pasar por su hermoso schloss, sobre el cual he estado haciendo averiguaciones. Entonces le haré una visita rápida, de una o dos horas de duración, y reanudaremos una amistad en la que nunca pienso sin que se agolpen en mi mente un millar de recuerdos agradables. En este momento me ha llegado una noticia fulminante como un rayo. Ahora tengo que marcharme, y recorrer cerca de cien millas por un camino tortuoso, con la mayor diligencia que me sea posible. Mis preocupaciones van en aumento. Sólo la obligada reserva en que le mantengo con respecto a mi apellido me impide hacerle una petición bastante singular. Mi pobre niña no ha recobrado del todo sus fuerzas. Su caballo la derribó, durante una cacería a la que asistía como simple espectadora, y sus nervios no se han recobrado todavía del susto; nuestro físico dice que durante algún tiempo no debe fatigarse bajo ningún concepto. Por consiguiente, vinimos aquí, en etapas muy cortas… apenas seis leguas diarias. Ahora debo viajar día y noche, en una misión de vida o muerte…, una misión cuya índole trascendental y exigente podré explicarle, sin necesidad ya de ocultarle nada, cuando nos veamos, como espero que hagamos, dentro de unas cuantas semanas.

»Continuó hablando, haciéndome una petición, en el tono de alguien para quien semejante solicitud equivalía más a otorgar un favor que a pedirlo. Aunque sólo fuera

un formalismo, al parecer totalmente inconsciente. En cuanto a los términos en los que fue expresada tal petición, no podían ser más deprecatorios. Se trataba, sencillamente, de que yo consintiera en hacerme cargo de su hija durante su ausencia.

»Bien mirado, fue aquélla una petición extraña, por no decir audaz. De alguna manera, la dama me desarmó, expresando y aceptando todo lo que podía argüirse en contra de aquella petición, y apelando únicamente a mi caballerosidad. En aquel mismo momento, por una fatalidad que parece haber determinado de antemano todo lo que luego sucedió, mi pobre niña vino junto a mí y, en voz baja, me suplicó que invitara a su nueva amiga, Millarca, a visitarnos. La había estado sondeando, y pensaba que, si su mamá se lo permitía, a ella le gustaría mucho.

»En cualquier otra ocasión le hubiera dicho que esperara un poco, por lo menos hasta que supiéramos quiénes eran. Mas no tuve tiempo para reflexionar. Las dos damas me atacaron a la vez, y debo confesar que fue el rostro bello y refinado de la dama joven, en el que había un algo extremadamente atractivo, junto con la elegancia y el ardor propios de las más nobles cunas, lo que me decidió. Y totalmente vencido, me rendí, comprometiéndome, con demasiada facilidad, a hacerme cargo de la dama joven, a quien su madre llamaba Millarca.

»La condesa hizo señas a su hija, que la escuchó atentamente mientras le contaba, a grandes rasgos, que había sido llamada súbita y perentoriamente, y también el acuerdo que habíamos convenido para que se quedara a mi cargo, añadiendo que yo era uno de sus más antiguos y apreciados amigos.

»Por supuesto, pronuncié los discursos de rigor que la ocasión parecía exigir. Pensándolo bien, me encontraba en una posición que ni mucho menos me gustaba.

»Entonces regresó el caballero vestido de negro y, muy ceremoniosamente, condujo a la dama fuera de la habitación.

»El porte de aquel caballero era tal, que me convenció de que la condesa era una dama mucho más importante de lo que su modesto título podía haberme inducido a suponer.

»El último ruego que me hizo la condesa fue que no intentara, hasta su regreso, averiguar más cosas sobre ella de las que ya había adivinado. Nuestro distinguido anfitrión, del que ella era huésped, conocía sus motivos.

»—Aquí —dijo ella—, ni mi hija ni yo podríamos permanecer a salvo más de un día. Hace cosa de una hora, me quité imprudentemente la máscara durante un momento, y tuve la impresión, demasiado tarde, de que usted me había visto. De modo que busqué una oportunidad para hablar un rato con usted. Si hubiera comprobado que me había visto, habría apelado a su elevado sentido del honor para que me guardara el secreto durante algunas semanas. Tal y como están las cosas, estoy convencida de que no me vio. Mas si ahora *sospecha*, o, tras reflexionar, puede llegar a sospechar quién soy, de la misma manera me encomiendo enteramente a su honor. Mi hija mantendrá el mismo secreto, y sé muy bien que usted se lo recordará, de vez en cuando, no sea que, por descuido, lo revele.

»La condesa susurró algunas palabras a su hija, la besó dos veces con precipitación, y se marchó, acompañada por el caballero pálido vestido de negro, desapareciendo entre la multitud.

»—En el aposento contiguo — dijo Millarca — hay un ventanal desde el que se domina la puerta de la sala. Me gustaría ver a mamá por última vez, y despedirme de ella con la mano.

»Consentimos, naturalmente, y la acompañamos al ventanal. Miramos afuera y vimos un carruaje elegante y anticuado, con muchos guías y lacayos. Contemplamos la silueta esbelta del caballero pálido vestido de negro, que sostenía una gruesa capa de terciopelo, y se la ponía a la dama sobre los hombros, colocándole la capucha en la cabeza. Ella le saludó, y de repente le tocó la mano con las suyas. Él se inclinó profundamente varias veces mientras la puerta se cerraba, y a continuación el carruaje empezó a circular.

»—Se ha ido —dijo Millarca, dando un suspiro.

»—Se ha ido —me repetí a mí mismo, reflexionando, por primera vez en los apresurados minutos que habían transcurrido desde mi consentimiento, sobre lo desatinada que había sido mi actuación.

»—No ha levantado los ojos — dijo la dama joven, quejumbrosamente.

»—Tal vez la condesa se haya quitado la máscara, y no quiera mostrar su rostro — dije yo —. Además, quizá no supiera que usted estaba en la ventana.

»La joven suspiró y me miró a la cara. Era tan bella que me ablandé. Sentía haberme arrepentido momentáneamente de mi hospitalidad, y decidí compensarla por la inconfesada rudeza de mi acogida.

»La dama joven, volviéndose a poner la máscara, se unió a mi pupila para convencerme de que volviéramos a los jardines, en donde pronto iba a reanudarse el concierto. Eso hicimos, y nos paseamos de un lado a otro por la terraza que hay bajo los ventanales del castillo. Millarca intimó bastante con todos nosotros, y nos divirtió con vivas descripciones y anécdotas de la mayor parte de la gente importante que veíamos en la terraza. Cada minuto que pasaba la encontraba más agradable. Sus chismes, aun no siendo malévolos, me divertían en grado sumo, después de haber estado tanto tiempo sin frecuentar el gran mundo. Pensé en la animación que aportaría a nuestras veladas en casa, a menudo tan solitarias.

»Aquel baile no terminó hasta que el sol matutino casi hubo alcanzado el horizonte. El Gran Duque quiso bailar hasta entonces, de modo que las personas leales no pudieron marcharse, ni pensar en irse al lecho.

»Acabábamos de atravesar el salón atestado de gente, cuando mi pupila me preguntó qué había sido de Millarca. Yo creía que había estado todo el tiempo a su lado, y ella suponía que junto a mí. El hecho era que la habíamos perdido.

»Todos mis esfuerzos por encontrarla fueron inútiles. Temía que, en la confusión producida al separarse momentáneamente de nosotros, hubiera tomado a otras

personas por sus nuevos amigos, y tal vez los hubiera seguido para luego perderlos en los extensos jardines abiertos a los invitados.

»Entonces me di cuenta, plenamente, de mi desatino al haberme comprometido a ocuparme de una dama joven sin conocer siquiera su apellido. Y dado que estaba sujeto a unas promesas, que me había impuesto sin saber las razones para ello, ni siquiera podía orientar mis pesquisas diciéndome que la joven dama extraviada era hija de la condesa que había partido unas pocas horas antes.

»Pasó la mañana. El sol estaba ya alto cuando abandoné mi búsqueda. Hasta cerca de las dos del día siguiente no tuvimos noticias de la desaparecida joven que yo me había comprometido a cuidar.

»Poco más o menos a esa hora, un criado llamó a la puerta del aposento de mi sobrina, y le dijo que una dama joven, que parecía estar en apuros, le había pedido con gran vehemencia que le comunicara dónde podría encontrar al general barón Spielsdorf y a su joven hija, a cuyo cuidado la había dejado su madre.

»No cabía la menor duda de que, a pesar de su ligero despiste, nuestra joven amiga había vuelto a aparecer. Y tanto que había aparecido. ¡Ojalá la hubiéramos perdido!

»La joven le contó a mi pobre niña una historia para explicar por qué no había logrado reunirse antes con nosotros. Era ya muy tarde, dijo, cuando había entrado en la alcoba del ama de llaves, desesperada por encontrarnos, y allí había caído en un sueño profundo que, pese a su larga duración, apenas le había bastado para recobrar fuerzas después de las fatigas del baile.

»Aquel día Millarca vino con nosotros a casa. Después de todo, yo me sentía plenamente feliz de haber conseguido una compañera tan encantadora para mi querida muchacha.

Capítulo XIII
El leñador

»Sin embargo, no tardaron en surgir algunos inconvenientes. En primer lugar, Millarca padecía una languidez extrema (la debilidad remanente de su reciente enfermedad) y nunca salía de su aposento hasta que la tarde estaba bastante avanzada. Luego, se descubrió casualmente que, aunque siempre cerraba la puerta por dentro, y nunca quitaba la llave de la cerradura hasta que dejaba entrar a la doncella que la ayudaba a asearse, sin lugar a dudas se había ausentado algunas veces de su habitación a primeras horas de la mañana, y en distintos momentos ya más avanzado el día, en los que pretendía hacernos creer que se encontraba dentro. La habían visto

repetidas veces desde los ventanales del schloss, al despuntar el alba, paseando entre los árboles, en dirección a oriente, como si se hallara en trance. Llegué a la conclusión de que andaba en sueños. Mas esta hipótesis no resolvía el enigma. ¿Cómo podía salir de su aposento, si la puerta estaba cerrada por dentro? ¿Cómo lograba fugarse del castillo sin abrir puertas ni ventanas?

»En medio de tantas dudas, surgió una preocupación mucho más apremiante.

»Mi querida niña empezó a perder su salud y su belleza, de un modo tan misterioso, e incluso horrible, que me asusté muchísimo.

»Al principio tuvo sueños espantosos. Luego, imaginó que se le aparecía un espectro, que se parecía algo a Millarca, y a veces tomaba la forma de una bestia indefinible que iba y venía de un lado para otro a los pies de su cama. Finalmente empezó a percibir ciertas sensaciones. La primera, no desagradable, pero sí muy peculiar, fue, según ella, como si una corriente helada fluyera por sus entrañas. Posteriormente, sintió como si un par de agujas largas la traspasaran, un poco más abajo de la garganta, produciéndole un dolor muy agudo. Algunas noches más tarde, experimentó una sensación de ahogo, que aumentó gradualmente hasta convertirse en convulsión. Por fin, perdió el sentido.

Pude oír claramente todas y cada una de las palabras que el amable y anciano general estaba diciendo, porque, en aquel momento, avanzábamos por el escaso césped que se extiende a ambos lados del camino, acercándonos al pueblo sin techumbres en el que no se había visto el humo de ninguna chimenea durante más de medio siglo.

Imagínese lo extraña que me sentí al oír describir tan exactamente mis propios síntomas en aquellos que había sufrido la infeliz muchacha, quien, de no ser por la catástrofe que siguió, hubiera sido en aquel momento huésped del castillo de mi padre. ¡Ya supondrá, también, la impresión que recibí cuando le oí detallar las mismas costumbres y misteriosas peculiaridades de nuestra bella huésped Carmilla!

Un claro se abrió en el bosque. De pronto nos encontramos bajo las chimeneas y gabletes del pueblo en ruinas, y las torres y almenas del desmantelado castillo, rodeado de árboles gigantescos, pendían sobre nosotros desde una pequeña elevación.

Descendí del carruaje muerta de miedo, y en silencio, ya que todos nosotros teníamos motivos suficientes para reflexionar. No tardamos en subir la cuesta, llegando por fin a las cámaras espaciosas, las escaleras de caracol y los corredores oscuros del castillo.

—¡Y pensar que esto fue en otros tiempos la residencia palaciega de los Karnstein! — dijo finalmente el anciano general, mientras contemplaba el pueblo desde un enorme ventanal, así como la gran extensión ondulada del bosque —. Fue una familia cruel, y aquí se escribieron sus anales manchados de sangre — prosiguió —. Es terrible pensar que, aún después de muertos, sigan atormentando a la raza humana con sus apetitos atroces. Mirad, allá abajo está la capilla de los Karnstein.

Señaló los muros grises de un edificio gótico medio oculto entre la maleza, un poco más abajo de la cuesta.

—Oigo el hacha de un leñador — añadió —, que trabaja entre los árboles que la circundan. Tal vez él pueda proporcionarnos información sobre lo que estoy buscando, y nos indique dónde se encuentra la tumba de Mircalla, condesa de Karnstein. Esos rústicos suelen conservar las tradiciones locales de las grandes familias, cuyas historias desaparecen para los ricos y los nobles en cuanto esas mismas familias se extinguen.

—En casa tenemos un retrato de Mircalla, la condesa Karnstein. ¿Le gustaría verlo? — preguntó mi padre.

—Tiempo habrá, querido amigo — replicó el general —. Creo que ya he visto el original. Precisamente uno de los motivos que me han inducido a verle antes de lo que inicialmente había proyectado, ha sido explorar la capilla a la que ahora nos aproximamos.

—¿Cómo? ¿Que usted ha visto a la condesa Mircalla? — exclamó mi padre —. ¡Pero si está muerta desde hace más de un siglo!

—No tan muerta como usted se imagina, según tengo entendido — contestó el general.

—Os confieso, general, que me desconcierta completamente — replicó mi padre, mirándole por un momento, me pareció, con un recrudecimiento de las sospechas que anteriormente había advertido en él. Mas aunque a veces hubiera ira y odio en los modales del anciano general, nada de caprichoso había en ellos.

—Únicamente hay una cosa —dijo, mientras pasábamos bajo el pesado arco de la iglesia gótica, que, por sus dimensiones, podía justificar su ejecución en aquel estilo — que pueda interesarme en los pocos años que me quedan en este mundo: tomar de ella la venganza que, gracias a Dios, todavía puede llevar a cabo el brazo de un mortal.

—¿A qué venganza se refiere usted? — preguntó mi padre, con asombro creciente.

—Me refiero a decapitar al monstruo — contestó el general, en un acceso de cólera, golpeando el suelo con los pies, y haciendo retumbar lúgubremente las huecas ruinas. Y en aquel mismo instante levantó el puño cerrado, como asiendo el mango de un hacha, y lo agitó en el aire ferozmente.

—¿Cómo? —exclamó mi padre, más perplejo que nunca.

—Cortarle la cabeza.

—¿Cortarle la cabeza?

—Sí, con un hacha, una azada, o cualquier otro instrumento con el que pueda rebanar su garganta asesina. Ya tendrá noticias de ello — respondió, temblando de rabia. Y apretando el paso, añadió —: Esta viga nos servirá de asiento; vuestra querida niña está fatigada. Que se siente, y con unas cuantas frases concluiré mi espantoso relato.

El bloque escuadrado de madera, que yacía sobre la maleza que cubría el pavimento de la capilla, formaba un banco en el que me alegró sentarme. Mientras tanto, el general llamó al leñador, que había estado cortando unas ramas que asomaban por entre los viejos muros. El robusto anciano se acercó a nosotros, hacha en mano.

No supo decirnos nada sobre aquellos monumentos. Mas existía un viejo, nos dijo, un guarda forestal, que vivía en casa del cura, a unas dos millas de aquel lugar, el cual podría indicarnos el emplazamiento de cualquier monumento de la antigua familia de los Karnstein. Y a cambio de una pequeña propina, se comprometió a traerlo en poco más de media hora, si le prestábamos uno de nuestros caballos.

—¿Hace mucho que trabajas en este bosque? — preguntó mi padre al anciano.

—He sido leñador aquí, a las órdenes del guardabosques, toda mi vida — contestó en su *patois* —. Y lo fue mi padre antes que yo, y así generación tras generación, hasta donde puedo contar. Podría incluso enseñarles la casa del pueblo en que vivieron mis antepasados.

—¿Por qué fue abandonado el pueblo? — preguntó el general.

—La gente estaba inquieta a causa de los revenants, señor. Algunos de ellos fueron seguidos hasta sus tumbas, y tras ser identificados mediante los procedimientos habituales, fueron aniquilados en la forma usual: por decapitación, estaca, o fuego. Mas no antes de que muchos aldeanos fueran asesinados.

»Sin embargo, a pesar de todas esas medidas conformes a la ley — prosiguió —, de tantas tumbas abiertas, y de tantos vampiros privados de su horrible vida, el pueblo no se vio libre de ellos. Un noble moravo, que casualmente pasaba por aquí, se enteró de lo que ocurría, y dada su experiencia en tales asuntos (como tanta gente en su país), se ofreció a liberar al pueblo de aquella tortura. Lo hizo del siguiente modo: como aquella noche había una luna brillante, poco después del ocaso subió al campanario de esta capilla, desde donde podía ver con nitidez el cementerio que hay debajo; sus señorías pueden verlo desde esta ventana. Desde allí estuvo observando hasta ver salir de su tumba al vampiro, dejar junto a él el sudario en que había sido amortajado y finalmente deslizarse en dirección al pueblo para atormentar a sus habitantes.

»Tras observar todo eso, el forastero bajó del campanario, cogió las envolturas mortuorias del vampiro y se las llevó consigo a lo alto de la torre, en la que volvió a apostarse. Cuando regresó el vampiro de sus merodeos y echó en falta sus ropas, se puso a gritar, enfurecido, al moravo, al que vio en la cima del campanario, y éste, por toda respuesta, le hizo señas para que subiera a cogerlas. Después de lo cual, el vampiro, aceptando su invitación, empezó a subir al campanario. Y tan pronto como hubo llegado a las almenas, el moravo, golpeándole con su espada, le partió el cráneo en dos, arrojando el cuerpo al cementerio, adonde el forastero le siguió, tras descender por la escalera de caracol, y le cortó la cabeza. Al día siguiente entregó a

los aldeanos la cabeza y el cuerpo, que tras ser debidamente empalado, fue quemado junto con aquélla.

»Aquel noble moravo tenía la autorización del entonces cabeza de familia para trasladar la tumba de Mircalla, condesa de Karnstein, cosa que hizo en efecto, de forma que en poco tiempo su localización quedó completamente olvidada.

—¿Puedes indicarnos dónde estaba? — preguntó el general, con impaciencia.

El guardabosques negó con la cabeza y sonrió.

—Ningún alma viviente podría decirlo ahora — añadió —. Además, se dice que su cadáver fue trasladado. Aunque nadie está seguro de eso tampoco.

Tras haber hablado de ese modo, como el tiempo apremiaba, dejó caer su hacha al suelo y partió. Y nosotros nos dispusimos a escuchar el resto de la extraña historia del general.

Capítulo XIV
El encuentro

—Mi querida niña —prosiguió el general — empeoraba visiblemente. El físico que la atendía no había logrado ninguna mejoría en su enfermedad, pues entonces eso suponía yo que era lo que tenía. Al darse cuenta de mi alarma, me propuso una nueva consulta. Llamé a uno de los mejores físicos de Graz. Transcurrieron varios días hasta su llegada. Era un hombre bueno y piadoso, al mismo tiempo que docto. Después de examinar juntos a mi pobre pupila, los dos médicos se retiraron a mi biblioteca para conferenciar y discutir. Desde el aposento contiguo, donde esperaba a que me llamaran, oía yo las voces de aquellos caballeros, elevándose a un tono más alto que el de una estricta discusión filosófica. Llamé a la puerta y entré. Encontré al anciano físico de Graz defendiendo una teoría, que su colega rechazaba con no disimulada irrisión, entre grandes carcajadas. Aquella exhibición indecorosa se apaciguó, y el altercado finalizó cuando yo entré.

»—Señor —dijo mi primer físico—, por lo visto mi docto colega estima que lo que usted necesita es un conjurador, y no un doctor.

»—Discúlpeme —dijo el anciano físico de Graz, con evidente desagrado —. En otra ocasión le expondré, a mi manera, mi propio punto de vista sobre este caso. Lamento, Monsieur le Général, que mi experiencia y mi ciencia no puedan ser de ninguna utilidad para usted. De todas formas, antes de partir me sentiré muy honrado de sugerirle algo.

»Parecía pensativo. Se sentó a la mesa y empezó a escribir. Profundamente decepcionado, me despedí de él con una inclinación de cabeza, y cuando me volvía

para irme, el otro doctor señaló por encima de su hombro a su compañero, que estaba escribiendo, y luego, con un encogimiento de hombros, se llevó, significativamente, un dedo a la sien.

»Aquella consulta, por tanto, me dejó justamente en donde estaba. Paseé por el jardín, medio aturdido. El médico de Graz me alcanzó al cabo de diez o quince minutos. Se disculpó por haberme seguido, pero dijo que, en conciencia, no podía despedirse sin añadir unas cuantas palabras más. Me aseguró que no podía estar equivocado. Que ninguna enfermedad natural presentaba esos síntomas. Y que, sin embargo, la muerte de mi sobrina estaba ya muy próxima. Le quedaban uno o tal vez dos días de vida. Si la fatal afección se detenía de inmediato, quizás con mucho cuidado y destreza por nuestra parte podría la joven recuperar sus fuerzas. Mas todo dependía de los límites de lo irrevocable. Un ataque más podría extinguir la última chispa de vitalidad que aún le quedaba.

»—¿Y cuál es la naturaleza de la afección a la que usted se refiere? — le supliqué.

»—Lo expongo todo en esta nota que pongo en sus manos, con la condición expresa de que envíe a buscar al sacerdote más próximo, abra mi carta en presencia suya, y bajo ningún concepto la lea hasta que él se encuentre a su lado. De otra manera quizás desdeñara su contenido, y es una cuestión de vida o muerte. Si no consigue un sacerdote, entonces puede leerla usted mismo.

»Antes de despedirse finalmente, me preguntó si me gustaría consultar a un hombre extraordinariamente erudito en aquel mismo tema, que probablemente me interesaría por encima de todos los demás, después de que hubiese leído su carta. A continuación me instó a que invitara a aquel hombre a visitarme en el castillo; y después se despidió.

»Como el eclesiástico estaba ausente, tuve que leer la carta solo. En otro momento, o en otra situación, probablemente me habría reído de lo que decía. Mas ¿a qué charlatanería no se abalanzaría la gente, como última posibilidad, cuando todos los medios habituales han fracasado, y está en juego la vida de un ser querido?

»Nada, me dirá usted, podría ser más absurdo que la carta del docto médico. Era lo suficientemente monstruosa como para que se le enviara a un manicomio. ¡Decía que la paciente estaba siendo visitada por un vampiro! Los pinchazos que, según ella, había notado en la garganta, los había producido, insistía él, la inserción de dos dientes largos, finos y puntiagudos que, como es bien sabido, son característicos de los vampiros. Y no podía caber la menor duda, añadía, en cuanto a la presencia bien definida de la pequeña señal amoratada, que todos coincidían en afirmar como causada por los labios de aquel demonio, y en lo referente al hecho de que todos los síntomas descritos por la víctima estaban en perfecta concordancia con los constatados en todos los demás casos de visitas similares.

»Como yo era completamente escéptico en cuanto a la existencia de cualquier prodigio como el vampirismo, la teoría sobrenatural del buen doctor únicamente

aportaba, en mi opinión, un nuevo ejemplo de erudición e inteligencia, curiosamente asociadas con alguna alucinación. Sin embargo, me sentía tan desgraciado, que, antes que no intentar nada, decidí seguir las instrucciones de la carta.

»Me escondí en la recámara oscura que comunicaba con el aposento de la pobre paciente, en el que constantemente ardía una vela, y aguardé allí hasta que se quedó profundamente dormida. Permanecí frente a la puerta, atisbando a través de la estrecha rendija, sin perder de vista una espada que había dejado encima de la mesa, tal como prescribían las instrucciones del médico. Hasta que, un poco después, vi aparecer una cosa grande y negra, de perfiles muy imprecisos, que se arrastró, me pareció, a los pies de la cama, y rápidamente se abalanzó sobre la garganta de la pobre muchacha, y, en un instante, aumentó de tamaño hasta convertirse en una enorme masa palpitante.

»Durante unos instantes me quedé paralizado. Después, espada en mano, di un salto hacia delante. De repente la negra criatura se encogió a los pies de la cama, se deslizó al suelo, y allí, como a una yarda por debajo del armazón, vi a Millarca, inmóvil, que me observaba fijamente, con una mirada furtiva de ferocidad y horror. No sabiendo qué pensar de todo aquello, la golpeé al instante con mi espada. Mas vi que permanecía ilesa, junto a la puerta. La perseguí, horrorizado, y volví a golpearla. ¡Había desaparecido! Y mi espada voló en mil pedazos al chocar contra la puerta.

»No puedo describirle todo lo que sucedió aquella noche terrible. Toda la casa se despertó y se puso en movimiento. El espectro de Millarca había desaparecido. Mas su víctima empeoró rápidamente, y antes de que amaneciera, murió.

El anciano general estaba trastornado. Ninguno de nosotros dijo palabra alguna. Mi padre se alejó un poco, y comenzó a leer las inscripciones de las lápidas sepulcrales. Concentrado, pues, en aquellas lecturas, cruzó la puerta de una capilla lateral para proseguir sus investigaciones. Mientras tanto, el general se apoyó en el muro, se secó los ojos y suspiró profundamente. Me alivió oír las voces de Carmilla y de Madame Perrodon, que en aquel momento se aproximaban. Luego las voces se desvanecieron.

En medio de aquella soledad, después de haber escuchado una historia tan extraña, que estaba relacionada con los poderosos y nobles difuntos, cuyos monumentos funerarios, en torno nuestro, se enmohecían entre el polvo y la hiedra, y cada uno de cuyos incidentes se parecía tan atrozmente a mi propio caso, tan misterioso… en aquella guarida de fantasmas, ensombrecida por las torres de follaje que trepaban por todas partes, densas y altas, por encima de los silenciosos muros… empezó a invadirme un inexpresable espanto, y mi ánimo decayó al pensar que, después de todo, ninguno de mis amigos iba a entrar allí, a turbar aquella triste y ominosa escena.

Los ojos del anciano general miraban fijamente al suelo, mientras su mano se apoyaba en el basamento de un monumento funerario deteriorado.

De pronto, bajo el arco de una puerta estrecha, coronada por una de esas figuras grotescas y demoníacas en las que se complacía la cínica y lúgubre imaginación de los antiguos tallistas góticos, vi aparecer, con inmensa alegría, el hermoso rostro y la seductora figura de Carmilla, que entraba en la sombría capilla.

Estaba a punto de levantarme y hablar, y saludarla, risueña, con la cabeza, en respuesta a su sonrisa particularmente atractiva, cuando el anciano general, lanzando un grito, se interpuso entre nosotras y, cogiendo el hacha del leñador, lanzóse sobre ella. Al verle, se operó un cambio brutal en la fisonomía de Carmilla. Sufrió una súbita y espantosa transformación, a la vez que retrocedía, encogiéndose. Antes de que yo pudiera gritar, la golpeó con todas sus fuerzas. Mas ella esquivó el golpe, y salió ilesa del mismo, aferrándole la muñeca con su diminuto puño. El general forcejeó unos instantes para liberarse del brazo. Mas su mano debió de aflojarse, y el hacha cayó al suelo. La muchacha había desaparecido.

El general se tambaleó, apoyándose en el muro. Los cabellos grises se erizaron en su cabeza, y un sudor frío le bañaba el rostro, como si estuviera a punto de morirse.

La pavorosa escena se había desarrollado en un instante. Después, lo primero que recuerdo es a Madame Perrodon frente a mí, repitiéndome con impaciencia, una y otra vez, esta pregunta:

—¿Dónde está Mademoiselle Carmilla?

Finalmente, respondí:

—No lo sé… No sabría decir… se fue por allí — y señalé la puerta por la que Madame Perrodon acababa de entrar —; hace tan sólo uno o dos minutos.

—Pero yo he estado ahí, en el corredor, desde que entró Mademoiselle Carmilla; y no la he visto regresar.

Entonces se puso a llamarla a gritos: «Carmilla», a través de puertas y corredores, y desde los ventanales. Mas no obtuvo respuesta.

—¿Ahora se hace llamar Carmilla? — preguntó el general, no repuesto todavía de la tremenda impresión.

—Sí, Carmilla —respondí yo.

—Ya —dijo—; es decir, Millarca. Es la misma persona que en otra época se llamaba Mircalla, condesa de Karnstein. Márchese de esta tierra maldita, mi pobre niña, lo más aprisa que pueda. Vaya a casa del sacerdote, y quédese allí hasta que lleguemos nosotros. ¡Retírese! ¡Ojalá nunca más vea a Carmilla! No la volverá a encontrar aquí.

Capítulo XV
Ordalía y ejecución

Mientras hablaba el general, entró en la capilla, por la misma puerta por la que había entrado y salido Carmilla, uno de los hombres de aspecto más extraño que yo jamás haya visto. Era alto, estrecho de pecho, encorvado, y cargado de espaldas; y vestía de negro. Su rostro era moreno, surcado de profundas arrugas. Se tocaba con un sombrero de ala ancha y extraña forma. Su cabello, largo y entrecano, le colgaba sobre los hombros. Llevaba gafas de montura dorada, y caminaba despacio, arrastrando los pies extravagantemente. En su rostro, ora vuelto hacia el cielo, ora inclinado hacia el suelo, parecía haber siempre una sonrisa. Sus brazos largos y delgados le colgaban bamboleantes, y sus descarnadas manos, enfundadas en unos viejos guantes negros que le quedaban demasiado grandes, se agitaban y gesticulaban con profundo ensimismamiento.

—¡Precisamente el hombre que necesito! — exclamó el general, saliendo alborozadamente a su encuentro —. Mi querido barón, ¡cuánto me alegro de verle! No esperaba encontrarle tan pronto.

Hizo una seña a mi padre, que para entonces ya había regresado, y le llevó a conocer a aquel extraño personaje, al que llamaba «el barón». Se lo presentó formalmente, e inmediatamente se enzarzaron los tres en una verdadera conversación. El recién llegado extrajo un papel enrollado de su bolsillo, y lo extendió sobre la deteriorada superficie de una tumba que había a su lado. Llevaba en la mano un estuche de lápices, y con ellos trazó líneas imaginarias de un extremo a otro del papel, del que a menudo apartaron la vista, todos a un tiempo, en dirección a ciertas partes del edificio, por lo que comprendí que debía de tratarse del plano de la capilla. Acompañaba aquella especie de conferencia, si puedo llamarla así, con lecturas esporádicas de un librito muy sucio, cuyas amarillentas páginas estaban cubiertas de una escritura apretada.

Juntos deambularon por la nave lateral, frente al lugar en donde yo me encontraba, conversando entre sí mientras andaban. Luego se pusieron a medir a pasos las distancias entre unas tumbas y otras, y finalmente se detuvieron frente a un lugar concreto del muro lateral y comenzaron a examinarlo minuciosamente, arrancando la hiedra que lo cubría, y quitando el yeso con las conteras de sus bastones, a base de raspar aquí y golpear allá. Por fin comprobaron la existencia de una gran lápida de mármol, sobre la cual había unas letras grabadas en relieve.

Con la ayuda del leñador, que no tardó en regresar, pusieron al descubierto una inscripción funeraria con un escudo de armas esculpido. Resultó tratarse del sepulcro, durante tanto tiempo perdido, de Mircalla, condesa de Karnstein.

El anciano general, aunque no muy dado, me temo, a las plegarias, alzó la mirada y las manos al cielo durante unos instantes, en mudo agradecimiento.

—Mañana —le oí decir— estará aquí el comisionado, y la Inquisición actuará de acuerdo con la ley.

Luego, volviéndose al anciano de las gafas doradas, que antes he descrito, le estrechó calurosamente ambas manos y dijo:

—Barón, ¿cómo puedo agradecérselo? ¿Cómo podemos expresarle todos nosotros nuestra gratitud? Ha librado usted a esta comarca de una plaga que ha azotado a sus habitantes durante más de un siglo. Gracias a Dios, el horrendo enemigo ha sido al fin localizado.

Mi padre se llevó aparte al forastero, y el general los siguió. Sabía que los había llevado a donde yo no los pudiera oír, para contarles mi caso. Y mientras proseguía la discusión, les vi lanzarme rápidas y frecuentes miradas.

Mi padre se acercó a mí, me besó una y otra vez, y, llevándome fuera de la capilla, me dijo:

—Es hora de regresar a casa. Mas antes debemos procurar que se una a nosotros el bueno del cura que vive muy cerca de aquí, y convencerle de que nos acompañe al *schloss*.

Tuvimos éxito en nuestra gestión. Y yo me alegré, porque al llegar a casa me sentía indeciblemente cansada. Aunque mi satisfacción se trocó en desaliento al descubrir que no se tenían noticias de Carmilla. No me dieron ninguna explicación de la escena que había tenido lugar en la capilla en ruinas. Estaba claro que era un secreto que, de momento, mi padre había decidido no revelarme.

La ausencia de Carmilla, que en aquellas circunstancias adquiría un tinte siniestro, hizo que el recuerdo de aquella escena fuera todavía más terrible para mí. Los preparativos que se hicieron para pasar aquella noche fueron en extremo singulares. Dos criadas y Madame Perrodon permanecieron sentadas aquella noche en mi aposento, y el eclesiástico montó guardia con mi padre en la recámara contigua.

El sacerdote había realizado aquella noche algunos ritos solemnes, cuyo significado no era para mí menos oscuro que la finalidad de las extraordinarias precauciones tomadas para procurar mi seguridad durante el sueño.

Algunos días más tarde lo comprendí todo.

A la desaparición de Carmilla siguió la interrupción de mis padecimientos nocturnos.

Habrá oído hablar, sin duda alguna, de la espantosa superstición que impera en la Alta y Baja Estiria, en Moravia, en Silesia, en la Serbia turca, en Polonia, e incluso en Rusia; la superstición, llamémosla así, del vampirismo.

Si vale para algo el testimonio humano, presentado con todo cuidado y seriedad, imparcialmente, ante innumerables comisiones, cada una de ellas formada por numerosos miembros elegidos por su integridad e inteligencia, los cuales han emitido informes posiblemente más voluminosos que todos los existentes en relación a cualquier otro tipo de casos, es difícil negar, entonces, o siquiera dudar de la existencia de ese fenómeno llamado vampirismo.

En cuanto a mí, no conozco ninguna teoría capaz de explicar lo que yo misma he presenciado y experimentado, como no sea la que proporciona esta creencia campesina tan antigua y tan bien atestiguada.

Al día siguiente se llevaron a cabo los procedimientos formales en la capilla de los Karnstein. Se abrió la tumba de la condesa Mircalla, y tanto el general como mi padre reconocieron a su pérfida y bella huésped en el rostro que ahora aparecía ante sus ojos. A pesar de los ciento cincuenta años que habían transcurrido desde su entierro, sus facciones mostrábanse inflamadas de calor vital. Tenía los ojos abiertos. El ataúd no despedía ningún hedor a cadáver. Los dos médicos presentes, uno oficialmente, el otro de parte del promotor de la investigación, atestiguaron el hecho prodigioso de que una respiración tenue, pero perceptible, animaba el cadáver, con su correspondiente palpitación en el corazón. Los miembros eran perfectamente flexibles, la carne elástica. El pesado ataúd estaba inundado de sangre, en la que el cuerpo estaba sumergido a unas siete pulgadas de profundidad. Ahí estaban, pues, todas las pruebas y síntomas admitidos del vampirismo.

En consecuencia, de acuerdo con las prácticas antiguas, sacaron el cadáver y le clavaron una estaca afilada en el corazón: en aquel mismo momento el vampiro profirió un chillido desgarrador, semejante en todo al estertor de un agonizante. Después le cortaron la cabeza, y un torrente de sangre brotó del cuello seccionado. El cuerpo y la cabeza fueron colocados sobre una pila de leña y reducidos a cenizas, luego esparcidas por el río, que se las llevó lejos. Desde entonces aquel territorio no ha vuelto a ser atormentado por las visitas de ningún otro vampiro.

Mi padre conserva una copia del informe de la Comisión Imperial, con las firmas de todos los que presenciaron los procedimientos, adjuntas como comprobación de sus declaraciones respectivas. De este documento he resumido yo la descripción de esta postrera y espeluznante escena.

Capítulo XVI
Conclusión

Quizás suponga usted que escribo todo esto serenamente. Ni mucho menos; no puedo pensar en ello sin sentirme inquieta. Tan sólo la vehemencia de su petición, tantas veces expresada, podía haberme inducido a sentarme ante el escritorio para llevar a cabo una tarea que me ha trastornado los nervios, quizás para siempre, proyectando de nuevo la sombra de los horrores indescriptibles que, años después de mi liberación, siguen espantando mis días y mis noches, haciéndome enormemente insoportable la soledad.

Permítame añadir una o dos palabras más a propósito del extraño barón Vordenburg, a cuya singular erudición debimos el descubrimiento de la tumba de la condesa Mircalla.

Había establecido su residencia en Graz, donde vivía de una pequeña renta, que era lo único que le quedaba de las otrora principescas posesiones de su familia en la Alta Estiria, dedicado a la minuciosa y laboriosa investigación de las tradiciones, asombrosamente autentificadas, del vampirismo. Conocía al dedillo todas las obras, grandes y pequeñas, sobre la materia: *Magia postuma*[5], *De mirabilibus*[6] de Flegonte [de Tralles], *De cura pro mortuis*[7] de san Agustín, *Philosophicæ et christianæ cogitationes de vampiris* de John Christofer Herenberg[8], y otras mil más, entre las cuales recuerdo tan sólo unas pocas que le prestó a mi padre.

Poseía un voluminoso archivo con todos los casos judiciales, del que había extraído una suma de principios que parecían gobernar (algunos, siempre; otros, sólo en ocasiones) la condición del vampiro. Me permito mencionar, de pasada, que la palidez mortal atribuida a esta clase de *revenants* es pura ficción melodramática. En realidad, presentan una apariencia de vida saludable, tanto en la tumba como cuando se muestran públicamente. Cuando se los expone a la luz en sus ataúdes, presentan todos los síntomas que han sido enumerados como prueba de la confirmación de la existencia vampírica de la condesa Karnstein, muerta hace tanto tiempo.

Siempre se ha reconocido como totalmente inexplicable la forma en que escapan de sus tumbas durante algunas horas al día y vuelven a ellas, sin desplazar la tierra ni dejar señal alguna de alteración en el ataúd ni en las mortajas. La doble vida del vampiro continúa en la tumba mediante sueños diariamente renovados. Su horrenda avidez de sangre procedente de personas vivas le proporciona la energía necesaria para su existencia despierta. El vampiro es propenso a dejarse fascinar con absorbente vehemencia, parecida a la pasión amorosa, en presencia de determinadas personas. En su persecución de estas personas, desplegará una paciencia y una astucia inagotables, ya que el acceso al objeto concreto de su deseo puede verse obstaculizado de mil maneras. Jamás desistirá de su empeño hasta haber saciado su pasión y apurado la propia vida de su codiciada víctima. Mas en esos casos, economizará y demorará su disfrute asesino con el refinamiento de un epicúreo, y lo acrecentará mediante las aproximaciones graduales de un galanteo ingenioso. En tales casos parece como si no deseara otra cosa que la simpatía y el consentimiento. En las demás ocasiones, se dirige directamente a su víctima, la sojuzga mediante la violencia, y con frecuencia la estrangula y la vacía en un solo festín.

Al parecer, en determinadas situaciones, el vampiro está sujeto a unas condiciones especiales. En el caso particular que os he relatado, Mircalla parecía estar limitada a un nombre que, aun no siendo realmente el suyo, debía por lo menos reproducir todas las letras, ni una más ni una menos, que componen lo que llamamos su anagrama. *Carmilla* lo hizo, y también *Millarca*.

Mi padre le contó al barón Vordenburg, que se quedó con nosotros dos o tres semanas después de la expulsión de Carmilla, la historia del gentilhombre moravo y del vampiro del cementerio de Karnstein, preguntándole luego cómo había descubierto la posición exacta de la tumba, tanto tiempo oculta, de la condesa

Millarca. El barón frunció su grotesco semblante en una sonrisa enigmática. Sin dejar de sonreír, bajó la mirada a su estuche para las gafas y lo manoseó torpemente. Luego, alzó la mirada y dijo:

—Poseo muchos diarios y otros documentos escritos por ese hombre extraordinario. El más curioso de todos es uno que trata de la visita a Karnstein, a la que usted alude. La tradición, por supuesto, deforma y distorsiona un poco los hechos. Es posible que le tomaran por un gentilhombre moravo, ya que había trasladado su residencia a ese territorio y era, además, de noble cuna. Mas, en realidad, había nacido en la Alta Estiria. Baste con decir que en su primera juventud había sido amante apasionado y predilecto de la bella Mircalla, condesa de Karnstein. La prematura muerte de ella le sumió en una congoja inconsolable. Está en la naturaleza de los vampiros el crecer y multiplicarse, pero según una comprobada ley reservada únicamente a estos espectros.

»Supongamos, para empezar, un territorio completamente libre de ese flagelo. ¿Cómo se inicia éste y se desarrolla? Os lo diré. Una persona, más o menos depravada, pone fin a su vida. En determinadas circunstancias, un suicida puede convertirse en vampiro. Ese espectro visita en sueños a determinadas personas vivas, las cuales mueren y, en la tumba se transforman, casi invariablemente, en vampiros. Eso fue lo que sucedió en el caso de la bella Mircalla, que había sido atormentada por uno de esos demonios. Mi antepasado Vordenburg, cuyo título todavía llevo, no tardó en descubrirlo, y en el transcurso de los estudios a los que se consagró, aprendió mucho más.

»Entre otras cosas, dedujo que la sospecha de vampirismo recaería, tarde o temprano, sobre la condesa muerta, que había sido su ídolo mientras vivía. Fuera ella lo que fuese, sintió horror ante la idea de que sus restos pudieran ser profanados con el ultraje de una ejecución póstuma. Dejó un curioso documento que prueba que el vampiro, una vez expulsado de su doble existencia, es impelido a otra vida más terrible todavía. Por tanto, resolvió evitarle eso a su amada Mircalla.

»Urdió la estratagema de un viaje a estos lugares, un supuesto traslado de los restos de la condesa, y una auténtica destrucción de su sepulcro. Con el paso de los años y próximo ya el fin de sus días, recordando las escenas que iba a dejar atrás, miró con otros ojos lo que había hecho, y el horror se apoderó de él. Hizo los trazados y anotaciones que me guiaron hasta el lugar exacto, y redactó una confesión del engaño que había llevado a cabo. Es posible que intentara dar un paso más en esa misma dirección, mas la muerte se lo impidió. Sólo la mano de un lejano descendiente suyo ha podido dirigir, demasiado tarde para muchos, la búsqueda de la guarida del monstruo.

Seguimos hablando un poco más y, entre otras cosas, dijo lo siguiente:

—Uno de los indicios de vampirismo es la fuerza que tienen en las manos. La delgada mano de Mircalla se cerró como un grillete de acero sobre la muñeca del general cuando éste alzó el hacha para golpearla. Mas la fuerza de su mano no se

limita al apretón: deja un entumecimiento en el miembro que agarra, del que la víctima se recupera muy lentamente, si es que lo hace.

Durante la primavera siguiente mi padre me llevó a un viaje por Italia. Permanecimos fuera más de un año. Tuvo que pasar bastante tiempo antes de que se apaciguara en mi mente el horror de los acontecimientos recientes. Aun ahora, la imagen de Carmilla retorna a mi memoria con ambigua alternancia: unas veces es la muchacha retozona, lánguida y bella; otras, el torturado demonio que vi en la iglesia en ruinas. Y con frecuencia, en medio de mis ensoñaciones, me he sobresaltado al imaginar que oía los pasos ligeros de Carmilla junto a la puerta del salón.

Bram Stoker
El invitado de Drácula
(1897)

Abraham Stoker (1847-1912) nació en Dublín. Fue un niño de salud precaria que conoció la invalidez, circunstancia que seguramente motivó su gran voluntad de superarse y posterior dedicación a la gimnasia y a los deportes hasta convertirse más tarde en campeón de atletismo en la universidad. A los dieciséis años ingresó en el Trinity College de Dublín, donde cursó una brillante carrera en la que destacó en matemáticas, llegando a ser presidente de la Sociedad Filosófica de la universidad. Sin embargo, fue funcionario público, como su padre, durante diez años, entre 1867 y 1877. Su existencia exterior, perfectamente insípida, es compensada por su obra literaria, que deja traslucir, como si se tratara de una doble vida, una obsesiva curiosidad por lo oculto. Así, fue miembro de la sociedad secreta *The Golden Dawn,* a la que también pertenecieron Yeats, Haggard, Machen, Conan Doyle y Blackwood, entre otros: y como todos ellos, quedó marcado por esa experiencia.

Su otra inclinación fue el mundo del teatro; en principio ejerció la crítica, pero en 1878, su entusiasmo por el conocido actor sir Henry Irving le lleva a convertirse en su agente y secretario. Irónicamente, la historia se repite, y Stoker, como Polidori con Byron, permanecerá toda su vida a la sombra de la arrolladora personalidad de este actor, hoy olvidado, que se convirtió en su consejero, su amigo, y, sobre todo, su tirano. Algunos autores han sugerido que Irving era una especie de personalidad vampírica que sirvió a Stoker para proyectar sus ofuscados sentimientos retratando a su más célebre personaje. Lo cierto es que a sir Henry le gustaba jugar fuerte con Bram; primero, apostó con él a que no era capaz de escribir *Drácula*; luego, al poco de publicarse el libro y ver el éxito que despertaba, se apresuró a poner bajo su dirección la obra en escena para apropiarse del *copyright* de la adaptación teatral.

Aunque Stoker escribió relatos y novelas interesantes, como *The Mystery of the Sea* (1902), *La joya de las siete estrellas* (1903) o *The Lady of the Shroud* (1909), ninguna será tan recordada, ni de lejos, como Drácula, que ya en su época vendió más de un millón de ejemplares. Esta novela es, sin duda, el hito literario del tema del vampiro, insinuado en lord Ruthven, en donde Stoker culmina una imagen gótica, fijando su belleza.

Dracula's Guest fue publicado por primera vez en 1914, dos años después de la muerte de Stoker, como parte de una colección titulada Dracula's Guest and other Weird Stories. En la introducción, su viuda, Florence Balcombe, señala que su marido

estaba planeando reeditar un volumen de cuentos y que ella había agregado a la lista original «un hasta ahora inédito episodio de *Drácula*». Más recientemente, se ha llegado a saber que esta idea no era exacta, y que *El invitado de Drácula* lo había escrito Stoker como un cuento independiente mientras trabajaba en las notas de su inmortal novela.

El invitado de Drácula
Traducción de Francisco Torres Oliver

En el momento de emprender nuestro paseo en coche, el sol brillaba luminoso sobre Munich y el aire estaba lleno de esa alegría propia de principios de verano. Justo cuando íbamos a ponernos en marcha, bajó hasta el coche Herr Delbrück (el *maître d'hôtel* de Las Cuatro Estaciones, donde me hospedaba) sin gorra, y tras desearme una agradable excursión, dijo al cochero, con la mano todavía en la portezuela:

—Recuerde estar de vuelta antes de que oscurezca. El cielo parece luminoso, pero el viento del norte trae un fresco que dice que puede haber tormenta. Pero estoy seguro de que no se retrasará — aquí sonrió, y añadió —: Ya sabe qué noche es.

Johann contestó con un enfático: «Ja, mein Herr». Y tocándose el sombrero, partimos rápidamente. Cuando hubo quedado atrás la ciudad, le hice seña de que parase, y le pregunté:

—Dígame, Johann, ¿qué noche es ésta?

Johann se santiguó, y contestó lacónicamente: «Walpurgis Nacht». Luego sacó su reloj, una anticuada pieza de alpaca grande como una cebolla, y lo miró con las cejas fruncidas y un leve encogimiento de hombros que denotaba impaciencia. Comprendí que era su manera de protestar respetuosamente por esta demora innecesaria; así que me recosté en el asiento, y le indiqué que siguiese. Arrancó a gran velocidad, como para recuperar el tiempo perdido. De cuando en cuando, los caballos levantaban la cabeza y parecían olfatear el aire con recelo, En esos momentos, yo miraba con alarma a nuestro alrededor. El camino era bastante desolado, ya que atravesábamos una especie de meseta barrida por el viento. Más adelante, vi un camino con aspecto de ser muy poco transitado, y que se adentraba en un valle tortuoso. Me pareció tan tentador que, aun a riesgo de enfadar a Johann, le pedí que parase. Una vez detenidos, le dije que me gustaría bajar por aquel camino. Puso toda clase de objeciones, y se santiguó varias veces mientras hablaba. Esto despertó mi curiosidad; así que le hice varias preguntas. Me contestó con evasivas, y consultó repetidamente su reloj a modo de protesta. Finalmente, dije:

—Bueno, Johann, yo voy a bajar por ese camino. No le obligo a acompañarme, si no es su deseo; pero dígame por qué no quiere venir, es todo lo que le pido.

Por toda repuesta, pareció arrojarse del pescante, tan deprisa llegó al suelo. A continuación tendió las manos hacia mí en un gesto de súplica implorándome que no fuese. Su inglés estaba demasiado mezclado con alemán para que yo comprendiera el

hilo de su discurso. De cuando en cuando parecía estar a punto de decirme algo cuya sola idea le provocaba un estremecimiento; pero lograba contenerse, diciendo al tiempo que se santiguaba: «Walpurgis Nacht!».

Traté de razonar con él; pero me era difícil discutir con un hombre cuya lengua desconocía. Él tenía toda la ventaja; porque aunque empezaba hablando en inglés — un inglés tosco y macarrónico —, acababa siempre excitándose, y recurriendo a su lengua natal; y cada vez que lo hacía, consultaba su reloj. Luego comenzaron los caballos a mostrarse inquietos y a olfatear el aire. Al darse cuenta Johann palideció, y mirando asustado alrededor, corrió delante, los cogió por la brida y los hizo avanzar unos metros. Le seguí, y le pregunté por qué había hecho esto. Por toda respuesta, se santiguó, señaló el lugar que acabábamos de dejar, y llevó el coche en la dirección del otro camino, señalando una cruz. Y dijo, primero en alemán y luego en inglés:

—Enterrado, aquí… los que se mataron.

Recordé la vieja costumbre de enterrar a los suicidas en las encrucijadas:

—¡Ah!, comprendo: un suicida. ¡Muy interesante! — pero no llegaba a entender por qué se habían asustado los caballos.

Estábamos hablando así, cuando oímos una especie de ladrido o gañido. Sonó lejos, pero los caballos se pusieron muy inquietos, y a Johann le costó apaciguarlos. Él estaba pálido. Y dijo:

—Parece un lobo… pero no hay lobos por aquí, ahora.

—¿No? —dije, interrogativamente —. ¿Hace mucho que no se acercan a la ciudad?

—Mucho, mucho —contestó—. La primavera y el verano; pero con la nieve, los lobos han estado por aquí, hace poco.

Mientras acariciaba a los caballos y trataba de calmarlos, surgieron oscuros nubarrones en el cielo. Desapareció el sol, y nos azotó un soplo de aire frío. Fue una ráfaga tan sólo, más como una advertencia que como algo real, porque acto seguido salió un sol radiante otra vez. Johann miró el horizonte protegiéndose los ojos con la mano, y dijo:

—Tormenta de nieve; estará aquí pronto — luego volvió a consultar su reloj; y sujetando las riendas con firmeza — porque los caballos seguían piafando y agitando la cabeza — trepó sin más al pescante como si hubiese llegado el momento de proseguir nuestro viaje.

Yo estaba de talante un poco obstinado, así que no subí en seguida al coche.

—Hábleme —dije— del lugar adonde lleva ese camino — y señalé hacia abajo.

Otra vez se santiguó, y murmuró una plegaria, antes de contestar:

—Es impío.

—¿Qué es impío? —pregunté.

—El pueblo.

—Entonces, ¿hay gente?

—No, no. Nadie vive allí hace cientos de años.

Mi curiosidad era cada vez mayor:

—Pero usted ha dicho que hay un pueblo.

—Había.

—¿Qué ha sido de él?

Aquí prorrumpió en una larga retahíla en alemán e inglés tan embarullada que no entendí qué decía exactamente, aunque deduje más o menos que hacía mucho tiempo, cientos de años, había muerto gente allí, ahora enterrada en aquel lugar; que se habían oído ruidos bajo tierra, y que al abrir las tumbas se descubrió que los hombres y mujeres allí sepultados estaban sonrosados como los vivos, y con la boca roja de sangre. De manera que, a toda prisa, para salvar sus vidas (¡y sus almas! — y aquí se santiguó —), los que quedaban huyeron a otros lugares, adonde los vivos vivían y los muertos estaban muertos y no… otra cosa. Evidentemente se asustó al pronunciar estas últimas palabras. A medida que hablaba, se iba poniendo cada vez más nervioso. Parecía como si le fuera dominando su propia imaginación, y acabó en un completo paroxismo de terror, con la cara pálida, sudoroso, temblando y mirando a su alrededor como si temiese que se manifestara alguna presencia espantosa a pleno sol, en medio del llano despejado. Finalmente, en una agonía de desesperación, exclamó:

—¡Walpurgis Nacht! — y señaló el coche para que subiera.

Toda mi sangre inglesa se sublevó al oír esto. Así que retrocedí, y dije:

—Tiene miedo, Johann… tiene miedo. Váyase a casa; ya volveré solo. Me vendrá bien el paseo.

La portezuela del coche estaba abierta. Cogí del asiento mi bastón de roble — que siempre llevo en mis excursiones — cerré y, señalando hacia Munich, dije:

—Regrese usted, Johann: la noche de Walpurgis no preocupa a los ingleses.

Los caballos estaban ahora más inquietos que nunca, y Johann trataba de sujetarlos mientras me suplicaba excitado que no cometiese aquella insensatez. Me daba lástima el pobre, lo serio que lo decía; sin embargo, no pude por menos de echarme a reír: había abandonado por completo el inglés. Dominado por su ansiedad, olvidaba que el único medio de que le entendiese era hablándome en mi lengua, y no paraba de farfullar en su alemán natal. Empezaba a resultar una pesadez. Así que tras señalarle su dirección y ordenarle: «¡Regrese!», di media vuelta para bajar desde la encrucijada hacia el valle.

Con un ademán desesperado, Johann volvió los caballos hacia Munich. Apoyado en mi bastón, esperé a verle alejarse. Durante un rato marchó despacio: entonces apareció un hombre alto y delgado al final de la cuesta. Era cuanto podía distinguir de lejos. Al acercarse a los caballos éstos empezaron a encabritarse y a cocear, y luego a relinchar de terror. Johann no conseguía sujetarlos. Y de repente, se desbocaron, y emprendieron una carrera frenética. Los estuve observando hasta que desaparecieron; luego busqué con la mirada al desconocido, pero había desaparecido también.

Emprendí contento el camino que bajaba hacia el valle, al que tanto se había opuesto Johann. No veía que hubiese el más mínimo motivo para tal oposición;

durante unas dos horas, quizá, estuve andando sin pensar en el tiempo o la distancia recorrida, y desde luego, sin ver persona ni casa alguna. En cuanto al paraje, era una pura desolación. Pero de eso no tuve conciencia hasta que, al torcer en una curva, me encontré en una franja de bosque disperso; entonces me di cuerna de que, sin yo saberlo, me había impresionado lo pelado del terreno por el que acababa de pasar.

Me senté a descansar, y a mirar a mi alrededor. Noté con sorpresa que ahora hacía bastante más frío que al principio de mi caminata, Se oía una especie de susurro largo en torno a donde yo estaba, y de cuando en cuando, muy arriba, una especie de retumbar apagado. Alcé los ojos, y vi que unos nubarrones negros cruzaban el cielo de norte a sur a gran velocidad. Había signos de inminente tormenta en las capas altas del aire. Sentí un poco de frío; y pensando que se debía al hecho de permanecer sentado después del ejercicio de la marcha, reanudé el camino.

El terreno por el que iba ahora era mucho más pintoresco. Carecía de detalles sorprendentes que atrajesen la mirada de manera especial, pero había en todo un toque de belleza. No prestaba mucha atención al tiempo. Sólo cuando el crepúsculo se me fue haciendo más presente empecé a pensar en el regreso. El sol se había ido. El aire se había vuelto francamente frío, y el cortejo de las nubes más llamativo; pasaban acompañadas de una especie de fragor lejano, con el que parecía llegar, a intervalos, ese gañido misterioso que el cochero había dicho que era de lobo. Dudé unos momentos. Pero había dicho que visitaría el pueblo deshabitado, así que seguí andando, y poco después desemboqué en una gran extensión de campo abierto, rodeado de colinas, a todo su alrededor. Tenían las laderas cubiertas de árboles, que descendían hasta la llanura, salpicando en grupos los lomos más suaves y las depresiones que aparecían aquí y allá. Seguí con la mirada el culebreo del camino, y vi que torcía cerca de un espeso grupo de árboles, y que se perdía detrás.

Estaba mirando, cuando sopló una ráfaga de aire frío, y empezó a nevar. Pensé en las millas de campo desierto que había recorrido, y me apresuré a buscar refugio en la arboleda que tenía delante. El cielo se iba poniendo más oscuro por momentos, y la nieve caía más rápida y espesa cada vez, hasta que la tierra se cubrió de una alfombra blanca y brillante cuyo borde se perdía en una brumosa vaguedad. El camino aquí era tosco, y como discurría por campo llano, no se distinguían sus bordes como cuando pasaba entre los árboles; poco después me di cuenta de que me había salido de él, ya que dejé de pisar suelo firme, y los pies se me hundían cada vez más en la hierba y el musgo. A continuación, el viento fue cobrando fuerza hasta que, empujado por él, me dieron ganas de correr. El aire se volvió gélido; y a pesar de mi ejercicio, empecé a notar fatiga. La nieve caía ahora tan espesa, y los remolinos que formaba a mi alrededor eran tan vertiginosos, que apenas podía tener los ojos abiertos. De cuando en cuando, un vívido rayo rasgaba el cielo y, gracias a los relámpagos, pude ver ante mí una gran espesura de árboles, tejos y cipreses en su mayoría, todos cubiertos con una gruesa capa de nieve.

No tardé en hallarme al amparo de los árboles; y allí, en el relativo silencio, pude oír el rumor del viento en lo alto. Poco después, la oscuridad de la tormenta se había fundido con la negrura de la noche. Al poco rato había pasado la tormenta; ahora sólo llegaban furiosas ráfagas o andanadas. En esos momentos, el eco parecía multiplicar a mi alrededor el aullido espectral del lobo.

De cuando en cuando, a través de la negra masa de nubes viajeras, surgía algún rayo de luna que iluminaba el entorno y me revelaba que me hallaba en el lindero de una espesa masa de cipreses y tejos. Cuando cesó la nieve, salí de mi refugio y me puse a inspeccionar con más detenimiento. Pensé que entre los numerosos cimientos que había cruzado, aún podía quedar en pie alguna casa en donde guarecerme un rato, por ruinosa que estuviera. Al rodear el bosquecillo, descubrí que lo circundaba una tapia baja; la seguí, y poco después encontré una abertura. Aquí los cipreses formaban un paseo que conducía a la mole cuadrada de una especie de edificio. Justo al descubrirlo, no obstante, las nubes ocultaron la luna, y recorrí el trecho totalmente a oscuras. El viento debió de volverse más frío, porque me di cuenta de que temblaba. Pero esperaba encontrar cobijo, así que continué caminando a ciegas.

Me detuve; porque noté una repentina quietud. Había pasado la tormenta y, quizá en sintonía con el silencio de la Naturaleza, mi corazón pareció dejar de latir. Pero fue sólo un instante; porque de repente, la luna irrumpió a través de las nubes, revelándome que estaba en un cementerio, y que la construcción cuadrada que tenía ante mí era un enorme mausoleo de mármol, blanco como la nieve, que se extendía junto a él. Con la luz de la luna, me llegó el fragor furioso de la tormenta, que parecía seguir su curso, junto con un aullido largo y lejano como de una multitud de perros o lobos. Me asustó, y sentí que el frío se apoderaba de mí, imperceptiblemente, basta encogerme el corazón. Entonces, mientras la luna bañaba aún la tumba de mármol, la tormenta dio muestras de reavivarse… como sí volviese sobre sus pasos. Movido por una especie de fascinación, me acerqué al sepulcro, para ver de quién era, y por qué se alzaba allí solo en semejante lugar. Lo rodeé, y leí sobre su puerta dórica, en alemán:

CONDESA DOLINGER
DE GRAZ STYRIA
BUSCÓ Y ENCONTRÓ LA MUERTE
1801

En lo alto de la tumba, clavada en el sólido mármol — porque el monumento estaba hecho con unos cuantos bloques enormes de piedra —, había una gran pica, o estaca de hierro. En la parte de atrás vi, grabado en grandes letras rusas:

LOS MUERTOS VIAJAN DEPRISA

Había algo tan espectral y misterioso en todo esto que el corazón me dio un vuelco, y sentí como un vahído. Por primera vez deseé haber seguido el consejo de

Johann. Y entonces, casi de manera misteriosa, me vino un pensamiento que me produjo un sobresalto: ¡Era la noche de Walpurgis!

La noche en que, según la creencia de millones de personas, el demonio viene al mundo… la noche en que se abren las sepulturas y salen los muertos y andan por ahí. La noche en que los seres malvados de la tierra y el aire y el agua celebran sus orgías. El cochero había querido evitar especialmente este lugar, este pueblo abandonado desde hacía siglos, este sitio donde yacían los suicidas. ¡Y era aquí donde me hallaba solo, sin ayuda, temblando de frío, con un sudario de nieve a mi alrededor y una tormenta furiosa que amenazaba descargar de nuevo su ira sobre mí! Apelé a toda mi filosofía, a toda la religión que me habían enseñado, a todo mi valor, para no sumirme en un paroxismo de terror.

Y ahora se desató un verdadero torbellino. El suelo se estremeció como pateado por un millar de caballos. Esta vez la tormenta llegaba con sus heladas alas, no de nieve, sino de grandes piedras de granizo que golpeaba con tal violencia que más parecían proyectiles de honderos baleares; granizos que derribaban hojas y ramas y hacían de los cipreses un cobijo tan seguro como los tallos de avena. Al principio corrí a ponerme bajo el árbol más próximo; pero en seguida decidí dejarlo y buscar el único lugar que parecía ofrecer protección: la profunda entrada dórica de la tumba de mármol. Allí, pegado a la gruesa puerta de bronce, pude resguardarme un poco; porque ahora sólo me llegaba el granizo cuando rebotaba en el suelo y en las paredes de mármol.

Al apoyarme, la puerta cedió ligeramente, abriéndose hacia adentro. Incluso la protección de una tumba era de agradecer en esta tempestad sin misericordia, iba a entrar en ella, cuando un relámpago zigzagueante iluminó toda la extensión de los cielos. En ese instante, al volver la mirada hacia la oscuridad de la tumba, vi — tan cierto como que estoy vivo — una mujer hermosísima, de mejillas redondas y labios rojos, que parecía dormir sobre un féretro. Estalló un trueno en lo alto, y me sentí como agarrado por la mano de un gigante y arrojado afuera a la tormenta. Todo sucedió de manera tan repentina que, antes de cobrar conciencia de la conmoción — moral a la vez que física —, sentí sobre mí los golpes del granizo. Al mismo tiempo, tuve la sensación extraña, intensa, de que no estaba solo. Miré hacia la tumba. Otro rayo cegador cayó sobre la estaca de hierro que coronaba la tumba, y la recorrió hasta tierra, derribando y pulverizando el mármol en una explosión de llama. La mujer muerta se incorporó envuelta en llamas, en un instante de agonía, y su alarido se ahogó en el estruendo del trueno. Fue lo último que oí, antes de sentir que me agarraba y me sacaba nuevamente la mano gigantesca, y que era golpeado por el granizo, mientras el aire a mi alrededor parecía llenarse de aullidos de lobo. La última visión que recuerdo fue una multitud de formas blancas, vagas, movientes, como si las sepulturas hubiesen vomitado los fantasmas de sus cadáveres, y viniesen hacia mí en medio de la blanca nebulosidad del granizo.

Poco a poco, me llegó un vago atisbo de conciencia; luego, una espantosa sensación de cansancio. Durante un rato, no recordé nada; después, me fueron volviendo los sentidos. Notaba los pies transidos de dolor, aunque no podía moverlos. Parecía que los tenía entumecidos. Un frío me corría de la nuca hacia abajo por la espina dorsal; y las orejas, como los pies, las tenía doloridas y muertas. En cambio, en el pecho tenía un calor que me resultaba delicioso. Era como una pesadilla… como una pesadilla física, si puede decirse así. Porque notaba un peso enorme sobre mí que me dificultaba la respiración.

Pareció durar bastante, este semiletargo; y al írseme, me dormí; o me desvanecí. Luego noté una especie de malestar, como en los primeros momentos del mareo, y un deseo incontenible de librarme de algo… no sabía el qué. Me rodeaba un inmenso silencio, como si todo el mundo durmiese o estuviese muerto; sólo lo turbaba el jadeo bajo de algún animal, muy cerca de mí. Sentí un roce áspero y cálido en el cuello; luego tuve conciencia de una espantosa realidad que me heló el corazón, y sentí que la sangre se me agolpaba en el cerebro. Tenía un animal echado encima de mí, y me estaba lamiendo la garganta. Tuve miedo de moverme: el instinto de la prudencia me aconsejaba permanecer quieto. Pero el bruto pareció darse cuenta de que se había operado algún cambio en mí, porque alzó la cabeza. A través de las pestañas, vi sobre mí los ojos grandes y llameantes de un lobo gigantesco. Unos dientes blancos y afilados centellearon en su boca abierta, y sentí en la cara su aliento caliente, ocre, feroz.

A continuación vino otro lapso del que no recuerdo nada. Después, tuve conciencia de un gruñido bajo, seguido de un gañido que luego se repitió varias veces. Después, muy lejos al parecer, oí un «¡Holaa! ¡Holaa!», como de muchas voces llamando al unísono. Precavidamente, levanté la cabeza y miré en la dirección de donde provenían las voces; pero el cementerio me tapaba la vista. El lobo seguía emitiendo extraños gañidos. Un resplandor rojo pareció desplazarse en el bosquecillo de cipreses. A medida que se acercaban las voces, los gañidos del lobo se iban haciendo más agitados y sonoros. Yo tenía miedo de moverme o hacer ruido. El resplandor rojo se acercaba sobre el blanco palio que se extendía en la oscuridad que me rodeaba. Luego, de repente, de más allá de los árboles, me llegó el trote de un grupo de jinetes portando antorchas. El lobo se levantó de mi pecho y echó a correr hacia el cementerio. Vi uno de los jinetes (soldados, a juzgar por sus gorros y sus largos capotes militares) levantar su carabina y apuntar. Un compañero le golpeó el brazo, y oí pasar la bala por encima de mi cabeza. Evidentemente, me había tomado por el lobo. Otro avistó al animal cuando se escabullía, y le disparó. Entonces el grupo acudió al galope; unos vinieron hacia mí, y otros siguieron al lobo, que desapareció entre los nevados cipreses.

Al verlos llegar, intenté moverme, pero me fue imposible; aunque podía ver y oír cuanto pasaba cerca de mí. Dos o tres soldados saltaron de sus caballos y se

arrodillaron junto a mí. Uno de ellos me levantó la cabeza y me puso una mano en el corazón.

—¡Albricias, compañeros! —gritó —. ¡Todavía le late el corazón!

Seguidamente me vertieron un poco de coñac en la boca; esto me reanimó, y fui capaz de abrir los ojos del todo y mirar a mi alrededor. Entre los árboles se movían luces y sombras, y oí que los hombres se llamaban unos a otros. Se agruparon, profiriendo exclamaciones sobrecogidas, con las luces encendidas, mientras los demás corrían por el cementerio, en confusión, como posesos. Cuando llegaron los que andaban lejos, los que me rodeaban les preguntaron:

—Bueno, ¿lo habéis encontrado?

La respuesta sonó atropellada:

—¡No! ¡No! ¡Vámonos deprisa! ¡Éste no es lugar para entretenerse, y menos una noche como ésta!

—¿Qué era? —sonó la pregunta, hecha en todos los tonos. Se oyeron varias respuestas, aunque imprecisas, como si todos sintieran necesidad de hablar; aunque un miedo compartido les impedía expresar lo que pensaban.

—Pues eso… ¡Por supuesto! — farfulló uno, evidentemente sin saber lo que decía.

—¡Era un lobo… y no era un lobo! — dijo otro con un estremecimiento.

—Es inútil dispararle, si no es con una bala sagrada — comentó un tercero en tono más normal.

—¡Nos está bien empleado, por salir esta noche! ¡Pues sí que nos hemos ganado los mil marcos! — exclamó un cuarto.

—Hay sangre en el mármol roto — dijo otro, tras una pausa —. Desde luego, no es el rayo el que la ha dejado. ¿Y ése… se encuentra bien? ¡Mirad cómo tiene la garganta! O sea, compañeros, que el lobo se le había puesto encima para mantenerle la sangre caliente.

El oficial me miró el cuello, y replicó:

—Está bien; no le ha traspasado la piel. ¿Qué significará todo esto? No le habríamos encontrado, de no ser por los ladridos del lobo.

—¿Qué habrá sido de él? —preguntó el hombre que me sostenía la cabeza, quien parecía el menos asustado del grupo, dado que tenía las manos firmes y no le temblaban. En la manga lucía un galón de suboficial.

—Ha regresado a su cubil —contestó el de la cara larga y pálida, que ahora temblaba de terror y no paraba de mirar asustado en todas direcciones —. Hay sepulturas de sobra donde se puede esconder. Vámonos, compañeros; ¡vámonos ya! Salgamos de este lugar maldito.

El oficial me incorporó, al tiempo que daba una orden; a continuación varios soldados me subieron a un caballo. Saltó él sobre la silla, detrás de mí, me cogió entre sus brazos, y mandó ponerse en marcha. Y apartando la mirada de los cipreses, cabalgamos deprisa, en orden militar.

Hasta ahora, mi lengua se había negado a articular palabra, así que permanecí callado. Debí de dormirme, porque lo siguiente que recuerdo es que me encontraba de pie, sostenido por un soldado a cada lado. Era casi de día, y en el norte se reflejaba una franja roja de sol, como un astro de sangre, por encima de la nieve. El oficial estaba pidiendo a sus hombres que no dijeran nada de lo que habían visto, sino que habían encontrado a un extranjero inglés protegido por un perro grande.

—¿Un perro? ¡No era un perro! — interrumpió el hombre que había dado muestras de miedo —. Creo que sé reconocer un lobo, cuando lo tengo delante.

El joven oficial le replicó con serenidad:

—He dicho un perro.

—¿Un perro? —repitió el otro con ironía. Era evidente que le estaba volviendo el ánimo con la salida del sol; y señalándome, dijo —: ¡Mire la garganta! ¿Es eso obra de un perro, señor?

Instintivamente, me llevé la mano a la garganta; y al tocármela, di un grito de dolor. Los hombres se acercaron a mirar; algunos se desvanecieron y cayeron de sus sillas. Y de nuevo sonó la voz sosegada del joven oficial:

—He dicho un perro. Si dijéramos otra cosa, se reirían de nosotros.

Me montaron, ahora, detrás de un soldado, y entramos en las afueras de Munich. Aquí dimos con un carruaje, me subieron a él, y me llevó a las Cuatro Estaciones acompañado del joven oficial, y escoltado por un soldado a caballo, en tanto los demás regresaban al cuartel.

Al llegar, Herr Delbrück bajó tan deprisa a recibirme que era evidente que me había estado esperando. Cogiéndome las dos manos, me condujo con cuidado. El oficial hizo un saludo; e iba a dar medía vuelta y marcharse, cuando adiviné su intención, y le insistí en que me acompañase a mis habitaciones. Ante una copa de vino, le expresé calurosamente mi agradecimiento a él y a sus valientes soldados por haberme salvado, Se limitó a replicar que se sentía más que satisfecho, y que Herr Delbrück había tomado las primeras medidas para hacer atractiva la búsqueda. Al oír esta ambigua alusión, el *maître d'hôtel* sonrió, mientras el oficial, alegando deberes que cumplir, se retiró.

—Dígame, Herr Delbrück — pregunté —; ¿cómo y por qué han ido a buscarme los soldados?

Herr Delbrück se encogió de hombros, como si no diese importancia a su propia acción, al tiempo que contestaba:

—He tenido la suerte de que me diera permiso del comandante del regimiento donde serví para pedir voluntarios.

—Pero ¿cómo sabía usted que me había extraviado? — pregunté.

—Vino el cochero con lo que le quedaba del coche, que había volcado al desbocarse los caballos.

—Pero no habrá enviado un pelotón de rescate sólo por mí, ¿verdad?

—¡Ah, no! —contestó—. Antes de que llegase el cochero, recibí este telegrama del boyardo que le ha invitado — y se sacó del bolsillo un telegrama. Me lo tendió, y leí:

Bistrize.

Cuide de mi invitado… su seguridad es sumamente preciosa para mí. Si algo le sucediese, o se perdiera, no ahorre esfuerzos en encontrarlo y salvarlo. Es inglés y ama la aventura. La nieve, los lobos y la noche son a menudo un peligro. No pierda un instante si sospecha que se encuentra en apuros. Recompensaré su celo con mi fortuna.

Drácula

Con el telegrama en la mano, sentí que la habitación empezaba a darme vueltas; y si no llega a cogerme el atento *maître d'hôtel*, creo que me habría desplomado. Había algo extraño en todo esto, algo tan misterioso e imposible de imaginar, que empezaba a tener la impresión de que unas fuerzas opuestas contendían para tomar posesión de mi… impresión que, aunque vaga, me paralizaba en cierto modo. Evidentemente, estaba bajo algún misterioso tipo de protección. En el instante preciso, había llegado de un país lejano un mensaje que me había sacado del peligro de quedarme dormido en la nieve, y de las fauces del lobo.



Aubrey Beardsley, *El beso de Judas*
The Pall Mall Magazine (1893)

X. L.
El beso de Judas
(1894)

¿Quién se esconde bajo las extrañas siglas de X. L.? Curiosamente, otro nombre enigmático: Julian Osgood Field (1852-1952). Se trata de un escritor norteamericano cosmopolita, nacido en París, que ejerció el periodismo y la crítica literaria. Al parecer le gustaba disfrazarse con los pseudónimos más pintorescos; así, para firmar sus trabajos sobre Guy de Maupassant y Sarah Bernhardt, eligió un nombre tan raro como «Sigma», más propio para una operación de espionaje que para rubricar un ensayo literario. Osgood Field era lo que suele llamarse un hombre de mundo. Poco antes de su muerte publicó tres volúmenes de memorias y cotilleos sobre los más importantes políticos y diplomáticos que había conocido a lo largo de su larga vida; a pesar de que cada volumen tenía un título de lo más indiscreto (*Uncensored Recollections*, *Things I shouldn't Tell* y *More Uncensored Recollections*), no lograron ninguno de ellos despertar las expectativas que auguraban. En cualquier caso, parece como si se divirtiera especialmente en crear ciertos malentendidos en el público y jugar con ellos, quizá para atraer su interés; cuando se reimprimió *El beso de Judas* le divirtió propagar que los personajes del cuento estaban tomados de la realidad, y que sus nombres además de ser muy conocidos en la sociedad, eran amigos suyos. De su obra ya nadie se acuerda. Publicó varias novelas, de las cuales la primera, *Hand and Muckle Gold* (1889), trata un tema singular: la enfermedad de la rabia.

The Kiss of Judas fue publicado por primera vez en 1894 en el *Pall Mall Magazine* con una ilustración de Aubrey Beardsley en la que se ve a una mujer de lánguida compostura, que es Janey Morris, reclinada sobre un árbol; por lo visto, el pequeño y grotesco hombrecillo, calvo y corpulento, que toma la mano de Janey es una irónica representación del propio X. L., que era bajito y de cabeza grande. Su cuento no deja de ser una de las variantes más imaginativas del recurrente tema del vampiro, esta vez tratado con cierto humor, y un erotismo muy apreciado por los estetas del decadentismo de fin de siglo.

El beso de Judas

Traducción de Francisco Torres Oliver

El viaje

Hacia finales de septiembre, hará unos ocho años, el vapor Albrecht, mandado por el popular capitán Pellegrini, tuvo el honor de contar entre sus pasajeros, en su viaje por el Danubio hasta Ruschuk, con un caballero al que no sin razón podía habérsele hecho el algo osado comentario que Charles Buller hizo a un conocido par, hoy desaparecido: «A menudo pienso en lo perplejo que estará su Hacedor al observar su conducta». Realmente, sería difícil encontrar un revoltijo más curioso de cualidades encantadoras y detestables que el que maquillaba al personaje etiquetado a efectos oficiales como teniente coronel Richard Ulick Verner Rowan, familiarmente conocido en la sociedad como «Hippy» Rowan. Egoísta casi hasta la crueldad y, no obstante capaz de actos de generoso sacrificio a los que quizá no habría llegado el mejor de los hombres; conocido por su severidad innecesaria en las numerosas guerras en las que se había distinguido y, no obstante, famoso con todo merecimiento por ser el hombre más afable de Londres, «Hippy» Rowan, gracias a su sano y sereno espíritu filosófico, jamás había permitido, en el curso de sus cincuenta y pico años de experiencias mundanas, que una pizca de cinismo le enfriara el corazón. No es tan fácil o natural, como quizá imagina mucha gente, sentirse satisfecho con mucho; pero en los días dorados en que poseyó mucho — en el meridiano de su grata vida, cuando ni siquiera las sombras de la tarde eran anunciadoras de los inminentes terrores de la noche —, Dick Rowan gozó del mismo sereno espíritu de contento que le distinguía en los últimos y más atribulados tiempos en que no podía por menos de parecer gotoso y endeudado, con una renta que apenas doblaba lo que en otro tiempo pagaba él por su *cordon bleu*.

Poco antes del comienzo de nuestra historia, había sido invitado por un millonario turco, su viejo amigo Djavil Pachá, a pasar unos días con él en su palacio junto al Bósforo: llamada en atención a la cual navegaba ahora Dick Rowan Danubio abajo…

Había escogido este medio particularmente monótono e incómodo de reunirse con su amigo por razones que no vienen al caso; pero el pensar en el insoportable viaje en ferrocarril de Ruschuk a Varna que le aguardaba, para luego enfrentarse al mar Negro, no contribuía a aliviarle los accesos de gota y de irritabilidad que le acometían a rachas mientras durante los dos aburridos días, contemplaba el lento deslizarse de las orillas a uno y otro lado, y viendo cómo a la derecha Hungría dejaba paso a

Serbia, y luego Serbia a Turquía, en tanto a la izquierda la perpetua Valaquia, desolada y triste, se ensanchaba sin cesar; paseando arriba y abajo por la cubierta, con el brazo apoyado en su fiel criado — o más bien antiguo lugarteniente — de nombre Adams, persona casi tan conocida y capacitada como su señor, *cockney* que, sin control alguno sobre las aspiradas de su inglés nativo, hablaba con precisión y fluidez ocho lenguas distintas, incluida la árabe, y cuyo conocimiento de los países orientales databa efectivamente de la época en que había sido paje del gran Eltchi de Constantinopla. Iban muy pocos pasajeros a bordo — un número anormalmente escaso, a decir verdad —; y a esta circunstancia se debió sin duda el que Rowan, que por lo general prestaba escasa atención a sus compañeros de viaje, reparara en un individuo de aspecto misterioso — un hombre que no parecía viejo —, el cual se mantenía apartado de los demás, solo, embozado hasta los ojos en una enorme bufanda de seda blanca bastante sucia, y que se le notaba que estaba enfermo por la manera desfallecida de estar sentado, la extrema palidez de la única parte de su rostro que era visible y, sobre todo, por la luz febril que brotaba de entre los párpados cargados y sin pestañas. Vestía enteramente de negro; y aunque sus ropas estaban algo raídas, revelaban más descuido que pobreza; y Adams había observado y comentado a su amo que en un dedo de la mano que aquel hombre flaco, sucio y amarillento levantaba de cuando en cuando para subirse la bufanda, centelleaba un diamante que el omnisciente ayuda de cámara reconoció como piedra de gran valor.

—¡Qué pinta más desagradable, Adams! — murmuró de mal humor el coronel en inglés cuando, en su deambular por la cubierta, pasaron su criado y él por vigésima vez, la primera mañana del viaje, ante el misterioso personaje sentado —. ¡Y cómo nos mira! Tiene ojos de lunático; y evidentemente, le pasa algo horrible en la cara. Puede que sea un leproso. Pregúntale al capitán qué sabe de él.

Pero el siempre amable capitán Pellegrini no pudo facilitar mucha información, salvo que el hombre no era un loco ni un leproso, ni desde luego estaba enfermo, que él supiese. Era un moldavo llamado Isaac Lebedenko, estudiante de medicina, o doctor, creía el capitán. Pero en todo caso, se trataba de un hombre de posición acomodada, ya que siempre gastaba el dinero con liberalidad.

—Hace dos años que viaja con nosotros periódicamente, — dijo el capitán —. Aunque confieso a su excelencia que jamás he visto propiamente su cara, porque va siempre embozado de esa manera. Toma sus comidas a solas, para lo cual paga el correspondiente recargo, y de hecho se mantiene siempre aparte y nunca habla con nadie. Pero el camarero que le atiende le ha visto la cara, y dice que no tiene nada raro, salvo que es el hombre más feo que ha visto.

—Puede que esté tísico —sugirió el coronel. Pero el omnisciente Adams negó con la cabeza. Era de todo punto imposible. Había visto andar a aquel hombre y había observado sus piernas. La tisis no podía engañarle: reconocía su presencia con una simple mirada. Este hombre tenía las piernas fuertes como una pantera. De tisis nada.

—Bueno —dijo el coronel con impaciencia —; pero es evidente que algo le pasa, sea lo que sea, y me alegro de no verme condenado a permanecer mucho tiempo en su proximidad; porque la verdad es que sus ojos tienen la forma de mirar más desagradable que he visto en mi vida, desde que dejamos a los leprosos — y seguidamente cambió de conversación.

Esa noche, tarde ya, se hallaba el coronel sentado en cubierta fumando un cigarrillo: pensaba en su inminente visita a Djavil, y se preguntaba a qué otras personas habría invitado su viejo amigo, al tiempo que se le agolpaban mil recuerdos en el cerebro mientras contemplaba soñadoramente la luna que sonreía por encima de la menguante Serbia. De repente, una voz cercana a su oído, un susurro lento, silbante, atiplado, quebró el silencio, y dijo en balbuceante francés:

—Perdone la pregunta, monsieur: pero ¿con qué derecho se atreve a interrogar a la gente sobre mí?

Y al volverse vio de pie, junto a su hombro, al horrible hombre de negro, cuyos ojos brillaban con asombrosa ferocidad entre los párpados enrojecidos, mientras su mano ganchuda, adornada con un diamante, agarraba convulsa la sucia bufanda blanca, probablemente para evitar que se le cayera con la vehemencia de su interpelación.

Hippy se levantó inmediatamente; y al hacerlo, su rostro pasó cerca del semblante medio oculto del hombre que le hablaba, y un olor nauseabundo y familiar a almizcle, cargado de repulsiva significación para el experimentado viajero, asaltó sus fosas nasales.

—¿A qué se refiere? —exclamó, y retrocedió: el asco anuló momentáneamente en él todos sus otros sentimientos —. ¡Atrás! ¡No se me acerque!

El hombre no dijo nada; se quedó inmóvil. Pero, a la luz de la luna, Rowan vio claramente que sus ojos, ribeteados de un color rojizo, centelleaban con renovada ferocidad, y que la mano ganchuda y amarillenta del diamante, agarrada a la sucia bufanda, se contraía como por un espasmo convulsivo. Y oyó, bajo la envoltura de seda, una ronca aspiración como de sollozo. Rowan se recobró en seguida.

—Perdone, monsieur — dijo fríamente —. Me ha asustado. ¿Tendría la bondad de repetirme la pregunta?

El hombre no dijo nada. Era evidente que había notado la repugnancia que inspiraba, que le dominaban la ira y la indignación, y que no se fiaba de su propia voz.

—Me ha preguntado, creo —prosiguió el coronel en tono más amable, porque le remordía la conciencia pensar que quizá había herido involuntariamente a alguien que, pese a su aspecto desagradable y a su actitud arrogante, por no decir hostil, era sin duda un enfermo y un paciente tan sólo —, me ha preguntado, creo, monsieur, con qué derecho he hecho averiguaciones acerca de usted. Le ruego que me disculpe por ello. A decir verdad, no me considero en la obligación de dar ninguna excusa; pero lo siento si le he ofendido. Tan sólo he preguntado al capitán…

Pero el hombre le interrumpió: su voz, trémula de pasión, brotó como un siseo ronco y jadeante que hizo aún más acusado y grotesco el fuerte acento con que pronunciaba el francés.

—Le ha preguntado… se ha atrevido a preguntarle, si era yo un leproso. El capitán se lo ha dicho a Hoffmann, el camarero, y él me lo ha dicho a mí. ¡No puede negarlo! ¡Perro inglés!

Aquí, aspirando como si le faltara el aire, y dominado por la cólera al parecer, el hombre dio un paso hacia Rowan. Esta explosión de reproche produjo un gran alivio al coronel. Como la mayoría de las personas de sentimientos refinados, resistía cualquier herida física mejor que las infligidas por el remordimiento; y la sospecha de que quizá por irreflexiva descortesía había causado dolor a alguien que sólo merecía compasión le había resultado amarga. La violenta hostilidad del nombre, y la dureza de sus palabras, cambió e iluminó enteramente el aspecto de la situación.

—Siento —dijo Hippy con irónica cortesía — que mi nacionalidad no merezca el honor de su aprobación. ¡Por desgracia, no todos cuentan con el orgulloso privilegio de ser naturales de Moldavia! *Pour le reste*, lo único que puedo hacer es repetir mis disculpas por… — pero el hombre volvió a interrumpirle.

—¡Disculpas! —repitió, si es que puede aplicarse efectivamente algún término que denote resonancia al áspero y ceceante susurro en que hablaba —. ¡Disculpas! ¡Claro! Ustedes los ingleses son todos unos cobardes y sólo piensan en disculpas. No se atreve a pelear, *canaille*. ¡Pero tendrá que hacerlo! ¡Yo le obligaré! — y dio otro paso adelante; pero esta vez de forma tan amenazadora que el coronel, entre divertido y aprensivo, consideró prudente retroceder.

—¡Cuidado! —dijo, medio levantando el bastón como para rechazar al hombre como si fuese un animal sucio —; guarde las distancias — y seguidamente, hablando con rapidez, porque temía un ataque del enfurecido moldavo y deseaba evitar tan ridícula complicación, prosiguió —. Si consigue probarme que debo enfrentarme con usted, estaré encantado de hacerlo. Tiene razón, por supuesto, en pensar que los duelos no están ya de moda en Inglaterra. Pero yo soy una excepción a esa regla. Ya he tenido dos, y me encantará aumentar el número enfrentándome con usted, si nos ponemos de acuerdo. Pero ésa es una cuestión que corresponde a usted y a mí discutir, ¿no le parece? El capitán Pellegrini me conoce. Le dejaré a él mi dirección. Tengo amigos en Turquía, y me alojaré en las cercanías de Constantinopla durante un par de semanas; así que puede enviarme sus padrinos. Ya designaré yo a los caballeros que se encargarán de recibirlos. ¡Con permiso, buenas noches! — y Rowan se levantó el sombrero con formularia cortesía, y dio un paso como para marcharse.

Pero el hombre saltó como un gato y le cortó el paso.

—¡Cobarde! —exclamó, extendiendo los brazos como para impedir a Rowan que se fuera —. ¡Es usted un canalla! ¡Como todos los de su país! ¿Se cree que va a huir

de mí? ¡Pues no! Se va a arrodillar y me va a pedir perdón, maldito inglés… maldito canalla… mal…

Pero en el instante en que el enfurecido moldavo llegaba a este punto sucedió algo horrible. Con la vehemencia, al retirar su mano amarillenta y ganchuda de la sucia bufanda que sujetaba, al hombre se le empezó a deshacer poco a poco el embozo, y a bajársele cada vez más, revelando a Rowan una visión tan extraña, tan espantosa, que, impulsado por una morbosa curiosidad, adelantó impensadamente la cabeza mientras sus asombrados ojos seguían ansiosos el infernal avance de tal revelación. Y observando de este modo cómo la seda se deslizaba hacia abajo, vio primero unas mejillas hundidas y sin pelo, contraídas por la emoción, pero de una palidez espantosa, con ese horrible color que inevitablemente se relaciona con la idea de los cambios *post mortem*; y en el centro de esta lívida delgadez, iluminado sólo por unos ojos febriles de párpados enrojecidos, el inicio — la ancha base emergía de los pómulos por así decir — de una repulsiva prominencia que parecía estrecharse hasta una terminación que de momento ocultaba la bufanda, pero que el horrorizado coronel estaba más seguro a cada instante de que no podía asemejarse al órgano nasal de una persona, sino más bien al… ¡Ah! Cayó la seda, y a la luz de la luna vio al fin Rowan lo que ya había adivinado; el hocico puntiagudo de un enorme hurón. Y abajo, muy abajo, moviéndose nerviosamente, el horror viscoso y húmedo de una boca pequeña y casi redonda, pero sin labios, de la que brotaba el ronco y atropellado siseo, las palabras ceceantes de odio y amenaza.

Aunque esperada en parte, esta espantosa revelación fue tan indeciblemente horrible cuando aconteció que la expresión de asco del rostro de Rowan se intensificó súbitamente, al extremo de que atrajo la atención del monstruo que la inspiraba, el cual, pese a lo furioso que estaba, contuvo el tumulto siseante de su violencia. Y al callar, se dio cuenta de pronto de que se le había bajado la bufanda. Entonces, interpretando justamente el horror que veía en el semblante del coronel, e incitado a un nuevo acceso de furia, demasiado desesperado y violento incluso para exteriorizarlo con palabras, o siquiera con un gemido o un gañido inarticulado, se abalanzó ciegamente con los brazos extendidos, dispuesto a arremeter contra su enemigo. Pero el coronel, que había previsto esta embestida, saltó a un lado; al mismo tiempo, dominado por la repugnancia, no pudo contenerse y lanzó al monstruo una violenta estocada con el bastón… estocada a la que imprimió mucha más fuerza de lo que pretendía, porque hizo que el hombre se tambalease y cayese de bruces, en el instante en que dos o tres marineros que habían presenciado desde cierta distancia los últimos incidentes de la disputa corrían a separar a los contendientes.

—Ese hombre —exclamó el coronel en alemán, señalando con el bastón al moldavo caído de rodillas que se reajustaba la bufanda alrededor de su horrible cara — ha intentado agredirme, y me he defendido. Atiéndanle, pero tengan cuidado. ¡Es una fiera salvaje, no un hombre!

Los marineros miraron al coronel, por el que sabían que el capitán del barco tenía gran deferencia, luego al montón de gastadas y negras opas caído en la cubierta, y finalmente se miraron los unos a los otros asombrados y boquiabiertos, sin saber qué decir, pensar o hacer.

—Hablaré de esto al capitán mañana por la mañana — prosiguió Rowan —. Entre tanto, repito, atiendan a este… hombre. ¡Pero tengan cuidado! — y diciendo esto, dio media vuelta y se alejó en dirección a su camarote.

Justo antes de llegar a la escalera, se volvió y miró hacia atrás. Allí, a la luz de la luna, estaba el hombre de negro, de pie, mirándole, con su horrible rostro envuelto otra vez en su sucia bufanda, ahora manchada en el borde con la sangre que le manaba de una herida que teníanen la frente. Al ver que se volvía el coronel, el hombre levantó el puño y lo agitó lenta, solemne, deliberadamente, en un gesto de advertencia y de maldición; y los marineros, temiendo una nueva violencia, lo rodearon. Luego el coronel dio media vuelta y prosiguió su camino a la cama. Por la mañana, naturalmente, Rowan puso al corriente a su fiel Adams (quien, dicho sea de paso, jamás se asombraba de nada, dado que durante su larga permanencia en Oriente había adquirido la imperturbabilidad de esos pueblos) del extraño suceso de la noche anterior, aunque le pidió que no dijera nada a nadie.

—He pensado detenidamente la cuestión — dijo el coronel y he decidido decirle sólo al capitán que he tenido unas palabras con ese hombre, y que en un momento de acaloramiento le he golpeado. Más tarde le daré la dirección de su Excelencia, donde vamos a pasar estas dos semanas, de manera que si ese hombre quiere comunicarse conmigo para lo que le plazca, lo pueda hacer. Por supuesto, sería ridículo tener un duelo con semejante bruto; pero espero que no vuelva a intentar agredirme hoy.

—Me ocuparé de que eso no ocurra, señor — dijo Adams.

Pero no fue necesaria tal precaución. No se volvió a ver al moldavo, a quien sin duda retuvo en su camarote la herida; y a la mañana siguiente, de madrugada, el coronel y su criado dejaron el vapor en Ruschuk y tomaron el tren para Varna y el mar Negro, *en route* hacia los esplendores del Bósforo.

El segundo encuentro

[HIPPY Rowan ha llegado al palacio de Djavil Pachá, en el Bósforo. Entre los invitados del millonario turco se encuentran lord Melrose («conocido jugador, quebrantador y desvalijador de bancos»), Émile Bertoneaux («divertido periodista francés del *Œil de Boeuf* de París») y Toby Jeratczesco («*bon viveur* internacional amante de las cartas y las carreras, y con dinero suficiente para justificar su interés en

estas dos caras modalidades de especulación»), Jeratczesco ha invitado a los presentes a su «castillo misterioso» (en los «Cárpatos moldavos»). Todos han aceptado y Djavil decide una espectacular comida campestre antes de la marcha. Entre los invitados a esta celebración se encuentran Leopold Maryx («afamado especialista en enfermedades nerviosas, que había sido llamado de Viena para atender al sultán»); «lord y — sobre todo — lady Brentford, campeona de la política»; Leonard P. Beacon, millonario de Nueva York («vulgar a extremos imposibles de purificar, siquiera con dinamita»), y lord Mailing («nuestro delicioso pero insoportable embajador»). La conversación gira en torno a los «malos espíritus»].

—Me hablaba Maryx de los Hijos de Judas — comentó Hippy Rowan.

—¿Los Hijos de Judas? —repitió Emile Bertonneaux, el periodista parisiense olfateando un posible *article à sentation…* porque no hace falta recordar a nuestros lectores que, en reunión tan cosmopolita, la charla se desarrollaba en francés —; ¿quiénes son ésos? No tenía idea de Judas fuese *père de famille*.

—Es una leyenda moldava —replicó el gran especialista —. Se dice que los Hijos de Judas, descendientes directos del gran traidor, andan por el mundo intentando hacer daño, y matan con un beso.

—Pero ¿cómo consiguen acercarse a uno para besarle? — preguntó asombrado el señor Leonard P. Beacon, a quien su avidez de información le hizo ignorar que tenía la boca llena de *loup sauce homard*.

—La leyenda dice —dijo Maryx— que, en primer lugar, están aquí bajo toda clase de forma y condición: de hombre o de mujer, de joven o de viejo; aunque generalmente son de excepcional e insoportable fealdad. Y que *están* aquí sólo para saciar sus corazones de envidia, odio y veneno, y para marcar a sus presas. A fin de hacer efectivamente daño, tienen que sacrificarse a su odio, regresar a las regiones infernales de donde salieron (por la puerta del suicidio), informar al Superior de los Tres Príncipes del Mal, recibir de él su encargo diabólico, regresar después a este mundo, y llevar a cabo su acción. Pueden volver bajo la forma que consideren más conveniente para conseguir su propósito, o más bien para satisfacer su odio: a veces vienen como perros rabiosos y contagian la hidrofobia mordiendo: ése es un tipo de beso de Judas. Otras, como propagadores de una pestilencia, cólera o lo que sea, que es otra forma de beso de Judas. Otras, como una figura atractiva, y entonces el beso es en verdad como un beso de amor, aunque su efecto es tan fatal como la mordedura de un perro rabioso o el contagio de la peste. Cuando adopta la forma amorosa, sin embargo, deja siempre una señal en el cuerpo envenenado de la víctima: la herida del beso. El verano pasado, estando yo en Sinaia al servicio de la reina, vi el cuerpo de una campesina cuyo amante la había dado el beso de Judas; y desde luego, tenía en el cuello una señal así — Maryx cogió el tenedor y trazó en el mantel tres equis —: XXX. ¿Adivinan ustedes qué se dice que significa? — preguntó el eminente doctor.

—Treinta —exclamó lady Brentford.

—Efectivamente —contestó Maryx—; «treinta»: las treinta monedas de plata. El precio de la sangre.

—*Vous êtes impayable, mon cher!* — exclamó Djavil, con una sonrisa —. Cuando vea que ya no es productivo matar pacientes, siempre puede hacer dinero en las *foires*. Ponga a Hippy Rowan a tocar el tambor en la puerta, siéntese usted en el interior del carromato a contar sus *blagues* maravillosas, y amasará una fortuna en nada de tiempo.

El gran profesor hizo caso omiso de estos frívolos comentarios; a decir verdad, pese a su maravillosa inteligencia, extraordinarios conocimientos, experiencia y habilidad, en el fondo era un gran charlatán y embaucador, y le entusiasmaba dejar boquiabierta a la multitud; y el interés que vio reflejado en los rostros de sus oyentes le encantó.

—¿Ha dicho usted que, en primer lugar, esos Hijos de Judas son feísimos? — inquirió el coronel Rowan, volviéndole a la memoria el rostro espantoso de aquel Isaac Lebedenko que le había atacado en el barco. Casi se le había olvidado el incidente, hasta este momento; aunque lo había consignado cuidadosamente en su meticuloso diario. Y a propósito; hacía tiempo que se había convencido a sí mismo de que debió de equivocarse respecto a lo que desveló aquella horrible bufanda; que tales cosas no podían ser, y que sin duda le había engañado algún efecto de sombra, o alguna broma que debió de gastarle su gota, a caballo de su imaginación.

—Sí —replicó Maryx—, eso dice la leyenda. Esa fealdad física delata, naturalmente, el espíritu maligno que hay dentro. En ese estadio, pueden, ser reconocidos y evitados; o mejor aún, se los puede matar. Porque sólo se vuelven verdaderamente peligrosos cuando su odio alcanza tal grado que se sienten impulsados a buscar una muerte y una reencarnación voluntarias, a fin de satisfacer su malevolencia; porque sólo por la puerta del suicidio pueden llegar a la presencia del gran demonio para recibir pleno poder y disposición para regresar a la tierra con su encargo de destrucción. Así, si se les mata en su primera fase sin permitir que se suiciden, quedan destruidos. Cuando vuelven completamente armados con los poderes del Infierno, es demasiado tarde. No pueden ser reconocidos, y son nefastos; porque tienen a su disposición las armas y la artillería de Satanás, desde la sonrisa de la mujer bonita a la propagación de una pestilencia. Este sacrificio voluntario al odio con objeto de satisfacerlo por regeneración, este suicidio, que obedece al principio de *reculer pour mieux sauter*, no es naturalmente sino una parodia del divino Sacrificio del Amor sobre el que se funda la religión cristiana…

Cuando por fin terminó la comida, cada cual salió a pasear por el bosque; Hippy encendió un cigarro, y decidió dar una vuelta con su viejo amigo lord Malling. Pero aún no se habían alejado mucho, cuando su anfitrión envió un criado tras ellos para rogar a su Excelencia que volviese, ya que quería consultarle algo. Así que regresó el embajador, y Hippy prosiguió el paseo solo, adentrándose poco a poco por una parte algo solitaria y retirada del bosque, a la vez que las voces y las risas de los otros

invitados se iban haciendo más débiles, a medida que se alejaba. De repente, surgió un hombre de detrás de un árbol y se abalanzó sobre él. Centelleó al sol un cuchillo, y bajó veloz a su corazón. Hippy, como un relámpago, lo esquivó, a la vez que descargaba su pesado bastón sobre el brazo del presunto asesino con tal fuerza que le saltó el cuchillo de la mano y voló por los aires; luego, volviéndose, asestó al villano tal golpe en un lado de la cabeza, que cayó al suelo como muerto. Era el moldavo Isaac Lebedenko. Hippy había reconocido sus ojos llameantes por encima de la bufanda sucia en el momento de saltar el hombre sobre él. Y ahora, mientras yacía en el suelo sin sentido, no tuvo la menor duda sobre su identidad, aunque había caído de tal modo que el embozo no se le había movido de la cara. Ya hemos dicho que, aunque gozaba de la merecida fama de ser el hombre más afable de Londres, Dick Rowan se había ganado también el reproche de mostrar excesiva severidad en las numerosas guerras en que había participado. Y esta dureza — por no llamarla crueldad —, quizá siempre latente en su naturaleza, aunque sólo parecía aflorar a la superficie en situaciones especiales relacionadas con el peligro y la excitación que éste genera, se puso ahora de manifiesto. El moldavo había caído de costado, y el golpe de su caída había sido tan violento que le había quedado una mano medio abierta, y con la palma hacia arriba, sobre el tronco de un gran árbol, caído, mientras que la otra, con la palma hacia abajo, la tenía superpuesta sobre su compañera. Era una postura rara, consecuencia del impacto de la caída, que hizo que le quedasen las manos así. Esto, naturalmente, indicaba que el golpe había sido tan fuerte que el hombre no había podido hacer intento alguno de evitar la caída, y que se había desplomado como un muñeco. Al menos, ésa fue la explicación que Rowan se dio a sí mismo mientras, de pie junto a su enemigo tumbado, pensaba cómo sujetar a este homicida hasta encontrar ayuda y llevarlo a las autoridades para que le impusiesen el castigo que se merecía. Y mientras observaba la posición de sus manos, sus ojos captaron el destello del cuchillo, que había caído en la hierba a pocos pasos. Fue Hippy a donde estaba y lo recogió. Era, en verdad, un arma de aspecto asesino: la hoja ancha, de doble filo, y muy cortante, aunque bastante gruesa y no demasiado larga, y con un gran puño de plomo, destinado evidentemente a proporcionar un impulso terrible a cualquier golpe dado con él. Lo miró Rowan, y luego miró las manos del moldavo, tendido en tan tentadora postura, y justo entonces, un temblor de piernas del hombre indicó que estaba volviendo en sí. Si había que hacerlo, estaba claro que no debía perder un segundo; así que cogió Rowan el afilado instrumento y lo puso de punta sobre las manos de su atacante, que ya empezaban a tener sacudidas, a medida que recobraba la conciencia. Y utilizando su bastón a modo de martillo, dio un golpe tremendo al pesado puño del cuchillo, ensartó las dos manos del moldavo, y lo clavó en el tronco hasta las cachas. Un leve y casi inaudible gemido brotó de detrás del embozo. Eso fue todo. Pero Rowan pudo ver que el súbito dolor había devuelto al hombre completamente la conciencia; porque sus ojos terribles, visibles por encima de la bufanda, estaban ahora abiertos y fijos en él.

—¡Miserable canalla! —exclamó Rowan en alemán, con la voz ronca de ira —. Considera una suerte que no te haya matado como a un perro cuando estabas tendido, a mi merced. Pero descuida, yo haré que te castiguen. No te vas a mover de ahí, hasta que te envíe a prisión.

El hombre no dijo nada; se limitó a mirar a Rowan con ojos terribles.

—Como ves —prosiguió el coronel, sacando un cigarro con parsimonia y encendiéndolo —, he tenido que clavarte al árbol para evitar que escapes. A las sabandijas se las trata así a menudo. Pero no te causaré molestias por mucho tiempo. Dentro de unos minutos mandaré que vengan a desclavarte convenientemente, y a llevarte a la cárcel. No es ésta la última vez que nos vamos a ver, amigo mío…, créeme, no es ésta la última.

Entonces habló el hombre. Fue casi un susurro, pero las palabras brotaron con el ceceo líquido y horrible que Rowan recordaba con repugnancia.

—No —murmuró—; no será ésta la última.

—No hay peligro, supongo, de que no te encuentren aquí cuando mande a buscarte — prosiguió Rowan tras una breve pausa, durante la cual él y el moldavo se habían estado mirando fijamente —. Así que no hay por qué perder más tiempo, sobre todo teniendo en cuenta lo incómodo que debes de estar. De modo que *à bientôt* — luego, en el momento de dar media vuelta, se detuvo —. Por si prefieres mutilar tus manos a sufrir los latigazos que sin duda te darán — dijo muy despacio —, y consigues liberarte antes de que alguien llegue a por ti, te conviene saber que, cuando, estoy de viaje, llevo siempre encima un revolver. Hoy he salido sin él (por suerte para ti) por pura casualidad. ¡Pero no es probable que se me vuelva a olvidar! Así que ten cuidado.

Y a continuación dio media, vuelta y echó a andar tranquilamente hacia donde había dejado a sus amigos. No había dicho sus últimas palabras por decir, sino que había querido dar a entender al miserable que dejaba clavado al tronco que no era del todo imposible escapar, si estaba dispuesto a pagar el terrible precio de la automutilación; y en segundo lugar, había querido resaltarle lo humillante y severo del castigo que le esperaba, para que pensase si no sería preferible escapar, costara lo que costase, a semejante tortura y degradación. Porque, en realidad, Hippy Rowan, en cuanto se le pasó la furia y el consiguiente acceso de crueldad, había decidido en su interior no seguir con ello, y no tomar sobre sí el *ennui* y el engorro de hacer que se castigase al miserable malvado más rigurosamente de lo que ya había sido. De haber llevado consigo el revolver, desde luego habría matado a este hombre; en cambio así, lo había clavado como una alimaña a un tronco de este bosque solitario de Asia, y lo había abandonado a su destino. Podía morir de hambre, allí, o escapar infligiéndose una terrible mutilación; o, quizá, arrancarse el cuchillo con los dientes. O tal vez pasara alguien por allí y lo liberara… aunque esto último era poco probable. En todo caso, él, Hippy Rowan, después de advertir al malvado de lo que podía esperar en

caso de que volviera a molestarle, no quiso saber nada más del asunto; hasta el punto de que ni mencionó siquiera el incidente a sus amigos; al menos de momento.

Cuando Rowan llegó a donde habían comido, se encontró con que acababan de concluir los preparativos para la marcha; y unos minutos después, todos los invitados de Djavil se hallaban otra vez confortablemente instalados en los carruajes, y emprendieron el regreso al Bósforo.

Todos los invitados de Djavil estaban cansados; así que después de la cena, un poco de música y conversación, y algún que otro pasatiempo, se retiraron a dormir más temprano de lo habitual. Y Rowan se alegró cuando, a solas consigo mismo, pudo entregarse por entero a sus reflexiones, que esa noche fueron de carácter especialmente melancólico. Sus habitaciones estaban en la planta baja, y las ventanas daban al jardín que descendía hasta la terraza de mármol que bordeaba el Bósforo; y dado que Rowan buscaba el retiro más para meditar que para descansar, mandó a la cama a su fiel Adams, encendió un cigarro y bajó a la orilla a disfrutar del paisaje. Pero apenas hubo llegado a la terraza, surgió de la sombra del otro extremo, arrastrándose a la luz de la luna por el blanco pavimento de mármol, una figura espantosa que él conocía demasiado bien; la del moldavo Isaac Lebedenko, el hombre al que unas horas antes había dejado clavado a un tronco. En el instante en que Rowan le vio, el hombre le vio a él; y mientras el coronel retrocedía, se buscaba el revólver en el bolsillo, y recordaba que lo había dejado en su mesita de noche, el moldavo se incorporó. Rowan se abalanzó sobre él y con una mano le arrancó la bufanda de la cara, descubriendo con espantosa claridad, a la luz de la luna, el indescriptible horror de un semblante de monstruo no nacido de mujer, mientras con la otra se seguía registrando el bolsillo.

—¡Es el único medio! —jadeó con ceceante alemán —. ¡El único! Pero estoy dispuesto… y contento; ¡porque ahora llegaré a ti, y no podrás escapar! ¡Mira!

Dicho esto, y antes de que Rowan pudiera comprender lo que ocurría, el hombre se clavó el cuchillo en el corazón; y con un gemido profundo, cayó de espaldas en las aguas del Bósforo, que se cerraron sobre él.

Un beso de Judas

—¡Y dice usted que no se asustó! — exclamó Bertonneux del *Œil de Boeuf*.

Hippy Rowan meneó la cabeza, y sonrió.

—No, claro que no —dijo. Luego añadió, bajando la voz para que no le oyesen los otros —: ¿Sabe?, es extraño, *mon cher*, pero en mi vida he sabido lo que es el miedo. No es una baladronada: es la pura verdad. Puede preguntar a quienquiera que

haya estado conmigo en peligro. Son muchos los que han estado, porque empecé en Inkerman y terminé en Qandahar, por no citar las innumerables aventuras personales, más o menos desagradables, que me han pasado entremedias; como la que le acabo de contar, por ejemplo. Usted me conoce lo bastante bien como para darse cuenta de que no soy ni un estúpido ni un fatuo. Lo cierto es que no se trata exactamente de valor, imagino, sino más bien de una absoluta incapacidad para experimentar un sentimiento como el del miedo. De la misma manera que hay personas que nacen ciegas o sordas o mudas.

Estaban en una inmensa y altísima estancia, lujosamente amueblada, mitad salón mitad fumador, de la casa de Tony Jeratczesco, en Moldavia, y la época era como un mes después de que tuvieran lugar los hechos relatados en el capítulo anterior.

Rowan le había contado ya al periodista francés la historia de su horrible aventura con Isaac Lebedenko y el suicidio de éste — sucesos que, junto con los detalles que Maryx había referido sobre los Hijos de Judas, se encontraron puntualmente consignados en el diario del coronel, a su muerte, de dónde está tomada la presente relación, así como del testimonio de Adams. Pero dado que el señor Leonard P. Beacon no había oído dicha historia, Hippy había insistido en repetirla.

Hippy había hablado en voz baja para evitar atraer la atención; pero no había tenido en cuenta el temperamento escandaloso de su oyente americano, quien ahora exclamó a voz en cuello:

—¡Cómo! ¿Me está diciendo en serio, Rowan, que no ha conocido el miedo jamás? ¿Que nada es capaz, de asustarle?

Aunque resultaba molesto, dadas las circunstancias, que le hiciera semejante pregunta de forma tan estridente, Hippy comprendió que el americano insistiría en obtener una respuesta, y que debía dársela sin tardanza.

—Así es —dijo simplemente; y a continuación añadió, medio en susurro —. Me gustaría, Beacon, que no levantase tanto la voz.

Pero era demasiado tarde. Un caballero de la localidad, un tal príncipe Valerio Eldourdza, quien por haber sido educado en un liceo de París era considerado el Admirable Crichton de esa parte de Moldavia, acosó a Rowan, haciéndole las más personales e impertinentes preguntas sobre su creencia en la vida del más allá, el castigo futuro, el demonio y cosas así, llegando por último a proclamar solemnemente que no sólo no creía en la incapacidad del coronel Rowan para sentir terror, sino que él mismo se comprometía a asustarle, y a pagar 4.000 libras si no lo conseguía. Esta ofensiva fanfarronada le brotó a Eldourdza de los labios, al principio, en un momento de acaloramiento, quizá sin que él mismo diera demasiado significado o importancia a sus palabras; pero al ser acogida dicha declaración con clamorosa aprobación por el resto de los boyardos que se hallaban presentes, su alteza se vio obligado a repetir la apuesta. Y la segunda vez le dio una forma más concreta:

—Cien mil francos —repitió, descargando con violencia su puño sucio, pequeño, sobre la mesa — a que le asusto, coronel, antes de que se vaya de aquí… O sea, siempre que no se vaya ahora mismo, como es natural.

—Mi amigo estará en mi casa otro mes — intervino Jeratczesco, algo irritado —. Pero no consiento que se hagan apuestas aquí, Eldourdza. Detesto las bromas; ya hemos tenido bastantes idioteces así en Inglaterra.

—Déjame eso a mí, Tony —dijo Rowan a su anfitrión, hablando deprisa y en inglés; luego, volviéndose a Eldourdza —: Vamos a ver si nos ponemos de acuerdo, príncipe. ¿Qué entiende por asustar? Naturalmente, puede darme un susto saltando sobre mí en una esquina; o con alguna treta por el estilo, claro. Pero le apuesto los cien mil francos, si quiere, o ciento cincuenta mil, a que no me hace sentir lo que todo el mundo, y de manera general, entiende por la palabra miedo; un sentimiento de terror, o incluso algo que se parezca, siquiera remotamente, al terror. ¿Cómo podríamos definirlo para que no haya duda sobre ese punto?

—Como ponérsele a uno los pelos de punta, o castañetearle los dientes sugirió el señor Leonard P. Beacon, que estaba disfrutando lo indecible con el giro que había tomado la cuestión, y previendo alguna clase de aventura o nueva experiencia.

—Exacto —replicó Eldourdza, que había estado consultando en voz baja con sus amigos y sorbiendo otra copa de champán fuertemente cargada de coñac —. Utilicemos esas mismas palabras: ciento cincuenta mil francos, doscientos mil, si quiere — Hippy asintió con la cabeza —, a que antes de que se marche de esta ciudad, en espacio de cuatro semanas a partir de hoy, se va a asustar de tal modo que se le van a poner los pelos de punta, le van a rechinar los dientes y, lo que es más, va a pedir socorro.

—Muy bien —convino Rowan, riendo —. *C'est entendu*; pero no hace falta que llegue a tanto, mi querido príncipe. Estoy dispuesto a pagar, con tal que haga algo más que darme un susto de la manera que le acabo de describir, o sea, con un ruido repentino, o saltando sobre mí, o con alguna tontería por el estilo. Cualquier cosa que se aproxime al miedo, no digo ya al terror, por supuesto, y le pagaré a tocateja. Y por suerte para usted — añadió de buen humor (porque era aficionado a ganar apuestas, y la certeza de conseguir estas 8.000 libras le era muy grata) —, Eldourdza, da la causalidad de que tengo dinero para pagar, si pierdo. Gané todas las apuestas el último día que estuve en Baden; no fallé ni una; y lo mandé todo a Gunzburg, donde permanece intacto porque no quería caer en la tentación de jugar hasta que llegara a San Petersburgo.

Y así quedó concertada esta extraña apuesta, y debidamente anotada con la aprobación de todos, retirando incluso Jeratczesco su oposición, al ver lo satisfecho que el coronel contemplaba lo que le parecía que era el único resultado posible de esta absurda porfía.

Pero si Hippy hubiera podido adivinar de qué manera imprevista iba a concretarse día tras día, noche tras noche y hora tras hora, esta espera de la sorpresa

— evidentemente desagradable — que Eldourdza y sus amigos le estarían preparando; si hubiera podido adivinar, decimos, de qué modo inaudito y extraño iba a afectar gradual y casi imperceptiblemente este absurdo suspenso a sus nervios en el transcurso del mes siguiente, sin duda habría hecho caso omiso de la absurda apuesta del príncipe. Y lo que le hacía a Hippy más insoportablemente irritante este perpetuo desasosiego, esta constante cautela, esta vigilancia incesante, era que estas nuevas sensaciones sólo podía atribuirlas a una causa odiosa y desagradable, a saber: el progreso de la vejez. Su experiencia de la vida le decía que la constitución de un hombre que ha vivido como había vivido él estaba expuesta a sufrir un súbito desmoronamiento, por robusto que fuese su aspecto, al haber ido perdiendo poco a poco, de manera muy gradual aunque inexorable, los puntales y cimientos que sostenían la estructura en su sitio y aparentemente firme y derecha a lo largo de años, cuyas noches había apurado, cansado de placer, hasta la madrugada, y cuyos días habían sido de desdeñoso descanso. Había visto cómo muchos amigos suyos de aspecto fuerte y vigoroso como él se habían derrumbado de ese modo, como castillos de naipes por así decir, y cómo habían sido barridos a las tinieblas exteriores. ¿Se debería a la proximidad de algún tipo de final súbito y desastroso de sus aventuras mundanas, el que descubriera día tras día, en el transcurso de las cuatro semanas siguientes, que sus nervios, hasta ahora de acero, se alteraban cada vez más con este suspense, cuya causa era en realidad totalmente pueril y despreciable? No era ésta, desde luego, su primera experiencia de suspenso: muchas veces había estado en peligro de muerte, y había habido ocasiones en que este peligro había sido inminente durante bastante tiempo; sin embargo no recordaba haber sentido antes este desasosiego espiritual, este perpetuo interrogar a su corazón que ahora experimentaba mientras esperaba a que estos toscos salvajes le gastaran alguna broma más o menos horrible, incluso peligrosa. Debían de ser los años; no podía ser otra cosa. Los años, y el principio, quizá, de un agotamiento general de su organismo: los primeros indicios, por así decir, del segundo y último pago que se le exigía por todos los despilfarros a los que acabamos de aludir: esas numerosas salidas, de la medianoche al alba, del brazo de Baco y del bacará… Esos acompañantes del Carro de la Muerte, se decía Rowan, eran sin duda los que le inducían — y mucho, para su sorpresa — a malgastar tanto tiempo en dar vueltas y vueltas a toda suerte de especulaciones posibles e imposibles sobre cómo intentarían asustarle estos desdichados moldavos. Lo cual le hacía inspeccionar meticulosamente sus habitaciones cada noche antes de retirarse a dormir, y tener el revólver preparado y a mano debajo de la almohada. Naturalmente, este anormal estado de ánimo, — que no se parecía ni de lejos al terror, y que se debía sólo a la constante vigilancia — iba aumentando muy despacio; y a lo largo de todo su desarrollo, hasta poco antes del final, Hippy fue lo bastante dueño de sí como para ocultar sus sentimientos, no sólo a sus amigos, sino incluso a su criado, el omnisciente Adams; y el cambio visible del semblante y la actitud del coronel, que poco más tarde se hizo llamativo, fue atribuido por todos — en gran

medida con toda justicia — al fuerte resfriado que cogió poco después de la noche de la apuesta, y que le tuvo confinado en la casa, incluso en su habitación, durante muchos días. Ni el príncipe Eldourdza ni nadie hicieron alusión alguna a la apuesta, en presencia de Rowan, desde la noche en que se efectuó y se estipuló formalmente; y este hecho mismo, este silencio calculado, se convirtió con el tiempo, a medida que aumentaba la irritabilidad de Rowan, en fuente de mal humor para él, y acabó por decirle de repente, una mañana en que estaban desayunando todos juntos, a abordar claramente la cuestión, que se estaba convirtiendo, cada vez más, en la preocupación predominante de su espíritu.

—Perdóneme, príncipe —dijo con bien disimulada indiferencia —, si hago alusión al asunto de nuestra apuesta, que usted parece haber olvidado, ya que sólo quedan diez días, y…

—¡Hay tiempo de sobra! —interrumpió Eldourdza con brusquedad —. ¿Olvidarla? No; de ningún modo — prosiguió, volviéndose hacia sus amigos —. ¡Ya se enterará de si la he olvidado o no!

Una serie de significativas y siniestras sonrisas y movimientos negativos de cabeza respondieron a esta apelación: pantomima que despertó no poco la curiosidad del coronel.

—Bien —dijo—. Me alegra oírlo; porque no me gustaría quedarme con su dinero sin que usted haya hecho algo por evitarlo. Sólo quería decírselo; y estoy seguro de que está de acuerdo conmigo. Naturalmente, no tengo idea de qué clase de broma va a gastarme, cómo va a tratar de asustarme; pero sin duda va a ser la más horrible y espantosa que pueda maquinar. Porque supongo que no tiene intención de regalarme doscientos mil francos.

—¡Desde luego que no! —rió el príncipe Valerian —; si los gana, lo va a tener que pagar caro, créame.

—Muy bien —replicó Hippy—; todo lo que quiera. De eso quería hablarle. Naturalmente, estoy a su disposición para que intente asustarme con cualquier medio que pueda y quiera idear; pero, como puede comprender, ha de haber un límite a lo que toque soportar; de lo contrario, me haría usted pasar por un tonto. Lo que quiero decir es que tiene usted entera libertad, digamos, para mandarme un fantasma o un vampiro, o una bestia, un demonio o lo que se le ocurra, a mi habitación para tratar de asustarme, para lo cual estoy dispuesto a prestarle la ayuda que esté en mi mano; así, ahora dejo todas las noches sin pasar el cerrojo de mi puerta, como seguramente sabe ya. Pero tiene que haber un límite en esto: quiero decir, que su esfuerzo por asustarme ha de tener un plazo, no seguir indefinidamente. Supongamos que decide actuar en determinado momento, y que manda a su fantasma o demonio a cometer sus maldades durante una hora; al final de ese tiempo, si no ha conseguido asustarme, su trasgo se puede convertir en un incordio, por lo que creo que estaría justificado hacerlo desaparecer, ¿no le parece?

—Por supuesto —replicó Hippy—; eso se sobreentiende. Entonces, transcurrida media hora desde el comienzo de su intento, sea el que sea, estaré en mi derecho de utilizar los medios que considere oportunos para detener la prueba; naturalmente siempre y cuando no hay sentido algo que se parezca siquiera remotamente a la alarma. Porque en caso de que su intento sea algo verdaderamente desagradable y ofensivo para mí, probablemente haré uso del revolver. Considero razonable dejar este punto claramente entendido, a fin de que lo que en realidad no es más que una broma pesada no termine, por un malentendido, en tragedia.

El príncipe hizo un gesto afirmativo.

—Tiene toda la razón —dijo—. Pasada media hora, puede hacer lo que le plazca. Pero se equivoca al considerar esto una broma, coronel Rowan: no va a haber broma ninguna, y puede que acabe, aun en contra de su voluntad, en tragedia.

Como es fácil imaginar, estas misteriosas palabras de amenaza del apostante, de hacer que en espacio de diez días experimentase la nueva pero sin duda desagradable sensación de terror, no contribuyó a devolverle sosiego al coronel; y sus interminables especulaciones, tras esta conversación, sobre qué estratagema estarían tramando estos salvajes para asustarle comenzó a atormentarle el cerebro con renovada persistencia. Naturalmente, Eldourdza haría cuanto pudiera por ganar la apuesta…, no por el dinero, quizá, puesto que no representaba nada para él, sino por la satisfacción y el placer del triunfo; y naturalmente, también — al menos así se lo decía Hippy a sí mismo —, el príncipe y sus amigos sólo intentarían llevar a cabo el deseado susto mediante algún agente pseudosobrenatural; porque no concebían que un vulgar peligro de la vida — digamos, el ataque de un nutrido número de adversarios, ya fuesen hombres brutos, el peligro del agua, del fuego o de lo que fuera; en suma, cualquiera de los miles y un males excepcionales que amenazan la vida humana — pudiera asustar a un soldado y viajero tan curtido y experimentado como él, a un hombre cuyo récord de aventuras peligrosas era tan conocido. Los terrores sobrenaturales, por tanto, aquéllos cuyo horror se debe al hecho de ser inexplicables, a lo insondable de su poder, a los espantosos enemigos que pueden estar acechando tras el último aliento de vida, prestos a saltar sobre nosotros en cuanto el corazón deje de latir; ésos, o más bien la apariencia de ésos, serían sin duda los únicos con que los bárbaros moldavos tratarían de hacerle perder los nervios. Y cuando esta probabilidad se hizo presente en su imaginación, el coronel Rowan empezó a recordar todas las historias espantosas que había oído sobre espectros, duendes y demás, en tanto su desasosiego y su nerviosa vigilancia (que sólo relajaba cuando se encontraba en su habitación, como es natural) aumentaban de tal modo, a medida que transcurrían los últimos diez días, que al final Adams, que dormía en la habitación contigua, al notar el estado de su señor, montó — sin que nadie se enterase, por supuesto — una vigilancia y custodia del coronel durante esas pocas noches, valiéndose de un agujero en lo alto de la pared, a través del cual podía tener una vista completa del aposento de su amo, y captar cuanto había en él.

Y ocurrió que la penúltima noche Hippy no se acostó hasta el alba, habiendo decidido tras madura reflexión que, fuera cual fuese la broma grotesca que sus amigos fueran a gastarle, haría menos el ridículo en el gabinete que en la cama, y que quizá convenía estar preparado para seguir a los enmascarados cuando salieran de su aposento para castigarlos en otro lugar, y ante toda la casa, en caso de que su conducta resultase demasiado ofensiva. Y tras inspeccionar cada rincón y rendija de su alcoba (como el oculto Adams le vio hacer desde su puesto de observación), encender numerosas velas por la inmensa y anticuada cámara, y echar bastantes leños en el fuego, el coronel encendió un cigarro y se puso a pasear por la habitación, dándole vueltas en la cabeza a la sempiterna interrogante: «¿Qué van a hacer esos torpes locos?». Pregunta que siempre era seguida de la misma conclusión: «Que hagan lo que quieran, con tal de que, con su estupidez, no me hagan pasar por un idiota». Probablemente habría arrastrar de cadenas y huesos, y alguna aparición ingeniosamente preparada; incluso algún peligro real, quizá, porque esos hombres eran completos salvajes que no se detenían ante nada con tal de lograr sus fines; y no se sorprendería si llegaba a descubrir una caja de dinamita escondida debajo de su cama.

«Por suerte, ésta es la penúltima noche — se dijo —; y después de todo, esta apuesta me ha enseñado una cosa de la que nunca me había dado cuenta, y que en cierto modo me hace perder la apuesta: porque hay algo que me asusta, a lo que tengo miedo, y a la que voy teniéndole más cada minuto que pasa, y es a que me pongan en ridículo». A continuación detuvo sus paseos y se miró en el espejo. Sí; no había duda, estaba envejeciendo. Le tenía sin cuidado su cabello gris, le era absolutamente indiferente; y lo mismo las patas de gallo y las arrugas… No le contrariaban en absoluto. Pero los ojos, ¡ah!, los ojos estaba perdiendo su luz; aquella luz que se había recreado en tantas cosas hermosas. Pero también era cierto que hasta un rostro joven habría parecido triste, reflejado en este espejo misterioso: porque era muy antiguo, veneciano evidentemente. Sin duda llevaba años aquí, en esta habitación de este castillo perdido en un rincón de Moldavia; y quizá había visto cosas extrañas… y estaba destinado a reflejar (¡quién sabe!), antes de que pasaran tres noches, terrores aún más fantásticos que los que lo habían oscurecido hasta ahora. ¡Lástima que este viejo espejo no pudiera evocar algunas de las imágenes más gratas que reflejó en otro tiempo para que le acompañaran esta noche! Si lo miraba mucho rato, quizá acabara vislumbrando a lo lejos, en el rincón más alejado y oscuro de la habitación, el rostro hermoso y triste de alguna dama moldava que habría llorado y besado y amado y muerto en los viejos tiempos de los *hospodars*.

Luego arrastró una confortable butaca, la colocó ante los leños encendidos, se sentó en ella y, cogiendo *Le Rouge et le Noir*, que descubrió en la mesa que tenía al lado, se durmió antes de haber leído gran cosa del maravilloso relato sobre las vicisitudes de Julien Sorel, sólo para despertar cuando el

rubicundo sol,
matando las estrellas y rocíos y sueños y desolaciones de la noche,

se hizo claramente visible a través de las cortinas, y los ruidos de la casa le advirtieron que había comenzado un nuevo día. Entonces se levantó y se fue a acostar, creyendo ingenuamente que con esta pequeña comedia engañaba al omnisciente Adams, el cual, encaramado a una escala en el aposento contiguo, había tenido bajo constante vigilancia a su señor. Este día, el último de Rowan en este mundo, transcurrió sin ningún incidente digno de mención. Jeratczesco anunció en el desayuno que había contratado un grupo de *laoutari* — músicos cíngaros — para alegrar a sus amigos. Pero como calculaba que llegarían entrada la noche, sus invitados no tendrían ocasión de disfrutar de su música deliciosa y frenética hasta por la mañana.

—Los alojaré en el ala donde duerme usted; allí estarán tranquilos — explicó Tony al coronel Rowan más tarde, cuando estuvieron solos —. Ya sabe lo hermosas que son algunas de esas *tsigane*, y cuán celosamente las guardan sus hombres. No quiero riñas aquí, y no sé de qué locuras son capaces Eldourdza y sus amigos cuando se emborrachan.

Y la misma noche en que llegaron los gitanos quedó ampliamente demostrado que el prudente Tony había acertado en tomar todas las medidas para asegurar la tranquilidad y la paz mientras estuvieran bajo su techo; porque los magnates moldavos con Eldourdza a la cabeza, parecieron emborracharse a propósito antes de la hora habitual, y su anfitrión tuvo las mayores dificultades para impedir que saliesen precipitadamente al patio a abrazar a las mujeres del grupo a la luz de la luna, al verlas y oírlas pasar charlando y cantando hacia los aposentos que se les había asignado. La llegada de estos cíngaros, y la perspectiva del cambio que sus actuaciones iban a introducir en la monotonía de la vida diaria del castillo (la cual, dicho sea de paso, habrían encontrado todos, salvo los más entusiastas deportistas, insoportablemente tediosa), levantaron enormemente el ánimo a Hippy Rowan. Y al retirarse por la noche — la penúltima de esta absurda espera de sorpresas, como se recordó a sí mismo con una sonrisa —, abrió su ventana y se puso a observar, desde el otro lado del patio, las luces de las habitaciones ocupadas por los músicos errantes, preguntándose si llevaría este grupo alguna de aquellas mujeres hermosas que él recordaba haber visto entre los músicos gitanos de Strelna, de Moscú: mujeres que eran distintas de cuantas podían encontrarse en cualquier estrato social o país del mundo, y cuyo encanto particular era tan indiscutible como imposible de describir, ya que poseían un don que participaba de lo sobrenatural, emanado, por así decir, de una fuente de infernal fascinación. ¡Qué noche más espléndida! Y era casi Navidad, también, la época de los disfraces espectrales, y… ¡Pero atención!, está cantando una voz de mujer.

Hippy se asomó a escuchar. La voz era baja y muy dulce, aunque la que cantaba estaba evidentemente ocupada en alguna otra tarea que absorbía su atención, porque hacía despreocupadas pausas en su cantar, cuyas palabras, en un dialecto rumano, decían:

Amor disparó su flecha por encima del mar;
Todas las aguas saltaron gozosas,
Alzando sus brazos de espuma,
Para pedir al sol que detuviese al niño;
Pero el sol les dijo:
«Mis rayos derramo,
Para alegrar con flores a los muertos solitarios».

Aquí cesó la canción un momento; pero poco después la continuó una voz de hombre, que cantó de la misma manera descuidada, deteniéndose de cuando en cuando.

La muerte extendió sus alas sobre el mar;
Todas las olas, con aliento estremecido,
Suplicaron sollozando a la luna
Que rasgara las alas plumosas de la muerte.
Pero la luna exclamó:
«Mis raudales de plata,
Sólo…».

Pero aquí, una alegre risotada interrumpió al cantante; y aunque poco después Rowan pudo oír las voces de los cíngaros riendo y hablando, no fue capaz de distinguir qué decían, y no hubo más canciones.

«¡Qué gente más extraña! —murmuró Rowan para sí, mientras cerraba la ventana —; ¡y qué vecinos más oportunos en una noche como ésta, cuando en cualquier momento puedo ver entrar al galope una cabalgata de espectros en mi alcoba!».

A continuación, el atento Adams vio a su señor efectuar una meticulosa inspección del cuarto, sentarse junto al fuego, tomar nuevamente el libro de Stendhal y enfrascarse en su lectura, hasta que se quedó dormido.

De repente, Rowan abrió los ojos, despertado por un ruido que le llegaba muy suavemente, pero que, en cuanto sus embotadas facultades lo identificaron, hizo que se pusieran al instante en actividad: era un llanto. Se levantó de un salto y miró por la habitación. No había nadie; el aposento estaba sobradamente iluminado gracias a dos grandes lámparas y varios candelabros, y se veía el fondo sin dificultad; no había criatura animada de ningún género. Prestó atención, pero nada turbaba la quietud de la noche. Debió de ser un sueño. Pero no… ¡atención!, ahí estaba otra vez: era el llanto de alguien presa de una profunda congoja; provenía del corredor, de un punto no alejado de la puerta de su aposento. ¿Debía salir a ver quién era? ¿Formaría esto parte de la mascarada del moldavo? ¡Por supuesto que no! No se les iba a ocurrir iniciar su intento de asustarle con esas conmovedoras expresiones de congoja que sólo podían inspirar piedad y compasión. ¡Otra vez! ¡Oh, qué efusiones de dolor!

Y era mujer: los suspiros largos, jadeantes, interrumpidos por las lágrimas, brotaban de una especial clave de *pathos* que sólo el corazón femenino, ese tesoro de divina ternura, es capaz de encontrar para solicitar compasión. Otra vez… Sí, efectivamente: era una mujer. ¿Sería acaso una de las *laoutari*? El corredor conducía a la parte de la casa donde dormía ese grupo y, que él supiera, eran las únicas mujeres que había en la casa, salvo las criadas. Sin duda Eldourdza no tenía nada que ver con esto. Y si lo tuviera, ¿qué? ¿No le acaparaba ya bastante el pensamiento este moldavo patán y borracho, y le hacía cavilar mil especulaciones sobre lo que podía o no podía hacer? ¡Que hiciera lo que quisiera y le viniese en gana, y que se fuera al diablo!

Había una mujer terriblemente afligida al otro lado de la puerta, y él, Hippy, debía acudir sin tardanza: eso estaba clarísimo. Así que, con el revólver en la mano para en caso de necesidad, abrió la puerta y se asomó al corredor a oscuras. Adams, asustado, no quitaba ojo a su amo; pero no oía nada, y no comprendía muy bien el comportamiento del coronel. Al abrir la puerta, Rowan comprobó que había acertado, y que era una mujer la que exhalaba tan lastimeras y desgarradoras expresiones de dolor. Estaba tendida en el suelo, no lejos de su puerta, llorando amargamente, con el rostro oculto entre las manos… como si hubiese estado de rodillas pidiendo compasión y, vencida por la congoja, hubiera caído de bruces. Rowan se dio cuenta en el acto de que sus manos blancas y armoniosas debían de pertenecer a una mujer joven; así que adoptó un tono de especial ternura y compasión, al decirle en el dialecto rumano que había oído cantar a los gitanos:

—¿Qué le ocurre, señora? ¿Puedo ayudarla?

Al oír la voz de Hippy, la acongojada dama, que al parecer no había notado que se había abierto la puerta, dejó de sollozar; y tras una pausa momentánea, alzó la cabeza despacio, retirando a la vez las manos de su rostro, y revelando a los asombrados ojos de Rowan el rostro más adorable que había contemplado en mujer alguna de este mundo: un rostro diferente de cuanto Hippy había visto en su vida. ¿Era la luna, que entraba a través de las ventanas sin cortinas, lo que le confería esa etérea luminosidad? ¿Quién podía ser? Era evidentísimo que no se trataba de una gitana, puesto que su piel era de la más fina y delicada blancura, y su cabello, que le caía en acariciadores rizos sobre la frente, de un suave y exquisito color castaño. Además, su vestido era distinto por completo del de una *tsigane*, tanto en el color como en la forma, ya que era negro y, a lo que podía ver Rowan, se parecía al hábito de alguna orden religiosa; y un manto no muy diferente a una capucha enmarcaba el hermoso rostro, por así decir. Rowan recordaba haber oído decir que había cierta comunidad en los alrededores. Quizá esta bella afligida pertenecía a esa comunidad. En todo caso, era una mujer muy bella y le correspondía a él, como hombre de corazón y de gusto, consolar su dolor. Pero para ello, naturalmente, el primero y más necesario paso era hacerse entender; cosa que, por lo que veía, no había conseguido hasta ahora. En efecto, los brillantes ojos violeta le miraban con sorpresa sobresaltada y timidez de gacela, aunque nada temible había en el gesto amable del rostro de Hippy,

que se había escondido instintivamente el revólver en el bolsillo, en cuanto vio la patética figura postrada en el corredor. Pero aparte de esta expresión semiasustada, el bello rostro no revelaba otra cosa que dolor. Rowan no percibía en él el más ligero indicio de que sus palabras hubieran transmitido al espíritu de la mujer idea alguna de simpatía y compasión. Habló otra vez, sin recurrir ahora a dialecto alguno, sino con el más puro rumano, y en un tono aún más suave y compasivo que antes, pero la mirada de tímido asombro de la dulce dama siguió inalterable. Comprendiendo entonces que la situación se estaba volviendo ridícula, dijo, esta vez en alemán, y señalando hacia la puerta abierta de su aposento:

—¡Señora, le ruego que me cuente qué le angustia! Pase a mi cuarto, a descansar y calentarse. Créame: no hay nada que yo no haría gustosamente por servirla. Sólo tiene que pedírmelo; soy inglés, caballero y soldado; de modo que puede confiar en mí. Permita que la ayude; vamos, se lo suplico — luego, tras una pausa, aunque la compungida dama no hablaba ni se movía, Hippy se inclinó; y haciéndole indicación de que le siguiera, se dirigió despacio a su habitación, volviéndose a cada momento y repitiendo su gesto de invitación; ella, entre tanto, continuaba de rodillas, mirándole, desde luego, pero sin hacer intento alguno de levantarse y seguirle.

Aunque Adams no había perdido de vista en ningún momento a su amo — cuya espalda, mientras parecía hablar con alguien situado en el corredor, había estado siempre dentro del campo de visión del fiel criado —, sin embargo experimentó una sensación de alivio al ver regresar ahora al coronel a la habitación sano y salvo; aunque le intrigó al criado la expresión de ternura y compasión de su cara, así como su manera de volverse cuando llegó a la chimenea, y mirar con inquietud hacia la puerta que acababa de dejar abierta tras él, como si esperase y hasta desease la llegada de algún visitante. Por último, tras espacio de unos minutos — momento que, aunque breve según pudo apreciar Adams claramente, puso a su amo impaciente —, la deseada visita surgió lentamente de la oscuridad del corredor, y se detuvo en el umbral de la puerta, en una de cuyas jambas posó una mano blanca como para apoyarse. Así fue como Adams vio aparecer la delgada figura vestida de negro de una joven dulce y llorosa; y, por primera vez en su vida, se quedó asombrado o más bien estupefacto, ante el maravilloso parecido en intensidad de dulzura, en pureza de encanto teñido de aflicción, entre esta visitante nocturna de su señor y una madona, digamos, de un lienzo de Rafael, ante él en carne y hueso.

Quizá se le ocurrió a Rowan, también, la fantástica idea de que se trataba de la reencarnación de una de las vírgenes de Rafael, mientras hacía una profunda reverencia e iba al encuentro de su bella visitante, porque esta vez se dirigió a ella en italiano, agradeciéndole el gran honor que le hacía, expresando toda suerte de corteses y muy italianas protestas de simpatía y respeto, y concluyendo con una preciosa súplica de que no se quedase allí, sino que entrase y se sentase junto al fuego, añadiendo que si de algún modo no le era grata su presencia, se retiraría al punto para que tomase absoluta posesión de su cuarto. Pero este intento de inspirar

confianza, vestido con el más selecto toscano, no se vio recompensado con más éxito que el obtenido con el rumano y el alemán. La compungida dama siguió en el umbral con la misma actitud de timidez, mirando al coronel, sin que se atenuase en nada la tierna melancolía de su rostro, sin comprender, por lo visto, una sola de sus palabras, e ignorando incluso el gesto de invitación a que entrase a sentarse.

¿Qué hacer? Naturalmente, no podía coger a esta hermosa y joven madona en sus brazos y entrarla a la fuerza en su habitación. Sin embargo, parecía insoportablemente ridículo, y hasta inaceptable, dejarla allí en la puerta. ¿Por qué había llegado hasta el umbral, si no tenía intención de entrar aunque no viera nada alarmante? Por supuesto, y sin la menor duda, si lograba hacerla comprender su simpatía y respeto, y que no tenía por qué temer nada de él, entraría y quizá le contaría la causa de su aflicción y le permitiría ayudarla. Y por otro lado, conociendo tantas lenguas como conocía, y hasta dialectos y jergas, parecía casi imposible que no fuera capaz de dar finalmente con algún tipo de lenguaje con que poder transmitir a esta encarnación de la belleza y la pureza espiritual la expresión de su rendido homenaje.

Así que empezó una frenética carrera políglota, haciendo protestas de respeto y simpatía y ofrecimientos de ayuda y amistad en toda clase de lenguas y dialectos que podía recordar, desde su inglés natal a la jerga que hablaban los judíos en la Rusia blanca. Pero todo fue inútil, finalmente, se vio obligado a hacer una pausa, y a darse por vencido.

—Es usted muy hermosa —dijo por último, con un suspiro, hablando en su inglés natal, y aprovechando la exigua y poco grata ventaja que representaba el que su hermosa oyente no le entendiera para expresarle su admiración con apasionamiento, con tal de que su cara no delatase el significado y el ardor de sus palabras —; la mujer más hermosa que creo haber conocido; pero es usted un enigma, y yo no consigo descifrarlo. Me pregunto qué lengua hablará. ¡Sólo la del amor, quizá! Si yo me arrodillara ante usted, o la cogiera en mis brazos y la besara, ¿en qué lengua me rechazaría, o…?

Aquí se detuvo sorprendido. ¿Le engañaban sus ojos, o se estaba insinuando, al fin, un cambio en el rostro de la madona, y su timidez y su tristeza dejaban paso lentamente a la expresión de un sentimiento más luminoso? Estaba seguro de que no comprendía la lengua en la que le hablaba porque ya lo había intentado, y sus palabras no habían logrado transmitir mensaje alguno a su espíritu. Pero sin duda ahora había habido un cambio; y algo que él había dicho, algún gesto que había hecho o alguna expresión de su rostro, le había sido grato; porque se le estaba disipando lentamente la sombra de melancolía. Pero, en cuanto a la lengua, ¿qué diferencia había entre el inglés que había utilizado antes y el de ahora? Ninguna, por supuesto, salvo la del sentido: antes habían sido palabras de respeto y simpatía; ahora, de amor y de ternura. ¿Podía ser que, por alguna maravillosa intuición, su instinto femenino hubiera adivinado al punto las palabras más tiernas? ¿O no sería posible, e

incluso probable, que al pronunciarlas hubiera dejado que sus ojos reflejasen su significado, y ella las hubiera leído allí?

Pero era evidente que esa ternura y ese afecto no le habían desagradado; y esta máscara de la madona, este canon de pureza femenina, podía ser iluminado por el gozo del amor.

Tal pensamiento hizo que le corriese fuego por las venas y le latiese el corazón como si tuviera veinte años. Debía comprobarlo, y ahora mismo: le hablaría con palabras de afecto y dejaría que sus ojos tradujesen parcialmente, y poco a poco, lo que le decía; con cuidado, por supuesto, y siempre guiado por la respuesta que los de ella dieran a los suyos, a fin de no ofenderla. Y así, empezó a decirle a esta mujer adorable en tono muy grave y bajo, pero con palabras de gran ternura, cuán hermosa le parecía. Y mientras hablaba, sus ojos expresaban cada vez con más claridad el sentido de sus términos; y fue descubriendo, con mayor placer cada vez, que el rostro de la madona se iba iluminando gradualmente y que el gozo lo transfiguraba a medida que las palabras de creciente pasión, repetidas por las tiernas miradas de sus ojos, brotaban de sus labios.

Pero Rowan no se acercó a ella mientras hablaba, sino que juntaba las manos y permanecía inmóvil, mirándola en el umbral, en tanto ella, cada vez más visiblemente afectada por la creciente emoción, retiraba primero la mano de la jamba donde la había apoyado, y apartaba un poco la capucha de su rostro, revelando aún más, al hacerlo, la ondulada profusión de rizos de color castaño, y luego, mientras se iluminaban poco a poco sus ojos violeta, y sus dulces labios se derretían en una sonrisa de inefable arrobamiento, juntaba ambas manos bajo su mejilla en un gesto de gozo infantil e inocente.

Así estuvo, hasta que el calor de las palabras, la voz y los ojos de Rowan se elevaron a un delirio de pasión; entonces, inclinando la cabeza hacia delante, no para ocultar el suave rubor que asomaba a sus mejillas, sino como una criatura ansiosa de correr a un abrazo de amor, y respondiendo su mirada al ardor que leía en los ojos que la miraban, medio abrió los brazos, como si sólo una virginal timidez contuviera su anhelo de fundirse con él en una caricia. Rowan vio el gesto, dio un paso adelante, abrió los brazos, y la juvenil madona corrió a sus brazos, cobijando su rostro en el cuello de él, al tiempo que, en un transporte de afecto, Rowan la estrechaba contra su pecho.

En ese mismo instante, un grito terrible recorrió la habitación y la casa, despertó a los *tsiganes*, que saltaron aterrados de sus lechos, y sobresaltó a los estúpidos moldavos que, habiendo renunciado a asustar de veras a Rowan, habían decidido ponerle en ridículo, y subían ahora sigilosamente por la escalera vestidos con atuendos absurdos y armados con jeringas monstruosas y toda suerte de instrumentos grotescos… Era el grito de un hombre robusto en una agonía de terror. El horrorizado Adams vio a su señor apartar a la mujer con violencia, sacar el revólver del bolsillo, descargar tres de sus balas en rápida sucesión sobre ella, tambalearse a continuación

y caer de bruces, mientras ella, levantándose del suelo sin daño al parecer, abandonaba sigilosa el aposento por la puerta todavía abierta. Cuando Adams llegó junto a su amo lo encontró muerto, y descubrió en su cuerpo dos sorprendentes particularidades; la primera era un fuerte olor a almizcle; la segunda, tres pequeñas heridas en el cuello en forma de tres equis juntas. El médico — un alemán — al que llamaron en seguida atribuyó la muerte del coronel Rowan a un aneurisma del corazón, y se negó a dar la más mínima importancia a las tres heridas o mordiscos del cuello. La autopsia confirmó que, referente a la causa de la muerte, el médico había tenido razón en su diagnóstico.

En cuanto a la extraña dama de rostro de madona, Adams conocía demasiado lo que era el mundo para ir contando a todos los extraordinarios detalles. Se lo confió a Tony Jeratczesco, quien mandó hacer averiguaciones. Pero nadie había visto a tal persona ni sabía nada de ella; de modo que se dejó el asunto. Sólo en los últimos meses, el señor Adams, hoy retirado de su delicada y difícil profesión de ayuda de cámara, y establecido en la vecindad de Newmarket, se dejó persuadir para que hiciese una relación detallada de los extraños sucesos relacionados con la muerte de su señor, mostrase el diario de Hippy Rowan, y completase su historia aportando una fotografía que él mismo había tomado del cuello del muerto, en la que se aprecia claramente la marca del beso de Judas.

M. R. James

El conde Magnus

(1904)

Montague Rhodes James (1862-1936), o Monty James, como le llamaban sus amigos, pasó la mejor parte de su infancia absorto en la lectura de libros antiguos en diversas bibliotecas privadas pertenecientes al círculo culto en que se movía su padre, uno de los directores del prestigioso Kings College de Cambridge. Estudió en Eton, demostrando desde muy joven un vivo interés por la antigüedad y el medievo, que más tarde se reflejará en su obra. Aunque en 1887 participa en una expedición arqueológica a Chipre, su verdadera pasión fue siempre el estudio de los manuscritos antiguos y las catedrales, de las que sólo en Francia llegó a visitar ciento cuarenta y una. Cuando a finales de la Primera Guerra Mundial retornó a Eton, esta vez como director del centro, ya era un acreditado arqueólogo y una auténtica autoridad en manuscritos e iglesias medievales.

Era grande y corpulento; célibe toda su vida, y fiel a un reducido grupo de amistades; fue un estoico feliz, apacible, con sentido del humor británico y gran conversador. A veces, le gustaba reunir a una pequeña audiencia — que con los años se haría más numerosa y entusiasta — para asombrarla un rato con sus historias de fantasmas. Sus relatos, como dice Lovecraft, «invocan suavemente el horror, partiendo del centro mismo de la prosaica vida diaria». A diferencia de los cuentos de Le Fanu, en los cuales el personaje es el primero en tomar contacto con lo sobrenatural, en los de M. R. James, como señala Louis Vax, sucede todo lo contrario: es el lector el que va percibiendo lentamente la presencia monstruosa sin que su personaje tenga la menor sospecha de ello, lo que permite conservar la tensión hasta el último segundo.

Aunque Monty James sólo escribiera, por pura diversión, algo más de una treintena de cuentos, se le considera uno de los mejores escritores de *ghost stories*. Sus relatos están recogidos en cuatro breves colecciones de cuentos: *Ghost Stories of an Antiquary* (1904), *More Ghost Stories of an Antiquary* (1911), *A Thin Ghost and Others* (1919) y *A Warning to the Curious* (1925). *El conde Magnus,* uno de los relatos preferidos de Lovecraft, fue recopilado en la primera de sus antologías ilustrada por James McBryde.

El conde Magnus
Traducción de Juan Alberto Molina Foix

El modo en que llegaron a mis manos los documentos con los cuales he elaborado un relato coherente será lo último que revelaré al lector en estas páginas. Pero antes de mostrar un resumen de ellos, debo referirme a su contenido.

Consisten, en su mayor parte, en una serie de apuntes para un libro de viajes, uno de esos volúmenes tan en boga en los años que van de 1840 a 1860. El *Diario de una estancia en Jutlandia y las islas danesas*, de Horace Marryat, es un típico ejemplo de la clase de libro al que aludo. Tales libros solían describir las regiones menos conocidas del continente europeo y estaban ilustrados con grabados en madera o cobre. Suministraban detalles acerca del alojamiento en hoteles y de los medios de comunicación, como los que hoy en día esperamos encontrar en cualquier guía turística apropiada, y contenían extensas entrevistas con extranjeros bien informados, ingeniosos posaderos y locuaces campesinos. En una palabra: estaban repletos de chismes.

Iniciados con la intención de recopilar material para un libro de ese tipo, mis documentos, a medida que aumentaban, fueron asumiendo el carácter de testimonio de una singular experiencia personal, y así continuaron hasta la víspera, casi, de su culminación.

Su autor fue un tal señor Wraxall. Todo lo que sé de él se basa enteramente en sus escritos, y de ellos deduzco que era un hombre de edad más que mediana, que gozaba de una cierta renta privada y se encontraba muy solo en el mundo. Al parecer, no tenía residencia estable en Inglaterra, sino que era huésped permanente de hoteles y pensiones. Es probable que alimentara la idea de establecerse definitivamente algún día, cosa que no ocurrió; y me parece también probable que el incendio del camión de mudanzas a comienzos de los años setenta destruyera muchas cosas que habrían podido arrojar alguna luz sobre sus antecedentes, pues una o dos veces menciona objetos de su propiedad depositados en aquel establecimiento.

Parece asimismo que el señor Wraxall había publicado un libro, en el que relataba las vacaciones que una vez pasó en la Bretaña francesa. Poco más puedo añadir sobre esa obra, ya que una minuciosa investigación bibliográfica me ha convencido de que debió de publicarse anónimamente o bajo seudónimo.

En lo referente a su carácter, no resulta difícil formarse una opinión, por superficial que ésta sea. Debió de ser un hombre culto e inteligente. Al parecer estuvo a punto de ser elegido miembro del consejo de su *college* de Oxford, el Brasenose,

según deduzco del *Calendario*. Su principal defecto fue, sin duda, la excesiva curiosidad, posiblemente un buen defecto en cualquier viajero, pero evidentemente un defecto que al final le costó bastante caro a éste en particular.

En el curso de la que resultó ser su última expedición estaba preparando otro libro. Escandinavia, región poco conocida de los ingleses hace cuarenta años, le pareció un campo interesante para sus propósitos. Seguramente, al hojear algunos libros antiguos de historia de Suecia o de memorias, se le ocurrió la idea de que allí había material para un libro de viajes sobre ese país, en el que podía intercalar episodios relativos a algunas de las principales familias suecas. Por consiguiente, se procuró cartas de presentación a ciertas personas de alcurnia en Suecia y partió hacia allá a comienzos del verano de 1863.

No merece la pena hablar de sus viajes por el Norte, ni de su estancia de algunas semanas en Estocolmo. Sólo mencionaré que cierto *savant* de esa ciudad le puso tras la pista de una importante colección de documentos familiares pertenecientes a los propietarios de una antigua casa solariega en Vestergothland, y le consiguió un permiso para examinarlos.

Llamaré a esa casa solariega, o *herrgård*, Råbäck (pronúnciese algo así como Raubec), aunque no sea ése su verdadero nombre. Se trata de uno de los mejores edificios de su género en todo el país, y su reproducción en el libro *Suecia antigua et moderna*, de Dahlenberg, fechada en 1694, la muestra exactamente igual a como el turista puede verla hoy en día. Fue construida poco después de 1600 y es muy parecida, en líneas generales, a la típica casa inglesa de aquella época, en cuanto al material utilizado — ladrillo rojo con revestimiento de piedra — y al estilo arquitectónico. El hombre que la construyó era miembro de la gran familia De la Gardie, y todavía pertenece a sus descendientes. De la Gardie es el nombre por el cual les designaré cuando sea necesario mencionarlos.

Recibieron al señor Wraxall con gran amabilidad y cortesía y le instaron a que permaneciera en la casa mientras duraran sus investigaciones. Sin embargo, prefiriendo éste la independencia y desconfiando de su capacidad de conversar en sueco, se instaló en la posada del pueblo, que resultó bastante cómoda, al menos durante los meses de verano. Esto trajo consigo que diariamente debía caminar algo menos de una milla para llegar a la casa solariega. El edificio se alzaba en medio de un parque y estaba protegido — cubierto, podríamos decir — por árboles enormes y vetustos. Cerca de él había un jardín rodeado de una tapia, y luego se entraba en un espeso bosque que bordeaba uno de esos pequeños lagos que tanto abundan en la región. Seguía luego la tapia de la propiedad y una escarpada pendiente, una loma rocosa apenas cubierta de tierra, en cuya cima se alzaba la iglesia, rodeada de enormes y sombríos árboles. Era un edificio raro a los ojos de un inglés. La nave y los laterales eran bajos y estaban llenos de bancos y de tribunas. En la tribuna occidental había un espléndido órgano antiguo, pintado de vivos colores y con tubos de plata. El techo era plano y había sido adornado por algún artista del siglo diecisiete

con un extraño y espantoso *Juicio Final* pródigo en espeluznantes llamas, ciudades en ruinas, barcos ardiendo, almas en pena y socarrones demonios tostados. Grandes coronas de latón pendían del techo; el púlpito parecía una casa de muñecas, cubierto de pequeños querubines y santos de madera pintada; un atril con tres relojes de arena pendía del pupitre del predicador. Actualmente todavía pueden verse en Suecia muchas iglesias de ese tipo, pero lo que distinguía a aquélla era un añadido al edificio original. En el extremo oriental de la nave norte, el propietario de la mansión había hecho construir un mausoleo para él y su familia. Se trataba de un amplio edificio octogonal, iluminado por una serie de ventanas ovales, con un techo en forma de cúpula, rematado por una especie de calabaza que culminaba en una aguja, ornamento por el que los arquitectos suecos sienten especial predilección. El techo estaba revestido exteriormente de cobre y pintado de negro, mientras que los muros, al igual que los de la iglesia, eran de un blanco deslumbrador. Desde la iglesia no había acceso directo al mausoleo. Éste tenía su propio pórtico con escalinata en el lado norte.

Pasado el camposanto extendíase el sendero que conducía a la aldea, y en tres o cuatro minutos se llegaba a la puerta de la posada.

El primer día de su estancia en Råbäck, el señor Wraxall encontró abierta la puerta de la iglesia y anotó los detalles de su interior que acabo de resumir. No pudo, sin embargo, entrar en el mausoleo. Únicamente pudo vislumbrar, a través del ojo de la cerradura, hermosas efigies de mármol, sarcófagos de cobre y una profusión de blasones heráldicos. Lo cual no hizo sino acrecentar su deseo de dedicar algún tiempo a investigar su interior.

Los documentos que viniera a consultar en la mansión resultaron ser precisamente los que necesitaba para su libro. Había correspondencia familiar, diarios y libros de cuentas de los primitivos propietarios del dominio, cuidadosamente conservados y escritos con claridad, llenos de detalles pintorescos y divertidos. El primer De la Gardie aparecía en ellos como un hombre enérgico y capaz. Al poco de construirse la mansión, el distrito padeció un período de disturbios: los campesinos se sublevaron y atacaron varios castillos, causando algunos estragos. El propietario de Råbäck desempeñó un papel preponderante en la represión de los desórdenes, y había referencias a ejecuciones de cabecillas y a severos castigos infligidos con mano dura.

El retrato de aquel Magnus de la Gardie era uno de los mejores de la casa, y el señor Wraxall lo examinó con no poco interés, una vez concluida su primera jornada de trabajo. No ofrece ninguna descripción detallada de él, aunque sospecho que el rostro le impresionó más por su vigor que por su belleza o bondad. De hecho, escribe que el conde Magnus era un hombre horriblemente feo.

Aquel día el señor Wraxall cenó con la familia y regresó a última hora de la tarde, cuando todavía había luz.

«Debo recordar —escribe— pedirle al sacristán que me deje entrar en el mausoleo de la iglesia. Es evidente que él tiene acceso, pues esta noche le vi en lo

alto de la escalinata y estaba, si no me equivoco, abriendo o cerrando la puerta».

Al día siguiente, a primeras horas de la mañana, el señor Wraxall sostuvo una conversación con su patrón. Al principio me sorprendió que la registrara con tanta minuciosidad; pero en seguida me di cuenta de que los documentos que estaba leyendo eran, al menos en sus comienzos, apuntes para un libro que aquél estaba preparando, y que iba a ser una de esas obras casi periodísticas que admiten la inclusión de toda aquella mezcla de material coloquial.

Su propósito, dice, era comprobar si todavía persistía alguna leyenda relacionada con el conde Magnus de la Gardie en los lugares donde ese gentilhombre había ejercido su actividad, y si la opinión popular le era o no favorable. Descubrió que el conde no era, ciertamente, apreciado. Si sus arrendatarios llegaban tarde al trabajo en los días en que le eran deudores como señor del feudo, se les sometía al potro, o eran azotados y marcados con hierro candente en el patio de la mansión. Hubo un par de casos de hombres que habían ocupado ilegalmente unas tierras del feudo, y cuyas casas habían sido misteriosamente incendiadas, una noche de invierno, con toda la familia dentro. Pero lo que parecía haber impresionado más al posadero, ya que volvió sobre ese punto más de una vez, fue que el conde hubiera participado en la Peregrinación Negra, de la que había regresado con algo o alguien.

Al igual que el señor Wraxall, os preguntaréis, como es lógico, qué era la Peregrinación Negra. Pero vuestra curiosidad sobre ese punto debe quedar ahora sin respuesta, como le ocurrió al señor Wraxall. Evidentemente, el posadero no estaba dispuesto a darle una respuesta, y cuando alguien le llamó se fue corriendo con evidente alivio, para regresar unos minutos después y asomar la cabeza por la puerta, anunciando que le requerían en Skara y que no regresaría hasta la noche.

De modo que el señor Wraxall tuvo que reemprender su tarea cotidiana en la casa solariega sin haber satisfecho su curiosidad. Los documentos que estaba examinando en aquellos momentos no tardaron en dar otro curso a sus pensamientos: se trataba de la correspondencia entre Sophia Albertina, de Estocolmo, y su prima casada Ulrica Leonora, de Råbäck, durante los años 1705-1710. Estas cartas eran de excepcional interés por la luz que arrojaban sobre la cultura sueca de aquella época, como puede atestiguarlo quien las haya leído en la edición completa, publicada por la Comisión de Manuscritos Históricos Suecos.

Aquella tarde terminó de leerlas y, después de devolver las cajas en que estaban guardadas a sus respectivos estantes, cogió, al azar, algunos de los libros que tenía a mano, a fin de determinar cuál de ellos sería más interesante para dedicarle su atención al día siguiente. El estante que había elegido estaba ocupado, en su mayor parte, por una colección de libros de cuentas del primer conde Magnus, escritos de su puño y letra. Sin embargo uno de ellos no era un libro de cuentas, sino un tratado de alquimia y temas afines, escrito por otra persona, también del siglo dieciséis. Al no estar muy familiarizado con la literatura alquímica, el señor Wraxall dedica mucho espacio, que podía haberse ahorrado, a inventariar los títulos y características de los

diversos tratados: *El Libro del Fénix, El Libro de las Treinta Palabras, El Libro del Sapo, El Libro de Miriam,* la *Turba philosophorum*[1], y otros por el estilo. Luego manifiesta con bastante circunspección su satisfacción al descubrir, en una página originariamente dejada en blanco hacia la mitad del libro, un escrito del mismo conde Magnus titulado «Liber nigræ peregrinationis». Es cierto que se trataba solamente de unas pocas líneas, pero bastaban para demostrar que, aquella mañana, el posadero había aludido a una creencia que se remontaba al menos a los tiempos del conde Magnus, y que éste compartía probablemente. He aquí la traducción de dicho texto: «Quien desee obtener una larga vida, quien desee tener un mensajero fiel y ver derramada la sangre de sus enemigos, debe ir primero a la ciudad de Chorazin y allí rendir homenaje al príncipe…».

Seguía una palabra tachada, aunque no muy cuidadosamente, de modo que el señor Wraxall estaba bastante seguro de no equivocarse al interpretarla como *aëris* («del aire»). El texto se interrumpía, a excepción de una frase en latín: «Quære reliqua huius materiei inter secretiora» («Cuanto resta de esta materia, búscalo entre las cosas más secretas»).

No puede negarse que esto arrojaba una luz más bien engañosa sobre los gustos y creencias del conde. Pero para el señor Wraxall, separado de él por casi tres siglos, la idea de que aquel vigoroso gentilhombre se hubiera dedicado a la alquimia y a algo parecido a la magia, únicamente le convertía en una figura más pintoresca. Y cuando, después de haber contemplado con detenimiento el retrato del conde Magnus que había en el vestíbulo, se encaminó a su casa, el señor Wraxall seguía pensando en él. No tenía ojos para lo que le rodeaba, ni advertía la fragancia nocturna de los bosques o la luz del crepúsculo sobre el lago. Y cuando, de pronto, alzó la mirada, le asombró encontrarse ya ante las puertas del camposanto, y que sólo faltaran unos pocos minutos para su cena.

—¡Ah! —dijo—. Ahí estáis, conde Magnus. Me agradaría muchísimo veros.

«Al igual que muchos solitarios — escribe — tengo el hábito de hablar solo y en voz alta. Pero, a diferencia de algunas partículas griegas y latinas, no espero respuesta. Por supuesto, y tal vez afortunadamente en este caso, no hubo voces ni nadie en quien fijarse: sólo una mujer que, imagino, estaba limpiando la iglesia y que, al dejar caer al suelo algún objeto metálico, me sobresaltó. El conde Magnus debe de tener un sueño muy pesado».

Aquella misma noche el dueño de la posada, que había oído decir al señor Wraxall que deseaba ver al clérigo (o diácono, como le llaman en Suecia) de la parroquia, le presentó a aquel eclesiástico en un reservado de su establecimiento. Pronto concertaron para el día siguiente una visita al panteón de los De la Gardie, siguiendo luego una breve conversación sobre temas generales.

Recordando que una de las funciones de los diáconos escandinavos consiste en instruir a los candidatos a la Confirmación, el señor Wraxall pensó que podría refrescar su propia memoria a propósito de cierta cuestión bíblica.

—¿Podríais decirme algo sobre Chorazin? — preguntó.

El diácono pareció sorprenderse, pero en seguida le recordó cómo en una ocasión había sido denunciada aquella aldea.

—¡Claro! —dijo el señor Wraxall —. Y me imagino que ahora estará en ruinas.

—Eso espero —replicó el diácono —. He oído decir a algunos de nuestros más ancianos sacerdotes que allí debía nacer el Anticristo; y se cuentan historias…

—¿Qué historias? —interrumpió el señor Wraxall.

—Historias, iba a decir, que ya he olvidado — dijo el diácono; y poco después se despidió.

Ahora el posadero estaba solo y a merced del señor Wraxall, quien, ciertamente, no estaba dispuesto a desperdiciar la ocasión.

—*Herr* Nielsen —dijo—, he averiguado algo acerca de la Peregrinación Negra. ¿Podríais contarme lo que sepáis de ella? ¿Qué fue lo que se trajo consigo el conde?

Tal vez los suecos sean por costumbre lentos en contestar, o quizá el posadero fuese una excepción. No lo sé. Pero el señor Wraxall señala que el posadero se le quedó mirando por lo menos un minuto antes de pronunciar palabra alguna. Luego, se acercó más a su huésped y, no sin esfuerzo, empezó a hablar.

—Señor Wraxall, sólo puedo contaros esta pequeña historia y ninguna otra más. Cuando lo haya hecho, no debéis preguntarme nada más. En tiempos de mi abuelo, es decir hace noventa y dos años, hubo dos hombres que dijeron: «El conde está muerto; no debemos preocuparnos más por él. Esta noche iremos a cazar libremente en su bosque». Se referían al espeso bosque que cubre la colina que habéis visto detrás de Råbäck. Los que les oyeron decir esto, les advirtieron: «No vayáis; estamos seguros de que os encontraréis con personas que se pasean, sin que debieran hacerlo. Deberían estar descansando, no paseando». Los hombres rieron. Los bosques no estaban vigilados ya que nadie quería vivir allí. La familia De la Gardie se encontraba ausente. Aquellos hombres podían hacer lo que quisieran.

»Muy bien. Aquella noche fueron al bosque. Mi abuelo estaba sentado aquí, en esta misma habitación. Era verano y la noche estaba clara. Con las ventanas abiertas podía ver el bosque y oírlo.

»Se sentó aquí, pues, en compañía de otros dos o tres hombres, a escuchar. Al principio no oyeron nada; luego oyeron algo (ya sabéis qué lejos está el bosque), oyeron gritar a alguien, como si le estuvieran retorciendo la parte más recóndita de su alma. Todos los que se encontraban en la habitación se agarraron unos a otros y permanecieron sentados unos tres cuartos de hora. Luego oyeron a otro, a sólo unos trescientos metros de distancia. Le oyeron reír en voz alta: no era ninguno de aquellos dos cazadores furtivos y, desde luego, no se trataba siquiera de un hombre, según dijeron todos. Después oyeron cerrarse una pesada puerta.

»Entonces, apenas amaneció, fueron a ver al sacerdote y le dijeron:

»—Padre, poneos la sotana y la gorguera, y venid a enterrar a esos hombres, Anders Bjorsen y Hans Thorbjorn.

»Como habréis comprendido, estaban seguros de que aquellos hombres habían muerto. De modo que fueron al bosque… Mi abuelo jamás olvidó aquello. Decía que ellos mismos parecían estar muertos. Incluso el sacerdote estaba muerto de miedo. Cuando fueron a su casa les había dicho:

»—Oí un grito en la noche y después una carcajada. Si no consigo olvidarlo, jamás podré volver a conciliar el sueño.

»De modo que fueron al bosque y encontraron a aquellos hombres en la misma linde. Hans Thorbjorn estaba de pie, apoyado contra un árbol, moviendo las manos todo el tiempo… como apartando algo que ya no se encontraba allí. Por tanto, no estaba muerto. Lo llevaron a su casa en Nykjoping y murió antes del invierno; pero pasó todo ese tiempo moviendo las manos, como tratando de apartar algo. También encontraron allí a Anders Bjorsen; pero estaba muerto. Y os diré algo acerca de este hombre: había sido guapo, pero ahora no tenía rostro; le habían succionado la carne hasta dejarle los huesos al descubierto. ¿Lo entendéis? Mi abuelo no pudo olvidarlo. Lo tendieron en las andas que habían llevado consigo y cubrieron su cabeza con un paño. El sacerdote marchaba delante; los demás comenzaron a entonar un salmo de difuntos como mejor podían. Terminaban de cantar el primer versículo, cuando uno de ellos, el que encabezaba la comitiva, se cayó. Los demás se volvieron y vieron que el paño se había caído, y que los ojos de Anders Bjorsen, sin nada que los cubriera, miraban hacia arriba. Era más de lo que podían soportar. Por consiguiente, el sacerdote volvió a taparlo con el paño, mandó buscar una pala y allí mismo lo enterraron.

Al día siguiente, anota el señor Wraxall, el diácono fue a verle después del desayuno y lo llevó a la iglesia. La llave del mausoleo pendía de un clavo junto al púlpito y pensó que, dado que la puerta de la iglesia parecía estar siempre abierta, no le sería difícil efectuar una segunda visita a los sepulcros, esta vez a solas, si es que los juzgaba más interesantes de lo que en un principio creyó. Al entrar encontró el edificio impresionante. Los sepulcros, en su mayoría grandes construcciones de los siglos diecisiete y dieciocho, eran solemnes aunque ostentosos, y estaban llenos de epitafios y blasones. Tres sarcófagos de cobre, cubiertos de relieves finamente labrados, ocupaban el espacio central bajo la cúpula. Dos de ellos tenían sobre la tapa un gran crucifijo de metal, según es costumbre en Dinamarca y Suecia. El tercero, al parecer el del conde Magnus, tenía grabada sobre la tapa, en cambio, una efigie de tamaño natural y lucía en sus costados relieves similares representando escenas diversas. Una de éstas representaba una batalla, con un cañón humeante, ciudades amuralladas y tropas de piqueros. Otra mostraba una ejecución. En una tercera, veíase a un hombre corriendo, entre árboles, a toda velocidad, con los cabellos al viento y los brazos extendidos. Una forma extraña le perseguía. Sería difícil decir si el artista tuvo la intención de representar a un hombre y no fue capaz de suministrarle el parecido adecuado, o si le dio intencionadamente el aspecto tan monstruoso que presentaba. A juzgar por la habilidad demostrada en el resto de la obra, el señor

Wraxall se sintió inclinado a adoptar la segunda hipótesis. La figura era de una talla extraordinariamente pequeña, y una especie de manto con capucha, que arrastraba por el suelo, le cubría casi por completo. Lo único que de ella se veía no tenía forma de mano o de brazo. El señor Wraxall lo compara con el tentáculo de un pulpo y añade: «Al verlo me dije a mí mismo: evidentemente es una especie de representación alegórica, un diablo persiguiendo a un alma acorralada, y debe de ser el origen de la historia del conde Magnus y su misterioso compañero. Veamos cómo está representado el perseguidor: será sin duda un demonio haciendo sonar su cuerno».

Pero resultó que no había tan sensacional figura, sino simplemente un hombre que, envuelto en una capa y apoyado en un bastón, observaba la persecución desde un altozano, con un interés que el grabador había intentado expresar en su actitud.

El señor Wraxall observó los macizos candados de acero finamente labrado — en número de tres — que aseguraban el sarcófago. Uno de ellos estaba abierto y yacía en el suelo. No deseando entretener más al diácono ni demorar por más tiempo su propio trabajo, el señor Wraxall se dirigió a la mansión.

«Es curioso —escribe— cómo, al recorrer un sendero familiar, nos sumergimos en nuestros pensamientos con absoluta exclusión de todo cuanto nos rodea. Aquella noche, por segunda vez no sabía adónde iba (había planeado una visita privada al panteón para copiar los epitafios) cuando de improviso recobré la conciencia y me hallé, como la vez anterior, rondando la puerta del camposanto, y creo que cantando o salmodiando frases como "¿Estáis despierto, conde Magnus? ¿Dormís, conde Magnus?", y alguna otra que no logro recordar. Al parecer, he debido de estar comportándome de esa absurda manera durante un buen rato».

Encontró la llave del mausoleo donde esperaba hallarla, y copió la mayor parte de lo que quería. En realidad, permaneció allí hasta que la luz empezó a faltarle.

«Debo de haberme equivocado — escribe — al afirmar que uno de los candados del sarcófago del conde estaba abierto; esta noche he visto que dos de ellos estaban sueltos. Los he cogido y los he puesto con cuidado en el alféizar de la ventana, después de haber intentado cerrarlos, en vano. El otro sigue estando seguro y, aunque me parece que se trata de una cerradura de golpe, no acierto a imaginar cómo se abre. De haberlo conseguido, creo que me habría tomado la libertad de abrir el sarcófago. Es extraño el interés que siento por la personalidad de este viejo noble, me temo que feroz y siniestro».

El día siguiente resultó ser el último de la estancia del señor Wraxall en Råbäck. Había recibido cartas relacionadas con ciertas inversiones que hacían necesario su regreso a Inglaterra. Su trabajo con los documentos estaba prácticamente concluido, y el viaje le llevaría tiempo. Por tanto, decidió despedirse, dar un último retoque a sus notas y marcharse.

Esos últimos retoques y la despedida terminaron por llevarle más tiempo del que había supuesto. La hospitalaria familia insistió en que se quedara a comer con ellos — comían a las tres — y eran casi las seis y media cuando dejó atrás la verja de

hierro de Råbäck. Demoró sus pasos a lo largo del camino que bordeaba el lago, resuelto, ahora que lo recorría por última vez, a impregnarse de la sensación del lugar y la hora. Y cuando llegó a la cima de la loma donde se alzaba el camposanto, se detuvo unos minutos a fin de contemplar la ilimitada perspectiva de los bosques cercanos y lejanos, que aparecían sombríos bajo un cielo glauco. Finalmente, cuando se disponía a marchar, se le ocurrió la idea de que debía despedirse, sin duda, del conde Magnus, al igual que de los otros De la Gardie. La iglesia no distaba más de veinte yardas, y el señor Wraxall sabía dónde estaba colgada la llave del mausoleo. Al poco rato se encontró frente al gran ataúd de cobre y, como de costumbre, hablando solo en voz alta.

—En vuestra época debisteis ser un consumado bribón, Magnus — dijo —, pero por eso mismo me agradaría veros, o más bien…

«En aquel preciso instante — escribe — sentí un golpe en el pie. Me apresuré a retirarlo y algo cayó al suelo con gran estrépito. Era el tercero y último de los tres candados que cerraban el sarcófago. Me agaché a recogerlo — Dios es testigo de que transcribo únicamente la verdad — y, antes de que me hubiera incorporado, chirriaron unos goznes metálicos y vi con toda claridad que se levantaba la tapa. Es posible que me comportara como un cobarde, pero por nada del mundo hubiese podido permanecer allí un segundo más. Salí de aquel espantoso edificio en menos tiempo del empleado en escribir estas palabras, y quizá también del que hubiera tardado en pronunciarlas. Y lo que me aterroriza aún más es que ni siquiera cerré la puerta con llave. Mientras estoy sentado en mi habitación anotando estos hechos (todo sucedió hace menos de veinte minutos), me pregunto si aquel chirrido metálico continuó, y no puedo responder en un sentido u otro. Lo único que sé es que hubo algo más de lo que he escrito que me alarmó, pero ni siquiera puedo recordar si fue un ruido o algo que vi. ¿Qué es lo que he hecho?».

¡Pobre señor Wraxall! Partió al día siguiente, tal como lo había planeado, y llegó a Inglaterra sano y salvo. Pero era ya un hombre destrozado, como deduzco de su caligrafía vacilante y de la incoherencia de sus notas. Uno de sus cuadernos de notas, que han llegado hasta mí junto con los otros documentos, si no la clave, da al menos una ligera idea acerca de sus experiencias. La mayor parte de su viaje la hizo por mar, y encontré no menos de seis penosas tentativas de enumerar y describir a los demás pasajeros:

24. Pastor de una aldea de Skåne. Chaqueta negra normal y sombrero negro flexible.

25. Viajante de comercio de Estocolmo, que se dirige a Trollhättan. Capa negra, sombrero marrón.

26. Hombre con larga capa negra y sombrero de ala ancha muy anticuado.

Esta última anotación está subrayada y una glosa añade: «Tal vez idéntico al número 13. Aún no le he visto el rostro». En cuanto al número 13, comprobé que se

trataba de un sacerdote católico con sotana.

El cómputo arroja siempre el mismo resultado. En la enumeración aparecen veintiocho personas; una de ellas es siempre un hombre de larga capa negra y sombrero de ala ancha, y la otra un «individuo bajito con capa oscura y capucha». Por otra parte, siempre consta que, a la hora de las comidas, sólo aparecen veintiséis pasajeros, y que el hombre de la capa negra se encuentra tal vez ausente, mientras que es seguro que el hombre bajito jamás está presente.

Al llegar a Inglaterra, parece ser que el señor Wraxall desembarcó en Harwich, y en seguida decidió ponerse fuera del alcance de alguna persona o personas que nunca especifica, pero que evidentemente debió de tomar por perseguidores suyos. En consecuencia, alquiló un carruaje — un simón cerrado —, pues desconfiaba del ferrocarril, y atravesó la campiña hasta la aldea de Belchamp St. Paul. Cuando llegó eran cerca de las nueve de una noche de agosto con claro de luna. Sentado delante, se limitaba a observar a través de la ventanilla los campos y matorrales que desfilaban rápidamente ante él, pues poco más había por ver. De pronto llegó a un cruce de caminos. Ante él aparecieron dos figuras inmóviles, envueltas ambas en capas oscuras. La más alta llevaba un sombrero; la otra, capucha. No tuvo tiempo de verles el rostro, y ellos, por su parte, no hicieron movimiento alguno que él pudiera percibir. El caballo, sin embargo, se encabritó y emprendió el galope, y el señor Wraxall se hundió en el asiento, presa de algo muy semejante a la desesperación. A ambos los había visto antes.

Al llegar a Belchamp St. Paul, tuvo la suerte de encontrar un alojamiento decente, y durante las veinticuatro horas siguientes vivió relativamente en paz. Ese día escribió sus últimas notas. Son excesivamente inconexas y vehementes para que las transcriba aquí en su totalidad, pero su sentido está bastante claro. El señor Wraxall está esperando la visita de sus perseguidores — cómo o cuándo, lo ignora — y grita constantemente: «¿Qué es lo que he hecho?» y «¿No hay ninguna esperanza?». Sabe que los médicos le tomarían por loco y que la policía se reiría de él. El sacerdote no está en la aldea. ¿Qué puede hacer salvo cerrar la puerta y rezar?

El año pasado todavía había gente en Belchamp St. Paul que recordaba al extraño caballero que llegó una noche de agosto años atrás, y fue encontrado muerto dos días después. Y que hubo una investigación, y el jurado que examinó el cadáver quedó tan impresionado, que siete de sus miembros se desmayaron y ninguno de ellos se atrevió a hablar de lo que había visto. Y que el veredicto fue: *castigo de Dios*. Y que la gente que estaba al cuidado de la casa donde murió, la abandonó aquella misma semana y se marchó a otra parte. Pero no creo que nadie supiera nada que arrojara — o pudiera arrojar — un poco de luz sobre aquel misterio. Y ocurrió que el año pasado la casita

en cuestión llegó a mis manos como parte de una herencia. Había estado vacía desde 1863 y no parecían existir perspectivas de alquilarla; de modo que la hice derribar. Los documentos que acabo de extractar aparecieron en una olvidada alacena, bajo la ventana del dormitorio principal.



Óleo de Antoine Wiertz, *Enterrado vivo*,
Museo Wiertz, Bruselas

Horacio Quiroga
El almohadón de pluma
(1907)

Cree en un maestro —Poe, Maupassant, Kipling, Chejov — como en Dios mismo.

Decálogo del perfecto artista, H. Q.

Al igual que Poe, su primera deidad, Horacio Quiroga es un poeta que explora la máxima tensión de los nervios y repite a su manera en otra geografía, cerca de un siglo después, sus mismas alucinaciones literarias. Es interesante llamar la atención sobre esta semejanza, que resulta ser mucho más íntima y patética si comparamos el inaudito *fatum* que dominó la vida de estos dos escritores.

Quiroga nace en 1876 en la ciudad uruguaya de El Salto. Su nacimiento ya anuncia una tragedia: su padre muere en una cacería al dispararsele accidentalmente la escopeta. La misma pesadilla vuelve a visitarle dieciocho años más tarde: su padrastro, tumbado y afásico por un derrame cerebral, logra apoderarse de un arma con la que se vuela la cabeza; Quiroga está entre quienes lo encuentran.

En 1900, viaja a París para visitar la Exposición Universal. Embarca como un *dandy* hacia la meca de la juventud intelectual americana, pero vuelve a Montevideo, unos meses después, sin maletas, sin cuello de camisa, decepcionado y lleno de turbios recuerdos. Un año más tarde, gana un premio literario y publica su primer libro, *Los arrecifes de coral*. Es una época ociosa y despreocupada en la que escandaliza a los burgueses de Montevideo, pero el destino no se hace esperar: el 5 de marzo de 1902, mientras revisa la pistola de un amigo que iba a batirse en duelo, el arma se dispara accidentalmente en sus manos. Con la boca ensangrentada, los últimos gestos agónicos de su amigo tratan vanamente de exculparle. Atenazado por un terrible sentimiento de culpa, toma la decisión de alejarse de Montevideo para no volver nunca más.

En Buenos Aires empieza una nueva vida junto a su hermana, ejerciendo de profesor de español en el Colegio Británico. Al cabo de unos meses se hace amigo de Leopoldo Lugones, quien le invita a participar como fotógrafo en la expedición que dirige a las ruinas jesuitas en Misiones. El descubrimiento de la selva será un hecho decisivo que marcará su vida y su obra. Más tarde, intentará llevar una plantación de algodón en Chaco, pero vuelve arruinado a Buenos Aires. Allí se casa con una de sus alumnas, Ana María Cirés, y parten a la selva de Misiones, en donde ha comprado

ciento ochenta y cinco hectáreas de tierra. Viven en una precaria casa de madera, entre bananos y mandiocas; allí disfruta de la intensidad salvaje de la naturaleza y empieza a escribir sus relatos más famosos. En diciembre de 1915 vuelve a suceder lo que en su destino parece ser inevitable: su esposa no aguanta más, y con una dosis de biocloruro de mercurio acaba con su vida. Dos años después, vuelve a Buenos Aires y publica con gran éxito lo mejor de su obra: *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *El salvaje* (1920) y *Anaconda* (1921). Diez años más tarde, embelesado por la belleza de una amiga de su hija, María Elena Bravo, se casa con ella. El matrimonio, como puede suponerse, no será muy feliz, y su mujer acaba abandonándole. En 1935 aparece su último libro, *Más allá,* con cuentos de diversas épocas. Su creatividad lleva años apagándose; poco a poco, un cáncer va consumiéndole; finalmente, en 1937 ingresa en un hospital. Está solo, es de noche, y con una dosis de cianuro que ha conseguido se alejará definitivamente de este mundo, que tan mal le había tratado.

El almohadón de pluma fue publicado por primera vez en la revista *Caras y caretas* en julio de 1907. En nuestra lengua los cuentos de vampiros son tan escasos como pobres de invención; por el contrario, el relato de Quiroga es verdaderamente original y digno de figurar en cualquier antología que se precie.

El almohadón de pluma

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, aunque a veces con un ligero estremecimiento cuando, volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril —, vivieron una dicha especial. Sin duda, hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor; más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso — frisos, columnas y estatuas de mármol — producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. Había concluido, no obstante, por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de su marido. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó muy lento la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente, todo su espanto callado, redoblando el llanto a la más leve caricia de Jordán. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni pronunciar una palabra.

Fue ése el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle —. Tiene una gran debilidad que no me explico. Y sin vómitos, nada… Si mañana se despierta como hoy, llámeme en seguida.

Al día siguiente Alicia amanecía peor. Hubo consulta. Constatose una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero

se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin que se oyera el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, deteniéndose un instante en cada extremo a mirar a su mujer.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras de suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche quedó de repente con los ojos fijos. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia lanzó un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, volvió en sí. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola por media hora temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio, y siguieron al comedor.

—Pst… —se encogió de hombros desalentado el médico de cabecera —. Es un caso inexplicable… Poco hay que hacer…

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en subdelirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas oleadas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aunque le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaban ahora en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama, y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el sordo retumbo de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, cuando entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja —. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló sobre aquél. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó; pero en seguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandos. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca — su trompa, mejor dicho — a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón sin duda había impedido al principio su desarrollo; pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había el monstruo vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

Francis Marion Crawford
Porque la sangre es la vida
(1911)

Francis Marion Crawford (1854-1909), hijo del escultor norteamericano Thomas Crawford, nació en Bagni de Lucca, Italia, país en el que pasó bastantes años de su vida y en el que ambientará gran parte de su obra, que sobrepasa la cuarentena de libros. Se educó en América. Estudió sánscrito y vivió en la India; allí se interesó por el ocultismo, que se transluce en su primera novela, *Mr. Isaacs: A Tale of Modern India* (1882), basada en un hecho real. En su variada obra trató temas románticos: *To Leeward* (1884), *Pietro Ghislery* (1893), *The White Sister* (1909); asuntos políticos, como *An American Politician* (1884) o novelas históricas como *Via Crucis* (1893), que tiene por escenario el mundo de los cruzados; también temas místicos en *With the Immortals* (1888), cuyo argumento trata sobre la resurrección de hombres famosos, o en *The Witch of Prague* (1891), sobre los perniciosos efectos del hipnotismo. Fue un autor de éxito, con un público fiel que apreciaba tanto su talento para evocar países y tiempos lejanos como la fluidez de sus argumentos, pero su idea de la literatura como entretenimiento ha reducido su fama posterior.

Escrito en la década de 1890, *For the Blood is the Life* se publicó por primera vez en 1911, formando parte de un libro de cuentos titulado *Wandering Ghosts* (o *Uncanny Tales* en su edición inglesa). Con un sugestivo título, tomado del Deuteronomio (12, 23) — «Guárdate sólo de comer la sangre, porque la sangre es la vida, y no debes comer la vida con la carne» —, este tardío cuento romántico, ambientado en Calabria, es, por su sencillez y plasticidad, uno de los relatos de vampiros con mayor encanto que se hayan escrito.

Porque la sangre es la vida

Traducción de Juan Antonio Molina Foix

Habíamos cenado al atardecer en la amplia azotea de la vieja torre, porque allá arriba se estaba más fresco durante los grandes calores del verano. Además, la pequeña cocina ocupaba una de las esquinas de la gran plataforma cuadrada, por lo que era más cómodo comer allí, evitando bajar los platos por la empinada escalera de piedra, rota aquí y allá y totalmente desgastada por el paso de los años. La torre era una de las que, a comienzos del siglo XVI, edificó el emperador Carlos V a lo largo de la costa occidental de Calabria para cerrar el paso a los piratas de Berbería, cuando los infieles se aliaron con Francisco I en contra del emperador y de la Iglesia. Casi todas se han venido abajo; de las pocas que todavía permanecen intactas, la mía es una de las más grandes.

Cómo llegó a mis manos hace diez años, y por qué paso en ella algunos meses al año, son cuestiones que no atañen a este relato. La torre se alza en uno de los parajes más solitarios del sur de Italia, en la cima de un promontorio rocoso, que se curva formando un puerto natural, pequeño pero seguro, en la extremidad meridional del golfo de Policastro, justo al norte del cabo Scalea, donde, según la antigua leyenda local, nació Judas Iscariote. La torre se alza en solitario sobre aquel recodo de la estribación rocosa, y no se ve una sola casa en tres millas a la redonda. Cuando voy allí, me llevo una pareja de marinos, uno de los cuales es un cocinero excelente. Y cuando me marcho, la dejo al cuidado de un diminuto ser parecido a un gnomo, que en otros tiempos fue minero y que lleva mucho tiempo a mi servicio.

Mi amigo, que a veces me visita en mi soledad veraniega, es artista de profesión, escandinavo de nacimiento y cosmopolita debido a las circunstancias.

Habíamos cenado al atardecer. El resplandor del ocaso había enrojecido hasta desvanecerse, y la púrpura vespertina teñía la vasta cadena de montañas que ciñen el profundo golfo al este y se elevan cada vez más altas hacia el sur. Hacía mucho calor, y nos sentamos en la esquina de la plataforma que se encuentra más cerca de la tierra, esperando que la brisa nocturna descendiera de las colinas más bajas. El aire perdió color, hubo un corto intervalo de crepúsculo gris oscuro, y una lámpara arrojó un rayo de luz amarilla desde la puerta abierta de la cocina, donde los sirvientes estaban cenando.

Luego, la luna se alzó de improviso por encima de la cresta del promontorio, inundando la plataforma e iluminando cada pequeña estribación rocosa y cada montículo de hierba que teníamos a nuestros pies, hasta la orilla del agua inmóvil. Mi

amigo encendió su pipa y se sentó a contemplar cierto lugar en la ladera de la colina. Yo sabía que la estaba mirando, y desde hacía mucho tiempo me estaba preguntando si no habría visto algo en ella que le hubiera llamado la atención. Yo conocía bien aquel lugar. Estaba claro que algo le interesaba al fin, aunque tardase bastante en hablar. Como muchos pintores, confiaba en su propia vista, al igual que un león confía en su fuerza y un venado en su velocidad. Y siempre le preocupa no poder reconciliar lo que ve con lo que cree que debería ver.

—Es extraño —dijo—. ¿Ves aquel montículo de tierra a este lado de la roca?

—Sí —dije yo, adivinando adónde quería ir a parar.

—Parece una tumba —observó Holger.

—Muy cierto. Parece una tumba.

—Sí —prosiguió mi amigo, con los ojos clavados todavía en aquel lugar —. Pero lo extraño es que veo un cuerpo tendido encima de ella. Naturalmente — continuó Holger, ladeando la cabeza como suelen hacer los artistas —, debe de ser un efecto de luz. En primer lugar, no se trata ni mucho menos de una tumba. Y en segundo lugar, si lo fuese, el cuerpo estaría dentro y no fuera. Por consiguiente, es un efecto producido por el claro de luna. ¿No lo ves?

—Perfectamente. Siempre lo veo en las noches de luna.

—No parece interesarte mucho — comentó Holger.

—Al contrario, sí que me interesa, aunque ya estoy acostumbrado a verlo. Además, no estás tan lejos de la verdad. El montículo es realmente una tumba.

—¡Tonterías! —gritó Holger, con incredulidad —. ¡Supongo que ahora me dirás que eso que veo tendido encima es realmente un cadáver!

—No —respondí—, no lo es. Lo sé, porque me he tomado la molestia de ir hasta allá abajo y comprobarlo.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Holger.

—No es nada.

—¿Quieres decir que se trata sólo de un efecto de luz?

—Tal vez lo sea. Pero lo que no acierto a comprender es que da igual que la luna salga o se ponga, que esté en fase creciente o menguante. Basta que haya luna, por el este o el oeste o por encima: en tanto ilumine la tumba, se puede ver sobre ella la silueta de un cuerpo.

Holger atizó su pipa con la punta del cuchillo, y luego apretó el tabaco con el dedo. Cuando hubo prendido bien, se levantó de la silla.

—Si no te importa —dijo—, iré allá abajo y echaré una ojeada.

Se marchó, atravesó la azotea y desapareció por la oscura escalera. No me moví, sino que me quedé allí sentado mirando hacia abajo, hasta verle salir de la torre. Le oí canturrear una vieja canción danesa, mientras atravesaba el descampado bajo la radiante luz de la luna, dirigiéndose en línea recta al misterioso montículo. Al llegar a unos diez pasos de distancia, se detuvo en seco, dio dos pasos hacia delante, luego tres o cuatro hacia atrás, y finalmente se detuvo de nuevo. Yo sabía bien por qué.

Había llegado al lugar en donde la Cosa dejaba de ser visible… en donde, como él habría dicho, el efecto de luz cambiaba.

Después prosiguió hasta llegar al montículo, sobre el que se detuvo. Yo podía ver todavía la Cosa, pero ya no estaba tendida. Ahora estaba de rodillas, rodeando el cuerpo de Holger con sus brazos blancos y mirándole al rostro. En aquel momento, un soplo de brisa gélida agitó mis cabellos, mientras el viento de la noche comenzaba a descender de las colinas. Pero más bien me pareció un aliento procedente de otro mundo.

Parecía que la Cosa estaba intentando ponerse de pie, con la ayuda del cuerpo de Holger, mientras éste se mantenía en posición vertical, sin darse cuenta de nada y aparentemente mirando hacia la torre, muy pintoresca cuando la luz de la luna le cae de ese lado.

—¡Regresa! —le grité—. ¡No te quedes ahí toda la noche!

Al alejarse del montículo, me pareció que lo hacía de mala gana, o bien con ciertas dificultades. Sí, era eso. Los brazos de la Cosa se aferraban todavía a la cintura de Holger, pero sus pies no podían abandonar la tumba. De suerte que, cuando mi amigo avanzó lentamente y tiró de ella, se alargó como si se tratara de una espiral de bruma, tenue y blancuzca, hasta que vi claramente a Holger agitarse, como si se estremeciera. En ese mismo instante la brisa trajo hasta mí un leve gemido de dolor… tal vez el grito de la pequeña lechuza que vive entre las rocas. Y la presencia brumosa se desprendió rápidamente de la figura en progresión de Holger, tendiéndose una vez más cuan larga era sobre el montículo.

De nuevo sentí en mis cabellos la gélida brisa, y esta vez un glacial estremecimiento de terror me corrió por la espina dorsal. Recordé muy bien que en una ocasión había ido allí solo, a la luz de la luna, y que, a pesar de encontrarme cerca, no había visto nada; al igual que Holger había llegado hasta el montículo y me había detenido encima de él. Y cuando regresé, convencido de que allí no había nadie, de repente tuve la convicción de que había algo, después de todo, y que lo habría visto si hubiera mirado detrás de mí. También recordé la intensa tentación que sentí de volverme atrás, tentación a la que me había resistido por considerarla indigna de una persona sensata, hasta que, para librarme de ella, me sacudí, exactamente como hiciera Holger.

Ahora sabía que aquellos brumosos brazos blancos también me habían rodeado a mí. Me di cuenta de ello en una especie de iluminación repentina. Y me estremecí al recordar que entonces también había oído al ave nocturna. Pero seguramente no había sido ella. Fue, sin duda, el grito de la Cosa.

Volví a llenar mi pipa y me serví un vaso de vino fuerte del sur. En menos de un minuto, Holger había vuelto a sentarse a mi lado.

—No hay nada allí, desde luego — dijo —, pero lo mismo se le pone a uno la carne de gallina. ¿Sabes que mientras regresaba estaba tan seguro de que había algo

detrás de mí, que sentí deseos de volverme a mirar? Me costó muchos esfuerzos no hacerlo.

Soltó una risita, golpeó la pipa para hacerle caer la ceniza, y se sirvió un poco de vino. Durante un buen rato ninguno de los dos hablamos. La luna se elevó más en el cielo y ambos miramos a la Cosa tendida sobre el montículo.

—Podrías inventarte una historia a partir de eso — dijo Holger al cabo de un rato.

—Existe una —respondí—. Si no tienes sueño, te la contaré.

—Adelante —dijo Holger, a quien le gustaban mucho las historias.

—El viejo Alario se estaba muriendo en la aldea que hay al pie de la colina. Sin duda, lo recordarás. Se decía que había hecho fortuna vendiendo joyas falsas en América del Sur, escapándose con sus ganancias antes de que lo descubrieran. Como toda esa gente cuando logra regresar con algo de dinero, inmediatamente se puso a trabajar para agrandar su casa; y como aquí no hay albañiles, mandó buscar dos de ellos a Paola. Eran un par de sinvergüenzas de aspecto brutal: un napolitano que había perdido un ojo, y un siciliano con una vieja cicatriz de media pulgada de profundidad que le atravesaba la mejilla izquierda. Les veía a menudo, pues los domingos solían venir aquí abajo a pescar en los escollos. Cuando Alario contrajo las fiebres que le mataron, los albañiles todavía seguían trabajando. Como habían convenido con Alario en que parte de la paga consistiría en proporcionarles alojamiento y comida, ambos dormían en la casa.

»La mujer del anciano había muerto, y sólo tenían un hijo llamado Angelo, que era mucho mejor persona que él. Angelo iba a casarse con la hija del hombre más rico del pueblo, y, aunque parezca extraño, si bien el matrimonio lo planearon sus padres, se decía que los dos jóvenes estaban realmente enamorados el uno del otro.

»La verdad es que todas las aldeanas estaban enamoradas de Angelo, y entre las restantes una criatura salvaje y bien parecida llamada Cristina, la muchacha más parecida a una gitana que yo jamás haya visto por estos lugares. Tenía los labios muy rojos y los ojos muy negros, era bien proporcionada como un galgo, y poseía una lengua diabólica. Pero a Angelo no le importaba un comino. Era un chico más bien candoroso, completamente distinto a ese viejo bribón de su padre, y en circunstancias que yo calificaría de normales, creo de verdad que nunca habría mirado a una muchacha que no fuera la simpática y regordeta criatura, de rica dote, con quien su padre quería hacerle desposar. Mas ocurrieron cosas que no fueron normales ni naturales.

»Por otra parte, un pastor joven y muy guapo, que vivía en las colinas que hay encima de Maratea, estaba enamorado de Cristina, aunque ella, al parecer, no quería saber nada de él. Cristina no disponía de recursos económicos normales, pero era una buena chica siempre dispuesta a hacer cualquier trabajo o a desplazarse a cualquier distancia a llevar un recado a cambio de una barra de pan o de un plato de habichuelas y el permiso para dormir bajo techado. Sobre todo era feliz cuando encontraba algo que hacer en la casa del padre de Angelo.

»Como no hay médico en la aldea, cuando los vecinos advirtieron que el anciano Alario se estaba muriendo, enviaron a Cristina a Stalea a buscar uno. Era tarde avanzada. Habían esperado tanto porque el moribundo, que era avaro, mientras estuvo en condiciones de hablar no quiso permitir semejante extravagancia. Pero mientras Cristina estaba de camino, las cosas empeoraron rápidamente. Llamaron al sacerdote y lo llevaron junto a la cabecera del moribundo, y cuando hubo hecho lo que pudo, comunicó a los presentes que, en su opinión, el anciano había muerto. Y abandonó la casa.

»Ya conoces a esa gente. Sienten un horror físico a la muerte. Hasta que no habló el sacerdote, la habitación había estado llena de gente. Mas antes de que salieran de su boca las últimas palabras ya estaba vacía. Bajaron todos corriendo por la escalera oscura y salieron a la calle. Era ya noche cerrada.

»Angelo, como ya he dicho, estaba ausente y Cristina no había regresado todavía. La sirvienta simplona que había cuidado al enfermo huyó con los demás, y dejó solo el cadáver a la luz vacilante de la lámpara de aceite.

»Cinco minutos después, dos hombres miraron al interior con cautela y avanzaron de puntillas en dirección a la cama. Eran el albañil napolitano tuerto y su compañero siciliano. Sabían muy bien lo que buscaban. En un momento sacaron de debajo de la cama un cofre pequeño y pesado con zunchos de hierro, y mucho antes de que nadie pensara en volver a donde estaba el muerto, habían abandonado la casa y la aldea, protegidos por la oscuridad de la noche. Les resultó bastante fácil, ya que la casa de Alario es la última antes de llegar al desfiladero que conduce hasta aquí abajo, y los ladrones no tuvieron más que salir por la puerta trasera y salvar el muro de piedra. No corrían ningún riesgo, salvo el de encontrar algún campesino retrasado, posibilidad muy remota en efecto, porque muy pocos utilizan ese sendero. Llevaban un pico y una pala, y se abrieron paso sin ningún contratiempo.

»Te estoy contando esta parte de la historia tal como imagino que debe de haber sucedido, pues, por supuesto, no hubo ningún testigo. Los hombres bajaron el cofre al desfiladero, con la intención de enterrarlo hasta que pudieran regresar para llevárselo en un bote. Debieron de ser lo bastante astutos para imaginar que parte del dinero estaría en billetes de banco, pues si no lo habrían enterrado en la arena húmeda de la playa, donde hubiera estado mucho más seguro. Pero el papel se habría podrido en caso de haberse visto obligados a dejarlo allí mucho tiempo, así es que cavaron un agujero allá abajo, cerca de esa roca. Sí, exactamente donde ahora está el montículo.

»Cristina no encontró al doctor en Scalea, porque le habían llamado de una aldea en lo alto del valle, a mitad de camino a San Doménico. Si lo hubiera encontrado, habría venido en su mulo por el camino alto, que es más llano si bien mucho más largo. Pero Cristina tomó el atajo entre las rocas, que pasa a unos cincuenta pies por encima del montículo y rodea aquel rincón. Cuando ella pasó, los hombres estaban cavando y los oyó. Habría sido muy improbable que la joven siguiera su camino sin tratar de descubrir qué significaba aquel ruido, pues jamás en toda su vida tuvo miedo

de nada. Además, los pescadores desembarcaban allí de noche a coger piedras para fondear o leña para encender una pequeña fogata.

»La noche estaba oscura y probablemente Cristina se acercó bastante a los dos hombres antes de que pudiera ver lo que estaban haciendo. Les conocía, naturalmente, y ellos la conocían a ella, por lo que de inmediato comprendieron que estaban en sus manos. Sólo podían hacer una cosa para salvarse, y la hicieron. La golpearon en la cabeza, cavaron más hondo el agujero, y la enterraron rápidamente junto con el cofre zunchado de hierro. Debieron comprender que el único modo de evitar las sospechas consistía en estar de vuelta en la aldea antes de que advirtieran su ausencia, pues regresaron de inmediato, y media hora después los encontraron charlando tranquilamente con el hombre encargado de fabricar el ataúd de Alario. Era un amigote suyo, y también él había trabajado en las obras de reparación de la casa del viejo. Por lo que he podido saber, se suponía que las únicas personas que conocían dónde guardaba Alario su tesoro eran Angelo y la sirvienta que ya he mencionado. Angelo estaba ausente, y fue la mujer quien descubrió el robo.

»Se explica fácilmente que ninguna otra persona supiera dónde estaba el dinero. El anciano cerraba la puerta con llave cuando se marchaba, llevándosela en el bolsillo, y no permitía que la mujer entrara a hacer la limpieza a menos que estuviera él presente. Todo el pueblo sabía, no obstante, que el anciano tenía dinero en alguna parte, y seguramente los albañiles habían descubierto el sitio en donde ocultaba el cofre, encaramándose a la ventana en su ausencia. Si el viejo no hubiera estado delirando hasta perder el conocimiento, sin duda alguna habría sufrido espantosamente pensando en sus riquezas.

»La fiel sirvienta se olvidó de su existencia sólo un rato, cuando huyó con los demás abrumada por el horror de la muerte. No habían pasado diez minutos todavía cuando regresó con dos brujas viejas y espantosas, de esas que siempre se suelen llamar para preparar a los muertos para la sepultura. Aun entonces, la sirvienta no tuvo, al principio, el coraje de acercarse con ellas a la cama, sino que fingió haber dejado caer algo, se arrodilló como si lo buscara, y miró debajo del armazón de aquélla. Las paredes de la habitación habían sido encaladas recientemente hasta el suelo, y le bastó una ojeada para darse cuenta de que el cofre había desaparecido. Había estado allí por la tarde, por consiguiente debían haberlo robado en el breve intervalo después de que ella abandonara la habitación.

»En la aldea no hay ningún puesto de carabineros; ni siquiera tienen un guardia municipal, ya que no se trata de un municipio. Creo que jamás ha existido un sitio como éste. Scalea tiene que ocuparse de él, no se sabe bien cómo, y se necesita un par de horas para traer a alguien de allí. Como la vieja había vivido toda su vida en la aldea, ni siquiera se le ocurrió pedir ayuda a alguna autoridad civil. Simplemente lanzó un aullido y atravesó la aldea corriendo, en medio de la oscuridad, clamando que en la casa de su difunto amo se había producido un robo. Se asomó mucha gente a las ventanas, pero al principio nadie parecía dispuesto a ayudarla. Poniéndose en su

lugar, la mayor parte de los aldeanos se susurraron el uno al otro que probablemente era ella la ladrona.

»El primero en actuar fue el padre de la chica que Angelo iba a desposar. Reunió a los suyos, todos ellos interesados personalmente en la riqueza que iba a heredar la familia, y declaró que en su opinión el cofre lo habían robado los dos albañiles que se alojaban en la casa. Él mismo se encargó de encabezar su búsqueda, comenzando naturalmente por la casa de Alario para terminar en la carpintería, donde encontraron a los presuntos ladrones compartiendo una medida de vino con el carpintero, sobre el ataúd casi terminado, a la luz de una lámpara de barro llena de aceite y sebo. Los delincuentes fueron inmediatamente acusados del crimen, y amenazados con ser encerrados en el sótano hasta que los carabineros llegaran de Scalea. Los dos hombres se miraron el uno al otro y luego, sin la menor vacilación, apagaron la única luz, cogieron entre ambos el ataúd sin terminar, y sirviéndose de él a modo de ariete, se lanzaron contra los asaltantes amparados en la oscuridad. En pocos minutos estaban muy lejos para ser alcanzados.

»Así concluye la primera parte de la historia. El tesoro había desaparecido, y no habiéndose encontrado ningún rastro de él, la gente naturalmente pensó que los ladrones habían logrado llevárselo. El anciano fue enterrado y cuando Angelo al fin regresó, tuvo que pedir un préstamo para pagar el mísero funeral, y no le fue fácil conseguirlo.

»No hubo necesidad de decirle que al perder la herencia había perdido también la novia. En esta parte del mundo los matrimonios se hacen basándose en principios estrictamente comerciales, y si el dinero convenido no llega el día señalado, la novia o el novio cuyos padres no cumplieron lo prometido ya pueden irse con viento fresco, pues ya no habrá boda. El pobre Angelo lo sabía muy bien. Su padre apenas tenía tierras, y una vez desaparecido el dinero que con tantas dificultades había traído de América del Sur, no quedaban más que deudas por los materiales de construcción que iban a ser utilizados para agrandar y mejorar la vieja casa. Angelo estaba arruinado, y la simpática y regordeta criatura que iba a ser suya, conforme a todas las reglas, le despreció.

»En cuanto a Cristina, pasaron varios días antes de que notaran su ausencia, pues nadie recordaba que la habían enviado a Scalea en busca del doctor, el cual nunca llegó. Ella solía desaparecer a menudo del mismo modo durante varios días seguidos, cuando lograba encontrar algún trabajo aquí o allá en las lejanas alquerías que había en las colinas. Pero cuando vieron que no regresaba, la gente empezó a extrañarse, convenciéndose finalmente de que estaba confabulada con los albañiles y había huido con ellos.

Hice una pausa y vacié mi vaso.

—Sólo aquí pueden suceder semejantes cosas — observó Holger, llenando de nuevo su sempiterna pipa —. Es asombroso el atractivo natural que tienen el asesinato y la muerte repentina en un país romántico como éste. Hechos que en

cualquier otro lugar serían simplemente brutales y repugnantes, se tornan dramáticos y misteriosos porque estamos en Italia y vivimos en una auténtica torre construida por Carlos V para defenderse de los auténticos piratas berberiscos.

—Sí, algo hay de eso —admití. En el fondo, Holger es el hombre más romántico del mundo, pero siempre considera necesario explicar el porqué de sus sentimientos.

—Supongo que encontraron el cadáver de la infeliz chica junto con el cofre — dijo poco después.

—Como parece que te interesa — respondí —, te contaré el resto de la historia.

Para entonces la luna estaba ya muy alta, y podíamos ver con mayor claridad que antes la silueta de la Cosa sobre el montículo.

—La aldea volvió muy pronto a la monotonía de su vida insignificante. Nadie echó de menos al viejo Alario. Había estado tanto tiempo lejos en sus viajes a América del Sur que jamás logró convertirse en un personaje popular en su tierra natal. Angelo vivía en la casa a medio terminar. Y como ya no tenía dinero para pagarla, la vieja sirvienta no seguía con él, sino que muy de vez en cuando iba a lavarle una camisa porque le conocía desde hacía mucho. Además de la casa, Angelo había heredado una pequeña parcela de terreno algo distante de la aldea. Intentó cultivarla, pero no se tomaba a pecho el trabajo, porque sabía que nunca podría pagar los impuestos sobre el terreno y la casa, y que seguramente el Gobierno los confiscaría, o los subastaría para saldar la deuda por los materiales de construcción, cuya devolución se negaba a aceptar el proveedor.

»Angelo se sentía muy desdichado. Mientras su padre vivió y fue rico, todas las chicas de la aldea habían estado enamoradas de él. Pero ahora todo había cambiado. Había sido muy agradable que le admiraran y cortejaran, y que todos los padres que tenían hijas casaderas le invitaran a beber vino. Ahora era bastante duro que le miraran con frialdad, y que algunas veces se burlaran de él porque le habían robado la herencia. Él mismo cocinaba sus míseras comidas, y pasó de estar triste a convertirse en una persona melancólica y taciturna.

»Al crepúsculo, cuando el trabajo del día estaba concluido, en lugar de haraganear con los jóvenes de su edad en el descampado que había frente a la iglesia, se aficionó a vagar por parajes solitarios en las afueras de la aldea, hasta que oscurecía del todo. Luego entraba en su casa furtivamente y se metía en la cama para ahorrar gastos de luz.

»Mas en aquellas horas solitarias del crepúsculo empezó a tener extraños sueños, pese a estar despierto. No siempre estaba solo. A menudo, cuando se sentaba en el tocón de algún árbol, allí donde el angosto sendero bordea el desfiladero, estaba seguro de ver una mujer saliendo de entre las piedras, silenciosamente, como si llevara los pies descalzos; luego se detenía bajo un grupo de castaños, a tan sólo media docena de yardas de distancia del sendero, y le hacía señas en silencio. Aunque la mujer estaba a la sombra, Angelo sabía que sus labios eran rojos, y que cuando se separaban un poco y le sonreían, mostraban dos pequeños dientes puntiagudos. Al

principio más que verlo lo adivinaba. Y también presentía que se trataba de Cristina, y que estaba muerta. Sin embargo no sentía miedo; únicamente se preguntaba si no sería un sueño, porque suponía que de haber estado despierto se habría asustado.

»Además, la mujer muerta tenía los labios rojos, y eso únicamente puede suceder en un sueño. Cada vez que se acercaba al desfiladero después de la puesta del sol, ella estaba allí esperándole, o bien aparecía en seguida. Y Angelo comenzó a abrigar la seguridad de que cada día la joven se le acercaba más. Al principio sólo estaba seguro de su boca roja como la sangre, pero ahora distinguía con mayor claridad cada uno de sus rasgos, y el pálido rostro le miraba con ojos hundidos y famélicos.

»Debía de ser la vista, que se le nublaba. Poco a poco llegó a convencerse de que algún día el sueño no se terminaría cuando volviera el rostro para irse a casa, sino que le llevaría hasta el desfiladero en donde surgía la visión. Cuando en esta ocasión le hizo señas, la joven estaba más cerca. Sus mejillas no estaban lívidas como las de un muerto, sino pálidas por la inanición. Y sus ojos parecían devorarlo con insaciable y frenética avidez, deleitándose con su alma y hechizándole, hasta adueñarse de él finalmente cuando se aproximaron a los suyos. No habría sabido decir si el aliento de ella era cálido como el fuego, o gélido como el hielo; si sus labios rojos abrasaron a los suyos o los dejaron helados; si sus cinco dedos laceraron sus muñecas dejando un rastro de cicatrices o mordieron su carne como hace la escarcha; si él estaba despierto o dormido; si ella estaba viva o muerta… Lo único que sabía es que, entre todas las demás criaturas terrenas o sobrenaturales, ella era la única que le amaba, y que su encanto tenía poder sobre él.

»Aquella noche, cuando la luna se elevó, la sombra de aquella Cosa ya no estaba sola encima del montículo.

»Angelo se despertó al alba, empapado por el rocío y tiritando de frío. Abrió sus ojos a la tenue luz grisácea y vio que las estrellas brillaban todavía por encima de su cabeza. Estaba muy débil, y su corazón latía tan despacio que casi se sentía mareado. Lentamente volvió la cabeza hacia el otro lado del montículo, que hacía las veces de almohada, pero el otro rostro ya no estaba a su lado. Súbitamente se apoderó de él un miedo indecible y desconocido; se levantó de un salto y huyó del desfiladero, sin mirar hacia atrás hasta llegar a la puerta de su casa en las afueras del pueblo. Aquel día acudió con desgana a su trabajo cotidiano, y las horas se arrastraron cansinas en pos del sol, hasta que por fin éste alcanzó el mar y se ocultó, y las colinas empinadas más allá de Maratea se tornaron púrpura contra el cielo oriental de color gris paloma.

»Angelo se echó al hombro el pesado azadón y abandonó el campo. Se sentía menos cansado que por la mañana, cuando se había puesto a trabajar. Pero se prometió a sí mismo que iría a casa sin demorarse en el desfiladero, se comería la mejor cena que pudiera procurarse, y dormiría toda la noche en su cama como un cristiano. Nunca más se dejaría seducir en aquel sendero angosto por ninguna sombra de labios rojos y aliento helado. Nunca más soñaría aquel sueño delicioso y terrorífico. Se aproximaba ya a la aldea; hacía media hora que el sol se había puesto,

y las suaves notas disonantes de la campana desafinada de la iglesia resonaban entre las peñas y los barrancos, anunciando a todas las personas de bien que la jornada había terminado.

»Angelo se detuvo un momento en el lugar en donde el sendero se bifurcaba, conduciendo por la izquierda a la aldea, y descendiendo por la derecha hasta el desfiladero, en donde un grupo de castaños extendía sus ramas sobre aquel angosto paso. Se detuvo un minuto todavía, alzando su sombrero estropeado y contemplando el mar que desaparecía progresivamente hacia el oeste. Sus labios se movieron mientras repetía en silencio la acostumbrada plegaria vespertina. Mas las palabras que siguieron a ese movimiento, al llegar a su cerebro perdieron su significado hasta convertirse en otras, y terminó por pronunciar un nombre en voz alta: ¡Cristina! Apenas pronunciado el nombre, se relajó súbitamente la tensión de su voluntad, la realidad se borró, y de nuevo le embargó el sueño, conduciéndole hacia allá abajo, con la rapidez y seguridad de un sonámbulo, por el empinado camino cada vez más oscuro.

»Mientras se deslizaba a su lado, Cristina le susurró al oído dulces y extrañas palabras, que por alguna razón él sabía que de haber estado despierto no las habría comprendido del todo. Mas ahora le parecían las palabras más maravillosas que jamás escuchara en toda su vida. Y ella también le besó, aunque no en la boca. Sintió el beso intenso de la joven en su blanca garganta, y vio que sus labios eran rojos. Así que vivió otra vez aquel sueño delirante durante el crepúsculo, el anochecer y la salida de la luna, y a lo largo de toda aquella espléndida noche de verano. Mas cuando llegó el frío amanecer Angelo yacía sobre el montículo, como medio muerto, recordando y a la vez olvidándose de todo, vacío de sangre, pero con el extraño anhelo de ofrecer todavía más a aquellos labios rojos.

»Entonces hizo su aparición el miedo, el atroz pánico sin nombre, el horror mortal que custodia los confines del mundo que no vemos, ni conocemos como las demás cosas, pero cuya presencia sentimos en cuanto su gélido estremecimiento nos hiela los huesos y el tacto de una mano espectral nos revuelve los cabellos. Una vez más Angelo se levantó de un salto del montículo y huyó del desfiladero al despuntar el día, pero su andar era menos firme y jadeaba al correr. Y cuando llegó al límpido manantial que brota a medio camino subiendo la colina, se dejó caer de rodillas, hundió el rostro en el agua y bebió como nunca bebiera antes, pues su sed era como la de un herido que hubiera yacido toda la noche sobre el campo de batalla desangrándose.

»Lo tenía firmemente atrapado, y ya no podía escaparse de ella; al contrario, volvería a ella todas las tardes a la puesta del sol hasta que se bebiera la última gota de su sangre. En vano trataba él, al acabar el día, de tomar otro camino de vuelta a casa que no pasara cerca del desfiladero. En vano, cada mañana cuando despuntaba el día, prometíase a sí mismo no volver allí, mientras ascendía el solitario sendero que conduce de la costa a la aldea. Todo era inútil, porque cuando el abrasador sol se

hundía en el mar, y el frescor de la noche salía a hurtadillas de su escondite para hacer más divertido este mundo fastidioso, sus pies se dirigían al camino conocido, donde ella le esperaba a la sombra de los castaños. Y todo sucedía del mismo modo: ella comenzaba a besarle su garganta blanca, mientras revoloteaba a su alrededor por el camino y le abrazaba.

»Mientras a él empezaba a escasearle la sangre, ella estaba cada día más ansiosa y sedienta. Y cuando se despertaba todas las mañanas al alba, cada vez le era más difícil y fatigoso levantarse y ascender la empinada senda que llevaba a la aldea. Y cuando iba a su trabajo arrastraba los pies penosamente, y apenas tenía fuerza en los brazos para manejar el pesado azadón. Ya casi no hablaba con nadie, pero la gente decía que se estaba "consumiendo" por el amor de la chica que iba a desposar cuando perdió la herencia; y se reían de buena gana al pensar en ello, pues este país no es nada romántico.

»A esas alturas, Antonio, el hombre que cuida la torre, regresó de una visita a sus familiares, que viven cerca de Salerno. Había estado ausente desde antes de la muerte de Alario y nada sabía de lo ocurrido. Me contó que regresó ya avanzada la tarde, y que se encerró en lo alto de la torre para comer y dormir, pues estaba muy fatigado. A medianoche se despertó, y, cuando miró afuera, la luna menguante se elevaba por encima de la cresta de la colina. Luego miró en dirección al montículo y vio algo que ya no le dejó dormir en toda la noche. Cuando salió de nuevo por la mañana era ya pleno día y sobre el montículo no se veía más que un montón de piedras y arena. Sin embargo no se acercó a él, subió derecho a la aldea y fue inmediatamente a la casa del viejo sacerdote.

»—Esta noche he visto algo horrible — dijo —. He visto a un muerto beber la sangre de un vivo. Y la sangre es vida.

»—Cuéntame lo que has visto — replicó el sacerdote.

»Antonio le contó todo lo que había visto.

»—Esta noche debe traer su misal y el agua bendita — añadió —. Estaré aquí antes de la puesta de sol para ir allá abajo con usted, y si a su reverencia le place cenar conmigo mientras esperamos, me encargaré de prepararlo todo.

»—Aquí estaré —contestó el sacerdote —. Yo también he leído en libros antiguos sobre esos seres extraños que no están ni vivos ni muertos, y que yacen en sus tumbas bien conservados siempre, saliendo furtivamente de ellas en la oscuridad para saborear la vida y la sangre.

»Antonio no sabía leer, pero se alegró al ver que el sacerdote era un entendido en la materia. Porque, sin duda, los libros debían de haberle enseñado los medios de proporcionar la paz eterna a esa Cosa que estaba viva a medias.

»Así pues, Antonio se marchó a su trabajo, que consiste principalmente en estar sentado a la sombra de la torre, cuando no está encaramado en una roca con un sedal en la mano para no pescar nada. Mas aquel día fue un par de veces a examinar el montículo bajo el sol resplandeciente, y buscó a su alrededor algún agujero por el que

aquel ser pudiera entrar y salir. Mas no halló ninguno. Cuando el sol comenzó a ocultarse y el aire se hizo más fresco con las primeras sombras, fue a buscar al anciano sacerdote, llevando consigo un pequeño cesto de mimbre, en el que había puesto una botella de agua bendita, y la palangana, el hisopo y la estola que aquél necesitaría. Juntos bajaron hasta aquí y aguardaron ante la puerta de la torre hasta que oscureciera del todo. Pero mientras todavía quedaba algo de luz, vieron, allí mismo, dos figuras en movimiento: un hombre que avanzaba y una mujer que iba a su lado, con la cabeza inclinada sobre su hombro, besándole en la garganta.

»El sacerdote me lo confirmó todo, y también que le castañeteaban los dientes, por lo que se aferró al brazo de Antonio. La visión cruzó por delante de ellos y desapareció en la oscuridad. Entonces Antonio cogió el frasco de cuero lleno de aguardiente, que guardaba para las grandes ocasiones, y bebió tal trago que casi creyó haber rejuvenecido de nuevo. Después le entregó al sacerdote su estola para que se la pusiera y el agua bendita para que la llevara consigo, y ambos salieron juntos hacia el lugar en donde iban a hacer su trabajo. Antonio confiesa que a pesar del aguardiente le temblaban las rodillas, y que el sacerdote balbuceaba su latín.

»Cuando todavía estaban a unas pocas yardas del montículo, la vacilante luz del farol cayó sobre el rostro pálido de Angelo, que parecía dormido, y sobre su garganta vuelta hacia arriba, de la que goteaba un finísimo reguero de sangre que le corría por el cuello. La vacilante luz del farol alumbró también otro rostro que alzaba la vista de su festín: dos ojos hundidos y apagados, que veían pese a estar muertos; dos labios entreabiertos, más rojos que la vida misma; dos dientes relucientes en los que brillaba una gota rosada. Entonces el bueno del sacerdote cerró los ojos y roció agua bendita delante de él, alzando su voz cascada hasta casi proferir un grito. Y Antonio, que después de todo no es cobarde, levantó el pico en una mano y el farol en la otra, mientras seguía avanzando, sin saber cómo terminaría todo. Luego jura que oyó el grito de una mujer, y la Cosa desapareció. Y Angelo yacía solo sobre el montículo, inconsciente, con un reguero rojo en la garganta y la helada frente perlada de gotas de sudor mortal. Lo levantaron, medio muerto como estaba, y lo recostaron en el suelo muy cerca de ellos. Antonio se puso a trabajar y el sacerdote le ayudó, aunque era viejo y poco podía hacer. Cavaron hondo y al fin Antonio, que permanecía de pie en la tumba, se agachó con el farol en la mano para ver lo mejor posible.

»Sus cabellos eran de color castaño oscuro, con algunos mechones entrecanos en las sienes; en menos de un mes se le habían puesto tan grises como un tejón. De joven había sido minero, y la mayor parte de esta gente ha contemplado de vez en cuando cosas desagradables. Mas jamás había visto nada semejante a lo que vio aquella noche: aquella Cosa que no estaba ni viva ni muerta, aquella Cosa que no podía morar ni en la tumba ni sobre la tierra.

»Antonio se había llevado consigo algo que el sacerdote no había advertido: una estaca puntiaguda que se había fabricado aquella misma tarde con un antiguo trozo de madera dura arrojada por el mar. La llevaba consigo, así como su pesado pico, y con

ellos y un farol en la mano había bajado a la tumba. Creo que nada en el mundo podría inducirle a referir lo que entonces sucedió. Y el anciano sacerdote estaba demasiado aterrorizado para mirar. Según dice, oyó a Antonio resoplar como una fiera salvaje, y menearse como si luchara con algo casi tan fuerte como él mismo. Y escuchó también un ruido horrible, una sucesión de golpes, como si algo penetrara violentamente a través de la carne y los huesos. Luego, el ruido más espantoso de todos: un alarido de mujer, el grito sobrenatural de una mujer ni viva ni muerta, que, no obstante, había estado enterrada a bastante profundidad durante muchos días. Y él, pobre y anciano sacerdote, únicamente podía temblar, arrodillado en la arena, gritando en voz alta sus plegarias y exorcismos para tratar de ahogar aquellos espantosos ruidos.

»Luego, de repente, fue lanzado al exterior un pequeño cofre zunchado de hierro, que rodó hasta chocar con la rodilla del anciano. Y un momento después Antonio se encontraba a su lado, con el rostro tan pálido como el sebo a la vacilante luz del farol, echando paletadas de arena y guijarros al interior de la tumba a toda prisa, y mirando por encima del borde hasta que el hoyo estuvo medio lleno. Y el sacerdote refirió que en las manos de Antonio y sobre sus ropas había mucha sangre fresca.

Había llegado al final de mi historia. Holger apuró su vaso de vino y se reclinó en el sillón.

—Así es que Angelo recuperó otra vez lo suyo — dijo —. ¿Se casó con la joven remilgada y regordeta a la que había estado prometido?

—No. Había recibido un susto excesivo. Se marchó a América del Sur y desde entonces nada se supo de él.

—Y supongo que el cuerpo de aquella infeliz todavía sigue allí — dijo Holger —. Me pregunto si estará ya completamente muerta.

También yo me pregunto lo mismo. Pero, muerta o viva, no siento deseo alguno de verla, ni siquiera a pleno día. Antonio tiene ahora el cabello totalmente gris, como un tejón, y nunca ha vuelto a ser el mismo desde aquella noche.

Edward Frederick Benson

La habitación de la torre

(1912)

Edward Frederick Benson nació en el Wellington College en 1867. Su padre fue arzobispo de Canterbury; su hermano mayor, Arthur Christopher, ensayista y biógrafo, contó entre sus admiradores con la reina Victoria gracias a que uno de sus poemas sirviera de letra para la famosa marcha de Edgar *Pomp and Circumstance*; su hermano menor, Robert Hugh, también escritor, fue chambelán del papa Pío X, y ha sido recordado en más de una ocasión por haber acompañado al barón Corvo en sus correrías romanas.

Su primera novela, *Dodo* (1893), fue el comienzo de una larga y prolífica carrera literaria que llegó a sumar casi un centenar de libros: novelas ligeras de sociedad, comedias universitarias, melodramas y biografías. Gozó de un éxito notable en su época, aunque hoy sus libros no han sobrevivido. Lo mejor de su producción, sin lugar a dudas, son los relatos fantásticos, cuyo género domina como un auténtico maestro. Éstos se recogen en varios volúmenes: *The Room in the Tower* (1912), *Visible and Invisible* (1920), *Spook Stories* (1928) y *More Spook Stories* (1934).

Durante muchos años E. F. Benson vivió en la localidad de Rye, dedicado enteramente a su escritura, en una casa, *Lamb House*, que tenía la particularidad de haber pertenecido a Henry James. En 1940, murió sin descendencia, como sus hermanos, dejando varios cuentos clásicos de vampiros como *The Thing in the Hall* o *And no Bird Sings*. En 1920, en la primera edición de *Visible and Invisible*, apareció su famoso relato *Mrs. Amworth*, un ejemplo clásico con todos los tópicos del tema; pero ocho años antes había publicado una historia mucho más imaginativa sobre un horrible sueño recurrente que finalmente se hace realidad con el misterioso encuentro de la habitación de la torre, donde acecha el más puro terror; el efecto turbador del sueño que va transformándose en una pesadilla real roza la perfección. Con Benson el cuento clásico de vampiros se consuma y toda consumación cierra un ciclo. El vampiro del XIX ha llegado a su consecuencia final: a fuerza de depurarse va perdiendo sus contornos clásicos para dar paso a un vampirismo cada vez más psicológico y poliforme.

La habitación de la torre

Traducción de Juan Antonio Molina Foix

Es frecuente que todos aquellos que suelen soñar asiduamente mientras duermen vean materializado más tarde, al menos en una ocasión, el acontecimiento o la serie de circunstancias que han soñado. Pero, en mi opinión, esto no tiene nada de extraño; lo sorprendente sería que no sucediera de vez en cuando, ya que nuestros sueños, por regla general, están relacionados con gente a la que conocemos y con lugares que nos son familiares, tal y como suelen presentarse a la luz del día en el mundo vigil. Es cierto que en esos sueños se introduce a menudo algún incidente absurdo y de índole fantástica, que descarta la posibilidad de que posteriormente puedan verse realizados. Pero, por simple cálculo de probabilidades, no parece en absoluto improbable que un sueño imaginado por alguien que sueñe constantemente pueda verse realizado de vez en cuando. No hace mucho, por ejemplo, pude ver realizado uno de esos sueños al que no había concedido la menor importancia y que carecía de cualquier tipo de significado para mí. Ocurrió de la manera siguiente:

Cierto amigo mío, que vive en el extranjero, tiene la amabilidad de escribirme una vez cada quince días. Así que, cuando han transcurrido catorce días más o menos desde que he tenido noticias suyas por última vez, mi mente, consciente o inconscientemente, suele esperar una carta de él. Una noche de la semana pasada soñé que, cuando subía a mi habitación a vestirme para la cena, oía, como suele ocurrirme a menudo, llamar al cartero a la puerta de mi casa, lo que me hizo volver a bajar las escaleras. Entre toda la correspondencia, había una carta de mi amigo. Entonces hizo su aparición el elemento fantástico. Al abrirla, descubrí en su interior un as de diamantes en el que mi amigo había garabateado, con su propia letra, que yo tan bien conocía, lo siguiente: «Te envío esto para que lo pongas a buen recaudo, pues como sabes en Italia resulta bastante arriesgado quedarse con ases».

Al atardecer del día siguiente, cuando me disponía a subir a mi habitación a vestirme para la cena, oí la llamada del cartero e hizo exactamente lo mismo que había hecho en mi sueño. Entre otras cartas, había una de mi amigo. Sólo que no contenía ningún as de diamantes. De haberlo contenido, le habría concedido mayor importancia al asunto, que, ni que decir tiene, me parecía una coincidencia completamente normal. Sin duda, consciente o inconscientemente, yo esperaba una carta de él y eso me sugirió el sueño. Del mismo modo, el hecho de que mi amigo no me hubiera escrito en dos semanas, le sugirió a él que debía hacerlo. Pero a veces no resulta tan fácil encontrar una explicación semejante. Al menos yo no logro encontrar

ninguna para la historia que voy a contarles. Estuvo envuelta en tinieblas desde el comienzo y así permanece todavía.

Toda mi vida he sido un soñador inveterado: es decir, son pocas las veces en que al despertar por la mañana no compruebo que he tenido algún tipo de experiencia mental. Y en ocasiones, a lo largo de toda la noche, aparentemente me acontecen las más deslumbrantes aventuras. Casi sin excepción dichas aventuras son agradables, y a menudo simplemente insignificantes. La que voy a relatar es una de esas excepciones.

Contaría yo unos dieciséis años cuando tuve por vez primera cierto sueño. He aquí su desarrollo: al comienzo del sueño me encontraba yo ante la puerta de una gran mansión de ladrillo rojo, en la cual sabía que iba a alojarme. El criado que me abrió la puerta me anunció que el té estaba servido en el jardín, y me condujo a través de una oscura sala de techo bajo, revestida de paneles de madera oscura, con una enorme chimenea encendida, hasta un césped sumamente verde rodeado de macizos de flores. Allí se hallaban reunidos, en torno a la mesita de té, un pequeño grupo de personas, pero todas ellas excepto una me eran desconocidas. Se trataba de un compañero de colegio llamado Jack Stone, visiblemente el hijo de la casa, el cual me presentó a sus padres y a sus dos hermanas. Recuerdo que, de alguna manera, me asombró el encontrarme allí, pues apenas conocía al muchacho en cuestión, y no me gustaba nada lo poco que sabía de él. Además, hacía casi un año que había abandonado el colegio.

La tarde era muy calurosa, y en el ambiente reinaba una insoportable opresión. En el extremo más apartado del jardín se alzaba una tapia de ladrillo rojo, con una verja de hierro en el centro, al otro lado de la cual había un nogal. Nos sentamos a la sombra de la casa, frente a una hilera de grandes ventanales a través de los cuales podía ver una mesa con el mantel puesto, en la que centelleaba el cristal y la plata. La fachada que daba al jardín era muy larga, y estaba flanqueada en uno de sus extremos por una torre de tres plantas, que me pareció mucho más antigua que el resto del edificio.

Poco después, la señora Stone, que había permanecido en silencio, como el resto del grupo, me dijo: «Jack le mostrará su habitación; le he asignado la habitación de la torre».

Inexplicablemente, al escuchar sus palabras se me cayó el alma a los pies. Tuve la impresión de que ya sabía que me darían la habitación de la torre, y que en su interior había algo espantoso y significativo. Jack se levantó inmediatamente, y comprendí que debía seguirle. Atravesamos en silencio la sala, y ascendimos por una gran escalera de roble con muchos recovecos, hasta llegar a un pequeño descansillo con dos puertas. Mi amigo abrió una de esas puertas, empujándola para que yo entrara, y sin acompañarme al interior, la cerró detrás de mí. En aquel mismo momento supe que mi conjetura había sido correcta: en aquella habitación había algo espantoso, y

rápidamente una terrorífica pesadilla comenzó a tomar cuerpo y a apoderarse de mí, provocando que me despertara con un sobresalto de pavor.

Durante quince años ese sueño, con más o menos variantes, me ha visitado de manera intermitente. La mayoría de las veces, empezaba exactamente de la misma forma: la llegada a la casa, el té servido en el jardín, el silencio mortal de los concurrentes seguido de aquella frase fatídica de la señora Stone, la ascensión por la escalera en compañía de Jack Stone hasta la habitación de la torre donde moraba el horror… Y siempre terminaba con una pesadilla terrorífica provocada por algo que había en la habitación, aunque nunca supe exactamente lo que era.

Otras veces, el sueño presentaba ligeras variantes. De vez en cuando, por ejemplo, estábamos cenando sentados en la mesa del comedor, el mismo que yo había visto a través de los ventanales la primera noche que me visitó el sueño. Mas dondequiera que estuviésemos, siempre había el mismo silencio, la misma sensación de opresión y de malos presagios. Y ese silencio, lo presentía, siempre lo rompía la señora Stone diciéndome: «Jack le mostrará su habitación; le he asignado la habitación de la torre». Después de lo cual (eso era invariable) tenía que seguirle por la escalera de roble con muchos recovecos, y entrar en el lugar que yo cada vez más temía cuando lo visitaba en sueños.

O bien, me encontraba de nuevo jugando a las cartas, siempre en silencio, en un salón iluminado por enormes candelabros, que proporcionaban una luz cegadora. No tengo ni idea de cuál pudiera ser el juego. Lo único que recuerdo, con una sensación de deplorable expectación, es que en seguida se levantaba la señora Stone y me decía: «Jack le mostrará su habitación; le he asignado la habitación de la torre».

El salón en donde jugábamos a las cartas se encontraba al lado del comedor y, como ya he dicho, siempre estaba brillantemente iluminado, mientras que el resto de la casa se hallaba sumido en la penumbra y habitado por sombras. Y sin embargo, a pesar de toda aquella luz, a menudo me era casi imposible distinguir, por alguna razón, las cartas que me repartían. Sólo veía que tenían unos dibujos extraños: no había ningún palo de color rojo, sino que todos eran negros, y en algunas ese color negro cubría toda la superficie del naipe. Estas últimas las detestaba y temía.

Como el sueño continuaba repitiéndose, llegué a conocer la mayor parte de la casa. Pasado el salón, al final de un pasillo con una puerta de bayeta verde, había un saloncito para fumadores. Siempre estaba a oscuras, y cada vez que me aproximaba a él me cruzaba en el umbral con alguien, a quien no podía ver, que salía de su interior. Igualmente, los personajes que aparecían en mi sueño sufrían curiosas transformaciones, como si fueran personas vivas. El cabello de la señora Stone, por ejemplo, que era negro la primera vez que la vi, se había vuelto gris. Y en lugar de incorporarse con agilidad, como solía hacer cuando me decía: «Jack le mostrará su habitación; le he asignado la habitación de la torre», se levantaba trabajosamente, como si sus miembros hubieran perdido toda su fuerza. Jack también creció, y se convirtió en un joven de aspecto algo enfermizo, con bigote de color castaño;

mientras que una de sus hermanas dejó de aparecer en el sueño, por lo que comprendí que se había casado.

Transcurrieron seis meses o más sin que el sueño me visitara de nuevo, y empecé a pensar, tal era el inexplicable temor que me poseía, que me había abandonado definitivamente. Pero, pasado ese tiempo, una noche me encontré de nuevo en el jardín delante de la mesita de té. En esta ocasión la señora Stone no se hallaba presente, y los demás iban vestidos de negro. Inmediatamente adiviné la causa, y el corazón me dio un vuelco al pensar que entonces tal vez no me vería obligado a dormir en la habitación de la torre. Aunque habitualmente permanecíamos todos sentados y en silencio, esta vez la sensación de alivio que me embargaba me impulsó a hablar y a reír como jamás lo había hecho antes. Mas incluso entonces la situación no fue del todo agradable, pues nadie me respondió, sino que cruzaron entre sí miradas encubiertas de oscuro significado. Pronto se agotó el necio torrente de palabras de mi charla, y mientras la luz se desvanecía lentamente, poco a poco se fue apoderando de mí un temor mucho más intenso que el que con anterioridad había sentido.

De pronto, rompió el silencio una voz que yo conocía bien, la voz de la señora Stone, diciendo: «Jack le mostrará su habitación; le he asignado la habitación de la torre».

Parecía venir del otro lado de la verja que había en la tapia de ladrillo rojo que lindaba con el jardín, y al alzar la vista vi que el césped estaba salpicado de tumbas. Del tupido sembrado de lápidas emanaba una curiosa luz grisácea, y pude leer la inscripción grabada en la que se encontraba más cerca de mí: «En funesta memoria de la señora Stone». Y, como de costumbre, Jack se levantó y de nuevo lo seguí a través de la sala y subí con él la escalera con muchos recovecos. En esta ocasión la oscuridad era mayor que de costumbre, y cuando entré en la habitación de la torre sólo pude ver los muebles, cuya posición me era ya familiar. También había en la habitación un horrible olor a putrefacción, y me desperté gritando.

El sueño, con los cambios y variaciones que ya he mencionado, siguió visitándome, a intervalos, durante quince años. A veces lo soñaba dos o tres noches seguidas. En una ocasión, como ya he dicho, se produjo una interrupción de seis meses. Pero, calculando un promedio razonable, yo diría que lo soñé con una frecuencia aproximada de una vez al mes. Tenía manifiestamente algo de pesadilla, pues terminaba siempre con la misma sensación de terror espantoso, que en lugar de ir a menos, me parecía que aumentaba con el paso de los años. Presentaba, además, una extraña y horrible consistencia. Los personajes que aparecían en el sueño, como ya he mencionado, envejecían con regularidad. La muerte y el matrimonio visitaban a aquella familia silenciosa, y, después de que hubiera muerto, jamás volví a ver a la señora Stone. Mas siempre era su voz la que me decía que la habitación de la torre estaba preparada para mí. Y, lo mismo si tomábamos el té fuera en el jardín, que si la

escena se situaba en una de las habitaciones que daban a él, siempre podía ver su tumba al otro lado de la verja de hierro.

Lo mismo ocurría con la hija casada: normalmente no estaba presente, mas una o dos veces apareció allí de nuevo, acompañada por un hombre, a quien tomé por su marido. Como el resto, él también permanecía siempre en silencio. Mas, debido a la constante repetición del sueño, cuando estaba despierto había terminado por no atribuir significado alguno a esa circunstancia. Jamás volví a ver a Jack Stone en todos aquellos años, ni tampoco ninguna casa que se pareciera a la oscura mansión de mi sueño. Cuando de pronto sucedió algo…

Ese año me había quedado en Londres hasta finales de julio, y durante la primera semana de agosto fui a Ashdown Forest, en el condado de Sussex, donde pensaba alojarme en una casa que un amigo mío había alquilado para pasar el verano. Salí de Londres temprano, pues John Clinton iba a esperarme a la estación de Forest Row. Pensábamos pasar el día jugando al golf y al atardecer iríamos a su casa. Mi amigo se había presentado con su automóvil, y hacia las cinco de la tarde, después de pasar un día delicioso, nos pusimos en camino, ya que el trayecto hasta la casa era de unas diez millas. Como era todavía muy temprano para tomar el té en el club, esperamos a llegar a casa de Clinton.

Durante el recorrido, el tiempo, que hasta entonces había sido agradablemente fresco a pesar del sol, pareció estropearse. La atmósfera se volvió estancada y opresiva, y sentí esa indefinible y ominosa sensación de ahogo que me suele invadir cuando se aproxima una tormenta. Sin embargo, John no compartía mis opiniones y atribuyó mi recelo al hecho de haber perdido los dos partidos. Los acontecimientos probaron, sin embargo, que yo no estaba equivocado, aunque no creo que la tormenta que descargó aquella noche fuera la única causa de mi depresión.

Nuestro trayecto discurría por angostos caminos bordeados de altos setos, y al poco de partir me quedé dormido, no despertándome hasta que el automóvil se detuvo. Con un escalofrío súbito, debido en parte al miedo pero sobre todo a la curiosidad, me encontré frente al portal de la casa de mi sueño. Mientras me preguntaba si no estaría todavía soñando, atravesamos una sala de techo bajo revestida con paneles de roble y salimos al jardín, en donde estaba servido el té a la sombra de la casa. El jardín estaba rodeado de macizos de flores, y cerrado en uno de sus extremos por una tapia de ladrillo rojo, con una verja, que daba a un terreno de hierba alta y descuidada en medio del cual crecía un nogal. La fachada de la casa era muy larga y en uno de sus extremos se elevaba una torre de tres plantas, visiblemente más antigua que el resto del edificio.

Aquí terminaba, de momento, cualquier otro parecido con el sueño tantas veces repetido. No me encontraba en presencia de una familia silenciosa y algo terrible como la del sueño, sino ante un grupo numeroso de personas sumamente alegres, todas las cuales me eran conocidas. Y a pesar del horror que siempre me había producido aquel sueño, ahora que veía reproducida la escena ante mis ojos no

experimentaba nada. Sentía únicamente una enorme curiosidad por lo que fuera a suceder.

El té prosiguió con gran animación, y al poco rato se levantó la señora Clinton. En aquel momento creí saber lo que iba a decir. Se dirigió a mí, y esto fue lo que dijo:

—Jack le mostrará su habitación; le he asignado la habitación de la torre.

Por espacio de medio segundo, el horror del sueño volvió a apoderarse de mí. Mas desapareció rápidamente, y de nuevo sentí únicamente una acuciante curiosidad. No tuvo que transcurrir mucho tiempo sin que quedara ampliamente saciada.

John se volvió hacia mí.

—Se encuentra en lo más alto de la casa — dijo —, pero creo que estarás cómodo en ella. Lo tenemos todo completamente lleno. ¿Quieres que vayamos a verla ahora? ¡Vaya por Dios!, creo que estabas en lo cierto: vamos a tener una tormenta. ¡Cómo ha oscurecido!

Me levanté y le seguí. Atravesamos la sala y ascendimos por la escalera que me era tan familiar. Luego, mi amigo abrió la puerta y entré en la habitación. En aquel mismo instante volvió a dominarme un terror absoluto e irracional. No sabía a ciencia cierta de qué tenía miedo: simplemente lo tenía. Entonces tuve una repentina revelación, como cuando uno recuerda un nombre que hace mucho tiempo se le ha ido de la memoria. Sabía de qué tenía miedo. Tenía miedo de la señora Stone, cuya tumba con la siniestra inscripción «En funesta memoria…» había visto tan a menudo en mi sueño, al otro lado del jardín al que daba la ventana de mi habitación. Y en seguida, una vez más, el miedo se desvaneció por completo, de manera que pensé que allí no había nada que temer. Y noté que había recuperado la sensatez, la cordura y el sosiego en aquella habitación de la torre, cuyo nombre tan a menudo había oído mencionar en mis sueños y cuyo aspecto me era tan familiar.

Miré a mi alrededor con un cierto sentimiento de posesión y descubrí que nada había cambiado en aquella habitación que tan bien conocía en mis sueños. A la izquierda de la puerta, arrimada a la pared, estaba la cama, cuya cabecera ocupaba una esquina de la habitación. A continuación de ella estaba la chimenea y una pequeña librería; enfrente de la puerta, en el muro exterior, se abrían dos ventanas con celosía, en medio de las cuales se hallaba el tocador, mientras que bordeando la cuarta pared había un lavabo y un armario grande.

Mi equipaje ya había sido deshecho, pues mis útiles de aseo aparecían ordenados sobre el lavabo y el tocador, mientras que mi ropa de vestir estaba extendida sobre la colcha que cubría la cama. Entonces noté, con una repentina e inexplicable sensación de desaliento, que en la habitación había dos objetos bastante llamativos que no había visto antes en mis sueños: un retrato al óleo, de tamaño natural, de la señora Stone y un dibujo a plumilla de Jack Stone, tal y como se me había aparecido apenas hacía una semana en mi sueño más reciente, o sea, como un hombre de unos treinta años, más bien reservado y de aspecto siniestro. Este retrato suyo estaba colgado entre las dos ventanas, casi enfrente del otro cuadro, que colgaba al lado de la cama. Al mirar

con detenimiento este último cuadro, sentí una vez más que se apoderaba de mí un horror de pesadilla.

Representaba a la señora Stone, tal como yo la había visto por última vez en mis sueños: anciana, marchita y con el pelo blanco. Mas, a pesar de la evidente debilidad de su cuerpo, aquella envoltura de carne dejaba traslucir una horrible exuberancia, completamente maligna, y una espantosa vitalidad de la que rezumaba el más inimaginable de los males. Sus impúdicos ojos entornados irradiaban el mal, el cual asomaba, así mismo, en la sonrisa de su diabólica boca. Una misteriosa y horrible hilaridad se extendía por todo su rostro. Las manos, cruzadas sobre las rodillas, parecían estremecerse con un júbilo contenido e indecible. Entonces observé también que el cuadro estaba firmado en el ángulo inferior izquierdo. Y preguntándome quién podría ser el artista que lo pintó, me acerqué más y pude leer la siguiente inscripción: «Julia Stone, por Julia Stone».

En aquel preciso momento llamaron a la puerta, y poco después entró John Clinton.

—¿Tienes todo lo que necesitas? — me preguntó.

—Más de lo que preciso —dije yo, señalando el cuadro.

Mi amigo se echó a reír.

—Una anciana de facciones bastante duras — dijo —. Además, es un autorretrato, si mal no recuerdo. De cualquier manera, no habría podido sacarse mucho más favorecida.

—Pero, ¿es que no te das cuenta? — le dije —. Ese rostro es apenas humano. Es más bien diabólico, como el de una bruja.

Mi amigo miró el cuadro con más atención.

—Sí, no es demasiado agradable — convino —. Sobre todo para tenerlo al lado de la cama. Sí, me imagino que tendría espantosas pesadillas si tuviera que dormir con ese retrato junto a mi cama. Si quieres, haré que lo quiten de ahí.

—Verdaderamente, nada me gustaría más — dije yo.

Mi amigo hizo sonar la campanilla y, con la ayuda de un criado, descolgamos el cuadro y lo sacamos al rellano, donde lo colocamos de cara a la pared.

—¡Demonios, cómo pesa esta anciana dama! — dijo John, enjugándose la frente —. A saber si no está preocupada por algo.

El extraordinario peso del cuadro también me había sorprendido. Estaba a punto de responderle, cuando advertí que la palma de mi mano estaba cubierta de sangre.

—He debido cortarme de algún modo — dije yo.

John dejó escapar una ligera exclamación de sorpresa.

—¡Vaya, yo también! —dijo.

Al mismo tiempo el criado sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la mano con él. Vi que también había sangre en su pañuelo.

John y yo regresamos a la habitación de la torre y nos lavamos las manos. Mas ni en su mano ni en la mía había el más ligero rastro de corte o rasguño. Hecha la

constatación, me pareció como si ambos, por una especie de acuerdo tácito, evitáramos cualquier alusión a aquella anomalía. Algo raro debió de ocurrirme para que no quisiera volver a pensar en ello. No era más que una conjetura, pero supuse que lo mismo le había ocurrido a él.

Como la tormenta que habíamos esperado seguía todavía sin descargar, el calor y la opresión de la atmósfera aumentaron considerablemente después de la cena, y durante algún tiempo la mayor parte de los allí reunidos, incluyendo a John Clinton y a mí mismo, nos sentamos fuera junto al sendero que bordea el jardín, en el mismo sitio en donde habíamos tomado el té. La noche estaba completamente oscura; ningún rayo de luna o parpadeo de estrella podía atravesar el manto de nubes que cubría el cielo. Poco a poco fue disolviéndose la reunión: las mujeres subieron a acostarse, y los hombres se dispersaron para ir a fumar o a jugar al billar. A las once en punto los únicos que quedamos éramos mi anfitrión y yo. Durante toda la velada me había parecido que a mi amigo le preocupaba algo, y tan pronto como nos quedamos a solas se dirigió a mí.

—El hombre que nos ayudó a trasladar el cuadro también tenía las manos manchadas de sangre, ¿te diste cuenta? — dijo —. Hace un momento le he preguntado si se había cortado, y me ha respondido que suponía que sí, aunque no había encontrado ninguna señal. ¿De dónde procederá, entonces, esa sangre?

A fuerza de repetirme a mí mismo que no iba a pensar más en ello, había logrado no hacerlo. Y no deseaba que me lo recordaran, sobre todo a la hora de irme a la cama.

—Lo ignoro —dije—. Y en realidad no me importa, con tal que el cuadro de la señora Stone no esté junto a mi cama.

Mi amigo se levantó.

—No obstante, es muy extraño — dijo —. ¡Caramba!, ahora verás otra cosa no menos sorprendente.

Uno de sus perros, de raza terrier irlandés, había salido de la casa mientras conversábamos. Detrás de nosotros, la puerta que comunicaba con la sala estaba abierta, y un rectángulo brillante de luz se extendía sobre el césped, hasta la verja de hierro que conducía al terreno inculto en donde se alzaba el nogal. A través de ella pude ver que el perro, congestionado de rabia y de pavor, tenía el pelo completamente erizado.

Su hocico estaba entreabierto, mostrando los colmillos, como si se dispusiera a saltar sobre alguien, y gruñía amenazadoramente. Sin prestar la menor atención a su amo o a mí, tenso y agarrotado, atravesó el césped en dirección a la verja de hierro. Se detuvo ante ella un momento y miró a través de los barrotes sin dejar de gruñir. De pronto, su valor pareció abandonarle: profirió un prolongado aullido y regresó a la casa atemorizado, con el rabo entre las piernas.

—Hace eso mismo media docena de veces al día — dijo John —. Como si viera algo que le inspirase a la vez odio y temor.

Me acerqué a la verja y eché un vistazo. Algo se movía afuera entre la hierba. Y de pronto llegó a mis oídos un sonido que no pude identificar inmediatamente. Luego comprendí de qué se trataba: era el ronroneo de un gato. Encendí una cerilla y vi al animal que ronroneaba, un enorme gato persa azul que daba vueltas en torno a un pequeño círculo situado fuera de la verja, en actitud altanera y extasiada, con el rabo en alto como si fuera una bandera. Sus despiertos ojos relucían, y de vez en cuando bajaba la cabeza y husmeaba la hierba.

Me eché a reír.

—Se acabó el misterio, me temo — dije —. Ahí fuera hay un gato enorme celebrando la noche de Walpurgis completamente solo.

—Sí, es Darius —dijo John—. Pasa ahí la mayor parte del día y toda la noche. Pero eso no explica el misterio del perro, pues Toby y él son los mejores amigos del mundo, sino que plantea un nuevo misterio: el del gato. ¿Qué hace ahí el gato? ¿Por qué está contento Darius, mientras Toby está aterrorizado?

En aquel momento recordé los pormenores bastante horribles de mis sueños, cuando veía a través de la verja la lápida blanca con la siniestra inscripción, justo donde el gato estaba ahora. Mas antes de que pudiera responder a las preguntas de mi amigo empezó a llover, tan repentinamente y con tanta intensidad como si hubieran abierto un grifo, y simultáneamente el enorme gato se abrió paso por entre los barrotes de la verja y atravesó el césped dando brincos para resguardarse en la casa. Luego el animal se sentó en el umbral, escrutando la oscuridad con impaciencia. Y cuando John lo metió a empujones, para cerrar la puerta, le soltó un bufido y le dio un zarpazo.

Por alguna razón, ahora que el retrato de Julia Stone estaba fuera en el corredor, la habitación de la torre ya no me asustaba lo más mínimo, de modo que cuando me fui a acostar, cayéndome de sueño y agotado, apenas presté atención al curioso incidente de las manchas de sangre en nuestras manos, ni a la extraña conducta del perro y el gato. Lo último que vi antes de apagar la luz fue el rectángulo vacío en la pared, junto a mi cama, que antes había ocupado el retrato. Allí, el empapelado conservaba íntegramente su tono original rojo oscuro, mientras que en el resto de las paredes se había descolorido. Luego apagué la vela e inmediatamente me dormí.

Mi despertar fue también instantáneo. Me incorporé en la cama con la impresión de que alguna luz brillante había cruzado por delante de mi rostro, aunque la habitación estaba completamente a oscuras. Sabía con exactitud dónde me encontraba: en la habitación en la que tanto miedo había pasado en mis sueños. Mas ninguno de los horrores que había experimentado estando dormido se aproximaba al miedo que ahora me invadía, que paralizaba mi cerebro. Inmediatamente después, retumbó un trueno encima mismo de la casa; mas la posibilidad de que fuera únicamente un relámpago el causante de mi despertar no tranquilizó mi agitado corazón. Sabía que había alguien conmigo en la habitación, e instintivamente alargué

la mano derecha, que era la que se encontraba más próxima a la pared, para alejarlo de mí. Y mis dedos rozaron el marco de un cuadro colgado junto a mí.

Salté de la cama, derribando la mesilla de noche, y oí caer al suelo con gran estrépito mi reloj, la vela y las cerillas. Mas de momento no necesité ninguna luz, pues un deslumbrante relámpago rasgó las nubes, y pude ver que el cuadro de la señora Stone volvía a estar colgado de nuevo junto a mi cama. Inmediatamente, la habitación quedó otra vez a oscuras. Mas tuve tiempo de ver otra cosa también: una figura inclinada a los pies de mi cama, que me observaba. Llevaba una especie de vestido blanco muy ceñido, manchado de barro, y su rostro era idéntico al del retrato.

El trueno estalló y retumbó por encima de mi cabeza. Y cuando cesó y siguió un silencio de muerte, oí como un susurro que se aproximaba a mí; y, lo que es más horrible todavía, percibí un olor a putrefacción. Luego una mano se posó en mi cuello y sentí muy cerca de mis oídos una respiración agitada y anhelante. Sin embargo, yo sabía que aquel ser, aunque podía ser percibido mediante el tacto, el olfato, la vista y el oído, no pertenecía ya a este mundo, sino que era algo que había franqueado los límites de la vida material, y que tenía poder para manifestarse. Entonces sonó una voz que ya me resultaba familiar.

—Sabía que vendrías a la habitación de la torre — dijo —. Te he estado esperando durante mucho tiempo. Al fin has venido. Esta noche será mi festín; dentro de poco compartiremos el mismo festín.

Y la jadeante respiración se acercó más a mí; podía sentirla en mi cuello.

El terror, que, según creo, me había paralizado por un momento, dejó paso entonces al salvaje instinto de conservación. Golpeé salvajemente con ambos brazos a la figura que me rozaba, al tiempo que le daba puntapiés. Y escuché una especie de chillido de animal, a la vez que algo blando caía al suelo con un ruido sordo. Di un par de pasos adelante, tropezando casi con lo que había tendido en el suelo, y por pura suerte hallé el tirador de la puerta. Un segundo después abandonaba el rellano y cerraba la puerta de golpe detrás de mí. Casi en el mismo instante oí abrirse una puerta en alguna parte de la planta baja, y John Clinton, vela en mano, subió las escaleras corriendo.

—¿Qué pasa? —dijo—. Dormía justo debajo de ti y oí un ruido como si… ¡Dios mío!, tienes sangre en el hombro.

Me quedé inmóvil, según mi amigo me contó más tarde, tambaleándome de un lado a otro, blanco como el papel. Sobre mi hombro había una marca, como si alguien hubiera apoyado en él una mano cubierta de sangre.

—Está ahí —dije, señalando la puerta de mi habitación —. Sí, ella… ya sabes a quién me refiero. El retrato también está ahí, colgado en el mismo sitio de donde lo retiramos.

Mi amigo se echó a reír.

—Mi querido camarada, debe tratarse de una pesadilla — dijo.

Me apartó a un lado y abrió la puerta, mientras yo permanecía inerte por el terror, incapaz de detenerlo, incapaz de moverme.

—¡Uf, qué olor más espantoso! — dijo.

A continuación se produjo un gran silencio. Clinton había desaparecido de mi vista después de cruzar el umbral de la puerta, que permanecía abierta. Unos segundos más tarde salió de nuevo, tan blanco como yo, e inmediatamente cerró la puerta.

—Es verdad, el retrato está ahí — dijo —. Y en el suelo hay algo… una cosa manchada de tierra, como esas cajas en donde entierran a los muertos. ¡Vámonos de aquí, deprisa, vámonos!

Ignoro cómo logré bajar las escaleras. Una náusea y un escalofrío espantosos, más del espíritu que de la carne, se habían apoderado de mí. En más de una ocasión Clinton tuvo que guiar mis pasos durante el descenso, mientras de vez en cuando lanzaba inquietas miradas de pánico hacia lo alto de la escalera. Al fin llegamos a su vestidor, en el piso de abajo, y allí le conté lo que acabo de describir en estas páginas.

El resto puede contarse brevemente. En efecto, algunos de mis lectores tal vez hayan adivinado ya de qué se trata, si recuerdan aquel inexplicable asunto ocurrido en el cementerio de West Fawley, hará unos ocho años, cuando por tres veces se intentó enterrar el cadáver de cierta mujer que se había suicidado. En cada tentativa, el ataúd aparecía al cabo de unos cuantos días emergiendo del suelo. Después del tercer intento, con el objeto de que no se continuara hablando del asunto, el cadáver fue enterrado en otra parte, en tierra no consagrada. El lugar en donde se enterró estaba justo al otro lado de la verja de hierro del jardín de la casa donde había vivido aquella mujer. Se había suicidado en una habitación que había en lo alto de la torre de esa misma casa. Su nombre era Julia Stone.

Posteriormente, el cadáver fue desenterrado de nuevo en secreto, y se encontró que el ataúd estaba lleno de sangre.



Max Kahn, *Ein Vampyr*,
óleo (1895)

August Derleth

La nieve que arrastra el viento

(1939)

August William Derleth (1909-1971) nació en Sauk City, Wisconsin. A los trece años escribe su primera historia de terror, *Bat's Belfry* (1926), que sería publicada cuatro años después en la ya célebre revista *Weird Tales*. En 1930 se gradúa en la universidad de Wisconsin y escribe una tesis doctoral, *The Weird Tale in English since 1890*, muy influenciada por el ensayo de H. P. Lovecraft, *El horror en la literatura*. Al salir de la universidad, en 1931, se inicia en la edición con una revista de temas esotéricos llamada *Mind Magic*.

Aunque Derleth ha escrito novelas realistas, ambientadas en su Wisconsin natal, y novelas policíacas, protagonizadas por el detective Solar Pons o el juez Peck, siempre cultivó el género de terror. Profundamente influenciado por Lovecraft desde su más temprana juventud, mantuvo una gran amistad con éste hasta su muerte, acaecida en 1937; año en el que Derleth reúne una antología con los mejores cuentos de su maestro y, al no encontrar ningún editor interesado en ella, funda junto a Donald Wandrei su propia editorial, la mítica Arkham House, donde publica *The Outsider and Others* (1939), y continuará editando la obra de Lovecraft y de otros autores que trata de promover, convirtiéndose así en una de las figuras más activas y destacadas de la literatura de terror del siglo XX.

Derleth escribió ciento cincuenta relatos de terror y más de cien libros a lo largo de su vida. Entre sus obras citaremos *Someone in the Dark* (1941), *Something Near* (1945), sus continuaciones de los mitos de Chulhu, iniciados por Lovecraft, *The Mask of Chulhu* (1958) y *The Trail of Chulhu* (1962). Entre sus colecciones de relatos citaremos: *Sleep no More* (1944), *Who Knocks*? (1946), *The Sleeping and the Dead* (1947), *Not Long For This World* (1948), *The Other Side of the Moon* (1949), *Dark Mind, Dark Heart* (1962), *Over the Edge* (1964), *Travellers by Night* (1967) y *Dark Things* (1971).

The Drifting Snow apareció por primera vez en 1939 en la revista *Weird Tales* firmada bajo el seudónimo de Stephen Grendon. Constituye una de las más poéticas variantes del vampiro moderno; y como sucede en los mejores cuentos del siglo XX en torno a este tema, el lector no se confronta directamente con el monstruo: sólo conoce sus perniciosos e irresistibles efectos.

La nieve que arrastra el viento

Traducción de Marta Alcaraz

Los pasos de tía Mary se detuvieron en seco antes de llegar a la mesa y Clodetta se volvió para ver qué retenía a la anciana. Estaba quieta, rígida, con los ojos clavados en la cristalera que quedaba justo enfrente de la puerta por la que había entrado. Ante ella, bien derecho, el bastón que sujetaba.

Clodetta lanzó una mirada fugaz al otro extremo de la mesa, hacia su marido. Él también miraba a la anciana; su rostro no dejaba entrever emoción alguna. Clodetta se volvió de nuevo y vio que ahora era ella quien centraba el interés de la anciana, que la contemplaba en silencio, impávida. Clodetta se sintió incómoda.

—¿Quién ha descorrido las cortinas de las ventanas que dan al oeste?

Al acordarse, Clodetta se sonrojó.

—He sido yo, tía. Disculpa. Me olvidé de que no querías que esas ventanas quedaran expuestas.

La anciana emitió un sonido extraño semejante a un bufido y volvió a posar la mirada en la cristalera. A un movimiento suyo apenas perceptible, Lisa emergió de la penumbra del salón, desde donde había estado observando a los dos comensales con aire huraño y reprobador. La criada fue derecha a las ventanas del oeste y corrió las cortinas.

Tía Mary se acercó lentamente a la mesa y ocupó su lugar en la cabecera. Apoyó el bastón en su silla, tiró de la cadena que le colgaba del cuello para que los impertinentes descansaran en su regazo y transfirió la mirada de Clodetta a su sobrino, Ernest.

Luego fijó los ojos en la silla vacía del otro extremo de la mesa y habló sin dar señales de estar viendo a sus dos acompañantes.

—Os he dicho a los dos que ni una sola de las cortinas de las ventanas que dan al oeste debía tocarse después de la puesta de sol, y habréis advertido que, por la noche, ninguna ventana ha quedado descubierta ni un instante. Me he cuidado de alojaros en las habitaciones que miran al este, y también es al este adonde mira el salón.

—Estoy convencido de que Clodetta no tenía intención de contravenir tus deseos, tía Mary — dijo Ernest bruscamente.

—No, claro que no, tía.

La anciana arqueó las cejas y continuó, impasible.

—No consideré conveniente dar explicaciones acerca del porqué de mi petición. No voy a daros ninguna. Pero lo que sí quiero decir es que descorrer las cortinas

entraña un peligro seguro. Ernest ya conoce la historia, pero tú, Clodetta, no la conoces.

Clodetta le dirigió a su marido una mirada espantada que la anciana advirtió.

—Por supuesto que sois libres de creer que se me va la cabeza y que estoy volviéndome excéntrica, pero no os aconsejo que lo hagáis.

De repente, un joven entró en la habitación y se dirigió a la silla que quedaba frente a la cabecera de la mesa, sobre la que se abalanzó dedicando a los otros tres comensales un saludo casi inaudible.

—Has vuelto a retrasarte, Henry — dijo la anciana.

Henry farfulló algo y se dispuso a comer a toda prisa. La anciana suspiró y al momento empezó a comer, tras lo cual Clodetta y Ernest hicieron otro tanto. La vieja criada, que no se había movido de detrás de la silla de tía Mary, se retiró no sin antes dirigirle a Henry una mirada llena de desprecio.

Al cabo de unos instantes, Clodetta levantó la vista y se aventuró a hablar.

—Aquí no estás tan aislada como yo pensaba, tía Mary.

—Claro que no, querida mía, con los teléfonos y los coches de ahora, no. Pero hace tan sólo veinte años era otra cosa, te lo aseguro. — Los recuerdos arrancaron una sonrisa a la anciana, que miró a Ernest —. Entonces tu abuelo aún vivía, y fueron muchas las veces que se quedó aislado por la nieve sin poder avisar a nadie.

—Cuando en Chicago hablan de «allá, en el norte» o de los «bosques de Wisconsin», siempre tienes la impresión de que quedan muy lejos — dijo Clodetta.

—Es que quedan muy lejos —añadió Henry bruscamente —. Y espero que tengas algo previsto por si nos quedamos encerrados aquí un día o dos, tía. Parece que afuera nieva, y en la radio dicen que se avecina ventisca.

La anciana dio un bufido y lo miró.

—¡Ah! A mí me pareces excesivamente inquieto, Henry. Tengo la impresión de que en cuanto pusiste los pies en mi casa empezaste a arrepentirte de este viaje. Si te preocupa que se desate una tormenta de nieve, puedo pedirle a Sam que te lleve en coche a Wausau y mañana mismo estarás en Chicago.

—Por supuesto que no.

Se hizo el silencio.

—Lisa —la anciana llamó a la criada, que entró en el comedor para ayudarla a levantarse de su asiento, aunque como Clodetta ya le había dicho a su esposo, «No necesitaba ayuda».

Tía Mary les dio las buenas noches desde el umbral. Tenía un aspecto imponente, con el bastón en una mano y los impertinentes cerrados en la otra. Se desvaneció en la penumbra del pasillo, donde, al alejarse, el ruido de sus pasos se mezcló con el de los de la criada, que rara vez se separaba de la anciana. Casi siempre estaban solas en casa, y la plácida somnolencia de sus vidas tranquilas sólo se veía mitigada por las breves temporadas en las que la anciana recibía la visita de su sobrino Ernest, «el

chico del querido John», o de Henry, de cuyo padre la anciana no hablaba jamás. Sam, que solía dormir en el garaje, no contaba.

Clodetta miró a su marido con inquietud, pero fue Henry quien dijo lo que todos pensaban.

—Creo que está perdiendo la razón — declaró sin ambages. Dejando a Clodetta con la réplica en los labios, Henry se levantó y entró en la sala, donde no tardó en llegar la música de la radio.

Clodetta jugueteó con la cuchara y finalmente dijo:

—Creo que es un poco rara, Ernest.

Él le dedicó una sonrisa paciente.

—No, yo creo que no. Lo de tener las ventanas que dan al oeste cubiertas lo entiendo. Mi abuelo murió ahí; una noche lo atrapó el frío y murió congelado en la cuesta de la colina. No sé cómo sucedió exactamente, yo no estaba aquí. Supongo que no querrá ver nada que se lo recuerde.

—¿Cuál es entonces el peligro al que se refería?

Ernest se encogió de hombros.

—Tal vez ese peligro lo lleve dentro; tal vez la afecte y, a su vez, nos afecte a nosotros. — Se detuvo durante un instante y luego añadió —: Supongo que a ti sí que te parecerá rara, pero desde que tengo uso de razón, tía Mary siempre ha sido así. La próxima vez que vengas ya te habrás acostumbrado.

Clodetta se quedó mirando a su marido durante un momento antes de contestarle. Por fin, dijo:

—Bobadas, cariño.

Él hizo ademán de levantarse, pero Clodetta se lo impidió.

—Escucha, Ernest. Recordaba a la perfección que tía Mary no quiere que nadie descorra las cortinas, pero en ese momento sentí que debía hacerlo. Yo no quería, *pero algo me obligó a hacerlo…* — La voz le temblaba.

—¿Por qué, Clodetta? ¿Por qué no me lo contaste antes?

Ella se encogió de hombros.

—Tía Mary habría pensado que estoy tocada.

—Bueno, no es nada grave, pero has dejado que el asunto te preocupe, y eso no te conviene. Olvídalo, piensa en otra cosa. Ven a escuchar la radio.

Se levantaron y fueron a la sala juntos. Cuando entraban por la puerta se encontraron con Henry, que se hizo a un lado.

—Debí de haber supuesto que terminaríamos aislados aquí arriba. — Cuando Clodetta hizo ademán de replicar, añadió —: No nos pasará nada. Se ha levantado un vendaval y está empezando a nevar, y sé lo que eso significa.

Henry continuó su camino y entró en el comedor vacío, donde se detuvo un momento a mirar la mesa excesivamente larga. Luego se volvió a un lado, se dirigió a la cristalera, descorrió las cortinas y se quedó ahí, escudriñando la oscuridad. Desde la sala, Ernest lo vio de pie al lado de la puerta y protestó.

—Tía Mary no quiere que las cortinas queden descorridas, Henry.

—Bueno. Puede que a ella le parezca peligroso, pero yo me arriesgaré — contestó él tras volverse.

En vez de mirar a Henry, Clodetta tenía los ojos clavados en la noche que quedaba al otro lado de los cristales.

—¡Ahí fuera hay alguien! —dijo de repente.

Henry echó un vistazo rápido afuera.

—No, es la nieve; está cayendo con fuerza y el viento la arrastra de aquí para allá.

Soltó las cortinas y se apartó de cristalera.

—Vaya, habría jurado que vi pasar a alguien por aquí afuera — dijo Clodetta, vacilante.

—Supongo que desde donde tú estás da esa impresión — apuntó Henry, que había vuelto a la sala —, pero lo que yo opino es que has dejado que las rarezas de tía Mary te afecten.

Ernest replicó al comentario con un gesto impaciente, y Clodetta no respondió. Henry se sentó frente a la radio y fue girando el dial lentamente. Ernest había encontrado un libro que empezaba a despertar su interés, pero Clodetta mantenía los ojos clavados en las cortinas, que seguían moviéndose lentamente y ocultando la cristalera. Entonces Clodetta se levantó y salió de la sala; recorrió el pasillo en dirección al ala este y ahí llamó delicadamente a la puerta de tía Mary.

—Entra —dijo la anciana.

Clodetta abrió la puerta y entró; tía Mary estaba sentada, llevaba una bata. Su dignidad, en forma de unos impertinentes y un bastón, descansaba sobre la cómoda y en un rincón del cuarto. La anciana tenía un aspecto sorprendentemente benévolo, como Clodetta le confesó de inmediato.

—¡Ja! Pensabas que era un ogro disfrazado, ¿verdad? — dijo la anciana, sonriendo a su pesar —. Ya ves que no lo soy, pero las ventanas que miran al oeste me dan miedo, como habrás visto.

—Quería contarte una cosa acerca de esas ventanas, tía Mary — dijo Clodetta. Se detuvo bruscamente. La expresión que había adquirido el rostro de la anciana causaba una extraña desazón: no traslucía rabia ni disgusto, sino tan sólo una inquietud tensa ¡Vaya! ¡Que la vieja dama estaba asustada!

—¿Cómo? —le preguntó a Clodetta bruscamente.

—Estaba mirando por la cristalera, fue sólo un instante, y me pareció ver a alguien fuera.

—Por supuesto que no viste nada, Clodetta. Sería tu imaginación, o la nieve que arrastra el viento.

—¿Mi imaginación? Tal vez. Pero no había viento que pudiera arrastrar la nieve, aunque desde entonces se ha levantado ventisca.

—Yo también me he confundido a menudo, querida. En ocasiones he salido de buena mañana a buscar huellas; y no había ninguna, nunca. Estamos en mitad de una

tormenta de nieve, y a pesar del teléfono y de la radio seguimos bastante lejos de la civilización. Nuestro vecino más cercano vive a más de tres millas de aquí, a los pies de la cuesta larga y empinada, y nos separa un trecho arbolado. La carretera más cercana queda a la misma distancia.

—Lo vi tan claramente que podría haberlo jurado.

—¿Quieres salir a buscar mañana por la mañana? — preguntó la anciana de repente.

—Por supuesto que no.

—¿No viste nada, entonces?

Las palabras de la anciana eran mitad pregunta, mitad ruego.

—¡Oh, tía Mary! Ahora estás sacando las cosas de quicio — dijo Clodetta.

—¿Viste o no viste algo, Clodetta? ¿Puedes asegurarlo?

—Supongo que no vi nada, tía Mary.

—Muy bien. Y ahora, ¿crees que podríamos hablar de algo más agradable?

—Claro que sí. Discúlpame, tía Mary. No sabía que el abuelo de Ernest hubiera muerto ahí fuera.

—Eso te ha contado, ¿verdad? Dime.

—Sí, Ernest dijo que por eso no te gustaba ver la cuesta después del anochecer, porque no querías que nada te lo recordara.

La anciana miró a Clodetta con aire impasible.

—Tal vez Ernest nunca llegue a saber cuánta verdad hay en lo que te dijo.

—¿Qué quieres decir, tía Mary?

—Nada que sea de tu incumbencia, querida. — Volvió a sonreír; había perdido su aire severo —. ¿Cómo está el tiempo?

—Está nevando, y mucho, dice Henry. Y sopla un vendaval.

El desagrado con el que la anciana recibió la noticia se reflejó en su rostro.

—No me gusta la noticia, no me gusta nada. ¿Y si a alguien se le ocurriera asomarse a la cuesta esta noche? — Hablaba sola; parecía haber olvidado que Clodetta seguía en la puerta. Cuando volvió a verla, dijo —: *Pero tú no sabes nada, Clodetta*. Buenas noches.

Clodetta apoyó la espalda en la puerta cerrada preguntándose qué habría querido decir la anciana. Pero tú no sabes nada, Clodetta. Qué curioso. Se diría que durante unos instantes la anciana se había olvidado de ella por completo.

Se alejó de la puerta y se topó con Ernest, que se dirigía al ala este.

—Por fin te encuentro —le dijo—. Me preguntaba dónde te habrías metido.

—Estaba hablando con tía Mary.

—Henry ha vuelto a la cristalera que da al oeste, y ahora es él quien cree que hay alguien afuera.

Clodetta se detuvo de repente.

—¿Lo cree de verdad?

Ernest asintió en silencio, muy serio.

—Pero la ventisca está arreciando; no me extrañaría nada que tus insinuaciones lo hubieran afectado.

Clodetta dio media vuelta y se marchó pasillo abajo.

—Voy a contárselo a tía Mary.

Ernest trató de disuadirla, pero no sirvió de nada: Clodetta se puso a llamar a la puerta de la anciana, y antes de que él hubiera podido formular una objeción adecuada ella ya había abierto la puerta y había entrado en la habitación.

—Tía Mary —dijo—, no quería volver a molestarte, pero Henry se ha acercado a la cristalera del comedor y dice que hay alguien fuera.

Aquello tuvo un efecto mágico sobre la anciana.

—¡Los ha visto! —exclamó. Entonces se puso en pie y se acercó a Clodetta apresuradamente —. ¿Cuánto hace de eso? Dímelo, rápido. ¿Cuánto hace que los ha visto? — le preguntó; la agarraba de los brazos, casi con violencia.

El asombro le impidió hablar durante unos instantes, pero sintiendo cómo los ojos de la anciana se clavaban en ella, dijo finalmente:

—Hace un rato, tía Mary, después de cenar.

Las manos de la anciana se relajaron, y con las manos también se relajó la tensión que la dominaba.

—¡Oh! —exclamó; dio media vuelta y, agarrando el bastón que había dejado en el rincón, volvió lentamente a su asiento.

—¿Entonces sí que hay alguien ahí fuera? — inquirió Clodetta, desafiante, cuando la anciana hubo alcanzado la silla.

A Clodetta le pareció que la respuesta tardaba en llegar. La anciana empezó a asentir suavemente, y de sus labios escapó un «sí» que apenas alcanzaba a oírse.

—Será mejor que les hagamos pasar, tía Mary.

La anciana dirigió a Clodetta una mirada breve y seria; luego, con voz firme y suave, y los ojos clavados en la pared que quedaba detrás de la joven, replicó:

—No podemos hacerles pasar, Clodetta, porque no están vivos.

Al instante, las palabras de Henry — «Está perdiendo la razón» — le vinieron a la cabeza. Un brinco involuntario traicionó sus pensamientos.

—Me temo que no estoy loca, querida: es lo que me hubiera gustado entonces, pero no lo estaba. Y ahora tampoco lo estoy. Primero sólo había uno ahí afuera: la chica. El otro es mi padre. Hace mucho tiempo, cuando yo era muy joven, mi padre hizo una cosa de la que se arrepintió durante todos sus días. Tenía mucho genio, y a veces perdía la cabeza. Una noche descubrió que uno de mis hermanos, el padre de Henry, se había tomado algunas libertades con una de las criadas, una chica muy guapa mayor que yo. Mi padre pensó que la culpa era de la chica. Se equivocaba, pero no lo descubrió hasta que fue demasiado tarde. La echó de casa en el acto. Aunque el invierno no había llegado todavía, hacía bastante frío, y a la muchacha aún la separaban de su casa unas cinco millas. Por aquel entonces no sabíamos qué había

sucedido y le rogamos a mi padre que no la echara de casa, pero él no nos hizo caso: la muchacha debía irse.

»Poco después de que se hubiera marchado, se levantó un viento helado al que siguió una terrible tormenta. Mi padre, que ya estaba lamentándose de su arrebato, envió a unos hombres a que fueran a buscar a la muchacha. No lograron dar con ella, pero apareció a la mañana siguiente: había muerto congelada en la ladera de la colina que da al oeste.

La anciana suspiró, se detuvo unos instantes y continuó.

—Al cabo de algunos años, la muchacha regresó. Llegó como se había marchado, en plena tormenta de nieve, pero convertida en una vampiresa. Todos la vimos. Estábamos sentados a la mesa, cenando, y mi padre fue el primero en verla. Los chicos ya estaban en el piso de arriba, y ni mi padre ni ninguna de las chicas, ni mi hermana ni yo, la reconocimos. No era más que una figura borrosa al otro lado de la cristalera que parecía flotar entre la nieve que arrastraba el viento. Mi padre corrió a su encuentro y nos ordenó que avisáramos a los chicos para que lo siguieran. Nunca volvimos a verlo con vida. A la mañana siguiente lo encontramos en el mismo lugar en que había aparecido la muchacha. Había muerto de frío, como ella.

»Unos años más tarde, ella regresó con las primeras nieves acompañada de mi padre: él también se había convertido en vampiro. Se quedaron hasta las últimas nevadas, siempre tratando de atraer a alguien afuera. Después de aquello siempre he mantenido las cortinas echadas durante las noches de invierno, desde que anochece hasta que amanece, porque nunca llegaron a pasar de la cuesta del oeste.

»Ahora ya lo sabes, Clodetta.

Clodetta no pudo decir nada, se vio interrumpida por el ruido de unos pasos que corrían por el pasillo, un golpe apresurado y la cabeza de Ernest que apareció de repente en la puerta abierta.

—¡Venid, las dos —dijo, casi jovial —, hay gente en la cuesta del oeste, una chica y un anciano, y Henry ha salido a buscarlos!

Luego, exultante, se marchó. Clodetta se puso en pie, pero la anciana la adelantó mientras corría pasillo abajo y llamaba a gritos a Lisa, que acababa de salir de su habitación en camisón y gorro de dormir.

—Avisa a Sam, Lisa —dijo la anciana —, y haz que se reúna conmigo en el comedor.

Entró en el comedor con Clodetta pisándole los talones. La cristalera estaba abierta y Ernest, en la terraza cubierta de nieve, llamaba a su primo. La anciana se dirigió hacia Ernest dando zancadas por la nieve mientras el viento azuzaba la nevada contra ella. El bosquecillo de la ladera del oeste se había desvanecido entre la niebla y la nieve: apenas si podían distinguirse los árboles más cercanos.

—¿Adónde habrán ido? —preguntó Ernest mientras se volvía a mirar a la anciana, a quien había confundido con Clodetta. Luego, viendo de quién se trataba,

dijo —: ¡Caramba, tía Mary! ¡Vas muy desabrigada! Pescarás un resfriado que te llevará a la tumba.

—No te preocupes, Ernest —replicó la anciana —. Estoy bien. He mandado que Sam se levante para que te ayude a buscar a Henry, pero me temo que no lo encontrarás.

—No puede andar lejos, acaba de salir.

—Salió antes de que tú pudieras ver adónde se dirigía; ya te llevará un buen trecho.

Sam llegó del comedor y se internó en la ventisca enfundado en un sobretodo. Era bastante mayor que Ernest, casi tanto como la anciana. Le lanzó una mirada inquisitiva y le preguntó:

—¿Han vuelto?

Tía Mary asintió en silencio.

—Tendrás que buscar a Henry. Ernest te ayudará. Y recordad: no os separéis. Y no os alejéis de la casa.

Clodetta llegó con el abrigo de Ernest y las dos mujeres se quedaron juntas mirándolos hasta que el muro de nieve que había levantado la ventisca los engulló. Luego dieron media vuelta lentamente y entraron en la casa.

La anciana se desplomó sobre una silla que miraba a la ventana. Estaba pálida, demacrada; parecía, como Clodetta dijo más tarde, «que se hubiera venido totalmente abajo». Pasó un largo rato en silencio. Luego, con un suspiro suave y breve, se volvió hacia Clodetta y habló.

—Afuera habrá tres, ahora.

Luego, tan de repente que nadie supo cómo, Ernest y Sam aparecieron al otro lado de la cristalera arrastrando a Henry entre los dos. La anciana se apresuró a abrir las puertas y los tres entraron en la sala envueltos en nieve.

—Lo hemos encontrado, pero el frío le ha afectado bastante — dijo Ernest.

La anciana mandó a Lisa a por agua caliente y Ernest corrió a cambiarse de ropa. Clodetta lo acompañó, y ya en su habitación le contó lo que la anciana le había relatado.

Ernest se echó a reír.

—Me parece que te lo has creído, ¿verdad, Clodetta? Sé que Sam y Lisa lo creen porque Sam me contó la historia hace mucho tiempo. Creo que la muerte del abuelo fue un *shock* del que no han podido sobreponerse.

—La historia de la muchacha, y luego…

—Esa parte es cierta, me temo. Es un asunto desagradable, pero sucedió.

—Pero esas personas a las que Henry y yo vimos… — objetó Clodetta débilmente.

Ernest se quedó de pie sin moverse.

—Es cierto. Yo también las vi. Seguirán fuera, entonces, ¡y tendremos que encontrarlas!

Volvió a coger el abrigo y salió de la habitación mientras Clodetta se quejaba con una voz estridente que en ella resultaba extraña.

La anciana, que había oído a Clodetta suplicándole a Ernest, los recibió en la puerta del comedor.

—No, Ernest, no puedes volver a salir — le dijo —. Fuera no hay nadie.

Ernest la apartó con delicadeza para entrar al salón y llamó a Sam.

—¿Vienes, Sam? Otros dos siguen afuera, casi nos olvidamos de ellos.

Sam le dirigió una mirada extraña.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó de mala manera. Desafiante, miró a la anciana, que movió la cabeza.

—La muchacha y el anciano, Sam, tenemos que meterlos en casa.

—¡Oh, ellos! —respondió Sam—. ¡Están muertos!

—Saldré solo, pues —dijo Ernest.

De repente, Henry se levantó con aire aturdido. Avanzó unos pocos pasos y fue posando los ojos primero en uno, y luego en el otro, aunque parecía no estar viendo a nadie. De pronto, se puso a hablar con una voz irreal, con voz de niño.

—*La nieve* —murmuró—, *la nieve… esas manos preciosas, tan pequeñas y tan bonitas… sus manos preciosas… y la nieve, esa nieve tan preciosa y tan bonita que caía a su alrededor y se movía al viento*.

Se volvió lentamente y se puso a mirar la cristalera; los demás siguieron su mirada. Afuera, en el lugar en que la nieve se arremolinaba contra la casa, se había formado una cortina blanca. Henry se quedó quieto durante unos instantes observándola en silencio; entonces de entre la nieve emergió súbitamente una silueta blanca: era una muchacha de ojos brillantes y extrañamente cautivadores que iba envuelta en nieve.

La anciana extendió los brazos y se abalanzó sobre Henry para agarrarlo, pero llegó demasiado tarde: él ya corría hacia la cristalera, la abría y, mientras Clodetta gritaba, desaparecía bajo la cortina de nieve que quedaba al otro lado del cristal.

Ernest corrió hacia la cristalera, pero la anciana lo rodeó con sus brazos y lo sujetó con fuerza mientras murmuraba:

—¡No irás! Henry se ha marchado y no podemos hacer nada por él.

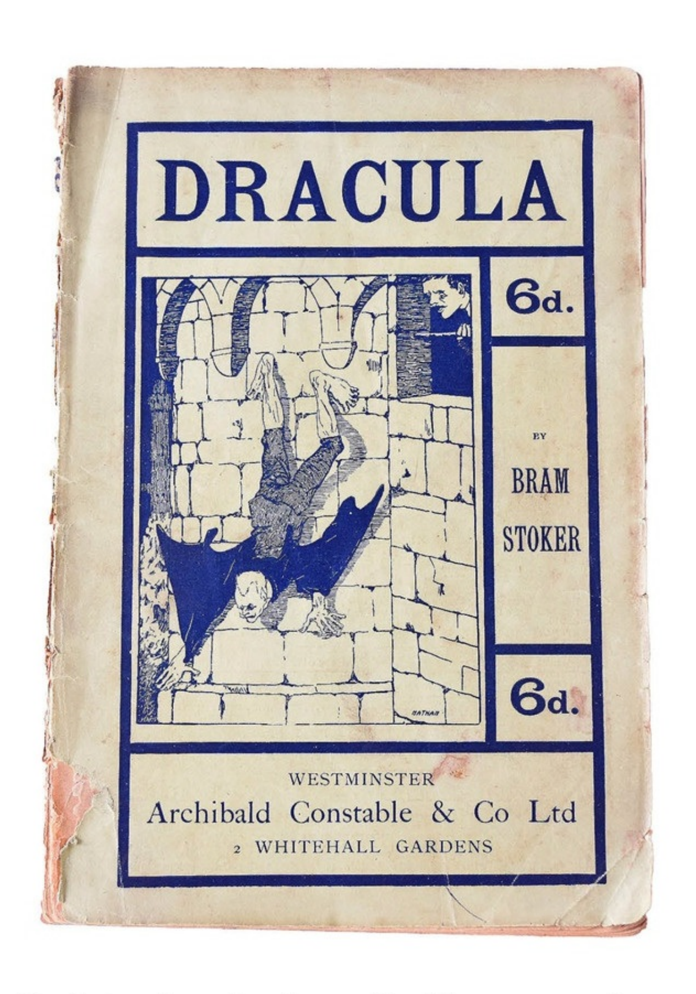
Clodetta corrió a ayudar a la anciana y Sam, amenazador, se quedó al lado de la cristalera cerrada al frío y a la nieve siniestra. Las mujeres sujetaban a Ernest y no tenían intención de soltarlo.

—Manaña —susurró la anciana con severidad — iremos a sus tumbas para clavarles una estaca en el corazón. Debimos haberlo hecho antes.

Por la mañana encontraron el cuerpo de Henry acurrucado contra el tronco de un viejo roble, justo donde años atrás habían aparecido los otros dos cuerpos. Unas marcas casi borradas que dibujaban un rastro largo e irregular señalaban el lugar por donde algo lo había arrastrado. Y sin embargo, no se veían pisadas, sólo unas

extrañas oquedades en el camino, como si el viento, nada más que el viento, hubiera levantado torbellinos de nieve.

Pero en la piel de Henry se apreciaban las señales de la vampiresa de las nieves: las huellas pequeñas y delicadas de la mano de una muchacha.



Cubierta de la edición popular de 1901 con la primera ilustración de *Drácula*

Richard Matheson

Bebe mi sangre

(1951)

Descendiente de emigrantes noruegos, Richard Burton Matheson nació en Allendale, Nueva Jersey, en 1926. A los tres años su familia se mudó a Brooklyn, Nueva York, donde se crió con su madre, separada, devota de la iglesia de Cristo Científico. Lector precoz, Matheson pronto descubrió la literatura fantástica, y a los nueve años ya publicó sus primeros cuentos en los periódicos locales. Estudió ingeniería estructural en el Brooklyn Technical School y después de graduarse en 1943, se alistó en el ejército en un programa para ingenieros hasta que fue enviado al frente en 1944 como soldado de infantería. Herido en combate, retornó a su país; más tarde, se inscribió en la universidad de Misuri donde se graduó en Periodismo en 1949. Un año después, cuando aún estaba dudando si dedicarse a la literatura o a la música, vendió su primer cuento, «Nacido de hombre y mujer», a la *Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Este relato fue aclamado por los lectores como un clásico del género y le hizo famoso. En 1951 se fue a vivir a California y un año después se casó con Ruth Ann Woodson con la que tuvo cuatro hijos.

En 1954 apareció su novela *Soy leyenda*, sobre una pandemia (el *Bacillus vampirus*) que parece haber exterminado a toda la población del mundo, convirtiendo a los que quedan en feroces vampiros y dejando como único superviviente de la humanidad a un solo hombre. En 1956 se publicó su otra obra clásica, *El hombre menguante*, en torno a un personaje que comienza a empequeñecer progresivamente, debido a una extraña intoxicación, hasta extraviarse en un mundo cada vez más desconocido y de proporciones cada vez más gigantescas. La adaptación al cine de esta novela le convirtió en guionista de Hollywood, y en los años sesenta adaptaría varios relatos de Poe al cine y años más tarde varios capítulos de la serie *La dimensión desconocida* (*The Twilight Zone*), y escribiría el guión de la película de Steven Spielberg, *El diablo sobre ruedas*, basada en un relato suyo.

Además de las obras mencionadas, Matheson es autor de veinte novelas de las cuales citaremos *Someone is Bleeding* (1953), *La casa infernal* (1971), *En algún lugar del tiempo*, (*Bid Time Return*) (1975), *Más allá de los sueños* (*What Dreams May Come)* (1975) y *Earthbound* (1989). Sus colecciones de relatos han aparecido consecutivamente en *Shock!* (1961), *Shock 2* (1964), *Shock 3* (1966), *Shock Waves* (1970), *Shock 4* (1980) y *Collected Stories* (1989). Según sus propias palabras, el

leitmotiv de todo su trabajo literario se centra en «el individuo aislado que trata de sobrevivir en un mundo amenazador».

Aparte de *Soy leyenda*, Matheson ha tratado el tema del vampirismo en un guión para televisión titulado *No Such Thing as a Vampire*. En el cuento que aquí publicamos, un niño perturbado y morboso lleva sus obsesivas fantasías vampíricas hasta las últimas consecuencias. A pesar de que el vampiro aparece aquí en escena movido por los hilos de la patología, el aura mítica irrumpe con vigor al final del cuento.

Bebe mi sangre
Traducción de Jordi Fibla

Los inquilinos de la manzana llegaron definitivamente a la conclusión de que Jules estaba loco cuando oyeron hablar de su redacción.

Sus sospechas se habían prolongado durante largo tiempo.

La mirada inexpresiva de Jules hacía estremecerse a la gente. El contraste entre su frágil cuerpo y su voz áspera y gutural parecía poco natural. La palidez de su piel trastornaba a muchos niños. Era como si le colgara suelta alrededor de la carne. Detestaba la luz del sol.

Y sus ideas estaban un tanto fuera de lugar para la gente que vivía en la manzana.

Jules quería ser vampiro.

Todo el mundo sabía que había nacido una noche en la que el viento arrancaba los árboles de cuajo. Decían que nació con tres dientes y que los utilizó para adherirse al seno materno y extraer sangre junto con la leche.

Decían que, una vez había oscurecido, se reía socarronamente y gritaba en su cuna. Decían que, a los dos meses de edad, caminaba y se sentaba a contemplar la luna siempre que brillaba.

Tales eran las cosas que la gente decía.

Sus padres siempre estaban preocupados por él. Como era hijo único, en seguida observaron sus defectos.

Creyeron que era ciego hasta que el médico les dijo que sólo tenía la mirada vacua. Les dijo que Jules, con su voluminosa cabeza, lo mismo podría ser un genio que un idiota. Resultó que era un idiota.

No pronunció una sola palabra hasta los cinco años. Entonces, una noche, a la hora de la cena, se sentó a la mesa y dijo:

—Muerte.

Sus padres estuvieron divididos entre el júbilo y la repugnancia. Finalmente se decantaron por un punto entre ambos sentimientos. Decidieron que Jules no podía haberse percatado de lo que significaba aquella palabra.

Pero Jules lo hizo.

A partir de esa noche, adquirió un vocabulario tan amplio que cuantos le conocían estaban asombrados. No sólo asimilaba cada palabra que le decían, sino también las de los letreros, las revistas y los libros, y creaba sus propias palabras.

Como «palpanoche». O «matamor». En realidad se trataba de varias palabras fusionadas unas con otras. Expresaban cosas que Jules sentía pero que no podía

explicar con otras palabras.

Se sentaba en el porche mientras los demás niños jugaban a la rayuela, el béisbol improvisado y otros juegos. Se quedaba allí sentado, contemplaba la acera e inventaba palabras.

Hasta los doce años de edad, Jules se vio casi totalmente libre de percances. Es verdad que cierta vez le sorprendieron desnudando a Olive Jones en un callejón, y que otra vez le descubrieron cuando diseccionaba un gatito en su cama.

Pero entre ambos sucesos transcurrieron varios años, y esos escándalos se olvidaron.

En general, su infancia transcurrió sin que provocara a la gente más que desagrado.

Fue a la escuela pero jamás estudió. Tuvo que dedicar dos o tres períodos académicos por curso. Todos los profesores le conocían por su nombre de pila. En ciertos temas, como lectura y escritura, era casi brillante.

En otros era un negado sin remedio.

Un sábado, cuando tenía doce años, Jules fue al cine y vio *Drácula*.

Al finalizar la proyección, convertido en una masa de nervios palpitantes, avanzó entre las hileras de niñas y niños.

Fue a casa, se encerró en el baño y permaneció allí dos horas.

Sus padres golpearon la puerta y lo amenazaron, pero él no quería salir.

Finalmente abrió la puerta y se sentó a la mesa para cenar. Tenía una venda en un dedo pulgar y una expresión de satisfacción en el rostro.

A la mañana siguiente fue a la biblioteca. Era domingo. Se pasó el día entero sentado en los escalones, esperando a que abrieran, hasta que emprendió el camino de regreso a casa.

A la mañana siguiente volvió a la biblioteca en vez de ir a la escuela.

Encontró *Drácula* en los estantes. No podía pedirlo prestado porque no era socio de la biblioteca, y para serlo tenía que presentar a uno de sus padres.

Así pues, se metió el libro bajo los pantalones, salió de la biblioteca y nunca lo devolvió.

Fue al parque, tomó asiento y leyó el libro de principio a fin. Anochecía antes de que lo hubiera terminado.

Empezó de nuevo por la primera página, leyendo mientras corría, de una farola a otra, hasta llegar a su casa.

No oyó una sola palabra del rapapolvo que le dieron por haberse perdido el almuerzo y la cena. Comió, se encerró en su cuarto y leyó el libro hasta terminarlo. Le preguntaron de dónde había sacado el ejemplar. Él dijo que se lo había encontrado.

Jules se pasaba los días leyendo el relato una y otra vez. Nunca iba a la escuela.

Por la noche, a altas horas, cuando se había quedado dormido de cansancio, su madre llevaba el libro a la sala de estar y se lo mostraba a su marido.

Una noche observaron que Jules había subrayado a lápiz ciertas frases con temblorosas líneas.

Por ejemplo: «Los labios de la joven estaban húmedos de sangre, y unas gotas le corrían por la barbilla, manchando su inmaculada mortaja».

O también: «Cuando la sangre empezó a brotar, me asió fuertemente las manos con una de las suyas y con la otra me tomó del cuello y presionó la boca contra la herida…».

Al ver esto su madre arrojó el libro al vertedor de basuras.

A la mañana siguiente, cuando Jules descubrió que el libro no estaba, se puso a gritar y retorció el brazo de su madre hasta que le dijo dónde se hallaba.

Entonces bajó corriendo al sótano y buscó entre los montones de basura hasta que lo encontró.

Con posos de café y yema de huevo en las manos y las muñecas, fue al parque y lo leyó de nuevo.

A lo largo de un mes leyó el libro con avidez. Tal era entonces su conocimiento del texto que lo dejó de lado y se dedicó a pensar en él.

Los avisos de sus faltas de asistencia a la escuela se sucedían. Su madre ponía el grito en el cielo. Jules decidió volver al colegio durante una temporada.

Quería escribir una redacción.

Un día la escribió en clase. Cuando todos los alumnos hubieron terminado de escribir, la profesora preguntó si alguno quería leer su redacción a la clase.

Jules levantó la mano.

La profesora estaba sorprendida, pero se sentía caritativa y quería estimularle. Retrajo un poco la minúscula y puntiaguda barbilla al sonreír.

—De acuerdo —dijo—. Prestad atención, chicos. Jules va a leernos su redacción.

Jules se puso en pie. Estaba emocionado. Sus manos temblorosas agitaban el papel.

—«Mi ambición», por…

—Ven a ponerte delante de la clase, querido Jules.

Jules dio unos pasos y se colocó delante de la clase. La profesora sonreía con afecto. Jules empezó de nuevo.

—«Mi ambición», por Jules Drácula.

La sonrisa flaqueó.

—«Cuando crezca quiero ser un vampiro».

Un espasmo frunció los labios sonrientes de la profesora y los ojos se le salieron de las órbitas.

—«Quiero vivir eternamente, ajustar cuentas con todo el mundo y convertir en vampiros a todas las chicas. Quiero oler a muerte».

—¡Jules!

—«Quiero tener un aliento fétido que apeste a tierra muerta, criptas y dulces ataúdes».

La profesora se estremeció. Sus manos se crisparon sobre el secante verde. No podía dar crédito a sus oídos. Miró a los alumnos. Estaban boquiabiertos. Algunos de ellos soltaban risitas nerviosas. Pero no las niñas.

—«Quiero estar frío y tener la carne podrida con sangre robada en las venas».

—Ya es… ¡aaagh!

La profesora se aclaró la garganta vigorosamente.

—Ya es suficiente, Jules —le dijo.

Jules siguió leyendo en un tono más alto y apremiante.

—«Quiero hundir mis terribles dientes blancos en los cuellos de mis víctimas. Quiero que…».

—¡Jules! ¡Vuelve a tu sitio ahora mismo!

—«Quiero que se deslicen como cuchillas de afeitar por la carne y las venas» — leyó el muchacho brutalmente.

La profesora se levantó como impulsada por un resorte. Los niños temblaban. Ninguno de ellos reía.

—«Entonces quiero retirar los dientes, dejar que la sangre fluya despacio en mi boca, corra cálida por mi garganta y…».

La profesora le agarró de un brazo. Jules se zafó de ella y corrió a un rincón. Parapetado detrás de un taburete, gritó:

—«¡Y gotee desde mi lengua y se desprenda de mis labios y caiga sobre las gargantas de mis víctimas! ¡Quiero beber la sangre de las chicas!».

La profesora se le echó encima. Lo sacó a rastras del rincón. Él la arañó, gritando sin cesar, mientras lo sacaba del aula y lo llevaba al despacho del director.

—¡Ésa es mi ambición! ¡Ésa es mi ambición! ¡Ésa es mi ambición!

Era macabro.

Encerraron a Jules en su habitación. La profesora y el director hablaron con sus padres. Los tonos de sus voces eran sepulcrales.

Les refirieron la escena.

En toda la manzana de casas, los padres hablaban de ello. Al principio, la mayoría no lo creyeron, pensaron que sus hijos se lo inventaban.

Entonces pensaron en qué horribles serían los hijos que habían criado si pudieran inventarse tales cosas.

Así pues, les creyeron.

A partir de entonces todo el mundo observaba a Jules como un halcón. La gente evitaba tocarlo o mirarlo. Los padres sacaban a sus hijos de la calle cuando él se acercaba. Todo el mundo contaba chismes sobre él.

Hubo más notificaciones de falta de asistencia al colegio.

Jules le dijo a su madre que no iría más a la escuela. No hubo manera de hacerle cambiar de idea. No volvió jamás.

Cuando un inspector se presentaba en la casa de Jules para hablar con los padres de su falta a clase, el chico corría por los tejados hasta que estaba muy lejos de su

hogar.

De esta manera perdió todo un año escolar.

Erraba por las calles en busca de algo, pero no sabía qué. Miraba en los callejones. Miraba en los cubos de basura. Miraba en los solares. Miraba en el lado este y en el lado oeste y en el centro.

No podía encontrar lo que quería.

Apenas dormía. Nunca hablaba. Siempre iba con la vista gacha. Olvidó sus palabras especiales.

Y entonces…

Un día Jules estaba en el parque y se dio una vuelta por el zoo.

Una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo cuando vio al murciélago.

Abrió desmesuradamente los ojos y su ancha sonrisa reveló el brillo mortecino de sus dientes descoloridos.

A partir de aquel día, Jules iba diariamente al zoo y miraba al vampiro. Hablaba con él y lo llamaba conde. En lo más hondo de su ser estaba convencido de que realmente era un hombre que se había transformado.

Un deseo irrefrenable de conocimiento se apoderó de él.

Robó otro libro de la biblioteca. Trataba de la fauna salvaje.

Buscó la página sobre los vampiros. La arrancó y tiró el libro.

Se aprendió la sección de memoria.

Sabía cómo el vampiro producía la herida. Cómo bebía la sangre a lengüetazos, semejante a un gatito tomando leche. Cómo caminaba sobre las puntas de las alas plegadas y las patas traseras, como una araña negra peluda. Por qué no se alimentaba de nada más que de sangre.

Un mes tras otro Jules contemplaba al vampiro y le hablaba. Llegó a ser el único consuelo de su vida. El único símbolo de sueños convertidos en realidad.

Un día Jules observó que la parte inferior de la cubierta de alambre de la jaula se había soltado.

Miró a su alrededor, con los ojos negros inquietos. No había nadie mirando. Era un día nublado. Apenas había visitantes.

Jules tiró del alambre.

Se movió un poco.

Entonces vio que un hombre salía de la casa de los monos. Jules retiró la mano y se alejó silbando una tonada que acababa de inventarse.

A altas horas de la noche, cuando se le creía durmiendo, pasaba descalzo delante de la habitación de sus padres. Les oía roncar. Se apresuraba a salir de casa, se calzaba los zapatos y corría al zoo.

Cada vez que el guardián no estaba cerca, Jules tiraba de la tela metálica.

La iba soltando.

Cuando había terminado y tenía que correr de regreso a casa, empujaba el alambre de nuevo. Nadie vería la diferencia.

Todos los días Jules permanecía ante la jaula, miraba al conde, se reía y le decía que pronto volvería a ser libre.

Le contaba todo lo que sabía. Le decía que iba a practicar el descenso de paredes de cabeza abajo.

Le dijo al conde que no se preocupara, pronto se vería libre de su encierro. Entonces, juntos, podrían ir por ahí y beber la sangre de las chicas.

Una noche Jules tiró de la tela metálica y se arrastró por debajo hasta entrar en la jaula.

Estaba muy oscuro.

Avanzó de rodillas hasta la casita de madera. Prestó atención, por si oía chillar al conde.

Introdujo un brazo en la negra entrada, sin dejar de susurrar. Se sobresaltó al notar un pinchazo en un dedo.

Con una expresión de gran placer en su delgado rostro, Jules atrajo hacia sí al peludo y aleteante vampiro.

Salió de la jaula con él, se alejó corriendo del zoo y del parque. Corrió por las calles silenciosas.

Estaba amaneciendo, la luz volvía gris el oscuro ciclo. No podía volver a casa. Tenía que encontrar un sitio apropiado.

Entró en un callejón y saltó una valla. Sujetaba con fuerza al vampiro, que lamía el hilillo de sangre que le manaba del dedo.

Cruzó un jardín y entró en una pequeña cabaña abandonada.

El interior era oscuro y estaba húmedo, lleno de cascotes, latas, cartones mojados y excrementos.

Jules se aseguró de que no había ningún riesgo de que el vampiro se escapara.

Entonces cerró la puerta y puso un palo en la anilla metálica.

El corazón le latía con fuerza y sus miembros se estremecían.

Soltó al vampiro. Éste voló a un rincón oscuro y se colgó de un travesaño de madera.

Jules se quitó febrilmente la camisa. Le temblaban los labios y tenía una sonrisa de demente.

De un bolsillo de los pantalones sacó una navaja que le había robado a su madre.

La abrió y deslizó un dedo por la hoja. El acero rasgó la carne.

Con dedos temblorosos, se pinchó en la garganta y se hizo un corte. La sangre le corrió entre los dedos.

—¡Conde! ¡Conde! —gritó, presa de un júbilo frenético —. ¡Bebe mi roja sangre! ¡Bébeme! ¡Bébeme!

Tropezó con las latas, resbaló y buscó a tientas al vampiro. Éste saltó del travesaño, cruzó volando la cabaña y se sujetó en el otro lado.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Jules.

Apretó los dientes. La sangre se deslizaba por los hombros y el delgado y lampiño pecho.

Los escalofríos sacudían su cuerpo enfebrecido. Avanzó tambaleándose hacia el otro lado. Tropezó, cayó y se desgarró el costado con el afilado borde de una lata.

Extendió las manos, asió al vampiro y se lo puso contra la garganta. Se sentó en la tierra fría y mojada. Exhaló un suspiro.

Empezó a gemir y a aferrarse el pecho. Sentía náuseas. El negro vampiro bebía en silencio la sangre que le brotaba del cuello.

Jules notaba que iba perdiendo poco a poco la vida.

Pensó en los años transcurridos. La espera. Sus padres. La escuela. Drácula. Los sueños. Todo para llegar a eso, aquella gloria repentina.

Parpadeó y abrió los ojos.

El lado de la hedionda cabaña oscilaba ante él.

Le resultaba difícil respirar. Abrió la boca para coger una bocanada de aire. Lo aspiró. Estaba viciado. Le hizo toser. Su delgado cuerpo fue presa de espasmos en el frío suelo.

Las brumas que llenaban su cerebro se fueron disipando.

Una tras otra, como velos retirados.

De repente una terrible claridad llenó su mente.

Supo que yacía semidesnudo sobre basura y estaba dejando que un vampiro le chupara la sangre.

Con un grito ahogado, se quitó del cuello el peludo y palpitante vampiro y lo arrojó lejos de sí. El animal volvió, abanicándole la cara con trepidantes alas.

Jules se puso de pie tambaleándose.

A tientas se dirigió a la puerta. Apenas podía ver. Trató de evitar que la garganta le sangrara tanto.

Logró abrir la puerta.

Entonces salió dando tumbos al oscuro jardín y se desplomó de bruces sobre las largas briznas de hierba.

Intentó pedir ayuda a gritos.

Pero ningún sonido, salvo un burbujeo que era una parodia de palabras, salió de sus labios.

Oyó el aleteo.

Entonces, de repente, el aleteo cesó.

Unos dedos fuertes lo alzaron suavemente. El moribundo Jules vio a un hombre alto y oscuro cuyos ojos brillaban como rubíes.

—Hijo mío —le dijo.



Grabado de Edvard Munch, *El mordisco*,
1912-1914

Robert Aickman
Páginas del diario de una joven
(1975)

Robert Fordyce Aickman (1914-1981), hijo único, solitario e introvertido, no tuvo una infancia fácil — como relata en su primera autobiografía *The Atempted Rescue* (1966) — al vivir atemorizado por las extravagancias de su padre, el arquitecto William Arthur Aickman, y las constantes discusiones de éste con su madre, Mabel Violet, hija del prolífico escritor Victoriano Richard Marsh.

Poco después de finalizar la guerra, se convirtió en un enérgico defensor del medioambiente. En 1946 fundó una asociación fluvial que tenía por misión salvaguardar los ríos y canales ingleses de la contaminación y el sobredesarrollo. Aickman escribió dos tratados sobre este tema: *Know your Waterways* (1954), que llegó a ser popular en su tiempo, y *The Story of Our Inland Waterways* (1955). Su segunda autobiografía, *The River Runs Uphill* (1986), también trata extensamente sobre temas medioambientales.

Durante años, Aickman ejerció la crítica de teatro, de ópera y de ballet, y fue presidente de la London Opera Society. En 1951 salió a la luz su primer libro, *We Are for the Dark*, junto a Elizabeth Jane Howard, que compartía con él la mitad de los relatos publicados. Su segundo volumen de cuentos, *Dark Entries* (1964), apareció una década después. Sus siguientes libros, *Powers of Darkness* (1966), *Sub Rosa* (1968), *Cold Hand in Mine* (1975), *Tales of Love and Death* (1977), *Painted Devils* (1979) e *Intrusions* (1980), se cuentan entre lo mejor de la literatura fantástica inglesa de la segunda mitad del siglo XX. Aickman sostenía que no escribía «cuentos de fantasmas» o «relatos de terror» sino lo que él denominaba «cuentos de lo extraño». «Un fantasma», escribió una vez, «nos recuerda que la muerte es lo más cierto y la cosa más incierta»; su literatura no tiene nada que ver con el género de terror: sus historias poseen un leve toque sobrenatural, nos sumergen en una extraña atmósfera envolvente que produce la tensión interior de los personajes, cuya experiencia destapa en el inconsciente del lector sus miedos más profundos.

En las *Páginas del diario de una joven*, que ganó el *World Fantasy Award* en 1975, Aickman nos describe con realismo y delicadeza la lenta transformación en vampiro de una joven, que ignora lo que le ocurre. Más que en ningún otro cuento de esta antología, el acento turbador de su trama ya no descansa en la mítica y magnética figura del vampiro, sino en las venenosas consecuencias psicológicas que éste

produce en su tierna víctima, que paulatinamente se va volviendo, sin darse cuenta, perversa.

Páginas del diario de una joven

Traducción de Carmen Francí

3 de octubre. Padua, Ferrara, Ravena. Hemos llegado a Ravena tan sólo tres días después de salir de esa espantosa Venecia. ¡Y en un carruaje de alquiler! Me duele todo y estoy llena de picaduras. Lo mismo que ayer, anteayer y anteanteayer. Ojalá tuviera alguien con quien hablar. Esta noche, Mamá ni siquiera se ha presentado a cenar. Papá no ha dicho ni una palabra, parecía que tuviera doscientos años en lugar de cien, como suele aparentar. Me pregunto qué edad tendrá de verdad. Pero no sirve de nada preguntárselo, nunca lo sabremos. O, por lo menos, yo nunca lo sabré. Muchas veces pienso que Mamá sí lo sabe o tiene una idea bastante exacta. Me gustaría que Mamá fuera una persona con la que se pudiera hablar, como la madre de Caroline. A menudo pienso que Caroline y su madre parecen hermanas, aunque, claro está, ésas son cosas que no se dicen. Pero Caroline es bonita y alegre, mientras que yo soy pálida y callada. Después de cenar, cuando he llegado a la habitación, me he sentado delante del gran espejo y me he mirado fijamente durante un buen rato. Habré estado media hora o quizá una hora entera. Me he levantado cuando ya era casi de noche.

No me gusta esta habitación. Es demasiado grande y sólo tiene dos sillas de madera pintadas de un azul verdoso con líneas doradas; o, mejor dicho, alguna vez las pintaron de esos colores. No aguanto estar tumbada en la cama cuando preferiría estar sentada. Todo el mundo sabe que es muy malo para la espalda. Además, esta cama, aunque es enorme, parece tan dura como la tierra reseca en verano. Aunque aquí la tierra no es así. Ni mucho menos. No ha dejado de llover desde que salimos de Venecia. Ni una sola vez. Es muy distinto de lo que dijo la señorita Gisborne cuando nos fuimos de mi querido, queridísimo Derbyshire. La verdad es que esta cama es enorme. Cabrían ocho como yo. No me gusta pensar en eso. Acabo de acordarme: hoy es día tres, de modo que hace medio año exacto que emprendimos este viaje. ¡En cuántos sitios he estado durante este tiempo! O mejor dicho, ¡por cuántos sitios he pasado! Algunos ya se me han olvidado. En cualquier caso, tampoco los he visto bien. Papá tiene su manera de ver las cosas y estoy segura de que la suya es muy diferente a la de otras personas. Para mí, toda Padua no es más que un hombre montado a caballo — de piedra o de bronce, imagino, pero ni siquiera sé si lo uno o lo otro —. Ferrara se resume en un enorme palacio-castillo-fortaleza que me da miedo, así que no quise ni mirarlo. Era tan grande como esta cama: en su género, claro. Y ésas son dos ciudades grandes y famosas que he visitado esta misma semana.

¡Para qué hablar de dónde estuve hace un par de meses! Como dice siempre la madre de Caroline, ¡qué farsa! Me gustaría que estuviera aquí y Caroline también. Nadie me ha abrazado ni besado, ni me ha hecho tan feliz como ellas.

La *contessa* me ha proporcionado, como mínimo, una docena de velas. Las he encontrado en uno de los cajones. Supongo que aquí no hay nada que hacer excepto leer — o rezar —. Por desgracia terminé hace tiempo todos los libros que me traje conmigo, y es muy difícil comprar libros nuevos, especialmente en inglés. De todos modos, compré dos muy largos de la señora Radcliffe antes de salir de Venecia. Por desgracia, aunque hay doce velas, sólo hay dos palmatorias, las dos rotas, como todo lo demás. En principio, con dos velas debería haber suficiente luz, pero se diría que lo único que consiguen es que la habitación parezca todavía más grande y oscura. Quizá son velas extranjeras de mala calidad. Al verlas en el cajón, me he dado cuenta de que parecen sucias y descoloridas. Es más, una de ellas era un tanto negruzca. Debe de llevar mucho tiempo en el cajón. Por cierto, en mitad de la habitación cuelga del techo un armazón: no sería muy precisa si lo denominara araña, aunque quizá sea el fantasma de una lámpara. En cualquier caso, queda lejos incluso de los pies de la cama. En estas casas del extranjero en las que nos alojamos, las habitaciones son enormes, como si hiciera siempre buen tiempo, cosa que no es cierta. ¡Vaya farsa!

La verdad es que en este momento tengo bastante frío, aunque llevo puesto el vestido de lana verde oscuro que me abrigó durante todo el invierno pasado en Derbyshire. Me pregunto si estaré más caliente dentro de la cama. Nunca consigo decidirme. La señorita Gisborne siempre dice que soy «una gélida mortal». Veo que he utilizado el presente. Me pregunto si es lo adecuado en el caso de la señorita Gisborne y si la volveré a ver. Me refiero en esta vida, claro.

Ahora que han pasado ya seis días desde la última anotación en este diario, me doy cuenta de que lo escribo todo, como siempre hago en cuanto me pongo a ello. Es como si no pudiera sucederme nada si no dejo de escribir. Es una tontería, pero algunas veces me pregunto si las cosas más tontas no son, con frecuencia, las más ciertas.

Escribo palabras en la página, pero ¿qué significan? Antes de que saliéramos de viaje, todo el mundo me dijo que, independientemente de lo que hiciera, era fundamental que llevara un diario, un diario de viaje. Pero me parece que esto no es un diario de viaje en absoluto. Cuando viajo con Papá y Mamá veo poco el mundo exterior. O bien avanzamos despacio con el carruaje, con Papá y Mamá situados en los lugares desde los que se puede ver algo, o, como mínimo, desde donde se ve mejor, o me encuentro sola bajo la gran bóveda de un dormitorio durante horas, horas y horas, casi siempre sin poder dormir, algunas veces en toda la noche. Vería mucho más si pudiera caminar sola, de vez en cuando, por las distintas ciudades: por supuesto, no quiero decir de noche. Me gustaría que fuera posible. Algunas veces no soporto eso de ser una jovencita. Incluso Papá, algunas veces, lo soporta menos que yo.

Y cuando hay algo que anotar, ¡siempre parece ser lo mismo! Por ejemplo, ahora estamos en otra de esas casas en las que Papá siempre parece tener *entrée*. Sin duda es perverso por mi parte, pero algunas veces me pregunto por qué tanta gente iba a tener ganas de conocer a Papá, que generalmente habla tan poco y es tan desagradable, y es siempre tan viejo. Quizá la respuesta sea muy sencilla: no lo conocen — tampoco a Mamá ni a mí —. Llegamos, Papá lo deja todo en manos del mayordomo o de cualquier otra persona y la familia ni nos ve, porque nunca está en casa. Estas familias extranjeras parecen tener muchísimas casas y siempre están en otra. Y cuando se presenta la familia, el padre o la madre parecen tan viejos como Papá y apenas son capaces de decir una palabra en inglés. Creo que tengo una voz bonita, aunque es difícil estar segura, y ahora desearía fervientemente haberme aplicado más en el aprendizaje de lenguas extranjeras. El problema es que la señorita Gisborne es muy mala enseñándolas. Eso puedo decirlo en mi defensa, pero no me sirve de gran ayuda en este momento. Me pregunto cómo se las apañaría la señorita Gisborne si estuviera en esta habitación conmigo. No mucho mejor que yo, me imagino.

De todos modos, se me ha olvidado decir que ésta es una de las ocasiones en las que se supone que veremos a la maravillosa familia anfitriona; aunque, al parecer, sólo está formada por dos personas, la *contessa* y su hija. Algunas veces tengo la sensación de que he conocido ya a un número suficiente de mujeres y no tengo especiales deseos de conocer más, tengan la edad que tengan. Las mujeres resultan un tanto monótonas — a menos, claro, que sean como Caroline y su madre, que no tienen nada de monótonas ni pueden serlo —. Hasta ahora, la *contessa* y su hija no han aparecido. No sé por qué, pero seguro que Papá lo sabe. Me han dicho que las veremos mañana. No albergo grandes esperanzas. Me pregunto si el tiempo será lo bastante cálido como para ponerme el vestido de satén verde en lugar del vestido de lana verde. Probablemente, no.

¡Y ésta es la ciudad en la que el grande, el inmortal Lord Byron vive en pecado y desenfreno! Incluso Mamá lo ha mencionado varias veces. Aunque en realidad esta casa melancólica no está en la ciudad. Es una villa situada a cierta distancia, aunque no sé en qué dirección y estoy segura de que Mamá tampoco lo sabe ni le importa. Esta tarde, después de cruzar la ciudad, me ha parecido que seguíamos avanzando durante quince o veinte minutos. Sin embargo, encontrarse en la mismísima región que Lord Byron debería conmover hasta el más duro de los corazones, y el mío, estoy segura, bien poco tiene de duro.

Me encuentro con que llevo escribiendo casi una hora. La señorita Gisborne dice siempre que tengo demasiada tendencia a introducir guiones innecesarios y que eso es un defecto. Si lo es, pretendo conservarlo.

Sé que ha pasado una hora porque hay un enorme reloj por ahí que toca los cuartos. Debe de ser enorme por el ruido que hace. Y, además, lo sé porque fuera de Inglaterra todo es grandísimo.

Tengo más frío que nunca y siento los brazos agarrotados. Pero tengo que conseguir quitarme la ropa, apagar las velas y meter mi diminuto ser en ese lecho enorme e inquietante. Odio los bultos que salen por todo el cuerpo cuando se viaja, y espero que no me salgan más esta noche. También espero no tener sed, pues no hay agua de ninguna clase, y menos todavía potable.

¡Ah, Lord Byron, que vive ahí mismo en el exceso y la perversidad! Es imposible olvidarlo. Me pregunto qué pensaría él de mí. Espero que en esta habitación no haya demasiadas cosas de las que muerden.

4 de octubre. ¡Qué sorpresa! La *contessa* ha dicho que le parece bien que dé paseos por la ciudad, siempre que me acompañe mi doncella; y cuando Mamá le ha dicho, al instante, que yo no tenía doncella, ¡me ha ofrecido la suya! ¡Y pensar que eso ha pasado justo al día siguiente de que apuntara en este mismo diario que nunca sucedería! Ahora estoy segura de que habría sido del todo correcto que paseara también por las otras ciudades. Me atrevería a decir que Papá y Mamá se negaban sólo por el problema de la doncella. Por supuesto, debería tener una doncella, igual que Mamá debería tener otra y Papá un criado, así como un coche propio adecuado con nuestro escudo en las portezuelas. Si fuéramos demasiado pobres sería humillante. Como no somos demasiado pobres (estoy segura), es una auténtica farsa. En cualquier caso, Papá y Mamá han montado una escena, pero la *contessa* ha dicho que nos encontrábamos en los Estados de la Iglesia y que, por lo tanto, vivíamos bajo la especial protección de Dios. La *contessa* habla muy bien en inglés e incluso conoce sus «modismos», tal como los llama la señorita Gisborne.

Como era previsible, Papá ha hecho una mueca cuando la *contessa* ha mencionado los Estados de la Iglesia. Cuando veníamos hacia aquí, Papá señaló varias veces que los Estados Pontificios, como él los llama, son los peor gobernados de Europa, y que no sólo lo decía como protestante. Lo dudo. Cuando Papá expresa opiniones como ésa, muchas veces me parecen meras ideas personales, igual que sus criterios sobre el mejor modo de viajar. Después de que hablara la *contessa*, he tenido la sensación — muy intensa — de que sería hermoso ser gobernado por el Papa y sus cardenales. Por supuesto, los cardenales e incluso el Papa pueden cometer errores, como sucede con nuestros obispos y párrocos, que, en definitiva, son hombres, como repite siempre el señor Biggs-Hartley; pero, de todos modos, seguro que están más cerca de Dios que la gente que nos gobierna en Inglaterra. No creo que pueda fiarme de Papá en esta cuestión.

Estoy decidida a aceptar la amable oferta de la *contessa*. Dice la señorita Gisborne que aunque soy pálida y menuda, tengo mucha voluntad. Ahora tengo una oportunidad para demostrarlo. Quizá se planteen algunas dificultades porque la doncella de la *contessa* sólo habla italiano; pero cuando las dos estemos solas, seré yo

la señora y ella la criada, eso no habrá quien lo cambie. He visto a la chica y es bonita, si pasamos por alto el tamaño de su nariz.

Hoy ha llovido, como de costumbre. Esta tarde hemos dado una vuelta por Ravena en el carruaje de la *contessa*: un buen coche, para variar, con sus armas en las portezuelas y un lacayo, además del cochero. Papá ha prescindido de los servicios del coche alquilado. Supongo que habrá vuelto con su paso cansino a Fusina, situada frente a Venecia. Espero que nos quedemos en Ravena una semana. Eso es lo que acostumbran a durar las estancias en las paradas importantes. No es mucho tiempo, pero muchas veces es más que suficiente, tal como vivimos.

Esta tarde hemos visitado la tumba de Dante, que está junto a la calle, y hemos entrado en una gran iglesia que tiene el Trono de Neptuno, y después en la tumba de Gala Placidia, que es azul por dentro y muy bonita. Yo estaba pendiente de cualquier indicio que sugiriera dónde podría vivir Lord Byron, pero ha sido innecesario especular porque la *contessa* casi lo ha dicho a gritos mientras avanzábamos con gran estruendo por una de las calles: «El *Palazzo* Guiccioli. Vean las mallas de la parte baja de la puerta: están ahí para impedir que los animales de Lord Byron escapen». «En efecto, en efecto», ha dicho Papá, mirando con más interés que a la tumba de Dante. No han dicho nada más porque, aunque Papá y Mamá han aludido en más de una ocasión al modo en que vive Lord Byron y temen que pueda entender la conversación, ni la *contessa*, Papá o Mamá saben hasta qué punto lo comprendo. Además, la pequeña *contessina* estaba en el carruaje, sentada sobre un cojín en el suelo, a los pies de su madre — así que éramos cinco personas en el coche: los carruajes extranjeros son tan grandes como todo lo demás —, y me atrevería a decir que ella no sabe nada, es una niña pequeña e inocente.

Contessina es sólo una especie de mote o sobrenombre que emplean la familia y los criados. La *contessina* es en realidad condesa: en las familias nobles extranjeras, si uno de ellos es duque, todos los demás varones parecen ser también duques. Y las mujeres, duquesas. Es muy confuso y no se parece nada a nuestro sistema, que es mucho más claro, pues tenemos sólo un duque y una duquesa por familia. No sé qué edad tendrá la *contessina*. La mayoría de las niñas extranjeras parecen mucho mayores de lo que son, mientras que la mayoría de las nuestras parecen más jóvenes. La *contessa* es muy delgada, una verdadera sílfide. Tiene la piel aceitunada y sin la menor imperfección. La gente habla a menudo de la «tez aceitunada» y la de la *contessina* lo es de verdad. Tiene los ojos enormes, con forma de alubias grandes y de un color similar, pero nunca los mira a nadie. Habla tan poco y tiene una expresión tan vacía y perdida que uno podría pensar que es un poco simple; aunque yo no creo que lo sea. Las chicas europeas reciben una educación muy distinta de la nuestra. Mamá lo comenta muchas veces con un gesto de disgusto. Debo reconocer que no me imagino siendo amiga de la *contessina*, aunque es muy bonita a su manera y tiene unos pies la mitad de pequeños que los míos o los de Caroline.

Cuando las chicas extranjeras crecen y se convierten en mujeres, por lo general siguen pareciendo mayores de lo que son, pobrecillas. Estoy segura de que eso también se puede aplicar a la *contessa*. La *contessa* ha sido muy amable conmigo — en las pocas horas que hace que la conozco — e incluso parece que le doy un poco de pena — igual que a mí me la da ella —. Pero no la entiendo. ¿Dónde estaba anoche? ¿La *contessina* es su única hija? ¿Qué pasa con su marido? ¿Está muerto y por eso está y parece tan triste? ¿Por qué quiere vivir en una casa tan grande — a la que llaman villa, pero parece un *palazzo* — que se cae a pedazos y apenas está amueblada? Me gustaría hacerle estas preguntas a Mamá, pero dudo que me dé una respuesta correcta o cualquier otro tipo de respuesta.

La *contessa* ha aparecido a cenar esta noche, e incluso la *contessina*. Mamá también estaba, vestida con ese traje que a mí no me gusta. Es rojo no es adecuado, especialmente en Italia, donde se llevan mucho más los colores oscuros. Esta noche ha sido mejor que la de ayer, que difícilmente pudo ser peor (el señor Biggs-Hartley dice que nunca deberíamos decir eso, pues todo puede ser peor). No ha sido una buena velada. La *contessa* intentaba estar alegre, a pesar de que su inquietud era evidente, fuera por el motivo que fuera; pero ni Papá ni Mamá sabrían cómo reaccionar y a mí se me da mejor pensar sobre las cosas que hechizar a mis contertulios. Lo que más me gusta es estar con unos pocos amigos que conozca bien, en los que pueda confiar y por los que sienta cariño. Y hace tiempo que no tengo a ninguno cerca. Incluso las cartas parecen perderse por el camino, y no me sorprende, suponiendo que, para empezar, la gente todavía se moleste en escribirlas, no hace falta ni decirlo, aunque es difícil saber por qué iban a escribir después de tanto tiempo. Tras la cena, Papá, Mamá y la *contessa* han jugado a un juego italiano con cartas y dados. Los criados habían encendido el fuego en el *salone* y la *contessina* se ha quedado sentada sin hacer ni decir nada. Si le hubieran dado pie, seguro que Mamá habría dicho: «Hace rato ya que la niña debería estar en la cama». La *contessa* quería enseñarme el juego, pero Papá ha dicho enseguida que soy demasiado joven. ¡Vaya farsa! Más tarde, la *contessa*, después de jugar un buen rato con Papá y Mamá, ha dicho que mañana seguirá, erre que erre, e insistirá en que aprenda (la *contessa* sabe tantas expresiones como ésa que se diría que ha vivido en Inglaterra). Papá ha hecho una mueca y Mamá ha torcido el gesto del modo habitual. Yo había estado bordando, cosa que no me gusta y a la que no le veo el menor interés, ya que los criados pueden hacerlo por nosotros, y me he encontrado sumida en pensamientos muy profundos. De repente, me he dado cuenta de que una lágrima resbalaba por la cara de la *contessa*. Sin pensarlo, me he levantado de un brinco, pero la *contessa* ha sonreído y me he sentado otra vez. Uno de mis profundos pensamientos era que no son los grandes desastres los que nos hacen llorar, sino algo de la propia vida, algo que sucede cuando intentamos divertirnos en compañía de otros.

Debo reconocer que los horribles bultos están reduciéndose y no parece que tenga ninguno nuevo, lo que es una ventaja comparado con lo que me sucedió todas las

noches que pasamos en Dijon, ese lugar asqueroso. Pero me gustaría tener una habitación más alegre con mejores muebles, aunque esta noche he conseguido traerme a la cama una de las botellas de agua mineral e incluso un vaso para beber. Es sólo agua mineral italiana, claro, y dice Mamá que es poco más segura que el agua normal; pero como el agua normal parece venir de uno de los pozos sucios que se ven en la calle, creo que Mamá exagera. De todos modos, admito que no es como el agua embotellada que se compra en Francia. Pero ¡comprar el agua en una botella! ¡Vaya farsa! Con todo, algunas cosas de los países extranjeros han llegado a gustarme; incluso las prefiero a las nuestras. No sería bueno que Papá y Mamá me oyeran hablar de esta manera. Muchas veces me gustaría no ser tan sensible, de modo que las habitaciones que me dan y cosas así no me importaran tanto. ¡Y, sin embargo, Mamá es más maniática que yo con el agua! Estoy segura de que no es tan importante. No puede serlo. Para mí es evidente que Mamá es menos delicada que yo en relación con las cosas importantes. Toda mi vida se basa en ese hecho evidente; mi vida real, para ser exactos.

Me gustaría que la *contessina* me invitara a compartir su habitación porque creo que tiene una sensibilidad similar a la mía. Pero quizá la niña duerma en la habitación de la *contessa*. No me importa. No la odio, ni siquiera me disgusta la *contessina*. Supongo que también tiene problemas. Aunque Papá y Mamá nunca lo aprobarían, y ahora ya he escrito todo lo que hay que escribir sobre este día normal, aunque un tanto raro. En esta habitación grande y fría, apenas puedo moverme de lo helada que estoy.

5 de octubre. Esta mañana, cuando he ido a dar los buenos días a Mamá, me ha dado una noticia extraordinaria. Me ha dicho que me sentara (Papá y Mamá tienen más sillas en sus habitaciones que yo, así como muchos más objetos) ¡y me ha dicho que iba a celebrarse una fiesta! Mamá hablaba como si fuera una prueba terrible e inevitable; y parecía dar por hecho que yo recibiría el anuncio del mismo modo. En realidad, no sé lo que pienso. Es cierto que todavía no me he divertido nunca en una fiesta (tampoco he asistido a muchas); pero he pasado el día con una sensación distinta, más ligera y animada en cierto modo, y esta noche sólo puedo pensar que se debe a la perspectiva de la fiesta. Al fin y al cabo, las fiestas extranjeras pueden ser distintas de las fiestas inglesas; y probablemente lo sean. No dejo de decírmelo. Esta fiesta en concreto la organiza la *contessa* que, estoy segura, sabe mucho más de eso que Mamá. Si es así, no será en la única cosa sobre lo que la *contessa* sepa más que Mamá.

La fiesta será pasado mañana. Mientras tomábamos café y unos *panini* (que en Italia son siempre muy hojaldrados y arenosos), Mamá ha preguntado a la *contessa* si estaba segura de que habría tiempo suficiente para los preparativos. Pero la *contessa* se ha limitado a sonreír — muy cortésmente, por supuesto —. Probablemente, en

Italia es más fácil hacer las cosas deprisa (cuando quieren, claro) porque todo el mundo tiene muchos criados. Es difícil creer que la *contessa* tenga mucho servicio, pero parece tener más criados que nosotros y, lo que es más, se comportan más como esclavos que como criados, a diferencia del servicio de Derbyshire. Quizá la respuesta es sencilla y se debe a que todo el mundo aprecia mucho a la *contessa*. Lo entendería perfectamente. De todos modos, los preparativos para la fiesta han sido intensos durante todo el día, entre estandartes y olores raros procedentes de la cocina. Incluso han limpiado de arañas la casa de baños, situada en el extremo del jardín formal (dicen que la construyeron los bizantinos), y la han llenado de cocineros que no sé lo que hacen. La transformación es muy desconcertante. Me pregunto cuándo se habrá enterado Mamá de lo que nos esperaba. Seguro que fue, como mínimo, antes de que nos acostáramos anoche.

Tengo la sensación de que debería molestarme que sea del todo imposible conseguir un vestido nuevo. Un séquito de costureras tendría que trabajar día y noche durante cuarenta y ocho horas, como en los cuentos de hadas. Me gustaría (¿a quién no?), pero no estoy del todo segura de que pudiera tener uno nuevo aunque tuviera semanas para hacerlo. Papá y Mamá probablemente estarían de acuerdo en que tengo ya suficientes vestidos, aunque vinieran el Papa y sus cardenales a verme. De todos modos, no me molesta. Algunas veces pienso que no me intereso adecuadamente por la ropa, tal como dice la mamá de Caroline. De cualquier manera, he aprendido por experiencia que los vestidos nuevos casi siempre son decepcionantes. Me lo repito una y otra vez.

El otro hecho importante del día es que he salido por primera vez a dar un paseo por la ciudad con la doncella de la *contessa*, Emilia. He sorteado sin dificultad las objeciones de Papá sobre el asunto, tal como me había prometido. Mamá estaba acostada en ese momento y la *contessa* se ha limitado a esbozar su dulce sonrisa y ha hecho llamar a Emilia para que me acompañara.

Debo reconocer que el paseo no ha sido un éxito rotundo. Me he llevado nuestro ejemplar del libro del señor Grubb, *Manual de Ravena y sus antigüedades* (Papá no podía negarse por temor a que hiciera algo peor) y he empezado a buscar sitios en el mapa con intención de visitarlos. Me ha parecido que era la mejor manera de empezar y que, una vez en marcha, esperaría a ver lo que me ofrecía la vida. Muchas veces soy muy decidida cuando tengo que enfrentarme a una situación concreta. La primera dificultad era el largo paseo hasta llegar a Ravena. Aunque no me importaba y no llovía, Emilia pronto ha dejado claro que no estaba acostumbrada a dar un paso. Eso sólo podía ser una forma de darse aires o, incluso, de fingir, ya que todos sabemos que las chicas de su clase proceden de familias campesinas en las que es normal caminar todo el día, mucho más que un simple paseo. De modo que he actuado como si no me diera cuenta, y el hecho de que apenas entendía una palabra de lo que decía Emilia facilitaba las cosas. Me he limitado a seguir adelante y tirar de ella. No ha tardado en abandonar sus remilgos y amoldarse a las circunstancias. Había algunos

toscos carreteros en el camino y muchos niños espantosos, pero la mayoría han dejado de molestarnos en cuanto han visto quiénes éramos. Y, en todo caso, aquello no tenía nada que ver con las carreteras de Derby, donde últimamente han tomado por costumbre tirar piedras a los carruajes que pasan.

El segundo problema es que Emilia no estaba en absoluto acostumbrada a lo que yo pensaba hacer en cuanto llegáramos a Ravena. Por supuesto, la gente no visita una y otra vez las antigüedades locales, por viejas que sean; y menos todavía, me parece a mí, los italianos. Cuando no acompaña a su señora, Emilia va a la ciudad con un objetivo concreto: comprar algo, vender algo o entregar una carta. Algo en su actitud me recordó a las chicas insolentes de las viejas comedias cuya única misión es traer y llevar cartas de amor y, en algunas ocasiones, ocupar el lugar de sus señoras (lo sepan ellas o no). He conseguido visitar otra de esas casas de baños, en esta ocasión, pública, denominada Baptisterio de los Ortodoxos porque cayó en manos cristianas tras los romanos, que la construyeron. Por supuesto, era más grande que la casa de baños del jardín de la *contessa*, pero por dentro era bastante oscura y tenía un suelo tan irregular que era difícil no tropezar. Había también un horrible animal muerto en el interior. Emilia se ha echado a reír y ha quedado bien claro de qué se reía. Avanzaba a grandes zancadas como si hubiera regresado a sus montañas, como si sugiriera que, si yo estaba dispuesta a caminar hasta la otra punta de Italia, ella podía caminar conmigo o, incluso delante de mí. En mi condición de inglesa, eso no me importa nada ni tampoco el cambio de actitud de Emilia, que parece indicar que tiene la intención deliberada e impertinente de controlar la situación. Así pues, como he dicho, el paseo no ha sido un éxito completo. De todos modos, ya es algo. Es evidente que el mundo tiene más que ofrecer de lo que vería si me pasara la vida arrastrándome por ahí con Papá a un lado y Mamá al otro. Tengo que pensar cómo voy a tratar a Emilia, ahora que la entiendo mejor. Al regresar a la villa, yo no estaba cansada en absoluto. Desprecio a las chicas que se cansan, casi tanto como Caroline.

Aunque parezca mentira, Mamá seguía acostada. Cuando he entrado, me ha dicho que estaba descansando para prepararse para la fiesta. Pero la fiesta no es hasta pasado mañana. La pobre Mamá habría estado mejor si desde el principio no hubiéramos salido de Inglaterra. Debo tener cuidado en no ser como ella cuando llegue a su edad y esté casada, como imagino que estaré. Al verla en reposo, me he dado cuenta de que seguiría siendo muy guapa si no pareciera siempre tan cansada y preocupada. Por supuesto, fue mucho más guapa de lo que lo soy yo ahora. Lo sé bien. Yo no soy nada guapa. Tal como dice la señorita Gisborne, tengo que cultivar otras gracias.

Al subir a acostarme, he visto algo inesperado. La *contessina* había salido del salón antes que los demás y, como siempre, sin decir una palabra. Posiblemente sólo la he visto yo salir, en silencio. Me he dado cuenta de que no volvía y he supuesto que a su edad estaría bastante fatigada. Sin duda, Mamá habría dicho eso. Pero después, cuando yo subía las escaleras, sosteniendo la vela, he visto lo que había

sucedido. En un rincón del rellano hay un curioso cuartito con dos puertas, ambas cerradas. Lo sé porque he intentado abrirlas. En ese rincón, a la luz de mi vela, he visto a la *contessina* en brazos de un hombre. Creo que únicamente puede haber sido uno de los criados, aunque no sabría decirlo. Quizá me equivoco en eso, pero estoy segura de que era la *contessina*. Estaban en completa oscuridad y, lo que es más, no han movido un solo músculo mientras yo subía las escaleras y caminaba despacio por el rellano en sentido opuesto. Supongo que esperaban que no los viera en la penumbra. Imagino que no habían previsto que alguien se fuera a acostar tan pronto. O quizá habían perdido la noción del tiempo, tal como lo expresa la señora Radcliffe. No tengo muy clara la edad de la *contessina*, pero con frecuencia parece que tenga unos doce años o incluso menos. Por supuesto, no le diré nada a nadie.

6 de octubre. He estado pensando todo el día en las diferencias entre el modo en que nos tenemos que comportar y el modo en que nos comportamos en realidad. Y ambos son distintos del modo en que Dios nos dice que nos comportemos y que nunca conseguimos alcanzar, por mucho que lo intentemos, tal como repite siempre el señor Biggs-Hartley. Se diría que todos somos, al menos, tres personas diferentes. Y eso sólo para empezar.

Estoy decepcionada con el resultado de la pequeña excursión de ayer con Emilia. Había pensado que me perdía muchas cosas por ser una jovencita y no poder salir sola, pero ahora no estoy segura de que me haya perdido tanto. Es como si cuando uno más se acerca a una cosa, ésta resulta estar más lejos, si es que existe. Eso sin contar los malos olores, las malas palabras y las horribles criaturas de las que se supone que hay que proteger a las mujeres. Pero me estoy poniendo metafísica, cosa contra la cual el señor Biggs-Hartley nos ha prevenido con frecuencia. Me gustaría que Caroline estuviera con nosotros. Creo que yo lo vería todo de otro modo si ella estuviera aquí conmigo, las dos solas. Aunque no es necesario decirlo, no cambiaría el modo en que son las cosas — o dejan de serlo —. Es curioso que algunas cosas parezcan no existir si las visita sólo una persona y luego parezcan existir si las visita otra. Por supuesto, eso es toda fantasía pero, en momentos como éste, ¿qué no lo es?

Estoy tan sola y sin amigos en esta tierra extraña que se me ocurre que tengo que tener gran fuerza interior para soportarlo como hago y cumplir con mis deberes casi sin quejarme. La *contessa* ha tenido la amabilidad de darme un libro de los versos de Dante con la versión italiana a un lado y la traducción inglesa al otro. Ha señalado que me ayudaría a aprender más su idioma. No estoy segura de que me ayude en nada. He leído obedientemente varias páginas del libro y no hay nada en este mundo que me guste más que leer, pero las ideas de Dante son tan sombrías y complicadas que supongo que no es escritor para mujeres; desde luego, no es escritor para una inglesa. Además, me asusta su rostro, tan crítico y severo. Tras mirar su retrato, bellamente grabado al principio del libro, tengo miedo de encontrarme su cara

mirando sobre mi hombro cuando me siento delante del espejo. No me extraña que Beatriz no quisiera saber nada de él. Pienso que carece por completo de las gracias que lo harían atractivo a nuestro sexo. Por supuesto, esto no se le puede sugerir siquiera a un italiano como la *contessa*; para los italianos Dante es tan sagrado como Shakespeare o el Dr. Johnson para nosotros.

Esta vez, de modo excepcional, escribo por la tarde. Sospecho que soy presa del hastío y que eso es pecado (aunque sea un pecado menor). Me mantengo ocupada para ahuyentarlo. Ahora sé que tengo mayor tendencia a esos defectos menores como el hastío y la indolencia que a vulgaridades tales como dejarse besar y abrazar por un criado. Y no es que crea que carezco de energía o de pasión. Simplemente no tengo nada ni nadie digno de tales sentimientos y me niego a malgastarlos en alguien indigno. Pero ¡qué fundamental es ese «simplemente»! ¡Qué bien comprendo el hastío general de nuestro vecino, Lord Byron! ¡En esta cuestión concreta, yo, una jovencita insignificante, siento exactamente lo mismo que el gran poeta! Ese pensamiento me consolaría si yo fuera capaz de consuelo. En cualquier caso, no creo que esta noche, antes de que caiga en un sueño profundo, tenga nada más digno de reseñar.

Más tarde. ¡Me equivocaba! Después de la cena, se me ha ocurrido preguntar a la *contessa* si había conocido a Lord Byron. Imagino que no es cosa que ella proclamase si no se le preguntara, ya fuera delante de Papá y Mamá, por motivos de delicadeza, en una de las dos raras ocasiones en que nos hemos encontrado a solas las dos; pero me ha parecido que nuestra relación era ya lo bastante cordial para aventurarme a una discreta investigación.

Me temo que no he tenido mucho tacto. Cuando Papá y Mamá han iniciado una de sus discusiones, he cruzado la habitación y me he sentado en el extremo del sofá en el que la *contessa* estaba recostada. Y cuando me ha sonreído y me ha dicho algo agradable, le he soltado mi pregunta, directamente. «Sí, *mia cara*», me ha contestado. «Lo conozco, pero no podemos invitarlo a nuestra fiesta porque está demasiado metido en política y mucha gente no está de acuerdo con sus ideas. Han ocasionado ya varias muertes; muchos no quieren aceptar la participación de un *straniero*, por ilustre que sea». Por supuesto, ya se me había ocurrido la maravillosa posibilidad de que Lord Byron acudiera a la fiesta de la *contessa*. No ha sido la primera vez que la *contessa* demuestra su fascinante capacidad para intuir el pensamiento ajeno — o al menos el mío.

7 de octubre. ¡Día de la fiesta! Es por la mañana temprano y el sol brilla como hace tiempo que no lo veo brillar. A lo mejor siempre brilla a esta hora, cuando yo todavía duermo. «¡No sabéis lo que os perdéis al no levantaros, niñas!», exclama

siempre la mamá de Caroline, aunque es la más indulgente de las madres. El problema es que uno siempre se levanta temprano justo cuando es más conveniente seguir durmiendo; como hoy, día de la fiesta. Escribo esto porque estoy casi segura de que durante el día seré poco más que un manojo de nervios y cuando todo termine, estaré agotada. ¡Siempre me pasa lo mismo con las fiestas! Me alegro de que pasado mañana sea domingo.

8 de octubre. Conocí a un hombre en la fiesta que me interesó mucho, debo confesarlo. ¿Y qué otra cosa puede importar, tal como dice la señora Fremlinson en el libro *El corazón desesperado y esperanzado*, del que yo diría que es casi mi libro favorito?

¿Quién podría creerlo? Ahora mismo, cuando todavía dormía, han llamado a la puerta lo bastante fuerte para despertarme, pero con un golpe suave y discreto. Era la *contessa* en persona, vestida con el más hermoso de los saltos de cama, medio rosa, medio malva, con una bandeja con cosas para comer y beber, ¡un desayuno extranjero completo! Debo reconocer que en ese momento habría devorado un desayuno inglés, pero ¿qué podría ser más amable o atento por parte de la *contessa*? Llevaba su cabello oscuro (aunque no tanto como el de la mayoría de las italianas) todavía sin peinar, suelto, rodeando su cara hermosa y triste, pero he advertido que se había puesto todos los anillos y éstos brillaban y lanzaban destellos bajo la luz del sol. «*Mia cara*», ha dicho mientras miraba la habitación con sus muchas carencias, «quién lo ha visto y quién lo ve». Después se ha inclinado sobre mi rostro, ha apoyado ligeramente la mano sobre mi camisón y me ha dado un beso: «¡Qué pálida estás!», ha añadido. «Estás tan blanca como un lirio del altar». He sonreído: «Soy inglesa», he dicho, «y no tengo mucho color». Pero la *contessa* ha seguido mirándome fijamente. Después ha añadido: «La fiesta te cansó mucho». Parecía expresarlo con una pregunta, de modo que he contestado con energía: «Nada en absoluto, se lo aseguro, *contessa*. Ha sido la fiesta más maravillosa de mi vida» (cosa que era sin la menor duda la verdad y nada más que la verdad). Me he sentado en la gran cama y, al hacerlo, me he visto en el espejo. Era cierto que estaba pálida, inusualmente pálida. Estaba a punto de hacer algún comentario sobre lo temprano de la hora cuando la *contessa*, de repente, se ha echado atrás con un grito ahogado y ha palidecido notablemente, también ella, teniendo en cuenta el tono natural de su piel. Ha extendido la mano, como si señalara hacia la almohada que tenía yo detrás. Me he dado la vuelta, desconcertada por su actitud, y he visto una marca roja irregular sobre ella. No era muy grande, pero sin duda era de sangre. Me he llevado las manos a la garganta. «*Dio illustrissimo!*», ha gritado la *contessa*. «*Ell' e stregata!*». He aprendido suficiente italiano, de Dante y de otros sitios, para entender lo que quiere decir eso: «Está embrujada». He saltado de la cama y he abrazado a la *contessa* para que no escapara, como pretendía hacer. Le he rogado que se explicara, aunque estaba segura de que no lo haría. Los italianos,

incluso los cultos, todavía se toman la idea de la «brujería» con una seriedad que a nosotros nos parece increíble. Incluso temen hablar de ello. En este asunto, sabía instintivamente que Emilia y su señora coincidirían plenamente. De hecho, la *contessa* parecía muy incómoda por mi abrazo, pero pronto se ha calmado y ha salido de la habitación diciendo en tono cordial que tiene que hablar con mis padres sobre mí. Incluso me ha deseado «*Buon appetito*», aludiendo al escueto desayuno.

Me he examinado en el espejo y he encontrado un pequeño arañazo en el cuello que lo explicaba todo, aunque quedaba la duda de cómo podía habérmelo hecho; aunque las novedades, los rigores y las emociones de anoche serían suficiente explicación. No se puede esperar que se entre en la justa del amor y se salga sin un rasguño: y me atrevo a pensar con emoción que es precisamente en la justa del amor donde me he metido. Me temo que es perfectamente típico de la manera italiana de ver las cosas que un percance diminuto y perfectamente natural tenga un efecto tan desproporcionado en la *contessa*. A mí, una chica inglesa, la marca de la almohada ni siquiera me inquieta. Esperemos que no le dé por soltar gritos histéricos a la chica encargada de cambiar la ropa de cama.

Si parezco especialmente pálida es, en parte, porque el contraste con un sol tan intenso es mayor. He vuelto a meterme en la cama y rápidamente he devorado hasta la última miga y la última gota de lo que me había traído la *contessa*. Parecía débil por falta de alimento y la verdad es que no recuerdo casi nada de la cena de ayer, con excepción de que, evidentemente, bebí más que otros días de mi corta vida; probablemente, más que ningún otro.

Y ahora estoy aquí echada con mi bonito camisón y nada más, con la pluma en la mano y el sol en la cara, y ¡pensando en él! No creía que gente así existiera en el mundo real. Creía que las escritoras tales como Fremlinson y Radcliffe mejoraban a los hombres para reconciliar a las lectoras con su suerte y satisfacer la vanidad de sus escasos lectores varones. La mamá de Caroline y la señorita Gisborne, cada una a su modo, lo han dicho mucho más claro; y hasta la fecha mis observaciones del sexo opuesto han confirmado esa opinión. Pero ¡ahora he conocido a un hombre del que las creaciones de la señora Fremlinson son apenas un esbozo! ¡Es un adonis! ¡Un apolo! ¡Sin duda, un dios! Por donde pasa, crecen los asfódelos.

El primer detalle romántico fue que no me lo presentaron adecuadamente, para ser exactos, no me lo presentaron de ningún modo. Ya sé que eso es muy incorrecto, pero no puede negarse que fue muy emocionante. La mayoría de los invitados estaba bailando un minueto pasado de moda, pero como yo no sabía bailarlo, me quedé sentada en un extremo de la sala con Mamá; pero Mamá tuvo que marcharse. Insistió en que sólo tardaría un minuto o dos en volver, pero en cuanto ella se fue, él estaba ya allí, como si hubiera surgido de entre los desvaídos tapices que cubrían las paredes o incluso de los tapices mismos, si no fuera porque él tenía bien poco de desvaído; aunque después, cuando trajeron más velas para la cena, me di cuenta de que era

mayor de lo que había imaginado, y tenía una expresión sabia y experta que nunca había visto en otro rostro.

Por supuesto, no sólo me dirigió la palabra en cuanto apareció — en caso contrario, me habría marchado — sino que me «obligó» a quedarme con su mirada y sus palabras. Dijo algo amable del estilo de que yo era el único capullo en un jardín otoñal, pero yo no soy tan boba que no haya oído nunca hablar así; fue lo que añadió a continuación lo que me hizo vacilar. Dijo (y nunca, nunca olvidaré sus palabras): «Puesto que ambos somos visitantes de un mundo diferente a éste, deberíamos conocernos». Describe tan exactamente cómo me siento, e imagino que este diario deja claro que me impresionó un poco su capacidad para expresar mis más profundas convicciones, aunque sabía que mi situación era muy irregular y peligrosa. Y, además, hablaba en un hermoso inglés; su acento (no creo que fuera italiano) hacía que sus palabras sonasen más selectas y encantadoras.

Debería indicar aquí que no era cierto que todos los invitados de la *contessa* fueran «otoñales», aunque sí lo fueran la mayoría. Como es encantadora, había invitado a varios *cavalieri* de la nobleza local precisamente en mi honor, y varios de ellos me habían sido presentados debidamente, pero apenas habíamos conversado, en parte debido a que la lengua común era escasa, pero sobre todo porque un *cavaliero* tras otro me parecieron lo que en Derbyshire llamamos unos pasmarotes. Como es propio de la comprensiva naturaleza de la *contessa*, se dio cuenta de que las *rencontres* no tenían éxito y no intentó avivar llamas que no llegaban a ser siquiera débiles chispas. Qué distinta es de las matronas de Derbyshire, que, cuando se han propuesto algo, dan al fuelle no sólo durante una noche sino durante semanas, meses y, en ocasiones, incluso años. Pero sería impensable aplicar la palabra «matrona» a la encantadora *contessa*. Así que, al final, los cuatro *cavalieri* se quedaron atendiendo a la *contessina* y otras *bambine* que había ahí en formación.

Me detengo unos momentos para buscar palabras con las que describirlo. Es más alto que la media y, si bien es delgado y elegante, transmite una poderosa impresión de fuerza y vigor. Tiene la piel tirando a pálida, la nariz aguileña y poderosa (aunque las ventanas de la nariz son finas y sensibles), la boca muy roja y (debo utilizar esa palabra) apasionada. Sólo mirar sus labios me hace pensar en grandes poemas y amplios mares. Los dedos son largos y finos, pero aprietan con fuerza, tal como pude comprobar antes del final de la velada. Al principio me pareció que tenía el pelo negro, pero más tarde vi que estaba delicadamente entreverado de gris, tal vez incluso blanco. La frente es alta, ancha y noble. ¿Estoy describiendo a un dios o a un hombre? No sabría decirlo.

En cuanto a su conversación, sólo puedo decir que sin duda no era de este mundo. No tenía nada de la charla vacía previsible en estos encuentros sociales, que, cuando tiene algún sentido, es totalmente distinto al que transmiten las palabras, un sentido que me resulta odioso. Todo lo que decía (al menos, tras los primeros cumplidos convencionales), parecía dirigirse a algo profundo en mi interior, y todo lo que yo le

contestaba era lo que de veras quería decir. Nunca he hablado con un hombre de ese modo, empezando por Papá; y con muy pocas mujeres. Y, sin embargo, me resulta difícil recordar de qué hablamos. Quizá sea consecuencia del sentimiento con el que conversábamos. Un sentimiento que no sólo recuerdo sino que siento todavía en mi interior, que me recorre y me posee, profundo y cálido, de modo transfigurador. Pero no recuerdo los temas concretos. De la vida, la belleza, el arte, la naturaleza, de mí… de todo. Es decir, de todo menos esas cosas tan distintas y tan tontas de las que habla todo el mundo todo el rato, parloteo incesante a este lado del cementerio. Señaló en una ocasión que, «con las mujeres, lo que prevale son las palabras», a lo que sólo pude contestar con una sonrisa, tanta razón tenía.

Afortunadamente, Mamá no reapareció. En cuanto al resto, me atrevería a decir que sintieron más alivio que pena al ver que, por así decirlo, les quitaban de las manos a la torpe inglesita. Con Mamá indispuesta, la obligación de ocuparse de mí habría recaído en la *contessa*, pero sólo la vi a lo lejos. Quizá había decidido no interferir si yo no quería. Si fue así, era exactamente lo que esperaba de ella. No lo sé.

Entonces llegó la cena. Para mi sorpresa (y mi pena), mi amigo, si así puedo llamarlo, excusó su presencia. Su explicación — falta de apetito — difícilmente podría aceptarse como cortés o suficiente, pero las palabras que utilizó consiguieron disculpar la ofensa (como siempre en su caso, me parece a mí). Afirmó con insistencia que yo debía alimentarme, aunque él no pudiera acompañarme, y que esperaría mi regreso. Mientras hablaba, me miraba con un aire tan conmovedor que no pude por menos de aceptar la situación, aunque me atrevo a decir que tenía tan poco apetito como él (por los toscos alimentos de este mundo). Me doy cuenta de que todavía no me he referido a la belleza y al poder de sus ojos, que son tan oscuros que parecen casi negros, al menos a la luz de las velas. Al mirarlo, quizá con excesiva intensidad, se me ocurrió que quizá se avergonzaba de mostrar su verdadera edad a la brillante luz de las mesas de la cena. Ésa es una vanidad que en ningún modo se reduce a mi sexo. Efectivamente, parecía escabullirse de la luz brillante, incluso en aquel extremo del salón, a pesar de la impresión de fuerza, que era su mayor característica. Inicié mi marcha con tacto. «¿Regresará usted?», preguntó con inquietud y apremio. Mantuve la calma y me limité a sonreír.

Y entonces Papá se hizo cargo de mí. Me dijo que Mamá, después de subir, había sucumbido al cansancio, cosa que yo ya había imaginado que sucedería y que de hecho sucedió; y que, en cuanto terminara la cena, yo «debería subir también». Dicho esto, Papá me condujo entre las mesas y se dispuso a cebarme como un pavo, pero, como he dicho, no tenía mucho apetito; me apetecía tan poco que no recuerdo nada de lo que comí yo ni de lo que comió Papá. Fuera lo que fuese, lo «empujé» (como decimos en Derbyshire) con una cantidad inusual (para mí) del vino local, que todo el mundo, incluido Papá, dice siempre que es tan «ligero», pero que a mí no me lo parece, sino mucho más «pesado» que otros que podría mencionar. Además, había tomado ya bastante en la primera parte de la velada, cuando se esperaba de mí que

coqueteara con los pasmarotes locales. Una cosa curiosa es que Papá, que nunca deja de poner reparos a cualquier cosa que hago, parece no poner objeciones a que beba bastante vino. Nunca he visto que intentara imponerme un límite. Eso es posible sólo en ausencia de Mamá, a la cual no se aplica esta observación. Pero Mamá muchas veces no se encuentra bien después de dos o tres copas. En la cena de anoche, yo me encontraba en un estado de trance; comer me resultaba casi imposible, pero beber vino era de una facilidad casi fatal. A continuación, Papá intentó enviarme de nuevo a la cama — o tal vez a cuidar de Mamá —. Después de tanto vino y con mi nuevo amigo esperándome pacientemente, ¡qué absurdo! Así que tuve que librarme de Papá, de modo que le di mi palabra y olvidé mi promesa (fuera la que fuera) de inmediato. Afortunadamente, no he vuelto a ver a Papá desde entonces.

O, en realidad, tampoco volví a ver a nadie hasta que la *contessa* me ha despertado; con una única excepción.

Ahí estaba, esperándome inmóvil entre las sombras que proyectaban los tapices oscilantes y las banderolas que colgaban de las paredes por encima de nosotros. En esta ocasión me estrechó la mano con fervor. Naturalmente, fue sólo un momento, pero sentí la firmeza de su apretón de mano. Dijo que confiaba que no estuviera alejándome del salón de baile, pero yo le contesté que no, claro que no. Lo cierto es que apenas era capaz de bailar en aquel momento; e imagino que los ritmos que seguían las reliquias polvorientas que nos rodeaban tampoco eran para mí. Después dijo, con una pequeña sonrisa, que en una ocasión había sido un gran bailarín. «Oh», dije a la ligera, bajo el influjo del vino, «¿y eso dónde fue?». «En Versalles», contestó, «y en Petersburgo». Debo decir que, con vino o sin vino, me sorprendió. Porque como todo el mundo sabe, los incendiarios quemaron Versalles en 1789, hará unos treinta años. Debí de lanzarle una mirada significativa porque después dijo, sonriendo otra vez, aunque débilmente: «Sí, soy muy, muy viejo». Lo dijo con un énfasis tan curioso que no parecía solicitar ningún tipo de negativa, como sucede normalmente cuando se dicen esas palabras. En realidad, no se me ocurrió nada que contestarle. Además, era una tontería y mi rechazo habría sido sincero al rebatir su afirmación. No sé qué edad tiene y me resulta difícil incluso aventurarlo, pero no me cabe duda de que no es «muy, muy viejo»; en todo caso, en los aspectos importantes es una de las personas más jóvenes que pueda imaginarse y una de las más ardientes. Iba vestido con bellísimas ropas negras y con una diminuta condecoración que no supe identificar, seguro que la más distinguida, precisamente por ser tan discreta. Papá señala con frecuencia que ya no resulta correcto exhibir galardones llamativos.

En cierto modo, lo más romántico de todo es que ni siquiera sé cómo se llama. Cuando la gente empezaba a marcharse, supongo que no muy tarde, puesto que la mayoría eran, al fin y al cabo, bastante viejos, me cogió la mano y en esta ocasión la retuvo sin que yo intentara resistirme. «Tenemos que vernos de nuevo», dijo, «más de una vez»; me miraba tan fija e intensamente a los ojos que tuve la sensación de que había penetrado en lo más íntimo de mi corazón y de mi alma. Sin duda, mis

sentimientos eran en aquel momento tan poderosos y misteriosos que sólo pude murmurar «Sí», con una voz tan débil que difícilmente pudo oírme, y después me tapé los ojos con las manos, esos ojos que él había estado mirando de modo tan penetrante. Durante un momento (no pudo durar mucho, ya que los demás se habrían dado cuenta de lo alterado de mi estado), me hundí en una silla mientras a mi alrededor todo se volvía negro y flotaba, y cuando me recuperé, él ya no estaba allí; ya no quedaba nada más que hacer que recibir un beso de la *contessa*, que dijo: «Pareces cansada, criatura» y apresurarme de inmediato hacia la enorme cama.

Y aunque se dice que las nuevas emociones nos privan del descanso (tal como he podido confirmar yo misma en una o dos ocasiones), diría que me dormí al instante, muy profundamente y durante mucho rato. También sé que he soñado mucho, pero no puedo recordar en absoluto mis sueños. Quizá no necesito la ayuda de la memoria pues puedo hacer mis conjeturas.

Por primera vez desde que estoy en Italia, el sol calienta de veras. Creo que hoy no escribiré nada más, ya he cubierto varias páginas con mi letra pequeña y clara, que tanto debo a la paciencia y severidad de la señorita Gisborne, así como a sus severas exigencias en todo lo que afecta a la educación de una joven. Me sorprende que me hayan dejado sola tanto tiempo. Aunque diría que Papá y Mamá no obtienen mucho a cambio de sus esfuerzos, lo cierto es que son profundamente contrarios a eso de «estar acostado sin hacer nada», especialmente en mi caso, aunque también en lo que a ellos respecta, debo reconocerlo. Me pregunto cómo estará Mamá tras las emociones de anoche. Estoy convencida de que debería levantarme, vestirme y comprobar lo dicho; pero en lugar de ello me susurro que, una vez más, siento que caigo en los brazos de Morfeo.

9 de octubre. Ayer por la mañana decidí que ya había escrito lo suficiente para un solo día (¡aunque para describir aquellos sucesos maravillosos tenía que luchar en vano para encontrar palabras!), pero hay pocas ocupaciones privadas en este mundo que me interesen más que anotar los pensamientos e impresiones de mi corazón en este pequeño diario secreto, que nadie más en este mundo verá (ya me ocuparé yo de eso). De modo que sin duda habría tomado la pluma de nuevo por la tarde si algo hubiera sucedido sobre lo que me hubiera parecido necesario escribir. Me temo que esta última frase es una de ésas que la señorita Gisborne consideraría excesivamente recargada, pero estoy segura de que las frases recargadas pueden ser el reflejo de los espíritus que arrastran una gran carga e incluso su único alivio y escape. Con qué nitidez recuerdo ahora el conmovedor consejo de la señorita Gisborne: si encuentras las palabras adecuadas para expresar tus problemas, tus problemas irán camino de ser alegrías. Lo malo es que, para mí, a esta hora, no hay palabras adecuadas: de una manera extraña que soy incapaz de aprehender, me siento mitad hielo, mitad fuego. Nunca me había sentido tan viva y, sin embargo, tengo la difusa convicción de que

mis días están contados uno a uno. Pero, al contrario de lo que podría parecer, eso no me asusta. En realidad, casi es un alivio. Nunca me he sentido a gusto en este mundo, a pesar de los cuidados que me han dedicado; y si no hubiera conocido nunca a Caroline, no sé qué habría sido de mí. ¡Y ahora! ¡Qué es Caroline, hasta la fecha mi mejor amiga (y, algunas veces, también su madre) en comparación con…! Oh, no hay palabras. Tampoco me he recuperado por completo de las exigencias de anoche. Es algo que me avergüenza y no desearía admitir ante nadie. Pero es cierto. No sólo estoy desgarrada por la emoción, sino agotada hasta el mayor de los extremos.

La *contessa*, después de presentarse en mi habitación ayer por la mañana, desapareció y no la volvimos a ver en todo el día, igual que cuando llegamos. Sin embargo, tuve la sensación de que había hablado a Mamá sobre mí y le había dicho que se ocuparía. No tardó en ser evidente.

Era ya por la tarde cuando por fin me levanté de la cama y me aventuré a salir de mi soleada habitación. Una vez más, me sentía hambrienta y tenía la sensación de que debía averiguar si Mamá estaba totalmente recuperada. Así que lo primero que hice fue llamar a la puerta de las habitaciones de Papá y Mamá. Como no obtuve respuesta, bajé al piso inferior y aunque no vi a nadie más (cuando hace sol, la mayoría de los italianos se limitan a echarse a la sombra), ahí encontré a Mamá, floreciente de salud, en la terraza que daba sobre el jardín. Tenía a su lado el costurero y estaba sentada a pleno sol, intentando hacer dos cosas a la vez, tal vez tres, como acostumbra. Cuando Mamá se encuentra bien, no es capaz de estar quieta. Me temo que carece de lo que un caballero que conocimos en Lausana denominaba «el don del reposo» (no he olvidado nunca esa expresión).

Mamá me atacó de inmediato: «¿Por qué no bailaste con uno siquiera de esos jóvenes caballeros que la *contessa* se había tomado la molestia de invitar en tu honor? La *contessa* está muy molesta. Además, ¿qué has estado haciendo durante toda la mañana? Hace un día precioso y soleado. ¿Y qué es esa tontería que la *contessa* ha intentado explicarme? No entiendo ni una palabra, a lo mejor tú puedes iluminarme. Me parece que es algo que debería saber. Sin duda, es consecuencia de que tu padre y tu madre te dejaran ir a la ciudad sola».

No hace falta decir que, a estas alturas, sé cómo contestar a Mamá cuando me sermonea de esta manera.

«La *contessa* está muy disgustada», exclamó de nuevo Mamá después de que yo hablara; como si una banda de truhanes hubiera robado las cucharas y yo supiera algo. «No cabe duda de que insinúa algo que la cortesía le impide formular en palabras, y tiene algo que ver contigo. Te estaría muy agradecida si me lo contaras. Dímelo inmediatamente», me ordenó Mamá con dureza.

Por supuesto, me daba cuenta de que algo había sucedido entre la *contessa* y yo por la mañana, y que ahora sabía ya lo que me esperaba: de un modo u otro, la *contessa* había adivinado mi encuentro de la velada anterior y se había dado cuenta de parte del efecto que había tenido sobre mí (aunque, ¡qué lejos estaba de hacerse

una idea de todo!). Incluso a mí me parecía que se había expresado en lo que los ingleses considerarían un modo exaltado, a la italiana. Estaba claro que le había dicho algo a Mamá, pero de modo velado, como si no quisiera traicionarme. Lo cierto era que me había comunicado que lo haría y en aquel momento me habría gustado haber intentado disuadirla. Lo cierto era que había estado tan somnolienta que me costaba razonar.

«Mamá», dije con la dignidad que he aprendido a mostrar en estas ocasiones, «si la *contessa* tiene alguna queja sobre mi conducta, estoy segura de que la expresará cuando esté yo presente». Y, sin duda, estaba segura de ello; aunque tenía mis dudas de que la *contessa* quisiera quejarse de mí en absoluto. Si se ha dirigido a Mamá sobre este asunto, estoy segura de que ha sido en un intento de ayudarme, aunque tal vez equivocado, como es casi inevitable en alguien que no conoce a Mamá muy bien.

«Me estás desafiando, niña», dijo Mamá, casi gritando. «Estás desafiando a tu propia madre». Se puso tan frenética (¿Por nada? ¿Menos incluso que de costumbre?) que se pinchó. Mamá siempre se pincha cuando intenta bordar; creo que es, principalmente, porque no se concentra en nada en concreto, y guarda unas cuantas hilas en el costurero para cuando sucede. Sin embargo, en esta ocasión no encontró las hilas y el pinchazo parecía bastante profundo. La pobre Mamá aleteaba como un pájaro bajo una red mientras la sangre empezaba a manar abundantemente. Me incliné y la lamí con la lengua. Fue raro tener la sangre de Mamá en la boca. Lo más raro es que tenía un sabor delicioso, como el más delicioso de los dulces. Mientras escribo estas palabras, noto que mi propia sangre me cubre las mejillas.

Mamá restañó la heridita con su pañuelo, uno de ésos tan bonitos que compró en Besanzón. Me miró con la expresión crítica habitual, pero sólo dijo: «Tal vez sea una suerte que nos vayamos de aquí el lunes».

Aunque es nuestra rutina habitual, en esta ocasión no se había dicho nada y me quedé anonadada (¡Al final resultará que sí había algo claro que anotar ayer por la noche!).

«¡Cómo!», exclamé, «¡Vamos a dejar a esta encantadora *contessa* tan pronto! ¡Vamos a dejar, tras sólo una semana, la ciudad en la que Dante anduvo y escribió!». Sonrío un poco porque ahora me doy cuenta de que, sin pensar, estoy empezando a copiar la manera grandilocuente, italiana, de expresar las cosas. No estoy segura de que Dante escribiera mucho en Ravena, pero para los italianos estas objeciones tienen poca influencia en la elección de sus palabras. Me doy cuenta de que no debo llevar esta costumbre al extremo.

«Quizá el lugar por el que anduvo Dante no es el más adecuado para que andes tú», replicó Mamá, implacable, pero con una frase y una idea más ingeniosa de lo que es habitual en ella. Mientras tanto, se iba frotando el dedo y nada parecía atenuar el tono acerbo que empleaba conmigo. La sangre empezaba a enrojecer el vendaje improvisado y me alejé con eso que los escritores llaman «sentimientos encontrados».

De todos modos, he conseguido ver algo más del ancho mundo antes de dejar Ravena; y ha sido al día siguiente, hoy mismo, domingo, aunque sea precisamente domingo. Por lo que parece, no hay ninguna iglesia inglesa en Ravena, de modo que lo único que se ha podido organizar es una lectura de Papá de unas pocas oraciones esta mañana y después la letanía, mientras Mamá y yo dábamos las respuestas. El mayordomo nos ha llevado a una sala especial para ello. No tenía nada más que una mesa vieja con patas inestables y una hilera de sillas de madera: todo ello más polvoriento y más decrépito incluso que otras cosas que he visto en la villa. Por supuesto, eso mismo ha sucedido en otros lugares y otros domingos, pero nunca en unas condiciones tan descorazonadoras — unas condiciones, incluso, a mi parecer, malsanas —. La situación me afectaba de un modo de lo más desagradable y era totalmente incapaz de empaparme de la Palabra de Dios, tal como debería haber hecho. Nunca me había sentido así, ni siquiera en las oraciones familiares menos estimulantes. Unos pensamientos francamente irreverentes me cruzaban la cabecita: por ejemplo, me ha dado por preguntarme en qué medida sería eficaz la palabra de Dios para la salvación cuando las murmura con monotonía y tartamudeando un seglar no canonizado como Papá; por supuesto, quería decir no «ordenado», pero he dejado esa primera palabra porque resulta muy cómica aplicada a Papá, que siempre está denunciando a los «santos romanos» y todo lo que representan, como esos días frecuentes de devoción pública en su honor. Los ingleses hablan con muy poca estima de los sacerdotes católicos romanos, pero todos ellos, incluido el más indigno, han sido tocados por manos que se remontan hasta san Pedro y la fuente misma de la Gracia. No se puede decir lo mismo de Papá y me parece que incluso la consagración del señor Biggs-Hartley es discutible. Estoy convencida de que la Sangre del Cordero sólo pueden transmitirla los elegidos o lavarla unas manos blancas y delicadas.

¡Oh! ¿Cómo va a cumplir la promesa de que «nos volveremos a ver» si Papá y Mamá me arrastran, entre protestas, del lugar en que nos conocimos? Para no hablar del «muchas veces». Estos pensamientos me distraen, no es necesario que lo diga; y, sin embargo, estoy segura de que me distraen menos de lo que se podría esperar. El motivo es simple: en el fondo, sé que ha pasado algo asombroso, una elección especial, entre nosotros y que nos veremos otra vez y, sin duda, muchas veces. Aunque me distraiga, al mismo tiempo estoy tan segura que casi me encuentro en paz: fuego y hielo, como he dicho antes. Todavía puedo pensar en otras cosas, lo que no sucedía cuando me imaginé, hace mucho, mucho tiempo, que estaba «enamorada» (¡ni pensarlo!) del señor Franklin Stobart. Sí, sí, ¡mi maravilloso amigo ha traído a mi alocada alma por fin un poco de paz! Sólo desearía no estar tan cansada. Sin duda, todo pasará cuando los acontecimientos de la antevíspera se alejen (qué tristeza, de todos modos, cuando se distancien. ¡Qué tristeza, suceda lo que suceda!), y desaparezca, supongo, la huella del cansado paseo de esta tarde. No, «cansado» no. Me niego a admitir la palabra y que la insolente Emilia haya regresado a casa «fresca como una lechuga», para emplear la expresión que la gente como ella utiliza en mi

país. De todos modos, ¡qué caminata! Hemos paseado por Pineta di Classe, un bosque enorme situado entre Ravena y el mar, con pinos como parasoles gruesos, oscuros y tupidos y, según cuentan, con un oso o un bandido escondido tras cada uno de ellos. No he visto nunca pinos similares ni en Francia ni en Suiza o los Países Bajos y mucho menos en Inglaterra. Son árboles como los de *Las mil y una noches* (aunque no he leído esa obra), con una copa densa y un tronco tan robusto que podría sostener rocas. Y tan numerosos y tan viejos. Sin guía, me habría perdido en unos pocos minutos, tantos y tan difusos son los diversos senderos que lo recorren bajo las enormes coníferas, pero tengo que admitir que Emilia, que se ha desprendido ya de sus remilgos de joven bien *élevée*, avanzaba con grandes pasos como si fuera un chico y mostraba un conocimiento de los mejores caminos ante el cual yo sólo podía expresar admiración, al tiempo que lo aprovechaba. Emilia y yo hemos llegado a entendernos y, sobre todo, gracias a ella estoy aprendiendo tanto italiano que incluso me sorprende a mí misma. No obstante, debo recordarme que es un lenguaje muy simple: el gran poeta autor de *El paraíso perdido* (aunque tampoco he leído esta obra) decía que no hacía falta dedicarse al estudio del italiano porque se captaba al pasar. Eso está sucediendo con Emilia y conmigo.

Los caminos del bosque son más propios de caballeros sobre una montura y, en un punto del camino, dos de ellos han surgido de uno de los muchos senderos que partían de nuestra izquierda. «*Guardi!*», ha exclamado Emilia, y me ha agarrado el brazo como si fuera una amiga íntima. «*Milord* Byron y el *signor* Shelley» (no intentaré siquiera aproximarme al gracioso modo que tiene Emilia de pronunciar los nombres ingleses). Ha sido un momento trascendental en mi vida, ¡en la vida de cualquiera! ¡Ver al mismo tiempo a dos hombres tan grandes y famosos, ambos tan irremediablemente malditos! Claro que no hemos tenido tiempo de observarlos de cerca, aunque el señor Shelley ha parecido insinuar un gesto de agradecimiento con la fusta cuando nos hemos echado atrás un poco para dejar el paso libre a él y a su amigo. Pero he tenido la impresión de que ambos *giaours* parecían mucho mayores de lo que me esperaba, y Lord Byron mucho más corpulento (y muy canoso, aunque creo que se encuentra al principio de la cuarta década de su vida). El señor Shelley llevaba un atuendo muy descuidado y Lord Byron estaba de lo más cómico: en este sentido, al menos, la realidad encajaba con su fama. Ninguno de los dos llevaba gorra o sombrero. Se han alejado a medio galope por el camino que nosotras llevábamos. Hablaban dando voces (la del señor Shelley era notablemente aguda), ambos, por encima del ruido de los cascos de los caballos. Ninguno de los dos se ha callado cuando han aflojado el paso para rodear, en cierto modo, el lugar donde nos encontrábamos.

¡Así ha sido cómo, por fin, he podido ver al mítico Lord Byron! Ha sido un momento maravilloso, pero lo habría sido mucho más para mí si hubiera sucedido antes de otro momento reciente, el más maravilloso de todos. Pero estaría muy equivocada si me quejara porque la luna roja y ascendiente ha atenuado mi luz

nocturna. Lord Byron, ése, hijo del destino para todos los tiempos y para todo el mundo, o al menos para gran parte. Mi sino es otro y lo atraigo hacia mi pecho con los ansiosos brazos de una joven.

«*Come gentili!*», ha exclamado Emilia, mirando a los dos hombres a caballo. Tal vez no sea el comentario más adecuado sobre Lord Byron, ni siquiera en relación con el señor Shelley, pero yo no tenía nada que objetar (suponiendo incluso que hubiera encontrado las palabras en italiano), de modo que hemos seguido nuestro camino mientras Emilia se aventuraba a cantar, con una bonita voz, y yo no me atrevía a unirme a ella, hasta que al final, los pinos se han abierto y he visto por primera vez un atisbo del mar Adriático (me niego a tomar en serio la laguna de Venecia) y, al cabo de unos pocos pasos, he tenido una perspectiva completa. El mar Adriático está unido al Mediterráneo; en realidad, para ser exactos, es parte de él, de modo que ahora puedo decirme que «he visto el Mediterráneo», que el bueno del viejo doctor Johnson definía como el verdadero objetivo de todo viaje. Es como si, por fin, mis ojos hubieran visto el Santo Grial del que manara la Sangre de la Redención en un dorado esplendor; y durante unos momentos me he quedado absorta en mis pensamientos. El mundo me abandona durante unos instantes mientras medito sobre esa marea luminosa.

Pero no puedo escribir más. A pesar de mis deseos, estoy tan cansada que resulta asombrosa la intensidad de mi visión. Es como si mi mano, como la de Isabella en el maravilloso libro de la señora Fremlinson, la guiara el distante Traffio; de modo que Isabella pudo dejar por escrito el relato de los extraños acontecimientos que habían precedido su muerte; sin ese relato, tal como ahora me sucede a mí, el libro, aunque sea una obra de ficción, no podría haberse escrito. La vieja luna baña de color carmesí las sábanas y el camisón. En Italia, la luna siempre está llena y siempre es muy roja.

¡Oh, cuándo volveré a ver a mi amigo, mi modelo, mi genio!

10 de octubre. He tenido un sueño tan maravilloso, tan agradable, que tengo que escribirlo todo antes de que se me olvide, aunque ahora ya me encuentro con que casi no me queda nada que escribir. He soñado que él estaba conmigo; que cubría mi cuello y mi pecho de besos que eran al mismo tiempo los más suaves y los más agudos que se pueda concebir; que me llenaba los oídos de pensamientos tan extraños que sólo podían venir de otro mundo.

Y ahora rompe el alba italiana: todo el cielo es rojo y granate. Se han ido las lluvias y se diría que no van a volver. El sol carmesí me pide que emprenda el vuelo antes de que vuelvan el otoño y el invierno. ¡Que emprenda el vuelo! ¡Hoy nos vamos a Rímini! Sí, pero… ¡Qué farsa!

Y en mi habitación, otra vez roja por el amanecer, vuelvo a estar manchada de sangre. Pero ahora sé por qué. Bajo su abrazo, mi ser salta de alegría y bienvenida; su

abrazo que es, al mismo tiempo, el más suave y el más intenso de todos. Qué extraño es que no recordara esa dicha.

Me he levantado de la cama para buscar agua, que, como de costumbre, no tengo en la habitación. Estaba tan débil de felicidad que he estado a punto de desmayarme. Pero tras hundirme un momento en la cama, he conseguido recuperarme y abrir la puerta suavemente. ¿Y qué me he encontrado ahí? O mejor dicho, ¿a quién? En el pasillo débilmente iluminado, a cierta distancia, estaba en silencio nada menos que la *contessina*, a la que no recuerdo haber visto desde la *soirée à danse* de su *mamma*. Estaba vestida con algo parecido a una capa oscura y ella sabrá lo que estaba haciendo allí porque, por algún motivo, se diría que al verme se ha convertido en piedra. Evidentemente, yo llevaba aún menos ropa que ella. Ni siquiera llevaba nada sobre el camisón. Y por encima tenía sangre, como si me hubieran herido. Cuando me he acercado a ella para tranquilizarla (al fin y al cabo, sólo somos dos jovencitas, no soy su juez ni el de nadie), ha soltado un grito y ha salido huyendo como si yo fuera la mismísima Reina de los Alisos, pero casi en silencio, sin duda, por los mismos motivos que la habían llevado a estar en el pasillo. Ha sido una tontería por parte de la *contessina*, puesto que mi propósito era abrazarla y darle un beso en señal de nuestra común condición humana y lo extraño de nuestro encuentro a esa hora.

Me ha desconcertado la puerilidad de la *contessina* (estas italianas se las apañan para ser, al mismo tiempo, *bambine* disminuidas y endurecidas mujeres mundanas) y, de nuevo, al sentirme débil, me he apoyado en la pared del pasillo. Cuando he vuelto a erguirme, he visto a la luz carmesí que entraba por una de las polvorientas ventanas que había extendido la mano hasta la pared y había dejado una marca escarlata en el yeso pintado. Es algo difícil de excusar e imposible de limpiar. ¡Qué cansada estoy de estas *regles* y convencionalismos por los que he estado regida hasta la fecha! ¡Cuánto ansío la libertad sin límites que se me ha prometido y que estoy tan segura de alcanzar!

Pero he conseguido encontrar un poco de agua (la villa de la *contessa* ya no es de ésas en las que los criados están alerta — o que supone que deben estarlo — durante toda la noche en los pasillos principales), y, con el agua he hecho lo que he podido, al menos, en mi habitación. Lamentablemente, no tenía agua ni fuerzas suficientes para limpiarlo todo. Además, cada vez soy más temeraria.

11 de octubre. ¡Esta noche no he tenido ninguno de esos preciosos sueños!

Sin embargo, ayer una actitud considerablemente desagradable y rastrera acompañó nuestra marcha de Ravena. Mamá me reveló que la *contessa* nos prestaba su carruaje. «Es porque quiere asegurarse de que nos vamos», me dijo Mamá, mirando hacia la cornisa. «¿Cómo es eso, Mamá?» pregunté. «Si casi no nos ha visto. Era invisible cuando llegamos y ahora también lleva días invisible». «No hay relación alguna entre las dos cosas», contestó Mamá. «Cuando llegamos, la *contessa* no se

encontraba bien, como nos sucede a las madres con frecuencia, pronto lo sabrás. Pero durante los últimos días ha estado muy inquieta por tu actitud y ahora quiere que nos vayamos». Como Mamá seguía mirando la pared en lugar de mirarme a mí, asomé la punta de la lengua, sólo la puntita, y resulta que Mamá sí lo vio, y ya había levantado la mano varias pulgadas cuando se acordó de que ahora yo era casi adulta y no se me podía corregir con un mero bofetón.

Y después, cuando estábamos a punto de subir al viejo y ajado carruaje, quién lo iba a decir, la *contessa* salió a la luz y vi cómo se santiguaba a mis espaldas, o lo que ella creyera que eran mis espaldas. Tuve que apretar los puños para no escupirle. Desde entonces, he especulado si no tendría en realidad intención de que la viera. Al principio, sentí mucho cariño por la *contessa*, me sentí muy cercana a ella — lo recuerdo muy bien —, pero ahora todo ha cambiado. Algunas veces, una semana parece durar más que una vida; y, en lo que a mí respecta, puedo decir lo mismo de una sola noche imborrable. La *contessa* puso mucho cuidado en que nuestras miradas no se cruzaran, aunque, en cuanto me di cuenta, no dejé de mirarla como un basilisco. Se disculpó con Papá y Mamá por la ausencia de la *contessina*, que, según ella, estaba en cama con un ataque de nervios o un calambre o cualquier otra enfermedad (no me importó entonces, ¡qué me va a importar ahora!), sin duda, propia de las niñas italianas. ¡Y Papá y Mamá contestaron como si de veras les importara esa niña tonta! No hace falta señalar que era un modo más de expresar su desaprobación hacia mí. Mi opinión, a la que he llegado tras profunda reflexión, es que la *contessina* y su *mamma* son tal para cual, pero la *contessa* ha tenido tiempo para aprender las artimañas de la ocultación y la duplicidad. Estoy segura de que todas las italianas son iguales, cuando uno las conoce. La *contessa* hizo que me clavara las uñas en la palma de la mano de tal manera que me dolieron durante el resto del día y todavía parece que me haya clavado una daga en cada mano, como en el cuento de sir Walter Scott.

Teníamos un cochero y un lacayo en el pescante, ninguno de los dos era joven sino más bien viejos sabelotodo; y cuando llegamos a Classe, nos detuvimos para que Papá, Mamá y yo entráramos en una iglesia, famosa por unos mosaicos que se remontaban, como de costumbre, a los bizantinos. Las grandes puertas del oeste estaban abiertas bajo la cálida luz del sol y lo cierto es que el interior parecía muy bonito, todo de un tono azul pálido, el color del cielo, y dorado brillante; pero no vi nada más porque cuando estaba a punto de cruzar el umbral volví a sentirme muy débil y, tras sentarme en un banco, animé a Papá y a Mamá para que entraran sin mí, cosa que hicieron de inmediato, siguiendo la sensatez inglesa, en lugar de organizar grandes alharacas, de acuerdo con las tontas costumbres italianas. El banco era de mármol, con brazos en forma de leones, y, aunque el mármol estaba gastado, con rayas e incisiones, era un objeto espléndido, tallado, si no me equivoco, por los mismos romanos. Allí sentada me encontré mejor enseguida, pero entonces me di cuenta de que los dos viejos gordos del coche estaban haciendo algo raro en las portezuelas y ventanillas del carruaje. Supuse que les estaban poniendo grasa, cosa

que habría sido muy necesaria, igual que una mano de pintura a todo el coche. Pero cuando Papá y Mamá por fin volvieron de la iglesia y ocupamos de nuevo nuestro sitio, Mamá pronto empezó a quejarse del olor, que, según dijo, parecía de ajo. Por supuesto, en el extranjero todo huele a ajo, de modo que entendí que Papá se limitara a decirle a Mamá que eran manías suyas; pero a mí también me afectaba el olor, de modo que terminamos el viaje en silencio casi total; y no teníamos hambre, excepto Papá, para comernos la tosca comida que nos ofrecieron en el camino a Cesenatico. «Estás muy blanca», me dijo Papá cuando bajábamos del coche. Después añadió dirigiéndose a Mamá, sin apenas intentar impedir que yo lo oyera: «Entiendo que la *contessa* te dijera lo que te dijo». Mamá se limitó a encogerse de hombros, cosa que no se le habría ni ocurrido hacer antes de que viajáramos al extranjero, pero que ahora hace con frecuencia. Estuve a punto de decir algo malévolo. Al final, la *contessa*, cuando por fin tenía la condescendencia de aparecer, no dejaba de hacer comentarios despectivos sobre mi aspecto. Y lo cierto es que estoy pálida, todavía más pálida que antes, aunque siempre he sido muy pálida, como un pequeño fantasma; pero sólo yo conozco los motivos de este cambio y nadie los sabrá jamás, porque nadie puede saberlo. No es tanto un «secreto» como una revelación.

En Rímini haremos poco más que alojarnos en una posada y somos casi las únicas personas que lo hacen. No me sorprende, la posada es un lugar lúgubre e inhóspito; la *padrona* tiene lo que en Derbyshire llamamos «labio leporino», y el servicio es de lo peor. Lo cierto es que todavía nadie se ha atrevido a acercárseme. Todas las habitaciones, incluida la mía, son muy grandes; y todas están comunicadas entre sí, tal como se hacía hace doscientos años. El edificio parece un *palazzo* venido a menos y probablemente lo sea. Al principio, temí que acomodaran a mis queridos Papá y Mamá en la habitación contigua a la mía, cosa que no me habría venido nada bien, pero, por algún motivo, eso no ha sucedido, de modo que entre mi habitación y la escalera hay dos salas oscuras y vacías, lo que en otros tiempos me habría alarmado pero ahora agradezco. Todo parece pobre y polvoriento. Me pregunto si en alguna ocasión podré descansar en el extranjero con las comodidades y el bienestar que uno da por hecho en Derbyshire. No, seguro que no. Y un escalofrío me recorre la espalda mientras anoto estas palabras; pero se trata de un escalofrío más cercano a la emoción que al temor. Pronto estaré en otro lugar, muy por encima de esas banalidades.

He abierto un par de ventanales; una tarea sucia y me temo que ruidosa. He salido al balcón de piedra bajo la luz de la luna y he contemplado la *piazza*. Rímini parece una ciudad muy pobre y no tiene nada del movimiento nocturno propio de la vida italiana. A esta hora, todo está en el más completo silencio, resulta incluso extraño. Todavía hace calor, pero flota una capa de neblina entre la tierra y la luna.

He vuelto a trepar a uno de esos enormes lechos italianos. Él está volando hacia mí. Las palabras ya no son necesarias. Sólo tengo que quedarme dormida y eso será muy sencillo, estoy agotada.

12, 13 y 14 de octubre. No tengo nada de qué hablar, excepto de él; y de él no puedo contar nada.

Estoy muy cansada, pero se trata del cansancio que sigue a la exaltación, no del vulgar cansancio de la vida cotidiana. Hoy me he dado cuenta de que ya no tengo sombra ni reflejo. Afortunadamente, Mamá estaba destrozada (tal como dicen los bobos irlandeses) por el viaje desde Ravena y no la he visto desde que llegamos. ¡Cuántas, cuántas horas pasa la gente mayor en sus aposentos! ¡Cuánto me alegro de saber que nunca pasaré por ese cautiverio! ¡Cómo me regocijo al pensar en la nueva vida que se extiende ante mí hasta el infinito, el nuevo océano que ya lame mis pies, el nuevo navío de vela púrpura y remos rojos en el que embarcaré en cualquier momento! Cuando uno se enfrenta a una transformación tan tremenda, qué absurdas parecen las palabras, aunque permanezca en nosotros la costumbre de emplearlas, por mucho que me cueste sostener la pluma. Pronto, muy pronto sentiré una nueva fuerza, un fuego inconcebible y la capacidad para adoptar a voluntad la forma de cualquier criatura de la noche, o de volar sin forma alguna por la oscuridad. ¡Qué amor el suyo! ¡Qué satisfacción ser la elegida, yo, una joven inglesa! Es un milagro y entraré con orgullo en los salones de Las Otras Mujeres.

Papá está tan inquieto por Mamá que ni siquiera se ha dado cuenta de que no he comido nada y sólo he bebido agua, de que en nuestras horribles comidas me limito a simular.

Se crea o no, ayer visitamos, Papá y yo, el Templo Malatestiano. Papá entró como visitante inglés: yo (al menos, en comparación con Papá), como pitonisa. Es un edificio hermoso, uno de los más hermosos del mundo, según dicen. Pero para mí, su esplendor reside en los nobles y amados muertos que aloja y el control cada vez mayor que ejerzo sobre ellos. Este poder me agotó de tal manera que Papá tuvo que ayudarme a regresar a la posada. Pobre Papá, que, según cree, debe soportar la carga de dos mujeres débiles e inválidas. Casi siento pena por él.

Me habría gustado haber atrapado a la *contessina* y haberla besado en el cuello.

15 de octubre. Anoche abrí uno de los ventanales (el otro se me resiste, dado lo débil que estoy, según los parámetros de este mundo) y, sin asomarme, me detuve desnuda y alcé los dos brazos. No tardó en oírse el rumor de una suave brisa, allí donde todo había estado inmóvil como la muerte. El rumor pronto se convirtió en un rugido y el fresco de la noche se transformó en calor, igual que cuando se abre la puerta del horno. Se oían llantos, gritos, zumbidos, chillidos y arañazos que ascendían en un remolino por la ventana abierta, como si unos cuerpos invisibles (o casi invisibles) giraran sin cesar en el aire, sin dejar de lamentarse y lanzar reproches. Los tristes sonidos me hendían la cabeza, al tiempo que tenía el cuerpo tan húmedo

como una otomana. De repente, todo pasó. Él estaba ante mí, en la penumbra del alféizar de la ventana. «Eso es el amor, tal como lo conocen los elegidos de este mundo», dijo.

«¿Los elegidos?» imploré en una voz tan tenue que casi no era ni voz (¿pero qué más daba?). «Claro que sí», pareció conformar. «De este mundo, los elegidos».

16 de octubre. El tiempo en Italia cambia constantemente. Hoy vuelve a hacer un día frío y lluvioso.

Han empezado a pensar que estoy enferma. Mamá, de nuevo en pie durante un breve plazo, zumba como un moscardón en torno a un cordero moribundo. Incluso han llamado al médico tras discutir largo y tendido en mi presencia sobre si un médico italiano podría ser de alguna utilidad. Con la poca voz que me queda, he afirmado enérgicamente que no serviría de nada. Con todo, ha aparecido semejante criatura: vestido de un negro anticuado y, créase o no, con una peluca gris, era un verdadero Pantalone. ¡Vaya farsa! Con mis colmillos, cada vez más agudos, no he tardado en liquidarlo mientras él gritaba como un personaje de la *commedia* a la que pertenece. Después he escupido su linfa débil y senil y me he limpiado los labios de su piel y su olor para regresar a echarme en el sofá.

Janua mortis vita, tal como dice el señor Biggs-Hartley en su gracioso latín macarrónico. ¡Pensar que hoy es domingo! Me pregunto por qué nadie se ha molestado en rezar por mí.

17 de octubre. Me han dejado todo el día sola. Tanto me da.

Anoche tuvo lugar el suceso más extraño y maravilloso de mi vida, un sello que marca mi futuro.

Estaba echada, con el ventanal abierto, cuando me di cuenta de que la niebla estaba entrando. Le abrí los brazos, pero la sangre de la herida del cuello empezó a gotearme sobre el pecho. La herida, por supuesto, ya no se cierra, aunque no parece ser especialmente complicado ocultarla a toda la raza humana, sin exceptuar a los hombres instruidos y con diplomas de la Universidad de Sciozza.

Fuera, en la *piazza*, se oía un rumor semejante al que hacen las ovejas cuando las recogen en una de las granjas de mi país. Bajé de la cama, recorrí la habitación y salí al balcón.

La niebla filtraba la luz de la luna y le daba un matiz gris plata que no he visto nunca en ningún otro lugar.

Toda la *piazza*, que es muy grande, estaba llena de lobos enormes de pelo gris; no hacían más ruido que los pequeños rumores que he mencionado; todos ellos tenían la lengua colgando, negra bajo la luz plateada, y todos miraban hacia mi ventana.

Rímini está cerca de los Apeninos, donde es bien sabido que hay muchos lobos y que con frecuencia devoran algún bebé o un niño pequeño. Supongo que el frío incipiente los acerca a las poblaciones.

Les dirigí una sonrisa. Después crucé las manos sobre mi menudo pecho y les hice una reverencia. Ocuparán un lugar destacado entre mi nueva familia. Mi sangre será suya y la suya será mía.

Se me ha olvidado decir que he conseguido cerrar la puerta. Ahora me ayudan a estas cosas.

De un modo u otro, he logrado volver a la cama. Hace cada vez más frío, parece que hiele. Por algún motivo, imagino las habitaciones vacías de este viejo y destartalado *palazzo* (seguro que lo fue) que ya nada conserva de su majestuosidad. Dudo que escriba nunca más. No creo que tenga nada más que decir.

BIBLIOGRAFÍA DEL PRÓLOGO Y LA EDICIÓN

Baudelaire, Charles, *Œuvres complètes*, pról. de Marcel A. Ruff, Seuil, París, 1968.
Béguin, Albert, *El alma romántica y el sueño*, trad. de Mario Monforte, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
Biblia de Ferrara, edición facsimilar, Sefarad 92, Madrid, 1992.
Biblia del Oso, trad. de Casiodoro de Reina, Alfaguara, Madrid, 1987.
Bonaparte, Marie, *Edgar Poe*, Denoël et Steele, París, 1935.
Byron, Lord, *Selected Letters & Journals*, Picador, Londres, 1982.

Calmet, Dom Agustín, *Tratado sobre los vampiros*, trad. de Lorenzo Martín del Burgo, Mondadori, Madrid, 1991.

Faivre, Tony, *Les vampires*, Eric Lotsfeld, París, 1962.
Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*. Trad. Alberto Bernabé Pajares, Gredos, Madrid, 1979.
Frayling, Christopher, *Vampires. From Lord Byron to Count Dracula*, Faber and Faber, Londres, 1991.

Hoffmann, E. T. A., *Los hermanos de San Serapión*, intr. de Juan Tébar, Anaya, Madrid, 1988.
Homero, *Odisea*, trad. de José Manuel Pabón, Gredos, Madrid, 1993.

James, M. R., *Ghost Stories of M. R. James*, pról. de Nigel Kneale, The Folio Society, Londres, 1973.

Llopis, Rafael, *Historia natural de los cuentos de miedo*, Júcar, Madrid, 1974.
Ludlam, Harry, *A biography of Dracula*, Walker & Co., Nueva York, 1962.

Novalis, *Fragmentos*, trad. de Angela Selke y Antonio Sánchez Barbudo, Nueva Cultura, México, 1942.

Petoia, Erberto, *Vampiros y hombres lobo. Orígenes y leyendas desde la Antigüedad hasta nuestros días*, trad. de Alejandro Pérez, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995.

Praz, Mario, *La carne, la muerte y el Diablo en la literatura romántica*, trad. de Jorge Cruz, Monte Ávila, Caracas, 1969.
Prest, Thomas Preskett, *Varney the Vampire or the Feast of Blood*, Arno Press, Nueva York, 1971.

Quiroga, Horacio, *Cuentos*, selección y prólogos de Emir Rodríguez Monegal, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1984.

Roux, Jean-Paul, *La sangre. Mitos, símbolos y realidades*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Península, Barcelona, 1988.

Shelley, Mary W., *Frankenstein*, trad. de Francisco Torres Oliver, Siruela, Madrid, 2000.
Siebers, Tobin, *Lo fantástico romántico*, trad. de J. J. Utrilla, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
Summers, Montague, *The Vampire: His Kith and Kin*, Dorset Press, Nueva York, 1991.

Thomson, R. Campbell, *The Devil and Ill Spirits of Babilonia*, Londres, 1903.

VV. AA. *Cuentos fantásticos del* XIX, ed. de Italo Calvino, vol. I, traducciones varias, Siruela, Madrid, 1987.
VV. AA., *The Book of Dracula*, Wings Books, Nueva York, 1991.
VV. AA., *Vampiros*, traducciones varias, Siruela, Madrid, 1992.
Volta, Ornella, *The Vampire*, trad. de Raymond Rudorff, Tandem Books, Londres, 1965.
Voltaire, *Dictionnaire philosophique*, ed. de René Pomeau, trad. de A. Valiente, Daimon, 1966.

Wolf, Leonard, *A Dream of Dracula*, Little Brown and Company, Nueva York, 1972.

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL

Tratados

Allatius, Leo (Leone Allacci), *De gracorum hodie quorundam opinationibus*, Colonia, 1645.

Bartholin, Thomas, *De causa contemptus mortis*, siglo XVII.

Bekker, Balthazar, *De Betoverde Weereld*, 4 vols., Ámsterdam, 1691.

Burnet, Thomas, *De statu mortuorum et resurgentium*, siglo XVII.

Calmet, Dom Augustin, *Traité sur les apparitions des anges, des démons et des esprits et sur les vampires ou revenants de Hongrie, de Bohême, de Mortavie, et de Silésie*, París, 1746.

Demelius, Christoph Fiedrich, *Philosophischer Versuch, ob nicht die merwürdige Begeh der Blutsauger oder Vampyren in Nieder - Ungarn, A. 1732 geschehen, aus denen principiis naturae, ins besondere aus der sympathia rerum naturalium und denen tribus facultatibus hominis könne erleutert werden*, Weimar, 1732.

Davanzati, Giuseppe, *Dissertazione sopra vampiri*, Nápoles, 1774.

Dufresnoy, Lenglet, *Historical Treatise on Apparitions*, París, 1751.

Erasto, Thomas, *Disputatio de lamiis seu strigibus*, Basilea, 1572. Feijoo, Fray Benito Jerónimo, «Reflexiones críticas sobre las dos disertaciones que, en orden a apariciones de espíritus y los llamados vampiros, dio a luz poco ha el célebre benedictino y famoso expositor de la Biblia dom Agustín Calmet», en *Cartas eruditas y curiosas*, vol. IV, Madrid, 1753.

Fluckinger, Johannes, *Visum et repertum über die so Genannten Vampyren*, Núremberg, 1732.

Harenberg, Johann Christoph, *Vernünftige und christliche Gedanken über die Vampyren oder Blutsaugenden Todten*, Wolffenbüttel, 1733.

Lambertini, Próspero (Benedicto XIV), *De servorum Dei beatificatione et de beatorum canonizatione*, Libro IV, Roma, 1749.

Map, Walter, *De nugis curialium*, (1181-93), trad. de M. R. James, Oxford University Press, Nueva York, 1983.

Mayo, Dr. Herbert, *Letters On the Truths Container in Popular Superstitions*, Blackwood, Edimburgo, 1849.

Paban, Madame Gabrielle de, *Histoire des fantômes et des démons qui se sont mostrés parmi les hommes, ou choix d'anecdotes et de contes, de faits merveilleux, de traits bizarres, d'aventures extraordinaires sur les revenants, les fantômes, les lutins, les démons, les espectres, les vampires et les apparitions diverses*, París, 1819.

Pashley, Robert, *Travels in Crete*, 2 vols., Cambridge/Londres, 1837.

Pohlius, John Christopher, *Dissertatio de hominibus post mortem sanguisugis*, Leipzig, 1742.

Ranft, Michael, *De masticatione mortuorum in tumulis Liber*, Leipzig, 1728.

Rohrius, Philippus (Philip Rohr), *Dissertatio historica-philosophica de masticatione mortuorum*, Leipzig, 1679.

Sommières, M. Le Colonel L. C. Vialla de, *Voyage historique et politique au Montenegro*, 2 vols., París, 1820.

Stock, John Christian, *Dissertatio Phisica de Cadaveribus Sanguisugus*, Jena, 1732.

Tournefort, Joseph Pitton de, *Relation d'un voyage du Levant*, 2 vols., París, 1717.

Zopfius (Johann Heinrich Zopf), *Dissertatio de vampiris seviensisibus*, Halle, 1733.

Ensayos

Ambelain, Robert, *Le Vampirisme. De la légende au réel*, Robert Laffont, París, 1977.

Baber, Paul, *Vampires, Burial and Death: Folklore and Reality*, Yale University Press, 1990.

Belford, Barbara, *Bram Stoker*, Weidenfel & Nicolson, Londres, 1996.

Camporesi, Piero, *Juice of Life: The Symbolic and Magic Significance of Blood*, trad. de R. R. Barr, Continuum, Londres, 1995.

Cerisy, Colloque de, *Les vampires*, Albin Michel, París, 1993.

Jones, Ernst, *On the Nightmare*, Norton & Company, Nueva York, 1931.

Cremene, Adrien, *Mythologie du vampire en Roumanie*, Éditions du Rocher, París, 1981.

Kappler, C., *Le monstre. Pouvoir de l'imposture*, PUF, París, 1980.

Dracula. De la mort à la vie, dir. de Charles Grivel, Éditions de l'Herne, París, 1997.

Leatherdale, Clive, *Dracula. The Novel and the Legend*, The Aquarian Press, Wellingborough, Northamptonshire, 1985.

Marigny, Jean, *Sang pur sang. Le réveil des vampires*, Gallimard, París, 1993.

Markale, Jean, *L'énigme des vampires*, Pygmalion (Flammarion), París, 1991.

Masters, Anthony, *The Natural History of the Vampire*, Putnam Pub Group (Penguin), 1972.

Pizarnik, Alejandra, *La condesa sangrienta*, López Crespo Editor, Buenos Aires, 1965.

Ronay, Gabriel, *The Dracula Myth*, W. H. Allen, Londres, 1972.

Rousseau, Jean Jacques, *Lettre à Christophe de Beaumont, archevêque de Paris*, vol. IV, La Pléiade, París, 1970.
Sullivan, Jack, *The Penguin Encyclopedia of Horror and Supernatural*, Viking, Nueva York, 1986.
Summers, Montague, *The Vampire in Europe*, University Books, Nueva York, 1961.
Twitchell, James B., *The Living Dead: A Study of the Vampire in Romantic Literature*, Duke University Press, Durham, 1960.
Toumefort, Joseph Pitton de, *Relation d'un voyage du Levant*, 2 vol., París, 1717.
Wolf, Leonard, *Dracula. The Connesseur's Guide*. Broadway Books, Portland, 1997.

Relatos

A Taste For Blood, ed. de M. H. Greenberg, S. R. Dziemianowicz y R. Weinberg, Dorset, 1992.
Blood Thirst: 100 years of Vampire Fiction, ed. de L. Wolf, Oxford University Press, Nueva York, 1997.
Bradbury, Ray, «Homecoming», en *País de Octubre*, trad. de F. Abelenda, Minotauro, Buenos Aires, 1977.
Byron, Lord, «El entierro», en *Fantasmagoriana*, trad. de Jordi Fibla, Peninsula, Barcelona, 1998.
Bleiler, E. F., *Best Ghost Stories of Sheridan LeFanu*, Dover, Nueva York, 1964.
Bloy, Léon, «La Salamandre vampire», en *Vampires de Paris*, ed. de F. Lacassin, UGE, París, 1981.
Finne, J., Trois, *Saigneurs de la nuit*, 3 vols. Nouvelles Éditions Oswald, París 1986-1988.
Gogol, Nicolai, «Vij», en *Mitos básicos del cine de terror*, J. A. Molina Foix, trad. de J. Tomeo, Nostromo, Madrid, 1973.
Lacassin, Francis, *Vampires de Paris*, Union General d'Éditions, París, 1981.
Nodier, Charles, *Infernaliana*, trad. de A. Izquierdo, Valdemar, Madrid, 1988.
«Smarra o los demonios de la noche», en *Cuentos visionarios*, trad. de J. M. Lalanda, Siruela, Madrid, 1989.
Perucho, Juan, «Los vampiros», en *Galería de espejos sin fondo*, Destino, Barcelona, 1963.
«Los ojos», en *Botánica oculta o el falso Paracelso*, Dirosa, Barcelona, 1969.
Ray, Jean, «El guardián del cementerio», en *Obras escogidas*, trad. de J. M. Aroca, Acervo, Barcelona, 1966.
The Penguin Book of Vampires, ed. de A. Ryan. Penguin, Nueva York, 1987.
The Vampire Archives: The Most Complete Volume of Vampire Tales Ever Published, ed. de O. Penzler, Vintage Books, Nueva York, 2009.
Tolstoi, Alexei K., *El vampiro. La familia del vurdalak*, trad. de E. Moya Carrión, Alianza, Madrid, 2009.

Vadim, Roger, *Histoires de Vampires*, ed. de O. Volta y V. Riva, Laffont, París, 1961.
Women Of The Night, ed. de M. H. Greenberg, Barnes & Noble, Nueva York, 2007.

Novelas

Daniels, Les, *The Black Castle*. Charles Scribeners Sons, 1978.
—, *The Silver Skull*, Scribner, Nueva York, 1979.
—, *Citizen Vampire*, Scribner, Nueva York, 1981.
Eliade, Mircea, *La señorita Cristina*, trad. de J. Garrigós, Lumen, Barcelona, 1994.
Ewers, Hans Heinz, *Vampyr*, George Müller, Munich, 1922.
King, Stephen, *El misterio de Salem's Lot*, trad. de G. Castro y M. Isabel, Plaza y Janes, Barcelona, 1975.
Lee, Tanith, *Sabella or the Blood Stone*, DAW Books, Nueva York, 1980.
Leroux, Gaston, *La muñeca sangrante*, trad. de F. Amela, Espasa Calpe, Barcelona, 1998.
Martin, George R. R., *Sueño del Fevre*, trad. de H. Sabaté, Acervo, Barcelona, 1996.
Matheson, Richard, *Soy leyenda*, trad. de M. Figueroa, Minotauro, Buenos Aires, 1958.
McKee Charnas, Suzy, *El tapiz del vampiro*, trad. de A. Solé, Alcor, Madrid, 1980.
Nodier, Charles, *Lord Ruthven et les vampires*, París, 1820.
Quinn Yarbro, Chelsea, *Hotel Transilvania*, Alamut Ediciones, Luis G. Prado ed., Madrid, 2009.
—, *The Palace*, Warner Books, Nueva York, 1978.
—, *Blood Games*, Warner Books, Nueva York, 1979.
—, *Path of the Eclipse*, St Martins Press, Nueva York, 1981.
—, *Tempting Fate*, H. Hamilton, Nueva York, 1982.
Rice, Anne, *Entrevista con el vampiro*, trad. de M. Covián Fasce, Grijalbo, Barcelona, 1977.
—, *Lestat el vampiro*, trad. de H. Sabaté, Timun Mas, Barcelona, 1990.
Stoker, Bram, *The New Annotated Dracula*, ed. de L. S. Klinger. W. W. Norton & Co., Nueva York, 2008.
—, *Drácula*, ed. de J. A. Molina Foix, Cátedra, Madrid, 1993.
Strieber, Whitley, *El ansia*, trad. de I. Merino Bodes, Puzzle S. L., 2006.
Sturgeon, Theodore, *Some of Your Blood*, Carroll and Graf, Nueva York, 1961.
Swinburne, Algernon Charles, *Chastelard*, John Camben Hotten, Londres, 1886.
Tremayne, Peter, *Bloodright. Memoirs of Mircea, Son of Dracula*, Walker & Co, 1977.
—, *The Revenge of Dracula*, Donald M. Grant, Publisher Inc., N. Y., 1978.
—, *Dracula, My Love*, Bailey Bros, Nueva York, 1980.
Wilson, Colin, *Los vampiros del espacio*, trad. de E. de Obregón, Noguer, 1977.

Películas

Nosferatu, Eine Symphonie Des Grauens
(*Nosferatu, una sinfonía del horror*)
(B/N - 1922) 94 min.
Dirección: F. W. Murnau.
Guión: Henrick Galeen y Günter Krampf.
Reparto: Max Schreck (Nosferatu), Alexander Granach, Gustav Von Wandenheim, Greta Schroder-Matry.

Dracula
(*Drácula*)
(B/N - 1931) 85 min.
Dirección: Tod Browning.
Guión: Guy Endore y Bernard Schubert.
Reparto: Bela Lugosi (Drácula), Helen Chandler (Mina), David Manners (John Harper), Dwight Frye (Renfield).

Vampyr. Der Traum Des Allan Grey
(*La bruja vampiro*)
(B/N - 1932) 73 min.
Dirección y guión: Carl Theodor Dreyer.
Reparto: Julian West, Rena Mandel, Jan Hieronimko, Maurice Schulz.

Mark of the Vampire
(*La marca del vampiro*)
(B/N - 1935) 64 min.
Dirección: Tod Browning.
Guión: Guy Endore y Bernard Schubert.
Reparto: Bela Lugosi, Lionel Barrymore, Lionel Atwill, Elizabeth Allan.

Dracula's Daughter
(*La hija de Drácula*)
(B/N - 1936) 72 min.
Dirección: Lambert Hillyer.
Guión: Garrett Fort.
Reparto: Otto Kruger, Gloria Holden, Edward Van Sloan, Irving Pichel.

Son of Dracula
(*El hijo de Drácula*)

(B/N - 1943) 90 min.
Dirección: Robert Siodmak.
Guión: Eric Taylor.
Reparto: Lon Chaney (Drácula), Louise Allbritton, Robert Paige, Evelyn Ankers.

The Return of the Vampire
(*El regreso del vampiro*)
(B/N - 1944) 69 min.
Director: Kurt Neumann y Lew Landers.
Guión: Griffin Jay.
Reparto: Bela Lugosi, Frieda Inescort, Nina Foch, Miles Mander.

House of Dracula
(*La mansión de Drácula*)
(B/N - 1945) 67 min.
Dirección: Erle C. Kenton.
Guión: Edward T. Lowe Jr.
Reparto: John Carradine (Drácula), Lon Chaney, Jr. (Hombre lobo), Onslow Stevens (Científico loco), Glenn Strange (Frankenstein).

Abbott and Costello Meet Frankenstein
(*Abbott y Costello contra los fantasmas*)
(B/N - 1948) 83 min.
Dirección: Charles T. Barton.
Guión: Robert Lees, Frederic I. Rinaldo y John Grant.
Reparto: Bud Abbott, Lou Costello, Bela Lugosi (Drácula), Lon Chaney, Jr.

The Horror of Dracula
(*El horror de Drácula*)
(Color - 1958) 82 min.
Dirección: Terence Fisher.
Guión: Jimmy Sangster.
Reparto: Christopher Lee (Drácula), John Van Eyssen (Jonathan Harper), Peter Cushing (Dr. Van Helsing), Melissa Stribling (Mina).

Return of Dracula
(*El retorno de Drácula*)
(B/N - 1958) 73 min.
Dirección: Paul Landres.
Guión: Pat Fielder.
Reparto: Francis Lederer (Drácula), Norma Eberhardt, Ray Stricklyn, Jimmie Baird.

Brides of Dracula
(*Las novias de Drácula*)
(Color - 1960) 85 min.
Dirección: Terence Fisher.
Guión: Peter Bryan, Edward Percy y Jimmy Sangster.
Reparto: David Peel (Barón Meinster), Martita Hunt (Baronesa Meinster), Peter Cushing (Dr. Van Helsing), Yvonne Monlaur (Marianne).

Blood and Roses
(*Sangre y rosas*)
(Color - 1960) 87 min.
Dirección: Roger Vadim.
Guión: Claude Brulé y Claude Martin.
Reparto: Mel Ferrer (Leopoldo De Karstein), Elsa Martinelli (Georgia Monteverdi), Anette Vadim (Carmilla), René-Jean Chauffard (Dr. Verani).

Dracula - Prince of Darkness
(*El príncipe de las tinieblas*)
(Color - 1966) 90 min.
Dirección: Terence Fisher.
Guión: Jimmy Sangster.
Reparto: Christopher Lee (Conde Drácula), Barbara Shelley (esposa), Francis Matthews, Susan Farmer.

Billy the Kid Versus Dracula
(*Billy el niño contra Drácula*)
(Color - 1966) 84 min.
Dirección: William Beaudine.
Guión: Carl K. Hittleman.
Reparto: John Carradine (Conde Drácula), Chuck Courtney (Billy el niño), Melinda Plowman (Betty Bentley), Virginia Christine (Eva Oster).

Dracula Has Risen from the Grave
(*Drácula vuelve de la tumba*)
(Color - 1968) 92 min.
Dirección: Freddie Francis.
Guión: Anthony Hinds.
Reparto: Christopher Lee (Drácula), Ewan Hooper, Veronica Carlson, Barry Andrews.

Blood of Dracula's Castle
(*Sangre en el castillo de Drácula*)
(Color - 1969) 84 min.
Dirección: Al Adamson.
Guión: Rex Carlton.
Reparto: John Carradine (George), Paula Raymond (Condesa Townsend/Condesa Drácula), Alex d'Arcy (Conde Townsend/Conde Drácula), Robert Dix (Johnny).

Count Dracula
(*El conde Drácula*)
(Color - 1970) 98 min.
Dirección: Jesús Franco.
Guión: Augusto Finocchi, Jesús Franco y Harry Alan Towers.
Reparto: Christopher Lee (Drácula), Herbert Lom (Dr. Van Helsing), Klaus Kinski (Renfield), Maria Rohn.

The Vampire Lovers
(*Las amantes vampiro*)
(Color - 1970) 89 min.
Dirección: Roy Ward Baker.
Guión: Tudor Gates.
Reparto: Ingrit Pitt (Carmilla), Peter Cushing, Madeline Smith, Kate O'Mara.

Bloodsuckers
(*Vampiros*)
(Color - 1972) 87 min.
Dirección: Robert Hartford-Davis.
Guión: Julian More.
Reparto: Alexander Davon, Patrick Macnee, Patrick Mower, Peter Cushing.

Blood for Dracula
(*Sangre para Drácula*)
(Color —1974) 94 min.
Dirección y guión: Paul Morrissey.
Producción: Andy Warhol y Andrew Braunsberg.
Reparto: Udo Kier, Joe Dallesandro, Maxime McKendry, Stefania Casini.

Martin, the blood lover
(*Martin, el amante del terror*)
(Color - 1977) 96 min.
Dirección y guión: George A. Romero.

Reparto: John Amplas, Lincoln Maazel, Christine Forrest, Elayne Nadeau.

Dracula's Dog
(*El perro de Satán*)
(Color - 1978) 88 min.
Dirección: Albert Band.
Guión: Frank Ray Perilli.
Reparto: Michael Pataki (Drácula), José Ferrer, Reggie Nalder, Jan Shutan.

Dracula
(*Drácula*)
(Color - 1979) 112 min.
Dirección: John Badham.
Guión: W. D. Richter.
Reparto: Frank Langella (Drácula), Kate Nelligan (Lucy), Lawrence Olivier (Dr. Van Helsing), Trevor Eve (Jonathan Harker).

Love at First Bite
(*Amor al primer mordisco*)
(Color - 1979) 94 min.
Dirección: Stan Dragoti.
Guión: Robert Kaufman.
Reparto: George Hamilton (Drácula), Susan Saint James (Cindy Sondheim), Richard Benjamin (Dr. Van Helsing), Dick Shawn (Ferguson)

Nosferatu Phantom der Nacht
(*Nosferatu, el vampiro de la noche*)
(Color - 1979) 107 min.
Dirección y guión: Werner Herzog.
Reparto: Klaus Kinski (Drácula), Isabelle Adjani (Lucy), Bruno Ganz (Jonathan Harker), Roland Topor (Renfield).

Salem's Lot
(*El misterio de las brujas de Salem*)
(Color - 1979) 112 min.
Dirección: Tobe Hooper.
Mini serie de TV.
Reparto: David Soul, James Mason, Lance Kerwin, Bonnie Bedelia.

The Hunger
(*El ansia*)

(Color - 1983) 97 min.
Dirección: Tony Scott.
Guión: James Costigan, Ivan Davis y Michael Thomas.
Reparto: David Bowie, Susan Sarandon, Catherine Deneuve, Cliff De Young.

Nosferatu a Venezia
(*Nosferatu en Venecia*)
(Color - 1986) 90 min.
Dirección: Augusto Caminito, Luigi Cozzi y Mario Calano.
Guión: Alberto Alfieri y Augusto Caminito.
Reparto: Barbara de Rossi, Christopher Plummer, Donald Pleasence, Klaus Kinski.

Near Dark
(*Los viajeros de la noche*)
(Color - 1987) 91 min.
Dirección y guión: Kathryn Bigelow.
Música: Tangerine Dream.
Reparto: Adrian Pasdar, Jenny Wright, Lance Henriksen, Bill Paxton.

Dracula
(*Drácula*)
(Color - 1992) 123 min.
Dirección: Francis Ford Coppola.
Guión: James V. Hart.
Reparto: Gary Oldman (Drácula), Sadie Frost (Lucy), Keanu Reeves (Jonathan Harker), Winona Ryder (Mina), Anthony Hopkins (Dr. Van Helsing).

Interview with a vampire
(*Entrevista con el vampiro*)
(Color - 1994) 117 min.
Dirección: Neil Jordan.
Guión: Anne Rice.
Reparto: Tom Cruise, Brad Pitt, Antonio Banderas, Stephen Rea.

From Dusk Till Dawn
(*Abierto hasta el amanecer*)
(Color - 1996) 110 min.
Dirección: Robert Rodríguez.
Guión: Quentin Tarantino.
Reparto: George Clooney, Harvey Keitel, Juliette Lewis, Quentin Tarantino.

Vampires
(*Vampiros*)
(Color - 1998) 106 min.
Dirección: John Carpenter.
Guión: John Steakley y Don Jakoby.
Reparto: James Woods, Daniel Baldwin, Sheryl Lee, Thomas Ian Griffith.

Shadow of the Vampire
(*La sombra del vampiro*)
(Color - 2000) 93 min.
Dirección: E. Elias Merhige.
Guión: Steven Katz.
Producción: Nicolas Cage y Jeff Levine.
Reparto: John Malkovich (F. W. Murnau), Willem Dafoe (Max Schreck), Cary Elwes (Fritz Arno Wagner), John Aden Gillet (Henrick Galeen).

Lat den rätte komma in
(*Déjame entrar*)
(Color - 2008) 114 min.
Dirección: Tomas Alfredson.
Guión: Johan Söderqvist.
Reparto: Kåre Hedebrant, Lina Leandersson, Per Ragnar, Heinrik Dahl.

Notas

[1] Pues como Júpiter concede dos veces siete días de calor durante el invierno, los hombres han llamado a esa época templada y clemente nodriza de la bella Alcíone (Simónides). <<

[1] «Hice un pacto con mis ojos, con el fin de no mirar a ninguna virgen» (Job 31, 1). <<

[2] Según una tradición de la Antigüedad, que recogen Homero, Aristóteles, Virgilio y Plinio, entre otros, había yeguas que subían a lugares altos y volvían sus bocas hacia el viento para que éste las fecundase. (*Nota de la traductora*) **<<**

[3] Sala de juego frecuentada por los nobles venecianos y situada en el palacio Dándolo (entre 1768 y 1774). Este detalle sitúa la narración en el siglo XVIII. (*Nota de la traductora*) <<

[1] Relativo al *od*, término acuñado en 1852 por el químico alemán Reichenbach para designar una emanación, una fuerza vital que supuestamente desprenden ciertas personas, animales, plantas y minerales, y a la que sólo son sensibles determinados individuos. Constituye el fundamento de fenómenos como el hipnotismo o el magnetismo. (*Nota del traductor*) <<

[2] *El mercader de Venecia*, acto I, escena I, 1-3, con ligeros cambios. (*Nota del traductor*) **<<**

[3] Vampiro. La palabra es una variante eslava del *vampyr* magiar, conocido en Rusia como *upir* y en Polonia como *upíor*. (*Nota del traductor*) <<

[4] Alusión al físico, matemático y naturalista francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), cuya vasta y poco sistemática *Historia natural* (en 36 volúmenes) se empezó a publicar en 1749. (*Nota del traductor*) **<<**

[5] Charles Ferdinand de Schertz, Olmütz 1706. (*Nota del traductor*) **<<**

[6] *De maravillas*, siglo II, versión latina del texto griego *Peri thaumasion* del liberto de Adriano. (*Nota del traductor*) **<<**

[7] *De la piedad para con los difuntos*, 421. (*Nota del traductor*) **<<**

[8] Johann Christoph Harenberg, Wolfenbüttel 1739. (*Nota del traductor*) **<<**

[1] Este último, traducción al latín de un clásico árabe escrito probablemente en el siglo IX, es el único de todos ellos cuya existencia está probada. (*Nota del traductor*) <<



Edición y prólogos de Jacobo Siruela

J. L. TIECK, J. W. POLIDORI, E. T. A. HOFFMANN,
E. A. POE, T. GAUTIER, A. TOLSTÓI,
J. M. RYMER, C. BAUDELAIRE, J. S. LE FANU,
B. STOKER, X. L., M. R. JAMES, H. QUIROGA,
F. M. CRAWFORD, E. F. BENSON, A. DERLETH,
R. MATHESON, R. AICKMAN

